

L A C A R T U J A D E
P A R M A

S T E N D H A L

ADVERTENCIA

Esta novela fue escrita en el invierno de 1850, a trescientas leguas de París. Muchos años antes, cuando nuestros ejércitos recorrían Europa, correspondióme por casualidad ser alojado en la casa de un canónigo de Padua, feliz ciudad donde, como en Venecia, es el placer el negocio más importante de todos y no deja tiempo a nadie para indignarse contra el vecino. Mi estancia allí se prolongó, y el canónigo y yo nos hicimos amigos.

Hacia; el final de 1830 volví a pasar por Padua y corrí a la casa del buen canónigo. Había muerto; yo lo sabía, pero quería volver a ver la sala en donde habíamos pasado tantas amables veladas, que luego con frecuencia eché de menos. Encontré al sobrino del canónigo y a la esposa del tal sobrino, quienes me recibieron como a un antiguo amigo. Llegaron algunas personas y nos separamos muy tarde; el sobrino mandó traer del café Pedroti un ponche excelente. Pero lo que prolongó la velada fue, sobre todo, la historia de la du-

quesa Sanseverina, a la que alguien aludió, y que el sobrino tuvo la bondad de relatar por entero, en honor mío.

- En el país adonde voy -dije a mis amigos, no encontraré de seguro una ,casa como ésta. Dedicaré, pues, las largas horas de la noche a escribir una novela de la vida de vuestra amable duquesa Sanseverina. Haré como vuestro viejo cuentista Bandello, obispo de Agén, quien hubiera creído que cometía un gran crimen si despreciaba las circunstancias reales de su historia o le añadía otras nuevas.

- En tal caso -dijo el sobrino- voy a prestaros los anales de mi tío. En el artículo Parma hace mención de algunas intrigas de esa corte, en los tiempos en que la duquesa mandaba allí como reina y señora. Pero ¡tened cuidado! Esa historia tiene muy poco de moral, y ahora que en Francia os preciáis de pureza evangélica, puede muy bien proporcionaros fama de asesino.

Publico esta novela sin cambiar una tilde al manuscrito de 1830, lo cual puede tener dos inconvenientes.

El primero para el lector. Siendo los personajes italianos, acaso le interesarán menos, porque los corazones de ese país difieren bastante de los corazones franceses; los italianos son sinceros, buenas gentes y, sin hacer aspavientos, dicen lo que piensan. No son vanidosos más que por momentos, y la vanidad cuando les ataca se torna en pasión y toma el nombre de puntiglio. Por último, no creen que la pobreza sea ridícula.

El segundo inconveniente se refiere al autor. Confieso que he tenido la osadía de dejar a los personajes sus asperezas de carácter. Pero, en cambio, declaro bien alto que a mu-

LA CARTUJA DE PARMA

chas de sus acciones aplico la más moral de las censuras. ¿A qué darles la elevada moralidad y los encantos de los caracteres franceses, los cuales aman el dinero por encima de todo y apenas si pecan por odio o por amor? Los italianos de esta novela son muy diferentes. Además, creo que cada vez que subimos doscientas leguas hacia el norte, hay lugar para un nuevo paisaje como para una nueva novela. La amable sobrina del canónigo había conocido y hasta amado mucho a la duquesa Sanseverina. Me ruega que no cambie nada a sus aventuras, que, desde luego, son censurables.

23 de enero de 1839.

I

MILAN EN 1796

EL 15 de mayo de 1796, el general Bonaparte hizo su entrada en Milán, al frente de ese joven ejército que acababa de pasar el puente de Lodi y de mostrar al mundo que, después de tantos siglos, César y Alejandro tenían un sucesor.

Los milagros de audacia y de genio que Italia presenció, despertaron en pocos meses a un pueblo que dormía; ocho días antes de la entrada de los franceses, aún veían en ellos los milaneses, un atajo de bandidos acostumbrados a huir siempre ante las tropas de Su Majestad imperial y real; al menos así lo repetía tres veces por semana un periodiquillo, no mayor que la palma de la mano, impreso en papel sucio.

En la Edad Media eran los milaneses valientes como los franceses de la Revolución, y merecieron que su ciudad fuera enteramente arrasada por los emperadores de Alemania. Pero desde que se habían hecho fieles súbditos, su gran negocio consistía en imprimir sonetos sobre pañuelos de bolsillo de tafetán rosa, cuando se casaba alguna muchacha de familia noble o rica. Dos o tres años después de esta época

memorable de su vida, la joven tomaba un caballero acompañante; a veces el nombre del oficioso amigo, elegido por la familia del marido, ocupaba un lugar honroso en el contrato matrimonial¹. Mucho distaban estas costumbres afeminadas de las profundas emociones que provocó la llegada imprevista del ejército francés. Pronto surgieron costumbres nuevas y apasionadas. Todo un pueblo cayó en la cuenta, el 15 de mayo de 1796, de que cuanto había respetado hasta entonces era soberanamente ridículo y a veces odioso. La salida del último regimiento austríaco fue la señal del derrumbamiento de las ideas viejas; hízose moda exponer la vida. Vióse que para ser feliz, después de tantos siglos de hipocresía y de sosera en las costumbres, había que amar algo con pasión real y saber, en ocasiones, exponer la vida. La continuación del celoso despotismo de Carlos V y de Felipe II había sumido a los lombardos en una noche obscurísima; echaron por tierra sus estatuas y súbitamente se encontraron inundados de luz. Desde hacia unos cincuenta años, mientras en Francia se oían los estampidos de Voltaire y la Enci-

¹ Esta moda tan extraña, provenía de un pueblo grave: los españoles, que han dominado en Milán de 1526 a 1714. La mujer de un español no podía presentarse en la iglesia acompañada por su marido; esto hubiera sido señal de pobreza o al menos de insignificancia, pues el marido tenía que estar ocupado en graves negocios. La señora, pues, iba acompañada de su escudero. Sucedió que en la clase burguesa, como no había escuderos, rogaba un médico a un abogado que acompañara a su esposa, mientras él acompañaba a la del abogado. En Génova, las familias nobles ponían en el contrato matrimonial el nombre del caballero acompañante. Pronto ocurrió que la moda fue tener un caballero acompañante soltero y este puesto correspondió a los segundones de casas nobles. Poco a poco el amor se mezcló en esta costumbre y una señora, a los dos o tres años de matrimonio, substituía el amigo de la casa por otro elegido por ella. (: Vida de Napoleón.)

clopedia, los frailes gritaban al buen pueblo milanés que aprender la lectura o cualquier otra cosa era trabajo inútil, y que, en pagando muy exactamente el diezmo al cura y contándole todos los pecados, era punto menos que seguro obtener un buen sitio en el paraíso. Y para acabar de arrancarle los nervios a este pueblo, tan terrible antaño, Austria le había vendido barato el privilegio de no dar reclutas a su ejército.

En 1796, el ejército milanés constaba de veinticuatro faquines vestidos de rojo, que guardaban la ciudad en colaboración con cuatro magníficos regimientos húngaros. La licencia de las costumbres era extremada, pero muy raras las pasiones. Además de la molestia de tenerlo que contar todo a los curas, ocurría a los milaneses de 1796 que no sabían desear con fuerza ninguna cosa. El buen pueblo de Milán estaba, además, sometido a ciertas pequeñas trabas monárquicas que no dejaban de ser vejatorias. Por ejemplo, ocurrióse al archiduque que residía en Milán y gobernaba en nombre de su primo el emperador, la lucrativa idea de comerciar en trigos. En consecuencia, queda prohibido a los labradores vender sus granos hasta que su Alteza no haya llenado sus depósitos.

En mayo de 1796, tres días después de la entrada de los franceses, un joven pintor miniaturista, un poco loco, llamado Gros, célebre más tarde, que había venido en el ejército, oyó contar en el gran café de los Servi (que entonces estaba de moda) las hazañas del archiduque, que era enorme de cuerpo. Gros cogió la lista de los helados, impresa en forma de cuadro sobre una hoja de un feísimo papel amarillo, y, a la vuelta, dibujó al obeso archiduque; un soldado francés le

daba en la barriga un bayonetazo, y en lugar de sangre salía un increíble chorro de trigo. Esa cosa llamada broma o caricatura era desconocida en esta tierra de cauteloso despotismo. El dibujo, dejado por Gros encima de la mesa del café Servi, pareció un milagro del cielo; fue grabado aquella noche y al día siguiente se vendieron veinte mil ejemplares.

El mismo día se pegaba en las esquinas un aviso, imponiendo una contribución de guerra de seis millones para las necesidades del ejército francés, que habiendo ganado seis batallas y conquistado veinte provincias, carecía de zapatos, de pantalones, de trajes y de sombreros.

La masa de felicidad y de placer que irrumpió en Lombardia con estos franceses pobres fue tan grande, que sólo los curas y algunos nobles se dieron cuenta del peso de esta contribución de seis millones, seguida bien pronto de otras muchas. Los soldados franceses reían y cantaban todo el día; tenían menos de veinticinco años, y su general en jefe, que tenía veintisiete, pasaba por ser el hombre de más edad de su ejército. Esta alegría, esta juventud, esta despreocupación eran una graciosísima respuesta a las furibundas predicaciones de los frailes, que desde hacía seis meses anunciaban en lo alto de la cátedra sagrada que los franceses eran unos monstruos, obligados, bajo pena de muerte, a quemarlo todo y a cortar la cabeza a todo el mundo, por lo cual cada regimiento marchaba precedido de una guillotina.

En los campos veíase a la puerta de las chozas al soldado francés meciendo al nene del ama de la casa, y casi todas las noches un tambor tocaba el violín e improvisaba un baile. Como las contradanzas eran demasiado sabias y complica-

das, para que el soldado, que la bailaba mal, pudiera enseñarlas a las mujeres del país, éstas eran las que enseñaban a los jóvenes franceses la Monferina, la Saltarina y otros bailes italianos.

Los oficiales habían sido alojados, hasta donde fue posible, en casa de los ricos; tenían mucha necesidad de rehacerse. Por ejemplo, un teniente llamado Robert recibió una papeleta de alojamiento para el palacio de la marquesa del Dongo. Este joven, oficial de requisa bastante desenvuelto, poseía en total, al entrar en el palacio, un escudo de seis francos que acababa de cobrar en Plasencia. Después del paso del puente de Lodi le quitó a un hermoso oficial austríaco, muerto de una bala de cañón, un magnífico pantalón de nankin nuevecito; y nunca prenda de vestir vino mejor. Sus hombreras de oficial eran de lana y el paño de su casaca iba cosido al forro de las mangas para que los trozos no se separaran. Pero había una circunstancia aún más lamentable: las suelas de los zapatos estaban hechas de pedazos de sombreros cogidos también en el campo de batalla, más allá del puente de Lodi. Estas improvisadas suelas estaban sujetas a los zapatos por unas cuerdas muy visibles, de suerte que cuando el mayordomo de la casa se presentó en la habitación del teniente Robert, para invitarle a comer con la señora marquesa, el teniente no sabía cómo salir de una situación mortal. Su asistente y él se pasaron las dos horas que faltaban para la fatal comida, procurando recoser el traje y teñir de negro, con tinta, las desgraciadas cuerdas de los zapatos. Por fin llegó el momento terrible. "En mi vida estuve más azorado, decíame el teniente Robert; esas señoras pensaban

que yo iba a asustarlas y eran ellas las que me hacían temblar. Miraba mis zapatos y no sabía cómo andar con desenvuelto continente. La marquesa de Dongo, añadió, estaba entonces en todo el esplendor de su belleza; la habéis conocido, con sus ojos tan hermosos de angelical dulzura, sus preciosos cabellos de un rubio obscuro, que dibujaban a la perfección el óvalo de esa encantadora faz. Tenía yo en mi cuarto una Herodiada de Leonardo de Vinci, que era enteramente su retrato. Dios quiso que su belleza sobrenatural me conmoviera de tal suerte, que olvidé mi indumentaria. Hacía dos años que no veía más que fealdades y miserias en las montañas de la región genovesa; me aventuré a expresar con algunas palabras mi arrebató.

"Pero era demasiado sensato para detenerme mucho en los cumplidos. Mientras arreglaba mis frases, estaba viendo en un corredor todo de mármol a doce lacayos y ayudas de cámara vestidos con lo que entonces me parecía el colmo de la magnificencia. Figuraos que esos bribones, no sólo tenían zapatos buenos, sino además bucles de plata. Atisbaba con el rabillo del ojo y veía miradas estúpidas fijas en mi traje y acaso también en mis zapatos, lo que me llenaba de dolor. Con una sola palabra hubiera podido atemorizar a toda esa gente; pero ¿cómo decirles nada, sin correr el riesgo de soliviantar a las señoras? En efecto, la marquesa para darse un poco más de ánimo, según ella misma me dijo cien veces luego, había mandado salir del convento en donde estaba interna entonces, a Gina del Dongo, hermana de su marido, la que fue después esa encantadora condesa Pietranera: nadie la sobrepujó en alegría y amable ingenio cuando la fortuna le

fue próspera; nadie tampoco en valor y serenidad de ánimo cuando la fortuna le fue adversa.

"Gina podía tener unos trece años entonces, pero representaba dieciocho. Viva y franca, como usted sabe que era, tenía tanto miedo de soltar la risa ante mi indumentaria, que no se atrevía a comer. La marquesa, en cambio, abrumábame con forzadas cortesías; bien veía en mis ojos fulgores de impaciencia. En suma, tenía yo una bien triste figura y aguantaba el desprecio, cosa que, según dicen, le es imposible a un francés. Por último iluminóme una idea, bajaba sin duda del cielo; me puse a contar a las señoras mi miseria y lo mucho que habíamos sufrido durante los dos años que pasamos en las montañas de Génova, en donde nos retenían unos viejos generales imbéciles. Allí, les dije, nos daban papel moneda que no circulaba en el país, y tres onzas de pan al día. No hacía dos minutos que hablaba, cuando ya a la buena marquesa se le saltaban las lágrimas y Gina se había puesto muy seria.

- ¡Cómo, señor teniente -decíame ésta-, tres onzas de pan!

-Sí, señorita; pero en cambio la distribución faltaba tres veces por semana, y como los aldeanos en cuyas casas nos alojábamos padecían aún mayor miseria que nosotros, todavía les dábamos algo de nuestro pan.

"Al levantarnos de la mesa di mi brazo a la marquesa hasta la puerta de la sala, y luego, volviendo rápidamente, entregué al criado que me había servido en la mesa mi único escudo de seis francos, sobre cuyo empleo había construido tantos castillos en el aire.

"Ocho días después, seguía diciendo Robert, cuando quedó bien establecido que los franceses no guillotinaban a nadie, el marqués del Dongo volvió de su castillo de Grianta, en el lago de Como, adonde había ido valerosamente a refugiarse al saber que se aproximaba nuestro ejército, abandonando a los azares de la guerra a su hermosa mujer y a su hermana. El odio que ese marqués nos tenía igualaba a su miedo; es decir, era inconmensurable. Su cara gorda y pálida de beato era divertida de ver cuando me hacía cortesías. Al día siguiente de su vuelta a Milán recibí tres varas de paño y doscientos francos, que me correspondían en el reparto de la contribución de los seis millones; eché plumas nuevas y me hice el acompañante de las señoras, pues los bailes dieron pronto comienzo."

La historia del teniente Robert fue, poco más o menos, la de todos los franceses; en lugar de burlarse de la miseria de esos valientes soldados, los milaneses se compadecieron de ellos y los amaron.

Esa época de imprevista felicidad y de embriaguez no duró más que dos breves años; la locura había sido tan excesiva y tan general, que me sería imposible dar idea de ella, como no sea por esta reflexión histórica y profunda: aquel pueblo llevaba cien años aburriéndose.

La voluptuosidad, a la que por naturaleza se inclinan los meridionales, había dominado antaño en la corte de los Visconti y de los Sforza, famosos duques de Milán. Pero desde que en el año 1624 los españoles se apoderaron del Milanesado, imponiendo un régimen taciturno, receloso, orgulloso y temeroso siempre de la rebelión, la alegría había huido de

aquel país. Los pueblos, adoptando las costumbres de sus dueños, pensaban más bien en vengarse a puñaladas del menor insulto que en gozar del momento presente.

La loca alegría, el contento, la voluptuosidad, el olvido de todos los sentimientos tristes o solamente razonables, fueron llevados a tal punto desde el 15 de mayo de 1796, en que entraron los franceses en Milán, :casta abril de 1799, en que fueron echados de allí a consecuencia de la batalla de Cassano, que han podido citarse viejos mercaderes millonarios, viejos usureros, viejos notarios que, durante este lapso, se olvidaron de ser huraños y de ganar dinero.

A lo más habrían podido contarse algunas pocas familias de la alta nobleza que se retiraron a sus palacios del campo, como para refunfuñar contra la universal alegría y la expansión de los corazones. Es cierto también que esas familias nobles y ricas habían sido distinguidas de manera enfadosa en el reparto de las contribuciones de guerra impuestas por el ejército francés.

El marqués del Dongo, contrariado por el espectáculo de tanta alegría, había sido uno de los primeros en volverse a su magnífico castillo de Grianta, más allá de Como, adonde las señoras llevaron al teniente Robert. Este castillo, situado en un sitio único, acaso, en el mundo, sobre una meseta de ciento cincuenta pies de altura, dominando en una gran parte ese lago sublime, había sido antes plaza fuerte. La familia del Dongo lo mandó construir en el siglo XV, como lo atestiguan por todas partes los mármoles con escudos esculpidos. Aún se veían allí puentes levadizos y profundos fosos, privados de agua, en verdad; pero con sus muros de ochenta

pies de altura y seis pies de grueso, este castillo estaba a cubierto de cualquier golpe de mano; por eso le tenía tanto afecto el receloso marqués. Rodeado de veinticinco o treinta criados, que suponía fieles quizá porque no les hablaba más que para injuriarlos, sentíase allí menos atormentado por el miedo que en Milán.

No era ese miedo enteramente gratuito, pues el marqués mantenía correspondencia muy activa con un espía colocado por Austria en la frontera suiza, a tres leguas de Grianta, con objeto de favorecer la evasión de los prisioneros hechos en el campo de batalla. De haberlo sabido, los generales franceses quizá hubieran tomado la cosa en serio.

El marqués había dejado a su joven esposa en Milán para que dirigiera los asuntos de la familia y se encargara de pagar las contribuciones impuestas a la Casa del Dongo, como se dice en el país; ella procuraba hacerlas disminuir y para ello tenía que visitar a los nobles que habían aceptado cargos públicos y hasta a algunas influyentes personas que no pertenecían a la nobleza. Ocurrió un gran acontecimiento en esta familia. El marqués había arreglado el matrimonio de su hermana Gina con un personaje muy rico y de la más noble alcurnia; pero este personaje se empolvaba el pelo; Gina lo recibía con grandes carcajadas y bien pronto comió la locura de dejarlo y casarse con el conde Pietranera. Este conde era en verdad muy buen hidalgo, guapo y arrogante, pero arruinado de padres e hijos y, para colmo de desgracia, partidario apasionado de las nuevas ideas. Pietranera había obtenido el grado de teniente en la legión italiana

lo que, para el marqués, era un motivo más de desesperación.

Después de esos dos años de locura y de felicidad, el Directorio de París, dándose las de soberano bien afianzado, empezó a mostrar un odio mortal hacia todo lo que no era mediocre. Los generales ineptos que envió al ejército de Italia perdieron una serie de batallas en las mismas llanuras de Verona que fueron testigos, dos años antes, de los prodigios de Arcole y de Lonato. Los austríacos se acercaron a Milán; el teniente Robert, que había ascendido a comandante, fue herido en la batalla de Cassano y vino a alojarse por última vez a casa de su amiga la marquesa del Dongo. La despedida fue triste; Robert marchó con el conde Pietranera, que seguía a los franceses en su retirada hacia Novi. La joven condesa, a quien su hermano no quiso pagar su parte de herencia, se fue detrás del ejército subida en un carro.

Entonces empezó esa época de reacción y de retorno a las ideas viejas, que los milaneses llaman *i tredici mesi* (los trece meses) , porque, en efecto, tuvieron suerte de que esa vuelta a la necedad no duró más que trece meses, hasta el día de la batalla de Marengo. Todo lo que en Milán era viejo, beato y gruñón, volvió a ponerse al frente de los negocios y a tomar la dirección de la sociedad. Las gentes que habían permanecido fieles a las buenas doctrinas propalaron por las aldeas que Napoleón había sido ahorcado en Egipto por los mamelucos, justo castigo de sus muchos pecados.

Entre los hombres que se habían ido a refunfuñar a sus fincas de campo y volvían ahora sedientos de venganza, distinguíase por su furor el marqués del Dongo. Su exageración

lo colocó naturalmente a la cabeza de su partido. Estos señores, personas muy honradas cuando no tenían miedo, pero llenos siempre de pavor, consiguieron captar la voluntad del general austriaco, el cual aunque era bastante buen hombre, se dejó convencer de que la severidad es alta política, y mandó detener a ciento cincuenta patriotas, lo mejor que había entonces en Italia.

Pronto fueron deportados a las bocas de Cattaro y encerrados en unas cuevas subterráneas, donde la humedad y sobre todo la falta de pan dieron rápida y justa muerte a todos esos bribones.

El marqués del Dongo obtuvo un gran empleo; y como a una sórdida avaricia unía una multitud de otras buenas cualidades, se preciaba públicamente de no enviar un escudo a su hermana, la condesa Pietranera, que seguía locamente enamorada de su esposo y se moría de hambre con él en Francia, por no abandonarle. La buena marquesa estaba desesperada. Consiguió por fin quitar algunos pequeños diamantes de su aderezo, que el marido cogía todas las noches para guardarlo en una caja de hierro debajo de la cama. La marquesa había llevado ochocientos mil francos de dote a su marido y éste le daba mensualmente ochenta francos para sus gastos personales. Durante los trece meses que los franceses estuvieron alejados de Milán, esta mujer tan tímida buscó y halló pretextos para vestir siempre negro.

Hemos de confesar que, siguiendo el ejemplo de muchos sesudos autores, hemos comenzado la historia de nuestro héroe un año antes de su nacimiento. Este personaje esencial es efectivamente Fabricio Valserra, marquesino del

Dongo, como dicen en Milán². Precisamente acababa de tomarse el trabajo de nacer cuando los franceses fueron echados de Milán y, por el azar de la cuna resultaba ser el segundo hijo de ese marqués del Dongo, el gran señor que ya conocéis por su amplia faz pálida, su sonrisa hipócrita y su odio feroz hacia las nuevas ideas. Toda la fortuna de la casa quedaba adscrita al primogénito Ascanio del Dongo, digno retrato del padre. Tenía ocho años y Fabricio dos, cuando de pronto ese general Bonaparte que todas las personas bien nacidas creían ahorcado desde mucho tiempo ha, bajó del monte San Bernardo y entró en Milán. ¡Momento único en la historia! Figuraos a un pueblo entero locamente enamorado. Pocos días después Napoleón ganó la batalla de Marengo. Es inútil decir lo demás. La exaltación de los milaneses llegó a su máximo grado; pero esta vez mezclábase con ideas de venganza. A este buen pueblo se le había enseñado a odiar. Pronto viéronse volver a los patriotas deportados en las bocas de Cattaro y su llegada dio motivo a una fiesta nacional. Sus caras pálidas, sus grandes ojos atónitos, sus miembros flacos contrastaban extrañadamente con la alegría desbordante por doquiera. Su llegada fue la señal de partida para las familias más comprometidas. El marqués del Dongo fue de los primeros en huir; marchóse a su castillo de Grianta. Los jefes de las grandes familias estaban llenos de miedo y de odio; pero sus mujeres y sus hijas recordaban las alegrías de la primera estancia de los franceses y añoraban

² Se pronuncia marquesino. La costumbre del país, costumbre tomada de Alemania, es dar ese título a todos los hijos de un marqués; contino a todos los hijos de un conde, contesina a todas las hijas de un conde, etc. (N. del A.)

Milán y los grandes bailes que, después de Marengo, se organizaron en seguida en la Casa Tanxi. Pocos días después de la victoria de Marengo, el general francés, encargado de mantener la tranquilidad en Lombardía, advirtió que todos los arrendatarios de los nobles, que todas las viejas del campo, lejos de pensar en esta prodigiosa victoria de Marengo que había cambiado los destinos de Italia y reconquistado en un solo día trece plazas fuertes, tenían el espíritu embargado por una profecía de San Giovita, el primer patrón de Brescia. Según esta sagrada palabra, la prosperidad de los franceses y de Napoleón había de terminar a las trece semanas justas de la batalla de Marengo. Lo que disculpa un tanto al marqués del Dongo y a todos los nobles refunfuñones del campo, es que realmente, sin ironía, creían en la verdad de la profecía. Esa gente no había leído cuatro libros en su vida; abiertamente hacían sus preparativos para volver a Milán al cabo de las trece semanas; pero el tiempo pasaba; los franceses se apuntalan nuevos éxitos para su causa. Vuelto a París, Napoleón con sabios decretos salvaba la revolución en el interior, como la había salvado en Marengo contra los extranjeros. Entonces los nobles lombardos, encerrados en sus castillos, cayeron en la cuenta de que habían interpretado mal la profecía del santo patrón de Brescia; no se trataba de trece semanas, sino de trece meses. Pero los trece meses pasaron y la prosperidad de Francia parecía crecer por días.

Nos deslizamos rápidamente por los diez años de progreso y de felicidad que van de 1800 a 1810. Fabricio pasó los primeros años de su vida en el castillo de Grianta dando y recibiendo puñetazos, en la sociedad de los chicos del pue-

blo y no aprendiendo nada, ni siquiera a leer. Luego fue puesto en el colegio de Jesuitas de Milán. El marqués, su padre, exigió que le enseñasen latín y no en esos 26 viejos autores que hablan siempre de república, sino en un magnífico volumen, adornado con más de cien grabados, obra maestra de los artistas del siglo XVII, que contenía la historia genealógica, en latín, de los Valserra, marqueses del Dongo, publicada en 1650 por Fabricio del Dongo, arzobispo de Parma. Como la fortuna de los Valserra había sido sobre todo militar, los grabados representaban batallas y siempre se podía ver a algún héroe, llamado del Dongo, repartiendo mandobles. El libro gustaba mucho al joven Fabricio. Su madre, que adoraba al niño, obtenía de vez en cuando permiso para venir a verlo a Milán; pero como su marido no le ofrecía nunca dinero para esos viajes, prestábasele su cuñada la amable condesa Pietranera. Después de la vuelta de los franceses, la condesa había llegado a ser una de las mujeres más brillantes de la corte del príncipe Eugenio, virrey de Italia.

Cuando Fabricio hizo su primera comunión, la condesa obtuvo permiso del marqués, siempre voluntariamente desterrado, para sacarlo de vez en cuando del colegio. Halló en Fabricio a un niño extraño, ingenioso, muy serio, pero guapo y que no descomponía demasiado el salón de una mujer a la moda; por lo demás era de una ignorancia enciclopédica y apenas si sabía escribir. La condesa que en todo ponía, el fuego y el entusiasmo de su carácter, prometió su protección al director del colegio, si su sobrino Fabricio hacía progresos maravillosos y obtenía, a fin de curso, numerosos premios. Y

para proporcionarle los medios de merecer las tales recompensas, enviábalo a buscar todos los sábados por la tarde y a veces no lo devolvía a sus maestros hasta el miércoles o el jueves. Los jesuitas, aunque tiernamente amados por el príncipe virrey, no eran admitidos en Italia según las leyes del reino; el director del colegio, hombre hábil, comprendió las ventajas que podía sacar relacionándose con una mujer omnipotente en la corte. Jamás pensó en quejarse de las ausencias de Fabricio quien, más ignorante que nunca, obtuvo, a fin de curso, cinco primeros premios. A esta condición, la brillante condesa Pietranera con su marido, general comandante de una de las divisiones de la guardia, y con cinco o seis de los más altos personajes de la corte del virrey, vino a asistir a la distribución de premios de los jesuitas. El director del colegio fue felicitado por sus superiores.

La condesa condujo a su sobrino a todas esas fiestas brillantes que señalaron el reinado demasiado corto del amable príncipe Eugenio. Por su propia autoridad lo había hecho oficial de húsares y Fabricio, a los doce años, llevaba ese uniforme. Un día, la condesa, encantada del precioso talle de su sobrino, pidió para él al príncipe un puesto de paje, lo que significaba que la familia del Dongo se sometía. Pero al día siguiente tuvo que usar de toda su influencia para obtener que el virrey se sirviera olvidar aquella petición, a la que nada faltaba sino el consentimiento del padre del futuro paje y ese consentimiento, de pedirlo, hubiera sido negado violentamente. A consecuencia de esta locura que hizo temblar al marqués gruñón, encontró éste un pretexto para llamar al joven Fabricio a Grianta. La condesa despreciaba olímpica-

mente a su hermano; considerándolo como un necio triste que sería malo si llegaba alguna vez a poder serlo. Pero en cambio Fabricio la tenía encantada, y después de diez años de silencio, escribió al marqués pidiéndole al niño: esta carta no obtuvo contestación.

Al volver al formidable castillo levantado por los más bélicos de sus antepasados, Fabricio no sabía nada más que montar a caballo y hacer la instrucción militar. Su tío el conde Pietranera que estaba tan encantado con el niño como su mujer, le hacía montar a caballo y se lo llevaba a la parada.

Al llegar al castillo de Grianta, Fabricio, que aún tenía los ojos enrojecidos por las lágrimas que había vertido al abandonar los hermosos salones de su tía, no encontró más consuelo que las apasionadas caricias de su madre y de sus hermanas. El marqués se encerraba en su despacho con el hijo mayor, el marchesino Ascanio y allí ambos se dedicaban a la fabricación de cartas cifradas que tenían la honra de llegar hasta Viena; el padre y el hijo no se dejaban ver más que a las horas de comer. El marqués repetía con énfasis que estaba enseñando a su sucesor natural a llevar por partida doble las cuentas de los productos de cada una de sus tierras. En realidad el marqués era demasiado celoso de su poder para hablar de Blas cosas a un hijo que era el heredero forzoso de todas esas tierras. Lo ocupaba en cifrar despachos de quince o veinte páginas que dos o tres veces por semana hacía llegar a Suiza, de donde se encaminaban a Viena. El marqués pretendía dar a conocer a sus legítimos soberanos el estado interior del reino de Italia, estado que no conocía él

mismo; y sin embargo sus cartas lograban mucho éxito. He aquí cómo.

El marqués mandaba a un agente seguro a las carreteras a que contase el número de soldados de un regimiento francés o italiano que cambiaba de guarnición. Daba cuenta del hecho a la corte vienesa rebajando en una cuarta parte el número de los soldados contados. Sus cartas, que además eran ridículas, tenían el mérito de desmentir otras más veraces; por eso gustaban. Y así, poco antes de la llegada de Fabricio al castillo, el marqués había recibido la 28 . placa de una orden muy nombrada; era ya la quinta que adornaba su casaca de chambelán. En verdad, torturábale la pena de no atreverse a lucir ese traje fuera de su despacho; pero no se permitía nunca dictar un parte sin haberse vestido antes con el traje bordado, y haberse puesto todas las placas. Si no lo hiciera así, hubiera creído faltar al respeto.

La marquesa quedó maravillada de las gentilezas de su hijo. Pero había conservado la costumbre de escribir dos o tres veces por año al general conde A..., que era el nombre que ahora llevaba el teniente Robert. La marquesa aborrecía la mentira dirigida a las personas a quienes quería; hizo varias preguntas a su hijo y quedó espantada de su ignorancia.

Si a mí que no sé nada me parece poco instruido, decía-se, a Robert, que es tan sabio, le parecerá que su educación es un fracaso completo; y precisamente ahora el mérito es cosa preciosa. Otra de las particularidades que le extrañó casi tanto como la ignorancia de su hijo, fue que Fabricio había tomado en serio todas las cosas de religión que los jesuitas le habían enseñado. Aunque ella misma era muy piadosa, el

fanatismo del niño le hizo temblar; si el marqués tiene talento bastante para descubrir este medio de influir sobre él, va a quitarme el cariño de mi hijo. Lloró mucho y su pasión por Fabricio aumentó.

La vida era muy triste en ese castillo que llenaba el ir y venir de treinta o cuarenta criados. Fabricio, pues, se pasaba el día cazando o navegando en el lago. Pronto trabó estrecha amistad con los cocheros y los mozos de cuadra; todos eran partidarios entusiastas de los franceses y se burlaban abiertamente de los ayudas de cámara, beatos y fieles a la persona del marqués y del primogénito. El tema principal de burla contra esos graves personajes es que llevaban el pelo empolvado como sus amos.

II

Cuando, llegado Véspero, entúrbianse los ojos,
Ebrio de porvenir, vuelvo la vista al cielo,
Donde Dios escribió, con no dudosos trazos
La suerte y el destino de las criaturas todas.
Desde los cielos él, mirando a los humanos
A veces, apiadado, nos enseña el camino;
Y en los astros celestes, que son sus signos
ciertos,
Nos dice el porvenir, adverso o favorable:
Mas los hombres, en lodo y muerte sepultados,
Desprecian ese libro y no quieren leerlo.

RONSARD

El marqués profesaba un odio vigoroso a la ilustración y a las luces. Las ideas, decía, son las que han perdido a Italia. Y no sabía cómo conciliar este santo horror de la instrucción con el deseo de ver a su hijo Fabricio perfeccionar la educación que había comenzado tan brillantemente con los jesui-

tas. Para no arriesgarse mucho, encargó al buen abate Blanes, cura de Grianta, que continuase los estudios de latín de Fabricio. Para ello hubiera sido preciso que el cura mismo supiera esta lengua; mas el cura despreciaba el latín y sus conocimientos en este punto se limitaban a recitar de memoria las oraciones de su misal y a explicar su sentido aproximado a los feligreses. No por eso el cura dejaba de ser muy respetado y hasta temido en la comarca; siempre había dicho que la célebre profecía de San Giovita, patrón de Brescia, no se cumpliría ni en trece semanas ni en trece meses. Y cuando hablaba con amigos seguros añadía que ese número trece tenía que ser interpretado de un modo que llenaría de estupor a mucha gente, si fuera permitido decirlo todo (1813) .

El hecho es que el abate Blanes, personaje de una honradez y una virtud primitivas y además hombre de talento, se pasaba las 30 noches en lo alto del campanario; tenía la obsesión de la astrología. Después de pasarse el día calculando conjunciones y posiciones estelares, empleaba la mayor parte de las noches observando el cielo. Como era pobre, no tenía más instrumentos que una lente larga con el tubo de cartón. Puede fácilmente pensarse qué desprecio no sentía por el estudio de las lenguas, un hombre que se pasaba la vida descubriendo la época precisa en que habían de derrumbárselos imperios y estallar las revoluciones que cambian la faz del mundo.

Cuando me han enseñado que caballo en latín se dice *equus*, ¿qué es decía a Fabricio lo que he aprendido de nuevo acerca de ese animal?

Los aldeanos temían al abate Blanes, creyéndolo nigromante; y el abate, por el miedo que inspiraban sus estancias nocturnas en el campanario, les impedía robar. Sus colegas los curas de la comarca odiábanle, envidiosos de su influencia; el marqués del Dongo le despreciaba, sencillamente porque razonaba demasiado para un hombre de tan baja estofa. Fabricio le adoraba: por darle gusto se pasaba a veces noches enteras haciendo sumas o multiplicaciones enormes. Luego subía al campanario, merced insigne que el abate Blanes no había concedido nunca a nadie; pero el cura quería mucho al niño por su ingenuidad.

- Si no te haces hipócrita -le decía-, quizás llegues a ser un hombre.

Dos o tres veces por año, Fabricio, intrépido y lleno de pasión en sus placeres, estaba a punto de ahogarse en el lago. Era el capitán de todos los chicos de Grianta y de la Cadenabia. Los chicos se habían proporcionado algunas llaves, y cuando llegaba la noche, trataban de, abrir los candados de las cadenas con que los barcos estaban atados a una piedra grande o a un árbol de la ribera del lago. Hay que saber que en el lago de Como los pescadores colocan, de industria, unos aparejos a gran distancia de la orilla. La extremidad superior de la cuerda va atada a una tablilla de madera, forrada de corcho, a la cual está fija una finísima varita de fresno que sostiene en su punta una campanilla, la cual suena cuando el pez, preso en el anzuelo, tira de la cuerda y sacude la varita.

El principal objeto de las expediciones nocturnas de los chicos, mandadas por Fabricio, era visitar los aparejos antes

de que los pescadores hubiesen oído las señales de las campanillas. Elegíanse noches de tormenta, y para esas expediciones audaces embarcábanse los chicos una hora antes del amanecer. Cuando subían a la barca, aquellos pequeñuelos creían precipitarse en los mayores peligros, y este era el lado hermoso de la hazaña; siguiendo el ejemplo de sus padres, rezaban devotamente un Ave María. Y a menudo ocurría que en el momento mismo de salir, inmediatamente después de decir el Ave María, Fabricio se sentía inspirado y veía un presagio. Éste era el fruto que había sacado de los estudios astrológicos de su amigo el abate Blanes, en cuyas predicciones no creía. Según su joven imaginación, ese presagio le anunciaba con certeza el éxito bueno o malo de la expedición; y como era más resuelto que todos sus compañeros, la banda entera fue poco a poco acostumbrándose a los presagios de tal modo, que si en el momento de embarcar se veta por la costa a un cura o volaba un cuervo a mano izquierda, volvía en seguida a poner el candado en la cadena del barco y cada cual regresaba a acostarse. Así, pues, aunque el abate Blanes no había comunicado su difícil ciencia a Fabricio, le había inoculado, sin embargo, una confianza ilimitada en las señales que pueden predecir el porvenir.

El marqués comprendía que un accidente en su correspondencia cifrada podía ponerlo a la merced de su hermana; por eso todos los años, hacia el día de Santa Angela, fiesta onomástica de la condesa Pietranera, Fabricio obtenía permiso para estar ocho días en Milán. El chico se pasaba el año esperando o añorando esos ocho días. En esta gran ocasión, el marqués, para que su hijo hiciese ese viaje político, le en-

tregaba cuatro escudos; y a su mujer que le acompañaba no le daba nada, como de costumbre. Pero la víspera del viaje, marchaban a Como uno de los cocineros, seis lacayos y un cochero con dos caballos; y cada día, en Milán, encontraba la marquesa un coche a la orden y una comida de doce cubiertos.

El género de vida gruñón que llevaba el marqués del Dongo no era, de seguro, muy divertido; pero tenía la ventaja de que enriquecía para siempre a las familias que condescendían en adoptarlo. El marqués tenía más de doscientos mil francos de renta, y no gastaba ni la cuarta parte; vivía de esperanzas. En los trece años que van de 1800 a 1813, creyó constantemente que Napoleón iba a caer a los seis meses. ¡Cuál no sería su alegría cuando, a comienzos de 1818, tuvo noticia de los desastres de Beresinal La toma de Paria y la caída de Napoleón estuvieron a punto de volverle loco; permitiéndose entonces proferir los más crueles ultrajes contra su mujer y su hermana. Después de haber esperado durante catorce años, tuvo por fin la inefable alegría de ver las tropas austríacas entrar de nuevo en Milán. Cumpliendo órdenes de Viena, el general austríaco recibió al marqués del Dongo con una consideración muy próxima al respeto; apresuráronse a ofrecerle uno de los primeros puestos en el Gobierno, y lo aceptó como quien recibe el pago de una deuda.

El primogénito obtuvo un despacho de teniente en uno de los más hermosos regimientos de la monarquía; pero el segundo hijo no quiso aceptar una plaza de cadete que le ofrecían. Este triunfo saboreado por el marqués con rara insolencia, duró sólo algunos meses y fue seguido por un

humillante fracaso. No había tenido nunca talento para los negocios; pero además, los catorce años que llevaba pasados en el campo entre sus criados, su notario y su médico, y el mal humor de la vejez, que había llegado ya, acabaron por hacerle totalmente inepto. Y no es posible, en país austríaco, conservar un puesto importante, si no se posee la especie de talento exigida por la administración lenta y complicada, aunque muy razonable, de la vieja monarquía. Las equivocaciones del marqués del Dongo escandalizaban a los empleados y hasta detenían la marcha de los asuntos. Sus dichos ultramonárquicos irritaban a la población, a quien se quería sumir en la incuria y la modorra. Un buen día tuvo la noticia de que Su Majestad se había servido aceptarle la dimisión de su empleo en la administración y al mismo tiempo le concedía el puesto de segundo gran mayordomo mayor del reino lombardo-véneto. El marqués se indignó de la atroz injusticia de que era víctima; hizo imprimir una carta a un amigo, él, que tanto aborrecía la libertad de la prensa. Por último, escribió al emperador que sus ministros le hacían traición y eran unos jacobinos. Hecho esto, volvió tristemente a su castillo de Grianta. Tuvo un consuelo. Después de la caída de Napoleón, algunos poderosos personajes de Milán hicieron apalea en la calle al conde Prina, antiguo ministro del rey de Italia y hombre del mayor mérito. El conde de Pietrainera expuso su vida para salvar la del ministro, que fue muerto a paraguazos, y cuyo suplicio duró cinco horas. Un sacerdote, confesor del marqués del Dongo, hubiera podido salvar a Prina, abriendo la verja de la iglesia de San Giovanni, delante de la cual se arrastraba el desgraciado ministro, a

quien las turbas abandonaron un instante en el arroyo; pero se negó con burlas a abrir la verja, y seis meses después el marqués tuvo la fortuna de obtener para él un buen ascenso.

Aborrecía al conde Pietranera, su cuñado, quien no poseyendo ni cincuenta luises de renta, se atrevía a estar bastante contento, daba en guardar fidelidad a lo que había amado durante toda su vida y tenía la insolencia de enaltecer ese espíritu de justicia, sin consideración a las personas, que el marqués llamaba infame jacobinismo. El conde se había negado a servir a Austria; esta negativa fue explotada, y algunos meses después de la muerte de Prina, los mismos personajes que habían pagado a los asesinos, lograron encarcelar al general Pietranera. La condesa entonces sacó un pasaporte y pidió caballos de posta para ir a Viena a decir la verdad al emperador. Los asesinos de Prina tuvieron miedo, y uno de ellos, primo de la señora Pietranera, vino a las doce de la noche, una hora antes de la marcha a Viena, a entregarle la orden de libertad de su marido. Al día siguiente el general austríaco mandó llamar al conde Pietranera, lo recibió con la mayor distinción posible y le prometió que su pensión de retiro le sería liquidada con la cuota más ventajosa. El valiente general Bubna, hombre de talento y de corazón, parecía avergonzado del asesinato de Prina y de la prisión del conde.

Pasada felizmente esta tormenta, merced al firme carácter de la condesa, los esposos vivieron como pudieron con la pensión de retiro, que no se hizo esperar, gracias a la recomendación del general Bubna.

Por fortuna, ocurría que desde unos cinco o seis años la condesa profesaba mucha amistad a un joven riquísimo, amigo también íntimo del conde, y que no dejaba de poner a su disposición el más hermoso tronco de caballos ingleses que había entonces en Milán, su palco de la Scala y su castillo en el campo. Pero el conde tenía conciencia de su valentía; su alma era generosa y se exaltaba fácilmente permitiéndose entonces pronunciar extrañas palabras. Un día, estando de caza con algunos jóvenes, uno de éstos que había servido bajo diferente bandera que él, empezó a burlarse de la bravura de los soldados de la república cisalpina; el conde le dio un bofetón, batiéronse en el acto, y el conde, solo de su partido en medio de aquellos jóvenes, fue muerto. Mucho se habló de esa especie de desafío, y las personas que se habían hallado en él resolvieron viajar a Suiza.

Ese valor ridículo llamado resignación, valor de necios que se dejan coger sin chistar, no era del uso de la condesa. Furiosa por la muerte de su marido, hubiera querido que Limercati, el riquísimo joven, su amigo íntimo, tuviera también el capricho de viajar a Suiza y de asestar un tiro o un bofetón al matador del conde Pietranera.

Limercati consideró que ese proyecto era enteramente ridículo, y la condesa advirtió entonces de que, en su alma, el desprecio había matado al amor. Multiplicó sus atenciones por Limercati; quería avivar su amor y luego dejarlo plantado y desesperado. Para que este plan de venganza sea inteligible en Francia, diré que en Mirán, tierra muy distante de la nuestra, todavía hay quien por amor llega a la desesperación. La condesa, que en sus vestidos de luto eclipsaba a todas sus

rivales, coqueteó con los jóvenes que sobresalían entonces, y uno de ellos, el conde N..., que había declarado siempre que encontraba el mérito de Limercati algo pesadote y almidonado, para mujer de tanto ingenio, enamoróse locamente de la condesa. Ésta escribió a Limercati:

"¿Quiere usted por una vez obrar como hombre de talento? Pues hágase cuenta de que nunca me ha conocido.

“Vuestra, con un poco de desprecio acaso, humilde servidora,

GINA PIETRANERA”.

Leída esta carta, Limercati se marchó a uno de sus castillos; su amor se exaltó; se volvió loco y habló de saltarse los sesos, cosa desusada en las tierras de infierno. Al día siguiente de su llegada al campo, había escrito a la condesa ofreciéndole su nombre y sus doscientos mil francos de renta. La condesa le devolvió su carta, sin abrirla, por medio del groom del conde N . Después de esto, Limercati permaneció en sus tierras tres años; venía a Milán cada dos meses, pero no tenía el valor de quedarse y fastidiaba a todos sus amigos con su apasionado amor por la condesa y con el minucioso relato de las bondades que ésta tuvo antaño para él. Al principio añadía que con el conde N... la condesa se perdía y que esas relaciones la deshonoraban.

El hecho es que la condesa no sentía amor alguno por el conde N... y se lo declaró cuando estuvo plenamente cierta de la desesperación de Limercati. El conde, que tenía modales, le rogó que no divulgase la triste verdad que acababa de confesarle:

- Si tenéis la bondad extremada —añadió— de continuar recibíendome con todas las distinciones externas concedidas al amante, encontraré quizá un puesto conveniente.

Después de esta declaración heroica, la condesa no quiso admitir los caballos ni el palco del conde N... Pero estaba acostumbrada, desde hacia quince años, a una vida elegante; tuvo que resolver este problema difícil o mejor dicho imposible: vivir en Milán con una pensión de seis mil francos. Abandonó su palacio, alquiló dos habitaciones en un quinto piso y despidió a su servidumbre, hasta su doncella, sustituida por una pobre vieja que hacía la casa. Este sacrificio era en realidad menos heroico y penoso de lo que nos parece; en Milán la pobreza no es ridícula y por tanto no aparece como el peor de los males a las almas atemorizadas. Después de unos meses de esta pobreza noble, durante los cuales la condesa fue continuamente asaetada por cartas de Limercati; y hasta del conde N... que también quería casarse con ella, sucedió que el marqués del Dongo, que ordinariamente era de una avaricia aborrecible, pensó que sus enemigos podrían acaso sacar ventaja de la miseria de su hermana. ¡Cómo, una del Dongo reducida a Vivir con la pensión que la corte de Viena, de la que tantas quejas tenía, concede a las viudas de los generales)

Le escribió que en el castillo de Grianta le esperaban un alojamiento y un trato dignos de su hermana. El alma inquieta de la condesa acogió con entusiasmo la idea de este nuevo género de vida; veinte años hacía que no habitaba ese castillo venerable, erguido majestuosamente entre los viejos castaños plantados en el tiempo de los Sforza. Allí, decíase,

encontraré el descanso y, a mi edad, ¿no es la felicidad? (Como tenía treinta y un años, creíase llegado el momento de jubilarse). En ese lago sublime, donde he nacido, me espera por fin una vida feliz y apacible.

Yo no sé si se equivocaba, pero lo cierto es que esa alma apasionada que acababa de despreciar tan gentilmente dos inmensas fortunas, llevó la felicidad al castillo de Grianta. Sus dos sobrinas estaban locas de alegría.

- Me has devuelto los hermosos días de mi juventud - decía la marquesa al abrazarla-; la víspera de tu llegada tenía yo cien años.

La condesa se dedicó a recorrer, con Fabricio, todos los sitios encantadores, próximos a Grianta, tan celebrados por los viajeros: la villa Melzi del otro lado del lago, frente al castillo al que sirve de punto de vista; encima el bosque sagrado de los Sfondrata y el audaz promontorio que separa las dos partes del lago, la de Como, tan voluptuosa y la que corre hacia Lecco, llena de severidad: aspecto sublime y gracioso, igualado acaso, pero no sobrepujado por el paisaje más famoso del mundo, la bahía de Nápoles. Con arrebatado encanto volvía la condesa a encontrar los recuerdos de su primera juventud y los comparaba con sus sensaciones actuales. El lago de Como, decía, no está rodeado, como el de Ginebra, de grandes campos bien cercados y cultivados según los mejores métodos, cosas todas que recuerdan el dinero y la especulación. Aquí veo por todas partes colinas desiguales, altozanos cubiertos de bosquecillos, nacidos al azar y no estropeados aún por la mano del hombre, no obligados a dar renta. En medio de esas colinas de formas admi-

rables que se vuelcan en el lago en tan singulares pendientes, puedo conservar la ilusión de las descripciones de Tasso y de Ariosto. Todo es noble y tierno, todo habla de amor y nada recuerda las fealdades de la civilización. Las aldeas colgadas a media pendiente, están ocultas por grandes árboles y, por encima de las copas de los árboles, la arquitectura encantadora de sus preciosos campanarios. Si algún breve campo de cincuenta pasos de ancho ³⁶ viene a interrumpir de vez en cuando las enramadas de castaños y de cerezos salvajes, ven allí ojos satisfechos crecer plantas más robustas y felices que en parte alguna. Más allá de esas colinas, en cuyas cimas se divisan ermitas que uno querría habitar, descubre atónita la mirada los picos de los Alpes, siempre nevados, y su severa austeridad trae a la memoria algo de las desgracias de la vida, justo lo necesario para acrecentar la voluptuosidad presente. La imaginación se conmueve al oír el lejano sonido de la campana de una aldehuela oculta entre árboles. Esos sonidos, que las aguas transportan dulcificándolos, toman un tinte de dulce melancolía y de resignación y parecen hablar al hombre diciéndole: la vida huye, no pongas reparos a la felicidad que se presenta y apresúrate a gozar. La lengua que hablan estos lugares encantadores, que en el mundo no tienen par, devolvió a la condesa su corazón de quince años. No concebía cómo pudo pasar tanto tiempo sin ver el lago. ¿Será, decía, que la felicidad se ha refugiado en el umbral de la vejez? Compró una barca que Fabricio, la marquesa y ella, adornaron con sus propias manos, pues carecían de dinero para todo, en medio del tren de casa más espléndido. Desde su caída, el marqués del Dongo había multiplicado la fastuo-

sidad aristocrática. Por ejemplo, para ganar sobre el lago diez pasos de terreno, cerca de la famosa avenida de los plátanos, al lado de la Cadenabia, estaba construyendo un malecón cuyo costo ascendía a ochenta mil francos. A la extremidad del malecón, veíase en construcción una capilla, hecha sobre los dibujos del famoso marqués Cagnola, toda de bloques enormes de granito, y en la capilla tallaba el famoso Marchesi, el escultor de moda en Milán, un sepulcro con numerosos relieves que representaban las hazañas de los antepasados de la familia del Dongo.

El hermano mayor de Fabricio, el marchesino Ascanio, quiso unirse a las señoras en sus paseos; pero su tía le echaba agua en el cabello empolvado, y a diario inventaba una nueva burla contra su gravedad. Por fin libró a la alegre reunión de la presencia de su persona gruesa y mate. Nadie se atrevía a reír delante de él; creían que era un espía del padre y no querían enojar a ese déspota severo, siempre furioso desde su forzada dimisión.

Ascanio juró vengarse de Fabricio.

Hubo una tempestad en la que se corrió peligro. Aunque se disponía de poquísimos dineros, los dos barqueros fueron generosamente pagados para que no dijeran nada al marqués, quien se manifestaba ya muy malhumorado de que sus dos hijas fueran a las excursiones. Otro día se desencadenó una segunda tormenta. Son horribles e imprevistas en este hermoso lago; de improviso salen ráfagas de viento de dos gargantas opuestas y chocan sobre las aguas. La condesa quiso desembarcar en medio del huracán y de los rayos, asegurando que sobre una roca en medio del lago, del tamaño

de una habitación pequeña, gozaría de un singular espectáculo, viéndose acometida por todas partes por las olas furiosas. Pero al saltar de la barca se cayó al agua. Fabricio se tiró tras ella para salvarla y ambos fueron arrastrados bastante lejos. Sin duda ahogarse no es bello; pero el fastidio, extrañado, huía del castillo feudal. La condesa se, había apasionado por el carácter primitivo y por la astrología del abate Blanes. Con el poco dinero que le quedó después de la compra de la barca, adquirió un pequeño telescopio de ocasión y, casi todas las noches, iba con sus sobrinas y Fabricio a establecerse en la plataforma de una de las torres góticas del castillo. Fabricio era el sabio de la reunión y allí pasaban todos muy alegres horas lejos de los espías.

Hay que confesar que había días en que la condesa no dirigía la palabra a nadie; se la veía pasear bajo los altos castaños, sumida en negros ensueños; tenía demasiado talento para no sentir a veces cuán fastidioso es no cambiar ideas. Pero al día siguiente reía como antes; las quejas de la marquesa, su cuñada, eran las que producían esas impresiones sombrías en un alma tan activa por naturaleza.

- ¿Es que vamos a; pasar lo que nos queda de juventud en este triste castillo? -exclamaba la marquesa.

Antes de la llegada de la condesa, no tenía siquiera el valor de sentir esas añoranzas.

Así pasaron el invierno de 1814 a 1815. Dos veces, a pesar de su pobreza, fue la condesa a pasar unos días en Milán, para ver un bailable sublime de Viganó, que daban en la Scala. El marqués no prohibía a su esposa que acompañase a su cuñada. Cobrábanse los trimestres de la pequeña pensión

y era la pobre viuda del general cisalpino la que prestaba algunas monedas de oro a la riquísima marquesa del Dongo. Aquellas excursiones eran encantadoras; sentábanse a la mesa algunos viajeros amigos y de todo se consolaban, riendo como niños. Esta alegría italiana, llena de brío y de imprevido, daba al olvido la tristeza sombría que la mirada del marqués y de su primogénito esparcían en Grianta en su derredor. Fabricio, que apenas tenía diecisiete años, hacía muy bien de amo de casa.

El 7 de mayo de 1815 hacía dos días que las señoras habían vuelto de un precioso viajecito a Milán; estaban paseándose por la hermosa avenida de plátanos que había sido prolongada hacía poco tiempo hasta el borde mismo del lago. Vióse venir una barca del lado de Como con un hombre dentro que hacía señales extrañas. Un agente del marqués saltó al muelle: Napoleón acababa de desembarcar en el golfo Juan. Europa tuvo la ingenuidad de sorprenderse de este suceso que no sorprendió al marqués del Dongo, quien escribió a su soberano una carta llena de efusión ofreciéndole sus talentos y algunos millones y repitiéndole que sus ministros eran unos jacobinos que se entendían con los que en París dirigían la revuelta.

El 8 de marzo, a las seis de la mañana, el marqués vestido de gala, con sus insignias, escribía, dictándole su hijo mayor, el borrador de un tercer despacho político; estaba ocupado en copiarlo con su hermosa letra bien cuidada, en un papel que llevaba en filigrana la efigie del soberano. En el mismo instante Fabricio entraba en la habitación de la condesa Pietranera.

- Me voy –dijo-, me voy con el emperador que es también rey de Italia; ¡le tenía tanto cariño a tu marido! Pasaré por Suiza. Esta noche última, en Menagio, mi amigo Vari, el vendedor de barómetros, me ha dado su pasaporte; ahora dame tú algunos napoleones, que yo no tengo más que dos; pero si es preciso, iré a pie.

La condesa lloraba de alegría y de emoción.

-¡Dios mío!, ¡por qué se te ha ocurrido esta ideal - exclamaba oprimiendo las manos de Fabricio.

Se levantó y fue a coger en el armario de la ropa, en donde estaba cuidadosamente oculta, una bolsita adornada con perlas; era todo lo que tenía en el mundo.

-Toma -dijo a Fabricio-, pero en nombre de Dios, no te hagas matar. ¿Qué nos quedará a tu desgraciada madre y a mí, si vienes a faltarnos? En cuanto al éxito de Napoleón, es imposible, pobre amigo mío; nuestros caballeritos sabrán bien hacerle morir. ¿No te acuerdas de la historia que nos contaron en Milán, hace ocho días, de esos veintitrés proyectos de asesinato, tan bien combinados todos y de los que por milagro escapó? Y entonces era todopoderoso. Y ya has visto que no le faltan a nuestros enemigos las ganas de matarle. Francia, desde su marcha, no era ya nada.

Con el acento de la más viva emoción hablaba la condesa a Fabricio de los futuros destinos de Napoleón.

- Permiéndote que vayas con él, le sacrifico lo que más quiero en el mundo -decía.

Los ojos de Fabricio se llenaron de lágrimas que vertió abrazado a la condesa. Pero su resolución de marchar no fue alterada ni un instante. Explicaba efusivamente a esta amiga

tan querida las razones que le habían decidido; nos tomamos la libertad de encontrarlas muy graciosas.

Ayer tarde, eran las seis menos siete minutos, nos paseábamos, como sabes, por la orilla del lago, en la avenida de los plátanos, por debajo de la casa Sommariva y marchábamos hacia el sur. Ahí, por primera vez, advertí a lo lejos la barca que venía de Como, trayendo la gran noticia. Mirando yo esa barca, sin pensar en el emperador y envidiando tan sólo la suerte de los que pueden viajar, fui de pronto atenazado por una emoción profunda. La barca tomó tierra, el agente habló bajo con mi padre, quien mudó el color y nos llamó aparte para anunciarnos la terrible nueva. Me volví hacia el lago sin otro propósito que el de ocultar las lágrimas de alegría que inundaban mis ojos. De pronto, a una altura inmensa y a mi derecha, vi un águila, el pájaro de Napoleón; volaba majestuosa hacia Suiza y por consiguiente hacia París. Pues yo también, me dije al momento, atravesaré la Suiza con la rapidez de un águila é iré a ofrecer a ese gran hombre poca cosa, pero en fin, lo que puedo ofrecerle, la ayuda de mi débil brazo. El quiso darnos una patria; él tuvo afecto por mi tío. En el mismo instante, estando el águila aún visible, mis lágrimas se Secaron por un singular efecto; y la prueba de que esta idea viene de arriba es que en el mismo momento, sin discutir, tomé mi resolución y percibí claramente los medios de llevar a cabo ese viaje. En un abrir y cerrar de ojos, han sido barridas, como por un soplo divino, las tristezas todas que, como tú sabes, envenenan mi vida, sobre todo los domingos. He visto la grande imagen de Italia alzarse

sobre el fango en donde los alemanes la tienen sumida³; tenía sus brazos heridos y medio enredados aún en sus cadenas hacia su rey y su libertador. Y yo, dije para mí, hijo aún desconocido de esa madre desgraciada, yo partiré, yo iré a morir o a vencer con ese hombre, señalado por el destino, y que quiso purificarnos y librarnos del desprecio con que nos miran aún los más esclavos y viles habitantes de Europa.

- ¿Conoces -añadió en voz baja, acercándose a la condesa y fijando en ella sus ojos de donde brotaban llamas-, conoces un castaño joven que mi madre, el invierno en que yo nací, plantó por su mano al lado de la fuente grande en nuestro bosque, a dos leguas de aquí? Pues antes de hacer nada he querido visitarlo. La primavera no está muy avanzada, decíame; pues bien, si mi árbol echa hojas, esto será para mí un signo cierto. También yo he de salir de la modorra, en que me extenué en este castillo triste y frío. ¿No encuentras tú que estos viejos muros ennegrecidos, símbolos hoy, instrumentos ayer del despotismo, son la imagen verdadera del triste invierno? Son para mí lo que el invierno es para mi árbol. Pues, ¿querrás creerlo, Gina? Ayer tarde a las siete y media llegué a mi castaño; tenía hojas, unas preciosas hojitas bastante crecidas ya. Las besé sin hacerles daño. Removí la tierra con respeto alrededor del árbol querido. En seguida, llegué a Menagio; necesitaba un pasaporte para entrar en Suiza. El tiempo volaba y era ya la una de la madrugada cuando me encontré frente a la casa de Vasi. Pensaba que iba a tener que llamar mucho para despertarle; pero estaba

³ Habla un personaje apasionado; traduce en prosa unos versos del célebre Monti. (N. del A.)

con tres amigos. A mis palabras, exclamó: "¡Vas a reunirte con Napoleón!" Y se me colgó al cuello. Los otros tres también me abrazaron con emoción. "¿Por qué he de estar yo casado?", decía uno.

La señora Pietranera se había quedado pensativa; creyó que debía hacer algunas objeciones. Si Fabricio hubiera tenido la más mínima experiencia, habría visto que la condesa misma no creía en las buenas razones que apresuradamente iba exponiendo. Pero si no experiencia, tenía resolución y ni siquiera escuchó esas razones. La condesa se redujo pronto a convencerle de que comunicara su proyecto a su madre.

-Lo diré a mis hermanas y las mujeres me traicionarán aun sin querer -exclamó Fabricio con una especie de orgullo heroico.

-Habla con más respeto -dijo la condesa sonriendo entre lágrimas- del sexo que hará tu fortuna; pues disgustarás a los hombres siempre; tienes demasiado fuego para las almas prosaicas.

La marquesa prorrumpió en llanto al enterarse del extraño proyecto de su hijo; no comprendía su heroísmo y trabajó lo posible para detenerlo. Cuando se convenció de que nada en el mundo, a no ser las murallas de una prisión, podían impedir su marcha, le dio el poco dinero que poseía y luego se acordó de que desde la víspera tenía ocho o diez diamantes pequeños que valían acaso diez mil francos y que el marqués le había entregado para mandarlos engarzar en Milán. Las hermanas de Fabricio entraron en el cuarto de su madre, mientras la condesa cosía los diamantes en el traje de viaje de nuestro héroe, quien devolvía a las pobres mujeres

sus raquíticos napoleones. Sus hermanas se entusiasmaron tanto con el proyecto y le abrazaron con tan ruidosa alegría, que cogió en la mano los pocos diamantes que aún quedaban por esconder y quiso marchar en el acto.

-Me traicionaréis a pesar vuestro -dijo a sus hermanas-. Puesto que tengo tanto dinero, es inútil llevar ropa que se encuentra en todas partes.

Abrazó a tan queridas personas y partió en el instante mismo, sin querer volver a su cuarto. Tan de prisa anduvo, por miedo de ser perseguido por gente de a caballo, que aquella misma noche entraba en Lugano. Gracias a Dios estaba en una ciudad suiza y ya no temía ser cogido a la fuerza, en un camino solitario, por gendarmes pagados por su padre. Desde aquí escribió a su padre una hermosa carta, debilidad infantil que dio consistencia a la ira del marqués. Fabricio tomó un caballo, atravesó el San Gotardo y entró en Francia por Pontarlier. El emperador estaba en París. Aquí comenzaron las desgracias de Fabricio; había marchado con la firme intención de hablar al emperador; nunca se le ocurrió que fuera cosa difícil. En Milán veta al príncipe Eugenio diez veces al día, y hubiera podido dirigirle la palabra. En París, iba todas las mañanas al patio de las Tullerías a ver las revistas que Napoleón pasaba; pero nunca pudo acercarse al emperador. Nuestro héroe creía que todos los franceses estaban conmovidos profundamente por el peligro extremado que corría la patria. En la mesa del hotel, donde se había alojado, no ocultó sus proyectos y su devoción; encontró a jóvenes de una amable dulzura, más entusiastas aún que él, quienes en pocos días consiguieron robarle todo el dinero

que llevaba. Felizmente no había hablado, por pura modestia, de los diamantes de su madre. La mañana en que después de una orgía se vio decididamente robado, compró dos hermosos caballos, tomó de criado a un antiguo soldado, mozo de cuadra del mercader de caballos, y, despreciando a los jóvenes parisienses charlatanes, partió para el ejército. No sabía más sino que la concentración se hacía en Maubeuge. Apenas llegado a la frontera, pensó que era ridículo permanecer en una casa, ocupado en calentarse al fuego de una buena chimenea, mientras los soldados acampaban. A pesar de las advertencias de su criado, que no carecía de buen sentido. corrió meterse, imprudente, en los campamentos de la frontera, en la carretera de Bélgica. Apenas había llegado al primer batallón situado al borde de la carretera, cuando los soldados se pusieron a mirar al joven burgués cuya indumentaria en nada recordaba el uniforme. La noche venia, soplaba un viento frío, y Fabricio se acercó a la fogata, pidiendo hospitalidad y ofreciendo pagarla. Los soldados se miraron extrañados sobre todo de la idea de pagar, y le hicieron bondadosamente un sitio al lado del fuego; su criado le arregló un refugio. Pero una hora más tarde, pasando cerca del campamento el suboficial ayudante del regimiento, fueron los soldados a referirle la llegada del extranjero que hablaba mal el francés. El ayudante interrogó a Fabricio, quien habló de su entusiasmo por el emperador con un acento muy sospechoso. El suboficial entonces le rogó que le acompañase a presencia del coronel, que se había alojado en una casa de labor próxima. El criado de Fabricio se acercó con los dos caballos. Al verlos el ayudante suboficial pareció

impresionarse tanto, que en seguida mudó de pensamiento y se puso a interrogar también al criado. Éste, que era antiguo soldado, advirtió en seguida el plan de campaña de su interlocutor y se puso a hablar de los protectores que tenía su amo, añadiendo que desde luego no se dejaría robar sus hermosos caballos. El ayudante llamó en seguida a un soldado, que cogió preso al criado, y otro soldado cuidaba de los caballos, mientras que él, con tono seco y severo, ordenaba a Fabricio que le siguiera sin chistar.

Después de andar una legua larga a pie en la obscuridad que hacían más profunda en apariencia los fuegos del campamento alumbrando el horizonte por todas partes, el ayudante entregó a Fabricio a un oficial de gendarmería, que con tono grave le pidió sus papeles. Fabricio le enseñó su pasaporte, en donde aparecía como un vendedor de barómetros portador de su mercancía.

-¡Qué bestias! -exclamó el oficial-; es de verdad demasiado.

Hizo algunas preguntas a nuestro héroe, que habló del emperador y de la libertad en términos del más vivo entusiasmo; a esto el oficial de gendarmería soltó el trapo a reír.

-¡Vaya por Dios!, no eres muy listo, no -exclamó-. Es cosa fuerte que se atrevan a mandarnos rapaces de tu género.

Y por mucho que dijera Fabricio, que se esforzaba por explicar cómo, en efecto, no era vendedor de barómetros, el oficial lo mandó a la cárcel de B..., pequeña ciudad próxima, adonde nuestro héroe llegó hacia las tres de la mañana, furioso y muerto de cansancio.

Fabricio, sorprendido primero e irritado después, sin comprender nada de lo que le sucedía, pasó treinta y tres largos días en esta miserable prisión; escribía al comandante de plaza carta tras carta, y la mujer del carcelero, hermosa flamenca de treinta y seis años, era la encargada de remitirlas a su destino. Pero como la buena mujer no tenía ninguna gana de que fusilasen a un muchacho tan guapo, que además pagaba bien, se apresuraba a tirar las cartas al fuego. Por la noche, muy tarde, dignábase venir a escuchar las quejas de su prisionero. Había dicho a su marido que el jovencito tenía dinero, oído lo cual, el prudente carcelero le había dado carta blanca. Usó de este permiso y recibió algunos napoleones de oro, pues el ayudante no le había quitado a Fabricio más que los caballos, y el oficial de gendarmería no le había registrado. Una tarde del mes de junio oyó Fabricio un fuerte cañoneo, aunque bastante lejano. ¡Batíanse por fin! Su corazón saltaba de impaciencia. También oyó mucho ruido en la ciudad; en efecto, operábase un gran movimiento y tres divisiones pasaban por B Cuando hacia las once vino la mujer del carcelero a compartir sus penas, Fabricio fue aún más amable que de costumbre, y luego, cogiéndole las manos:

-Haga usted que salga de aquí, y le juro por mi honor que volveré a la cárcel en cuanto haya terminado la batalla.

-Todo eso son tonterías. ¿Tienes monis?

Fabricio pareció inquieto, pues no entendía la palabra monis. La carcelera al ver ese movimiento, creyó que la bolsa estaba próxima a vaciarse, y en lugar de hablar de napoleones, como había decidido, no habló ya más que de francos.

-Oye -dijo-, si puedes soltar un centenar de francos, pondré un doble napoleón en cada uno de los ojos del cabo que va a venir a relevar la guardia de noche. No podrá así verte salir de la cárcel, y si su regimiento ha de marchar en el día, aceptará.

Pronto quedó cerrado el trato. La carcelera consintió en esconder a Fabricio en su cuarto, de donde podría evadirse más cómodamente al otro día.

A la mañana siguiente, antes de rayar el alba, esta mujer dijo enternecida a Fabricio:

-Niño mío querido, bien joven eres para tener ya un oficio tan feo; créeme, no lo llagas más.

-¿Qué, qué? -repetía Fabricio-, ¿es acaso un crimen querer defender la patria?

-Basta, Acuérdate siempre de que te he salvado la vida; tu caso estaba claro y te hubieran fusilado. Pero no lo digas a nadie, pues nos harías perder la colocación a mi marido y a mi. Y, sobre todo, no vuelvas a contar ese cuento tártaro de hidalgo milanés disfrazado de vendedor de barómetros; es demasiado tonto. óyeme bien, voy a darte el traje de un húsar que murió anteayer en la cárcel; abre la boca lo menos posible, y si un sargento de caballería te pregunta de modo que no tengas más remedio que contestar, di que has estado enfermo en casa de un aldeano que te ha recogido por caridad, temblando de fiebre en una carretera. Si esa respuesta no satisface, añade que vas en busca de tu regimiento. Quizá por tu acento te detengan; di entonces que has nacido en Piamonte, que eres quinto, que te has quedado en Francia el año pasado, etc., etc...

Por primera vez, después de treinta y tres días de furor, comprendió Fabricio la causa de todo lo que le sucedía. Tomábanle por un espía. Discutió con la carcelera, que aquella mañana estaba muy tierna; mientras que provista de una aguja ésta achicaba las prendas del húsar, Fabricio contó su historia muy por lo menudo a la mujer extrañada. Por un momento ella lo creyó. ¡Tenía un aspecto ingenuo y estaba tan guapo de húsar!

-Puesto que tantas ganas tienes de combatir -le dijo al fin, casi convencida-, no tenías más que haberte alistado en un regimiento, al llegar a París. Con convidar a beber a un sargento, era cosa hecha.

La carcelera le dio, además, muchos buenos consejos para el porvenir, y por fin, rayando el alba, sacó a Fabricio de su casa haciéndole jurar mil y mil veces que no pronunciaría nunca su nombre, sucediese lo que sucediese. En cuanto Fabricio hubo salido de la pequeña ciudad, andando con gentil talante y llevando el sable bajo el brazo, asaltáronle escrúpulos: "Heme aquí, pensó, con el traje y los papeles de un húsar muerto en la cárcel, adonde fue, según dice, por el robo de una vaca y de unos cubiertos de plata. Por decirlo así, soy el sucesor de ese ser... y sin quererlo ni preverlo en manera alguna. ¡Cuidado con la cárcel!... El presagio está bien claro; mucho tendré que sufrir de la prisión."

No había transcurrido una hora desde que Fabricio dejara a su bienhechora, cuando empezó a llover con tanta fuerza que el nuevo húsar apenas si podía andar, estorbándole la marcha las botas de montar bastísimas y hechas a otra medida. Se encontró con un aldeano montado en un

mal caballejo, y compró el caballo, explicándole por señas; la carcelera le había recomendado que hablara lo menos posible, por causa de su acento.

El ejército aquel día estaba en marcha hacia Bruselas, después de haber ganado la batalla de Ligny; era la víspera de la batalla de Waterloo. Hacia las doce del día, continuando la lluvia torrencial, Fabricio oyó el ruido del cañón; esta felicidad hízole olvidar por completo los horribles instantes de desesperación que acababa de proporcionarle una prisión tan injusta. Anduvo hasta muy entrada la noche, y como ya empezaba a tener algún sentido común, fue a alojarse en una casa de aldeano que vio lejos de la carretera. El aldeano lloraba y afirmaba que se lo habían llevado todo; Fabricio le dio un escudo y encontró avena. Mi caballo no es hermoso, pensó, pero no importa; a lo mejor le gusta a un suboficial. Y se fue a dormir a la cuadra, al lado del animal. Al día siguiente, Fabricio estaba en la carretera una hora antes de rayar el alba, y a fuerza de caricias había conseguido que el caballejo tomara el trote. Hacia las cinco oyó el cañoneo; eran los preliminares de Waterloo.

III

Fabricio encontró bien pronto a unas cantineras, y el agradecimiento extremado que sentía por su carcelera de B... le indujo a dirigirles la palabra; preguntó a una de ellas dónde estaba el 4º regimiento de húsares, al que pertenecía.

-Más te valdría no darte tanta prisa, soldadito mío -dijo la cantinera, conmovida por la palidez y los hermosos ojos de Fabricio-. Todavía no tienes el puño bastante fuerte para los sablazos que van a darse hoy. Si siquiera tuvieras un fusil, no digo que no podrías soltar tu tiro como cualquier otro.

Este consejo disgustó a Fabricio; pero por mucho que empujaba a su caballo, no podía ir más de prisa que el carrito de la cantinera. De vez en cuando el ruido del cañón parecía aproximarse y no los dejaba entenderse, pues Fabricio estaba tan fuera de sí de entusiasmo y de felicidad, que había vuelto a reanudar la conversación. Cada palabra de la cantinera duplicaba su felicidad, porque se la patentizaba más. Salvo su verdadero nombre y su fuga de la cárcel, acabó por decirlo todo a una mujer que parecía tan buena. La cantinera, muy

extrañada, no entendía nada de lo que le contaba este soldadito.

-Ya, ya lo descubro todo -exclamó por fin con un ademán triunfador-; es usted un joven burgués enamorado de la mujer de algún capitán del 4º de húsares. Su amante de usted le habrá regalado el uniforme que lleva, y corre usted ahora detrás de ella. Porque es verdad, como hay Dios, que no ha servido usted nunca en la, milicia. Pero como es usted un chico valiente, quiere usted entrar en fuego ya que su regimiento de usted está en fuego, y no pasar por cobarde.

Fabricio asintió a todo; era ésta la única manera que tenía de recibir buenos consejos.

Yo ignoro todos los modos que estos franceses tienen de obrar, pensaba, y si alguien no me guía, aún conseguiré que me metan en la cárcel y me roben mi caballo.

-Ante todo, rapaz -le dijo la cantinera, que se iba haciendo cada vez más amiga-, confiesa que ni siquiera tienes veinte años; a lo más te doy diecisiete.

Era verdad, y Fabricio asintió sin dificultad.

-Así, pues, ni siquiera eres quinto; y sólo por los hermosos ojos de la dama vas a que te rompan los huesos. ¡Vaya un gusto de la señora! Si tienes todavía alguna de las onzas de oro que ha debido darte, lo primero que tienes que hacer es comprarte otro caballo; mira cómo tu jamelgo endereza las orejas cuando el ruido del cañón se acerca un poco; ése es un caballo de aldeano que te hará matar en cuanto entre en línea. ¿Ves ese humo blanco allí por encima del cercado aquél? Pues eso es el fuego de pelotón. Prepárate, pues,

muchacho, a sentir miedo para cuando oigas silbar las balas. Harías bien en comer algo, mientras que aún es tiempo.

Fabricio siguió el consejo, y dándole un napoleón a la cantinera le dijo que se cobrase.

-Da lástima verte -exclamó la mujer-; ¡el pobre infeliz ni siquiera sabe gastar su dinero! Merecerías que después de guardar tu napoleón pusiera mi yegua al trote; ni por pienso podría tu jaco seguirme. ¿Qué harías, tonto, viéndome escapar? Mira, niño, cuando hay jaleo nunca se enseña oro. Toma dilo, ahí van dieciocho francos y cincuenta céntimos; tu desayuno te cuesta seis francos. Y ahora vamos a tener caballos para poner almacén. Si el animal es pequeño, da diez francos por él; y, en todo caso, no des nunca más de veinte, aunque fuera el caballo del Cid.

Terminada la comida, la cantinera, que seguía perorando, fue interrumpida por una mujer que venía por el campo y llegó a la carretera.

-Eh, eh -gritó esta mujer-; eh, ¡Margot!, tu sexto regimiento ligero está a la derecha.

-Tengo que dejarte, rapaz dijo la cantinera a nuestro héroe-; pero en verdad me das pena; te tengo amistad, ¡caramba! No sabes nada de nada y vas a dejarte tundir, como hay Dios. Vente conmigo al 6º ligero.

-Bien comprendo que no sé nada -dijo Fabricio-; pero quiero pelear, y estoy resuelto a ir allá, adonde está ese humo blanco.

-Mira, mira cómo tu caballo meneas las orejas. En cuanto llegue allí, por poca fuerza que tenga, se irá de la mano y se echará a galopar, y entonces sabe Dios adónde irá a llevarte.

Créeme, vente conmigo. En cuanto estés con los soldaditos coges un fusil y una cartuchera, te pones al lado de los otros y haces como ellos, exactamente. Pero, Dios mío, apuesto a que ni siquiera sabes romper un cartucho.

Fabricio, picadísimo, confesó, sin embargo, a su nueva amiga, que había adivinado.

-¡Pobre rapaz! Van a matarlo en seguida, como hay Dios; no irá para largo. Tienes que venirte conmigo, absolutamente -replicó la cantinera con tono autoritario.

-Pero si yo quiero pelear.

-Ya pelearás también; anda, el 6º ligero es famoso, y hoy habrá tarea para todo el mundo.

-Pero, ¿llegaremos pronto a su regimiento?

-Dentro de un cuarto de hora, a lo más.

Recomendado por esta buena mujer, pensó Fabricio, no me tomarán por espía, a pesar de mi ignorancia de todo y podré pelear. En este momento el ruido del cañón aumentó; un trueno seguía al otro sin interrupción.

-Parece un rosario -dijo Fabricio.

-Ya empezamos a entrever los fuegos de pelotón -dijo la cantinera, dando un latigazo a su caballito que parecía animado por el fuego.

La cantinera torció a la derecha y echó por un atajo en medio de los prados; había un palmo de barro; la carretilla estuvo a punto de no poder salir; Fabricio empujó la rueda. Su caballo se cayó dos veces; el atajo, que iba secándose conforme se adelantaba, convirtióse pronto en un sendero entre la hierba. Fabricio no había andado quinientos pasos, cuando

su jamelgo se paró en seco; un cadáver obstruía el sendero, horrorizando por igual al caballo y al jinete.

La cara de Fabricio, pálida de suyo, tomó un tinte verdoso, muy pronunciado; la cantinera, habiendo mirado al muerto, dijo como para sí: Éste no es de nuestra división. Y luego, alzando los ojos y dirigiéndose a nuestro héroe, soltó el trapo a reír.

-¡Ya, ya, muchacho —exclamó—, vaya una fiesta!

Fabricio estaba helado. Lo que más le conmovía era la suciedad de los pies de ese cadáver, ya despojado de sus botas y de todo, no quedándole más que un pantalón malo manchado de sangre.

-Acércate -le dijo la cantinera-, baja del caballo; tienes que acostumbarte. Mira exclamó, le ha entrado por la cabeza.

Una bala, que entró junto a la nariz, había salido por la sien opuesta desfigurando al cadáver de un modo horrible; tenía abierto un ojo.

-Bájate del caballo -dijo la cantinera-, y dale un apretón de manos; ya verás si te contesta.

Sin vacilar, aunque medio muerto de asco, Fabricio se tiró al suelo y cogió la mano del muerto, que sacudió de firme; luego quedó como aniquilado: sentía que no tenía ya fuerza para volver a subirse en el caballo. Lo que más le horrorizaba era el ojo abierto.

La cantinera va a creer que soy un cobarde, decía con amargura.

Pero veía la imposibilidad de hacer el menor movimiento; se hubiera caído. Fue un momento horrible; Fabri-

cio estuvo a punto de caerse del todo. La cantinera lo advirtió, saltó ligera al suelo y le presentó, sin decir palabra, un vaso de aguardiente, que Fabricio bebió de un golpe. Así pudo volver a subir en el jaco y continuó el camino sin decir palabra. La cantinera lo miraba de vez . en cuando con el rabillo del ojo.

-Mañana pelearás, pequeño -le dijo por fin-. Hoy te quedarás conmigo. Bien ves que tienes que aprender el oficio de soldado.

-No, al contrario, quiero pelear hoy, en seguida - exclamó nuestro héroe con ademán sombrío, que pareció buen presagio a la cantinera.

El ruido del cañón aumentaba y parecía acercarse. Los cañonazos empezaban a fundirse unos en otros como un acompañamiento musical sostenido; un estampido no se separaba del siguiente por ningún intervalo, y sobre ese bajo continuo que recordaba el ruido de un lejano torrente, distinguíanse muy bien los fuegos de sección.

En este momento el camino se metía por un bosquecillo. La cantinera vio a tres o cuatro de nuestros soldados que venían hacia ella a todo correr; saltó ligera del coche y corrió a esconderse a quince o veinte pasos del sendero. Se ocultó en un agujero que había dejado en el suelo un árbol arrancado. Bien, se dijo Fabricio; voy a, ver si soy cobarde. Se detuvo al lado del carricoche, abandonado por la cantinera, y sacó el sable. Los soldados no se fijaron en él y pasaron corriendo a lo largo del bosque, a la izquierda del camino.

-Son de los nuestros -dijo tranquilamente la cantinera, volviendo jadeante hacia su cochecillo-. Si tu caballo fuese

capaz de galopar, te diría que fueses hasta la punta del bosque a ver si hay alguien en la llanura.

Fabricio no dejó que se lo dijera dos veces; arrancó una rama a un álamo, quitó las hojas y empezó a pegarle al caballo con toda su fuerza; el jamelgo salió a galope, pero pronto volvió a tomar su trotecillo habitual. La cantinera había puesto su caballo a galope.

-Para, para -gritaba a Fabricio

Pronto estuvieron ambos fuera del bosque. Al llegar a la entrada de la llanura oyeron un estruendo formidable; el cañón y la fusilería tronaban por todas partes, a derecha, a izquierda, por detrás. Y como el bosquecillo de donde salían estaba en lo alto de un montículo que se alzaba diez o doce pies por encima de la llanura pudieron ver bastante bien un rincón de la batalla; pero no había nadie en el prado, más allá del bosque. Este prado estaba cercado a unos mil pasos de distancia por una larga hilera de sauces muy espesos, por encima de los cuales se veía un humo blanco que a veces subía hacia el cielo dando vueltas.

-Dónde estará el regimiento -decía la cantinera sin saber qué hacer. No podemos atravesar el prado en línea recta. A propósito -dijo Fabricio-, si ves a un soldado enemigo, pínchale con la punta del sable, no vayas a entretenerte en sablearlo.

En este momento la cantinera vio a los cuatro soldados de que hemos hablado; salían del bosque y entraban a la llanura, a la izquierda del camino. Uno de ellos iba a caballo.

-Esto es lo que tú necesitas – dijo a Fabricio. ¡Eh! Eh! – gritó al que iba a caballo-, ven aquí a beber un poco de aguardiente.

Los soldados se acercaron.

-¡Dónde está el 6 ligero! –gritó la mujer.

-Allí, a cinco minutos de aquí, delante de ese canal que corre a lo largo de los sauces; y al coronel Macon acaban de matarlo.

-¿Quieres cinco francos por tu caballo?

-¡Cinco francos! Vamos, fuera de bromas, madrecita, un caballo de oficial que voy a vender por cinco napoleones antes de un cuarto de hora.

-Dame uno de tus napoleones –dijo la cantinera a Fabricio. Luego, acercándose al soldado del caballo-. Baja pronto – le dijo-, ahí va tu napoleón.

El soldado bajó. Fabricio saltó en la silla alegremente; la cantinera desataba el portamantas que llevaba el jamelgo.

-Ayudadme vosotros –dijo a los soldados-, ¡así dejáis que una dama trabaje sola!

Pero cuando el caballo comprado sintió el portamantas empezó a encabritarse, Fabricio, que que montaba muy bien, necesitó desarrollar todas sus fuerzas para contenerlo.

-Buena señal –dijo la cantinera-, el señorito no está acostumbrado a las cosquillas del portamantas.

-Caballo de general –exclamó el soldado que lo había vendido-, un caballo que vale diez napoleones.

-Toma veinte francos – le dijo Fabricio, que no podía contener su alegría de sentir entre sus piernas un caballo con movimiento.

En ese instante una bala de cañón dio en una hilera de sauces, tomándola de costado, y Fabricio gozó del curioso espectáculo de ver saltar todas las ramitas a uno y otro lado como segadas de un golpe.

-Bueno, ahí viene el bruto —dijo el soldado al tomar los veinte francos. Serían entonces las dos de la tarde.

Fabricio se hallaba aún bajo el encanto de ese espectáculo curioso, cuando un tropel de generales, seguidos por unos veinte húsares, atravesó al galope uno de los ángulos el amplio prado, en cuyo límite estaba parado; su caballo relinchó, se encabrito dos o tres veces seguidas y sacudió violentamente las riendas que le contenían. ¡Bueno, pues, sea! Dijo para sí Fabricio.

El caballo, abandonado a sí mismo, salió a todo galope y fue a juntarse con la escolta que seguía a los generales. Fabricio contó hasta cuatro sombreros bordados. Un cuarto de hora después, comprendió, por algunas frases oídas al húsar que estaba a su lado, que uno de los generales era el célebre mariscal Ney. Su felicidad llegó al colmo; sin embargo, no pudo adivinar cuál de los cuatro generales era el mariscal Ney; hubiera dado cualquier cosa por saberlo, pero se acordó de que no debía hablar. La escolta se detuvo para franquear un ancho foso de agua por la lluvia de la víspera; bordeado por grandes árboles, limitaba por la izquierda la pradera a cuya entrada había Fabricio comprado el caballo. Casi todos los húsares se habían bajado del caballo; el borde del foso hacia un rampa muy empinada y además muy resbaladiza y el agua estaba tres o cuatro pies por debajo del nivel de la pradera Fabricio, distraído por la alegría, pensaba

en el mariscal Ney y en la gloria, más que en su caballo, el cual muy animado se tiró al canal e hizo saltar al agua a una gran altura. Uno de los generales quedó por completo mojado, y exclamó lanzando un juramento:

-¡Vaya al demonio el car... de bestia!

Fabricio se sintió profundamente herido por esta injuria. ¿Puedo pedirle satisfacción?, pensaba. Mientras tanto, para demostrar que no era tan torpe, se empeñó en que su caballo subiera la orilla opuesta del foso; pero ascendía recta en una altura de cinco o seis pies. Tuvo que renunciar; entonces anduvo contra la corriente, con el caballo cubierto de agua hasta la cabeza, y por fin halló una especie de abrevadero por donde pudo subir fácilmente del otro lado del canal. Fue el primer hombre de la escolta que llegó; se puso orgulloso al trotar por la orilla, mientras que en el fondo del canal los húsares se revolvían bastante preocupados de su posición, porque en muchos sitios el agua tenía cinco pies de profundidad. Dos o tres caballos se acobardaron y quisieron nadar, lo que produjo un espantoso chapoteo. Un sargento comprendió la maniobra que acababa de hacer aquel adolescente, que tenía un aspecto tan poco militar.

-Hacia, arriba hay, a la izquierda, un abrevadero - exclamó. Y poco a poco pasaron todos.

A1 llegar a la otra orilla, Fabricio se había encontrado con los generales solos; paresóle que el cañoneo aumentaba; apenas si pudo oír al general, a quien había mojado, gritar a su lado:

-¿De dónde has cogido ese caballo?

Fabricio estaba tan turbado que contestó en italiano:

-L'ho comprato poco fa. (Hace poco que lo he comprado).

-¿Qué dices? -gritó el general.

Pero el estruendo fue tal en este instante, que Fabricio no pudo contestarle. Confesaremos que nuestro héroe era muy poco heroico en este momento. Sin embargo, no era el miedo lo que en él predominaba; estaba escandalizado principalmente por ese ruido que le hacía daño en los oídos. La escolta empezó a galopar atravesando un gran campo labrado situado más allá del canal; este campo estaba lleno de cadáveres.

-¡Los colorados, los colorados! -gritaban alegres los húsares de la escolta.

Fabricio no entendía al principio; pero por fin observó que, en efecto, casi todos los cadáveres estaban vestidos de rojo. Una circunstancia le produjo un temblor de horror, y es que notó que muchos de aquellos infelices colorados vivían aún y gritaban evidentemente pidiendo auxilio; nadie se detenía para socorrerlos. Nuestro héroe, muy humano, se tomaba un enorme trabajo para que su caballo no pisara a ningún colorado. La escolta se detuvo; Fabricio que no prestaba atención bastante a su deber de soldado, seguía galopando mientras miraba a un desgraciado herido.

-¿Quieres pararte? -le gritó el sargento.

Fabricio vio que se hallaba a veinte pasos a la derecha delante de los generales, y precisamente del mismo lado adonde dirigían sus gemelos. Al volver a colocarse con los demás húsares, que habían permanecido detrás, vio que el más gordo de esos generales hablaba al que tenía al lado con

ademán autoritario y casi de reprimenda; decía palabrotas. Fabricio no pudo contener su curiosidad, y a pesar del consejo de que no hablara que le dio su amiga la carcelera, arregló en su cabeza una frasecita bien francesa y muy correcta, que dijo a su vecino:

-¿Quién es ese general que está reconviniendo al de al lado?

-Pues, hombre, el mariscal.

-¿Qué mariscal?

-El mariscal Ney, ¡idiota! Pero, hombre, ¿dónde has servido hasta ahora?

Fabricio, aunque muy susceptible, no pensó en enfadarse por la injuria; estaba contemplando, sumido en una admiración pueril, a ese famoso príncipe de la Moskowa, el valiente de los valientes.

De pronto salieron todos galopando. Algunos momentos después vio Fabricio, a veinte pasos delante de él, una tierra labrada que estaba removida de manera singular. El fondo de los surcos estaba lleno de agua, y la tierra húmeda que formaba la cresta de esos surcos volaba en pequeños fragmentos negros lanzados a tres o cuatro pies de altura. Fabricio notó al pasar este efecto singular; luego su pensamiento siguió su curso hacia la gloria del mariscal. Oyó a su lado un grito seco; eran dos húsares que caían heridos por balas de cañón; y cuando los miró ya habían quedado atrás a veinte pasos de la escolta. Lo que le pareció horrible fue un caballo ensangrentado que se revolcaba en la tierra labrada, pisándose sus propios intestinos; quería seguir a los demás. La sangre corría por el lodo.

¡Ah!, ya estoy por fin en pleno fuego, dijo. He visto el fuego, repetía con satisfacción. Ya soy un verdadero militar. En este momento iba la escolta a todo correr, y nuestro héroe comprendió que las balas de cañón eran las que hacían saltar la tierra por todas partes. En vano miraba hacia el sitio de donde venían las balas de cañón; no veía más que el humo blanco de la batería a una distancia enorme y entre el ruido constante e igual que producían los cañonazos, parecía oír descargas mucho más cercanas; no entendía absolutamente nada.

En este momento, los generales y la escolta bajaron a un caminito lleno de agua, que se hallaba unos cinco pies más abajo.

El mariscal se detuvo y volvió a mirar con sus anteojos. Esta vez Fabricio pudo contemplarlo a su gusto; lo encontró muy rubio, con una cabeza gruesa y roja. No tenemos en Italia, pensaba, caras como ésta. Nunca yo, tan pálido y con mis pelos castaños, nunca seré yo así, añadió entristecido. Para él significaban estas palabras: nunca seré yo un héroe.

Miró a los húsares; salvo uno, todos tenían los bigotes amarillos. Pero miraba a los húsares de la escolta, éstos le miraban a él, y esta mirada le hizo sonrojarse. Para poner término a su desazón volvió la cara hacia el enemigo. Veíanse unas líneas muy largas de hombres vestidos de rojo; pero lo que le extrañó mucho es que esos hombres le parecían muy pequeños. Las largas filas, que eran regimientos o divisiones, no le parecían más altas que un vallado. Una línea de jinetes rojos iba trotando hacia el camino bajo, que el mariscal y la escolta se habían puesto a seguir al paso, metiéndose

en el barro. El humo no dejaba ver nada por el lado hacia que avanzaban; de vez en cuando un hombre galopando se destacaba el humo blanco.

De pronto, vio Fabricio a cuatro hombres que venían del lado del enemigo que venían a gran galope. ¡Ah! vamos a ser atacados pensó. Pero vio a dos de esos hombres hablar con el mariscal. Uno de los generales del séquito salió entonces a galope hacia el lado enemigo., seguido por dos húsares de la escolta y por los cuatro hombres que acababan de llegar. Después de pasar todos por un canalillo, encontróse Fabricio al lado de un sargento de húsares que tenía buena cara. A este voy a hablarle, se dijo y así quizá dejarán de mirarme. Meditó largo tiempo.

- Señor, es la primera vez que asisto a una batalla –dijo por fin al sargento-, pero ¿esto es una verdadera batalla?

- Y tanto. Pero usted ¿quién es?

- Soy hermano de la mujer de un capitán.

- Y ¿cómo se llama ese capitán?

Nuestro héroe quedo desconcertado por esta pregunta, que no había previsto. Felizmente, el sargento y la escolta volvían a emprender el galope. ¿Qué nombre francés le diré?, pensaba Fabricio. Por fin se acordó del nombre del dueño del hotel en donde había vivido en París; se acercó su caballo al sargento y gritó con toda su fuerza:

-¡El capitán Meunier!

-¡Ah! ¿el capitán Teulier? Pues bien: ha sido muerto.

¡Bravo!, pensó Fabricio, el capitán Teulier; hay que hacerse el afligido.

-¡Ah Dios mío! –gritó y puso cara de pene.

Habían salido del camino bajo; estaban atravesando un prado; iban a galope tendido; las balas de cañón llegaban de nuevo. El mariscal se adelantó hacia una división de caballería. La escolta se hallaba entre cadáveres y heridos; pero este espectáculo no impresionaba ya tanto a nuestro héroe; tenía otras cosas en qué pensar.

Mientras estaba la escolta parada vio el carricoche de tina cantinera, y vencido por su ternura hacia tan respetable cuerpo, partió al galope en dirección a ella.

No se vaya usted, caramba gritóle el sargento.

¿Qué puede hacerme aquí?, pensó Fabricio. Y siguió galopando hacia la cantinera. Al picar de espuelas a su caballo había concebido la esperanza de que fuera su buena amiga de por la mañana; los caballos y los carricoches eran muy parecidos, pero la propietaria era otra, y nuestro héroe le encontró un aspecto de mal genio. Al acercarse a ella le oyó decir:

¡Era un hombre espléndido!

Un espectáculo bien feo esperaba a nuestro joven soldado; estaban cortándole el muslo a un coracero, hermoso joven de cinco pies y diez pulgadas de alto. Fabricio cerró los ojos y se bebió sin parar cuatro vasos de aguardiente. .

¡Bueno va, mequetrefe! exclamó la cantinera.

El aguardiente le sugirió una idea: voy a comprar la benevolencia de mis camaradas, los húsares de la escolta.

Deme usted el resto de la botella dijo a la cantinera.

Pero ¿sabes tú que ese resto vale diez francos en un día como el de hoy?

Volvió al galope a juntarse con la escolta.

¡Ah!, nos traes de beber exclamó el sargento; ¿era por eso por lo que desertabas? Venga.

Circuló la botella; el último que bebió la tiró por lo alto.

¡Gracias, camarada! dijo a Fabricio.

Todos le miraban con benevolencia, y estas miradas le quitaron de encima un peso de cien libras. Fabricio era uno de esos corazones hechos de frágil materia, que necesitaban sentirse reconfortados por la amistad de quienes lo rodean. Por fin ya no le miraban mal sus compañeros; había entre ellos una relación más cordial. Fabricio respiró hondo, y con voz ya limpia y clara dijo al sargento:

Y si el capitán Teulier ha sido muerto, ¿dónde podré encontrar a mi hermana?

— Se consideraba como un pequeño Maquiavelo, por haber dicho Teulier en lugar de Meunier.

Esta noche lo sabrá usted contestó el sargento.

La escolta se puso otra vez en marcha y se dirigió hacia unas divisiones de infantería. Fabricio se sentía completamente ebrio. Habla bebido demasiado aguardiente y se tambaleaba un tanto sobre la montura; se acordó muy oportunamente de una frase que solía decir el cochero de su madre: "Cuando se ha empinado el codo, hay que mirar a las orejas del caballo y hacer lo que haga el vecino."

El mariscal se detuvo largo rato cerca de algunos cuerpos de caballería, a quienes mandó cargar; pero durante una o dos horas nuestro héroe apenas tuvo conciencia de lo que acontecía en torno suyo. Sentíase muy cansado, y cuando su caballo galopaba caía sobre la montura como un pedazo de plomo.

De pronto el sargento gritó a sus hombres:

-¿No veis al emperador?

La escolta se puso en seguida a gritar: *Viva el emperador*. Se figurará fácilmente el lector cómo miraría Fabricio: pero no vio más que unos generales galopando seguidos también por una escolta. Las largas crines que llevaban colgando los dragones del séquito le impidieron distinguir las caras. Así pues, no he podido ver al emperador en un campo de batalla por causa de esos malditos vasos de aguardiente. Esta reflexión bastó para despertarlo por completo.

Bajaron de nuevo a un camino lleno de agua. Los caballos quisieron beber.

-¿Es, pues, el emperador el que ha pasado por allí? —dijo al que estaba a su lado.

-Ya lo creo. El que no lleva traje bordado. ¿Cómo no la ha visto usted? —le contestó el compañero con benevolencia.

Fabricio sintió vehementes deseos de irse al galope tras la escolta del emperador e incorporarse a ella. ¡Qué felicidad la de pelear de verdad junto al héroe! Para eso había venido a Francia. Puedo hacerlo perfectamente, se dijo, porque en fin de cuentas no tengo más motivos para hacer el servicio que hago que la voluntad de mi caballo, que se echó a galopar detrás de estos generales.

Lo que decidió a Fabricio a quedarse fue que los húsares, sus nuevos camaradas, le ponían buena cara; empezaba ya a considerarse como íntimo amigo de todos los soldados con los que andaba desde algunas horas. Entre ellos y él veía esa noble amistad de héroes del Tasso y del Ariosto. Si se agregaba a la escolta del emperador, tendría que trabar nuevo

conocimiento; quizá le pondrían malas caras, pues esos otros jinetes eran dragones y él llevaba el uniforme de húsar, como todos los que seguían al mariscal. Parecíale que todo había cambiado desde que estaba con amigos; se moría de ganas de hacer preguntas. Pero aún estoy algo borracho, se dijo; tengo que acordarme de mi carcelera. Observó, al salir del camino e hondonada, que la escolta ya no iba con el mariscal Ney; el general que ahora seguían era alto, delgado, con cara seca y ojos terribles.

Este general era el conde de A... el antiguo teniente Robert del 15 de mayo de 1796. ¡Cuánta alegría no hubiera sentido al ver a Fabricio del Dongo!

Ya hacia tiempo que Fabricio no veía la tierra saltar en pedacitos negros, bajo la acción de las balas de cañón. Llegaron detrás de un regimiento de coraceros, oyó muy bien las balas chocar contra las corazas y vio caer algunos hombres.

El sol estaba ya muy bajo, a punto de ponerse. La escolta salió del camino de hondonada y subió una pequeña pendiente de tres o cuatro pies, entrando en un campo labrado. Fabricio oyó un ruido extraño a su lado; volvió la cabeza. Habían caído cuatro hombres con sus caballos; el mismo general había sido echado a tierra y se levantaba lleno de sangre. Fabricio miraba a los húsares caídos; tres de ellos tenían aún unos movimientos convulsivos y el cuarto gritaba:

-¡Sacadme de debajo!

El sargento y dos o tres hombres se habían bajado del caballo para ayudar al general, quien apoyándose en su ayu-

dante probaba andar unos pasos; quería alejarse de su caballo, que se revolcaba en el suelo dando coces furibundas.

El sargento se acercó a Fabricio. En este momento nuestro héroe oyó detrás de él a alguien que decía muy cerca de su oído:

-Es el único que aún puede galopar.

Sintió que le cogían los pies y se los levantaban mientras le sostenían el cuerpo por detrás. Así pasó por encima de la grupa de su caballo, y resbalándose hasta el suelo, cayó sentado.

El ayudante del general tomó el caballo de Fabricio por las riendas, y el general ayudado por el sargento subió a él y partió al galope seguido por seis hombres que restaban. Fabricio se puso de pie furioso y echó a correr detrás de ellos gritando:

-*Ladri! Ladri!* (¡Ladrones!)

Resultaba gracioso aquello de correr detrás de los ladrones en medio de un campo de batalla.

La escolta y el general, conde A..., desaparecieron bien pronto detrás de una hilera de sauces. Fabricio, ebrio de ira, llegó también a una línea de sauces; hallóse junto a un canal muy profundo, que atravesó, y llegado a la orilla opuesta empezó de nuevo a lanzar juramentos, viendo otra vez, ahora muy lejos, al general y a la escolta perdiéndose entre los árboles.

-¡Ladrones, ladrones! –gritaba, en francés ahora.

Desesperado, no tanto por la pérdida del caballo como por la traición, dejóse caer al borde del foso, cansado y muerto de hambre. Si su hermoso caballo le hubiera sido

arrebatado por el enemigo, no pensarla en ello; pero la traición y el robo de aquel sargento, a quien quería tanto, y de aquellos húsares a quienes miraba como hermanos, le partía el corazón. No podía consolarse de tamaña infamia, y apoyado contra un sauce empezó a llorar a lágrima viva. Sus ensueños hermosos de amistad caballeresca y sublime, como la de, los héroes de la Jerusalén libertada, iban desvaneciéndose uno por uno. ¡Nada le hubiera importado ver venir la muerte, rodeado de almas heroicas, tiernas, de amigos nobles que estrechan la mano del moribundo! Pero ¡conservar su entusiasmo en medio de viles bribones! Fabricio, como todo hombre lleno de indignación, exageraba. Al cabo de un cuarto de hora de enternecimiento, observó que las balas de cañón empezaban a llegar hasta la hilera de árboles, a cuya sombra meditaba. Levantóse y quiso orientarse. Miraba los prados cercados por un ancho canal y una hilera de espesos sauces; creyó reconocer el sitio. Vio a un cuerpo de infantería que saltaba el foso y entraba en los prados a un cuarto de legua delante de él. Iba a dormirme, se dijo. ¡Cuidado con no caer prisionero!. Y echó a andar muy de prisa. Pronto se tranquilizó; conoció el uniforme. Los regimientos, que temía que le cortasen el paso, eran franceses. Tiró hacia la izquierda para llegar a ellos. Además del dolor moral de haber sido indignamente robado y traicionado, otro dolor le torturaba a cada instante: se moría de hambre. Después de haber andado o mejor dicho corrido durante diez minutos, vio con gran alegría que el cuerpo de infantería que también iba muy de prisa, se detenía como para formar. Algunos momentos después encontrábase entre los primeros soldados.

-Camaradas, ¿podréis venderme un pedazo de pan?

-¡Anda, éste nos toma por panaderos!

Estas palabras duras y la burla general que siguió, fueron para Fabricio un mazazo. La guerra no era, pues, ese noble y unánime vuelo de almas amante de la gloria, que se habla figurado, leyendo las proclamas de Napoleón. Sentóse o mejor dicho, dejóse caer en la hierba; se puso muy pálido. El soldado que le habla hablado y que se habla detenido a diez pasos de él para limpiar con su pañuelo las piezas del fusil, se acercó y le echó un trozo de pan; luego, viendo que Fabricio no lo recogía, le puso un pedazo en la boca. Fabricio abrió los ojos y lo comió sin fuerzas para hablar. Cuando buscó con los ojos al soldado para pagarle, encontróse solo; los soldados más cercanos estaban a cien pasos y marchaban. Se levantó maquinalmente y los siguió. Entró en un bosque; iba a caerse muerto de cansancio y ya buscaba con la vista un sitio cómodo, cuando, ¡cuál no sería su alegría al reconocer primero el caballo, luego el cochecillo y por fin la cantinera de por la mañana esta vino a él y se asustó al verle la cara.

Anda, anda, hijo mío le dijo. ¿Estás herido?... ¿Y tu hermoso caballo?

Mientras así hablaba, lo condujo a su coche adonde le hizo subir sosteniéndolo por debajo de los brazos. Apenas instalado en el coche, nuestro héroe, cansado hasta el exceso, se quedó profundamente dormido.

IV

Nada pudo despertarlo ni los tiros que estallaban al lado del carricoche, ni el trote del caballo fustigado con toda su alma por la cantinera. El regimiento, atacado de improviso por nubes de caballería prusiana, había creído todo el día que el ejército francés era el vencedor; ahora se batía en retirada o, mejor dicho, huía hacia Francia.

El coronel, joven arrogante y peripuesto, que acababa de tomar el lugar de Macon, murió de un sablazo; el comandante que le sustituyó en el mando era un anciano de cabellos blancos; mandó hacer alto.

-¡Car!... dijo a los soldados, en tiempos de la República, esperábamos para largarnos que nos obligara el enemigo... Defended el terreno palmo a palmo; dejaos matar gritaba entre juramentos; es ahora el suelo de la patria el que quieren invadir esos prusianos.

El carricoche se detuvo. Fabricio despertó súbitamente. El sol se había puesto hacia ya mucho tiempo; quedóse asombrado de ver que ya era casi de noche. Los soldados

corrían de un lado a otro en una confusión que sorprendió a nuestro héroe; creyó ver que estaban muy deprimidos.

-¿Qué pasa? preguntó a la cantinera.

-Nada. Que estamos perdidos, hijo mío; la caballería prusiana nos acuchilla; nada más que eso. El imbécil del general se creyó, primero, que era la nuestra. Vamos, pronto, ayúdame a arreglar los tirantes de la yegua, que se han roto.

Unos tiros sonaron a diez pasos de distancia. Nuestro héroe, fresco ya y dispuesto, se dijo: La verdad es que en todo el día no he peleado; lo que he hecho ha sido escoltar a un general.

-Tengo que pelear dijo a la cantinera.

-Tranquilízate, ya pelearás, y más de lo que tengas gana. Estamos perdidos.

- Aubry, amigo mío – gritó a un cabo que pasaba-, mira de vrez en cuando que es del cochecillo.

-¿Va usted a la pelea? –dijo Fabricio a Aubry.

-No; voy a ponerme los zapatos para ir de baile.

-Voy con usted.

-¡Te recomiendo a este pequeño húsar! –gritó la cantinera -, el burguesito tiene corazón.

El cabo Aubry andaba sin decir palabra. Ocho o diez soldados se llegaron a él corriendo; los condujo detrás de un grueso roble, rodeado de espinas. Luego los colocó en le límite del bosque, sin decir palabra en una línea muy extensa; cada uno estaba, por lo menos a diez pasos del otro.

-Eh, vosotros –dijo el cabo, y esta era la primera que hablaba-, no vayáis a tirar antes que yo lo mande: pensad que no tenéis más que tres cartuchos.

Pero ¿qué pasa? preguntábase Fabricio. Por fin, cuando estuvo solo con el cabo, dijo:

-No tengo fusil.

-Cállate, ante todo. Ponte ahí; a cincuenta pasos de aquí, delante del bosque, encontrarás a alguno de los pobres soldados del regimiento que acaban de caer bajo los sablazos enemigos: cógele su fusil y la cartuchera de uno que esté bien muerto, y date prisa, no vayas a cargarte los tiros de nuestros hombres.

Fabricio salió corriendo y volvió en seguida con un fusil y una cartuchera.

-Carga tu fusil y ponte ahí detrás de ese árbol y sobre todo no vayas a tirar antes de que yo ordene... ¡Diablos, ni siquiera sabe cargar su arma! –Ayudo a Fabricio mientras seguía hablando -. Si un jinete enemigo se te viene encima al galope, da vueltas alrededor del árbol y no sueltes el tiro no sea a boca de jarro, cuando el jinete esté a tres pasos ; es preciso que tu bayoneta toque casi el uniforme. ¡Tira tu sabes, demonio! – exclamó el cabo -, ¿quieres enredarte en él, car?... ¡Qué soldado nos dan ahora! –Y mientras hablaba, cogió el sable y lo tiró él mismo con ira-. Tú limpia la piedra de tu fusil con tu pañuelo. ¿Has tirado alguna vez un tiro?

-Soy cazador.

-Alabado sea Dios –repuso el cabo suspirando-. Sobre todo no tires antes de que yo te lo mande. –Y se fue.

Fabricio estaba muy alegre ¡Por fin voy realmente a batiirme, pensaba, voy a matar a un enemigo! Esta mañana nos enviaban balas de cañón, y yo no hacía nada más que exponerme a la muerte: oficio de tontos. Fabricio miraba por

todos lados con extremada curiosidad. Al cabo de un momento oyó siete u ocho tiros a su lado. Pero no habiendo oído la orden de tirar, quedóse quieto detrás de su árbol. Era ya casi de noche. Parecíale que estaba en acecho, a la caza del oso en la montaña de la Tramezzina, encima de Grianta. Tuvo una idea de cazador; cogió un cartucho y sacó la bala. Si lo veo, no debo fallarlo, y metió esta segunda bala en el cañón de su fusil. Oyó dos tiros al lado mismo de su árbol; al mismo tiempo vio un jinete vestido de azul que pasaba galopando delante de él y se dirigía de su derecha a su izquierda. No está a tres pasos, se dijo, pero a esta distancia estoy seguro de darle. Apuntó al jinete siguiéndole un momento con el fusil y apretó el gatillo; el jinete cayó de su caballo. Nuestro héroe creía estar de caza, y se precipitó alegremente hacia la pieza que acababa de matar. Ya casi tocaba al hombre, que parecía moribundo, cuando con increíble rapidez dos jinetes prusianos llegaron sobre él sable en mano. Fabricio escapó a todo correr hacia el bosque; para correr mejor tiró su fusil. Los jinetes prusianos estaban ya a tres pasos, cuando llegó a un vivero de robles pequeños y rectos que rodeaba el bosque. Estos pequeños robles detuvieron un momento a los jinetes; pero pasaron y siguieron detrás de Fabricio por un claro del bosque. Ya estaban otra vez cerquísima, cuando se escurrió por entre siete u ocho árboles gordos. En este momento casi tuvo la cara quemada por la llama de cinco o seis disparos que partieron delante de él. Bajó la cabeza; al levantarla de nuevo se encontró frente a frente con el cabo.

-¿Has matado al tuyo? dijo el cabo Aubry.

-Sí; pero he perdido mi fusil.

-No son fusiles los que faltan. Eres un buen chico; a pesar dei tu cara de pepino, has ganado tu jornal, y esos soldados de ahí acaban de fallar a los dos que te perseguían y llegaban sobre ellos; yo no los veía. Se trata ahora de largarse sin perder tiempo; él regimiento debe estar a medio cuarto de legua de aquí, y además hay un prado por ahí donde podemos ser cogidos a la media vuelta.

Mientras hablaba, el cabo marchaba rápido al frente de sus diez hombres. A doscientos pasos de allí, entrando en el prado de que había hablado, encontraron a un general herido, conducido por su ayudante y un criado.

-Deme usted cuatro hombres dijo al cabo con voz apagada; se trata de llevarme a la ambulancia; tengo la pierna acribillada.

-¡Vete al car...! respondió el cabo, tú y todos los generales. Todos habéis hecho traición al emperador.

-¡Cómo -dijo el general furioso-, desobedecéis mis órdenes! Sabéis que soy el general conde B..., jefe de vuestra división... -Y siguió perorando.

El ayudante se echó sobre los soldados. El cabo le dio un bayonetazo en el brazo y salió al escape con sus hombres.

-¡Ojalá, y todos estén como tú repetía el cabo entre juramentos; ojalá tengan los brazos y las piernas acribillados! ¡Montón de figurones! ¡Todos vendidos a los Borbones, traicionando al emperador!

Fabricio oía con estupor esta horrible acusación.

Hacia las diez de la noche alcanzaron al regimiento a la entrada de una gran aldea que formaba varias calles muy

estrechas; pero Fabricio observó que el cabo Aubry no dirigía la palabra a ningún oficial.

-¡Imposible avanzar! -exclamó el cabo.

Todas las calles estaban llenas de infantería, de caballería y, sobre todo, de furgones y de carros de artillería. El cabo se presentó a la salida de tres calles; a los veinte pasos había que pararse. Todo el mundo juraba y se enfadaba.

-¡Otro traidor está de seguro mandando! -exclamó el cabo-; si al enemigo se le ocurre rodear la aldea, nos coge prisioneros a todos, como a perros. Seguidme vosotros.

Fabricio miró; ya no había con el cabo más que seis soldados:

Por un portal penetraron en un amplio corral; del corral pasaron a una cuadra y por una puertecilla entraron en un jardín. Aquí estuvieron un instante perdidos, errando de acá por allá. Por fin saltaron uña valla y se hallaron en un campo de trigo. En menos de media hora, guiados por los gritos y los ruidos confusos, llegaron al camino real, dejando la aldea atrás. La cuneta de la carretera estaba llena de fusiles abandonados. Fabricio eligió uno. Pero el camino, aunque muy ancho, estaba tan atestado de carretas y de fugitivos, que en media hora apenas si el cabo y Fabricio habían andado quinientos metros. Las once daban en el reloj de la aldea.

-Echemos otra vez por el campo -exclamó el cabo.

El grupo componíase ya sólo de tres soldados, el cabo y Fabricio. Cuando estuvieron a un cuarto de legua de la carretera dijo uno de los soldados:

-No puedo más.

-Ni yo tampoco -dijo otro.

-¡Vaya una noticia! Igual estamos todos -dijo el cabo;- pero hacedme caso y os valdrá. -Vio cinco o seis árboles a lo largo de un pequeño foso, en medio de un gran campo de trigo. -¡A los árboles! dijo a sus hombres. -¡Acostaos añadió cuando hubieron llegado-, y no hagáis ruido! Pero antes de dormirse, ¿quién tiene pan?

-Yo -dijo uno de los soldados.

-Venga -dijo el cabo autoritariamente. Partió el pan en cinco pedazos y cogió el más pequeño-. Un cuarto de hora antes de amanecer -dijo mientras comía- vais a tener a la caballería enemiga. Se trata de no dejarse acuchillar. Uno solo está perdido con la caballería encima, en estas llanuras; pero cinco pueden ayudarse; quedaos conmigo bien juntos, no tiremos más que a quemarropa, y me comprometo a porteros mañana por la tarde en Charleroi.

El cabo los despertó una hora antes del alba; les mandó renovar la carga de los fusiles. El ruido en la carretera no había cesado en toda la noche; era como el estruendo de un torrente lejano.

Huyen como carneros dijo Fabricio al cabo, con un tono ingenuo.

-¡Quieres callarte, rapazuelo! -dijo el cabo indignado. Y los tres soldados que formaban todo el ejército, con Fabricio, miraron a éste con ademán iracundo como si hubiera blasfemado. Había insultado a la nación.

¡Es cosa fuerte!, pensó nuestro héroe; ya lo he notado en Milán, en casa del virrey. ¡No huyen, no! Con estos franceses no es lícito decir la verdad cuando ésta hiere su vanidad. Pero en cuanto a sus ademanos iracundos, poco me

importan, y he de hacerlo comprender. Seguían anclando a quinientos pasos de aquel río de fugitivos que llenaba la carretera. A una legua de allí, el cabo y su pequeña tropa atravesaron un camino que desembocaba en la carretera y en el que habla muchos soldados acostados. Fabricio compró por cuarenta francos un caballo bastante bueno, y entre los sables que yacían por el suelo eligió con cuidado uno reces. Puesto que hay que pinchar, pensó, éste es el mejor. Equipado, puso su caballo al galope y alcanzó al cabo que había seguido adelante. Se afianzó en los estribos cogió con la mano izquierda la vaina de su sable recto, y dijo a los cuatro franceses:

-Esas gentes que huyen por la carretera parecen un rebaño de carneros..., andan como carneros atemorizados.

Fabricio acentuaba en vano la palabra carneros; sus camaradas no se acordaban de haberse enfadado un hora antes al oír la misma expresión. He aquí otra de las diferencias entre el carácter italiano y el francés; sin duda es más feliz el francés, que resbala sobre los sucesos de la vida sin guardar rencor.

No ocultemos que Fabricio, después de hablar de los carneros, quedó muy satisfecho de sí mismo. Mientras andaban, iban conversando. A dos leguas de allí, el cabo, muy extrañado de no ver llegar la caballería enemiga, dijo a Fabricio:

-Usted que es de la nuestra, corra a esa casa de labor que está en aquella colina, y pregunte al aldeano si quiere vendernos comida; dígale y repítale que no somos más que cinco. Si vacila, dele usted cinco francos adelantados de su

dinero; pero tranquilícese usted, que recobramos la moneda después de comer.

Fabricio le miró. La gravedad imperturbable del cabo, su verdadero aire de superioridad moral, le hizo obedecer. Todo sucedió como lo habla previsto el comandante en jefe; sólo que Fabricio insistió en que no se recobran de viva fuerza los cinco francos que había dado al aldeano.

-El dinero es mío -dijo a sus camaradas-; no pago por vosotros, sino por la cebada que ha dado a mi caballo.

Fabricio pronunciaba tan mal el francés, que sus compañeros creyeron ver en sus palabras un tono de superioridad; esto les enojó, y comenzaron a sentir deseos de desafíos. Encontrábanle muy distinto de ellos, cosa que les molestaba. Fabricio, por el contrario, empezaba a cobrarles amistad.

Andaban sin hablar desde hacia dos horas, cuando el cabo, mirando a la carretera, exclamó alegremente:

-Ahí va el regimiento.

Pronto estuvieron en la carretera; pero ¡ay!, en torno al águila no había ni doscientos hombres. Fabricio divisó pronto a la cantinera; iba a pie, tenía los ojos rojos y lloraba de vez en cuando. En vano buscó Fabricio la carretilla y la yegua Cocotte.

-Saqueados, perdidos, robados -exclamó la cantinera, respondiendo a las miradas de nuestro héroe. Éste, sin decir palabra, bajó de su caballo, lo cogió por las riendas y dijo a la cantinera:

-Suba. -No tuvo necesidad de repetirlo.

-Acórtame los estribos -dijo ella.

Cuando estuvo bien colocada sobre el caballo se puso a contar a Fabricio los desastres de la noche. Después de un relato infinitamente largo, pero escuchado con avidez por nuestro héroe, que, a decir verdad, no entendía nada, pero sentía por la cantinera una tierna amistad, ésta añadió:

-¡Y decir que son franceses los que me han saqueado, apaleado, maltratado!...

-¡Cómo! ¿No son los enemigos? -dijo Fabricio con un tono ingenuo que hacía más encantadora su hermosa cara, pálida y grave.

-Qué tonto eres, niño -expresó la cantinera sonriendo entre sus lágrimas; y a pesar de eso, eres muy gracioso.

-Y vedlo aquí; ha echado abajo a su prusiano muy bonitamente exclamó el cabo Aubry, quien, en la turba, se hallaba por casualidad del otro lado del caballo de la cantinera-. Pero es orgulloso continuó el cabo. Fabricio hizo un movimiento-. ¿Cómo te llamas? -dijo el cabo-; pues si hay un parte quiero que figures en él.

-Me llamo Vari -respondió Fabricio poniendo una cara extraña-; o, mejor dicho, Boulot añadió corrigiéndose rápidamente.

Boulot era el nombre del propietario de los papeles que le habla entregado la carcelera de B...; la antevíspera habíalos estudiado con cuidado, mientras marchaba, pues ya empezaba a reflexionar un poco y a no extrañarse de las cosas. Además de los papeles del húsar Boulot, conservaba cuidadosamente el pasaporte italiano, con el cual podía aspirar al noble nombre de Vari, vendedor de barómetros. Cuando el cabo le había acusado de orgulloso, estuvo a punto de con-

testar: ¿Yo, orgulloso, yo Fabricio Valserra, marchesino del Dongo, que consiento en llevar el nombre de un Vari, vendedor de barómetros? 'Mientras que así meditaba y se decía: He de recordar bien que me llamo Boulot, o si no cuidado con la cárcel que me destina la suerte, hablan cambiado algunas palabras el cabo y la cantinera.

-No me acuse usted de ser curiosa -le dijo la cantinera, dejando de pronto de tutearle-; si le pregunto, es por su bien. ¿Quién es usted, dé verdad?

Fabricio no contestó al punto; pensaba que nunca podía encontrar amigos más devotos a quienes pedir consejo, y necesitaba urgentemente consejos. Vamos a entrar en una plaza fuerte; el gobernador querrá saber quién soy, y entonces la cárcel es segura si dejo adivinar por mis respuestas que no conozco a nadie en el 4^o de húsares, cuyo uniforme llevo. Fabricio, como súbdito que era de Austria, sabía muy bien la importancia que puede dársele a un pasaporte. Las personas de su familia, aunque nobles y beatas, aunque pertenecientes al partido victorioso, habían sido molestadas más de una vez por causa de sus pasaportes. Así, pues, no le chocó la pregunta que le dirigiera la cantinera. Pero como antes de contestar buscaba las palabras francesas más claras, la cantinera, llena de curiosidad, añadió para persuadirle de que hablara:

-El cabo Aubry y yo le daremos a usted buenos consejos para guiarle.

-No lo dudo -respondió Fabricio-. Me llamo Vari y soy de Génova; mi hermana, célebre por su belleza, se ha casado con un capitán. Como no tengo más que diecisiete años, mi hermana me mandó venir a su lado para enseñarme Francia

y formarme un poco. No la encontré en París, y sabiendo que estaba en este ejército vine y la he buscado por todas partes sin poder encontrarla. Los soldados, a quienes extrañó mi acento, me hicieron detener. Tenla dinero y he sobornado al gendarme, quien me dio este uniforme y unos papeles, diciéndome: "Corre y júrame que nunca pronunciarás mi nombre."

-¿Cómo se llamaba? -dijo la cantinera.

-He dado mi palabra -dijo Fabricio.

-Tiene razón -repuso el cabo-; el gendarme es un bribón, pero el camarada no debe nombrarlo. Y ¿cómo se llama ese capitán marido de su hermana de usted? Si sabemos su nombre, podremos buscarlo.

-Teulier, capitán en el 4º de húsares -respondió nuestro héroe.

-Entonces dijo el cabo con bastante penetración -por su acento extranjero los soldados le tomaron a usted por espía.

-¡Esa es la palabra infame! -exclamó Fabricio, brillándole los ojos-. ¡Yo, que adoro al Emperador y a los franceses) Y este insulto es el que más me ha irritado.

-No hay insulto; está usted equivocado. El error de los soldados era muy natural repuso gravemente el cabo Aubry.

Y entonces le explicó con mucha pedantería:

-En el ejército hay que pertenecer a un Cuerpo y llevar un uniforme, sin lo cual es muy natural que le tomen a uno por espía. El enemigo nos suelta muchos; en esta guerra, todo el mundo hace traición.

La venda cayó de los ojos de Fabricio y comprendió por primera vez que todo lo que le ocurría desde hacía dos meses era muy natural.

-Pero es preciso que el niño nos lo cuente todo -dijo la cantinera, cuya curiosidad estaba cada vez más excitada.

Fabricio obedeció. Cuando hubo terminado:

-La verdad es -dijo la cantinera hablando en tono grave- que este niño no es militar; ahora vamos a hacer una guerra bien fea, vencidos y traicionados. ¿Por qué ha de romperse los huesos gratis et amore?

-Y además -dijo el cabo- que no sabe cargar su fusil, ni por movimientos ni a voluntad. Tuve yo que cargar la bala con que echó abajo al prusiano.

-Y enseña su dinero a todo el mundo -añadió la cantinera-; en cuanto se separe de nosotros, se lo robarán todo.

-El primer suboficial de caballería con quien tropiece -dijo el cabo- se queda con el niño para que le pague la bebida y hasta quizá lo recluten para el enemigo, puesto que todo el mundo hace traición ahora. El primero que llegue le mandará que le siga, y le seguirá; mejor sería que entrase en nuestro regimiento.

-¡Ah, no, señor cabo, de ningún modo! -exclamó Fabricio con viveza-; más cómodo es ir a caballo. Y, además, yo no sé cargar un fusil, y ya ha visto usted que sé manejar un caballo.

Fabricio se sintió orgulloso por esta perorata. No relatamos la larga discusión sobre su destino futuro, que mantuvieron el cabo y la cantinera. Fabricio observó que al discutir repetían tres o cuatro veces los detalles de su historia: las

sospechas de los soldados, el gendarme que le vendió unos papeles y un uniforme, el modo cómo se encontró formando parte de la escolta del mariscal, el Emperador visto pasar al galope, el caballo robado, etc., etc....

Con femenina curiosidad, la cantinera volvía sin cesar sobre el modo que tuvieron de quitarle el buen caballo que ella le había hecho comprar.

-Sentiste que te cogieron por los pies, que te pasaron suavemente por la cola de tu caballo y que te sentaron en el suelo.

¿Por qué repetir tantas veces, pensaba Fabricio, lo que sabemos muy bien los tres? Ignoraba aún que así es cómo las gentes del pueblo, en Francia, buscan las ideas.

-¿Cuántos dinero tienes? -dijo de pronto la cantinera.

Fabricio no vaciló en contestar; estaba seguro de que esta mujer tenía un alma noble: este es el lado hermoso de Francia.

-En total vendrán a quedarme unos treinta napoleones de oro y ocho o diez escudes de cinco francos.

-¡En ese caso tiene el campo libre! -exclamó la cantinera-. Lárgate de este ejército derrotado; échate a un lado, toma el primer camino que encuentres a tu derecha; dale espuelas a tu caballo alejándote siempre del ejército. En la primera ocasión cómprate un traje de paisano. Cuando estés a ocho o diez leguas y no seas ya soldado, toma la posta y vete a descansar ocho o diez días y a comer chuletas en alguna buena ciudad. No digas nunca a nadie que has estado en el ejército, porque los gendarmes te pescarían como desertor, y aunque seas muy gracioso, hijo mío, todavía no eres bastante astuto

para contestar a los gendarmes. En cuanto tengas un traje de paisano, rompe tus papeles y toma tu verdadero nombre; di que eres Vari. Y ¿de dónde ha de decir que viene? preguntó ella al cabo.

-De Cambrai, sobre el Escalda; es una buena ciudad pequeña, ¿lo oyes?, hay una catedral y Fénélon.

-Eso es -dijo la cantinera-, no digas nunca que has estado en la batalla; ni una palabra de B ni del gendarme que te vendió el uniforme. Cuando quieras volver a París, vete primero a Versailles y entra en París por ese lado, paseándote, como si vinieras de pasar la tarde en el campo. Cose tus napoleones a la tela del pantalón, y sobre todo cuando tengas que pagar algo no enseñes más que lo preciso. Lo que me da pena es que van a robarte todo lo que llevas. Y ¿qué vas a hacer sin dinero, no sabiendo, como no sabes, andar por el mundo?, etc

La buena cantinera habló mucho tiempo así; el cabo corroboraba sus consejos aprobándolos con la cabeza, ya que no podía encontrar hueco para tomar la palabra. De pronto la multitud que llenaba el camino apresuró el paso, y en seguida, en un abrir y cerrar de ojos, saltó la cuneta y se dio a la fuga a todo correr.

-¡Los cosacos! ¡Los cosacos! -gritaban por todas partes.

-Toma tu caballo -dijo la cantinera.

-Dios me guarde de hacerlo -dijo Fabricio-. A galope, huya usted. Se lo doy. ¿Quiere usted dinero para comprar un cochecillo? La mitad de lo que tengo es de usted.

-¡Toma tu caballo, te digo! -exclamó la cantinera, irritada.

Ésta se preparaba a bajar cuando Fabricio sacó su sable y gritó:

-¡Téngase firme! -dando dos o tres golpes de plano al caballo, que tomó el galope y siguió a los fugitivos.

Nuestro héroe miró la carretera; pocos momentos antes dos o tres mil individuos se empujaban en ella, apretados como aldeanos detrás de una procesión. Después de la voz: ¡cosacos!, ya no había nadie; los fugitivos hablan abandonado chacós, fusiles, sables, etc... Fabricio, extrañado, subió a un montículo que estaba a la derecha del camino y se alzaba unos veinte o treinta pies; miró a ambos lados la llanura sin percibir serial alguna de cosacos. ¡Qué gente más rara son estos franceses!, se dijo. Puesto que he de echar por la derecha, más vale empezar en seguida; puede ser que tengan esas gentes algún motivo, que yo ignoro, que les haga correr así. Cogió un fusil, comprobó que estaba cargado, movió la pólvora y la, cápsula, limpió la piedra; luego eligió una cartuchera bien llena y miró a todas partes; se hallaba absolutamente solo en esta llanura que pocos momentos antes estaba llena de gente. En la lejanía veía, a los fugitivos que empezaban a desaparecer detrás' de los árboles, corriendo sin cesar. ¡Es cosa singular!, pensaba. Y, recordando lo que había hecho el cabo el día antes, fue a sentarse en medio de un trigal. No se quería alejar, porque deseaba volver a ver a sus buenos amigos, la cantinera y el cabo Aubry.

Una vez sentado, contó su dinero, y vio que no tenía más que dieciocho napoleones, en lugar de los treinta que creía poseer; pero aún le quedaban unos pequeños diamantes que había puesto en el forro de las botas de montar del hú-

sar, aquella mañana en el cuarto de la carcelera de B... Escondió sus napoleones lo mejor que pudo, meditando profundamente sobre tan súbita desaparición de la gente. ¿Es esto un mal presagio para mí?, pensaba. Su principal pena era no haber preguntado al cabo Aubry: ¿He asistido realmente a una batalla? Le parecía que sí, y le hubiera colorado de felicidad el tener certeza de ello.

Sin embargo, he asistido a ella con el nombre de un encarcelado; llevaba los papeles de un encarcelado y hasta su mismo traje. Esto es fatal para el porvenir; ¿qué habría dicho el abate Blanes? Y el desgraciado Boulot ha muerto en la prisión. Todo esto es un presagio siniestro; el destino me conducirá a una prisión. Fabricio hubiera dado cualquier cosa por saber si el húsar Boulot era realmente culpable; creía recordar que la carcelera de B... le había dicho que el húsar habla sido encerrado, no sólo por unos cubiertos de plata, sino por haber robado su vaca a un aldeano después de haber apaleado al dueño. Fabricio no dudaba de que algún día iría a la cárcel por un delito que tendría alguna relación con el del húsar Boulot. Pensaba en su amigo el cura Blanes; ¡cuánto daría por poderle consultar! Luego se acordó que no habla escrito a su tía desde que salió de París. ¡Pobre Gina!, dijo para sí. Y se le saltaron las lágrimas, cuando de pronto oyó a su lado un ruidito: era un soldado que daba de comer trigo a tres caballos, a los que había quitado las riendas; los caballos parecían muertos de hambre. Los tenía sujetos por el ronzal. Fabricio se alzó como una perdiz que sale de pronto de los trigos; el soldado tuvo miedo. Nuestro hé-

roe lo notó, y se dio el gusto de hacer por un momento el papel de húsar.

-Uno de esos caballos es orlo –exclamó-, pero te daré cinco francos por el trabajo que te has tomado en traérmelo hasta aquí.

-¿Te estás burlando de mí? -dijo el soldado.

Fabricio le apuntó con el fusil, a seis pasos de distancia.

-¡Suelta el caballo, o te abraso!

El soldado llevaba el fusil colgado del correa; hizo un movimiento con el hombro para recogerlo.

-¡Eres muerto si te mueves! -gritó Fabricio corriendo hacia él.

-Pues bien; vengan los cinco francos y tome usted un caballo -dijo el soldado azorado, después de mirar con tristeza la carretera limpia de gente.

Fabricio, apuntando con la mano izquierda, le tiró con la derecha tres monedas de cinco francos.

-Baja, o te mato... Ponle las riendas al negro y vete más lejos con las otros dos... Te abraso si te mueves.

El soldado obedeció refunfuñando. Fabricio se aproximó al caballo, pasó las riendas por su brazo izquierdo, sin perder de vista al soldado que se alejaba lentamente; cuando Fabricio lo vivió a unos cincuenta pasos, saltó ligero a caballo. Apenas encima, estaba aún buscando el estribo de la derecha con el pie, cuando oyó una bala pasar silbando a su lado; era el soldado que soltaba su tiro. Fabricio, furioso, se lanzó sobre él al galope, y el soldado echó a correr a todo escape; pronto le vio Fabricio montado en uno de los dos caballos y galopando. Bueno; ya está fuera de tiro, pensó. El caballo

que acababa de comprar era magnífico, pero se moría de hambre. Fabricio volvió a la carretera, en donde seguía sin verse un alma; la cruzó y puso al trote su caballo hacia un pliegue del terreno a la izquierda, en donde esperaba encontrar a la cantinera; pero cuando llegó a la altura no vio, en una legua a la redonda, más que algunos soldados sueltos. Está escrito que no vuelva a verla, dijo para sí, suspirando. ¡Qué buena mujer! Se dirigió hacia una; casa que se divisaba en la lejanía, a la derecha de la carretera. Sin apearse, y pagando por adelantado, mandó dar cebada a su pobre caballo que, de hambre, mordía en el pesebre. Una hora después, Fabricio trotaba por la carretera adelante sin haber perdido del todo la vaga esperanza de encontrar a la cantinera o, por lo menos, al cabo Aubry. Andaba mirando a uno y otro lado, cuando llegó a un río pantanoso franqueado por un puente de madera bastante estrecho. Antes de llegar al puente, a la derecha de la carretera, había una casa aislada con el rótulo de posada del Caballo Blanco. Voy a comer ahí, dijo para sí Fabricio. Un oficial de caballería, con el brazo en cabestrillo, se encontraba a la entrada del puente; estaba a caballo y parecía muy triste; a diez pasos de él, tres soldados de caballería, a pie, arreglaban sus pipas.

He ahí gentes, pensó Fabricio, que de seguro quieren comprarme el caballo por menos dinero aún del que me ha costado. El oficial herido y los tres de pie le miraban venir y parecían aguardarlo. Mejor sería no pasar por ese puente y echar por la orilla del río, a la derecha. Éste debe ser el camino que me aconsejó la cantinera para salir de apuros... Si, pensaba nuestro héroe, pero si huyo, mañana me avergonza-

ré; además, mi caballo es veloz y el del oficial está probablemente cansado; si se empeña en desmontarme, saldré al galope. Mientras así razonaba, Fabricio recogía el caballo y se adelantaba lo más despacio posible.

-¡Venga pronto, húsar! le gritó el oficial con voz autoritaria.

Fabricio avanzó algunos pasos y se detuvo.

-¿Vais a quitarme el caballo? -gritó.

-De ninguna manera. Adelántese.

Fabricio miró al oficial; tenía bigotes blancos y parecía una buenísima persona; el pañuelo que sostenía su brazo izquierdo estaba lleno de sangre, y su mano derecha también la llevaba envuelta en un paño ensangrentado. Los de a pie, pensó Fabricio, son los que ván a echarse a las riendas de mi caballo; pero mirando bien, vio que también estaban heridos.

-En nombre del honor -le dijo el oficial que llevaba charreteras de coronel-, quédese aquí de vigilancia y diga a todos los dragones, cazadores y húsares que vea, que el coronel Baron está en esta, posada y que les ordeno que vengan a reunirse conmigo.

El viejo coronel parecía profundamente consumido de dolor; desde su primera palabra había ganado la simpatía de nuestro héroe, quien le respondió con muy buen sentido:

-Soy muy joven, señor, para que quieran oírme; necesitaría una. orden escrita de su puño y letra.

-Tienes razón -dijo el coronel mirándole con atención; escribe la, orden La Rose, tú tienes la mano derecha. Sin decir palabra, La Rose sacó de su bolsillo un librito de pergamino, escribió unas líneas y, rompiendo la hoja, la entregó

a Fabricio; el coronel repitió la orden, añadiendo que a las dos horas sería relevado, como era justo, por uno de los soldados heridos que estaban con él. Dicho esto, penetró en la posada con sus hombres. Fabricio les miraba alejarse y permanecía inmóvil a la entrada del puente de madera, pues le había impresionado mucho el dolor silencioso y profundo de esos tres personajes. Abrió el papel y leyó la orden siguiente:

"El coronel Baron, del 6º regimiento de dragones, comandante en jefe de la segunda brigada de la primera división de caballería, ordena a todos los dragones, cazadores y húsares, que no pasen el puente y que vengan a; reunirse con él en la posada del Caballo Blanco, cerca del fuente; allí está su cuartel general.

"Dado en el cuartel general, cerca del puente de la Santa, el 19 de junio de 1815.

"Por el coronel Baron, herido en el brazo derecho, y orden suya, el sargento.

LA ROSE."

Habla pasado una media hora corta desde que Fabricio estaba de centinela en el puente, cuando vio llegar a seis cazadores montados y a otros tres a pie; les comunicó la orden del coronel.

-Ahora volvemos -dijeron cuatro de los jinetes, pasando el puente al trote largo.

Fabricio hablaba entonces con los otros dos. Mientras se animaba la discusión, los tres hombres a pie pasaron el puente. Uno de las dos cazadores de a caballo que aún que-

daban, acabó por pedir la orden para volverla a ver, y se la arrebató diciendo:

-Voy a enseñársela a los camaradas, y no dejaremos de volver. Espéranos sentado.

Y salió al galope; su compañero le siguió. Todo ello se hizo en un instante, Fabricio, furioso, llamó a uno de los soldados heridos que se asomaba a una ventana de la posada. Este soldado, en quien vio Fabricio los galones de sargento, bajó y le gritó al acercarse:

-¡Sable en mano, camarada, que está usted de centinela!

Fabricio obedeció, y añadió luego:

-¡Se han llevado la orden!

-Están aún molestos por lo de ayer repuso el otro con ademán triste-. Voy a darle una de mis pistolas; si de nuevo fuerza alguien el paso, tire al aire y vendré yo o aparecerá el coronel mismo.

Fabricio habla percibido muy bien el gesto de sorpresa que hizo el sargento cuando oyó lo de la orden arrebatada; comprendió que aquello había sido un insulto personal, y decidió para sí no dejarse burlar de nuevo.

Armado con la pistola del sargento, Fabricio había vuelto orgulloso a tomar su guardia, cuando vio llegar a siete húsares montados. Se habla colocado de manera que obstruía la entrada del puente. Les comunicó la orden del coronel, que pareció disgustarles; el más audaz intentó pasar. Fabricio, siguiendo el prudente consejo de la cantinera que le dijo el día antes por la mañana que había que pinchar y no sacudir sablazos, bajó la punta de su gran sable recto e hizo ademán de dar un golpe al que quería forzar el paso.

-¡Ah, quiere matarnos el rapaz -gritaron los húsares-, como si no nos hubieran matado bastante ayer!

Todos sacaron sus sables a la vez y cayeron sobre Fabricio, quien se creyó muerto. Pero se acordó de la sorpresa del sargento y no quiso que lo despreciaran de nuevo. Mientras retrocedía en el puente, procuraba dar golpes de punta. Tenía una facha tan extraña pinchando con el sable recto de caballería pesada, apenas manejable para él, que los húsares comprendieron pronto con quién temían que habérselas; entonces trataron, no de herirle, sino de cortarle el uniforme. Así, recibió en el brazo tres o cuatro sablazos pequeños. Y él, siempre fiel al precepto de la cantinera, daba con! H todas sus fuerzas golpes de punta. Por desgracia, uno de esos puntazos hirió en la mano a un húsar, quien, furioso de sentirse herido; por un soldado tan inexperto, contestó tirándose a fondo e hiriendo a Fabricio en la parte superior del muslo. El golpe fue certero, porque el caballo de nuestro héroe, lejos de querer huir; parecía gustar del encuentro y se echaba sobre los asaltantes. Estos, que vieron correr la sangre de Fabricio a lo largo de su brazo derecho, temieron haber llevado la cosa demasiado lejos y, empujándole hacia la barandilla izquierda del puente, se escaparon al galope. En cuanto Fabricio tuvo un momento de respiro, disparó al aire su pistola para avisar al coronel.

Cuatro húsares montados y otros dos a pie del mismo regimiento que los anteriores, venían hacia el puente y estaban aún a doscientos pasos de él cuando sonó el tiro. Miraban con mucha atención lo que en el puente ocurría, y figurándose que Fabricio había tirado sobre sus camaradas,

los cuatro se lanzaron al galope con el sable alzado; era aquello una verdadera carga. El coronel Baron, avisado por el disparo, abrió la puerta de la posada y corrió hacia el puente en el momento mismo en que llegaban los húsares al galope. Les ordenó él mismo que se detuvieran.

-¡Aquí no hay ya coronel que valga! -exclamó uno de ellos empujando su caballo.

El coronel, fuera de sí, interrumpió la reprimenda que estaba dirigiéndoles, y con su mano derecha herida cogió las riendas del caballo por el lado derecho.

-Detente, mal soldado -dijo al húsar-, te conozco, eres de la compañía del capitán Henriët.

-Pues bien, que el capitán me lo ordene. El capitán ha sido muerto ayer -añadió con sorna-, ¡y vete al c...!

Diciendo esto quiere forzar el paso y empuja al viejo coronel, que cae sentado en el suelo del puente. Fabricio, que estaba sobre el puente dos pasos más allá, pero vuelto hacia la posada, empuja su caballo, y mientras el pecho del caballo del atacante tira por los suelos al coronel, que no soltaba la rienda, Fabricio, indignado, dirige al húsar un golpe a fondo. Por fortuna, el caballo del húsar, sintiendo que le tiran hacia abajo por la rienda que el coronel tenía en su mano, hace un movimiento de lado, y la hoja del sable recto de Fabricio, resbalando sobre el chaleco del húsar, pasó entera delante de sus ojos. Furioso el húsar, se vuelve y a esta con todas sus fuerzas un sablazo que le cortó la manga a Fabricio y le entró muy hondo en el brazo. Nuestro héroe cayó.

Uno de los húsares desmontados, viendo por el suelo a los dos defensores del puente, aprovecha la ocasión, salta

sobre el caballo de Fabricio y quiere apoderarse de él, lanzándolo al galope sobre el puente.

El sargento, que al salir de la posada, ve caer a su coronel creyó que estaría gravemente herido. Corre tras el caballo de Fabricio y hunde la punta de su sable en la cintura del ladrón, que cae al suelo. Los húsares, no viendo ya sobre el puente más que al sargento a pie, pasan al galope y huyen veloces. El que quedaba a pie se echó a correr por el campo.

El sargento se aproximó a los heridos. Fabricio estaba ya levantado; sufría poco, pero perdía mucha sangre. El coronel se levantó lentamente; estaba atontado por el golpe, pero limpio de toda herida.

-No tengo más dolores -dijo al sargento- que los que me produce mi antigua herida de la mano.

El húsar, herido por el sargento, se moría.

-¡Que se lo lleve el diablo! -exclamó el coronel-. Pero cuidad de ese jovencito al que he puesto en peligro tan inoportunamente -dijo al sargento y a los otros dos que llegaban-. Me voy a quedar yo mismo en el puente para procurar detener a esos furiosos. Llevaos al joven a la posada y vendadle el brazo. Tomad una de mis camisas.

V

Esta aventura había transcurrido en menos de un minuto. Las heridas de Fabricio no eran nada; le vendaron el brazo con unas vendas cortadas en la camisa del coronel. Querían hacerle una cama en el primer piso de la posada.

-Pero mientras yo estoy aquí bien cuidado, en el primer piso de la posada -dijo Fabricio al sargento-, mi caballo, que está en la cuadra, se aburrirá solo y se irá quizá con otro amo.

-¡No está mal para un quinto! -dijo el sargento.

Y Fabricio fue instalado sobre paja fresca en el pesebre mismo a que su caballo estaba atado.

Como se sentía muy débil, el sargento le trajo un tazón de vino caliente y le dio un poco de conversación. Algunas felicitaciones que mezcló en su charla pusieron a nuestro héroe en un estado de celeste felicidad.

Fabricio no se despertó hasta el día siguiente, con el alba; los caballos relinchaban sin cesar y hacían un ruido atroz; la cuadra se llenaba de humo. Fabricio no comprendía nada

y ni siquiera sabía dónde estaba; por último, medio asfixiado por el humo pensó que la casa estaba ardiendo, y en un instante estuvo fuera de la cuadra montado en su caballo. Alzó la cabeza; salía un humo espeso de las dos ventanas colocadas encima de la cuadra y el tejado estaba cubierto por una humareda que se retorció. Un centenar de fugitivos había llegado durante la noche a la posada del Caballo Blanco. Todos gritaban y juraban. Los cinco o seis a quienes Fabricio pudo ver de cerca, parecíanle que estaban totalmente beodos; uno de ellos quería detenerlo y le gritaba:

-¿Adónde vas con mi caballo?

Cuando Fabricio estuvo a un cuarto de legua, volvió la cabeza; nadie le seguía, y la casa era presa de las llamas. Fabricio reconoció el puente, pensó en su herida y sintió que su brazo estaba muy apretado y muy caliente. Y el viejo coronel, ¿qué habrá sido de él?

Ha dado su camisa para vendarme el brazo. Nuestro héroe tenía aquella mañana una admirable sangre fría; la cantidad de sangre perdida le había sustraído toda la parte novelesca de su carácter.

¡A la derecha!, pensó, y ¡largo! Echó tranquilamente por la orilla del río que después del puente corría hacia, la derecha de la carretera. Recordaba los consejos de la buena cantinera. ¡Qué amistad!, pensaba. ¡Qué carácter más abierto!

Llevaba ya una hora andando, cuando se sintió muy débil. ¿Podré desayunarme?, dijo para sí. Si me desmayo, me robarán el caballo y quizá también los vestidos y con ellos mi tesoro. No tenía ya fuerza para dirigir su caballo, y se preocupaba sólo de conservar el equilibrio, cuando un aldeano

que estaba cavando en el camino junto a la carretera vio su palidez y vino a ofrecerle un vaso de cerveza y pan.

-A1 verle a usted tan pálido he pensado que sería uno de los heridos de la gran batalla -le dijo el aldeano.

Nunca llegó más a punto un socorro. En el momento en que Fabricio mascaba el pedazo de pan negro, sus ojos empezaban ya a dolerle cuando miraba hacia adelante. Un poco repuesto dio las gracias, y preguntó:

-¿Dónde estoy?

El aldeano le informó de que a tres cuartos de legua de allí se hallaba la aldea de Zonders, en donde le cuidarían muy bien.

Fabricio llegó a esta aldea sin saber exactamente lo que hacia y no pensando más que en no caerse del caballo. Vio un portal abierto y entró; era la posada de la Ahnohaza. Acudió en seguida el ama de la casa, buena mujer, enorme, que pidió socorro temblándole de compasión la voz. Dos muchachas ayudaron a Fabricio a bajarse del caballo; pero apenas estuvo en el suelo perdió el conocimiento. Llamaron a un cirujano, que le sangró. Este día y los siguientes no supo bien nuestro héroe lo que le hacían; no cesaba de dormir.

El puntazo en el muslo amenazaba formar un depósito considerable. Cuando Fabricio tenía la cabeza despejada, recomendaba que se cuidase el caballo y repetía a menudo que pagaría bien, cosa que ofendía a la mujer dueña de la posada y a sus hijas. Llevaba ya quince días admirablemente cuidado y empezaba a recobrar sus ideas poco a poco, cuando una tarde advirtió que sus patronos parecían muy turbados. Un oficial alemán entró en la habitación; para

contestarle usaban una lengua que Fabricio no entendía; pero comprendió que hablaban de él y se fingió dormido. Algún tiempo después, cuando pensó que el oficial se habla marchado ya, les llamó.

-Este oficial ¿no acaba de apuntarme en una lista y hacerme prisionero? -La patrona asintió llorando.

-Pues bien; dinero tengo en mi ropa -exclamó incorporándose en la cama-, cómprenme ustedes un traje de paisano y me voy esta noche con mi caballo. Ya una vez me han salvado ustedes la vida recibíendome aquí cuando iba a caer muerto en medio de la calle. Pues bien; vuélvanmela a salvar ayudándome ahoya a unirme con mi madre.

En este momento, las hijas de la patrona empezaron a llorar; temían por Fabricio, y como apenas entendían el francés, se acercaron a su cama para hacerle preguntas. Discutieron en flamenco con su madre; pero a cada instante volvíanse sus ojos enternecidos hacia nuestro héroe; creyó entender que su fuga iba a comprometerlas gravemente, pero que consentían en correr ese albur. Les dio las más efusivas gracias, con las manos juntas. Un judío de la localidad proporcionó un traje completo; pero cuando lo hubo traído, hacia las diez de la noche, las señoritas vieron, al compararlo con el uniforme de Fabricio, que había que estrecharlo muchísimo. Fabricio indicó que algunos napoleones estaban escondidos en sus vestidos y rogó a sus patronas que los cosiesen al traje que acababan de comprar. Con el traje habían traído también un par de botas de montar nuevas. Fabricio no vaciló en rogar a las buenas muchachas que cortaran las botas a lo húsar por el sitio que él mismo indicó,

y sus diamantes fueron escondidos en el forro de las botas nuevas.

Por un extraño efecto de la pérdida de sangre y de la debilidad consiguiente, Fabricio había olvidado el francés casi por completo; dirigiáse en italiano a la hostelera y a sus hijas, las cuales todas hablan un dialecto flamenco, de suerte que se entendían casi sólo por señas. Cuando las chicas, que por lo demás eran perfectamente desinteresadas, vieron los diamantes, su entusiasmo por Fabricio no tuvo límites; creyeron que era un príncipe disfrazado. Aniken, la más pequeña y la más ingenua, lo abrazó y besó sin más ni más. Fabricio, por su parte, las encontraba encantadoras; y hacia las doce de la noche, cuando el cirujano le hubo permitido tomar un poco de vino para prepararse a la caminata que iba a hacer, casi tenía ganas de no irse. ¿Dónde podré estar mejor que aquí?, decía para sí. Sin embargo, hacia las dos de la madrugada se vistió. En el momento de salir de su cuarto, la buena hostelera le dio la noticia de que el oficial prusiano que había venido a visitar la casa, algunas horas antes, se había llevado su caballo

-¡Ah, canalla -exclamaba Fabricio-, a un herido!

No era bastante filósofo nuestro joven italiano para acordarse del precio que le había costado ese mismo caballo.

Aniken, llorando, le dijo que habían alquilado un caballo para él; ella hubiera querido que no se marchase. La despedida fue tierna. Dos chicos, buenos mozos, parientes de la excelente hostelera, subieron a Fabricio al caballo; durante el camino lo sostenían en él, mientras que otro muchacho, que iba un centenar de pasos delante de ellos, inspeccionaba el

camino por si salía alguna patrulla sospechosa. A las dos horas de marcha se detuvieron en casa de una prima de la hostelera. Los jóvenes, por mucho que Fabricio les dijera, no quisieron abandonarlo, afirmando que conocían mejor que nadie los pasos de los bosques.

-Pero mañana por la mañana -decía Fabricio-, cuando mi fuga sea conocida y no os vean en la aldea, esa ausencia os denunciará.

Pusieronse en marcha de nuevo. Afortunadamente, cuando salió el sol estaba cubierta la llanura de una espesa niebla. Hacia las ocho de la mañana llegaron a una pequeña ciudad. Uno de los jóvenes se adelantó para ver si los caballos de la posta habían sido robados. El dueño de la posta había tenido tiempo de hacerlos desaparecer y de reclutar infames jacos, con los que había llenado sus cuadras. Fueron a buscar dos caballos a los pantanos en donde estaban escondidos, y tres horas después Fabricio subió a un carril coche desvencijado, pero tirado por dos buenos caballos de posta.

Había recobrado sus fuerzas. El momento de separarse de los dos jóvenes, parientes de la hostelera, fue sumamente patético; no quisieron los chicos aceptar dinero, a pesar de los amables pretextos que Fabricio inventaba.

-En el estado en que se encuentra usted, señor, lo necesita usted más que nosotros -contestaban siempre los buenos jóvenes.

Por último, se marcharon llevando cartas de Fabricio en donde nuestro héroe, un poco fortificado por la agitación del camino, había intentado dar a conocer a sus hosteleras todo

cuanto sentía de cariño hacia ellas. Fabricio escribía con lágrimas en los ojos, y en la carta dirigida a la pequeña Aniken había de seguro algo de amor.

El resto del viaje no tuvo nada de extraordinario. Al llegar a Amiens le producía gran dolor el puntazo del muslo; el cirujano no había pensado en desligar la herida, y a pesar de las sangrías se había formado un depósito. Durante los quince días que Fabricio pasó en la posada de Amiens, regentada por una familia que le hacía mil cumplidos y le cobraba buen dinero, los aliados invadían Francia. Fabricio se transformó en otro hombre a fuerza de meditar sobre lo que acababa de sucederle. Sólo en un punto permanecía aún niño: lo que habla visto ¿era una batalla?, y en segundo lugar, ¿esa batalla era Waterloo? Por primera vez en su vida halló placer en la lectura: esperaba siempre encontrar en los periódicos o en los relatos de la batalla, alguna descripción que le permitiese reconocer los sitios que había recorrido detrás del mariscal Ney, y luego detrás del otro general. Durante su estancia en Amiens, escribió casi a diario a sus buenos amigos de la Almohaza. En cuanto estuvo curado se fue a París; en su antiguo hotel encontró veinte cartas de su madre y de su tía, suplicándole que regresara en seguida. Una última carta de la condesa Pietranera tenía un aire enigmático que le llenó de zozobra; esta carta disipó todos sus tiernos ensueños. Fabricio era un carácter a quien bastaba una palabra para prever las mayores desgracias, y su imaginación se encargaba de pintar esas desgracias con los más horribles detalles.

"Ten cuidado de no firmar las cartas que escribas para dar noticias tuyas, le decía la condesa. Cuando vuelvas no vengas derechamente al lago de Como; detente en Lugano, en territorio suizo." Tenía que llegar a esta ciudad con el nombre de Cavi; en la posada principal encontrada al ayuda de cámara de la condesa, el cual le diría lo que había que hacer. Su tía terminaba la carta con estas palabras: "Oculta, por todos los medios posibles, la locura que has hecho, y sobre todo no conserves ningún papel impreso o escrito; en Suiza te rodearán los amigos de Santa Margarita⁴. Si tengo bastante dinero, decía la condesa, mandaré alguien a Ginebra, al hotel de las Balanzas, y conocerás detalles que no puedo escribir, que sin embargo tienes que saber antes de llegar. Pero, en nombre de Dios, ni un día más en París, que te reconocerán nuestros espías." La imaginación de Fabricio empezó a figurarse las más extrañas cosas, y no pudo gustar más placer que el de intentar adivinar qué era lo que su tía tenía que comunicarle tan estupendo. Fue detenido dos veces al atravesar Francia, pero supo salir del paso. Estas molestias tenía que agradecerlas a su pasaporte italiano y a la extraña calidad de vendedor de barómetros, que no concordaban con su aspecto joven y su brazo en cabrestillo.

Por fin, en Ginebra encontró a un sirviente de la condesa que le contó de su parte que él, Fabricio, había sido denunciado a la policía de Milán como portador, para Napoleón, de las decisiones adoptadas por una amplísima

⁴ Silvio Pellico ha dado a este nombre celebridad europea. Es el de la calle de Milán, en donde están situados el palacio y las prisiones de la policía.

conspiración organizada en el ex reino de Italia. Si no era ése el fin de su viaje, decía la denuncia, ¿a qué tomar un nombre supuesto? Su madre trataría de demostrar la verdad, esto es:

1° Que no habla salido nunca de Suiza.

2° Que habla abandonado el castillo de repente a consecuencia de una disputa con el hermano mayor.

Al oír este relato, Fabricio se sintió orgulloso. ¡De modo que' yo he sido una especie de embajador cerca de Napoleón, dijo para sí; ¡yo he tenido el honor de hablar a ese gran hombre! ¡Ojalá! Recordó que su séptimo abuelo, el nieto del que llegó a Milán con Sforza, tuvo la honra de ser decapitado por los enemigos del Duque, que lo sorprendieron yendo a Suiza a llevar proposiciones a los dignos cantones y a reclutar soldados. Con los ojos del espíritu veía la estampa que representaba este hecho en la genealogía de la familia. Fabricio, al interrogar al ayuda de cámara lo halló indignado por un detalle que, por último, confesó, a pesar de la orden expresa de callarlo que la condesa le había hecho varias veces. Era Ascanio, el hermano mayor, quien había hecho la denuncia a la policía de Milán. Esta cruel palabra produjo en nuestro héroe como un ataque de locura. Para ir de Ginebra a Italia se pasa por Lausanne; quiso partir a pie en seguida y andar así diez o doce leguas, aunque la diligencia de Ginebra a Lausanne iba a salir dos horas después. Antes de salir de Ginebra enredóse en una pelea, en uno de los tristes cafés de la localidad, con un joven que le miraba, según él decía, de modo singular. Y era verdad; el joven ginebrino, flemático y razonable, pensando sólo en el dinero, lo tomó por loco, porque Fabricio al entrar lanzaba mirabas

furibundas en derredor y derramó sobre su pantalón la taza de café que le estaban sirviendo. En este lance, el primer movimiento de Fabricio fue enteramente siglo diez y seis; en lugar de proponer un duelo al joven ginebrino, sacó un puñal y se lanzó sobre él para herirle. En este momento de pasión, Fabricio olvidaba todo que había aprendido acerca de las reglas del honor, y volvía al instinto o, mejor dicho, a los recuerdos de la primera infancia.

El hombre de íntima confianza que encontró en Lugano, aumentó su furor dándole nuevos detalles. Como Fabricio era querido en Grianta, nadie habría pronunciado su nombre, y sin el amable proceder de su hermano, todo el mundo hubiera fingido al creer que estaba en Milán, y nunca la atención de la policía de esta ciudad hubiera reparado en su ausencia.

-Sin duda los carabineros tienen nuestras señas personales le dijo el enviado de su tía-, y si vamos por la carretera os detendrán en llegando a la frontera del reino lombardo-véneto.

Fabricio y los suyos conocían los más pequeños senderos de la montaña que separa Lugano del lago de Como; se disfrazaron de cazadores, es decir, de contrabandistas, y siendo tres y los tres con caras asaz resueltas, los carabineros que encontraron no pensaron más que en saludarles. Fabricio convino en no llegar al castillo hasta medianoche; a esta hora su padre y todos los criados, que se echaban polvo en el pelo, estaban acostados hacía mucho tiempo. Bajó cómodamente al profundo foso y penetró en el castillo por la ventanilla de un sótano; allí le esperaban su madre y su tía; pronto

vinieron sus hermanas. Las caricias y las lágrimas sucedieronse largo tiempo, y cuando ya empezaba a hablarse razonablemente, los primeros albores del día vinieron a avisar a estos seres, que se creían desgraciados, que el tiempo volaba.

-Espero que tu hermano no habrá sospechado tu llegada -le dijo la señora Pietranera-. Apenas he hablado con él desde su honroso acto, cosa, que su amor propio me hacía el honor de estar muy picado. Esta noche en la cena me he dignado dirigirle la palabra; necesitaba encontrar un pretexto para ocultar la loca alegría, que podría infundirle sospechas. Luego, cuando advertí de que estaba muy ufano por esa su puesta reconciliación, he aprovechado su alegría para hacerle beber desordenadamente y de seguro que no se le ha ocurrido ponerse en acecho para seguir haciendo su oficio de espía.

-En tus habitaciones es donde debemos esconder a nuestro húsar -dijo la marquesa-. No puede marcharse en seguida. En este primer momento no somos bastante dueñas de nuestra razón, y se trata de buscar el mejor medio para despistar a esa terrible policía de Milán.

Púsose en práctica esa idea; pero el marqués y su hijo mayor notaron, al día siguiente, que la marquesa estaba sin cesar en el cuarto de su cuñada. No nos detendremos en relatar la ternura y la alegría que, ese día también, agitaron a esas seres tan felices. Los corazones italianos, mucho más que los franceses, están de continuo atormentados por las sospechas y las ideas locas que una imaginación ardiente les sugiere; pero en cambio, sus alegrías son mucho más intensas y duran más tiempo. La condesa y la marquesa estuvie-

ron ese día privadas de su razón; Fabricio tuvo que volver a contar su historia. Por fin quedó resuelto que todos irían a Milán a ocultar la común alegría, pues parecía muy difícil eludir por más tiempo la vigilancia del marqués y de su hijo Ascanio.

Tomaron la barca ordinaria de la casa para ir a Como; otra cosa hubiera despertado mil sospechas. Pero al llegar al puerto recordó la marquesa que se habla dejado en Grianta unos papeles de la mayor importancia; se apresuró a enviar a los barqueros, de suerte que estos hombres no pudieron enterarse de lo que las señoras hicieron en Como. Apenas llegadas, alquilaron al azar uno de esos cochos que esperan parroquianos junto a la alta torre medioeval que se alza por encima de la puerta de Milán. Partieron al momento, sin dar tiempo al cochero para hablar con nadie. A un cuarto de legua de la ciudad, encontraron a un joven cazador, conocido de las señoras, que se prestó, ya que no llevaban ningún hombre, a acompañarlas hasta las puertas de Milán adonde se dirigía cazando. Todo iba bien y las señoras charlaban alegremente con el joven cazador, cuando en un recodo que hace el camino para dar la vuelta a la encantadora colina y bosque de San Giovanni, tres guardias disfrazados saltaron sobre los caballos.

-¡Ah!, mi marido nos ha hecho traición -exclamó la marquesa y se desmayó.

Un sargento que había permanecido algo rezagado se acercó al coche tambaleándose y dijo con voz que parecía salir de la taberna:

-Sintiendo mucho la misión que se me ha encomendado, os detengo, general Fabio Conti.

Fabricio creyó que el sargento, para burlarse, le llamaba general. Me la pagarás, dijo para sí. Miraba a los gendarmes disfrazados y espiaba el momento favorable para saltar del coche y echar a correr por el campo.

La condesa sonrió, creo que sin saber por qué, y dijo al sargento:

-Pero, mi querido sargento; ¿a este niño de diez y seis años lo tomáis por el general Conti?

-¿No es usted la hija del general? -dijo el sargento.

-Ved a mi padre -dijo la condesa señalando a Fabricio. Los guardias soltaron a reír.

-Vengan los pasaportes y no se razone más -repuso el sargento picado por la risa general.

-Las señoras no lo toman nunca para ir a Milán -dijo el cochero con tono frío y filosófico-, vienen de su castillo de Grianta. Ésta es la señora condesa Pietranera y aquélla la señora marquesa del Dongo.

El sargento, desconcertado, se dirigió hacia los caballos y celebró consejo con sus hombres. La conferencia duraba ya cinco buenos minutos, cuando la condesa Pietranera les rogó que permitieran al coche avanzar unos pasos y ponerse a la sombra; el calor abrasaba aunque no eran más que las once de la mañana. Fabricio, mirando muy atentamente en todas las direcciones, para buscar el medio de escaparse, vio venir por un pequeño sendero que atravesaba el campo y desembocaba en la carretera, a una joven de catorce a quince años, llorando, tímidamente oculto el rostro con su pañuelo.

Venía a, pie entre dos guardias de uniforme y detrás de ella, también entre dos guardias, marchaba un hombre alto y seco afectando un aire digno y grave como el de un prefecto en una procesión.

-¿Dónde lo habéis encontrado? -dijo el sargento ya del todo borracho.

-Huyendo a campo traviesa y sin pasaportes.

El sargento pareció que perdía totalmente la cabeza. Tenla delante a cinco presos en lugar de dos que necesitaba. Alejóse algunos pasos no dejando más que a un hombre para guardar al prisionero que se las daba de majestuoso y salió para impedir que los caballos anduvieran.

-Quédate -dijo la condesa a Fabricio que ya habla saltado a tierra, va a arreglarse todo.

Oyóse a un guardia que exclamaba:

-¡No importal Si no tienen pasaportes, son buena presa.

El sargento no parecía tan decidido. El nombre de la condesa Pietranera producía en él cierta inquietud. Habla conocido al general, cuya muerte ignoraba. El general es de los que se vengan, si detengo a su mujer sin motivos, pensaba.

Mientras transcurría esta deliberación, que fue larga, la condesa habla trabado conversación con la joven que estaba de pie en la carretera polvorienta, al lado del coche; la condesa habla notado la belleza de la niña.

-El sol va a molestar a usted, señorita. Este valiente soldado -añadió dirigiéndose al gendarme situado a la cabeza de los caballos-, le permitirá sin duda subir al carruaje.

Fabricio, que andaba por allí se acercó para ayudar a la joven a subir. Esta se erguía ya sobre el estribo, sostenido su brazo por Fabricio, cuando el hombre imponente que estaba seis pasos detrás del coche, gritó con voz ahuecada por la decisión de mostrarse digno:

-¡Quieta en la carretera; no suba usted a un coche que no le pertenece!

Fabricio no habla oído esa orden; la joven, en lugar de subir al carruaje, quiso descender y como Fabricio seguía sosteniéndola, enrojció profundamente, estuvieron un instante mirándose después que la joven se hubo soltado de sus brazos.

Encantadora compañera de cárcel, dijo para sí Fabricio: ¡qué pensamiento tan profundo bajo esa frentel, ésta sabría amar.

El sargento se acercó con aire de autoridad:

-¿Cuál de estas señoras se llama Clelia Conti?

-Yo dijo la joven.

-Y yo -exclamó el hombre de edad-, soy el general Fabio Conti, chambelán de S. A. S. monseñor el príncipe de Parma; y me parece indecoroso que un hombre como yo sea acosado como un ladrón.

-Anteayer, al embarcaros en el puerto de Como, ¿no mandásteis a paseo al inspector de policía que pedía vuestro pasaporte? Pues bien, hoy el inspector os impide pasearos.

-Me alejaba ya, en mi barca; tenía prisa, pues el tiempo andaba revuelto; un hombre sin uniforme me gritó desde el muelle que volviera al puerto; le dije mi nombre y continué mi viaje.

-Y esta mañana os habéis escapado de Como.

-Un hombre como yo no toma pasaporte para ir de Milán a ver el lago. Esta mañana, en Como, me han dicho que iban a detenerme en la puerta: salí a pie con mi hija; esperaba encontrar por el camino algún coche que me llevase a Milán en donde, desde luego, mi primera visita será para llevar mis quejas al gobernador de la provincia.

Al sargento pareció que le quitaban un peso de encima.

-Pues bien, general, queda usted detenido y voy a conducirlo a Milán. Pero usted, ¿quién es? -dijo a Fabricio.

-Es mi hijo -respondió la condesa-, Ascanio, hijo del general de división Pietranera.

-¿Sin pasaporte, señora condesa? -dijo el sargento muy calmado ya.

-A su edad nunca lo toma, no viaja solo, va siempre conmigo.

Durante este coloquio, el general Conti se las daba de dignidad ofendida con los guardias.

-Menos palabras -dijo uno de ellos-, está usted detenido y basta.

-Agradezca usted -dijo el sargento-, que consintamos en dejarle alquilar un caballo de aldeano; si no, a pesar del polvo y del calor y de su grado de chambelán de Parma, iría usted muy bien a pie entre nuestros caballos.

El general empezó a jurar.

-¿Quieres callarte? -dijo el guardia-. ¿Dónde está tu uniforme de general? El primero que pase puede decir que es general.

El general se enfadó más todavía. Mientras tanto, en el coche los asuntos mejoraban.

La condesa mandaba a los guardias como si fueran sus criados. Había dado a uno un escudo para que fuera a buscar vino y sobre todo agua fresca a una casita que se veía a doscientos pasos de allí. Había encontrado tiempo para calmar a Fabricio quien, obstinadamente quería escaparse por el bosque de la colina. Tengo buenas pistolas decía. Consiguió que el iracundo general dejase a su hija subir al coche. En esta ocasión el general que gustaba de hablar de sí y de su familia, comunicó a las señoras que su hija no tenía más que doce años, habiendo nacido en 1803, el 27 de octubre; pero todo el mundo le calculaba catorce o quince años: tan circunspecta era.

Hombre vulgarísimo, decían los ojos de la condesa a la marquesa. Gracias a la condesa, todo quedó arreglado después de un coloquio de una hora. Un guardia que tenía que hacer en la aldea próxima, alquiló su caballo al general Conti, cuando la condesa le hubo dicho: tendrá usted diez francos. El sargento se fue solo con el general; los otros gendarmes se instalaron debajo de un árbol, acompañados por cuatro enormes botellas de vino, especie de pequeñas damajuanas, que había traído de la casita un guardia, ayudado por un aldeano. Clelia Conti obtuvo del digno chambelán permiso para regresar a Milán en el coche de las señoras y nadie pensó en detener al hijo del valiente general conde Pietranera. Después de los primeros momentos, dedicados a la cortesía y a comentar el pequeño incidente que acababa de terminar, Clelia Conti observó el matiz de entusiasmo con que una

dama tan hermosa como la condesa hablaba a Fabricio; de seguro, no era su madre. Su atención fue sobre todo excitada por repetidas alusiones a algo heroico, audaz y peligroso en sumo grado que había realizado Fabricio no hacía mucho tiempo; pero a pesar de su inteligencia, la joven Clelia no pudo adivinar de qué se trataba.

Miraba con extrañeza al joven héroe, de cuyos ojos parecían brotar aún las llamaradas de la acción. Y él estaba un poco cortado por la singular belleza de esta joven de doce años, a quien sus miradas hacían enrojecer.

Una legua antes de llegar a Milán, dijo Fabricio que iba a ver a su tío, y se despidió de las señoras.

-Si logro salir del paso -dijo a Clelia-, iré a ver los hermosos cuadros de Parma. ¿Se dignará usted acordarse entonces de este nombre: Fabricio del Dongo?

-¡Bueno! -dijo la condesa-. ¡Así es como sabes guardar el incógnito! Señorita, dígnese usted recordar que esta mala persona es mi hijo y que se llama Pietranera y no del Dongo.

Muy entrada la noche, penetró Fabricio en Milán por la puerta Renza que conduce a un paseo de moda. El envió a Suiza de los dos criados había agotado los muy escasos ahorros de la marquesa y de su hermana; afortunadamente Fabricio poseía aún algunos napoleones y uno de los diamantes, cuya venta quedó decidida.

Las señoras eran muy queridas y conocidas en toda la ciudad. Los personajes más considerables del partido austríaco y religioso hablaron en favor de Fabricio al jefe de policía, barón Binder. Estos señores afirmaban no comprender, cómo era posible tomar en serio la locura, de un niño de

diez y seis años que se pelea con el hermano mayor y abandona la casa paterna.

-Mi oficio consiste en tomarlo todo en serio -respondió suavemente el barón Binder, hombre prudente y triste que estaba entonces organizando esa famosa policía de Milán y es había comprometido a evitar una revolución como la de 1746 que expulsó a los austríacos de Génova. Esa policía milanesa, célebre por las aventuras de Pellico y Andryane, no fue precisamente cruel; ejecutaba razonablemente y sin conmiseración órdenes severas. El emperador Francisco II quería llenar de terror las imaginaciones italianas tan audaces.

-Dadme, día por día repetía el barón Binder a los protectores de Fabricio-, la indicación probada de lo que ha hecho el joven marchesino del Dongo; tomémosle desde el instante de su marcha de Grianta, 8 de mayo, hasta su llegada, ayer tarde, a esta ciudad, en donde está oculto en una de las habitaciones de su madre, y estoy dispuesto a tratarlo como al más amable y más locuelo de los jóvenes de la ciudad. Pero si no podéis proporcionarme el itinerario del joven durante todos los días que han seguido a su marcha de Grianta, entonces cualesquiera que sean la grandeza de su cuna y el respeto que me merecen los amigos de su familia, mi deber es mandarlo detener. ¿No debo guardarlo en prisión hasta que me demuestre que no ha ido a llevar a Napoleón proposiciones de parte de algunos descontentos que pueden existir en Lombardia entre los súbditos de Su Majestad Imperial y Real? Notad, además, señores, que si el joven del Dongo consigue justificarse en ese punto, seguirá siendo culpable de haber ido al extranjero sin un pasaporte

en regla y de haber tomado, además, un nombre falso, haciendo uso a sabiendas del pasaporte de un simple obrero; es decir, de un individuo de clase muy inferior a la que él pertenece.

Esta declaración cruelmente razonable iba acompañada de la mayor deferencia y respeto que el jefe de policía debía a la alta posición de la marquesa del Dongo y de las personas importantes que venían a hablar con ella.

La marquesa se desesperó al conocer la respuesta del barón Binder.

-¡Fabricio va a ser detenido! -exclamó llorando-, y una vez encarcelado, ¿sabe Dios cuándo saldrá! ¡Su padre renegará de él! La señora Pietranera y su cuñada celebraron consejo con dos o tres amigos íntimos, y a pesar de todo cuanto pudieron decir, la marquesa se empeñó en que su hijo marchara la noche siguiente.

-¿Pero no estás viendo -le decía la condesa-, que el barón Binder sabe que tu hijo está aquí? Ese hombre no es malo.

-No, pero quiere complacer al emperador Francisco.

-Pero si creyera útil para su encumbramiento meter a Fabricio en la cárcel, ya lo habría hecho; si, pues, hacemos que huya, es testimoniarle una desconfianza injuriosa.

-Pero confesarnos que sabe dónde está Fabricio, es como decirnos que le hagamos huir. No, no podré vivir pensando a cada momento que mi hijo puede estar entre cuatro muros. Cualquiera que sea la ambición del barón Binder -añadía la marquesa-, él cree que conviene a su posición personal en este país, tener atenciones para en hombre como mi

marido, y una prueba de ello se ve en esta singular sinceridad con que confiesa saber dónde está mi hijo. Más aún, el barón explica con complacencia y detalle los dos delitos de que acusan a Fabricio, por denuncia de su indigno hermano; nos explica que ambos delitos tienen pena de prisión; ¿no es esto decirnos que, si preferimos el destierro, podemos elegir?

-Si eliges el destierro -repetía sin cesar la condesa-, no lo volveremos a ver en la vida.

Fabricio, que presenciaba la conversación con uno de los antiguos amigos de la marquesa, consejero del tribunal constituido por Austria, opinaba con fuerza por la fuga. En efecto, aquella misma noche salió del palacio, oculto en el coche que conducía a la Scala a su madre y a su hermana. El cochero, en quien no se fiaban, se fue como de costumbre a la taberna, y mientras el lacayo, fiel y seguro, guardaba los caballos, Fabricio, disfrazado de aldeano se deslizó fuera del coche y salió de la ciudad. Al día siguiente pasó la frontera con igual fortuna, y unas horas más tarde se hallaba instalado en una finca que tenía su madre en Piamonte, cerca de Novara, precisamente en Romagnano, donde fue muerto Bayardo.

Podemos imaginar con qué atención las señoras, llegadas a su palco de la Scala, escucharon la función. Sólo hablan ido para consultar a algunos de sus amigos del partido liberal, cuya aparición en el palacio del Dongo hubiera podido ser mal interpretada por la policía. En el palco quedó resuelto hacer un nuevo intento cerca del barón Binder. No podía pensarse en ofrecer dinero a este magistrado, hombre honrado a carta cabal; además, las señoras no tenían dinero;

habían obligado a Fabricio a llevarse lo que quedaba de la venta del diamante.

Sin embargo, importaba mucho saber la última palabra del barón. Los amigos de la condesa le recordaron a cierto canónigo llamado Borda, joven amabilísimo que en otro tiempo le hiciera la corte, con no muy buenas maneras; no obteniendo éxito, habla ido al general Pietranera a contarle la amistad de la condesa con Limercati, y había sido echado como un villano. Ese canónigo, ahora, todas las noches, era de la partida de naipes de la baronesa Binder, y, naturalmente, intimo amigo del marido. La condesa se decidió a hacer el sacrificio de visitar al canónigo, y al día siguiente temprano, Antes de que saliera de sin casa, fue a verle.

Cuando el único criado del canónigo pronunció el nombre de la condesa Pietranera, este hombre se conmovió hasta el extremo de perder la voz; no intentó siquiera reparar el desorden de su sencillísima indumentaria casera.

-Que entre; y usted vágase -dijo con voz apagada. Entró la condesa; Borda se arrodilló a sus pies.

-En esta postura es como un desgraciado loco debe aguardar las órdenes de usted -dijo a la condesa, que aquella mañana en traje de casa, casi desconocida, tenia un atractivo irresistible. La pena profunda causada por el destierro de Fabricio, la violencia que se hacia para presentarse en casa de un hombre que la habla traicionado, todo concurría a poner en su mirada un resplandor increíble-. En esta postura quiero recibir las órdenes prosiguió el canónigo-, pues es evidente que tiene usted que pedirme algún servicio. De otro modo no honraría seguramente con su presencia la casa de

un desgraciado loco que antaño, perdido de amor y de celos, se condujo con usted como un cobarde, cuando vio que no podía agradarle.

Estas frases eran sinceras y tanto más hermosas cuanto que el canónigo ahora gozaba de un gran poder; la condesa se conmovió hasta saltársele las lágrimas. La humillación y el temor que tenían helada su alma, fueron en un momento sustituidos por el enternacimiento; despuntó en su espíritu un poco de esperanza. De un estado muy desgraciado pasaba, en un abrir y cerrar de ojos, casi a la felicidad.

-Besa mi mano -dijo al canónigo, alargándole el brazo-, y levántate. (Sébase que en Italia el tutearse es signo tanto de buena y franca amistad como de sentimientos más tiernos.) Vengo a pedirte merced para mi sobrino Fabricio. He aquí la verdad entera y sin el menor disfraz, como se dice a un viejo amigo. A los diez y seis años y medio acaba de cometer una insigne locura. Estábamos en el castillo de Grianta, en el lago de Como. Una tarde, a las siete, tuvimos noticia por una lancha de Como del desembarco del emperador en el golfo Juan. Al día siguiente Fabricio partió para Francia, con el pasaporte de uno de sus amigos, hombre de pueblo, un vendedor de barómetros, llamado Vari. Como no tenía aspecto de vendedor de barómetros, fue detenido en Francia apenas había andado diez o doce leguas; sus entusiasmos, expresados en mal francés, parecían sospechosos. Al cabo de algún tiempo se escapó y pudo llegar a Ginebra; enviamos a su encuentro a Lugano...

-A Ginebra, querrá usted decir -dijo el canónigo sonriendo.

La condesa terminó su historia.

-Haré por usted todo lo humanamente posible -repuso el canónigo efusivamente-; estoy enteramente a sus órdenes. Cometeré incluso imprudencias -añadió-. Diga usted lo que deba yo hacer en el momento en que esta pobre sala quede privada de esta celeste aparición, que constituye una época en la historia de mi vida.

-Hay que ir a casa del barón Binder a decirle que amas a Fabricio desde su nacimiento, que has visto nacer a ese niño cuando ventas a casa, y, en fin, que en nombre de la amistad que te concede, le suplicas que emplee todos sus espías en averiguar si antes de marchar a Suiza, Fabricio ha celebrado la más mínima entrevista con ninguno de los liberales a quienes se vigila. Si el barón está bien servido, verá que aquí no se trata más que de una verdadera locura de joven. Sabes que en mis hermosas habitaciones del palacio Dugnani tenía una serie de estampas de las batallas ganadas por Napoleón; mi sobrino aprendió a leer en las leyendas de esos grabados. A los cinco años oía a mi pobre marido explicarle esas batallas; le poníamos en la cabeza el casco de mi marido, y el niño arrastraba su gran sable. Pues bien; un buen día llega a él la noticia de que el dios de mi marido, el emperador, está de vuelta Francia; parte para juntarse a él, como un loco, pero no lo consigue. Pregunta a tu barón con qué pena quiere castigar este rasgo de locura.

-Una cosa se me olvidaba -exclamó el canónigo-, va usted a ver que no soy del todo indigno del perdón que me concede. Esta es dijo buscando en la mesa un papel, esta es la denuncia de ese infame coltorto (hipócrita) ; véala firmada,

Ascanio Valserra del Dongo. Ella dio lugar a todo este asunto. Ayer tarde la cogí en las oficinas de la policía, y fui a la Scala esperando encontrar a alguien que fuera a su palco, de costumbre, para dar a usted conocimiento de ella. Una copia de ese papel está en Viena desde hace tiempo. Ese es el enemigo que tenemos que combatir.

El canónigo leyó la denuncia con la condesa y quedó convenido que aquel mismo día le enviaría una copia por medio de una persona segura. La condesa volvió al palacio del Dongo con la alegría en el corazón.

-Imposible ser más galante y cabal que ese antiguo pillastre -dijo a la marquesa-. Esta noche en la Scala, a las diez y tres cuartos en el reloj del teatro, despediremos a todo el mundo de nuestro palco, apagaremos las luces, cerraremos la puerta, y a las once vendrá el canónigo mismo a decirnos lo que haya podido hacer. Esto es lo que hemos encontrado que pueda comprometerle menos.

El canónigo tenía mucho talento y se guardó de faltar a la cita: dio pruebas de una completa bondad y de una franqueza de corazón sin reservas, virtudes que no se encuentran más que en los países en donde la vanidad no domina a todos los demás sentimientos. La denuncia de la condesa al general Pietranera, su marido, era uno de los grandes remordimientos de su vida, y encontraba ahora un medio de borrar ese recuerdo.

Por la mañana, cuando la condesa hubo salido de su casa:

-Hela aquí ahora haciendo el amor con su sobrino había dicho para sí con amargura, pues no estaba enteramente

curado. ¡Altiva como ella es, haber venido a mi casa!... Después de muerto el pobre Pietranera rechazó con horror mis ofrecimientos de servirla, aunque eran muy corteses y estaban muy bien presentado s por el coronel Scotti, su antiguo amante. ¡La hermosa Pietranera viviendo con 1.500 francos! añadía el canónigo paseándose agitado por su cuarto. ¡Y luego irse a vivir al castillo de Grianta con un abominable secatore, ese marqués del Dongol... ¡Todo se explica ahora! Es verdad, ese joven Fabricio es un dechado de gracias, alto, bien formado, con una faz siempre riente... y todavía mejor, con una mirada llena de dulce voluptuosidad..., una fisonomía del Corregio añadía el canónigo con amargura. La diferencia de edad... no es mucha... Fabricio nació después de la entrada de los franceses, hacia el 98, según creo; la condesa tendrá unos veintisiete o veintiocho años; imposible es ser más bonita, más adorable. En esta tierra fértil en bellezas, las supera a todas, la Masini, la Gherardi, la Ruga, l'Aaresi, la Pietranera, a todas las supera. Vivían felices, escondidos en ese hermoso lago de Como, cuando el joven quiso reunirse con Napoleón... ¡Todavía hay almas en Italia! No, no proseguía su corazón ardiente de celos, es imposible explicarse de otro modo esa resignación a vegetar en el campo, con el asco de ver a diario al marqués del Dongo, y además a esa infame fisonomía pálida del marchesino Ascanio, que será peor aún que su padre... Pues bien, sí, yo la serviré francamente. Por lo menos tendré el gusto de verla más cerca, y no a través de mis gemelos.

El canónigo Borda explicó muy claramente el asunto a las dos señoras. En el fondo, Binder estaba muy bien dis-

puesto; estaba encantado de que Fabricio se hubiera escapado antes de que llegaran órdenes de Viena, pues él no podía decidir nada, y esperaba órdenes para este asunto como para los otros. Todos los días enviaba a Viena copia exacta de todos los informes, y esperaba.

En su destierro de Romagnano, era necesario que Fabricio:

1º No faltase un solo día a misa, tomase por confesor a un hombre de talento, devoto a la causa monárquica, y no diera cuenta en el Tribunal de la penitencia más que de sentimientos irreprochables.

2º No frecuentase a ningún hombre tildado de talento; en ocasiones debía hablar con horror de la rebelión como cosa nefanda y siempre ilícita.

3º No se presentase en el café, no leyese más periódicos que las gacetas oficiales de Turín y de Milán; en general, debía dar a entender que le asqueaba la lectura y nunca permitirse leer un libro impreso después de 1720; con excepción, cuando más, de las novelas de Walter Scott.

4º Por último, añadió el canónigo con cierta malicia, hace falta sobre todo que haga abiertamente la corte a alguna de las mujeres bonitas de la localidad, de clase noble, como es natural; esto mostrará que no tiene el ánimo sombrío y descontento de un conspirador en ciernes.

Antes de acostarse, la condesa, y la marquesa escribieron a Fabricio dos cartas larguísimas explicándole con encantadora ansiedad todos los consejos dados por Borda.

Fabricio no tenía ninguna gana de conspirar; amaba a Napoleón, y siendo noble creíase nacido para ser más feliz

que los demás y encontraba ridículos a los burgueses. No habla abierto un libro desde su salida del colegio, en donde no había leído más que libros arreglados por los jesuitas. Se estableció a alguna distancia de Romagnano, en un palacio magnifico, una de las obras maestras del famoso arquitecto San Micheli; pero desde hacía treinta años no estaba habitado, de suerte que llovía en todas las habitaciones y las ventanas no cerraban. Se apoderó de los caballos del encargado y se pasaba el día montado en ellos. No hablaba; reflexionaba. El consejo de tomar una amiga en una familia ultra le hizo gracia y lo siguió al pie de la letra. Eligió por confesor a un joven sacerdote intrigante que quería ser obispo (como el confesor del Spielberg⁵); pero andaba tres leguas a pie y se rodeaba de un misterio, que creía impenetrable, para leer el Constitucional, que encontraba sublime; esto es tan hermoso como Alfieri y el Dante, exclamaba a menudo Fabricio; se parecía a la juventud francesa, en que se ocupaba mucho más seriamente de su caballo y de su diario que de su pacata amiga. Pero en esta alma ingenua y firme no había lugar aún para la imitación de los demás, y no se hizo amigos en la sociedad de la aldea grande de Romagnano; su sencillez era considerada como altanería; no se sabía qué decir de su carácter.

-Es un segundón descontento por no ser el primogénito decía el cura.

⁵ Véanse las curiosas Memorias de Andryane, divertidas como un cuento y que durarán como Tácito.

VI

Confesamos sinceramente que los celos del canonigo Borda no eran enteramente infundados. Cuando Fabricio volvió de Francia pareció a los ojos de la condesa Pietranera como un hermoso extraño a quien hubiera conocido mucho en otro tiempo.

Si hubiera hablado de amor, ella le hubiera amado. ¿No tenia ya por su conducta y su persona una apasionada admiración y, por decirlo así, una admiración sin limites? Pero Fabricio la besaba con una efusión tal de inocente gratitud y de buena amistad, que se hubiera horrorizado si buscara otro sentimiento en esta amistad casifilial. En el fondo, se decía la condesa, algunos amigos que me han conocido hace seis años en la corte del príncipe Eugenio, pueden encontrarme aún bonita y hasta joven, pero para él soy una mujer respetable... y, para decirlo todo, sin reparos de amor propio, una mujer de edad. La condesa se engañaba acerca de la época de su vida a que había llegado, pero no como se engañan las mujeres vulgares. A su edad, además, añadía, se exageran un

poco los destrozos del tiempo; un hombre algo más avanzado en la vida. La condesa, que se paseaba en su salón, se detuvo ante un espejo y sonrió. Hay que advertir que desde hacia algunos meses, el corazón de la señora Pietranera sufría serios ataques por parte de un personaje singular. Poco después de la marcha de Fabricio a Francia, la condesa, quien sin confesarlo del todo empezaba a preocuparse mucho de él, había caído en una profunda melancolía. Todos sus quehaceres le parecían sin valor y, por decirlo así, sin sabor; pensaba que Napoleón, queriendo ganar el afecto de sus pueblos de Italia, tomaría a Fabricio de ayudante.

-¡Está perdido para mí -exclamaba llorando-, no lo volveré a ver más; me escribirá, pero ¿qué será para él dentro de diez años.

En este estado de ánimo, hizo un viaje a Milán; esperaba recibir noticias más directas de Napoleón, ¿quién sabe?, quizá también de Fabricio. Sin confesarlo, empezaba esta alma altiva a cansarse de la vida monótona que había en el campo; esto no es vivir, decía, es sólo aguardar la muerte. ¡Ver a diario esas caras empolvadas, el hermano, el sobrino Ascario, los criados! Sin Fabricio, ¿qué van a ser ya los paseos por el lago? Su único consuelo brotaba de la amistad que la unía a la marquesa. Pero desde hacía algún tiempo, esta intimidad con la madre de Fabricio, de más edad que ella y sin esperanza en la vida, empezaba a serle menos agradable.

Tal era. la singular posición de la señora Pietranera; ausente Fabricio, esperaba poco del porvenir y su corazón necesitaba como suelo y novedad. En Milán se apasionó por la ópera de moda; iba a encerrarse horas y horas sola en la

Scala en el palco del general Scotti, su antiguo amigo. Los hombres que intentaba ver para obtener noticias de Napoleón y de su ejército, le parecían salvajes y groseros. De vuelta a su casa, se estaba hasta las tres de la mañana teclando en el piano improvisaciones sin fin. Una noche en la Scala, en el palco de una de sus amigas adonde había ido a buscar noticias de Francia, le fue presentado el conde Mosca, ministro del Parma; era un hombre amable que habló de Francia y de Napoleón del modo conveniente para dar a su corazón nuevos motivos de esperanza o de temor. La condesa volvió a ese palco al día siguiente; ese hombre de talento se presentó también en él y ambos se hablaron con gusto durante todo el espectáculo. Desde la marcha de Fabricio no habla gozado de una velada tan viva como ésta. Este hombre que la divertía, el conde Mosca Bella Rovere Sorezana, era entonces ministro de guerra, de policía y de hacienda del famoso príncipe de Parma, Ernesto IV, tan célebre por sus severidades que los liberales de Milán llamaban crueldades. Mosca podía tener entre cuarenta y cuarenta y cinco años; poseía grandes rasgos de fisonomía, carecía por completo de aire importante y ostentaba una sencillez y una alegría que determinaban en seguida la simpatía en favor suyo; todavía hubiera gozado de muy buena presencia si un capricho de su príncipe no le obligara a empolvarse el cabello, como una especie de testimonio o garantía de buenos sentimientos políticos. En Italia no se teme mucho herir la vanidad, por lo cual sucede que pronto se llega en la conversación al tono íntimo ya decirse cosas personales. Este uso

queda suficientemente corregido con no volverse a ver, si se ha sido molestado.

-Conde, ¿por qué se empolva usted? -le dijo la señora Pietranera a la tercera vez que le hablaba- ¡Polvos!, ¿un hombre; como usted, amable, joven aún y que ha hecho con nosotros la guerra en España?

Pues porque nada robé en esa España, y tengo que vivir. Estaba sediento de gloria; una palabra halagadora del general francés Gouvion Saint Cyr, que nos mandaba, era entonces todo para mí. A la caída de Napoleón, ocurrió que mientras yo gastaba mi fortuna en servirle, mi padre, hombre de fantasía excesiva, me veía ya general y estaba labrándome en Parma un palacio. En 1813 me encontré, en todo y por todo, con una pensión y un palacio a medio terminar.

-¿Una pensión de 3.500 francos, como mi marido?

-El conde Pietranera era general de división. La pensión que obtuve yo, pobre comandante, no fue nunca de más de 800 francos, y aún no me ha sido posible cobrarla hasta que he sido ministro de hacienda.

Como en el palco no había más que la dama, de opiniones muy liberales, a quien pertenecía el palco, continuó la charla con igual franqueza. Interrogado, habló el conde Mosca de su vida en Parma.

-En España, con el general Saint Cyr, aguanté los tiros para alcanzar la cruz y luego un poco de gloria; ahora me visto como un personaje de comedia para ganar un gran tren de casa y unos miles de francos. Una vez metido en esta especie de juego de ajedrez, chocáronme las insolencias de mis superiores y quise ocupar un primer puesto; lo conseguí.

Pero mis más felices días son siempre los que de vez en cuando puedo pasar en Milán; aquí vive todavía, me parece, el corazón de vuestro ejército de Italia.

La franqueza, la desenvoltura con que hablaba este ministro de un príncipe tan temido excitó la curiosidad de la condesa. A juzgar por su título, hubiera creído hallar un pedantón lleno de importancia y se encontraba con un hombre que se avergonzaba de la gravedad de su puesto. Mosca le había prometido darle cuantas noticias de Francia pudiera recoger: gran indiscreción era esta en Milán en el mes que precedió a Waterloo; para Italia la cuestión era decisiva, y en Milán todo el mundo estaba calenturiento de esperanza o de temor. En esta universal turbación, la condesa inquirió acerca de ese hombre que tan ligeramente hablaba de un puesto envidiadísimo que además era su único recurso.

Relataron a la señora Pietranera cosas curiosas y de una interesante singularidad. El conde Mosca della Rovere Sorzana, dijéronle, está a punto de ser primer ministro y favorito declarado de Ranucio Ernesto IV, soberano absoluto de Parma, y además uno de los príncipes más ricos de Europa. El conde habría llegado ya a ese puesto, el más alto, si hubiera querido adoptar un aspecto más grave; dícese que el príncipe le reprende muchas veces sobre ese punto.

-¿Qué le importan mis maneras a Vuesra Alteza - responde libremente-, si hago sus negocios?

La fortuna de este favorito, añadían, no carece de espinas. Hay que agradar a, un soberano que sin duda es hombre de sentido y de talento, pero que desde que ha subido a un

trono absoluto parece haber perdido la cabeza y muestra, por ejemplo, sospechas dignas de una mujerzuela.

Ernesto IV no es valiente más que en la guerra. Veinte veces se le ha visto, en los campos de batalla, conducir una columna al ataque como un valiente general. Pero después de la muerte de su padre Ernesto III, de vuelta a sus estados, en donde por su desgracia posee un ilimitado poder, se ha puesto a declamar locamente contra los liberales y la libertad. Pronto ha llegado a figurarse que era odiado; por último, en un momento de mal humor ha mandado ahorcar a dos liberales, que acaso no eran muy culpables, aconsejado en eso por un miserable llamado Rassi, especie de ministro de justicia.

Desde este fatal momento cambió la vida del príncipe y se le ve siempre atormentado por las más extrañas sospechas. No tiene cincuenta años aún y el miedo lo ha empequeñecido tanto, si es posible expresarse así, que en cuanto habla de los jacobinos y de los proyectos del Comité director de París, se le pone cara de viejo ochentón; vuelve a caer en los fanáticos miedos de la infancia. Su favorito Rassi, fiscal general (o gran juez), debe toda su influencia al miedo de su amo; y en cuanto ve que su dominio empieza a flaquear, se apresura a descubrir una nueva conspiración de las más negras y de las más fantásticas. Que treinta imprudentes se reúnen para leer un número del Constitucional, pues Rassi los declara conspiradores y los manda presos a esa famosa ciudadela de Parma, terror de toda Lombardia. Como se alza, según dicen, a ciento ochenta pies, se la ve de muy lejos en medio de la inmensa llanura; y la forma material de esa

cárcel, de la que se cuentan cosas horribles, la hace, por el miedo que causa, reina de toda la llanura que va de Milán a Bolonia.

-¿Querrá usted creer -decía a la condesa otro viajero- que de noche en el tercer piso de su palacio, guardado por ochenta centinelas que aúllan, cada cuarto de hora, una frase entera, todavía Ernesto IV tiembla en su habitación? Todas las puertas están cerradas con diez cerrojos, y las habitaciones contiguas, las de encima, las de debajo, llenas de soldados; pues tiene miedo de los jacobinos. Si una hoja del entarimado cruje, entonces salta del lecho, coge sus pistolas y se cree que hay un liberal escondido debajo de su cama. Las campanillas del palacio se ponen en movimiento y un ayudante corre a despertar al conde Mosca. Este ministro de policía, llegado al castillo, se guarda muy bien de negar la conspiración; por el contrario, solo ya con el príncipe y armado hasta los dientes, visita todos los rincones de las habitaciones, mira debajo de las camas, en una palabra, se entrega a multitud de actos ridículos, propios de una vieja. Toda estas precauciones le hubieran parecido al príncipe viles y humillantes, en aquellos felices tiempos en que iba a la guerra y no había matado a nadie más que a tiros. Como es hombre de mucho talento, se avergüenza de esas precauciones que le parecen ridículas en el momento mismo en que a ellas se entrega, y la fuente del valimiento inmenso de que goza el conde Moka es que desarrolla toda su habilidad para que el príncipe no tenga nunca que avergonzarse en su presencia. Mosca es el que en su calidad de ministro de policía insiste en mirar debajo de las camas y, como dicen en Parma,

hasta en las fundas de los contrabajos. El príncipe es el que se opone a ello y se burla del ministro por su excesiva meticulosidad. "Es una apuesta replica el conde Mosca; piense usted en los sonetos satíricos con que nos abrumarían los jacobinos si os dejáramos matar. No sólo defendemos vuestra vida; defendemos también nuestro honor." Pero parece que el príncipe no se engaña más que a medias; porque si a alguien en la ciudad se le ocurre decir que en palacio se ha pasado la noche en vela, el fiscal general Rassi envía al bur-lón a la fortaleza; y una vez dentro de esta habitación alta y en buen aire, como dicen en Parma, hace falta un milagro para acordarse del prisionero. Como el conde Mosca es militar y en España ha escapado veinte veces, con la pistola en la mano, de las emboscadas, el príncipe lo prefiere a Rassi, que es mucho más flexible y bajo. Los desgraciados prisioneros de la fortaleza están rigurosamente incomunicados y se cuentan acerca de ellos mil historias. Los liberales afirman que Rassi ha dado la orden a los carceleros y a los confesores de persuadir a los prisioneros de que cada mes, próximamente, uno de ellos es ejecutado. Ese día obtienen los prisioneros permiso para subir a la terraza de la inmensa torre, a ciento ochenta pies de altura, y desde allí presencian un desfile de soldados que siguen a un espía que hace el papel de condenado a muerte.

Estos cuentos y muchos otros del mismo género y de no menor autenticidad interesaban mucho a la señora Pietranera. Al día siguiente le preguntaba detalles al conde Mosca con bromas y risas. Encontráballo divertido y le aseguraba que en el fondo era un monstruo sin sospecharlo siquiera.

Un día, volviendo a su alojamiento, el conde pensó: No sólo es una mujer encantadora esta condesa Pietranera, sino que cuando paso la velada en su palco consigo olvidar algunas cosas de Parma, cuyo recuerdo me parte el corazón. "Ese ministro, a pesar de sus modales ligeros y brillantes, no tenía el alma a la francesa; no sabía olvidar las penas. Cuando en su almohada había una espina, tenía por fuerza que romperla y gastarla a fuerza de herir con ella su cuerpo palpitante." Ruego me dispense el lector esta frase traducida del italiano. Al día siguiente después de hecho ese descubrimiento, el conde halló que, a pesar de los negocios que le traían a Milán, el día se alargaba enormemente. No podía estarse quieto y cansó los caballos de su coche. Hacia las ocho montó a caballo para ir al Corso, con la esperanza de encontrar a la señora Pietranera. No la vio, y recordó que el teatro de la Scala abría a las ocho. Entró, y no había diez personas en la inmensa sala. Se avergonzó un poco de hallarse allí. ¿Es posible, pensó, que a los cuarenta y cinco años cumplidos haga yo locuras que sonrojarían a un cadete? Felizmente, nadie las sospecha. Huyó y trató de matar el tiempo paseándose por las preciosas calles que rodean al teatro de la Scala. Están llenas de cafés que, a esta hora, están atestados de gente. Delante de la puerta, multitud de curiosos sentados en medio de la calle toman sorbetes y critican a los transeúntes. El conde era un transeúnte notable; tuvo, pues, el gusto de ser reconocido y detenido por varios amigos. Tres o cuatro inoportunos de esos a quienes no se les puede tratar bruscamente, aprovecharon esta ocasión para obtener audiencia de un ministro tan poderoso. Dos de ellos le entregaron peti-

ciones; el tercero se limitó a darle muy latos consejos acerca de su conducta política.

-Ni se duerme cuando se tiene talento -dijo-, ni se pasea uno cuando es tan poderoso.

Volvió al teatro y se le ocurrió la idea de tomar un palco de tercer piso, desde donde sus miradas podían hundirse, sin ser notadas, en el palco del segundo piso, donde esperaba ver llegar a la condesa. Dos largas horas esperó y no le pareció demasiado; estaba enamorado, y como tenía la seguridad de no ser visto, se entregaba con deleite a su locura. ¿No es la vejez, ante todo, la incapacidad de perpetrar estas deliciosas niñerías?

Por fin apareció la condesa. Con sus gemelos él la examinaba entusiasmado. Joven, brillante, ligera como un pájaro, no tiene, pensaba, ni veintiocho años. Pero su belleza es el menor de sus encantos; ¿dónde podía encontrarse en otro sitio esta alma siempre sincera, que nunca obra con prudencia, que se entrega entera a la impresión del momento, que no desea más que verse arrastrada por un nuevo objeto? Comprendo las locuras que hizo el conde Nani.

El conde se daba a sí mismo muchas y muy buenas razones para estar loco, mientras sólo pensaba en conquistar la felicidad que veta ante sus ojos. Pero ya no las encontraba tan buenas, cuando consideraba su edad y los cuidados, muchas veces tristísimos, que llenaban su vida. Un hombre hábil, a quien el miedo enturbia el ingenio, me proporciona una gran existencia y muchísimo dinero por ser su ministro; pero si mañana me despide, me quedaré pobre y viejo, es decir, lo que en el mundo más se desprecia. ¡Bonito personaje para

ofrecerlo a la condesa! Estos pensamientos eran demasiado sombríos; volvió a la señora Pietranera, a quien no se cansaba de mirar; para pensar en ella más a gusto no bajó a su palco. Acaban de decirme que si tomó a Nani fue sólo para fastidiar a ese imbécil de Limercati, que no quiso decidirse a dar una estocada o mandar apuñalar al asesino del marido. ¡Veinte veces me desafiaba yo por ella!, se dijo el conde lleno de entusiasmo. A cada momento miraba al reloj del teatro, que con números luminosos destacándose brillantes sobre un fondo negro, indica a los espectadores cada cinco minutos la hora en que es lícito presentarse en un palco amigo. El conde pensaba: Yo no puedo estar más que media hora a lo sumo en su palco, porque soy un conocimiento reciente. Si me quedo más tiempo, doy un espectáculo, y con mi edad y más aún estos malditos pelos empolvados, tendré el atractivo aspecto de un Calandro. Pero una reflexión vino de pronto a decidirle: si ella fuera a abandonar ese palco para hacer una visita, buena recompensa por la avaricia con que me ahorro ese placer. Se levantaba ya para bajar al palco en donde veta a la condesa, cuando de pronto se sintió casi sin ganas de presentarse a ella.

-¡Vamos! Esto es delicioso -exclamó riéndose de sí mismo y deteniéndose en la escalera-, les un movimiento de verdadera timidez! Hace veinticinco años que semejante cosa no me sucedía.

Entró en el palco casi azorado, y aprovechando como hombre de talento el accidente que acababa de ocurrirle, no intentó mostrarse fácil y locuaz por medio de algún ingenioso relato; tuvo el valor de ser tímido y empleó su talento en

dejar entrever su turbación sin caer en el ridículo. Si ella lo toma mal, pensaba, estoy perdido para siempre. ¡Cómo! ¡Tímido con el pelo empolvado, con un pelo que sin los polvos parecería gris! Pero, en fin de cuentas, la cosa es cierta; luego no puede ser ridícula más que si la exagero o si me vanaglorio de ella. La condesa se había aburrido tantas veces en el castillo de Grianta, frente a las caras empolvadas de su hermano, de su sobrino y de algunos señores muy pesados del contorno; que ni siquiera pensó en el tocado de su nuevo adorador.

La condesa, escudada en su ingenio, esquivó la carcajada y sólo prestó atención a las noticias de Francia que siempre tenía Mosca que darle en particular, al llegar al palco; sin duda inventaba. Al discutir las con él, notó aquella noche su mirada hermosa y benévola.

-Supongo díjole, que en Parma, en medio de sus esclavos, no irá usted a tener esa mirada amable; esto lo echarla todo a perder, dándoles alguna esperanza de no morir ahorcados.

La falta total de importancia en un hombre que pasaba por ser el primer diplomático de Italia, pareció a la condesa algo singular; encontró incluso que el conde no carecía de gracia. En fin, como hablaba bien y con calor, no le chocó que por una noche, sin consecuencias, hubiese tomado el papel de atento.

Dióse un gran paso y peligrosísimo; afortunadamente para el ministro, quien en Parma no encontraba mujeres rebeldes, la condesa acababa de llegar hacia pocos días de Grianta y su espíritu estaba aún rígido por el hastío de la vida

campesina. Había casi olvidado la chanza; y todas esas cosas que pertenecen a la vida elegante y ligera, hallábanse revestidas a sus ojos de un tinte nuevo que las tornaba sagradas; no estaba dispuesta a burlarse de nada, ni siquiera de un enamorado de cuarenta y cinco años, y tímido por añadidura. Ocho días más tarde, la temeridad del conde pudiera haberle valido una muy distinta acogida.

Es costumbre en la Scala no estar más de veinte minutos de visita en los palcos. El conde se pasó la velada entera en el palco donde tenía la fortuna de hallar a la señora Pietranera. ¡Es unta mujer, decía para sí, que me devuelve a todas las locuras de la juventud! Pero bien comprendía el peligro. Mi calidad de omnipotente pachá a cuarenta leguas de aquí, ¿será bastante para hacerme perdonar esta tontería? ¡Me aburro tanto en Parma! Sin embargo, cada cuarto de hora decidía marcharse.

-Hay que confesar, señora -dijo riéndose a la condesa-, que en Parma me muero de tedio, y debe serme licito embriagarme de placer cuando lo encuentro en mi camino. Así, pues, por una noche y sin consecuencias, permítame que haga con usted el papel de enamorado. ¡Ay!, dentro de pocos días estaré lejos de este palco, que me hace olvidar todas las penas y hasta, dirá usted, todas las conveniencias.

Ocho días después de esta visita monstruo en la Scala, y a consecuencia de varios incidentes cuyo relato sería acaso largo, el conde Mosca estaba totalmente loco de amor, y la condesa pensaba ya que la edad no debía ser un obstáculo si, por lo demás, él era amable. En estos pensamientos andaban, cuando Mosca fue llamado por un correo de Parma.

Difiérase que al príncipe le daba miedo quedarse solo. La condesa volvió a Grianta. Su imaginación ya no adornaba ni embellecía este lugar hermoso; parecióle un desierto. ¿Me habré aficionado a ese hombre?, pensó. Mosca escribió y no tuvo nada que fingir; la ausencia le había arrebatado la fuente de todos sus pensamientos. Sus cartas eran divertidas, y con una pequeña singularidad, que no cayó mal, quiso evitar los comentarios del marqués del Dongo, que no gustaba de pagar el porte de las cartas, enviando hombres que las echaban al correo en Como, en Lecco, en Varese u otro de esos pueblecitos encantadores que rodean el lago. Esta precaución se encaminaba, sobre todo, a conseguir que su correo le trajera las respuestas, y lo consiguió.

Pronto llegó la condesa a considerar como suceso memorable la llegada de los días de correo; estos correos traían flores, frutas, regalillos sin valor que la divertían, como también a su cuñada. El recuerdo del conde mezclábase con la idea de su enorme poder; la condesa sentía curiosidad por saber lo que decían de él, y halló que los liberales mismos se inclinaban ante su talento.

El principal origen de mala fama para el conde es que pasaba por ser el jefe del partido ultra en la corte de Parma, y que el partido liberal estaba dirigido por una intrigante capaz de todo, hasta de vencer, la marquesa Raversi, inmensamente rica. El príncipe cuidaba atentamente de no descorazonar al de los dos partidos que no estaban en el poder; bien sabía que siempre sería el amo, aun con un ministerio elegido en el salón de la señora Raversi. Llegaban a Grianta mil detalles de esas intrigas. La ausencia de Mosca, a quienes todos pintaban

como un ministro de excepcional talento y como un hombre de acción, no daba lugar a pensar en los cabellos empolvados, símbolo de cuanto es lento y triste; resultaba un detalle sin trascendencia, una obligación de esa corte en la que tan principal papel desempeñaba. Una corte, decía la condesa a la marquesa, es cosa ridícula, pero divertida; es un juego interesante cuyas reglas hay que aceptar. A quién se le ocurre protestar contra las ridículas reglas de los juegos de naipes? Y, sin embargo, cuando uno se ha acostumbrado a ellas, resulta agradabilísimo vencer al adversario y ganarle la partida.

La condesa pensaba con frecuencia en el autor de tantas amables cartas. El día en que las recibía era para ella venturoso; se subía a la lancha y se iba a leerlas a los hermosos parajes del lago, a la Pliniana, a Belano, al bosque de Sfondrata. Estas cartas parecía que la consolaban algo de la ausencia de Fabricio. Por lo menos no podía negar al conde que estaba muy enamorado. No había pasado un mes, y ya ella pensaba en él con tierna amistad. Por su parte, el conde Mosca hablaba casi de buena fe cuando le ofrecía presentar su dimisión, dejar el ministerio e irse a pasar la vida con ella en Milán o en otra parte. Tengo 400.000 francos, añadía, lo que nos dará siempre 15.000 de renta. ¡Otra vez palco, caballos!... pensaba la condesa; amables sueños. Las bellezas sublimes de las perspectivas del lago de Como volvían a encantarla. Iba por las orillas soñando en ese retorno a la vida brillante y singular, que contra toda esperanza parecía ser de nuevo posible para ella. Vetase en el Corso, en Milán, feliz y alegre como en los buenos tiempos del virrey.

-¡La juventud o por lo menos la vida activa volverían para mí! Algunas veces, su ardiente imaginación le ocultaba la realidad; pero nunca en ella se construían esas ilusiones voluntarias, producto de la cobardía. Era ante todo una mujer que hablaba consigo mismo de buenísima fe. "Si yo tengo demasiados años para hacer locuras, pensaba, la envidia, en cambio, que como el amor se hace ilusiones, puede muy bien emponzoñar mi vida en Milán. Después de la muerte de mi marido, mi pobreza noble tuvo éxito, como lo tuvo también mi negativa a aceptar dos grandes fortunas. Mi pobre condesillo Mosca no tiene ni la vigésima parte de la opulencia que ponían a mis pies aquellos dos imbéciles, Limercati y Nani. La escasa pendón de viuda trabajosamente obtenida, los criados despedidos, cosa que llamó mucho la atención, el cuartito del quinto piso que atraía delante de la puerta veinte carrozas, todo esto constituyó entonces un singular espectáculo. Pero pasaré malos ratos por mucha destreza que use, si siguiendo pobre y atendida a mi pensión de viuda me voy a vivir a Milán con la pequeña abundancia burguesa que pueden proporcionarnos los 15.000 francos que le quedarán a Mosca después de dimitir. Una tremenda objeción, que la envidia esgrimirá como arma terrible, es que el conde, aunque separado de su esposa desde hace mucho tiempo, está casado. En Parma conocen esa separación de antiguo; pero en Milán pasará por reciente y me la achacarán. Así, pues, teatro mío de la Scala, divino lago de Como... ¡adiós!, ¡adiós!"

A pesar de todas esas previsiones, si la condesa hubiera tenido algo de fortuna, hubiera aceptado los ofrecimientos de dimisión que le hacía Mosca. Creta ser ya una mujer de

edad y la corte le daba miedo. Pero lo que parecerá extraordinariamente inverosímil aquende los Alpes, es que el conde hubiera presentado su dimisión con alegría. Por lo menos consiguió que su amiga lo creyera así. En todas sus cartas solicitaba, con creciente anhelo, una segunda entrevista en Milán; le fue concedida.

-Jurar que siento por usted una pasión loca -decíale la condesa un día en Milán-, sería mentir; feliz me consideraría si pudiera hoy, a los treinta años cumplidos, amar como amaba a los veintidós. ¡Pero tantas cosas he visto venirse abajo cuando las creía eternas! Le profeso a usted la más tierna amistad, le concedo una confianza sin límites, y es usted entre todos los hombres el que yo prefiero.

La condesa creta que al decir esto era perfectamente sincera, y, sin embargo, hacia el final de esta declaración se había deslizado una leve mentirilla. Si Fabricio hubiera querido, quizá hubiera triunfado sobre todos en su corazón. Pero Fabricio, para el conde Mosca no era más que un niño. El conde llegó a Milán tres días después de la marcha del joven a Novata y se apresuró a ir a hablar. en su favor al barón Binder. El conde pensó que el destierro era cosa irremediable.

No habla llegado solo a Milán; en su coche venía el duque Sanséverina Taxis, un viajecillo de sesenta y ocho años, de color gris claro, de aspecto, limpio y atildado, inmensamente rico, pero no bastante noble. El abuelo de nuestro anciano había juntado muchos millones en negocios de arrendamiento de las rentas del Estado de Parma. El padre

consiguió ser nombrado embajador del príncipe de Parma en la corte de *** a consecuencia del siguiente razonamiento.

-Vuestra Alteza paga 30.000 francos a su enviado en la corte de ***, y este señor hace allí una muy mediocre figura. Si V. A. se digna concederme ese puesto, aceptaré 6.000 francos de sueldo. Mis gastos en la corte de *** no bajarán nunca de 100.000 francos anuales, y mi intendente entregará todos los años 20.000 francos a la caja de los negocios extranjeros de Parma. Con esta suma podrá ponerse a mi lado al secretario que se quiera y yo no me preocuparé de los secretos diplomáticos, si los hay. Mi propósito es dar lustre a mi casa y honrarla con uno de los grandes cargos del país.

El actual duque, hijo de este embajador, había cometido la torpeza de mostrarse medio liberal, y desde hacia dos años andaba desesperado. En el tiempo de Napoleón había perdido dos o tres millones por obstinarse en permanecer en el extranjero, y, sin embargo, desde que el orden estaba restablecido en Europa, no había podido obtener cierto gran cordón que pendía del cuello de su padre; la falta de este cordón le tenía sumamente alicaído.

En el grado de intimidad que es consecuencia del amor, en Italia, no había ya entre los dos amantes dificultades de vanidad. Así, pues, con la más perfecta sencillez, dijo Mosca a la mujer a quien adoraba:

-Tengo dos o tres planes de conducta que ofrecer a usted. Todos están bastante bien combinados. No sueño más que en eso desde hace tres meses.

1º Presento mi dimisión, y nos vamos a vivir como buenos burgueses a Milán, a Florencia, a Nápoles, donde

usted quiera. Disponemos de 15.000 francos de renta, sin contar la munificencia del príncipe, que durará más o menos.

2º Se digna usted venir al país en donde tengo algún poder y compra usted una tierra, Sacca, por ejemplo, encantadora mansión en medio de un bosque que domina el curso del Po. El contrato de venta puede estar firmado antes de ocho días. El príncipe le da a usted entrada en su corte. Pero aquí surge una objeción muy grande. En la corte será usted bien recibida; todos verán lo que hacen estando yo presente; además, la princesa cree ser muy desgraciada y acabo de servirla repetidamente con la intención puesta en usted. Pero le recordaré a usted la gran dificultad, el príncipe es muy beato, y, como usted sabe, la fatalidad quiere que yo sea casado. De aquí mil molestias de detalle. Es usted viuda; es un hermoso título que habría que trocar por otro, y aquí viene mi tercera proposición.

Podría., encontrarse un nuevo marido nada molesto. Pero primero tendría que ser de edad muy avanzada, pues ¿me vais a quitar la esperanza de ser algún día su sucesor? Ahora bien; he arreglado este asunto extraño con el duque Sanseverina-Taxis, quien, no hay que decirlo, ignora el nombre de la futura duquesa. Sólo sabe que ese matrimonio le hará embajador y le permitirá usar el gran cordón heredado de su padre, preocupación que hoy le hace el más desventurado de los hombres. Fuera de esto, el duque no es demasiado imbécil; manda traer de París sus trajes y sus pelucas. No es hombre que medite de antemano maldades; cree en serio que la honra consiste en usar un cordón y se avergüenza de su dinero. Hace un año vino a proponerme fundar un hospital

para ganar el cordón; me reí de él, pero él no se ha reído de mí cuando le he propuesto un matrimonio; mi primera condición ha sido, claro está, que no volviera a poner los pies en Parma.

-Pero ¿sabe usted que lo que me propone es muy inmoral? dijo la condesa.

-No más inmoral que todo lo que se ha hecho en nuestra corte y en muchas otras. El poder absoluto tiene de cómodo que lo santifica todo a los ojos de los pueblos; ahora bien, ¿qué importa una ridiculez no percibida por nadie? Nuestra política, para veinte años aún, va a consistir en tener miedo de los jacobinos y ¡qué miedo! Cada año creemos que estamos en vísperas de un 93. Espero que oirá usted un día las frases que hago sobre este punto en mis recepciones. ¡Hermoso! Todo lo que pueda disimular ese miedo, será altamente moral para los nobles y los beatos. Y en Parma todo el que no es noble ni beato, está en la cárcel o se dispone a entrar en ella; convéznase, por tanto, de que este matrimonio no parecerá extraño hasta el día en que caiga de mi privanza. Este arreglo no engaña a nadie; y esto, creo yo, es lo esencial. El príncipe, por cuyo favor vivimos y medramos, ha puesto una sola condición para dar su consentimiento y es que la futura duquesa haya nacido noble. El año pasado mi cargo, calculándolo todo, me ha valido 107.000 francos; mis rentas en total han debido ser de 122.000. He colocado 20.000 en Lyon. Pues bien, elija: 11?, una vida en grande, asentada sobre los 122.000 francos que, en Parma son, por lo menos, como, 400.000 en Milán; pero hay que aceptar ese matrimonio que le da el nombre de un sujeto pasable y que

no volverá a ver, o bien: 29, una vida burguesa y mezquina con 15.000 francos en Florencia o en Nápoles, pues pienso, como usted, que ha sido usted demasiado admirada en Milán en donde nos perseguiría la envidia, que acaso consiguiera malhumorarnos. La vida en grande de Parma, tendrá, creo yo, algunos matices de novedad aun para usted, que ha conocido la corte del príncipe Eugenio; sería prudente gustarla antes de cerrarse la puerta. No crea usted que trato de influir en su decisión. Por mi parte estoy bien decidido; prefiero vivir en un cuarto piso con usted que seguir solo la vida que llevo en Parma.

La posibilidad de ese extraño matrimonio fue discutida cada día, por los dos amantes. En el baile de la Scala vio la condesa al duque de Sanseverina-Taxis, quien le pareció muy presentable. En una de sus últimas conversaciones, Mosca resumía su proposición como sigue: hay que tomar una resolución definitiva, si queremos pasar el resto de nuestra vida alegremente y no hacernos viejos antes de tiempo. El príncipe ha dado su aprobación: Sanseverina es un personaje que no está mal; casi está bien. Es dueño del más hermoso palacio de Parma y tiene una fortuna insondable, sesenta y ocho años Y una loca pasión por el gran cordón. Pero hay en su vida una mancha que la entenebrece toda y es que compró. hace tiempo por 10.000 francos un busto de Napoleón por Canova. Su segundo pecado, el que le llevará a la tumba si no se acude en su socorro, es haber prestado 25 napoleones a Ferrante Palla, un loco de nuestra tierra, que quizá no carezca de genio, y al que hemos condenado luego a muerte, aunque por fortuna anda huido. Este Ferrante ha

escrito doscientos versos en su vida, con los que nada puede compararse; se los recitaré a usted, son tan hermostis como los del Dante. El príncipe envía a Sanseverina a la corte de ***; el duque se casa con usted el día mismo de su marcha y a los dos años de su viaje que él llamará embajada, recibe su cordón de *** sin el cual no puede vivir. Será para usted un hermano que no la molestará en nada; firma en blanco cuanto yo quiero y además lo verá usted poco o nada, según convenga. Está deseando no presentarse en Parma en donde su abuelo financiero y su supuesto liberalismo le tienen acogido. Rassi, nuestro verdugo, sostiene que el duque ha estado abonado en secreto al Constitucional por el intermediario de Ferrante Palla, el poeta, y esta calumnia ha sido durante mucho tiempo un obstáculo serio para el consentimiento del príncipe.

-¿Por qué el historiador que narra fielmente los menores detalles de un relato que ha oído, ha de ser culpable de su contenido? ¿Qué culpa tiene él si los personajes, empujados por pasiones que él no comparte, ejecutan acciones profundamente inmorales? Ciertamente es que cosas de este jaez no se hacen ya en un país en donde la única pasión que aún queda, es la del dinero, como medio para satisfacer la vanidad.

Tres meses después de los sucesos aquí relatados, la duquesa Sanseverma-Taxis llenaba de admiración a todos, en la corte de Parma, por su fácil amabilidad y por la noble serenidad de su espíritu; su casa fue sin disputa la más agradable de la ciudad. Esto era lo que el conde Mosca había prometido a su señor. Ranucio Ernesto IV, el príncipe reinante y la princesa, su mujer, a quienes fue presentada por dos de las

más linajudas damas de la corte, la acogieron con suma distinción. La duquesa sentía viva curiosidad por ver a este príncipe, dueño de la suerte del hombre a quien amaba; quería agradaarle y lo consiguió acaso con exceso. Encontró a un hombre de elevada estatura, pero un poco grueso; sus cabellos, sus bigotes, sus enormes patillas eran de un hermoso color rubio, según decían los cortesanos; en cualquier otra parte hubieran sido calificados, por lo apagado del matiz, de indecente estopa. En la mitad de una cara anchota, se alzaba apenas una nariz pequeñísima, casi femenina. Pero la duquesa notó que para percibir todos esos motivos de fealdad, había que analizar los rasgos del príncipe. En conjunto parecía hombre de talento y carácter firme. Los ademanes del príncipe y su modo de moverse no carecían de majestad; pero a menudo quería ser imponente y entonces perdía incluso la estabilidad, emprendiendo un incesante balanceo con todo el cuerpo. Por lo demás, Ernesto IV tenía una mirada penetrante y dominadora; los ademanes de sus brazos eran nobles y sus palabras a un tiempo medidas y concisas.

Mosca había prevenido a la duquesa de que el príncipe tenía en su despacho grande, donde daba audiencia, un retrato de cuerpo entero de Luis XIV y una mesa muy hermosa de Scagliola de Florencia. Encontró que la imitación era fidelísima; evidentemente el príncipe trataba de reproducir la mirada y la palabra noble de Luis XIV y al apoyarse sobre la mesa de Scagliola, quería darse el aspecto de José II. Después de las primeras palabras que dirigió a la duquesa, se sentó en seguida, para darle ocasión de hacer uso del taburete perteneciente a su rango. En esta corte no tienen asiento

más que las duquesas, las princesas y las esposas de los grandes de España. Las otras damas han de esperar que el príncipe o la princesa les indiquen que pueden sentarse y para señalar bien la diferencia de rango, los soberanos cuidan siempre de dejar pasar un momentito antes de indicar a las damas, que no son duquesas, que pueden tomar asiento. Parecióle a la duquesa que en algunos instantes la imitación del Luis XIV era un poco demasiado insistente en el príncipe, por ejemplo, cuando sonreía bondadosamente echando la cabeza hacia atrás.

Ernesto IV vestía un frac de moda, recién llegado de París; todos los meses recibía de esta ciudad aborrecida un frac, una levita y un sombrero. Pero el día en que la duquesa fue recibida en la corte, vestía, en caprichosa mezcla, un calzón rojo, medias de seda y zapatos muy cerrados, de los cuales puede verse el modelo en los retratos de José II.

Recibió a la señora Sanseverina con agrado: díjole cosas finas e ingeniosas; pero ella observó muy bien que no se había excedido el príncipe al recibirla.

-¿Sabe usted por qué? -le dijo el conde Mosca, cuando salían de la audiencia-. Porque Milán es ciudad mayor y más hermosa que Parma. Tenía miedo de que si os dispensaba la acogida que yo esperaba, que él mismo me había hecho esperar, fuera a parecer un provinciano extasiado ante los atractivos de una hermosa dama que viene de la capital. También, sin duda, le contraría una particularidad que no me atrevo a deciros; el príncipe no ve en su corte ninguna mujer que pueda competir con vos en belleza. Anoche, al acostarse, no habló más que de eso con Pernice, su primer ayuda de

cámara, quien tiene para mí una bondadosa amistad. Estoy previendo que va a hacer una pequeña revolución en la etiqueta; mi mayor enemigo en esta corte es un necio llamado el general Fabio Conti. Figúrese usted un extravagante que por haber estado un día, si acaso, en la guerra se cree ya autorizado a imitar la indumentaria de Federico el Grande. Procura también reproducir la noble afabilidad del general Lafayette y todo esto porque es aquí el jefe del partido liberal. (¡Dios sabe qué liberales!)

-Sé quién es Fabio Conti -dijo la duquesa-; lo conocí cerca de Como, peleándose con los guardias.

La duquesa contó la pequeña aventura que recordará sin dudar el lector.

-Señora, si su espíritu consigue penetrar algún día en las profundidades de la etiqueta, sabrá que las damas no vienen a la corte hasta después de casadas. Pues bien, el príncipe tiene un patriotismo tan ardiente y una tan alta fe en la superioridad de su ciudad de Parma sobre todas las demás, que apostaría yo cualquier cosa a que va a encontrar algún medio para verificar la presentación de la pequeña Clelia Conti, hija de nuestro Lafayette. La niña es encantadora, por cierto, y hace aún ocho días pasaba por ser la más hermosa joven de los estados del príncipe.

-Ignoro -prosiguió el conde- si los horrores que los enemigos del soberano han publicado sobre él, han llegado hasta el castillo de Grianta. Lo han pintado como un ogro, un monstruo. En realidad, Ernesto IV estaba lleno de pequeñas virtudes y puede añadirse que de haber sido invulnerable, como Aquiles, hubiera continuado siendo el modelo

de los potentados. Pero en un momento de tedio y de ira, y acaso también un poco por imitar a Luis XIV, que mandó cortar la cabeza a no sé qué héroe de la Fronda, a quien se descubrió viviendo tranquilo y solo en una tierra cerca de Versalles cincuenta años después de la Fronda, Ernesto IV mandó ahorcar un día a dos liberales. Parece ser que estos imprudentes se reunían en días fijos para hablar mal del príncipe y suplicar al cielo ardientemente que viniera la peste a Parma a librarlos del tirano. Lo de tirano fue probado. Rassi llamó a esto una conspiración y los condenó a muerte. La ejecución de uno de ellos, el conde L.... fue atroz. Esto sucedió antes de mi llegada al ministerio. Desde este fatal momento añadió el conde en voz baja el príncipe es víctima de ataques de miedo indignos de un hombre, que son empero la única fuente de la privanza que disfruto. Sin el miedo soberano, mi mérito sería de un género hartamente brusco, hartamente áspero para esta corte en donde abunda la imbecilidad. ¿Querrá usted creer que el príncipe mira debajo de las camas de sus habitaciones, antes de acostarse, y se gasta un millón, que en Parma es como cuatro millones en Milán, para tener una buena policía? Y ante usted se encuentra, señora duquesa, el jefe de esa terrible polilla. Por medio de la policía, esto es, por el miedo, he llegado a ser ministro de Guerra y de Hacienda; y como el ministro del Interior es mi jefe nominal, ya que en sus atribuciones está la policía, he conseguido esa cartera para el conde Zurla Contarini, un imbécil que se mata trabajando y escribe ochenta cartas por día. Acabo de recibir una esta mañana en la que el conde Zurla Contarini ha teni-

do la satisfacción de escribir de su puño y letra el número 20.715.

La duquesa Sanseverina fue presentada a la triste princesa de Parma, Clara Paolina, quien, porque su marido tenía una querida (una mujer bastante bonita, la marquesa Balbi), se creía la más desgraciada criatura del mundo, lo que acaso hacía de ella la más aburrida. La duquesa vio a una mujer altísima, delgadísima, que no tenía aún treinta y seis años y representaba ya cincuenta. Su cara, noble y bien proporcionada, hubiera podido pasar por hermosa, aunque un tanto estropeada por unos ojos gordos y redondos, cortos de vista, si la princesa misma no se hubiera abandonado. Recibió a la duquesa con tan marcada timidez, que algunos cortesanos enemigos del conde Mosca, se atrevieron a decir que la princesa parecía la dama presentada y la duquesa la soberana. La duquesa, sorprendida y casi desconcertada, buscaba en vano las expresiones propias para situarse en un lugar inferior al que la princesa se otorgaba á sí misma. Para devolver alguna sangre fría a esa pobre princesa que, en el fondo, no carecía de talento, la duquesa no discurrió nada mejor que hablar largo y tendido de botánica, asunto en que la princesa era realmente sapientísima; poseía hermosos invernaderos con numerosas plantas tropicales. La duquesa, que sólo quería salir del paso, conquistó para siempre la amistad de la princesa Clara Paolina, quien perdió poco a poco la timidez del principio y se encontró al cabo tan a gusto y tranquila que esta primera audiencia no duró menos de cinco cuartos de hora, infringiéndose así todas las reglas de la etiqueta. Al día

siguiente la duquesa mandó comprar plantas exóticas y se declaró gran aficionada a la botánica.

La princesa pasaba su vida con el venerable padre Landriani, arzobispo de Parma, hombre de ciencia y hasta de talento y perfectamente honrado. Era un espectáculo curioso el verlo sentados en su silla de terciopelo carmesí (tal era el derecho anejo a su dignidad) frente al sillón de la princesa, rodeada de sus damas de honor y de sus dos damas de compañía. El anciano prelado, con sus largos cabellos blancos, era aún más tímido, si es posible, que la princesa; se veían todos los días y todas las audiencias empezaban por un silencio que duraba un cuarto de hora largo. Tanto, que la condesa Alvizi, una de las damas de compañía, había llegado a ser una especie de favorita, por el arte que tenía para alentarlos a hablarse y a romper el silencio.

Para terminar la serie de las presentaciones, la duquesa fue recibida por S. A. S. el príncipe heredero, personaje de estatura aun más elevada que su padre y más tímido que su padre. Tenía dieciséis años y sabía mucha mineralogía. Se sonrojó enormemente al ver entrar a la condesa y se quedó tan desorientado que no pudo encontrar una sola palabra que dirigir a esta hermosa dama.

Era muy guapo y pasaba la vida en los bosques, con un martillo en la mano. En el momento en que se levantaba la duquesa para poner término a esta silenciosa audiencia:

-¡Dios mío!, señora, ¡qué bonita sois! -exclamó el príncipe heredero.

La señora presentada no halló de mal gusto esta salida.

Dos o tres años antes de la llegada a Parma de la duquesa Sanseverina, todavía la marquesa Balbi, mujer de unos veinticinco años, podía pasar por el modelo perfecto de lo bonito italiano. Pero ahora, conservando aún los más hermosos ojos del mundo y las más graciosas muecas, se vela de cerca que su cutis estaba rayado por infinito número de arruguitas finas que le daban el aspecto de vieja rejuvenecida. Desde lejos, en su palco del teatro, todavía deslumbraba su belleza y las gentes del patio pensaban que el príncipe no tenía mal gusto. Éste pasaba las veladas en casa de la marquesa Balbi; pero ocurría frecuentemente que no abría la boca y ese aburrimiento del príncipe había consumido a la pobre mujer, que estaba extraordinariamente flaca. Se las daba de astuta y fina y no cesaba de sonreír con malicia; como tenía los más hermosos dientes del mundo gustaba de enseñarlos y quería, con una sonrisa maligna que lanzaba sin sentido, a todo evento, dar a entender cosa distinta de lo que su boca decía. El conde Mosca afirmaba que, de tanto sonreír sin gana, había adquirido las arrugas. La Balbi entraba en todos los negocios y el Estado no hacía un contrato sin que la marquesa recibiera un recuerdo (éste era el eufemismo de Parma). La voz pública decía que tenía seis millones 114 colocados en Inglaterra; pero en realidad su fortuna que era reciente, no pasaba de millón y medio de francos. Para estar libre de sus intenciones y tenerla bajo su dependencia, habla tomado el conde Mosca la cartera de Hacienda. La única pasión de la marquesa era el miedo, disfrazado de sórdida avaricia: Me moriré en un camastro, decía algunas veces al príncipe, a quien estas frases indignaban. La duquesa notó

que la antecámara, reluciente y dorada, del palacio de la Balbi, no estaba alumbrada más que por una sola vela que chochreaba sobre el mármol de una riquísima mesa y que las puertas de su salón tenían manchas de los dedos de los lacayos.

-Me ha recibido -dijo la duquesa a su amigo- como si estuviera esperando una gratificación de cincuenta francos.

El curso de los éxitos de la duquesa fue un tanto interrumpido por la recepción que le hizo la mujer más astuta de la corte, la célebre marquesa Raversi, habilísima intrigante que dirigía el partido contrario al conde Mosca. Quería derribar al conde y con mayor ahínco que nunca desde hacia unos meses, porque era sobrina del duque Sanseverina y temía que la nueva duquesa, con sus encantos, hiciera brecha en la codiciada herencia. La Raversino es mujer despreciable, decía el conde a su amiga; tan capaz de todo la creo que si me separé de mi mujer fue tan sólo porque se empeñó en tomar por amante al caballero Bentivoglio, uno de los amigos de la Raversi. Esta señora, alta, hombruna, de pelo negro, se colgaba sus diamantes desde por la mañana y se pintaba las mejillas de rojo; habíase declarado desde luego y de antemano enemiga de la duquesa y al recibir su visita se impuso la obligación de comenzar la guerra. El duque Sanseverina escribía desde *** tan encantado de su embajada y sobre todo de la esperanza de obtener el gran cordón, que su familia temía no fuera a dejar parte de su fortuna a su mujer, a quien de continuo enviaba multitud de regalitos. La Raversi, aunque bastante fea, tenía por amante al conde Balbi, el

hombre más guapo de la corte; por regla general Raversi conseguía cuanto quería.

La duquesa ostentaba un magnífico tren de vida. El palacio Sanseverina habla sido siempre uno de los más soberbios de Parma. y el duque, con ocasión de su embajada y de su futuro gran cordón, se gastaba fuertes sumas en mejorarlo y embellecerlo; la duquesa dirigía las reparaciones.

Como predijo el conde, pocos días después de la presentación de la duquesa vino a la corte la joven Clelia Conti, que para el caso fue nombrada canonesa. Con el fin de parar el golpe que podía creerse que esta merced asestaba a la privanza del conde, la duquesa dio una fiesta bajó el pretexto de inaugurar el jardín de su palacio, y con sus atenciones llenas de encanto hizo que Clelia, a quien llamaba su amiguita del lago de Como, fuese aquella noche la reina de la velada. Sus iniciales se encontraron, como por casualidad, en los principales transparentes. La joven Clelia, algo pensativa, estuvo amable al hablar de su aventura cerca del lago y de su gratitud vivísima. Decíase que era muy devota y amiga de la soledad. Apostada, se dijo el conde, a que tiene el talento suficiente para avergonzarse de su padre. La duquesa hízose amiga de esta joven; sentía inclinación hacia ella y, no queriendo parecer envidiosa, la llevaba a todas las diversiones. En suma, su sistema fue el de intentar disminuir los odios que cercaban al conde.

Todo, pues, sonreía a la duquesa. Divertiale esta vida de corte en donde la tempestad está siempre encima; parecíale que habla empezado de nuevo a vivir. Estaba tiernamente unida al conde quien, literalmente, enloquecía de felicidad.

Esta amable situación le habla proporcionado una indiferencia perfecta para todo lo que no atañía a sus ambiciones. Y así, apenas transcurridos dos meses después de la llegada de la duquesa, obtuvo el nombramiento de primer ministro y los honores anejos al cargo, los cuales son casi los que se tributan al soberano. El conde tenía un absoluto poder sobre el espíritu de su amo y hubo una prueba de ello que llenó de estupor a todo el mundo en Parma.

Al sudeste de la ciudad y a diez minutos de marcha, álzase la famosa ciudadela tan nombrada en Italia y cuyo grueso torreón de ciento ochenta pies de altura se ve desde muy lejos. Esta torre, copia del mausoleo de Adriano en Roma, fue labrada a principios del siglo XVI por los Farnesio, nietos de Pablo III, y es tan maciza que sobre su terraza ha podido construirse un palacio para el gobernador de la fortaleza y otra prisión llamada la torre Farnesio. Esta prisión construida en honor del hijo mayor de Ranucio Ernesto II, que fue amante correspondido de su madrastra, pasa por ser cosa hermosa y singular en todo aquel contorno. La duquesa tuvo curiosidad de verla. El día que fue allí, el calor en Parma era abrasador y a aquella altura corría algún fresco, por lo que la duquesa, encantada, se estuvo algunas horas. Fueronle abiertas las salas de la torre Farnesio.

La duquesa encontró en la terraza de la torre principal a un pobre preso, liberal, que habla venido a gozar de la media hora de paseo que se le concede cada tres días. De vuelta a Parma, careciendo aún de la discreción indispensable en la corte de un príncipe absoluto, habló de ese hombre que le había contado su historia. El partido de la marquesa Raversi

se apoderó de lo que había dicho la duquesa y anduvo repitiéndolo por todas partes, con la esperanza de que el príncipe se incomodara. Ernesto IV, efectivamente, solfa repetir que lo esencial era herir las imaginaciones. "¡Para siempre!, he aquí, decía, una gran palabra y más terrible aún en Italia que en otra parte." En consecuencia, nunca se le había ocurrido conceder un indulto. Ocho días después de su visita a la fortaleza, la duquesa recibió una orden de conmutación de pena, firmada por el príncipe y por el ministro, y con el nombre del agraciado en blanco. El preso cuyo nombre escribiera ella, obtendría la devolución de sus bienes y el permiso de pasar el resto de su vida en América.. La duquesa escribió el nombre del sujeto que le había hablado. Por desgracia, el hombre era un bribón a medias, un alma débil; por sus revelaciones había sido condenado a muerte el famoso Ferrante Palla.

Con la singularidad de esta merced llegó al colmo la ventura de la señora Sanseverina. El conde Mosca estaba loco de felicidad; fue ésta, una bella época de su vida que tuvo decisiva influencia sobre el porvenir de Fabricio. Éste seguía en Romagnano, cerca de Novara, confesándose cazando, no leyendo y haciendo la corte a una dama noble, como rezaban sus instrucciones. A la duquesa seguía también chocándole algo esta última necesidad. Otra señal, poco halagüeña para el conde, era también que siendo absoluta la franqueza de la duquesa, en todo momento, para el conde, hasta el punto de pensar delante de él en alta voz, sin embargo, cuando hablaba de Fabricio, meditaba primero la forma que iba a dar a la frase.

-Si quiere usted -le decía el conde un día-, escribiré a ese amable hermano que usted tiene en el lago de Como y sabré! obligar al marqués del Dongo, con un poco de trabajo por mi parte y por la de mis amigas de *** a solicitar la gracia de vuestro encantador Fabricio. Si es cierto, y yo no lo dudo, que Fabricio está un poco por encima de los pollos que pasean sus caballos ingleses por las calles de Milán. ¡Qué vida ésa, que consiste en no hacer nada a los dieciocho años con la perspectiva de seguir sin hacer nada nunca! Si el cielo le hubiera concedido una verdadera pasión por algo, aunque fuera por pescar en caña, yo respetaría esa pasión. Pero ¿qué va a hacer en Milán, aun después de obtenida su gracia? Montará un caballo inglés a cierta hora; irá por aburrimiento a casa de su querida a otra hora, y querrá a la querida menos que al caballo... Pero si usted lo ordena, procuraré proporcionar este género de vida a su sobrino.

-Quisiera que fuera oficial -dijo la duquesa.

-¿Daría usted a un soberano el consejo de entregar un puesto que, en cierto día, puede ser importante, a un joven: primero, capaz de entusiasmarse y segundo: que ha sentido entusiasmo por Napoleón hasta el punto de ir a buscarlo a Waterloo? (Piense usted en lo que sería de todos nosotros si Napoleón llega a vencer en Waterloo! No tendríamos liberales que temer, es verdad, pero los soberanos de las viejas familias no podrían reinar más que casándose con las hijas de sus mariscales. Así, pues, la carrera militar para Fabricio es la vida del burro de noria que anda mucho y no adelanta nada. Tendría la pena de ver cómo le superan los que saben sacrificarse plebeyamente. La primera cualidad que debe

tener un joven de hoy, quiero decir para estos cincuenta años venideros, mientras nos dure el miedo y no esté restablecida la religión, es la de no ser capaz de entusiasmarse y no tener talento. He pensado en una cosa. Pero va usted a gritar y protestar en seguida, lo que me causaría infinita pena por varios días: es una locura que querría hacer por usted. Pero, ¿usted sabe, qué locura no haría yo para obtener una sonrisa vuestra?

-Bueno, ¿qué es ello? -dijo la duquesa.

-¡Pues bien!, hemos tenido en Parma tres arzobispos de su familia: Ascanio del Dongo que escribió en 16..., Fabricio en 1699 y otro Ascanio en 1740. Si Fabricio quiere entrar en la prelación y darse a conocer por virtudes excelsas, lo hago primero obispo en cualquier parte y luego arzobispo aquí, si dura mi influencia. La objeción real es la siguiente: ¿seré ministro bastante tiempo para realizar este plan magnífico, pero me exige varios años? Puede morir el príncipe, puede tener el mal gusto de echarme. Pero, en fin, ése es el único medio que se me ocurre para hacer por Fabricio algo que sea digno de usted.

Discutióse mucho: la idea repugnaba a la condesa.

-Vuelva usted a probarme que cualquier otra carrera es imposible para Fabricio.

El conde probó.

-Echa usted de menos -añadió- el brillante uniforme, pero ego no lo puedo remediar.

La duquesa pidió un mes de reflexión y al cabo asintió, no sin un profundo suspiro, a los prudentes propósitos del ministro.

-O montar a caballo, con tiesura aristocrática, en alguna gran ciudad -repetía el conde- o abrazar una carrera que no sea incompatible con su abolengo; no hay término medio. Por desgracia un hidalgo no puede hacerse médico ni abogado y este siglo es de los abogados.

-Recuerde usted siempre, señora -repetía el conde-, que puede proporcionar a su sobrino, en Milán, la misma suerte de que; gozan los jóvenes de su edad que pasan por ser los más ricos. Se obtiene su gracia, se le dan quince, veinte, treinta mil francos, poco importa, que ni usted ni yo vamos a ahorrar.

Pero la duquesa era sensible a la gloria y no quería que Fabricio fuera un simple derrochador. Volvió al plan de su amante.

-Note usted -decía el conde-, que no pretendo hacer de Fabricio un sacerdote ejemplar, como hay muchos. No; ante todo un gran señor. Podrá permanecer perfectamente ignorante, si le parece bien; no por eso dejará de ser obispo y arzobispo, si el príncipe sigue considerándome como hombre útil. Si sus órdenes de usted se dignan cambiar mi proposición en decreto inmutable -añadió el conde-, no debe Parma ver a nuestro protegido con pequeña y mezquina fortuna. Su encumbramiento chocaría, si antes se le hubiera visto aquí como simple sacerdote. No debe venir a Parma sino con las medias de color violeta⁶ y con un tren conveniente. Todo el mundo comprenderá que su sobrino va a ser

⁶ En Italia los jóvenes protegidos o sabios, se hacen llamar monsignor y prelado, lo cual no significa Obispo; llevan entonces medias de color violeta. No se hacen votos para ser monsignor y se pueden dejar las medias de color violeta y casarse.

obispo, y nadie se extrañará. Créame usted. Hay que mandar a Fabricio a que estudie teología; que pase tres años en Nápoles. Durante las vacaciones de la Academia eclesiástica, irá, si quiere, a París y a Londres, pero no se dejará ver nunca en Parma.

Estas palabras produjeron en la condesa como un temblor.

Envió un correo a su sobrino y lo citó en Plasencia. No hay que decir que el correo llevaba consigo todo el dinero y pasaportes necesarios.

Fabricio llegó el primero a Plasencia y corrió hacia la duquesa abrazándola con un ardor que le hizo derramar lágrimas. Se alegró de que el conde no estuviera allí. Desde que empezaron sus amores era la primera vez que experimentaba esa sensación.

Los planes de la duquesa conmovieron profundamente a Fabricio; pero luego le afligieron mucho. Su esperanza siempre había sido que, una vez arreglado su asunto de Waterloo, acabaría por ser militar. Una cosa notó la duquesa, que acrecentó más aún la opinión novelesca que se había hecho de su sobrino: Fabricio se negó en redondo a hacer la vida de café en una de las grandes ciudades italianas.

-¡Figúrate en el Corso de Florencia o de Nápoles -decía la duquesa-, montado en un caballo de pura sangre inglesa! Por la tarde un coche, un precioso alojamiento, etc.

Insistía con encanto en la descripción de esa felicidad vulgar, que veta rehusada desdeñosamente por Fabricio. Es un héroe, pensaba.

-Y después de diez años de tan agradable vida, ¿qué habré hecho? -decía Fabricio-, ¿qué seré? Un joven maduro que tiene que retroceder ante el primer adolescente hermoso que debuta en el mundo también con un caballo inglés.

Fabricio rechazó primero la carrera de la Iglesia; hablaba de irme a Nueva York y hacerse ciudadano y soldado republicano en América.

-¡Qué error el tuyo! No tendrás guerra y caerás de nuevo en la vida de café, pero sin elegancia, sin música, sin amores replicó la duquesa-. Créeme, para ti como para mí sería una vida tristísima la que llevarías en América.

Le explicó el culto del dios dollar y el respeto que hay que tener para los artesanos de la calle quienes, con sus votos, lo deciden todo. Volvióse a pensar en la carrera eclesiástica.

-Antes de encabritarte -le dijo la duquesa-, comprende primero lo que el conde te pide. No se trata de ser un pobre curita más o menos ejemplar y virtuoso, como el abate Blanes. Acuérdate de lo que fueron tus tíos, los arzobispos de Parma. Vuelve a leer sus vidas en el suplemento de la genealogía. Ante todo, es preciso que un hombre de alcurnia sea gran señor, noble, generoso, protector de la justicia, destinado desde luego a ponerse a la cabeza de su orden.. y que en toda su vida no haga más que una, sola bribonada, pero ésta que sea muy útil.

-Así, pues, ¡todas mis ilusiones por el suelo! -decía Fabricio suspirando hondamente-. ¡Cruel es el sacrificio! Lo confieso, no habla pensado en ese horror por el entusiasmo

y el talento, aun laborando en su provecho, que van a sentir de hoy en adelante los príncipes absolutos.

-Piensa que una rebeldía, un capricho del corazón precipitan al entusiasmo en el partido contrario al que ha servido durante toda su vida.

-¡Yo entusiasta! -replicó Fabricio-. ¡Extraña acusación! ¡Si ni siquiera puedo estar enamorado!

-¿Cómo? -exclamó la duquesa.

-Cuando tengo el honor de cortejar a una beldad, aunque sea de buena cuna y devota, no puedo pensar en ella más que mientras la estoy viendo.

Esta confesión produjo en la condesa una impresión extraña.

-Concédeme un mes -replicó Fabricio- para despedirme de la señora C... de Novara y, lo que es aún más difícil, de las ilusiones de toda mi vida. Escribiré a mi madre, que tendrá la bondad de venir a verme a Belgirate, en la orilla piemontesa del lago Mayor y dentro de treinta y un días estaré en Parma de incógnito.

-Guárdate de hacerlo -exclamó la duquesa.

No quería que el conde Mosca la viese hablando con Fabricio.

Volvieron a encontrarse en Plasencia. Esta vez la duquesa estaba muy agitada. En la corte hablase desencadenado una tempestad y el partido de la marquesa Raversi estaba a punto de triunfar. Era posible que al conde Mosca le sustituyera el general Fabio Conti, jefe de lo que en Parma llamaban partido liberal. Salvo el nombre del rival que crecía en la privanza del príncipe, la duquesa se lo dijo todo a Fabricio.

Discutieron de nuevo las probabilidades de su porvenir, aun con la perspectiva de faltar la omnipotente protección del conde.

-Voy a pasar tres años en la Academia eclesiástica de Nápoles -exclamó Fabricio-. Pero, puesto que ante todo he de ser un joven hidalgo y no me obligas a llevar la vida severa de seminarista virtuoso, esa estancia en Nápoles no me atemoriza. Esa vida no va a ser peor que la de Romagnano. La buena sociedad empezaba atenerme por algo jacobino. En mi destierro he descubierto que no sé nada, ni siquiera latín, ni ortografía. Pues bien, estudiaré teología en Nápoles: es una ciencia complicada.

La duquesa se mostró encantada.

-Si nos echan -dijo- iremos a verte a Nápoles. Pero puesto que aceptas, hasta nueva orden, la solución de las medias violetas, el conde que conoce muy bien la Italia de hoy, me ha encargado que te advierta una cosa. Puedes creer o no creer lo que te enseñen; pero no hagas nunca una objeción. Figúrate que te han enseñadolas reglad del juego de whist. ¿Hartas objeciones a las reglas del whist? Le he dicho al conde que creías; se ha alegrado mucho, porque eso es útil en este mundo y en el otro. Pero si crees, no vayas a caer en la vulgaridad de hablar con horror de Voltaire, Diderot, Raynal y todos esos locos franceses precursores de las dos Cámaras. Que esos nombres no vuelvan a menudo en tu conversación, Pero cuando haga falta, habla de esos señores con tranquila ironía; son gente refutada ya hace tiempo y cuyos ataques no tienen importancia. Has de creer ciegamente cuanto te digan en la academia. Piensa que hay quien

anotará fielmente tus menores objeciones. Te perdonarán una intriguilla galante si está bien llevada, pero nunca una duda; la edad acaba con la intriga, pero aumenta la duda. Condúctete según este mismo principio en el tribunal de la penitencia. Recibirás una carta de recomendación para un obispo que es el factótum del cardenal arzobispo de Nápoles: sólo a él confesarás tu fuga a Francia y tu presencia el 18 de junio en las cercanías de Waterloo. Por lo demás, abrevia cuanto puedas, disminuye esta aventura y confíesale sólo para que no te puedan luego acusar de haberla ocultado. ¡Eras tan joven entonces! La segunda idea que el conde te envía es ésta. Si se te ocurre una razón brillante, una réplica victoriosa que cambie el curso de la conversación, no caigas en la tentación de brillar, guarda silencio; la gente lista verá tu talento en el resplandor de tus ojos. Cuando seas obispo, entonces tendrás tiempo de ostentar tu ingenio.

Fabricio debutó en Nápoles con un coche modesto y cuatro criados, buenos milaneses que su tía le había enviado. A1 año dei estudiar, nadie decía que era hombre de talento; le consideraban como un gran señor, aplicado, generoso, pero un poco libertino.

Ese año que para Fabricio fue bastante divertido, fue terrible para la duquesa. El conde estuvo dos o tres veces a punto de perderse; el príncipe, más miedoso que nunca porque ese año estaba enfermo, creía que echándolo se libraba de la odiosidad de las ejecuciones hechas antes de entrar el conde en el ministerio. Rassi era el favorito de corazón, a quien ante todo quería el príncipe conservar los peligros que corría el conde fueron causa de que la duquesa se ligase apa-

sionadamente a él; no pensaba ya en Fabricio. Para dar algún tinte a su posible retirada, se encontró que el clima de Parma, algo húmedo como el de toda Lombardía, no convenía a la salud de la duquesa. Por último, después de intervalos de desgracia que hicieron pasar al conde, primer ministro, hasta veinte días sin hablar con el príncipe en particular, Mosca quedó vencedor. Hizo nombrar al general Fabio Conti, al supuesto liberal, gobernador de la fortaleza en donde se encerraban a los liberales sentenciados por Rassi.

-Si Conti trata a sus presos con indulgencia -decía Mosca a su amiga-, pierde el favor del príncipe por jacobino, al que sus ideas políticas hacen olvidar sus deberes de general; si en cambio se muestra severísimo e implacable (y se inclinará de este lado, creo yo), deja de ser el jefe de su propio partido y se enemista con todas las familias que tienen a alguien en la fortaleza. Ese pobre hombre sabe tomar un ademán lleno de respeto cuando se acerca el príncipe. Si es preciso, cambia de traje cuatro veces al día; puede discutir una cuestión de etiqueta; pero no tiene cabeza para seguir el difícil camino que puede únicamente salvarle; además, en todo caso aquí estoy yo.

A1 día siguiente del nombramiento del general Fabio Conti, supose que Parma iba a tener un diario ultramonárquico.

-¡Cuántas peleas va a provocar ese diario! -decía la duquesa.

-Ese diario, es quizá mi obra maestra -respondió el conde riéndose-; poco a poco me iré dejando, a pesar mío, arrebatando su dirección por los ultrafuribundos. He dispuesto

buenos sueldos para los redactores. De todas partes van a acudir solicitantes: este asunto nos hará pasar uno o dos meses y se olvidarán los peligros que acabo de vencer. Ya entre los que las piden están dos graves personajes, P. y D.

-Pero ese diario dirá absurdos irritantes.

-De ello me holgaré -replicaba el conde-. El príncipe lo leerá todas las mañanas y admirará mi doctrina, la del fundador. En cuanto a los detalles, aprobará o desaprobará; de las horas consagradas al trabajo ya van dos empleadas en eso. El diario provocará cuestiones; pero cuando vengan las quejas graves, dentro de ocho o diez meses, ya estará del todo en manos de los ultrafuribundos. Ese partido, que me estorba, será el que deba contestar; yo presentaré objeciones contra el diario. En el fondo, prefiero cien atroces barbaridades de pluma que un solo ahorcado. ¿Quién se acuerda de un absurdo a los dos años de publicado? En cambio, los hijos y la familia del ahorcado me juran un odio tan largo como mi vida y que acaso consiga abrevia mi vida.

La duquesa, apasionada siempre por algo, activa siempre, jamás ociosa, tenía más talento que toda la corte de Parma junta. Pero carecía de paciencia y de impasibilidad para tener éxito en las intrigas. Sin embargo, había llegado a seguir con pasión los intereses de los bandos diversos y comenzaba incluso a gozar de una influencia personal sobre el príncipe. Clara Paolina, la princesa reinante, rodeada de honores, pero presa en una etiqueta anticuada, se consideraba como la más desgraciada de las mujeres. La duquesa Sanseverina se dedicó a ella y se dispuso a demostrarle que no era tan desgraciada. El príncipe no veía a su esposa más que a,

las horas de comer; pero la comida duraba treinta minutos, y el príncipe pasaba semanas enteras sin dirigir la palabra a Clara Paolina. La señora Sanseverina intentó variar todo esto; divertía al príncipe tanto más cuanto que habla sabido conservar toda su independencia. Aunque hubiera querido, no hubiera podido abstenerse de herir a los mentecatos que abundan en esta corte. Esta total falta de habilidad por su parte hacía la execrable para el vulgo cortesano, para todos esos condes y marqueses que disponían de cinco mil francos de renta. Comprendió esta desgracia desde los primeros días, y se cuidó exclusivamente de agradar al príncipe y a su mujer, la cual dominaba en absoluto al príncipe heredero. La duquesa sabía divertir al soberano y se aprovechaba de la atención extremada con que éste oía todas sus palabras, para poner bien en ridículo a los cortesanos que la odiaban. Desde aquellas tonterías que Rassi le había hecho cometer, tonterías sangrientas que no son enmendables, el príncipe tenía miedo unas veces y se aburría a menudo otras, lo que le había llevado a sentir la triste envidia; sabía que no se divertía, y se ponía sombrío cuando sospechaba que otros se divertían; la vista de la felicidad ajena le enfurecía.

-Ocultemos nuestros amores dijo la duquesa a su amigo. Y dejó entrever al príncipe que ya no estaba sino medianamente enamorada del conde, hombre, por lo demás, muy estimable.

Este descubrimiento habla proporcionado a Su Alteza un día feliz. De vez en cuando la duquesa dejaba caer algunas palabras de su proyecto de tomar cada año unos meses de vacaciones, que pasarla visitando Italia, que no conocía;

iría a Nápoles, a Florencia, a Roma. Nada en el mundo podía apenar más al príncipe que esta especie de huida. Era esta una de sus debilidades más manifiestas. Las acciones que podían interpretarse como un desprecio a su capital, le partían el corazón. Comprendía que no tenía medios de retener a la señora Sanseverina, y la señora Sanseverina era, con mucho, la mujer más brillante de Parma. Venta la gente de las villas cercanas para asistir a sus jueves; (cosa extraordinaria, única, dada la pereza de los italianos) Estos jueves eran verdaderas fiestas en donde casi siempre la duquesa ofrecía algo nuevo, algo ingenioso. El príncipe se desvivía por ver uno de esos jueves; pero ¿cómo? Ir a casa de un simple particular era cosa que ni su padre ni él hablan hecho jamás.

Cierto jueves lluvioso y frío, el príncipe desde su palacio ola sin cesar los coches que hacían resonar el pavimento de la plaza, dirigiéndose a la casa de la señora Sanseverina. Hizo un ademán de impaciencia; otros se divertían, y él, soberano y dueño absoluto, él, que debía divertirse más que nadie en el mundo, mascaba el tedio en su palacio. Llamó a su ayudante, y hubo que colocar una docena de agentes en la calle que conduce del palacio de Su Alteza al de la Sanseverina. Por último, después de aguardar una hora, que al príncipe le pareció un siglo, durante la cual estuvo veinte veces por desafiarse los puñales y salir sin precauciones, se presentó en el primer salón de la señora Sanseverina. Un rayo que cayera en ese salón no hubiera producido una sorpresa semejante. En un momento, conforme el príncipe iba adelantándose, un silencio de estupor cayó sobre los salones tan alegres y ruidosos antes. Todos los ojos, fijos en el príncipe, se abrían

estupefactos. Los cortesanos parecían desconcertados; sólo la duquesa no puso cara de extrañeza. Cuando por fin se recobraron fuerzas para hablar, la gran preocupación de todos los presentes fue decidir esta cuestión importante: ¿Ha sido avisada la duquesa de esta visita, o bien ha sido sorprendida como todo el mundo?

El príncipe se divirtió. Y va el lector a darse bien cuenta del carácter espontáneo e irreflexivo de la duquesa y al mismo tiempo del poder inmenso que esos vagos propósitos de marcha, hábilmente expresados, le habían proporcionado sobre el ánimo del príncipe.

Saliendo a despedir al príncipe, quien le dirigía muy amables palabras, se le ocurrió una idea singular que se atrevió a expresar simplemente como la cosa más corriente.

-Si Vuestra Alteza Serenísima quisiera dirigir a la princesa tres o cuatro de esas encantadoras frases que me prodiga, haría mi felicidad mucho más ciertamente que diciéndome que soy bonita. Y es que por nada del mundo quisiera que la princesa viese mal la merced insigne con que Vuestra Alteza acaba de honrarme.

El príncipe la miró fijamente y replicó seco y adusto:

-Me parece que soy dueño de ir adonde me plazca.

La duquesa enrojeció.

-Quería ten sólo -replicó en seguida- no exponer a Vuestra Alteza a una inútil molestia, pues este jueves será el último; me marchó a pasar unos días en Bolonia o en Florencia.

Cuando volvía a sus salones, todos la creían llegada al colmo de la privanza, y, en verdad, acababa de aventurar lo

que nadie se habla atrevido a hacer en Parma. Hizo al conde una señal; éste se levantó de su mesa de whist y la siguió a un saloncillo alumbrada, pero desierto.

-Lo que acabas de hacer es muy osado -dijo-, no te lo hubiera aconsejado. Pero en los corazones enamorados la dicha aumenta; el amor, y si mañana te marchas, yo me voy por la noche. No me retrasaré más que lo preciso para despachar el ministerio de Hacienda, del que he cometido la tontería de encargarme; pero en cuatro horas de trabajo bien hecho pueden liquidarse muchas cosas. Volvamos a los salones, querida amiga y paseemos la fatuidad ministerial sin trabas de ninguna especie; es quizá la última representación que damos en esta ciudad. Si cree que le retas, nuestro hombre es capaz de todo; a todo lo llamará hacer un escarmiento. Cuando todo el mundo se haya marchado, buscaremos los medios de atracar tu puerta por esta noche; lo mejor sería, quizá, marchar sin demora a tu villa de Sacca, cerca del Po, que tiene la ventaja de distar media hora de camino del territorio austríaco.

El amor y el amor propio de la duquesa sintieron delicias sin cuento. Miró al conde, y sus ojos se llenaron de lágrimas. Un ministro tan poderoso, rodeado de esta multitud de cortesanos que le rendían homenaje como al príncipe mismo, lo abandonaba todo para seguirla, y ¡con qué gesto fácil y ligero!

Al volver a los salones estaba loca de alegría. Todo el mundo se inclinaba a su paso.

-¡Cómo la felicidad cambia a la duquesa!, decían por todas partes los cortesanos. Está desconocida. ¡Por fin esta

alma romana, siempre situada por encima de todo, se digna apreciar y gustar la exorbitante merced que el soberano acaba de concederle!

Hacia el final de la velada, el conde se acercó a ella:

-Tengo que dar a usted noticias.

En seguida las personas que estaban con la duquesa se alejaron.

-El príncipe, de vuelta a palacio -continuó el conde se ha hecho anunciar a su esposa. ¡Figúrate la sorpresa! "Vengo a, datos cuenta", le dijo, "de una velada encantadora, en verdad, que acabo de pasar en casa de la Sanseverina. Ella es la que me ha rogado que te describa el modo cómo ha aderezado ese viejo palacio lleno de humo'. Y el príncipe, después de sentarse, se ha puesto a detallar lo que ha visto en los salones de tu casa. Ha estado más de veinticinco minutos con su mujer, que lloraba de alegría; a pesar de todo su talento, ella no ha podido encontrar una palabra para sostener la conversación en el estilo ligero que Su Alteza se dignaba darle.

El príncipe no era hombre malo, a pesar de lo que hayan dicho los liberales italianos. Cierta es que había mandado encarcelar a no pocos de ellos; pero era por miedo, y solía repetir como para consolarse de ciertos recuerdos: Más vale matar al diablo que no que el diablo nos mate. Al día siguiente de la velada de que hemos hablado, estaba contentísimo. Había hecho dos hermosas acciones: ir al jueves y hablar con su mujer. En la comida también le dirigió la palabra. En suma, el jueves de la señora Sanseverina produjo una revolución íntima que resonó en toda Parma. La Ravarsi ea

126 -taba abatida; la duquesa tuvo una doble alegría: había sido útil a su amante y lo había hallado más enamorado que nunca.

-¡Y todo esto por una idea muy imprudente que se me ocurrió! -decía el conde. Sin duda, en Roma o en Nápoles estaría más libre, pero no encontraría un juego tan apasionante.

-No, en verdad, mi querido conde; haces mi felicidad.

VII

La historia de los cuatro años que siguieron tendría que hacerse con detalles de la vida cortesana, por el estilo de los que hemos relatado. Todas las primaveras, la marquesa del Dongo venia con sus dos hijas a pasar dos meses al palacio Sanseveriná o a la villa de Sacca, a orillas del Po. Había momentos muy tiernos; se hablaba de Fabricio. Pero el conde no quiso permitirle nunca una visita a Parma. La duquesa y el ministro hubieron, sin duda, de remediar algunas locuras; pero, en general, Fabricio seguía con bastante prudencia la línea de conducta que se le había trazado: un gran señor, que estudia teología y que no cuenta con su virtud sola para ascender. En Nápoles se dedicó con gran placer al estudio de la antigüedad; hacia excavaciones, y esta pasión casi habla sustituido a la de los caballos. Había vendido sus caballos ingleses para continuar sus excavaciones en Mísa, en donde había encontrado un busto de Tiberio joven, que se colocaba entre los más hermosos restos de la antigüedad. El descubrimiento de este busto fue casi el placer más vivo que

sintió en Nápoles. Tenía el alma demasiado elevada para tratar de imitar a los demás jóvenes y para querer, por ejemplo, hacer en serio el papel de enamorado. No es esto decir que no tuviera queridas; pero no eran para él cosa de trascendencia, y a pesar de su edad podía decirse de él que ignoraba el amor, y por eso mismo era más animado. Nada le impedía obrar en su vida con la más perfecta sangre fría, pues una mujer joven y bonita era para él siempre igual a otra mujer joven y bonita; sólo que la última que veía le parecía siempre la más atractiva. Una de las damas más admiradas en Nápoles habla hecho locuras por él, en el último año de su estancia; esto al principio le divirtió; pero luego acabó por hastiarle tanto, que una de las venturas que halló en su marcha fue librarse de una vez de las atenciones de la encantadora duquesa A... En 1821 sufrió con mediano éxito sus exámenes; su director de estudios o preceptor obtuvo una cruz y un regalo, y él se fue por fin hacia esa famosa ciudad de Parma con la que soñaba tantas veces. Ya era monsignorey tenía cuatro caballos en su coche; en la posta más próxima a Parma tomó sólo dos, y, llegado a la ciudad, mandó parar delante de la iglesia de San Juan. Allí estaba el lujoso sepulcro de su antepasado el arzobispo Ascanio del Dongo, autor de la genealogía latina.

Rezó delante del sepulcro y se fue a pie al palacio de la duquesa, que no lo esperaba sino algunos días después. Había mucha gente en el salón; pero pronto los dejaron solos.

-¿Estás contenta de mí? -le dijo abrazándola-. Gracias a ti he pasado en Nápoles cuatro años bastante buenos, en

lugar de aburrirme en Novara con mi querida, autorizada por la policía.

La duquesa no salía de su estupefacción; no hubiera reconocido a Fabricio viéndolo pasar por la calle. Encontrábalo -lo que era en realidad uno de los hombres más guapos de Italia. Tenía, sobre todo, una encantadora fisonomía. Llevaba, cuando fue a Nápoles, la facha de un audaz aventurero; el látigo, que no dejaba nunca, parecía entonces formar parte de su persona. Pero ahora presentaba ante los extraños una figura noble y comedida, y en particular conservaba el fuego de su primera juventud. ¡Un diamante que nada había perdido al ser tallado! No hacía una hora que Fabricio había llegado, cuando entró el conde Mosca; llegó demasiado pronto. El joven le habló en tan buenos términos de la cruz de Parma concedida a su protector y expresó gratitud por otros beneficios de que no se atrevía a hablar claramente, con tan perfecta medida, que desde el primer momento el ministro lo juzgó favorablemente.

-Este sobrino -dijo en voz baja a la duquesa- honrará todas las dignidades a que usted quiera elevarlo más tarde.

Hasta aquí todo iba bien; pero cuando el ministro, muy contento de Fabricio y atento sólo a lo que hacía y decía, se volvió a mirar a la duquesa, le encontró en los ojos una luz singular. Este joven, pensó, produce aquí una impresión extraña. Esta reflexión fue amarga; el conde había llegado a sus cincuenta años de edad, edad cruel cuyo peso puede acaso sentir sólo un hombre perdidamente enamorado. Era buenísimo y dignísimo de ser amado, poniendo aparte su severidad como ministro. Pero esos crueles cincuenta años

echaban un borrón en su vida y le hubieran hecho capaz de ser cruel por cuenta propia. En los cinco años que vivía con la condesa, en Parma, había sentido no pocas veces el aguijón de los celos, sobre todo al principio; pero nunca la duquesa le había dado motivo serio de queja. Hasta creía, con razón, que si la duquesa había recurrido a aparentes distinciones en favor de algunos jóvenes guapos de la corte, era con el designio de asegurarse más la posesión de su amor. Estaba seguro, por ejemplo, de que ella había rechazado pretensiones del príncipe, quien en esta ocasión pronunció palabras muy instructivas.

-Si aceptara las pretensiones de Vuestra Alteza -le decía riéndose la duquesa-, ¿con qué cara íbamos a presentarnos al conde?

-Sí; y yo estaría casi tan desconcertado como usted., ¡Pobre conde!, ¡amigo mío! Pero esta dificultad es bien fácil de vencer, y ya lo he pensado; no hay más que encerrar al conde en la fortaleza para el resto de su vida.

En el momento de llegar Fabricio, la condesa estaba tan llena de felicidad que no pensó en las ideas que sus ojos podían sugerir al conde. El efecto fue hondo y las sospechas no tenían ya remedio.

Fabricio fue recibido en audiencia por el príncipe dos horas después de su llegada. La duquesa, que preveía el buen efecto que esta audiencia improvisada iba a producir en el público, la solicitaba desde hacía dos meses: esta merced sacaba a Fabricio del montón desde el primer instante. El pretexto fue que no hacía más que pasar por Parma para ir a ver a su madre a Piamonte. En el momento en que un bille-

tito encantador de la duquesa llegó al príncipe avisándole de que Fabricio esperaba sus órdenes, Su Alteza estaba aburrida. Voy a ver, pensó, un santito bien tonto, una faz de imbécil o de hipócrita. El comandante de la plaza habla dado cuenta ya de la visita de Fabricio al sepulcro del tío arzobispo. El I príncipe vio entrar a un joven alto y esbelto, a quien sin las medias violeta hubiera tomado por un joven oficial.

Esta pequeña sorpresa disipó el aburrimiento. He aquí un mozo, pensó, para quien me van a pedir qué sé yo cuántas mercedes, todas las que pueda concederle. Llega ahora; debe estar conmovido. Voy a hacer un poco de política jacobina; veremos cómo se las maneja.

Después de las primeras frases amables:

-Y qué, monsignore -dijo el príncipe a Fabricio-, ¿son felices los pueblos de Nápoles? ¿Es el rey querido?

-Alteza Serenísima -respondió Fabricio sin vacilar un momento-, cuando pasaban por la calle los regimientos de S. M. el Rey, admiraba yo el excelente aspecto de los soldados. La buena gente es respetuosa para con sus amos, como debe ser. Pero confesaré que en mi vida he tolerado que las personas de clase inferior, me hablen de orara cosa más que del trabajo por el que yo lea pago.

¡Caramba!, dijo para sí el príncipe, haya un mozol. Éste es un pájaro bien amaestrado. Es todo el ingenio de la Sanseverina. Interesado en el juego, el príncipe usó toda su habilidad en hacer que Fabricio hablara sobre este asunto tan escabroso. El joven, excitado por el peligro, tuvo la fortuna de encontrar respuestas admirables.

-Casi es una insolencia –decía- demostrar amor hacia su rey; lo que se debe es ciega obediencia.

Ante tanta prudencia el príncipe casi se sintió molesto: Me parece que nos llega de Nápoles un hombre de talento, y no me gusta esta raza; un hombre de talento, aunque siga los mejores principios y hasta de buena fe, es siempre por algún lado primo hermano de Voltaire y de Rousseau.

El príncipe se sentía como retado por los modales convenientes y las respuestas inatacables del joven recién salido del colegio; no sucedía lo que él había previsto. En un momento pasó al tono familiar, y remontándose con algunas palabras, hasta los grandes principios de las sociedades y del Gobierno, recitó, acomodándola a la circunstancia, algunas frases de Fénelon que le habían enseñado de memoria desde la infancia, para las audiencias públicas.

-Le extrañan estos principios, joven -dijo a Fabricio de había llamado monsignore al principio de la audiencia y pensaba repetírselo al despedirlo, pero en el curso de la conversación creía que era más hábil y más favorable para las frases patéticas dirigirle un apelativo amistoso)- , le extrañan estos principios, joven; confieso que no se parecen en nada a los platos de absolutismo (tal fue la palabra) que nos sirven todos los días en mi diario oficial... Pero ¡Dios mío!, ¡qué es lo que voy a citar! Los escritores de este periódico son a usted del todo desconocidos.

-Ruego a Vuestra Alteza Serenísima que me perdone. No sólo leo el diario de Parma, que me parece bastante bien escrito, sino que pienso como él que todo cuanto se ha hecho desde la muerte de Luis XIV en 1715, es a un tiempo

mismo un crimen y una tontería. El mayor interés del hombre está en su salvación; sobre este punto no puede haber dos opiniones. Y esa felicidad ha de durar eternamente. Las palabras de libertad, justicia, felicidad del mayor número, son infames y criminales: producen en los espíritus el hábito de la discusión y de la desconfianza. Una cámara de diputados desconfía de eso que esas gentes llaman el ministerio. Y una vez contraída la costumbre fatal de la desconfianza, la debilidad humana la aplica a todo y el hombre llega a desconfiar de la Biblia, de los mandatos de la Iglesia, de la tradición, etc., etc... Y entonces está perdido. Aun cuando esa desconfianza -y es horriblemente falso y criminal decirlo- hacia la autoridad de los príncipes, establecidos por Dios, diese la felicidad en los veinte o treinta años de vida a que puede aspirar cada uno de nosotros, ¿qué es medio siglo o hasta un siglo entero comparado con una eternidad de suplicios?...

Se veía, por el modo como hablaba Fabricio, que buscaba un arreglo de sus ideas para darlas mejor a entender a su interlocutor, y estaba claro que no recitaba una lección.

El príncipe abandonó pronto la lucha con este joven, cuyas manera sencillas y graves le molestaban.

-Adiós, monsignore -le dijo bruscamente-. Veo que en la academia eclesiástica de Nápoles se da una excelente educación. Y cuando esos buenos principios caen en un ingenio tan distinguido como el vuestro, es natural que den frutos brillantísimos. Adiós. -Y le volvió la espalda.

No he agradado a este animal, dijo para sí Fabricio.

Ahora falta aún averiguar, dijo el príncipe en cuanto estuvo solo, si este hermoso joven es susceptible de entu-

siasmo; en cuyo caso sería completo... ¿Es posible repetir con más ingenio las lecciones de la tía? Me estaba pareciendo oír la hablar. Si hubiera aquí una revolución, ella sería la que redactase el Monitor, como hizo la San Felice en Nápoles. Pero la San Felice, a pesar de sus veinticinco años y de su belleza, fue un tanto ahorcada. ¡Aviso a las mujeres de talento! Al creer que Fabricio era discípulo de su tía, equivocábase el príncipe: los hombres de talento que nacen en un trono o al lado de él, pierden pronto toda la finura del tacto. Proscriben en torno suyo la libertad de conversación que les parece grosería; no quieren ver sino máscaras y se empeñan en dictaminar sobre la pureza del cutis. Y lo más gracioso es que creen tener tacto. En este caso, por ejemplo, Fabricio creía aproximadamente todo cuanto le hemos oído decir; cierto que no pensaba dos veces al mes en esos grandes principios. Tenía gustos vivos, tenía talento, pero tenía la fe.

El gusto de la libertad, la moda y el culto de la felicidad del mayor número, manías del siglo XIX, no eran para él más que una herejía, que pasará como los demás, matando muchas almas, como la peste cuando cae en una comarca mata muchos cuerpos. Y a pesar de todo eso, Fabricio leía con deleite los periódicos franceses y hasta cometía imprudencias para proporcionárselos.

Fabricio volvió de palacio excitado por la audiencia, y contó a su tía los diversos ataques del príncipe.

-Ahora -le dijo- es preciso que vayas sin demora a ver al padre Landriani, nuestro excelente arzobispo; ve a pie, sube la escalera sin ruido, no te muevas en las antecámaras; si te

hacen esperar, mejor, mil veces mejor. En una palabra, sé apostólico.

-Comprendo -dijo Fabricio-; nuestro hombre es un tarufo. Nada de eso; es la misma virtud.

-¿Aun después de lo que hizo cuando el suplicio del conde Palanza? -replicó Fabricio extrañado.

-Sí, amigo mío, después de lo que hizo: el padre de nuestro arzobispo era empleado en el Ministerio de Hacienda, un burgués; eso lo explica todo. Monseñor Landriani es un hombre de talento, ingenio vivo, extenso, profundo; es sincero y ama la virtud. Estoy convencida de que si volviese al mundo un emperador Decio, sufriría el martirio como el Poliuto de la ópera que daban la semana pasada. Ese es el anverso hermoso de la medalla. He aquí ahora el reverso: en cuanto se halla en presencia del soberano o aun sólo del primer ministro, queda deslumbrado por tanta grandeza, se turba, se sonroja, y le es materialmente imposible decir que no. De aquí que haya hecho ciertas cosas que le han valido la reputación cruel que tiene en toda Italia. Pero lo que no se sabe es que cuando la opinión pública llegó a ilustrarle acerca del proceso del conde Palanza, se impuso como penitencia vivir de pan y agua durante trece semanas, tantas semanas como letras hay en el nombre Davide Palanza. En esta corte tenemos a un bribón sumamente listo, llamado Rassi, juez supremo o fiscal general, quien, cuando la muerte del conde Palanza, hechizó al padre Landriani. En la época de su penitencia de trece semanas, el conde Mosca, por compasión y un poco también de malicia, le convidaba a comer una y hasta dos veces por semana; el bueno del arzobispo cumplía

sus deberes de cortesano, comiendo como todo el mundo; hubiera pensado que era rebelión y jacobinismo el publicar que hacia penitencia por una acción aprobada por el soberano. Pero se sabia que por cada comida en la que su deber de súbdito fiel le había obligado a comer como todo el mundo, se imponía una penitencia de dos días a pan y agua. Monseñor Landriani, espíritu superior, sabio de primer orden, tiene una sola debilidad: quiere ser amado. Así, pues, deberás enternecerte al mirarle y en tu tercera visita ámalo de verdad por completo. Esto, junto con tu cuna ilustre, hará que en seguida te adore. No te muestres sorprendido si te despide hasta la escalera; finge estar acostumbrado a estas maneras; es un hombre que nació prosternado ante la nobleza. Por lo demás, es sencillo, apostólico, sin ingenio, sin brillo, sin respuesta rápida. Si logras no soliviantarlo, gustará de estar contigo; piensa que es necesario que él espontáneamente te nombre su vicario general. El conde y yo nos haremos los sorprendidos y hasta enojados de ese ascenso demasiado rápido; esto es esencial con respecto al soberano.

Fabricio corrió al palacio arzobispal: por fortuna, el ayuda de cámara del buen prelado era algo sordo y no oyó el apellido del Dongo; anunció, pues, a un joven sacerdote llamado Fabricio; el arzobispo estaba con un cura de costumbres poco ejemplares, a quien habla mandado llamar para dirigirle una reprimenda. Estaba, pues, regañando, cosa que le costaba gran trabado, y no quería guardar en su corazón ese dolor por más tiempo; hizo esperar tres cuartos de hora al descendiente de la familia del gran arzobispo Ascanio del Dongo.

¿Cómo pintar sus disculpas y su desesperación cuando, después de haber acompañado al cura hasta la última antecámara y preguntando, a la vuelta, a aquel hombre que esperaba en qué podía servirle, vio las medias violetas y oyó el nombre de Fabricio del Dongo? La cosa hizo a nuestro héroe tanta gracia, que en esta primera visita se aventuró a besar la mano del santo prelado en un arrebatado de ternura. Había que oír al arzobispo repetir, desesperado:

-¡Un del Dongo aguardando en mi antecámara!

Creyóse obligado, a modo de disculpa, a contarle toda la historia del cura, sus culpas, sus respuestas, etc

¿Es posible, pensaba Fabricio al volver al palacio Sanseverina, es posible que este hombre sea el que apresuró el suplicio del pobre conde Palanza?

-¿Qué piensa, Vuestra Excelencia? -le dijo riendo el conde Mosca, al verle entrar en la habitación de la duquesa (el conde no quería que Fabricio le llamara excelencia).

-Estoy asombrado. No entiendo nada del carácter de los hombres. Hubiera apostado, si no supiera su nombre, a que no puede ver correr una gota de sangre.

-Y habría ganado la apuesta -replicó el conde-. Pero cuando estoy delante del príncipe o solamente de mi, no puede decir que no. En realidad, para producir todo mi efecto, he de llevar el gran cordón amarillo por encima del traje; si me viera de frac, me llevaría la contraria. Por eso me pongo siempre el uniforme para recibirle. No toca a nosotros destruir el prestigio del poder; ya los periódicos franceses lo hacen hartos de prisa. Apenas si la manía del respeto

vivirá lo que nosotros. Usted, querido sobrino, sobrevivirá al respeto. ¡Usted, usted serán buen hombre!

Fabricio se complacía en el trato del conde; era el primer hombre superior que se dignaba hablarle sin comedia; además, tenían un gusto común, el de las antigüedades y las excavaciones. El conde, por su parte, sentíase halagado por la atención extremada con que el joven le escuchaba; pero había una objeción importantísima: Fabricio tenía su habitación en el palacio Sanseverina, pasaba la vida con la duquesa, dejaba ver con toda inocencia que esa intimidad constituía su felicidad, y Fabricio tenía unos ojos y un cutis de frescura desesperante.

Ya hacía tiempo que Ranucio Ernesto IV, quien no estaba acostumbrado a encontrar resistencia en las mujeres, se sentía molesto porque la virtud de la duquesa, bien conocida en la corte, no habla hecho en su favor excepción ninguna. Hemos visto que el ingenio y la presencia de espíritu de Fabricio le había irritado desde el primer día. Tomó a mal la amistad extremada que él y su tía se testimoniaban con imprudente falta de recato; prestó una atención viva a las conversaciones de sus cortesanos, que fueron infinitas. La llegada de ese joven y la audiencia extraordinaria que había obtenido constituyeron durante un mes la noticia y la estupefacción de la corte. Al príncipe entonces se le ocurrió una idea.

Tenía en su guardia un soldado que aguantaba la bebida de una manera admirable; este hombre se pasaba la vida en la taberna y daba cuenta directamente al soberano del espíritu reinante entre los soldados. Carlone carecía de educa-

ción; de haberla tenido hubiera ascendido ya hacia tiempo. Su orden consistía en hallarse en palacio todos los días cuando el reloj grande daba las doce. Poco antes de las doce fue el príncipe en persona a una ventana de un entresuelo contiguo a la habitación en donde Su Alteza se vestía, y dispuso la persiana de cierta manera. Poco después de las doce volvió al entresuelo y encontró allí al soldado; el príncipe llevaba en el bolsillo una hoja de papel y un tintero. Le dictó al soldado la siguiente misiva:

"Vuestra excelencia tiene mucho talento, sin duda; gracias a su profunda sagacidad vemos este Estado tan bien regido. Pero, querido conde, tantos y tan grandes éxitos acarrearán no pocas envidias, y temo mucho que haya quien se ría de V. E. si vuestra sagacidad no consigue adivinar que cierto hermoso joven ha tenido la fortuna de inspirar, acaso a pesar suyo, un amor singularísimo. Este feliz mortal no tiene más que veintitrés años, según dicen, y, querido conde, lo que complica la cuestión es que V. E. y yo tenemos mucho más del doble de esa edad. Por la noche, visto desde lejos, el conde es encantador, chispeante, ingenioso y amable hasta más no poder; pero por la mañana, en la intimidad, si bien se mira, el recién llegado tiene acaso más atractivos. Ahora bien; nosotras las mujeres damos mucho valor a esa frescura juvenil, sobre todo cuando hemos pasado los treinta años. Ya se habla de que ese hermoso adolescente permanezca en nuestra corte asentado en algún cargo bueno. ¿Quién es la persona que habla de eso a V. E. con más ahínco?"

El príncipe cogió la carta y dio al soldado dos escudos.

-Esto, además de tu sueldo -le dijo con aire sombrío;- silencio absoluto para todo el mundo, o si no, la más húmeda de las cuevas de la fortaleza.

El príncipe tenía en su despacho una colección de sobres con las señas de la mayor parte de las personas de su corte, escritas de la mano de ese mismo soldado, que pasaba por no saber escribir y no escribía ni siquiera sus informes de policía. El príncipe cogió el que buscaba.

Unas horas después, el conde Mosca recibió una carta por correo; se habla calculado la hora en que podía llegar, y en el momento en que el cartero, a quien se había visto entrar con una carta en la mano, salió del palacio del ministerio, Mosca fue llamado por Su Alteza. Nunca el favorito había parecido estar dominado por más sombría tristeza. El príncipe, que quería gozar confortablemente, le gritó al verle:

-Necesito distraerme charlando sin orden con el amigo y no con el ministro. Esta tarde estoy saboreando un dolor de cabeza loco, y además se me ocurren pensamientos tristes.

No describiremos el abominable humor que agitaba al primer ministro, conde Mosca della Rovere, en el momento en que le fue permitido dejar a su augusto señor. Ranucio Ernesto IV era habilísimo en el arte de torturar un corazón, y podría yo, sin gran injusticia, 'hacer aquí la comparación con el tigre que juguetea con su presa.

El conde mandó que le llevaran a su casa al galope. Gritó al pasar que nadie subiera y mandó decir al auditor de servicio que le devolvía la libertad (érale insoportable la idea de un ser humano al alcance de su voz) . Corrió a encerrarse en la gran galería de cuadros. Allí pudo, en fin, entregarse a

toda su rabia. Pasó la velada a obscuras, andando sin norte, como fuera de sí. Quería acallar las voces de su alma para concentrar toda su atención reflexiva en la deliberación y decisión que iba a tomar. Sumido en congoja tal que hubiera dado lástima a su más cruel enemigo, decía:

-El hombre a quien odio vive en casa de la duquesa y pasa con ella todo el día. ¿He de intentar que hable una de sus camareras? Nada más peligroso; ¡ella es tan buena, las trata tan bien y es tan querida por todas) (¿Y quién, Dios mío, no la adorarla?) Pero la' cuestión es ésta decía con rabia, corrigiéndose: ¿Debo dejar que se trasluzcan los celos que me consumen o no hablar de ellos? Si me callo, no se esconderán. Conozco a Gina: es una mujer que sigue el primer impulso. Su conducta es imprevista, hasta para ella misma. Si quiere fijarse un papel de antemano, se confunde, y en el momento de la acción se le ocurre una nueva idea que ejecuta con arrebató como la mejor solución del mundo, y lo echa todo a perder. Si no digo palabra de mi martirio, no se esconderá y veré todo lo que pueda ocurrir... Sí; pero si hablo provocaré nuevos estados de espíritu; reflexionarán y acaso evitaré muchas de esas cosas horribles que podrían suceder... Quizá lo alejen (el conde respiró), y entonces casi he ganado la partida. Aun cuando en el primer momento haya algo de irritación, yo la calmaré, y esa irritación ¿no es natural?...; le quiere como a un hijo desde hace quince años. Ahí está mi esperanza toda: corno a un hijo. . .; pero ha dejado de verlo desde su fuga de Waterloo; y cuando volvió a Nápoles era otro hombre, sobre todo para ella. ¡Otro hombre repitió rabioso, y un hombre encantador) ¡Sobre todo

ese aire ingenuo y tierno, esos ojos llenos de sonrisa y prometedores de tanta felicidad(Esos ojos, la duquesa no está acostumbrada a verlos aquí, en la corte... Aquí sólo hay miradas apagadas o sardónicas. Yo mismo, enterrado en los negocios, reinando sólo por mi influencia sobre un hombre que quisiera ponerme en ridículo, ¿qué miradas no tendré muchas veces ¡Ay!, por mucho cuidado que ponga, mi mirada es sobre todo la que debe ser en mí, vieja, anciana. Mi alegría siempre está próxima a la ironía...; y diré más, que aquí hay que ser sincero, mi alegría ¿no deja entrever como aleo inminente el poder absoluto. . . y la maldad? No me digo yo a mí mismo muchas veces, sobre todo cuando me irritan: ¿puedo lo que quiero? Y aún añadido una tontería: debo ser más feliz que otro, puesto que tengo lo que otros no tienen: un poder soberano en casi todo... ¡Pues bien, seamos justos. El hábito de tales pensamientos por fuerza ha de emponzoñar mi sonrisa... ha de darme un aire de egoísmo... satisfecho , y en cambio, la sonrisa suya qué encantadora Emanas de ella una felicidad fácil de juventud primera que promete contagiarse a quien se acerque.

Por desgracia para el conde, hacia aquella noche un tiempo caluroso, pesado, de tormenta; un tiempo de esos que, en estos países, llevan a las resoluciones extremadas. ¿Cómo relatar todos los razonamientos, los puntos de vista que en tres horas mortales atormentaron a este hombre apasionado? Por fin, la prudencia venció con esta única reflexión: estoy loco, probablemente; creo razonar y no razono, doy vueltas en busca de una postura menos dolorosa, y paso quizá junto a una razón decisiva, sin verla. Ya que estoy ce-

gado por un dolor insoportable, sigamos esa regla que todos los sabios aprueban y que se llama prudencia. Además, en cuanto la fatal palabra celos haya sido pronunciada, mi conducta está trazada para siempre. Por el contrario, si no digo nada hoy, puedo hablar mañana; sigo siendo dueño de la situación.

La crisis era demasiado fuerte, y el conde se hubiera vuelto loco si dura más tiempo. Por unos momentos halló algo de calma y su atención se detuvo en la carta anónima. ¿De quién será? Se puso a barajar nombres y a juzgar personas; esto fue una distracción.

Por último, el conde recordó una luz maliciosa que se había encendido en los ojos del príncipe, cuando al final de la audiencia llegó a decir: "Si, querido amigo, convengamos en que los placeres y los cuidados de la ambición más satisfecha, hasta del poder sin límites, nada son comparados con la íntima ventura que proporcionan las relaciones de amor y ternura. Soy hombre antes que príncipe, y cuando siento la felicidad de amar, es al hombre y no al príncipe a quien habla mi amada." El conde relacionó este instante de maligna alegría con esta frase de la carta: Gracias a vuestra profundas agacidad venos este Estado tan bien regido. Esta frase es del príncipe, se dijo. En un cortesano fuera imprudencia gratuita. La carta viene de Su Alteza.

Resuelto este problema, la breve alegría de haber adivinado quedó pronto borrada por la cruel representación de los encantos de Fabricio que de nuevo le vinieron a las mientes. Fue como un peso enorme que cayera encima del corazón del desventurado. ¿Qué importa de quién sea la

carta anónima?, exclamó furioso; el hecho que denuncia no deja de ser cierto. Este capricho puede cambiar mi vida, dijo como para disculparse de estar tan loco de dolor. Si le quiere de cierta manera, puede en un momento marcharse con él a Belgirate, a Suiza, a cualquier rincón del mundo. Ella es rica, y además aunque tuviera que vivir con unos luises al año ¿qué le importa? ¿No me decía, hace ocho días, que su palacio tan bien puesto, tan magnifico, le aburre? Esa alma joven necesita novedad.

Y ¡con qué sencillez se ofrece esta nueva felicidad) El peligro la arrastrará antes de que lo piense, antes de que piense compadecerme. Y, sin embargo, soy muy desgraciado, exclamó el conde prorrumpiendo en llanto.

Había hecho el juramento de no ir esa noche a casa de la condesa; y, sin embargo, no pudo cumplirla. Nunca sus ojos habían sentido tanta necesidad de verla. Hacia las doce, se presentó en su casa; la encontró sola con su sobrino; a las diez habla despedido a todo el mundo y mandó cerrar la puerta.

A la vista de la tierna intimidad que había entre estos dos seres, de la ingenua alegría de la duquesa, percibió el conde una horrible dificultad imprevista, que no había tenido en cuenta durante su larga deliberación en la galería de cuadros: ¿cómo ocultar sus celos?

No sabiendo a qué pretexto recurrir, dijo que había encontrado al príncipe, esta noche, muy prevenido contra él, llevándole la contraria cuanto decía, etc Pero tuvo la desventura de ver que la duquesa la escuchaba distraída, sin atender a ninguna de esas circunstancias que la antevíspera la

hubieran lanzado en razonamientos sin fin. El conde miró a Fabricio; nunca le había parecido más noble ni más sencilla su hermosa figura lombarda. Fabricio ponía más atención que la duquesa a las dificultades que relataba.

Realmente, dijo el conde para sí, esta cabeza une a la bondad extremada, la expresión de cierta alegría ingenua y tierna. totalmente irresistible. Parece que está diciendo: sólo el amor y la felicidad de amar son cosa seria en el mundo. Y sin embargo, si se llega a tocar un punto de detalle en donde el ingenio es necesario, despiértase la mirada y os deja atónito y confuso.

Todo para él es sencillo porque todo lo mira desde lo alto. ¡Dios mío!, ¿cómo combatir a un enemigo semejante? Y, después de todo, ¿qué es la vida sin el amor de Gina? ¡Con qué arrebato parece oír las encantadoras salidas de este ingenio joven que, para una mujer, debe ser único en el mundo. Una idea atroz sacudió al conde como un calambre: ¡apuñalarlo ahí, delante de ella, y matarse después!

Dio una vuelta por la habitación. Apenas podían sostenerle las piernas. Su mano apretaba convulsivamente el mango del puñal. Ninguno de los otros dos miraba lo que hacía. Dijo que iba a dar una orden a su lacayo y ni siquiera se le oyó; la duquesa reía tiernamente de algo que Fabricio acababa de decirle. El conde se acercó a una lámpara del primer salón y miró si la punta del puñal estaba bien afilada. Hay que ser muy amable y tratar con modales perfectos a ese joven, decía para sí, al tornar cerca de ellos.

El conde se volvía loco; parecióle que al inclinarse se daban besos ahí, delante de él. Esto es imposible, en presen-

cia mía, mi razón se desvanece. Calma, calma. Si hablo con modales duros, la duquesa es capaz, por vanidad, de irse con él a Belgirate y allí, o durante el viaje, la casualidad puede hacer que una palabra cualquiera dé su nombre a lo que sienten uno por otro y en seguida, en un momento, todas las consecuencias.

La soledad hará que esa palabra sea decisiva y además, una vez que la duquesa esté lejos ¿qué será de mí? Si después de muchas dificultades por parte del príncipe, voy a enseñar mi cara de viejo preocupado en Belgirate, ¿qué papel, entre dos personas locas de felicidad?

Aquí mismo, ¿qué soy yo sino un terzo incomodos (La hermosa lengua italiana está hecha para el amor.); ¡Terxo incomodo! (un tercero que estorba). ¡Qué dolor para un hombre de talento, sentir que está haciendo ese detestable papel y no poder decidirse a levantarse y marcharse)

El conde iba a saltar o por lo menos a delatar su dolor con la desfiguración de su cara. En una de las vueltas que daba por el salón, se halló junto a la puerta, y escapó exclamando en tono de profunda bondad:

-¡Adiós! Adiós!

Hay que evitar la sangre, dijo para sí.

A1 día siguiente de esta escena horrible, después de una noche pasada ora imaginando los encantos de Fabricio, ora entregado' a los más horribles arrebatos de celos, el conde pensó en llamar a un joven ayuda de cámara suyo que hacía el amor a una joven llamada Chekina, camarera de la duquesa y su favorita. Por fortuna, el joven ayuda de cámara, muy comedido en su conducta y hasta avaro, deseaba obtener una

plaza de portero en uno de los edificios públicos de Parma. El conde ordenó a este hombre que al instante hiciera vena a Chekina, su novia. El hombre obedeció y una hora después el conde se presentó de improviso en la habitación en donde la muchacha estaba con su prometido. El conde les dio tal cantidad de oro que los confundió. Luego preguntó a la temblorosa Chekina, mirándola a los ojos:

-¿La duquesa hace el amor con monsignore?

-No -dijo la muchacha resolviéndose, después de un momento de silencio-; no, todavía no, pero besa muy a menudo las manos de la señora, riéndose, es verdad, pero con arrebatos.

Este testimonio completóse con cien respuestas más a otras tantas preguntas furibundas del conde, cuya inquieta pasión hizo ganar a esa pobre gente el dinero que les había echado; acabó por creer lo que decían y fue menos desgraciado.

-Si la duquesa se entera alguna vez de esta conversación -dijo Chekina- envió a tu prometido a la fortaleza por veinte años y ya no lo volverás a ver hasta que tenga el pelo blanco.

Pasaron unos días durante los cuales Fabricio a su vez perdió toda su alegría.

-Te aseguro -decía a la duquesa- que el conde Mosca siente antipatía hacia mí.

-Peor para Su Excelencia -respondía ella con un atisbo de irritación.

Mas no era ese el verdadero motivo de inquietud que había causado la desaparición de la alegría de Fabricio. La postura en que me ha colocado la casualidad no es sosteni-

ble, decía para sí. Estoy segurísimo de que ella no hablará nunca; una palabra demasiado significativa la horrorizaría como un incesto. Pero si una noche, después de pasar el día en locuras imprudentes, se pone a hacer examen de conciencia, si cree que he podido adivinar la inclinación que parece sentir hacia mí, ¿qué papel será el mío fiara ella? Exactamente el del casto José. ¿Daré a entender en una hermosa confianza que no soy capaz de amar en serio? No tengo bastante firmeza de espíritu para decir eso sin que lo que diga se parezca a una impertinencia como una gota de agua a otra. No me queda más recurso que el de una gran pasión dejada en Nápoles; en este caso debo volver allá por veinticuatro horas. Esta solución es prudente, pero cuesta mucho trabajo. Queda aún la de tener unos amorfos de baja estofa en Parma, lo cual puede desagradar; pero todo es preferible al horrible papel del hombre que no quiere adivinar. Esta última solución podría, es cierto, comprometer mi porvenir; habría que disminuir el peligro a fuerza de prudencia y comprando la discreción.

Lo que había de cruel en todos estos pensamientos es que realmente Fabricio quería a la duquesa mucho más que a ningún otro ser en el mundo. ¡Muy torpe hay que ser, repetía iracundo, para temer tanto no poder convencerla de lo que es tan cierto! Como carecía de habilidad para salir de esta situación, se tornó sombrío y triste. ¿Qué serla de mí, Dios mío, si me pelease con el único ser en el mundo hacia el cual siento una apasionada amistad? Por otra parte Fabricio no podía resolverse a descuajar una ventura tan deliciosa con alguna palabra indiscreta. ¡Su posición estaba tan llena de

encantos! ¡Era tan dulce la íntima amistad de una mujer tan amable y tan bonita! Y considerando las cosas bajo un punto de vista más vulgar, ¡qué posición más agradable no le daba su protección en esta corte cuyas grandes intrigas, que ella le explicaba, le divertían como una comedia! Pero en un momento puede despertarme un rayo, pensaba. Estas veladas tan alegres, tan tiernas, casi a solas con una mujer tan interesante podrán quizá llevarnos un poco lejos y entonces, acaso crea ver en mí a un amante; entonces me pedirá arrebatos y locura y yo sólo podré ofrecerle una amistad, la más fogosa, pero sin amor; la naturaleza me ha negado esa sublime locura. ¡Cuántas reconvenciones no he oído yo sobre ese punto! Todavía me parece que estoy oyendo a la duquesa de A. .. y me burlaba de la duquesa. Se creerá que estoy falto de amor hacia ella, mientras que lo cierto es que el amor está falto de mí. Nunca quería comprenderme. A veces, después de oírla contar, con esa gracia, esa locura que sólo ella posee, una anécdota de corte, necesaria además, para mi instrucción, le beso la mano y hasta juego con ella. ¿Qué hacer, si un día esa mano oprime la mía con cierta insistencia?

Fabricio se presentaba a diario en las casas más consideradas y menos alegres de Parma. Dirigido por los hábiles consejos de la duquesa, se insinuaba sabiamente en el espíritu de los príncipes, padre e hijo, de la princesa Clara Paolina y de monseñor el arzobispo. Tenla éxitos, pero no se consolaba del continuo temor de romper con la duquesa.

VIII

Menos de un mes después de su llegada a la corte, Fabricio sentía todos los dolores de un cortesano y además aquella íntima amistad, delicias de su vida, estaba emponzoñada. Una noche, atormentado por estos pensamientos, salió del salón de la duquesa en donde parecía un amante triunfador y vagando por la ciudad, pasó delante del teatro; estaba alumbrado; entró en él. Era cometer una imprudencia gratuita, en un hombre que llevaba el traje de monsignore y bien había decidido evitar esta clase de andanzas en Parma que, después de todo no es más que una ciudad pequeña, de cuarenta mil habitantes. Es cierto que desde los primeros días se había despojado del traje oficial; por la noche, cuando no iba a ningún salón de alta importancia, iba vestido de negro como un hombre de luto.

Entró, pues, en el teatro y tomó un palco de tercer piso para no ser visto. Daban I a joven hostelera, de Goldoni. Estaba mirando la arquitectura de la sala sin volver apenas la vista hacia el escenario. Pero el numeroso público reía a cada

instante. Fabricio miró a la actriz que hacia el papel de hostelera y la encontró graciosa. Miró más atentamente y entonces le pareció del todo bonita y llena de naturalidad. Era una muchacha ingenua, la primera en reírse de las preciosidades que Goldoni ponía en su boca y que ella parecía extrañadísima de decir. Preguntó cómo se llamaba y le dijeron que Marietta Valserra.

¡Ah! Ha tomado mi nombre, pensó. Qué cosa más singular. A pesar de sus propósitos, permaneció en el teatro hasta el final y volvió al día siguiente. Tres días después sabía las señas de Marietta Valserra.

La noche misma del día en que se había proporcionado esas señas, no sin trabajo, advirtió que el conde le trataba de modo admirable. El pobre celoso, a quien costaba lo increíble mantenerse en los límites de la prudencia, había puesto espías al joven Fabricio y estaba encantado de su fantasía nueva del teatro. ¿Cómo pintar la alegría del conde cuando al día siguiente de mostrar a Fabricio tanta amabilidad, tuvo noticia de que el joven, disfrazado en verdad a medias por una larga levita azul, había subido al miserable cuarto que Marietta Valserra habitaba en el último piso de una casa vieja detrás del teatro? Su alegría se acrecentó cuando supo que Fabricio se había presentado con un nombre falso y había, tenido el honor de excitar los celos de un bribonazo llamado Giletti que, en las ciudades, representaba los papeles de criado tercero y en las aldeas bailaba en la cuerda floja. Este noble amante de Marietta se derretía en injurias contra Fabricio y decía que quería matarlo.

Las compañías de ópera las forma un empresario que contrata aquí o allí los artistas que puede encontrar libres. La compañía así formada al azar, permanece junta una o dos temporadas. No sucede lo mismo con las compañías cómicas. Van éstas de ciudad en ciudad y cambian de residencia cada dos o tres meses, pero constituyen una especie de familia cuyos miembros todos se aman o se odian. Hay en estas compañías verdadero hogares que los tenorios de las ciudades, adonde va la compartía a trabajar, no desunen sino difícilmente. Esto es precisamente lo que sucedía a nuestro héroe: Marietta lo quería bastante, pero en cambio le tenía un miedo horrible a Giletti, quien exhibía la pretensión de ser su único dueño y la vigilaba muy de cerca. Decía por todas partes que iba a matar al monsignore, pues había seguido a Fabricio y logrado descubrir su nombre. Este Giletti era sin disputa el ente más feo del mundo y menos propicio para el amor; desmedidamente alto, horrorosamente delgado, picado de viruelas y un tanto bizco. Además, gracioso de oficio, solfa entrar entre bastidores a reunirse con sus compañeros, andando sobre las manos, haciendo piruetas u otras gentiles habilidades. Su triunfo mayor eran los papeles en donde el actor debe salir con la cara enharinada y dar o recibir infinitos palos. Este digno rival de Fabricio gozaba de 32 francos de sueldo al mes y se consideraba riquísimo.

Cuando los espías informaron al conde Mosca de todos estos detalles, fue como si saliera del sepulcro. Reapareció su ingenio amable; pareció más alegre, más ligero en el trato que nunca, en el salón de la duquesa, y se guardó de decirle nada de la aventura que le devolvía la vida. Hasta tomó pre-

cauciones para que no llegase a sus oídos noticia alguna, procurando que fuese informada lo más tarde posible. Por último, tuvo el valor de escuchar los consejos de la razón que en vano le estaba gritando desde hacía un mes, que siempre que el mérito de un amante palidece, éste debe irse de viaje.

Un negocio importante le llamó a Bolonia y dos veces al día los correos de gabinete le traían menos papeles oficiales que noticias de los amores de la pequeña Marietta, de la ira del terrible Giletti y de las empresas de Fabricio.

Uno de los agentes del conde pidió varias veces al teatro que pusieran Arlequín esqueleto y pastel, uno de los triunfos de Giletti. (este sale del pastel en el momento en que su rival Brighella va a comérselo y le da una buena sarta de palos.) Fue un buen pretexto para darle 100 francos. Giletti, lleno de deudas, se guardó muy bien de hablar de tan buena suerte; pero creció su orgullo considerablemente.

El capricho de Fabricio se tornó en pique de amor propio (a su edad, los cuidados le habían llevado ya a tener caprichos). La vanidad lo conducía al teatro; la niña trabajaba muy alegremente y le divertía; al salir del teatro quedaba enamorado por una hora. El conde volvió a Parma, por haber recibido la noticia de que Fabricio corría peligro realmente; Giletti, que habla sido dragón en el hermoso regimiento de los dragones Napoleón, hablaba seriamente de matar a Fabricio y tomaba ya precauciones para escaparse a territorio romano. Si el lector es muy joven se extrañará de nuestra admiración por ese rasgo de virtud. Y, sin embargo, no fue pequeño el esfuerzo de heroísmo que hubo de hacer

el conde para volver de Bolonia, porque, en resumidas cuentas, tenía por la mañana el cutis cansado y, en cambio, Fabricio gozaba de tanta frescura y serenidad. ¿Quién hubiera pensado reprocharle la muerte de Fabricio, ocurrida en su ausencia por motivos tan necios? Pero el conde tenía una de esas almas severas que sienten eternos remordimientos por no haber hecho una acción generosa que pueden hacer. Además, no pudo soportar la idea de ver triste a la duquesa por su culpa.

A su llegada la encontró silenciosa y sombría. He aquí lo que había ocurrido. La camarerita Chekina, atormentada por los romordimientos, evaluaba la importancia de su falta por la enorme suma que habla recibido y cayó enferma. Una noche, la duquesa, que la quería, subió a verla a su cuarto. La niña no pudo aguantar más, ante esta señal de bondad; se echó a llorar, quiso devolver a su ama lo que le quedaba del dinero que había recibido y por fin tuvo el valor de confesarle las preguntas que el conde le habla hecho y sus respuestas. La duquesa corrió a la lámpara, la apagó y dijo a Chekina que la perdonaba, pero a condición de que no diría palabra de esta escena extraña a nadie en el mundo.

-El pobre conde -añadió en tono ligero- teme al ridículo; así son todos los hombres.

La duquesa se apresuró a bajar a sus habitaciones. Se encerró en su cuarto y se echó a llorar; parecíale horrible la idea de hacer el amor con Fabricio, a quien había visto nacer. Y, sin embargo, ¿qué significaba su conducta?

Tal fue la causa primera de la negra melancolía en que el conde la encontró sumida. Cuando llegó Mosca, sintió arre-

batos de impaciencia contra él y hasta contra Fabricio: hubiera querido no volverlos a ver a uno ni a otro; irritábase el papel ridículo, según ella, que Fabricio hacía con la pequeña Marietta; el conde, en efecto, como verdadero enamorado, incapaz de guardar un secreto, se lo habla dicho todo. No podía ella acostumbrarse a la desgracia de que su ídolo tuviera un defecto. Por último, en un momento de buena amistad, pidió consejo al conde. Fue para éste un instante delicioso, un hermoso premio del honrado sentimiento que le había impulsado a regresar de Bolonia.

-Nada más sencillo -dijo el conde riendo-. Los jóvenes quieren poseer a todas las mujeres y al día siguiente ya no piensan en ellas. ¿No ha de ir Fabricio a Belgirate a ver a la marquesa del Dongo? Pues que vaya. Durante su ausencia, rogaré a la compañía cómica que se traslade a otra parte a exhibir sus talentos y pagaré los gastos de viaje. Pero pronto lo volveremos a ver enamorado de la primera mujer bonita que el azar lleve a su presencia. Esto es lo normal y no quisiera yo verlo de otra suerte... Si es preciso, haga usted que la marquesa le escriba.

Esta idea, expresada en tono de indiferencia completa, fue un rayo de luz para la duquesa, que tenía miedo de Gilette. Por la noche el conde dijo, como por casualidad, que había un correo para Viena que pasaba por Milán; tres días después Fabricio recibía carta de su madre. Se marchó muy disgustado por no haber podido aún, a causa de los celos de Gilette, aprovechar las excelentes intenciones que la pequeña Marietta manifestaba por medio de su mamacia, una vieja que le servía de madre.

Fabricio encontró a su madre y a una de sus hermanas en Belgirate, gran aldea piamontesa situada en la orilla derecha del lago Mayor. La izquierda es milanésa, es decir, austríaca. Este lago, paralelo al de Como y orientado también de norte a sur, está situado a unas diez leguas al oeste del de Como. El aire de las montañas, el aspecto majestuoso y tranquilo de este soberbio lago que le recordaba aquel otro cerca del cual había pasado su infancia, todo contribuyó a tomar en dulce melancolía la pena de Fabricio, próximo a la ira. El recuerdo de la duquesa presentábase ahora a su espíritu, envuelto en infinita ternura; parecíale que desde lejos iba sintiendo hacia ella ese amor que nunca había sentido por mujer alguna; nada le hubiera apenado más que estar separado para siempre de ella. Y en estas disposiciones de ánimo, si la duquesa se hubiese dignado recurrir a la menor coquetería, oponiéndole un rival, por ejemplo, hubiera conquistado su corazón. Pero en vez de decidirse a esto, la duquesa se dirigía los más duros reproches al sentir que su pensamiento iba siempre en pos del joven viajero. Se culpaba a sí misma, como cosa horrenda, de lo que aún llamaba un capricho; aumentó sus atenciones y sus cariños para el conde, quien, seducido por tantos y tales encantos, desoía los consejos de la sana razón que le prescribía un nuevo viaje a Bolonia.

La marquesa del Dongo, que tenía prisa porque su hija iba a casarse con un duque milanés, no pudo estar con su querido hijo más que tres días; nunca había encontrado en él un cariño tan tierno. En medio de la melancolía que iba apoderándose del alma de Fabricio, presentóse de pronto y con-

siguió despertar su atención, una idea extraña y hasta ridícula. Atrevámonos a decirlo: quería consultar al abate Blanes. Este excelente anciano era enteramente incapaz de comprender los dolores de un corazón, atenazado por pasiones pueriles y de fuerza casi igual; además, hubiéranse necesitado ocho días para sólo dejarle entrever los intereses que Fabricio tenía que considerar en Parma. Pero al pensar en consultarle, Fabricio volvía a encontrar la frescura de sus sensaciones de niño ¿Quién lo creería? Su deseo no era sólo consultar al hombre prudente, al amigo devoto. El objeto de esa visita y los sentimientos que agitaron a nuestro héroe, durante las cuarenta horas que duró su viaje, son tan absurdos, que sin duda mejor valiera, en interés del relato, haberlos suprimido. Temo que la credulidad de Fabricio le prive de la simpatía del lector; pero así era él; ¿por qué favorecerle en su retrato? No he favorecido al conde Mosca ni al príncipe.

Fabricio, pues, para decirlo todo, acompañó a su madre hasta el puerto de Laveno, en la orilla izquierda del lago Mayor, orilla austríaca, en donde ella descendió a las ocho de la noche. (El lago es considerado como país neutral, y a quien no baja a tierra no se pide pasaporte.) Pero apenas cerrada la noche, desembarcó Fabricio en esa ribera austríaca, en medio de un bosquecillo que se adelanta sobre las aguas. Había alquilado una sedita, especie de cochecillo campesino de dos ruedas, muy rápido, con el cual pudo correr detrás del coche de su madre, a quinientos pasos de distancia. iba disfrazado de criado de la casa del Dongo, y a ninguno de los numerosos empleados de policía o de aduana que encontró,

se le ocurrió pedirle su pasaporte. A un cuarto de legua de Como, lugar en donde la marquesa y su hija habían de pasar la noche, tomó a la izquierda un sendero que dejando a un lado la aldea de Vico venia a parar a un caminito recién hecho por la orilla misma del lago. Eran las doce de la noche, y Fabricio podía esperar que no tropezaría con ningún guardia. Los árboles de los bosquecillos, que el camino atravesaba a cada instante, destacaban el negro contorno de sus hojas sobre un cielo estrellado, pero algo velado por una ligera bruma. El agua y el cielo estaban profundamente quietos. El alma de Fabricio no pudo resistir a esta sublime belleza; detúvose y sentóse en una roca que se adelantaba dentro del lago, formando como un breve promotorio. El universal silencio conturbábalo apenas, en intervalos iguales, la suave ola del lago que venia a morir sobre la arena. Fabricio tenía un alma italiana; ruego al lector que le dispense; este defecto, que acaso le haga menos amable, consistía en que no era vanidoso más que por momentos, y la sola visión de la belleza sublime le enternecía; mitigábanse entonces sus dolores, perdiendo por un momento la agudeza de su cortante filo. Sentado en una roca solitaria, libre de los agentes de policía, protegido por la honda noche y el lejano silencio, unas lágrimas dulces corrieron por sus mejillas. Encontró, con poco gasto, los instantes más felices que había gustado desde hacia mucho tiempo.

Resolvió no mentir nunca a la duquesa, y, porque la amaba en este instante hasta la idolatría, juró no decirle nunca que la amaba. Jamás pronunciaría a su lado la palabra amor, puesto que la pasión así denominada era extraña a su

corazón. En el entusiasmo de generosidad y de virtud que en este momento constituía su ventura, tomó la resolución de decírselo todo en la primera coyuntura y confesarle que nunca su corazón había conocido el amor. Una vez que hubo adoptado este propósito valeroso, sintióse como libre de un enorme peso.

Me dirá quizá algo de Marietta; pues bien, no volveré a ver a la pequeña, se respondía a sí mismo alegremente.

El calor pesadísimo, que habla dominado durante el día, empezaba a suavizarse con la brisa de la mañana. Ya el alba dibujaba con débil resplandor blanco las cimas de los Alpes que se alzan al norte y al oriente del lago de Como. Sus masas, cubiertas de nieve aún en junio, se dibujan sobre el azul claro de un cielo, siempre puro en esas inmensas alturas. Un ramal de la cordillera se adelanta hacia el sur, hacia la feliz Italia, y separa la vertiente del lago de Como de la del lago de Guarda. Fabricio seguía con la vista las estribaciones de esas montañas sublimes; el alba, cada vez más luminosa, alumbraba los valles iluminando la ligera bruma que sube de lo hondo de las gargantas.

Reanudó su marcha; pasó la colina formada por la península de Durini y por fin percibieron sus ojos el campanario de la aldea de Grianta, en donde tantas veces había observado las estrellas con el abate Blanes.

¡Qué ignorancia la mía en aquellos tiempos! No comprendía ni siquiera el ridículo latín de esos tratados de astrología que mi maestro hojeaba, y me figuro que si los respetaba, era sólo porque no entendía más que unas pala-

bras acá y acullá y mi imaginación se encargaba de darles un sentido, el más novelesco posible.

Poco a poco su ensueño tomó otro rumbo. ¿No habla quizá en esa ciencia algo de verdad? ¿Por qué ha de ser diferente de las demás? Unos imbéciles se asocian con otros astutos y convienen entre sí en que saben el mejicano, por ejemplo; impónense por esta cualidad a la sociedad que los respeta y a los Gobiernos que les pagan. Se les llena de mercedes precisamente porque no tienen talento, y el poder no teme que subleven a los pueblos y se pongan patéticos, ostentando sentimientos generosos. Por ejemplo, el padre Barj, a quien Ernesto IV acaba de conceder una pensión de 4.000 francos y la cruz de su Orden, por haber restituido diecinueve versos de un ditirambo griego.

Pero, Dios mío, ¿tengo yo derecho a encontrar ridículas esas cosas? ¿Tócame a mí quejarme?, dijo de pronto deteniéndose. ¿Esa misma cruz, no acaban de darla a mi preceptor de Nápoles? Fabricio experimentó un sentimiento de profundo malestar; el hermoso entusiasmo que hacia latir su corazón, tornábase ahora en el vil placer de sacar buena parte de un robo. Pues bien, dijo al fin entornando los ojos como un hombre descontento de sí mismo, puesto que mi nacimiento me da el derecho de aprovecharme de esos abusos, tonto sería si no aceptase mi parte; pero que no se me ocurra maldecirlos en público. Estos razonamientos no carecían de exactitud; pero era caer de bruces desde lo alto de la sublime ventura que le había arrebatado una hora antes. La idea del privilegio había secado esa planta, siempre delicadísima, llamada felicidad.

Si no hay que creer en la astrología, volvió a decir, tratando de variar sus pensamientos; si esa ciencia es, como casi todas las ciencias no matemáticas, una reunión de necios entusiastas o de hipócritas astutos y pagados por aquellos a quienes sirven, entonces ¿por qué pienso tantas veces y con tanta emoción en aquella fatal circunstancia? Salí de la prisión de B..., pero fue con los papeles y el traje de un soldado que habla sido encarcelado por causa justa.

El razonamiento de Fabricio no pudo nunca pasar de aquí. Daba cien vueltas a la dificultad sin conseguir resolverla. Era aún demasiado joven. En los momentos de ocio, ocupábase su alma con arrebato en gustar las sensaciones producidas por las circunstancias novelescas, que su imaginación siempre estaba dispuesta a proporcionarle. Lejos de emplear su tiempo en considerar con paciencia las reales particularidades de las cosas, para luego adivinar sus causas, parecíale todo lo real bajo y fangoso. Yo comprendo que la realidad no es agradable de ver, pero entonces que no se razone acerca de ella. Y sobre todo que no se hagan objeciones manejando pedazos de ignorancia.

Así es como, no careciendo de talento, Fabricio no consiguió comprender que su creencia a medias en los presagios era para él una religión, una profunda impresión sentida al entrar en la vida. Pensar en esa creencia era para él sentir, era ser feliz. Y se obstinaba en indagar cómo podría ser el presagio una ciencia probada, real, del género de la geometría, por ejemplo. Buscaba con ardor, en su memoria, todas las circunstancias en las que unos presagios observados por él no hablan sido seguidos del suceso feliz o desgraciado que pare-

cían anunciar. Pero creyendo que razonaba y caminaba hacia la verdad, su atención se detenía deliciosamente en el recuerdo de los casos en que el presagio había sido evidentemente seguido del suceso feliz o desgraciado que parecía anunciar; su alma, entonces, se llenaba de respeto, quedaba enternecida, y hubiera sentido invencible repugnancia hacia quien le negara la verdad de los presagios, sobre todo si hubiese usado para ello la ironía.

Andaba Fabricio sin notar las distancias y había llegado a ese punto de sus razonamientos impotentes, cuando al levantar la cabeza, se encontró ante la pared del jardín de su padre. Este muro, que sostenía una hermosa terraza, se alzaba a más de cuarenta pies sobre el camino, a la derecha. Una serie de bloques de piedra tallada puestos en lo alto, cerca de la barandilla, le daban un aspecto monumental. No está mal, se dijo Fabricio fríamente, es de buena arquitectura, casi de gusto romano. Aplicaba al caso sus recientes conocimientos de antigüedades. Luego volvió la cabeza con asco; 150 las severidades de su padre, la denuncia sobre todo de su hermano Ascanio, a su vuelta del viaje a Francia, le vinieron a las mientes.

Esta delación de un hermano indigno ha sido el origen de mi vida actual. Puedo odiarla y despreciarla, pero ella es la que ha cambiado mi destino. Y ¿qué sería de mí, recluido en Novara, tolerado apenas en casa del apoderado de mi padre, si mi tía no se hubiera enamorado de un ministro poderoso? Si esa tía hubiese tenido un alma seca y vulgar, en vez de esa alma tierna y apasionada que me adora con un entusiasmo extraño, ¿qué sería de mí ahora? ¿Qué sería de mí, si la du-

quesa hubiese nacido con el alma de su hermano el marqués del Dongo?

Abatido por estos crueles recuerdos, Fabricio andaba con paso incierto. Llegó al borde del foso, precisamente frente a la magnífica fachada del castillo. Apenas lanzó una mirada a ese gran edificio, ennegrecido por el tiempo. La noble voz de su arquitectura lo halló insensible; el recuerdo de su hermano y de su padre cerraba su alma a toda sensación de belleza, y sólo estaba atento a guardar sede enemigos hipócritas y peligrosos. Miró un instante, pero con acentuado asco, la ventanita del cuarto que ocupaba, en 1815, en el piso tercero. El carácter de su padre había quitado todo encanto a los recuerdos de su primera infancia. No he vuelto a entrar aquí, pensó, desde el 7 de mayo a las ocho de la noche. Salí ese día para tomar el pasaporte de Vari, y al día siguiente, por temor a los espías, hube de adelantar mi partida. Cuando volví, después del viaje a Francia, no tuve tiempo para subir, ni siquiera a ver mis grabados; todo esto por culpa de la delación de mi hermano.

Fabricio apartóse horrorizado. El abate Blanes tiene ya más de ochenta y tres años, se dijo tristemente. Ya no viene casi al castillo, según mi hermana me ha contado; los achaques de la vejez han producido su efecto. Su corazón tan firme y tan noble, los años han conseguido helarlo. ¡Dios sabe cuánto tiempo hará que no sube a su campanario! Me esconderé en la bodega, detrás de las cubas o en el pisadero, hasta la hora en que se levante. No iré a turbar el sueño del buen viejo. Probablemente habrá olvidado hasta los rasgos de mi cara. Seis años son mucho, a esa edad. No encontraré

sino el sepulcro de un amigo. Es una verdadera tontería haber venido aquí a soportar el asco que me da el castillo de mi padre.

Fabricio entraba en la plazuela de la iglesia; con estupefacción delirante percibió, en el segundo piso del viejo campanario, la ventana, estrecha y larga, alumbrada por la pequeña linterna del abate Blanes. El abate solía dejarla allí, al subir a la caja de madera que constituía su observatorio, con el fin de que la claridad no le impidiera leer en su planisferio. El mapa del cielo estaba pegado a un macetón de terracota que había servido antes para un naranjo del castillo. En el agujero del fondo de la maceta ardía una lamparita pequeñísima, cuyo humo salía por un tubito de hojalata, y la sombra del tubo señalaba el Norte en el mapa. Todos estos recuerdos de cosas sencillísimas inundaron de emoción el alma de Fabricio y la llenaron de felicidad.

Casi sin pensar hizo con sus dos manos el pequeño silbido bajo y breve que era antaño la señal de su llegada. En seguida oyó el movimiento, repetido varias veces, de la cuerda que desde lo alto del observatorio abría el pestillo de la puerta del campanario. Precipitóse por la escalera arriba, conmovido hasta el ahogo; encontró al abate en su sillón de madera, en el sitio acostumbrado; sus ojos estaban fijos en la pequeña lente de un cuadrante mural. Con su mano izquierda, el abate le hizo señas de que no le interrumpiese en su observación; un momento después escribió una cifra sobre un naipe, y dando la vuelta en su sillón abrió los brazos a nuestro héroe, que se echó en ellos derramando lágrimas. El abate Blanes era su verdadero padre.

-Te esperaba -dijo Blanes, después de las primeras frases de expansión y de ternura.

¿Desempeñaba el abate su papel de ~ sabio?, o bien como pensaba mucho en Fabricio, ¿algún signo astrológico por pura casualidad le había anunciado su vuelta?

-Mi muerte se acerca -dijo el abate Blanes.

-¿Cómo? -exclamó Fabricio conmovido.

-Sí -replicó el abate en tono grave, aunque no triste-. Cinco meses y medio o seis meses y medio después que te haya visto, mi vida, habiendo ya encontrado su complemento de felicidad, se apagará.

*Come face al mancar del alimento.*⁷

Antes de que llegue el instante supremo estaré probablemente uno o dos meses sin hablar; y después será admitido en el seno de nuestro padre, si es que cree que he cumplido mi deber en el puesto donde me puso de centinela.

Tú estás muerto de cansancio; tu emoción te dispone al sueño. Desde que te aguardo, he escondido un pan y una botella de aguardiente en el gran cajón de mis instrumentos. Da a tu vida ese sostén y procura tomar bastante fuerza para escucharme aún algunos momentos. En mi poder está el decirte varias cosas antes de que el día sustituya por completo a la noche; ahora las veo mucho más claras' que las veré acaso mañana. Porque, hijo mío, siempre somos débiles y siempre hay que contar con esa debilidad. Mañana quizá el hombre viejo, el hombre terrenal estará ocupado, dentro de

⁷ Como lamparilla cuando el aceite se acaba.

mi, en preparar su muerte, y mañana a las nueve de la noche debes irte.

Fabricio le obedeció silenciosamente, como acostumbraba.

-Así, pues, ¿es cierto -siguió diciendo el anciano-, que cuando has intentado ver Waterloo, lo primero que has encontrado ha sido una cárcel?

-Sí, padre mío -dijo Fabricio atónito.

-Pues bien; esa fue una rara ventura, porque, advertida por mi voz, tu alma puede prepararse a otra prisión que será mucho más dura y terrible. Probablemente no saldrás de ella si no por medio de un crimen; pero, gracias a Dios, ese crimen no serás tú quien lo cometa. No caigas nunca en el crimen, por muy violentamente que la tentación te incite. Me parece ver que se tratará de matar a un inocente que, sin saberlo, usurpa tus derechos. Si resistes a la tentación violenta, que parecerá justificada por las leyes del honor, tu vida será muy feliz a los ojos de los hombres y razonablemente feliz a los ojos del sabio -añadió después de meditar un instante-. Morirás como yo, hijo mío, sentado en un asiento de madera, lejos del lujo, desengañado del lujo y, como yo también, sin graves reproches de tu conciencia.

Ahora, las cosas referentes al futuro están terminadas entre nosotros y nada importante podría añadirte. En vano he intentado averiguar cuánto tiempo durará esa prisión. ¿Serán seis meses, un año, diez años? No he podido descubrirlo. Sin duda he cometido alguna falta, y el cielo ha querido castigarme con la pena de esa incertidumbre. Sólo he visto que después de la cárcel, aunque no sé si en el mo-

mento mismo de la salida, habrá lo que llamo crimen; pero felizmente creo estar seguro de que no serás tú quien lo cometa. Si tienes la debilidad de tomar parte en ese crimen, todo el resto de mis cálculos es un puro error; no morirás con el alma en paz, sobre un asiento de madera y vestido de blanco. Diciendo estas palabras, el abate Blanes quiso levantarse. Entonces fue cuando Fabricio percibió bien los destrozos del tiempo; tardó el abate casi un minuto en levantarse y volverse hacia Fabricio. Este le dejaba hacer, inmóvil, silencioso. El abate se echó en sus brazos varias veces; él lo estrechó en los suyos con extremado cariño. Después de esto, volvió a hablar con su alegría de antaño. Procura arreglarte en medio de mis instrumentos y dormir cómodamente. Toma mía pieles; hallarás varias de gran precio, que la duquesa Sanseverina me mandil hace cuatro años. Me pidió una predicción de tu vida, que me guardé muy bien de enviarle, quedándome, sin embargo, con las pieles y el hermoso cuadrante. Cuando se anuncia el porvenir se infringe la regla, y se corre el peligro de alterar el suceso venidero, en cuyo caso la ciencia se viene abajo como un verdadero juego de niños; y además había que decir cosas duras a esa duquesa, siempre tan bonita. A propósito, no te asustes, en tu sueño, de las campanas, que armarán un estrépito horrible a tu lado cuando toquen a misa de siete; luego, en el piso de abajo van a dar vuelo a la campana mayor, que remueve todos mis instrumentos. Hoy es el día de San Giovita, mártir y soldado. Ya sabes que la aldehuela de Grianta tiene el mismo patrón que la gran ciudad de Brescia, lo cual, entre paréntesis, engañó de muy graciosa manera a mi ilustre maestro

Santiago Marini de Rávena. Varias veces me anunció que tendría un buen porvenir en la Iglesia, creyendo que iba a ser cura de la magnífica iglesia de San Giovita de Brescia; he sido cura de una pequeña aldea de setecientos cincuenta vecinos. Pero de ello me felicito. He visto, no hace diez años, que si hubiera sido cura de Brescia, mi destino me hubiera llevado a una prisión en una colina de Moravia, en el Spielberg. Mañana te traeré manjares delicados, que robaré en la gran comida que doy a los curas del contorno que vienen a cantar en mi misa mayor. Los traeré abajo; pero no trates de verme, no bajes para entrar en posesión de esas cosas buenas, hasta que me hayas oído volver a salir. No debes verme de día, y como mañana se pone el sol a las siete y veintisiete, vendré a abrazarte a las ocho y tendrás que marcharte mientras las horas se cuentan aún por nueve, esto es, antes de las diez de la noche. Ten cuidado, no vayan a verte en las ventanas del campanario; los guardias tienen tus señas personales y están en cierto modo babo las órdenes de tu hermano, ese déspota redomado. El marqués del Dongo va debilitándose añadió Blanes en tono triste y si volviera a verte quizá te diera algo por su mano. Pero tales provechos fraudulentos no convienen a un hombre como tú, cuya fuerza estará algún día en su conciencia. El marqués aborrece a su hijo Ascanio, a quien, sin embargo, irán los cinco o seis millones que posee. Es justo. Tú, a su muerte, tendrás una pensión de 4.000 francos y cincuenta varas de paño negro para el luto de tus criados.

IX

El alma de Fabricio estaba exaltada por el discurso del anciano, por la atención profunda y por el extremado cansancio. Mucho trabajo le costó dormirse y tuvo un sueño agitado, heno de visiones, presagios acaso del porvenir. Hacia las diez de la mañana despertáronle unas formidables sacudidas que hacían temblar el campanario y un ruido tremendo que parecía venir de fuera. Levantóse asustado y creyó llegado el fin del mundo; luego pensó que se hallaba encerrado; fue recobrando el sentido, y al cabo de algún tiempo conoció el sonido de la campana mayor, que cuarenta aldeanos ponían en movimiento, en honor del gran San Giovita; con diez hombres hubiera bastado.

Fabricio buscó un buen sitio para ver, sin ser visto; advirtió que desde tan grande altura, su mirada penetraba en los jardines y hasta en el patio interior del castillo de su padre. Lo había olvidado, y la idea de ese padre, que tocaba al término de la vida, cambiaba todos sus sentimientos. Veía hasta los gorriones buscando migajas de pan en el balcón

grande del comedor. Son los descendientes de los que yo había amaestrado en otro tiempo, pensó. Este balcón, como todos los demás balcones del palacio, estaba lleno de naranjos plantados en macetas; al verlos, Fabricio se enterneció. El aspecto de eje patio interior, así adornado, con sus sombras recortadas y señalarlas por un sol deslumbrador, era verdaderamente grandioso.

Recordaba ahora esa debilidad que su padre iba adquiriendo. Es verdaderamente singular, pensaba; mi padre tiene sólo treinta y cinco años más que yo; ¡ treinta y cinco y veintitrés hacen cincuenta y ocho! Sus ojos, fijos en las ventanas del cuarto de ese hombre severo, que no le había querido nunca, se llenaron de lágrimas. Tembló, y por sus venas corrió un frío repentino, al creer reconocer a su padre atravesando una terraza de naranjos que se hallaba a la altura de su cuarto; pero era un ayuda de cámara. Bajo el campanario, una multitud de muchachas vestidas de blanco y divididas en grupos se ocupaban en hacer dibujos, con flores blancas, rojas y amarillas, sobre el suelo de las calles por donde tenía que pasar la procesión. Pero había un espectáculo que hablaba con mayor elocuencia al espíritu de Fabricio: desde el campanario, sus miradas se cernían sobre los dos brazos del lago en una distancia de varias leguas; esta sublime visión hizo pronto olvidar todo lo demás y despertó en él los más elevados sentimientos. Todos los recuerdos de su infancia acudieron en confuso tropel a su mente, y este día que pasó encerrado en un campanario fue quizá de los más dichosos de su vida.

La felicidad le llevó a una altura de pensamiento asaz extraña a su carácter. El, tan joven, consideraba los sucesos de la vida, como si ya hubiera llegado a su límite extremo. Convengamos, se dijo al fin, tras muchas horas de deliciosos ensueños, convengamos en que desde mi llegarla a Parma no he gozado una alegría tranquila y perfecta como las que hallaba en Nápoles galopando por los caminos de Vomero o corriendo por las riberas de Misene. Todos los complicadísimos intereses de esta corte pequeña y perversa me han hecho también perverso. No siento placer en el odio, y hasta creo que sería para mí una triste felicidad la de humillar a mis enemigos, si los tuviera; pero no tengo enemigos... ¡Alto!, pensó de pronto, tengo a Giletti. . . ¡Cosa singular! El gusto que me daría ver a ese hombre irse a todos los diablos sobrevive al ligerísimo capricho que sentía por la pequeña Marietta... Esta no vale, ni con mucho, lo que la duquesa de A..., a quien estaba obligado a amar en Nápoles, puesto que le había dicho que estaba enamorado de ella. ¡Dios mío! Cuántas veces me he aburrido en las largas citas que me concedía la hermosa duquesa; no así en el cuartito destartado que servía de cocina, donde la pequeña Marietta me ha recibido dos veces, dos minutos cada vez.

Y ¡qué es lo que esa gente come! ¡Dios mío! Da pena... Hubiera debido pasarle a ella y a la mamacia una pensión de tres chuletas diarias. La pequeña Marietta, añadió, me distraía de los malos pensamientos que me sugiere la vicia en esa corte.

Quizá hubiera sido mejor elegir la vida de café, como dice la duquesa. Parecía ella inclinarse de este lado, y ella

tiene mucho más talento que yo. Gracias a sus mercedes y aun sólo con esa pensión de 4.000 francos y el capital de 40.000 colocado por mi madre en Lyon, para mí siempre tendría un caballo y algunos es 1~ codos para hacer excavaciones y formar un pequeño museo. Puesto que parece que nunca he de conocer el amor, esas serán para mí las fuentes únicas de felicidad; quisiera antes de morir volver a ver el campo de batalla de Waterloo y tratar de encontrar el prado en donde fui tan lindamente despojado de mi caballo y sentado en el suelo. Una vez realizada esta peregrinación, volverla con frecuencia a este lago sublime; nada en el mundo puede verse tan hermoso, al menos para mi corazón. ¿A qué buscar tan lejos la felicidad? Ahí está, ante mi vista.

¡Ah!, prosiguió Fabricio a manera de objeción, la policía me expulsa del lago de Como; pero soy más joven que los que dirige esa policía. Aquí, añadió riéndose, no tendré a una duquesa de A..., pero encontraré una de esas muchachas que están ahí arreglando las flores en el suelo, y en verdad que la amaré tanto como a la duquesa, pues la hipocresía de las grandes damas me cohibe, aun en el amor, y muchas de esas señoras aspiran a efectos demasiado sublimes. Napoleón les ha dado ideales de moralidad y de constancia.

¡Demonio!, exclamó de repente, apartando la cabeza de la ventana como si temiera ser reconocido a pesar de las sombra proyectada por la enorme celosía de madera que resguarda las campanas de la lluvia; ahí vienen los guardias con uniforme de gala. Y, en efecto, diez guardias, de los cuales cuatro eran suboficiales, entraban por la calle principal de la aldea. Un suboficial los colocaba de cien en cien pasos

a lo largo del trayecto que iba a recorrer la procesión. Todo el mundo me conoce aquí, y, si me ven, me hacen saltar desde la ribera del lago de Como al Spielberg, en; donde me atarán a cada pie una cadena de ciento diez libras de peso; ¡qué dolor para la duquesa!

Necesitó Fabricio dos o tres minutos para recordar, primero, que estaba situado a más de ochenta pies de altura, segundo, que el lugar en que se hallaba estaba relativamente obscuro, y que los ojos de quienes mirasen hacia arriba serían heridos por un sol brillante, y por último, que los guardias se paseaban con los ojos muy abiertos por unas calles en donde todas las casas acababan de ser encaladas en honor de la fiesta de San Giovita. Pues bien, a pesar de tan claros razonamientos, el alma italiana de Fabricio no hubiera podido en adelante gustar placer alguno, si no interpone entre él y los guardias un pedazo de vieja tela que clavó a la venta y a la que hizo dos agujeros para los ojos.

campanas herían el aire; la procesión salta de la iglesia y los mortaretti empezaban a disparar. Fabricio volvió la cara y reconoció la pequeña explanada rodeada de un parapeto que domina el lago, en la cual tantas veces en su niñez se había expuesto a que los mortaretti se le dispararan en las piernas; por eso su madre no quería que los días de fiesta se separase de ella.

Sébase que los mortaretti (morterillos) no son sino cañones de fusil aserrados, de suerte que no les quede más de cuatro pulgadas de largo. Los aldeanos recogen con avidez los cañones de fusil que desde 1796 la política de Europa ha sembrado con profusión por las llanuras lombardas. Reduci-

dos a una longitud de cuatro pulgadas, esos cañoncitos se cargan hasta la boca y se colocan en el suelo verticalmente. De uno a otro corre un reguero de pólvora. Hay doscientos o trescientos, colocados en tres filas como un batallón, en algún lugar cercano al paso de la procesión. Cuando se acerca el Santísimo, se prende fuego al reguero de pólvora, y entonces comienza un fuego graneado de tiros secos desiguales y ridiculísimos; las mujeres se vuelven locas de alegría. Nada más jocosos que el ruido de esos mortaretti oído de lejos, en el lago, y templado por el balanceo de las aguas. Este ruido singular que había tantas veces divertido a nuestro héroe en su niñez, puso en fuga las ideas demasiado serias que ocupaban a Fabricio. Fue a buscar el antejo astronómico del abate y reconoció la mayor parte de los hombres y de las mujeres que seguían la procesión. Muchas niñas encantadoras que Fabricio había dejado con once o doce años de edad, eran estupendas mujeres, en la flor de una vigorosa juventud; su vista reanimó el valor de nuestro héroe y por hablarles, hubiera despreciado a los guardias.

Cuando la procesión hubo terminado, entrando en la iglesia por una puerta lateral que Fabricio no podía ver, el calor se hizo insoportable incluso en lo alto del campanario. Los habitantes volvieron a sus casas y pronto reinó un gran silencio en la aldea. Varias barcas llenas de aldeanos emprendieron la vuelta a Belagio, a Menagio y a otras aldeas del lago. Fabricio podía oír el chapoteo de los remos y este sencillito detalle le arrebató en éxtasis. Su alegría presente resultaba de toda la desgracia, de todo el enojo que hallaba en la vida complicada de las cortes. ¡Qué felicidad la suya, aho-

ra, si hubiera podido bogar por aquel hermoso lago tan tranquilo, que tan bien reflejaba la profundidad del cielo! Oyó que la puerta de abajo del campanario se abría: la vieja criada del abate Blanes traía un gran cesto; le costó a Fabricio un trabajo inmenso decidirse a no hablarle. Me tiene, pensaba, casi tanto cariño como su amo y además me voy esta noche a las nueve. ¿No será capaz de guardar nueve horas el secreto que le hiciese jurar? Pero, pensó, esto disgustaría a mi amigo. Quizá fuera comprometerlo. Dejó salir a Ghita Sin dirigirle la palabra. Sirvióse una excelente comida y luego se arregló para dormir unos minutos; pero no se despertó hasta las ocho y media; el abate Blanes estaba llamándole; ya era de noche.

Blanes estaba cansadísimo; parecía que le habían echado cincuenta años encima. Ya no habló de cosas serias; sentóse en un sillón de madera.

-Abrazame -dijo a Fabricio. Lo estrechó en sus brazos varias veces-. La muerte -dijo por último-, que va a acabar con mi larga vida, no me será de seguro tan penosa como esta separación. Tengo una bolsa que dejaré en depósito a Ghita, con la orden « que tome lo que necesite y te entregue lo que quede, si vienes algún día a pedírselo. La conozco; después de esa recomendación, es capaz, por ahorrar para ti, de no comprar carne ni cuatro veces al año, si no le ordenas terminantemente otra cosa. Tú mismo puedes quedarte en la miseria y entonces el óbolo del viejo amigo será un socorro que te servirá. De tu hermano nada esperes, como no sean atrocidades; procura ganar dinero en un trabajo útil para la sociedad. Preveo extrañas tormentas; acaso dentro de cin-

cuenta años no sean tolerados los ociosos. Pueden faltarte tu madre y tu tía.; tus hermanas tendrán que obedecer a sus maridos... Vete, vete, huye exclamó Blanes apresuradamente; acababa de oír en el reloj un ruidito que anunciaba que iban a dar las diez, y no quiso ni permitir que Fabricio le abrazara otra vez.

-¡Pronto, pronto! -le gritó-. Por lo menos tardarás un minuto en bajar la escalera; cuidado con caerte, que eso sería un horrible presagio.

Fabricio se precipitó por la escalera y cuando llegó a la plaza echó a correr. Apenas estaba delante del castillo de su padre, cuando la campana dio las diez; cada golpe retumbaba en su pecho hiriéndole con singular emoción. Se detuvo para reflexionar o mejor para entregarse a los sentimientos apasionados que le inspiraba la contemplación de ese majestuoso edificio, que había juzgado la noche antes con tanta frialdad. De su ensueño despertáronle pasos de hombre; miró y se halló ante cuatro guardias. Tenía dos magníficas pistolas, cuyas cápsulas había renovado, mientras comía; el ruidito que hizo al montarlas despertó la atención de uno de los guardias y estuvo a punto de ser detenido. Comprendió el peligro que corría y pensó en disparar el primero; estaba en su derecho, pues sólo así podía resistir a cuatro hombres bien armados. Felizmente, los guardias que iban desalojando las tabernas, no se habían mostrado del todo insensibles a las cortesías de que habían sido objeto en varios de esos amables lugares. Vacilaron un momento y Fabricio salió escapado a todo correr. Los guardias anduvieron algunos pasos corriendo también y gritando: ¡para! ¡para! Y todo volvió a

quedar en silencio. A los trescientos Fabricio se detuvo para respirara El ruido de mis pistolas ha estado a punto de perderme, se dijo; y entonces sí que podría decirme la duquesa - si alguna vez hubiese vuelto a ver sus hermosos ojos-, que mi alma se goza contemplando lo que pasará dentro de diez años y no se cura de lo que está pasando ahora a mi lado.

Tembló Fabricio, pensando en el peligro que acababa de evitar; apresuró el paso, pero pronto empezó a correr, lo que no era muy prudente, pues se hizo notar por varios aldeanos que volvían a sus casas. Aunque quiso, no pudo detenerse hasta llegar a la montaña, a más de una legua de Grianta y, aun parado, corríale por el cuerpo un sudor frío pensando en el Spielberg.

¡Vaya un miedo!, se dijo. Y al oír el sonido de esta palabra casi sintió vergüenza. Pero ¿no me decía mi tía que lo que más necesito es aprender a perdonarme? Siempre me estoy comparando con un modelo perfecto que no puede existir. Pues, bien, me perdono mi miedo, pues por otra parte estaba dispuesto a defender bien mi libertad y de seguro que los cuatro no hubieran quedado en pie para llevarme a la cárcel. Lo que hago en este momento, añadió, no es táctico; en lugar de retirarme rápidamente después de haber logrado mi objeto, y haber acaso dado aviso a mis enemigos, he aquí que me entretengo en un capricho más ridículo quizá que todas las predicciones del buen abate.

En efecto, en lugar de retirarse por el camino más corto y llegar pronto a la orilla del lago Mayor en donde le aguardaba su barca, estaba dando una vuelta enorme para ir a ver su árbol. El lector recordará quizá el amor que Fabricio pro-

fesaba a un castaño plantado por su madre hacia veintitrés años. Digno de mi hermano sería, pensó, haber mandado cortar ese árbol; pero los seres como él no sienten las cosas delicadas; no habrá pensado en ello. Además no sería de mal agüero, añadió con firmeza. Dos horas más tarde sus miradas expresaban la consternación; algunos malintencionados o quizá una tormenta habían desgajado una de las principales ramas del árbol joven, que colgaba seca y muerta. Fabricio la cortó respetuosamente con la ayuda de su puñal y raspó cuidadosamente el corte para que el agua no se metiese dentro del tronco. Luego, aunque el tiempo volaba y no podía desperdiciarlo, se pasó una hora larga cavando la tierra en torno al árbol amado. Después de haber hecho esas locuras, tomó rápidamente el camino del lago Mayor. En resumidas cuentas, no estaba triste; el árbol venía muy bien, estaba más vigoroso que nunca y en cinco años se habla puesto casi doble de gordo. La rama rota era un accidente sin consecuencia; una vez cortada, ya no hacía daño al árbol que hasta sería más esbelto por empezar más alto el ramaje.

No había andado Fabricio una legua, cuando una banda de blancura intensa dibujaba por oriente los picos del Resegon di Lek, montaña célebre en el país. El camino por donde iba, se llenaba de aldeanos; pero en vez de pensar en ideas militares, Fabricio se sentía enternecido por los aspectos sublimes o conmovedores de esos bosques que rodean al lago de Como. Son quizá los más hermosos del mundo; no quiero decir que sean los que producen más escudos nuevos, como dicen en Suiza, pero los que más hablan al alma. Escuchar esa voz, en la posición en que estaba Fabricio, siendo

objeto de las atenciones de los señores guardias lombardo-vénetos, era una verdadera niñería. Estoy a media hora de la frontera, pensó al fin; voy a encontrarme con carabineros y guardias haciendo su ronda de la mañana; este traje de paño fino va a despertar sus sospechas; van a pedirme mi pasaporte y este pasaporte lleva con todas sus letras el nombre de un individuo condenado a prisión; heme aquí en la agradable necesidad de hacer una muerte. Si como es costumbre los guardias van por parejas, no voy a esperar plácidamente para disparar, a que uno de ellos trate de cogerme; porque con que al caer me retenga un poco, estoy en el Spielberg. Fabricio horrorizado, sobre todo por esta necesidad de disparar el primero, acaso sobre un antiguo soldado de su tío, el conde Pietranera, corrió a esconderse en el tronco hueco de un enorme castaño. Puso a sus pistolas cápsulas nuevas, cuando oyó a un hombre que venía por el bosque cantando muy bien una melodía deliciosa de Mercadante, muy de moda entonces en Lombardia.

Esto es de buen agüero, pensó Fabricio. Ese canto, que escuchaba religiosamente, desvaneció el matiz de ira que iba mezclándose en sus pensamientos. Miró atentamente la carretera por ambos lados, sin ver a nadie: el cantor vendrá por algún sendero, pensó. Casi al mismo tiempo vio a un ayuda de cámara muy limpiamente vestido a la inglesa, montado a caballo y que venia, llevando de la diestra, un hermoso caballo de raza, quizá algo delgado.

¡Ay! ¡Si yo pensara como Moscal, suspiró Fabricio. Siempre me dice que el peligro que un hombre corre está en razón directa de' sus derechos sobre el prójimo, que tiene a

LA CARTUJA DE PARMA

su lado. Si yo razonase así le rompía la cabeza de un tiro a ese ayuda de cámara y subido en el caballo flaco me reía de todos los guardias del mundo. De vuelta a Parma enviaba dinero a ese hombre o a su viuda... , pero ¡qué horror!

X

Fabricio, meditando así sobre la moral, saltó a la carretera que va de Lombardía a Suiza. En este sitio la carretera está a cuatro o cinco pies más baja que el bosque. Si mi hombre se asusta, pensó Fabricio, toma el galope y me deja plantado como un tonto. En este momento estaba a diez pasos del criado, que ya no cantaba. Vio en sus ojos que tenía miedo y que quizá iba a volverlos caballos.

Sin haber tomado aún una decisión, Fabricio dio un salto y cogió la rienda del caballo flaco.

-Amigo mío -dijo al criado-, no soy un ladrón vulgar, pues voy a empezar por dar a usted veinte francos; pero me veo en la obligación de tomar prestado este caballo. Me matan si no me largo a escape. Detrás de mí vienen los cuatro hermanos Riva, esos cazadores que sin duda conoce usted; acaban de sorprenderme en el curto de su hermana; salté por la ventana y aquí estoy. Han salido al bosque con perros y escopetas. Me había escondido en ese castaño hueca porque he visto a uno de ellos atravesar la carretera; sus perros van a

coger mi pista. Me voy a subir a este caballo y galoparé hasta una legua más allá de Como: voy a Milán a echarme a los pies del virrey. Dejaré el caballo en la posta con dos napoleones para usted, si consiente en ello. Si usted se resiste, le mato con estas pistolas. Si después de haberme ido avisa usted a los guardias, mi primo el conde Alarj, escudero del emperador, se cuidará de romperle a usted los huesos.

Fabricio inventaba este discurso a medida que lo iba diciendo, en tono pacífico.

-Por lo demás -añadió riéndose-, mi nombre no es un misterio; soy el marchesino Ascanio del Dongo; mi castillo está muy cerca de aquí, en Grianta. Pero, demonio, suelte usted el caballo -dijo alzando la voz.

El criado, estupefacto, no decía palabra. Fabricio tomó su pistola con la derecha, cogió las riendas que el otro había soltado y subió a caballo partiendo a galope corto. Cuando estuvo a trescientos pasos, recordó que no había dado al hombre sus veinte francos. Se detuvo; no había nadie en el camino más que el criado, que le seguía al galope. Le hizo señas con su pañuelo de que se acercara, y cuando estuvo a cincuenta pasos echó a tierra un puñado de monedas y volvió a correr. Vio de lejos al criado recoger las monedas. He aquí un hombre realmente razonable, dijo Fabricio riéndose; ni una palabra inútil. Corrió hacia el sur, se detuvo en una casa aislada y volvió a ponerse en camino algunas horas después. A las dos de la mañana había llegado a la orilla del lago Mayor; pronto divisó su barca en el agua; el barquero acudió a la señal convenida. No vislumbrando aldeano alguno a quien entregar el caballo, devolvió su libertad al noble ani-

mal. Tres horas más tarde estaba en Belgirate. Ya allí, en territorio amigo, descansó; estaba contentísimo, todo había salido perfectamente. Digamos sin rebozo que las verdaderas causas de su alegría eran que su árbol crecía soberbiamente, y que su alma se había refrescado en la profunda ternura del abate Blanes. ¿Creerá de verdad, pensaba, en las predicciones que me ha dicho, o bien será que, habiéndome fabricado mi hermano la reputación de un jacobino, de un hombre sin freno, capaz de todo, ha querido invitarme a no ceder a la tentación de romper la cabeza a algún animal que me haya hecho una jugarreta? Dos días después, Fabricio estaba en Parma en donde divirtió mucho a la duquesa y al conde, contándoles punto por punto, como siempre hacía, la historia de su viaje.

A su llegada Fabricio encontró al portero y a todos los criados del palacio Sanseverina vestidos de luto riguroso.

-¿Qué pérdida lloramos? -preguntó a la duquesa.

-El hombre excelente que llamaban mi marido, acaba de morir en Baden. Me deja este palacio, como estaba convenido, pero en señal de buena amistad añade un legado de 300.000 francos que me tiene muy perpleja; no quiero renunciar a él en favor de su sobrina la marquesa Raversi quien, cada día me arma una jugarreta perversa. Tú que eres aficionado, búscame un buen escultor y levantaré al duque un sepulcro de 300.000 francos.

El conde empezó a contar anécdotas de la Raversi.

-En vano he intentado ablandarla con favores -dijo la duquesa-. En cuanto a los sobrinos del duque, a todos los he hecho coroneles o generales. Pero en cambio no pasa mes

sin que me manden 164 algún abominable anónimo. He tenido que tomar un secretario para leer esas cartas.

-Y esas cartas anónimas son pecados veniales -siguió diciendo Mosca-. Además, han puesto una fábrica de infames denuncias. Veinte veces he podido llevar a los tribunales a toda esa ralea; y ya puede figurarse Vuestra Excelencia añadió dirigiéndose a Fabricio, si mis buenos jueces los hubieran condenado.

-Pues bien, eso me echa a perder todo lo demás -replicó Fabricio con una ingenuidad que, en la corte, resultaba graciosísima-; me hubiera gustado mucho más verlos condenados por magistrados íntegros e imparciales.

-Hágame el favor, ya que usted viaja para instruirse, de darme las señas de esos magistrados; las apuntaré antes de acostarme.

-Si yo fuera ministro, esta carencia de jueces honrados heriría mi amor propio.

-Pero me parece -replicó el conde-, que Vuestra Excelencia, que tanto quiere a los franceses y que hasta les prestó una vez la ayuda de su invencible brazo, olvida en este momento una de sus grandes máximas: más vale matar al diablo que no que el diablo nos mate. Yo quisiera ver cómo iba usted a gobernar a esas almas ardientes que leen todo el día la Revolución de Francia, con jueces que echaran a la calle a los que yo acuso. Llegarían a no condenar ni a los bribones más evidentemente culpables y se creerían austeros como Marco Bruto. Pero voy a pasar a la ofensiva; su alma de usted tan delicada, ¿no siente remordimiento alguno a propó-

sito de ese hermoso caballo un poco flaco que acaba de abandonar en las orillas del lago Mayor?

-Pienso -dijo Fabricio muy serio- mandar al dueño del caballo lo que sea, para resarcirlo de los gastos de anuncio y demás, que habrá tenido que hacer para que se lo devuelvan los aldeanos que lo hayan encontrado. Voy a leer asiduamente el diario de Milán para buscar el anuncio de un caballo perdido; sé muy bien las señas del que tomé.

-Él es de una inocencia verdaderamente primitiva -dijo el conde a la duquesa-. Y ¿qué habría sido de Vuestra Excelencia -siguió diciendo entre risas-, si cuando galopaba en su caballo prestado, se le ocurre al animal dar un tropezón? Pues derecho al Spielberg, querido sobrino mío, y toda mi influencia apenas si hubiera sido bastante para disminuir en treinta libras el peso de la cadena atada a vuestros pies. En ese lugar de recreo hubiera usted pasado unos diez años; quizá las piernas se le hubieran hinchado y gangrenado, en cuyo caso habría habido que cortarlas...

-Ah, ¡por Dios! Basta; ¡no siga tan triste novela! -exclamó la duquesa vertiendo lágrimas-. Ya está aquí de vuelta y...

-Y yo me alegro más que usted, puede usted creerlo -replicó el ministro muy serio-; pero ¿por qué este niño cruel no me pidió un pasaporte con un nombre conveniente, ya que quería penetrar en Lombardía? A la primera noticia de su detención hubiera ido yo a Milán y los amigos que allí tengo habrían consentido en cerrar los ojos y en suponer que los gendarmes habían detenido a un súbdito del príncipe de Parma. El relato de su aventura es gracioso y divertido, con-

vengo en ello -siguió diciendo el conde con tono menos siniestro-; la salida del bosque a la carretera me gusta; pero, aquí para internos, puesto que el criado tenía su vida en sus manos, estaba usted en su derecho al tomar la suya. Vamos a proporcionar a Vuestra Excelencia una brillante fortuna; por lo menos la señora lo ordena y creo que mis mayores enemigos no pueden acusarme de haber desobedecido a ninguno de sus mandatos. Pues bien; ¡qué mortal dolor para ella y para mí si en esa especie de carrera loca que acaba usted de correr montado en ese caballo flaco, el animal da un paso en falso! Casi mejor hubiera sido que ese caballo le rompiera la cabeza.

-¡Qué trágico está usted esta noche, amigo mío! -dijo la duquesa toda conmovida.

-Es que estamos rodeados de sucesos trágicos replicó el conde con emoción también; no estamos aquí en Francia, en donde todo acaba en coplas o en un par de años de cárcel a lo sumo; realmente hago mal en hablar en broma de todo esto. Y ¿qué?, querido sobrino, supongamos que encuentro el medio de hacerle a usted obispo, porque .en verdad no puedo empezar por el arzobispado de Parma, como quiere, con mucha razón, la señora duquesa aquí presente; en ese obispado, lejos de nuestros sabios consejos, diga, diga, a ver, ¿cuál será su política?

-Matar al diablo antes de que el diablo me mate, como dicen muy bien mis amigos los franceses -replicó Fabricio con mirada ardiente-, conservar por todos los medios posibles, incluso el pistoletazo, la posición que me hayáis dado. He leído en la genealogía de los del Dongo la historia del

antepasado mío que construyó el castillo de Grianta. Hacia el final de su vida, su buen amigo Galeas, duque de Milán, lo envió a visitar una fortaleza en el lago; temíase una nueva invasión de los suizos. Sin embargo, preciso es que escriba dos palabras de cortesía al comandante, dijo el duque de Milán al despedirlo. Escribió una carta de dos líneas y se la entregó; luego se la volvió a pedir para cerrarla y sellarla. Vespasiano Del Dongo parte; pero navegando sobre el lago, recuerda un viejo cuento griego, pues mi antepasado era sabio. Abre la carta de su buen señor y encuentra la orden, dirigida al comandante del castillo, de darle muerte en cuanto llegara. El Sforza, atento en demasía a la comedia que representaba con nuestro abuelo, había dejado un espacio entre la última línea de la carta y la firma. Vespasiano del Dongo escribió allí la orden de reconocerle como gobernador general de todos los castillos del lago y suprimió el principio de la carta. Llegó, fue reconocido, tiró al comandante a un pozo y declaró la guerra a Sforza. Al cabo de unos años, cambió su fortaleza por esas tierras inmensas que han enriquecido a todas las ramas de nuestra familia y que a mí me valdrán un día 4.000 francos de renta.

-Habla usted como un académico -dijo el conde riendo;- nos ha contado usted una brava hazaña; pero la ocasión divertida de hacer cosas sabrosas como esa, no vuelve sino a lo más cada diez años. Un hombre medio estúpido, pero que esté atento y sea prudente a diario, tiene muchas veces el gusto de vencer a los hombres de imaginación. Cuando Napoleón se entregó al prudente John Bull en vez de intentar llegar a América, cometió una locura de imaginación. John

Bull en su mostrador se ha reído mucho de la carta en donde habla de Temístocles. Siempre los viles Sanchos vencerán a la larga a los sublimes Quijotes. Si usted consiente en no hacer nada de extraordinario, no dudo que será usted un obispo muy respetado, ya que no muy respetable. Sin embargo, mi observación la mantengo: Vuestra Excelencia se ha conducido con ligereza en el asunto del caballo; ha estado a dos dedos de una prisión eterna.

Estas palabras hicieron temblar a Fabricio, quien quedó sumido en una profunda estupefacción. ¿Será ésta, pensaba, la prisión que me amenaza? ¿Es ése el crimen que no debía cometer? Las predicciones de Blanes, de las que se burlaba como profecías, tomaban para él toda la importancia de verdaderos presagios.

-¿Qué te pasa? -le dijo la marquesa extrañada-; el conde te ha sumido en negras meditaciones.

-Me ilumina una nueva verdad y en lugar de rebelarme contra ella, mi espíritu la adopta. Es cierto, he pasado muy cerca de una prisión sin fin. ¡Pero el ayuda de cámara estaba tan bonito con su traje a la inglesa! ¡Qué lástima matarlo!

El ministro quedó encantado de su aire prudente y bonachón.

-Está muy bien de todos modos -dijo mirando a la duquesa-. Le diré a usted, amigo mío, que ha hecho una conquista, acaso la más deseable de todas.

¡Ah!, pensó Fabricio; aquí viene ahora una broma sobre la pequeña Marietta. Pero se engañaba; el conde añadió:

-Su sencillez evangélica ha ganado el corazón de nuestro venerable arzobispo, el padre Landriani. Uno de estos días

vamos a hacer a usted vicario general y lo que le da más encanto a esta bromita es que los tres vicarios generales actuales, hombres de méritos, trabajadores y dos de los cuales, según creo, eran ya vicarios generales antes de nacer Vuestra Excelencia, escribirán una hermosa carta al arzobispo pidiéndole que sea usted el primero de entre ellos. Estos señores se fundan primero en sus virtudes y además en que es usted sobrino nieto del célebre arzobispo Ascanio del Dongo. Cuando he sabido el respeto que sentían por sus virtudes, en el acto he nombrado capitán al sobrino del más antiguo de los vicarios generales; era teniente desde el sitio de Tarragona, por el mariscal Suchet.

-Ve corriendo, vestido como estás, a hacer una visita de ternura a tu arzobispo -exclamó la duquesa-. Cuéntale el casamiento de tu hermana; cuando sepa que va a ser duquesa, te encontrará mucho más apostólico. Por lo demás, tú ignoras todo cuanto el conde acaba de decirte de tu futuro nombramiento.

Fabricio corrió al palacio arzobispal; estuvo sencillo y modesto. Este tono lo tomaba con demasiada facilidad, necesitando en cambio esforzarse para hacer el gran señor. Mientras escuchaba los relatos algo largos de monseñor Landriani, decía para sí: ¿Hubiera debido darle un tiro al criado que llevaba de la diestra el caballo flaco? Su razón le decía que sí, pero su corazón no podía acostumbrarse a la imagen ensangrentada del hermoso joven cayendo al suelo, desfigurado.

LA CARTUJA DE PARMA

Esta prisión en donde me hubieran metido si el caballo llega a tropezar, ¿era la prisión que me amenaza por tantos presagios?

Esta cuestión era para él de la mayor importancia y el arzobispo quedó contentísimo de su aire de profunda atención.

XI

Al salir del arzobispado Fabricio corrió a casa de la pequeña Marietta. Oyó desde lejos la bronca voz de Giletti que había, mandado traer vino y se solazaba con el apuntador y los acomodadores, sus amigos. La mamacia, la vieja que hacía de madre de Marietta, acudió a la señal de Fabricio.

-Hay novedades —exclamó—; dos o tres de nuestros actores están acusados de haber celebrado con una orgía el santo del gran Napoleón, y nuestra pobre compañía ha recibido la orden de salir de los estados de Parma, y ¡viva Napoleón! Pero, según se dice, el ministro ha aflojado la guita. Lo cierto es que Giletti tiene dinero, no sé cuánto, pero le he visto un puñado de escudos. Marietta ha recibido cinco escudos de nuestro director para los gastos de viaje hasta Mantua y Venecia. Yo, uno. Sigue muy enamorada de ti, pero Giletti le tiene amedrentada. Hace tres días, en la última función que hemos dado, quería matarla sin remisión; le ha dado dos bofetadas tremendas y lo peor es que le ha roto su hermoso chal azul. Si quisieras darle un chal azul serias un buen chico

y diríamos que nos ha tocado en una lotería. El tambor mayor de los carabineros de mañana una fiesta de esgrima; la hora la verás anunciada en las esquinas. Ven a vernos; si Gilletti se ha ido al asalto, es de esperar que esté fuera mucho rato, yo me pondré en la ventana y te haré señas de que subas. Procura traernos algo bonito y Marietta te querrá con pasión.

Al bajar la escalera de caracol del infame tabuco, iba Fabricio compungido. No he variado, pensaba; fueronse todas aquellas hermosas resoluciones que formé a orillas del lago, cuando miraba la vida con mirada filosófica. Mi alma estaba entonces fuera de su asiento ordinario; todo aquello era un sueño que desaparece antela realidad austera. Ahora serla el momento de entrar en acción, pensó Fabricio al volver hacia las once de la noche al palacio Sanseverina. Pero en vano buscó en su corazón el valor de hablar con aquella sublime sinceridad que tan fácil le parecía la noche que pasó a orilla del lago de Como. Voy a disgustar a quien más quiero en el mundo; si hablo, pareceré un cómico malo; realmente no valgo sino en ciertos momentos de exaltación.

-El conde es admirable para mí -dijo a la duquesa después de darle cuenta de su visita al arzobispado-, y tanto más aprecio su conducta, cuanto que parece que no le soy excesivamente grato; mi modo de obrar ha de ser, pues, correctísimo para con él. Sus excavaciones de Sanguigna le tienen interesadísimo, al menos según se desprende de su viaje de anteayer: ha corrido doce leguas al galope para estar dos horas con sus obreros. Si se encuentran fragmentos de estatuas en el templo antiguo, cuyos cimientos acaba de descu-

brir, teme que vayan a robárselos. ¿Si yo le propusiera irme a pasar treinta y seis horas en Sanguigna? Mañana, a las cinco, he de volver a ver al arzobispo; puedo marchar por la noche y aprovechar el fresco para hacer el camino.

La duquesa no respondió nada.

-Diríase que buscas pretextos para estar lejos de mí -dijo luego, con extremada ternura-, apenas de regreso de Belgrate, encuentras un motivo para volverte a ir.

Buena ocasión para hablar, pensó Fabricio. Pero allá en el lago, estaba algo loco: no me di cuenta, en el entusiasmo de la sinceridad, de que mi discursito termina en una impertinencia. Habría que decir: Te amo con el cariño más fiel y devoto, etc., pero mi alma no es capaz de amor. Y eso, ¿no es como decir: estoy viendo que sientes amor hacia mí, pero ¡cuidado!, no puedo corresponderte? Si en efecto me ama, podrá molestar a la duquesa que yo haya descubierto su amor, y si no siente hacia mí más que una sencillísima amistad, se indignará de mi impudor... Y estas ofensas son de las que no se perdonan.

Mientras meditaba estas ideas importantes, Fabricio, sin darse cuenta, se paseaba por el salón con el aire grave y lleno de altivez de un hombre que ve la desgracia a diez pasos de distancia.

La duquesa le contemplaba con admiración; ya no era el niño que habla visto nacer, ya no era el sobrino, siempre dispuesto a obedecerle; era un hombre grave, cuyo amor serla sin duda una delicia. Levantóse de su asiento y echándose en sus brazos con arrebató:

-¿Quieres, pues, huir de mí? -le dijo.

-No -contestó con el ademán de un emperador romano-, pero quisiera ser prudente.

Esta palabra podía interpretarse de muchos modos; Fabricio no tuvo valor de ir más allá y correr el riesgo de herir a esta mujer adorable. Era demasiado joven, demasiado susceptible de emoción. Su ingenio no le dictaba ninguna fórmula para decir suavemente lo que quería decir. En un arrebató muy natural y a despecho de todo razonamiento, tomó en sus brazos a esta encantadora mujer y la cubrió de besos. En este momento oyóse el ruido del coche del conde que penetraba en el patio, y casi al instante el conde mismo entró en el salón; parecía conmovidísimo.

-¡Qué pasiones tan singulares inspira usted! -dijo a Fabricio, quien se quedó casi confuso al oírle.

El arzobispo tenía esta noche la audiencia que Su Alteza Serenísima le concedía todos los jueves.

-El príncipe acaba de contarme que el arzobispo, lleno de turbación, ha empezado recitándole un discurso aprendido de memoria y muy lleno de ciencia, pero del cual el príncipe no entendía nada. Landriani ha acabado por declarar que importaba mucho a la iglesia de Parma que monsignore Fabricio del Dongo fuese nombrado primer vicario general, y más tarde, cuando tuviese veinticuatro años, su coadjutor con futura sucesión. Esta palabra me ha asustado, lo confieso -agregó el conde-; esto es ir un poco de prisa y he temido una salida molesta por parte del príncipe. Pero me ha mirado riéndose y me ha dicho en francés: Esto es un golpe vuestro, caballero. Puedo jurar ante Dios y ante Vuestra Alteza, exclamé yo con toda la unción que pude, que ignoraba total-

mente las palabras: futura sucesión. Y entonces le he dicho la verdad, lo que hemos hablado aquí hace unas horas. He añadido con vehemencia que más adelante, hubiera considerado como el colmo de la merced, que Su Alteza se dignara concederme un pequeño obispado para empear. El príncipe ha debido creerme, porque le ha parecido conveniente hacer el amable y me ha dicho con la mayor sencillez: Esto es un asunto oficial entre el arzobispo y yo; en este negocio no entra usted para nada. El buen hombre me ha entregado una especie de relación muy larga y no poco aburrida, cuya conclusión es una propuesta oficial. Le he contestado fríamente que el sujeto era muy joven y sobre todo muy nuevo en mi corte, y que casi parecería que lo que hago es pagar una letra que el emperadorme gira, si ofrezco la perspectiva de tan alta dignidad al hijo de uno de los grandes oficiales de su reino lombardovéneto. El arzobispo juraba que no habla habido ninguna recomendación de ese género. Decirme eso a mí era una tontería, que me ha sorprendido por parte de un hombre tan entendido; pero siempre anda desorientado cuando me dirige la palabra y esta noche estaba más turbado que nunca, lo que me ha convencido de que deseaba la cosa con pasión. Le dije que sabía, mejor que él, que no había habido altas recomendaciones en favor de del Dongo, que nadie en mi corte le negaba capacidad, que no se hablaba demasiado mal de sus costumbres, pero que temía que fuese capaz de entusiasmo y que me habla jurado no elevar a los puestos preeminentes a locos de ese género, con los que un príncipe nunca está seguro de nada. Entonces siguió diciendo Su Alteza tuvo que aguantar un discurso patético casi tan largo

como el primero; el arzobispo elogiaba el entusiasmo por la casa de Dios. Torpe, pensaba yo, te pierdes, estás dañando al nombramiento que casi estaba ya concedido; debieras terminar ya y darme las gracias más efusivas. Pero nada; continuaba su homilía con ridícula intrepidez. Yo busqué una contestación que no fuera muy desfavorable al pequeño del Dongo. La encontré, y bastante feliz, como va usted a ver: Monseñor, le dije, Pío IV fue un gran Papa y un gran santo; entre todos los soberanos sólo él se atrevió a decir no al tirano a cuyos pies yacía Europa. Pues bien; era susceptible de entusiasmo, lo que le llevó, siendo obispo de Imola, a escribir aquella famosa pastoral del ciudadano cardenal Chiaramonti, en favor de la república cisalpina.

Mi pobre arzobispo se quedó estupefacto, y para acabar de dejarlo atónito, le dijo en tono muy serio: Adiós, monseñor; me tomo veinticuatro horas para pensar en vuestra proposición. El pobre hombre ha añadido algunas súplicas, mal pergeñadas e inoportunas, después de haberle dicho yo adiós. Ahora, conde Mosca della Rovere, ruego a usted que diga a la duquesa que no quiero retrasar veinticuatro horas algo que pueda serle agradable. Siéntese, y escriba al arzobispo la carta de aprobación que concluye este asunto. He escrito la carta, la ha firmado y me ha dicho: Llévela al instante a la señora duquesa. He aquí la carta, señora, que ha proporcionado un pretexto para tener la felicidad de volver a ver a usted esta noche.

La duquesa leyó la carta radiante de alegría. Durante el largo relato del conde, Fabricio había tenido tiempo de reponerse; no pareció extrañarse de este incidente y tomó la

cosa como un verdadero señor, que ha creído siempre, naturalmente, que tenía derecho a estos extraordinarios ascensos, a esos golpes de suerte que sacarían de sus casillas a un burgués cualquiera; habló de su gratitud en muy buenos términos, y acabó diciendo:

-Un buen cortesano debe halagar la pasión dominante; ayer manifestaba usted el temor de que sus obreros de Sanguigna roben los fragmentos de estatuas antiguas que pueden descubrir. A mí me gustan mucho las excavaciones. Si quiere usted permitirlo, iré a ver a los obreros. Mañana por la noche, después de dar las gracias al príncipe y al arzobispo, partiré para Sanguigna.

-Pero ¿puede usted adivinar -dijo la duquesa al conde-, de dónde viene esa súbita pasión del buen arzobispo por Fabricio?

-No necesito adivinarlo; el vicario general, cuyo hermano es capitán, me decía ayer: El padre Landriani, parte de este principio cierto, que el titular es superior al coadjutor, no cabe en sí de gozo por tener bajo sus órdenes a un del Dongo y por haberle obligado.

Todo cuanto haga resaltar la noble alcurnia de Fabricio, añade a su íntima felicidad: ¡tener semejante hombre de ayudante! Además, monsignore Fabricio le ha agradado; no se siente tímido ante él.

Y, por último, desde hace diez años alimenta un odio profundohacia el obispo de Plasencia, que tiene la pública pretensión desuceederle en la Sede de Parma y que, además es hijo de un molinero. Con el fin de asegurarse esa sucesión, el obispo de Plasenciaha anudado estrechísimas relaciones con

la marquesa Raversi, y esas relaciones hacen ahora temblar al arzobispo que teme sean desfavorables al éxito de su desig- nio que es tener a un del Dongo en su estado mayor y darle órdenes.

Dos días después, por la mañana temprano, Fabricio estaba dirigiendo los trabajos de las excavaciones de Sanguigna, frente a Colorno (el Versailles de los príncipes de Parma). Las excavaciones` ocupaban la llanura, cerca del camino real que conduce de Parma. al puente de Casal Maggiore, primera ciudad austríaca. Los obreros habían abierto en la llanura una enorme trinchera, de ocho pies de hondo y lo más estrecha posible. Trataban de encontrar, a lo largo de la antigua vía romana, las ruinas de un segundo templo que según se decía en el país, existía aún en la Edad Media. A pesar de las órdenes del príncipe, varios aldeanos veían con recelo esos fosos largos que atravesaban sus fincas, pues por mucho que se les dijera, creían firmemente que se andaba en busca de un tesoro. La presencia de Fabricio servía principalmente para impedir que se suscitase alguna pequeña re- vuelta. Nuestro joven no se aburría; seguía los trabajos con pasión; de vez en cuando encontrábase alguna medalla y no quería dar tiempo a los obreros de concertarse para hacerla desaparecer.

El día era hermoso. Sedan las seis de la mañana. Fabri- cio había tomado prestada una vieja escopeta de un cañón para tirar a las alondras. Una de ellas, herida, vino a caer en la carretera. Fabricio, al perseguirla, vio de lejos un coche que venía de Pasma y se dirigía hacia la frontera de Casal- Maggiore. Habla vuelto a cargar su escopeta, cuando el co-

che, destartaladísimo, se acercó; venía al paso y Fabricio conoció a la pequeña Marietta; a su lado estaba el bribón de Giletti y la anciana que pasaba por su madre.

Giletti se figuró que Fabricio se había puesto así en medio del Camino, con un fusil en la mano, para insultarle y hasta para robarle a Marietta. Como un valiente, saltó del coche; llevaba en la mano izquierda un pistolón enmohecido y en la derecha una espada, metida en la vaina, que usaba cuando en una función tenía que hacer de marqués.

-¡Ah, bandido! —exclamó-, ¡cuánto me alegro de encontrarte aquí, a una legua de la fronteral Voy a darte lo tuyo, que aquí ya no te protegen tus medias color violeta.

Fabricio estaba haciendo muecas a la pequeña Marietta y no se curaba de los celosos gritos de Giletti, cuando de pronto vib la punta del pistolón enmohecido, a tres cuartas de su pecho. Apenas tuvo tiempo de dar un golpe en la pistola con el fusil, a guisa de palo; la pistola se disparó, pero sin herir a nadie.

-¡Para!, ¡para!, ¡c...!, -gritó Giletti al vetturino; y al mismo tiempo tuvo la habilidad de dar un salto y agarrar el fusil de su adversario apartándolo de la dirección de su cuerpo. Fabricio y él tiraban del fusil cada cual con todas sus fuerzas. Pero Giletti, mucho más vigoroso, iba poniendo una mano delante de otra, llegaba ya casi al gatillo e iba a apoderarse del fusil, cuando Fabricio, para que no pudiera hacer uso de él, apretó el gatillo y salió el tiro. Había observado antes que la punta del cañón estaba a más de tres pulgadas por encima del hombro de Giletti: la detonación estalló al lado del oído

de este último, que quedó un poco atónito, pero pronto se repuso.

-¡Ah!, quieres romperme la cabeza, canalla. Voy a arreglarte.

Giletti tiró la vaina de su espada de marqués y se precipitó sobre Fabricio con tremenda rapidez. Éste no tenía armas y se vio perdido.

Se escapó hacia el coche, que estaba parado a unos diez pasos detrás de Giletti; pasó por la izquierda, y agarrándose con la mano al muelle de las ruedas traseras giró rápidamente alrededor y pasó pegado a la portezuela de la derecha que estaba abierta. Giletti, lanzado con sus largas piernas y no habiendo pensado en agarrarse al muelle, dio algunos pasos en la dirección que llevaba, sin poder detenerse. Al pasar Fabricio cerca de la portezuela abierta, oyó a Marietta que le decía en voz baja:

-Ten cuidado; va a matarte. Toma.

En aquel momento, Fabricio vio caer de la portezuela una especie de gran cuchillo de caza; se bajó para cogerlo, pero en el mismo instante fue alcanzado en el hombro por un golpe que le lanzaba Giletti. Fabricio, al levantarse, se halló junto a Giletti, que le dio en la cara un furioso golpe con el puño de la espada; el golpe fue dado con tanta fuerza, que Fabricio perdió el sentido. En ese momento estuvo a punto de ser muerto. Por fortuna, estaba Giletti aún demasiado cerca para poderle dar una estocada. Fabricio volvió en sí y echó a correr con toda su alma; mientras corría tiró la vaina del cuchillo de caza. Volvióse de pronto y se encontró a tres pasos de Giletti, que le perseguía. Giletti estaba lanza-

do; Fabricio le asestó una estocada; Giletti, con su espada tuvo tiempo de levantar un poco el cuchillo de caza, pero recibió el golpe en la mejilla izquierda y pasó al lado de Fabricio, que sintió herido su muslo por la navaja de Giletti, que éste había tenido tiempo de sacar. Fabricio dio un salto a la izquierda, se volvió, y por fin ambos adversarios se hallaron a distancia justa de combate.

Giletti juraba como un condenado.

-¡Ah, voy a abrirte la barriga, cura maldito! -repetía a cada momento.

Fabricio había perdido el aliento y no podía hablar; el golpe con el puño de la espada en la cara, le dolía mucho y echaba mucha sangre por la nariz. Paró varios golpes con su cuchillo de caza y asestó otros sin saber lo que hacía; le parecía vagamente hallarse en un asalto público. Esta idea se la había sugerido la presencia de sus obreros que, en número de veinticinco o treinta, hacían corro en torno a los combatientes, pero a muy respetuosa distancia; porque éstos corrían a cada momento y se lanzaban uno sobre otro.

El combate parecía; ir más lentamente y los golpes no se sucedían con tanta rapidez. Fabricio pensó: A juzgar por el dolor que siento en la cara, es que me ha desfigurado. Esta idea le irritó de tal manera, que corrió a su enemigo con la punta del cuchillo enhiesta y la hundió en el lado derecho del pecho de Giletti. La punta salió por el hombro izquierdo; en el mismo instante la espada de Giletti penetraba en lo alto del brazo de Fabricio, pero se deslizó bajo la piel y la herida fue insignificante.

Giletti había caído; en el momento en que Fabricio se acercaba a él, fija la mirada en la mano izquierda del cómico, que empuñaba una navaja, esta mano se abrió maquinalmente y dejó escapar el arma.

El bribón ha muerto, pensó Fabricio. Le miró la cara: Giletti echaba mucha sangre por la boca. Fabricio corrió hacia el coche.

-¿Tenéis un espejo? -gritó a Marietta.

Marietta le miraba pálida y no contestaba. La vieja abrió, con enorme sangre fría, un saquito verde y presentó a Fabricio un espejito de mano. Fabricio se miraba y se tocaba la cara; los ojos están sanos, pensaba, ya es mucho. Miró a los dientes; no tenía ninguno roto.

-¿Por qué me duele tanto, pues? -decía en voz baja.

La vieja le contestó:

-Es que la parte alta de la mejilla ha sido triturada entre el puño de la espada de Giletti y el hueso que tenemos ahí. Tiene usted la mejilla horriblemente hinchada y acardenalada; póngase usted sanguijuelas en seguida, y no será nada.

-¡Ah, sanguijuelas en seguida! dijo Fabricio riéndose, y recobró su sangre fría.

Vio que los obreros rodeaban a Giletti y le miraban sin atreverse a tocarlo.

-¡Socorred a ese hombre! -les gritó-; quitadle el traje.

Iba a seguir, pero al levantar la vista vio a cinco o seis hombres que venían a trescientos pasos por la carretera, y avanzaban a pie con paso cadencioso hacia el lugar de la escena.

Son guardias, pensó; y como hay un hombre muerto, van a detenerme y tendré el honor de hacer una entrada solemne en la ciudad de Parma. ¡Qué anécdota para los cortesanos amigos de la Raversi, que odian a mi tía! En seguida, con la rapidez del rayo, tiró a los obreros, estupefactos, el dinero que tenía en los bolsillos y se lanzó hacia el coche.

-¡Impedid que los guardias me persigan! -gritó a los obreros, y haré vuestra fortuna; decidles que soy inocente, que ese hombre me ha atacado y quería matarme. Y tú dijo al vetturino, galopa, y tendrás cuatro napoleones de oro si pasas el Po, antes de que esa gente pueda alcanzarme.

-¡Andando! -dijo el vetturino-, y no tenga usted miedo, que los hombres aquellos van a pie y sólo con el trote de mis caballejos los dejaremos rezagados. Al decir esto salió al galope.

A nuestro héroe le chocó la palabra miedo que había usado el cochero; y es que realmente había sentido un miedo extremado después del golpe que había recibido en la cara con el puño de la espada.

-Puede ocurrir que nos crucemos con gente a caballo -dijo el vetturino prudente, pensando en los cuatro napoleones-, y los hombres que nos siguen pueden gritar que nos detengan...

Esto quería decir: cargue usted sus armas.

-¡Ah, qué valiente eres, mi pequeño abate! -exclamaba Marietta abrazada a Fabricio.

La vieja miraba fuera del coche por la portezuela; al cabo de un rato volvió a meter la cabeza.

-Nadie nos persigue, señor -dijo a Fabricio con gran sangre fría-, y no hay nadie en el camino delante de nosotros. Ya sabe usted cómo son de formalistas los empleados de la policía austríaca; si nos ven llegar al galope por el malecón del Po, nos vana detener, sin duda alguna.

-A1 trote dijo Fabricio al cochero-. ¿Qué pasaportes tenéis? -dijo a la vieja.

-Tres en vez de uno -respondió-, y cada uno nos ha costado cuatro francos; ¿no es un horror, para pobres artistas dramáticos que viajan todo el año? Aquí está el pasaporte del señor Giletti, artista dramático; éste es para usted, y aquí están los otros dos pasaportes, el de Mariettina y el mío. Pero Giletti llevaba en el bolsillo todo nuestro dinero. ¿Qué va a ser de nosotros?

-¿Cuánto llevaba? -preguntó Fabricio.

-Cuarenta hermosos escudos de cinco francos -dijo la vieja.

-Es decir, seis escudos y monedas -dijo Marietta riéndose-. No quiero que se engañe a mi querido abate.

-¿No es natural, señor -replicó la vieja con sangre fría-, que intente ganar treinta y cuatro escudos? ¿Qué son para usted treinta y cuatro escudos? Y nosotras, hemos perdido nuestro protector. ¿Quién va a encargarse ahora de alojarnos, de regatear los precios con los vetturini cuando viajemos, y de meter miedo a todo el mundo? Giletti no era hermoso, pero era muy cómodo. Y si esta pequeña no fuera una tonta que se enamoró en seguida de usted, nunca Giletti se hubiera dado cuenta de nada y nos hubiera dado usted buenos escudos. Le aseguro que somos bien pobres.

Fabritio se conmovió; sacó su bolsa y entregó algunos napoleones a la vieja.

-Ya ve -le dijo-, que no me quedan más que quince; así, pues, es inútil en adelante que trate usted de sacarme más.

La pequeña Marietta se abrazó a él y la vieja le besaba las manos. El coche seguía avanzando al trote. Cuando a lo lejos se vieron las barreras amarillas con rayas negras que anuncian el territorio austríaco, la vieja dijo a Fabricio:

-Más valdría que entrase usted a pie con el pasaporte de Giletti en el bolsillo. Nosotras vamos a detenernos un momento, con el pretexto de arreglarnos un poco. Además, la aduana inspeccionará nuestro equipaje. Créame usted, lo mejor es que atraviése usted Casal-Maggiore con paso tranquilo; entre usted en el café y beba un vaso de aguardiente. Y una vez que esté usted fuera de la población, dese prisa. La policía austríaca vigila como un demonio; pronto sabrá que ha habido un hombre muerto; usted viaja con un pasaporte que no es suyo. Por menos le encierran a uno dos años en la cárcel. A1 salir de la población tome hacia la derecha y acérquese al Po; allí alquile usted una barca y refúgiense en Rávena o Ferrara; salga usted cuanto antes de los Estados austríacos. Con dos lises podrá comprar otro pasaporte a cualquier carabinero; éste le seria a usted fatal. Recuerde usted que ha matado a un hombre.

A1 acercarse a pie al puente de barcas de Casal-Maggiore, Fabricio leía atentamente el pasaporte de Giletti. Nuestro héroe tenía mucho miedo. Recordaba todo cuanto el conde Mosca le habla dicho de lo peligroso que era para él entrar en los Estados austríacos; y a doscientos pasos veía el

terrible puente que iba a darle entrada en ese país, cuya capital era, para él, el Spielberg. Pero ¿qué otra cosa podía hacer? El Ducado de Módem, que limita al sur el Estado de Parma, devuelve los fugitivos por un tratado expreso; la frontera que pasa por las montañas del lado de Génova, estaba muy lejos, y su aventura sería conocida en Parma antes que pudiera llegar a esas montañas. No quedaba más que los Estados austríacos en la otra orilla del Po. Antes de escribir a las autoridades austríacas para que le detuvieran, pasarían acaso treinta y seis horas o dos días. Fabricio, después de reflexionar, quemó con el fuego de su cigarro su propio pasaporte; más valía para él, en país austríaco, ser un vagabundo que ser Fabricio del Dongo. Y era posible que le registraran.

Además de la repugnancia muy natural, que sentía en confiar su vida al pasaporte del desgraciado Giletti, este documento presentaba no pocas dificultades materiales: Fabricio tenía a lo sumo cinco pies y cinco pulgadas de estatura, y no cinco pies y diez pulgadas como decía el pasaporte; tenía veinticuatro años y parecía más joven, mientras que Giletti tenía treinta y nueve. Confesaremos que nuestro héroe estuvo una media hora larga paseándose por el malecón del Po cerca del puente, antes de decidirse a pasar. ¿Qué le aconsejaría yo a otro que estuviese en mi lugar? Pasar, evidentemente. Hay peligro en permanecer en los Estados de Parma; un guardia puede ir en persecución del hombre que ha matado a otro, aunque sea en legítima defensa. Fabricio revisó sus bolsillos, rompió sus papeles y no guardó más que su pañuelo y su petaca; importábase abreviar el examen de que

iba a ser objeto. Pensó también en otra objeción que podrían hacerle y a la que no encontraba buena respuesta; iba a decir que se llamaba Giletti, y toda su ropa estaba marcada F. D.

Fabricio, como se ve, era uno de esos desgraciados a quienes su imaginación atormenta. Éste es el defecto de los italianos de talento. Un soldado francés, tan valiente como él y hasta menos valiente que él, se habría presentado al paso del puente en seguida y sin pensar de antemano en ninguna dificultad; pero también lo habría hecho con toda su sangre fría. Fabricio, en cambio, bien lejos de estar tranquilo, iba inquieto y nervioso, cuando al final del puente un hombrecillo vestido de gris le dijo:

-Entre usted en la oficina de policía para el pasaporte.

La oficina tenía unas paredes sucias llenas de clavos, de los que colgaban las pipas y los sombreros sucios de los empleados. La mesa de pino tras la cual se atrincheraban éstos, estaba llena de manchas de tinta y de vino; dos o tres libros registros encuadernados en piel verde tenían manchas de todos los colores y en el filo de las hojas se veían las señales de los dedos sucios. Sobre los registros, amontonados unos sobre otros, había tres magníficas coronas de laurel que habían servido, dos días antes, para una de las fiestas del emperador.

Fabricio notó todos estos detalles, que le dieron un asco profundo. Así pagaba el magnífico lujo, lleno de frescura que resplandecía en su precioso cuarto del palacio Sanseverina. Se veía obligado a entrar en esta oficina inmunda y a presentarse allí como un inferior; iba a contestar a un interrogatorio.

El empleado, que alargó su mano amarillenta para coger el pasaporte, era bajito y negruzco y llevaba en la corbata un dije de latón. Es un burgués de mal humor, pensó Fabricio. El personaje pareció sumamente sorprendido al leer el pasaporte, y la lectura duró sus buenos cinco minutos.

-¿Ha sufrido usted algún accidente? -dijo al extranjero indicando su mejilla con la mirada.

-El vetturino nos ha volcado en el malecón del Po.

El silencio volvió a reinar y el empleado lanzaba miradas hoscas sobre el viajero.

Ya caigo, pensó Fabricio; va a decirme que siente mucho darme una mala noticia y que quedo detenido. Toda suerte de ideas locas acudieron a la mente de nuestro héroe, quien en este momento no razonaba con mucha lógica. Así, por ejemplo, pensó en escapar por la puerta de la oficina que había quedado abierta: me desnudo, me tiro al Po y sin duda podré atravesarlo a nado; todo mejor que el Spielberg. El empleado de la policía le miraba fijamente en el mismo momento en que Fabricio calculaba las probabilidades de éxito de su salida; formaban así dos buenas caras. La presencia del peligro da genio al hombre razonable, elevándolo, por decirlo así, por encima de sí mismo; pero al hombre de imaginación le inspira escenas de novela, audaces, ciertamente, pero a menudo absurdas.

Había que ver el aire de indignación que tenía nuestro héroe, bajo la mirada escrutadora de ese empleado de policía adornado con sus alhajas de cobre. Si lo matase, pensaba Fabricio, me condenaban por homicidio a veinte años de galeras o a muerte, lo cual es mucho menos horrible que el

Spielberg con una cadena de ciento veinte libras en cada pie y ocho onzas de pan diarias, todo ello por veinte años, al cabo de los cuales tendría cuarenta y cuatro. La lógica de Fabricio olvidaba que puesto que había quemado su pasaporte, nada podía indicar al empleado de policía que aquel hombre fuese el rebelde Fabricio del Dongo.

Bastante amedrentado estaba nuestro héroe, como se ve; y lo hubiera estado mucho más si hubiera conocido los pensamientos que agitaban al empleado de la policía. Este hombre era amigo de Giletti; ¡cuál no sería su sorpresa al ver el pasaporte de su amigo en manos de otra persona! Su primer impulso fue mandar detener a Fabricio; luego pensó que Giletti podía muy bien haber vendido su pasaporte a este hermoso joven, quien, por lo visto, acababa de hacer alguna diablura en Parma. Si lo detengo, pensó, quedará Giletti muy comprometido, pues fácilmente se descubrirá que ha vendido su pasaporte. Pero, por otra parte, ¿qué dirán mis jefes si se comprueba que yo, amigo de Giletti, he visado su pasaporte en manos de otra persona? El empleado se levantó bostezando y dijo a Fabricio:

-Espere, señor -y por costumbre policiaca añadió-: se presenta una dificultad.

Fabricio dijo para sí: lo que se va a presentar va a ser mi fuga.

En efecto; el empleado salió de la oficina dejando la puerta abierta; se quedó el pasaporte encima de la mesa de pino. El peligro es evidente, pensó Fabricio; voy a coger mi pasaporte y volver a pasar el puente despacio. Diré al guardia, si me pregunta, que se me ha olvidado hacer visar mi

pasaporte por el comisario de la última aldea de los Estados de Parma. Ya Fabricio tenía su pasaporte en la mano, cuando oyó, estupefacto, al empleado de las alhajas de cobre que decía en la puerta:

-No puedo más; me ahogo de calor; voy al café a tomar un refresco. Entre usted en la oficina cuando haya fumado su pipa; hay que visar un pasaporte, ahí está el extranjero.

Fabricio, que salía despacio, se encontró cara a cara con un hermoso joven que canturreaba: pues visemos ese pasaporte; voy a ponerle mi rúbrica.

-¿Adónde quiere ir el señor?

-A Mantua, Venecia y Ferrara.

-Bueno; pues a Ferrara -respondió el empleado silbando.

Cogió una estampilla, imprimió el visto en el pasaporte, escribió rápidamente las palabras: Mantua, Venecia y Ferrara en el espacio que quedó en blanco, hizo luego algunos círculos en el aire con la mano, firmó, tomó tinta otra vez para hacer la rúbrica, que ejecutó con lentitud poniendo en ello un cuidado infinito. Fabricio seguía con la mirada los movimientos de la pluma; el empleado miró complacido su rúbrica, añadió cinco o seis puntos, y por último entregó el pasaporte a Fabricio diciéndole en tono ligero:

-Buen viaje, señor.

Fabricio se alejaba con un paso cuya rapidez trataba de disimular, cuando se sintió cogido por el brazo izquierdo: instintivamente echó mano a su puñal, y de no haberse visto rodeado de casas, quizá cometiera una imprudencia. El

hombre que le tocaba el brazo izquierdo, al ver su ademán aturdido, le dijo como disculpándose:

-Tres veces he llamado al señor sin que respondiera; ¿el señor tiene algo que declarar en la Aduana?

-No llevo más que mi pañuelo; voy aquí, muy cerca, a cazar en la finca de uno de mis parientes.

Apuradísimo se hubiera visto si llegara a rogarle que dé el nombre de ese pariente. Con el calor que hacía y las emociones violentas, Fabricio estaba mojado como si hubiera caído en el Po. No me falta valor contra los cómicos, pero los empleados que usan alhajas de cobre me ponen fuera de mí; con esta idea haré un soneto graciosísimo para la duquesa.

Apenas entró en Casal-Maggiore, Fabricio tomó a su derecha por una calleja que baja hacia el Po. Necesito urgentemente, pensó, la ayuda de Baco y de Ceres, y entró en una tienda en cuya puerta había un palo con una tela colgando que decía Trattoria. Una sábana malísima, atada a dos aritos de madera muy delgados, resguardaba la puerta de la Trattoria de los rayos del sol. Una mujer medio desnuda y muy bonita recibió a nuestro héroe respetuosamente, lo que le produjo un vivísimo placer. Se apresuró a decir que se moría de hambre. Mientras la mujer preparaba el almuerzo, entró un hombre de más de treinta años; no habla saludado al entrar; de repente se levantó del banco en donde se había echado familiarmente, y dijo a Fabricio:

-Eccellanxa, la reverisco.

Fabricio estaba muy alegre en ese momento, y en lugar de forjar siniestros proyectos contestó riendo:

-¿Y de dónde demonios conoces tú a mi Excelencia?

-¡Cómo! ¿No se acuerda Vuestra Excelencia de Ludovico, uno de los cocheros de la señora duquesa de Sanseverina? En Sacca, la villa adonde íbamos todos los años, me daban siempre las fiebres; pedí mi pensión a la señora y me he retirado. Soy rico; en lugar de los doce escudos de pensión a que podía aspirar, cuando más, la señora me dijo que con el fin de darme el ocio necesario para hacer versos (pues soy poeta en lengua vulgar), me concedía veinticuatro escudos, y el señor conde me ha dicho que si alguna vez era desgraciado, que no tenía más que ir a hablarle. He tenido el honor de conducir a monsignore durante una etapa cuando iba, como buen cristiano, a hacer un retiro a la cartuja de Velleja.

Fabricio miró a este hombre y le reconoció. Era uno de los cocheros más peripuestos de la casa Sanseverina.

-Ahora que soy rico —decía—, llevo como único traje una camisa rota y un calzón de tela.

Este calzón, que estuvo antaño teñido de negro, apenas le llegaba a las rodillas. Un par de zapatos y un mal sombrero completaban la indumentaria. Además, no se había afeitado desde hacia quince días. Mientras comía su tortilla, Fabricio charló con él, absolutamente de igual a igual; le pareció entender que Ludovico era el amante de la hostelera. Terminó rápidamente su almuerzo y dijo en voz baja a Ludovico:

-Tengo que decirle dos palabras.

-Vuestra Excelencia puede hablar sin miedo delante de ella; es una mujer buena de verdad —dijo Ludovico tiernamente.

-Pues bien, amigos míos -replicó Fabricio sin vacilar-, soy desgraciado y necesito vuestra ayuda. Ante todo, en mi asunto no hay nada de política; sencillamente he matado a un hombre, que quería asesinarme porque hablaba con su amante.

-¡Pobre joven! -dijo la hostelera.

-Vuestra Excelencia puede contar conmigo -exclamó el cochero, brillándole los ojos de vivísima devoción-. ¿Adónde quiere ir Vuestra Excelencia?

-A Ferrara. Tengo un pasaporte, pero preferiría no hablar con los guardias, que pueden tener conocimiento del hecho.

-¿Cuándo ha despachado usted al otro?

-Esta mañana a las seis.

-¿No tiene Vuestra Excelencia sangre en sus ropas? -dijo la hostelera.

-En eso estaba yo pensando -dijo el cochero-, y además el paño de esas prendas es demasiado fino; no se ven por nuestros campos muchos como ése y podría despertar curiosidad; voy a comprar ropa al judío. Vuestra Excelencia es casi de mi misma estatura, algo más delgado.

-Por Dios, no me diga Excelencia, que puede llamar la atención.

-¡Eh, oiga! ¿Y el dinero? ¡Vuelva acá! -gritó Fabricio.

-¡Qué habla usted de dinero! -dijo la hostelera-; tiene sesenta y siete escudos que están a su servicio. Yo misma añadí en voz más baja, tengo unos cuarenta escudos que ofrezco de muy buena gana; no siempre se lleva dinero encima cuando le ocurren a uno esos accidentes.

Fabricio se había quitado su chaqueta al entrar en la Trattoria, por el calor.

-Lleva usted un chaleco que podría darnos un disgusto si entrara ahora alguien; esa hermosa tela inglesa llamaría la atención.

La hostelera dio a nuestro fugitivo un chaleco de tela teñida de negro, de su marido. Entró en la tienda por una puerta interior un joven alto vestido con cierta elegancia.

-Es mi marido -dijo la hostelera. Pedro Antonio dijo luego a su marido, el señor es un amigo de Ludovico; le ha ocurrido un percance esta mañana, del lado de allá del río, y quiere fugarse a Ferrara.

-Pues le pasaremos -dijo el marido muy cortésmente; tenemos la barca; de Carlos José.

Daremos cuenta de otra debilidad de nuestro héroe, confesándola con tanta sencillez como hemos relatado su miedo en la oficina de la policía: Fabricio sentía venirle las lágrimas a los ojos; estaba profundamente enternecido por la perfecta devoción que encontraba en estos aldeanos: también pensaba en la bondad característica de su tía; hubiera querido poder hacer la fortuna de estas gentes. Ludovico volvió con un lío en la mano.

-Adiós, tú -le dijo el marido en tono de buena amistad.

-No se trata de eso -replicó Ludovico muy alarmado-. Empieza a hablarse de usted. Se ha notado que ha vacilado usted al entrar en nuestro vicolo y al abandonar la calle principal, como un hombre que trata de esconderse.

-Suba usted pronto al cuarto -dijo el marido.

El cuarto era grande y hermoso; en las ventanas, en lugar de cristales había una tela gris; veíanse cuatro camas de seis pies de ancho y cinco de alto cada una.

-Pronto, pronto -dijo Ludovico-; hay un imbécil de guardia recién llegado que se las da de guapo y se metió a cortejar a la de aquí abajo; tuve que predecirle que bien pudiera ocurrir un día que yendo por la carretera se encontrara con una bala; si ese perro oye hablar de Vuestra Excelencia, querrá jugaros una mala pasada; tratará de detenernos aquí para que adquiriera mala fama la Trattoria de la Teodolinda. ¡Cómo! -prosiguió Ludovico al ver la camisa manchada de sangre y las heridas vendadas con pañuelos, ¿el porto se defendió? Esto es cien veces más de lo preciso para que le detengan a usted. ¡Y yo, que no he comprado camisa!

Sin vacilar abrió el armario del marido y dio una de sus camisas a Fabricio, quien quedó pronto ataviado con traje de campesino rico. Ludovico descolgó una red que pendía de la pared, puso la ropa de Fabricio en el cesto donde se mete el pescado, bajó corriendo y salió rápidamente por una puerta trasera; Fabricio le seguía.

-Teodolinda -gritó al pasar por la tienda-, esconde lo que hay arriba, vamos a esperar en los sauces; y tú, Pedro Antonio, envíanos una barca en seguida, que se paga bien.

Ludovico y Fabricio salieron corriendo y pasaron más de veinte fosos. Unas planchas de madera larguísimas y muy elásticas servían de puente sobre los fosos más anchos; Ludovico retiraba esas planchas después de haber pasado. Cuando llegaron al último canal, retiró la plancha apresuradamente.

-Ahora respiremos –dijo-; ese perro de guardia tendrá que andar más de dos leguas si quiere alcanzar a Vuestra Excelencia. Está Vuestra Excelencia muy pálido dijo a Fabricio; no se me ha olvidado la botellita de aguardiente.

-Muy bien que viene; la herida del muslo comienza a dolerme, y además he tenido un miedo horrible en la oficina de policía, a la salida del puente.

-Ya lo creo -dijo Ludovico-; con una camisa llena de sangre como estaba la de usted, no concibo siquiera cómo se ha atrevido a entrar en semejante sitio. En cuanto a las heridas entiendo de eso: voy a buscar un sitio fresquito para que pueda usted dormir una hora;; la barca vendrá a buscarnos, si hay medio de obtener una barca; si no, cuando esté usted más descansado andaremos dos leguas cortas y llegaremos a un molino, en donde yo mismo tomaré una barca. Vuestra Excelencia tiene muchos más conocimientos que yo; la señora va a desesperarse cuando conozca el accidente; le dirán quizá que está Vuestra Excelencia herido de muerte o quizá que ha matado al otro a traición. La marquesa Raversi no dejará de esparcir cuantas murmuraciones puedan molestar a la señora. Vuestra Excelencia podría escribir.

-Y ¿cómo hacer llegar la carta?

-Los mozos del molino adonde vamos, ganan doce francos por día. Para ir a Parma necesitan día y medio, y piden cuatro francos por el viaje y. dos francos más por el desgaste de los zapatos. Si la comisión la desempeñan para un pobre hombre como yo, serian seis francos. Pero como es para el servicio de un señor, daré doce francos.

Llegaron a un bosquecillo fresquisimo de álamos y sauces, muy espeso. Ludovico se fue a buscar papel y tinta y tardó más de una hora en volver.

-¡Dios mío! ¡Qué bien estoy aquí! -exclamó Fabricio-. ¡Fortuna, adiós! No seré nunca arzobispo.

A su vuelta, Ludovico lo encontró profundamente dormido y no quiso despertarlo. La barca llegó hacia la caída de la tarde; cuando Ludovico la vio venir de lejos, llamó a Fabricio, el cual escribió dos cartas.

-Vuestra Excelencia tiene muchos más conocimientos que yo -dijo Ludovico en tono triste-, y mucho me temo que se disguste, diga lo que quiera, si añadido alguna cosa más.

-No soy tan tonto como usted cree -respondió Fabricio-, y diga usted lo que diga, siempre será usted para mi un fiel servidor de mi tía y un hombre que ha hecho cuanto ha podido para sacarme de un mal trance.

Hubo necesidad de mucho más apremio para que Ludovico se decidiera a hablar, y aun resuelto ya a decir lo que tenia que expresar, comenzó por un preámbulo que duró sus cinco minutos largos. Fabricio se impacientó, pero luego pensó: ¿A quién culpar?

A nuestra vanidad, que este hombre ha visto muy bien desde lo alto de su pescante. Por fin, la fiel adhesión de Ludovico le llevó a correr el riesgo de hablar claro.

-¡Qué no daría la marquesa Raversi por esas dos cartas que va Vuestra Excelencia a enviar a Parma! Son de su puño y letra, y por consiguiente constituyen una prueba judicial contra usted. Vuestra Excelencia va a tomarme por un curioso indiscreto y además quizá se avergüence de poner ante la

vista de la señora duquesa mis pobres palotes de cochero. Pero el cuidado de su seguridad es lo que me hace hablar así, aunque me tome Vuestra Excelencia por un impertinente. ¿Vuestra Excelencia no podría dictarme esas dos cartas? Entonces sólo yo estoy comprometido, y aun bien poco, porque en último término diría que se me apareció usted en medio de un campo con un tintero de cuerno en una mano y una pistola en la, otra, y me ordenó que escribiera.

-Venga esa mano, querido Ludovico exclamó Fabricio, y para demostrarle que no quiero tener secretos para un amigo como usted, copie esas dos cartas tal como están.

Ludovico comprendió toda la valía de esta confianza y la apreció con profunda emoción; pero escritas unas líneas, viendo que la barca avanzaba de prisa sobre el río:

-Más pronto terminaré -dijo a Fabricio- si Vuestra Excelencia quiere tomarse la molestia de dictármelas.

Terminadas las cartas, Fabricio escribió A y B en la última línea, y en un pedacito de papel, que luego arrugó, escribió en francés: Creed a A y B. El mensajero debía esconder en su ropa este papelito arrugado.

Ya la barca llegaba al alcance de la voz. Ludovico llamó a los barqueros con nombres que no eran los suyos; no contestaron y, abordaron a quinientas varas más abajo, mirando por todas partes para ver si no eran vigilados por algún carabinero.

-Estoy a sus órdenes -dijo Ludovico a Fabricio-; ¿quiere Vuestra Excelencia que lleve yo mismo las cartas a Parma? ¿Quiere que le acompañe a Ferrara?

-Acompañarme a Ferrara es un servicio que casi no me atrevía a pedirle a usted. Habrá que desembarcar, tratar de penetrar en la ciudad sin enseñar pasaporte. Confieso que siento la mayor repugnancia por viajar bajo el nombre de Giletti, y no veo que' nadie, sino usted, pueda comprarme otro pasaporte.

-¿Por qué no lo dijo Vuestra Excelencia en Casal-Maggiore? Conozco a un espía que me hubiera vendido un excelente pasaporte por cuarenta o cincuenta francos.

Uno de los dos marineros, que había nacido en la orilla derecha del Po y, por consiguiente, no necesitaba pasaporte extranjero para ir a Parma, se encargó de llevar las cartas. Ludovico sabía manejar el remo y se comprometió a llevar la barca con el otro.

-Vamos a encontrar en el bajo Po -dijo- varias barcas armadas de la policía. Sabré evitarlas.

Más de diez veces hubo que esconderse en medio de los islotes bajos, llenos de sauces. Tres veces pusieron pie a tierra para dejar pasar las barcas vacías delante de los botes de la policía. Ludovico aprovechó esos largos ratos de ocio para recitar a Fabricio algunos de sus sonetos. Los sentimientos eran exactos, pero perdían su energía por falta de expresión adecuada y no valía la pena de escribirlos; lo singular era que este ex cochero tenía pasiones y puntos de vista vivos y pintorescos; pero en cuanto escribía caía en la frialdad", y en la vulgaridad. Lo contrario de lo que vemos en el mundo, pensó Fabricio; todo ahora se expresa con elegancia y gracia, pero los corazones no tienen nada que decir. Comprendió

que el mayor gusto que podría dar a este fiel servidor era corregir las faltas de ortografía de sus sonetos.

-Se burlan de mí cuando presto mi cuaderno -decía Ludovico-; pero si Vuestra Excelencia se dignase dictarme letra por letra la ortografía de las palabras, ya los envidiosos no sabrían qué decir; la ortografía no constituye el genio.

Dos días después, de noche, pudo desembarcar Fabricio en un bosquecillo de álamos, una legua antes de llegar a Ponte Lago Oscuro. Todo el día permaneció oculto en un cañamar, y Ludovico le precedió a Ferrara donde alquiló un alojamiento en casa de un judío pobre, quien comprendió en seguida que podía ganar buen dinero si sabía callar. A la caída de la tarde, Fabricio entró en Ferrara montado en un caballo. Bien necesitaba esta ayuda; el calor habíale abrumarlo en el río; la puñalada del muslo y el golpe en el hombro que recibió al empezar el combate, se habían inflamado y tenía fiebre.

XII

El judío, dueño de la habitación, había buscado un cirujano discreto, quien comprendiendo a su vez que había dinero en la bolsa, dijo a Ludovico que su conciencia le obligaba a dar parte a la policía de las heridas del hombre que Ludovico llamaba su hermano.

-La ley es clara –añadió-; es evidente que su hermano de usted no se ha herido a sí propio, como cuenta, al caerse de una escalera teniendo en la mano un cuchillo abierto.

Ludovico respondió con frialdad a ese honrado cirujano, que si se le ocurría ceder a las inspiraciones de su conciencia, tendría el honor, antes de dejar Ferrara, de caer encima de él con una navaja abierta precisamente en la mano. Cuando contó a Fabricio este incidente, Fabricio censuró su conducta; pero no había un instante que perder. Ludovico dijo al judío que quería que su hermano tomase un poco de aire; fue a buscar un coche, y nuestros amigos salieron de la casa para no volver. El lector encontrará, y sin duda, larguísimo los relatos de estas andanzas que hacia necesarias la falta de pasaporte. Este género de preocupación ya no existe

en Francia; pero en Italia y sobre todo en los alrededores del Po, todo el mundo habla de pasaporte. Salieron de Ferrara sin incidentes, como para dar un paseo. Ludovico despidió el coche, entró en la ciudad por otra puerta y volvió a buscar a Fabricio con una se dio la que había alquilado para caminar doce leguas. Llegaron cerca de Bolonia y se hicieron conducir, a campo traviesa, al camino que va de Florencia a Bolonia. Pasaron la noche en la más miserable de las posadas, y al día siguiente, sintiéndose Fabricio con fuerzas para andar un poco, entraron en Bolonia como si volvieran de un paseo. Habían quemado el pasaporte de Giletti, pues conocida, como debía serlo, la muerte del comediante, menos peligro había en ser detenidos por no llevar pasaporte, que por llevar el pasaporte de un hombre que había sido muerto.

Ludovico conocía en Bolonia a dos o tres criados de casa grande; quedó convenido que se entrevistaría con ellos. Les contó que viniendo de Florencia con su hermano menor, éste cansado y deseoso de dormir, le había dejado partir una hora antes de la salida del sol, para luego juntarse con él en la próxima aldea, en donde iban a pasar las horas de calor; pero Ludovico, viendo que su hermano no llegaba, decidió volver atrás y lo encontró herido de una pedrada y de varias puñaladas y robado, por unos individuos que le hablan buscado camorra. Ese hermano era guapo mozo, sabia cuidar los caballos y guiar un coche, leer y escribir, y quería encontrar colocación en alguna buena casa. Ludovico se reservaba, para otra ocasión buena que se presentara, decir que cuando cayó Fabricio, los ladrones se llevaron un saquito donde tenían su ropa blanca y los pasaportes.

A1 llegar a Bolonia, Fabricio, muy cansado y no atreviéndose a entrar sin pasaporte en una posada, se metió en la inmensa iglesia de San Petronio. Encontró allí una frescura deliciosa; pronta se sintió reanimado. ¡Qué ingrato soy, se dijo al punto; entro en una iglesia y voy a sentarme como si fuera un café! Se echó de rodillas y dio gracias a Dios con efusión, por la evidente protección que le rodeaba desde que había tenido la desgracia de matar a Giletti. El peligro que aún le hacía temblar era el de ser reconocido en la oficina de policía de Casal-Maggiore. ¿Cómo, pensaba, ese empleado cuyos ojos expresaban la sorpresa, que leyó y releyó tres veces mi pasaporte, no advirtió que no tengo cinco pies y diez pulgadas de estatura, de que no tengo treinta y ocho años y de que no estoy señalado por la viruela? ¡Cuántas gracias os debo, Dios mio! Y decir que hasta este instante he podido demorar el momento de prosternar mi indigno cuerpo a vuestros pies! Mi orgullo ha podido creer que a una vana prudencia humana se debía la felicidad de escapar del Spielberg, abierto ya para tragarme.

Fabricio estuvo más de una hora sumido en esta extrema emoción, en presencia de la bondad inmensa de Dios. Ludovico! se acercó sin que Fabricio lo oyera y se puso delante de él. Fabricio, que tenía la frente oculta en sus manos, alzó al cabeza y el fiel servidor vio las lágrimas correr por sus mejillas.

-Vuelva dentro de una hora -le dijo Fabricio con bastante dureza.

Ludovico perdonó el tono, porque vio la piedad. Fabricio recitó varias veces los siete salmos de la penitencia, que

se sabía de memoria; se detenía mucho en los versículos relacionándoles con su actual situación.

Fabricio pidió perdón a Dios de muchas cosas. Pero lo notable es que no se le ocurrió contar entre sus faltas el proyecto de ser arzobispo por la protección del conde Mosca, primer ministro, quien pensaba que esa dignidad y la gran existencia que proporciona convenían al sobrino de la duquesa. Ese puesto lo había deseado sin pasión, es verdad, pero había pensado en él, exactamente como en un puesto de ministro o de general. No le vino a las mientes que su conciencia podía estar interesada en ese proyecto de la duquesa. Éste es un rasgo notable de la religión, que había aprendido con los jesuitas milaneses. Esta religión quita valor para pensar en las cosas habituales y prohíbe sobre todo el examen personal, como el más grande pecado, como un paso hacia el protestantismo. Para saber cuáles son las culpas de uno, hay que preguntárselo al cura o leer la lista de los pecados, tal como se encuentra impresa en los libros llamados: Preparación para el Sacramento de la penitencia. Fabricio se sabía de memoria la lista de los pecados escrita en latín; la había aprendido en la academia eclesiástica de Nápoles. Así, al recitar esa lista, llegado que fue al artículo muerte, se había acusado ante Dios de haber matado a un hombre, si bien en defensa de su vida. Había pasado, rápidamente, sin prestar la menor atención, por los diferentes artículos relativos al pecado de simonía (adquirir por dinero las dignidades eclesiásticas). Si le hubiera alguien propuesto dar cien lises para conseguir ser nombrado primer vicario del arzobispo de Parma, hubiera rechazado horrorizado esa

idea; pero aunque no carecía ni de talento ni sobre todo de lógica, no se le ocurrió ni una sola vez que la influencia del conde Mosca, empleada en favor suyo, fuese simonía. este es el triunfo de la educación jesuítica; acostumbra a no prestar atención a cosas más claras que el día. Un francés, educado en medio de los personales intereses y de la ironía parisiense, hubiera podido, sin mala fe, acusar a Fabricio de hipocresía, en el instante mismo en que nuestro héroe abría su alma a Dios con la mayor sinceridad y la más profunda emoción.

No salió Fabricio de la iglesia hasta haber preparado la confesión que se proponía hacer al día siguiente. Encontró a Ludovico sentado en los escalones del inmenso peristilo de piedra que se alza en la Plaza Mayor, al frente de la fachada de San Petronio. Como el cielo es más puro después de la tormenta, así el alma de Fabricio estaba tranquila, feliz y como remozada.

-Me encuentro muy bien y apenas si siento mis heridas - dijo a Ludovico al acercarse-; pero ante todo, quiero pedirle a usted perdón; le he contestado con dureza cuando vino a hablarme en la iglesia; estaba haciendo examen de conciencia. Y ¿cómo van vuestros asuntos?

-De primera. He tomado un cuarto, poco digno, en verdad, de Vuestra Excelencia, en casa de la mujer de uno de mis amigos que es preciosa y además íntima amiga de uno de los principales agentes de la policía. Mañana iré a declarar que nuestros pasaportes nos han sido robados; esta declaración será tomada en cuenta; pero habrá que pagar el porte de la carta que la policía escribirá a Casal-Maggiore, para saber si existe en ese pueblo un llamado Ludovico San Micheli que

tiene un hermano llamado Fabricio, al servicio de la señora duquesa Sanseverina, de Parma. Todo ha concluido; sismo a cavallo⁸.

Fabricio se puso de pronto muy serio; rogó a Ludovico que le esperase un momento, volvió a la iglesia casi corriendo y apenas estuvo dentro, se echó de rodillas y besó humildemente las losas de piedra.

-Es un milagro, Señor -exclamó llorando-; cuando habéis visto mi alma dispuesta a entrar por el camino del deber, me habéis salvado. ¡Dios mío! Es posible que un día quede muerto en algún mal encuentro; recordad en el momento de mi muerte el estado en que se halla mi alma en este instante.

Con arrebatos de la más viva alegría, recitó Fabricio de nuevo los siete salmos de la penitencia. Antes de salir se acercó a una vieja que estaba sentada delante de una virgen, al lado de un triángulo de hierro sostenido verticalmente en un pie del mismo metal. Los bordes del triángulo estaban llenos de pinchos destinados a mantener derechos los pequeños cirios que la piedad de los fieles enciende delante de la famosa Virgen de Cimabue. Sólo habla siete cirios ardiendo, cuando Fabricio se acercó; anotó esa circunstancia en su memoria con la intención de meditar luego sobre ello, cuando estuviera más tranquilo.

-¿A cuánto el cirio? -preguntó a la vieja.

-A dos francos cada uno.

Y, en efecto, no eran más gordos que una pluma y no tenían ni un pie de largo.

-¿Cuántos cirios pueden ponerse aún en el triángulo?

⁸ Refrán italiano: estamos salvados.

-Sesenta y tres, puesto que están ardiendo siete.

¡Ah!, pensó Fabricio; sesenta y tres y siete hacen setenta; esto hay que notarlo también. Pagó los cirios, colocó por sí mismo y encendió los siete primeros; luego se puso de rodillas para hacer una ofrenda y al levantarse dijo a la vieja:

-Es por una merced que me ha hecho Dios.

A1 volver a encontrar a Ludovico, Fabricio le dijo:

-Estoy muerto de hambre.

-No vayamos a la taberna; vayamos a nuestra casa; la dueña comprará lo preciso; nos robará y por eso mismo será más fiel a sus huéspedes.

-Pero eso significa que he de estarme una hora más muerto de hambre -dijo Fabricio riéndose con la serenidad de un niño.

Y entró en una taberna no lejos de San Petronio. Cuál no sería su sorpresa al ver en la mesa de al lado a Pepe, el primer ayuda de cámara de su tía, el mismo que fue a su encuentro a Ginebra, cuando volvía de Francia. Fabricio le impuso silencio con un gesto y después de haber almorzado rápidamente se levantó con una sonrisa en los labios; Pepe le siguió y, por tercera vez, nuestro héroe entró en San Petronio. Por discreción, Ludovico se quedó paseando por la plaza.

-¡Dios mío! ¡Monsignore! ¿Cómo están sus heridas? La señora duquesa está muy inquieta. Un día entero ha creído que estaba usted muerto, abandonado en alguna isla del Po. Voy a mandarle un correo en seguida. Le ando buscando a usted desde hace seis días; he pasado tres en Ferrara recorriendo todas las posadas.

-¿Tiene usted un pasaporte para mí?

-Tengo tres distintos; uno con los nombres y los títulos de Vuestra Excelencia; otro con el nombre sólo y un tercero con el nombre de José Bossi. Cada pasaporte está hecho en doble expedición, según que Vuestra Excelencia quiera llegar de Florencia de Módena. No hay más que dar un paseito fuera de la ciudad.

El señor conde verla con gusto que fuese usted a alojarse a la posada del Pelegrino, cuyo dueño es amigo suyo.

Fabricio, haciendo como si anduviera al azar, se adelantó por la nave de la derecha hasta el sitio en donde ardían los cirios. Su vista se fijó en la Virgen de Cimabue y luego dijo a Pepe, mientras se arrodillaba:

-Voy a dar gracias a Dios un momento.

Pepe hizo lo mismo. Al salir de la iglesia, Pepe advirtió que Fabricio daba una moneda de veinte francos al primer pobre que le pidió limosna. El mendigo lanzó gritos de gratitud que congregaron alrededor del caritativo señor a la nube de pobres de todo género que ordinariamente ocupa la plaza de San Petronio. Todos querían tener parte en el napoleón. Las mujeres, perdida la especie rama de penetrar en la turba que rodeaba a Fabricio, se precipitaron sobre él, preguntando a gritos si no era verdad que había dado el napoleón para que se repartiera entre todos los pobres de Dios. Pepe, blandiendo su bastón de puño de oro, les ordenó que dejaran en paz a Su Excelencia.

-Ah, Excelencia replicaron todas las mujeres con voz aún más aguda, dad otro napoleón de oro para las pobres mujeres. Fabricio apresuró el paso, las mujeres le siguieron

dando gritos, y muchos otros mendigos varones que acudían de todas las calles llegaron a formar una pequeña turba sediciosa. La muchedumbre, horriblemente sucia y enérgica, gritaba: Excelencia. Costó gran trabajo a Fabricio librarse del gentío; esta escena hizo que su imaginación descendiese a la realidad terrena. Tengo lo que merezco, dijo para sí, por haberme metido con la canalla.

Dos mujeres le siguieron hasta la puerta de Zaragoza, por donde se salta de la ciudad; Pepe las detuvo, amenazándolas con su bastón y echándoles algunas monedas. Fabricio subió por la encantadora colina de San Michele in Bosco, dio la vuelta a una parte de la ciudad, fuera de la muralla, siguió un sendero estrecho, llegó a quinientos pasos en la carretera de Florencia y luego entró en Bolonia, entregando gravemente al empleado de la policía un pasaporte en donde sus señas personales estaban exactísimamente anotadas. Este pasaporte le daba el nombre de José Bossi, estudiante de teología. Fabricio notó en él una manchita de tinta roja, como caída por casualidad, en el ángulo de la derecha de la parte inferior. Dos horas después llevaba Fabricio un espía detrás; la causa de esto era ese tratamiento de Excelencia que su compañero le habla dado delante de los pobres de San Petronio, aunque su pasaporte no llevaba ninguno de los títulos que autorizan a un hombre a hacerse llamar Excelencia por sus criados.

Fabricio vio al espía y se burló de él. Ya no pensaba ni en pasaportes ni en policía y se divertía de todo como un niño. Pepe, que tenía orden de quedarse con él, viéndolo muy contento de Ludovico, prefirió llevar él mismo tan bue-

nas noticias a la duquesa. Fabricio escribió dos cartas muy largas, dirigidas a las personas a quien más quería; luego se le ocurrió la idea de escribir una tercera al venerable arzobispo Landriani. Esta carta produjo un efecto maravilloso; contenía un exactísimo relato del combate con Giletti. El bueno del arzobispo, conmovidísimo, no dejó de ir a leer esta carta al príncipe, quien se dignó escucharla, curioso de ver cómo ese joven monsignore se las arreglaba para disculparse de tan espantoso homicidio. Los numerosos amigos de la marquesa Raversi, se encargaron de persuadir al príncipe y a toda la ciudad de Parma, de que Fabricio había pedido el auxilio de veinte o treinta aldeanos para matar a un cómico malo que tenía la insolencia de disputarle la pequeña Marietta. En las cortes despóticas, el primer intrigante hábil dispone de la verdad, como en París dispone de ella la moda.

-Pero ¡qué diablo! -decía el príncipe al arzobispo-, esas cosas se mandan hacer a otro; hacerlas uno mismo, no es costumbre; y, además, a un Giletti no se le mata, se le compra.

Fabricio no sospechaba en manera alguna lo que en Parma ocurría. En realidad tratábase de saber si la muerte de ese comediante, que ganaba en vida treinta y dos francos al mes, serviría para derribar al Ministerio y a su jefe, el conde Mosca.

A1 saber la, muerte de Giletti, el príncipe, picado por los ademanes de independencia que afectaba la duquesa, había ordenado al fiscal general Rassi que llevase todo este proceso como si se tratara de un liberan. Fabricio, por su parte, creía que un hombre de su rango estaba por encima de

las leyes; no calculaba que en los países en donde los grandes nombres nunca son castigados, la intriga lo puede todo, aun contra ellos. Hablaba muchas veces a Ludovico de su inocencia perfecta que pronto habría de ser proclamada; su argumento principal consistía en afirmar que no era culpable. A lo cual contestó un día Ludovico:

-No concibo cómo Vuestra Excelencia, que tiene tanto talento, tanta instrucción, se toma el trabajo de decirme todas esas cosas a mí, que soy su fiel servidor. Vuestra Excelencia usa demasiada precaución; esas cosas son buenas para ser dichas en público o ante un tribunal.

Este hombre se cree que soy un asesino, y no por eso me quiere menos, pensó Fabricio sorprendidísimo.

Tres días después de la marcha de Pepe, quedó atónito al recibir una carta enorme, cerrada con trencilla de seda, como en tiempos de Luis XIV, y dirigida A Su Excelencia reverendísima, Monseñor Fabricio del Dongo, primer gran vicario de la diócesis de Parma, canónigo, etc

Pero ¿soy yo todavía todas esas cosas?, preguntóse riendo. La epístola del arzobispo Landriani era una obra maestra de lógica y de claridad; contaba nada menos que de diecinueve grandes páginas y relataba muy bien cuanto había ocurrido en Parma con motivo de la muerte de Giletti.

"Un ejército francés, mandado por el mariscal Ney, marchando sobre la ciudad, no hubiera producido un efecto mayor, decía el buen arzobispo. Salvo la duquesa y yo, mi muy amado hijo, todo el mundo cree que se ha dado usted el gusto de matar al histrión Giletti. Aunque le hubiera sucedido a usted esta desgracia, estas son cosas que se arreglan con

doscientos luises y seis meses de ausencia; pero la Raversi quiere aprovechar este incidente para derribar al conde Mosca. Lo que el público censura en su conducta de usted, no es el horrible pecado de homicidio, sino simplemente la torpeza o más bien la insolencia de no haberse dignado recurrir a un bulo (especie de subalterno matón) . Ésta es la traducción, en términos claros, de los discursos que oigo en mi derredor, porque desde esa desgracia, deplorable por siempre, voy todos los días a tres o cuatro casas de las más considerables para tener la ocasión de justificarle a usted. Nunca he creído que hacia un uso más santo de la poca elocuencia que el cielo se ha dignado concederme.”

Cayó la venda que cubría los ojos de Fabricio; las numerosas cartas de la duquesa, llenas de arrebatos de cariño, no se dignaban relatar nada. La duquesa le juraba que abandonaría Parma para siempre, si él no regresaba pronto triunfante. "El conde hará de ti, decía en la carta que acompañaba a la del arzobispo, cuanto sea humanamente posible. En cuanto a mí, ha cambiado mi carácter con tu aventura; ahora soy tan avara como el banquero Tombone; he despedido a todos mis obreros, he hecho más: he dictado al conde el inventario de mi fortuna, que ha resultado mucho menos considerable de lo que yo pensaba. Después de la muerte del excelente conde Pietranera, a quien, entre paréntesis, hubieras debido vengar, en vez de exponerte contra un ser como ese Giletti, me quedaban mil doscientos francos de renta y cinco mil de deudas; me acuerdo, entre otras cosas, que tenía dos docenas y media de zapatos de satén blanco que me habían mandado de París, y en cambio un solo par de zapa-

tos para andar por la calle. Estoy casi decidida a quedarme con los trescientos mil francos que me deja el duque, y que quería gastar por entero en un magnífico sepulcro. Además, la marquesa Raversi es tu principal enemiga, es decir, la mía. Si te aburres en Bolonia, di una sola palabra y me voy contigo. Ahí van otras cuatro letras de cambio, etc., etc.”

La duquesa no decía a Fabricio nada de la opinión que había en Parma sobre su asunto, porque ante todo quería consolarle, y además en todo caso le parecía que la muerte de un ser ridículo como el tal Giletti no podía ser, en serio, objeto de una acusación con un del Dongo. ¡Cuántos Giletti no han mandado al otro mundo nuestros antepasados, decía al conde, sin que nadie se haya empeñado en reprochárselo!

Fabricio, extrañado y vislumbrando por vez primera el estado verdadero de la cuestión, se puso a estudiar la carta del arzobispo. Por desgracia, el mismo arzobispo lo creta más enterado de lo que estaba en realidad. Fabricio comprendió que la Raversi triunfaba, principalmente porque era imposible encontrar testigos de vista del fatal combate. El ayuda de cámara que había llevado el primero la noticia a Parma, estaba en la posada de la aldea de Sanguigna cuando ocurrió el suceso. Mariettina y la vieja que servía de madre habían desaparecido, y la marquesa habla comprado al vetturino que guiaba el coche y que, ahora, prestaba una declaración abominable. "Aunque el sumario está rodeado del más profundo misterio, escribía el arzobispo en su estilo ciceroniano, y dirigido por el fiscal general Rassi, del que sólo la caridad cristiana me impide hablar mal, pero que ha hecho su fortuna encarnizándose con los desgraciados acusados

como el perro de caza con la liebre; aunque Rassi, cuya venalidad, cuya bajeza no puede evaluar la imaginación, haya sido encargado de la dirección del proceso por un príncipe irritado, he podido leer las tres declaraciones del vetturino. Por fortuna, el desgraciado se contradice. Y añadiré, ya que hablo a mi vicario general, al que ha de sucederme en la dirección de la parroquia en donde vive ese pecador perdido, querido hijo, aunque bajo el secreto de la confesión, que ese cura sabe ya, por la mujer del vetturino, el número de escudos que éste ha recibido de la marquesa Raversi. No me atreveré a decir que la marquesa le ha exigido que calumnie, pero el hecho es probable. Los escudos han sido entregados por un desgraciado sacerdote que desempeña cerca de la marquesa funciones asaz mezquinas y al que me he visto obligado a prohibir por segunda vez que diga misa. No le cansaré a usted, relatando varias otras gestiones que era justo esperar de mí y que además están dentro de lo que es mi obligación. Un canónigo, colega nuestro en la Catedral, que se acuerda con excesiva frecuencia de la influencia que le dan los bienes de fortuna de que, por la voluntad de Dios, ha resultado ser el único heredero, habiéndose permitido decir en casa del señor conde Zurla, ministro del Interior, que consideraba que esa bagatela estaba probada contra usted (hablaba del asesinato del desgraciado Giletti), lo mandé venir a mi presencia, y allí, ante mis otros tres vicarios generales, mi limosnero y dos curas que se hallában en el salón de espera, le rogué que nos comunicase, a nosotros sus hermanos, los elementos en que fundaba la convicción completa que decía haber adquirido contra uno de sus colegas de la

Catedral; el desgraciado no pudo articular más que razones muy poco concluyentes; todo el mundo 198 se alzó contra él, y aunque no creí deber añadir sino poquísimas palabras, rompió a llorar y nos confesó plenamente su error. Prometé guardar el secreto en mi nombre y en el de cuantas personas hablan asistido a esta conferencia, pero bajo la condición de que emplearía todo su celo en rectificar las falsas interpretaciones causadas por los discursos que venia profiriendo desde hacia quince días.

"No repetiré, querido hijo, lo que ya de seguro sabe usted desde hace tiempo, y es que de los treinta y cuatro aldeanos empleados en las excavaciones del conde Mosca, y que la Raversi pretende pagados por usted para ayudarle a cometer un crimen, treinta y dos estaban en el fondo de sus fosos ocupados en sus trabajos, cuando cogió usted el cuchilo de caza y lo empleó en defensa de su vida contra el hombre que le atacaba de improviso. Dos de ellos que estaban fuera del foso gritaron a los demás: ¡Asesinan a monseñor! Sólo este grito demuestra su inocencia de usted en todo su esplendor. Pues bien; el fiscal general Rassi pretende que estos dos hombres han desaparecido. Es más, se han encontrado ocho de los que estaban trabajando en el foso; en su primer interrogatorio, seis han declarado que oyeron el grito de: ¡Asesinan a monseñor! Yo sé indirectamente que, en el quinto interrogatorio que tuvo lugar ayer tarde, cinco han declarado que no se acuerdan bien de si oyeron directamente el grito o si les fue referido por sus compañeros. He dado órdenes para que se me haga saber dónde viven esos obre-

ros, y sus curas les harán comprender que se condenan si por unos escudos se permiten alterar la verdad.”

El bueno del arzobispo entraba en infinitos detalles, como puede juzgarse por los que hemos referido. Luego añadía en lengua latina:

"Este asunto es nada menos que un intento para cambiar el Ministerio. Si es usted condenado, no podrá ser sino a galeras o a muerte, en cuyo caso intervendré yo declarando desde mi cátedra arzobispal que sé que es usted inocente, que no ha hecho usted más que defender su vida contra un bribón, y que, en fin, le he prohibido a usted volver a Parma mientras aquí triunfen sus enemigos; hasta me propongo estigmatizar, como lo merece, al fiscal general; el odio contra este hombre es tan corriente como rara la estimación por su carácter. Pero, en fin, la víspera del día en que ese fiscal pronuncie tan injusta sentencia, la duquesa Sanseverina abandonará la ciudad y hasta quizá los Estados de Parma; en este caso, nadie duda de que el conde presentará su dimisión. Entonces, muy probablemente, subirá al Ministerio el general Fabio Conti, y triunfará la marquesa Raversi. Lo peor que hay en este negocio es que ningún hombre entendido se ha encargado de las gestiones necesarias para que resplandezca la inocencia de usted y sean impedidos los intentos de sobornar a los testigos. El conde cree que cumple esa misión; pero es demasiado gran señor para descender a ciertos detalles; además, en su calidad de ministro de Policía ha tenido que dar, en los primeros momentos, las más severas órdenes contra usted. En fin, ¿me atreveré a decirlo?, nuestro soberano señor le cree a usted culpable, o por lo menos finge

creerlo, y pone alguna irritación en este asunto." (Las palabras que corresponden a nuestro soberano señor y a finge creerlo estaban en griego, y Fabricio agradeció infinitamente al arzobispo el haberse atrevido a escribirlas. Cortó con un cortaplumas esta línea de la carta y la destruyó en seguida.)

Fabricio interrumpió veinte veces la lectura de esta carta, agitado por las comunicaciones del más vive agradecimiento: respondió en seguida en carta de ocho páginas. Muchas veces tuvo que alzar la cabeza para que las lágrimas no cayesen en el papel. Al día siguiente, releyendo la carta, al punto de cerrarla, halló su tono mundano en exceso. Voy a escribirla en latín, pensó; le parecerá más conveniente al digno arzobispo. Pero mientras construía hermosas frases latinas, bien largas, bien imitadas de Cicerón, recordó que un día el arzobispo hablándole de Napoleón, puso cierta afectación en llamarle Buonaparte; toda la emoción, que el día antes le hizo llorar, desapareció en un instante. ¡Oh, rey de Italia!, exclamó; esa fidelidad que tantos te han jurado mientras vivías, yo la guardaré después de tu muerte. Me quiere, sin duda, pero es porque soy y del Dongo y él es hijo de un burgués. Para no perder su hermosa carta italiana, Fabricio cambió algunas cosas y la envió al conde Mosca.

Aquel mismo día Fabricio se encontró en la calle a la pequeña Marietta, quien roja de contento, le hizo señas de que la siguiera sin hablarle, corrió a un pórtico solitario y se cubrió la cara con el encaje negro que llevaba por la cabeza, según la moda del país, para no ser conocida. Di media vuelta rápida y dijo:

-¿Cómo es que anda usted tan libremente por la calle?

Fabricio le contó su' historia.

-¡Dios mío, ha estado usted en Ferrara! ¡Y yo que le he buscado tanto por allí! Ha de saber usted que me peleé con la vieja porque quería llevarme a Venecia, en donde yo sabía muy bien que usted no podía ir por estar en la lista negra de Austria. He vendido mi collar de oro para venir a Bolonia; un presentimiento me decía O que iba a tener aquí la ventura de encontrar a usted. La vieja ha llegado dos días después que yo. No le aconsejo que venga usted a nuestra casa, pues le volvería a pedir dinero. Cosa que me llena de vergüenza. Hemos vivido muy bien desde el día que usted sabe, y no hemos gastado ni la cuarta parte de lo que usted le dio. No quisiera ir a ver a usted a la posada del Pelegrino; eso sería demasiado público. Alquile un cuartito en una calle solitaria y a la hora del Avemaría (a la caída de la tarde) estaré aquí, en este mismo pórtico.

Dicho esto echó a correr.

XIII

Todas las ideas serias se desvanecieron en cuanto apareció esta amable persona. Fabricio empezó a vivir en Bolonia con profunda alegría y con la sensación de una perfecta seguridad. Esta ingenua disposición a encontrarse feliz con todo lo que llenara su vida, se traslucía en las cartas que mandaba a la duquesa, hasta el punto de que ésta se sintió algo molesta. Fabricio apenas si lo notó; escribió tan sólo con abreviaturas en la caja de su reloj: al escribir a la D. no decir nunca cuando era prelado, cuando era eclesiástico, que esto le desagradaba. Había comprado dos caballitos, con los que estaba muy contento; los enganchaba a un cochecillo de alquiler, siempre que la pequeña Marietta quería ir a ver algunos de esos encantadores parajes de la comarca boloñesa; casi todas las tardes la llevaba a la cascada del Reno. A la vuelta se detenía en casa del amable Crescentini, que se figuraba casi que era el padre de Marietta.

A fe mía, pensaba Fabricio, si ésta es la vida de café que tan ridícula me parecía para un hombre de cierto valer, hice

muy mal en rechazarla. Se olvidaba de que no iba al café más que para leer el Constitucional y de que, desconocido por completo de todo el mundo en Bolonia, los goces de la vanidad no entraban a formar parte de su actual felicidad. Cuando no estaba con Marietta, se le veía en el Observatorio, donde estudiaba astronomía; el profesor le manifestaba gran amistad, y Fabricio le prestaba sus caballos los domingos para que brillase con su mujer en el Corso de la Montagnola.

Aborrecía extraordinariamente hacer la desgracia de alguien por muy poco estimable que fuese. Marietta no quería en absoluto que viera, a la vieja; pero un día, estando la niña en la iglesia, subió a casa de la mamacia, quien al verle entrar se puso roja de ira. Ha llegado el momento de hacer aquí el del Dongo, pensó Fabricio.

-¿Cuánto gana Marietta al mes cuando está contratada? - exclamó con el mismo ademán indiferente con que un jovenzuelo que se respeta entra, en París, en los Bufos.

-Cincuenta escudos.

-Miente usted como siempre; diga usted la verdad, o, como hay Dios, que no tendrá ni un centavo.

-Pues bien; ganaba veintidós escudos en nuestra compañía de Parma, cuando tuvimos la desgracia de conocer a usted; yo ganaba doce escudos y dábamos a Giletti, nuestro protector, cada una la tercera parte de lo que nos correspondía. Todos los meses próximamente Giletti le hacía un regalo a Marietta, un regalito de unos dos escudos.

-Sigue usted mintiendo. Usted no recibía más que cuatro escudos. Pero si es usted buena con Marietta, la contrato

como si yo fuera empresario; todos los meses habrá doce escudos para usted y veintidós para ella; pero si veo que tiene los ojos hinchados, bancarrota.

-Se las da usted de generoso; pues bien, su hermosa generosidad nos arruina -respondió la vieja furiosa-, perdemos el argumento (la parroquia) . Cuando tengamos la enorme desgracia de vernos privadas de la protección de Vuestra Excelencia, ya no nos conocerán en ninguna compañía, todas estarán completas y no encontraremos contrata; por su culpa nos tendremos que morir de hambre.

-Vete al demonio -dijo Fabricio marchándose.

-No iré al demonio ¡impío!, sino sencillamente a la oficina de policía, y diré que es usted un monsignore que ha tirado los hábitos, y que se llama usted José Bossi, como yo.

Fabricio ya había bajado algunos escalones. Los volvió a subir.

-En primer lugar, la policía sabe mejor que tú cuál es mi verdadero nombre; pero si se te ocurre denunciarme, si cometes esa infamia -dijo muy serio-, Ludovico te dirá dos palabras, y no serán seis las puñaladas que recibirá tu cuerpo, sino dos docenas, que te tendrán medio año en el hospital, y sin tabaco.

La vieja se puso pálida. Se precipitó hacia él, cogió su mano y la quiso besar.

-Acepto agradecida la suerte que nos hace usted a Marietta y a mí. Tiene usted cara de ser tan bueno que le tomé por tonto, y, piénselo usted bien, otros, que no yo, pueden cometer el mismo error; le aconsejo que ponga de ordinario más cara de gran señor -y luego añadió con admirable des-

vergüenza:- Reflexionará usted sobre este buen consejo, y como el invierno está próximo nos regalará usted a Marietta y a mí dos buenos trajes de esa hermosa tela que vende el mercader gordo de la plaza de San Petronio.

El amor de la preciosa Marietta tenía para Fabricio todo el encanto de la más dulce amistad, lo que le hacía pensar en la felicidad de la misma especie que hubiera podido hallar cerca de la duques.

¿No es cosa graciosísima, pensaba alguna vez, que no sea yo capaz de sentir esa exclusiva y apasionada preocupación que llaman amor? Entre las relaciones que el azar me proporcionó en Nápoles o en Navarra, ¿he encontrado alguna vez una mujer cuya presencia me haya parecido, aun en los primeros días, preferible a un paseo en un bonito caballo desconocido? ¿No será que lo que llaman amor es otra mentira? Sí, sin duda, yo amo, lo mismo que a las seis tengo buen apetito. Y ¿con esa propensión algo vulgar iban a hacer esos embusteros el amor de Otello, el amor de Tancredo? ¿O deberé pensar que estoy organizado de modo diferente que los demás hombres? Mi alma carecerá de una pasión. ¿Por qué? ¡Singular destino! En Nápoles, sobre todo en los últimos tiempos, Fabricio había encontrado mujeres, que orgullosas de su rango, de su belleza, de la posición que ocupaban en el mundo los adoradores que ellas habían sacrificado en aras de Fabricio, habían tenido la pretensión de dirigir su vida y mandar en él. En vista de este proyecto, Fabricio había roto del modo más escandaloso y rápido. Pues bien, pensaba, si me dejo arrastrar algún día por el placer, sin duda vivísimo, de estar bien con esa mujer preciosa que lla-

man la duquesa Sanseverina, haré exactamente lo que ese imprudente francés que mató la gallina de los huevos de oro. A la duquesa es a quien debo la única ventura que me han hecho experimentar los sentimientos tiernos; mi amistad por ella es mi vida, y sin ella ¿qué soy? Un pobre desterrado, atendido a una vida miserable en un castillo ruinoso de los alrededores de Novara.

Me acuerdo de que en otoño, en la época de las grandes lluvias, tenía que atar encima de la cama un paraguas abierto. Montaba los caballos del apoderado, quien lo sufría por respeto a mi sangre azul; pero ya empezaba a pensar que mi estancia allí se iba alargando demasiado; mi padre, que me había fijado una pensión de mil doscientos francos, creía que se condenaba por dar pan a un jacobino. Mi pobre madre y mis hermanos se privaban de trajes para ponerme en situación de hacer regalitos a mis queridas. Partíame el corazón este modo de ser generoso. Además, ya empezaba a sospecharse mi miseria y ya los jóvenes nobles del contorno iban a tenerme consideración. Tarde o temprano, algún fatuo habría dejado traslucir su desprecio hacia un jacobino pobre y desgraciador en sus propósitos, pues para aquella gente no era yo otra cosa. Hubiera dado o recibido algún pinchazo que me habría conducido a la fortaleza de Fenestrelles u obligado a refugiarme otra vez en Suiza, con mis mil doscientos francos de siempre. Tengo la fortuna de deber a la duquesa la ausencia de todos esos males; además, ella es la que siente hacia mí los arrebatos de cariño que debería yo sentir hacia ella.

En lugar de esa vida ridícula y mezquina, que habría hecho de mí un animal triste y un necio, vivo desde hace cuatro años en una gran ciudad, tengo un coche excelente, todo lo cual me ha librado de conocer la envidia y todos los bajos sentimientos provincianos. Esa amabilísima tía mía me regaña siempre porque no tomo bastante dinero en el banco. ¿He de emponzoñar para siempre esta admirable situación? ¿He de perder la única amiga que tengo en el mundo? Para ello bastaría decir una mentira, bastaría que a una mujer encantadora y acaso única en el mundo, hacia la cual siento la más apasionada amistad, le dijera: te amo, yo, que ignoro lo que es tener amor. Se pasaría ella el día reprochándome como un crimen la falta de esos arrebatos, que desconozco. Marietta, por el contrario, no lee en mi corazón; toma una caricia por un arrebato del alma, me cree loco de amor y se considera la más feliz de las mujeres.

En realidad, no he conocido un poco de esa tierna preocupación que llaman, creo, amor, más que con aquella joven Aniken de la posada de Zonders, en la frontera belga.

Con gran disgusto vamos a referir aquí una de las peores acciones de Fabricio. En medio de esta vida tranquila, un miserable pique de vanidad se apoderó de este corazón rebelde al amor y lo condujo muy lejos. Al mismo tiempo que él, hallábase en Bolonia la famosa Fausta F..., una de las primeras cantantes sin disputa, de nuestra época y acaso la más caprichosa mujer que se haya conocido. El excelente poeta veneciano Burati le había compuesto aquel famoso soneto satírico que recitaban entonces los príncipes y los últimos pilletes de las plazuelas.

"Querer y no querer, adorar y aborrecer en un día mismo, estar contenta sólo en la inconstancia, despreciar lo que el mundo adora, cuando lo adora, todos esos defectos y muchos otros más tiene la Fausta. Si imprudente la miras, olvidarás sus caprichos. Si tienes la ventura de escucharla, te olvidas a ti mismo, y si en un instante hace charla, te olvidas de ti mismo, y en un instante hace de ti el amor lo que Circe antaño hizo de los compañeros de Ulises."

Por el momento, ese milagro de belleza se encontraba bajo el encanto de las enormes patillas y de la elevadísima insolencia del joven conde M..., hasta el punto de no rebelarse contra los abominables celos del galán. Fabricio vio a ese conde por las calles Bolonia, y encontró chocante el aire de superioridad con que ocupaba la acera y se dignaba a exhibir sus encantos al público. Joven, muy rico, creía que todo le era permitido; y como sus prepotencias habían sido causa de que le dirigieran amenazas graves, salía sino rodeado de ocho o diez buli (matones) vestidos con librea y que había mandado venir de sus tierras de los alrededores de Brescia. Las miradas de Fabricio habíanse cruzado una o dos veces con las de este terrible conde, cuando por casualidad Fabricio oyó cantar a la Fausta. Admiróse de la dulzura angelical de su voz; no podía figurarse nada semejante; proporcionóle el canto de Fausta sensaciones de suprema felicidad que contrastaban con la placidez de su vida actual. ¿Será esto amor?, pensó. Curioso por ver si experimentaba ese sentimiento y pensando divertirse un poco de las bravatas del conde M..., cuyo aspecto era más terrible que el de un sargento, nuestro héroe

dio en la niñada de pasearse delante del palacio Tanari, que el conde M... había alquilado para Fausta.

Un día, a la caída de la tarde, Fabricio trataba de que lo viera Fausta, cuando fue saludado por las risotadas marcadísimas del buli del conde, apostados en la puerta del palacio Tanari. Corrió su casa, tomó buenas armas y volvió a pasar delante del palacio Fausta, detrás de sus persianas esperaba esa vuelta, y se la tus muy en cuenta., M..., que tenía celos de todo el mundo, los tus especialmente del señor José Bassi y se irritó hasta proferir frases ridículas,, Nuestro héroe entonces le mandó todas las mañanas una cartita con sólo estas palabras:

"El señor José Bassi mata los insectos incómodos, y está alojada en el Pelegrino, vía Larga, número 79."

El conde M..., acostumbrado al respeto que en todas partes aseguraban su fortuna enorme, su sangre azul y los treinta matones, no quiso comprender lo que decía este billetito.

Fabricio escribió cartas a Fausta. M... puso espías a su rival quien acaso no desagradaba a la hermosa. Conoció primero verdadero nombre y supo además que por el momento no podía presentarse en Parma. Pocos días después el conde M..., sus buli sus magníficos caballos y Fausta marcharon a Parma.

Fabricio, excitado su amor propio, se fue detrás. En vano buen Ludovico le hizo patéticas advertencias; Fabricio lo mandó paseo, encantado además de un viaje que le acercaba a su precio; amante, la hostelera de Casal-Maggiore. Ludovico buscó a ocho diez antiguos soldados de los regimientos

de Napoleón, que entre ron en casa del señor José Bossi, con el nombre de criados. Con tal de no tener comunicación alguna ni con el ministro de Policía, ni con la duquesa, soy yo sólo el que se expone, pensaba Fabricio mientras cometía la locura de seguir a Fausta. Luego le diré a mi tía que iba en busca del amor, esa cosa hermosa que no he encontrado jamás. El hecho es que pienso en Fausta, aun cuando no la veo... Pero lo que amo ¿es su persona o el recuerdo de su voz? Como ya no pensaba en la carrera eclesiástica, Fabricio se había dejado crecer unos bigotes y unas patillas casi tan terrible como las del conde M... Esto lo disfrazaba un poco. Estableció su cuartel general, no en Parma, sino en una aldea próxima, en medio del bosque, en el camino de Sacca, donde estaba el castillo de su tía. Siguiendo los consejos de Ludovico, anuncióse como el ayudante de cámara de un gran señor inglés, muy original, que gastaba cien mil francos al año en cazar y que iba a llegar dentro de poco de lago de Como, en donde estaba pescando truchas. Por fortuna, el precioso palacete que el conde M... había alquilado para la hermosa Fausta estaba en el extremo sur de Parma, en el camino de Sacca precisamente, y las ventanas de Fausta daban a las hermosas avenidas de grandes árboles que se extienden bajo la alta torre de la fortaleza. Fabricio no era conocido en aquel barrio solitario mandó a uno de los suyos que siguiera al conde M... , y un día que éste acababa de salir de casa de la admirable cantante, tuvo la audacia de presentarse en la calle en pleno día; iba, es cierto montado en un excelente caballo y bien armado. Unos músicos y esos que andan por las calles de Italia y que, a veces, son excelentes vinieron á

colocar sus contrabajos delante de la ventana de Fausta, y después de un prelude cantaron bastante bien una cantata en honor suyo. Fausta salió a la ventana y advirtió en seguida que un joven muy cortés, montado a caballo y parado en medio de la calle la saludaba primero y empezaba en seguida a lanzarle miradas nada equívocas. A pesar del exagerado traje inglés adoptado por Fabricio Fausta conoció bien pronto al autor de las cartas apasionadas que ocasionaron su marcha de Bolonia. ¡Qué hombre más extraño! dijo para sí; me parece que voy a quererle. Tengo cien luisas; puede muy bien dejar plantado a ese terrible conde M... Ahora caigo en que el conde no tiene ingenio y carece de invención; si me divierte algo es sólo por la facha tremenda de sus criados.

Al día siguiente supo Fabricio que Fausta iba todos los días hacia las once, a oír misa al centro mismo de la ciudad, a esa iglesia de San Juan en donde se hallaba el sepulcro de su tíoabuel o el arzobispo Ascanio del Dongo. Se aventuró a seguirla. En verdad Ludovico le había proporcionado una hermosa peluca inglesa con un pelo rojo admirable. Sobre el color del pelo, que era el de la llamas que en su corazón ardían, hizo un soneto que Fausta hallen cantador; una mano desconocida lo había dejado sobre el piano. Este pequeño asedio duró sus ocho días; pero Fabricio veía que a pesar de todo, no progresaba realmente: Fausta se negaba a recibirle. Exageraba Fabricio el matiz de singularidad. Fausta ha dicho más tarde que le tenía miedo. Lo único que retenía aún a Fabricio era un resto de esperanza de sentir lo que se llama amor; pero muchas veces se aburría.

-Vámonos, señor -repetía Ludovico-; usted no está enamorado. Veo que tiene usted una sangre fría y un buen sentido desesperantes. Además, nada consigue; por pura vergüenza, vámonos.

Fabricio estaba ya a punto de marcharse en el primer momento de mal humor, cuando supo que Fausta iba a cantar en casa de la duquesa Sanseverina. Quizá esa voz sublime acabe de inflamar mi corazón, pensó. Y tuvo la audacia de introducirse disfrazado en ese palacio en donde todos los ojos lo conocían. Représéntese el lector la emoción de la duquesa cuando, hacia el final del concierto vio a un hombre vestido de cazador, de pie cerca de la puerta de gran salón; su aire le recordó a alguien. Buscó al conde Mosca quien entonces le contó la insigne y verdaderamente increíble locura de Fabricio. El conde acogía muy bien esta aventura, pues es amor por otra mujer que no era la duquesa le agradaba mucho perfecto caballero, en todo lo que no era política, obraba según esta máxima: que no podía hallar la felicidad, sino en cuanto que la duquesa fuera feliz.

-¡Lo salvaré contra sí mismo -dijo a su amiga-; ¡piense usted en la alegría de nuestros enemigos si lo detuvieran en este palacio. Por eso tengo aquí más de cien hombres míos, por eso le he mandado a usted pedir las llaves del estanque grande. Se las da locamente enamorado de la Fausta, y todavía no ha podido quitársela al conde M..., quien proporciona a esa loca una vida de reina.

La fisonomía de la duquesa reflejó un dolor vivísimo; Fabricio pues, no era sino un libertino totalmente incapaz de un sentimiento tierno y serio.

-¡Y no habernos visto! ¡Nunca se lo perdonaré! -dijo en fin-. ¡Y yo, que le escribo todos los días a Bolonia!

-Me parece muy bien su discreción -replicó el conde;- quiere comprometernos con su aventura; será gracioso oírse la contar.

Era Fausta demasiado loca para saber callar lo que la tenía preocupada. Al día siguiente del concierto, cuyas melodías todas había dedicado a ese joven alto vestido de cazador, habló al conde M... de un atentado desconocido.

-¿Dónde lo ves? dijo el conde furioso.

-En las calles, en la iglesia -respondió Fausta, cortada.

Quiso en seguida remediar su imprudencia o al menos alejar de la mente del conde todo lo que pudiera hacerle pensar en Fabricio; se lanzó en una minuciosa descripción de un joven alto, de pelo rojo, de ojos azules; sin duda era un inglés muy rico y muy torpe o algún príncipe. Al oír esto el conde M..., que no brillaba por la exactitud de sus deducciones, fue a figurarse ¡deliciosa vanidad! que su rival no era otro sino el príncipe heredero de Parma. Este pobre joven melancólico, entregado a la guarda de cinco o seis preceptores, subpreceptores, maestros, etc., etc., que no le dejaban salir sin haber antes celebrado consejo, lanzaba miradas extrañas a todas las mujeres de regular belleza que le era permitido ver. En el concierto de la duquesa, su alto rango lo había colocado delante de todo el público, en un sillón, a tres pasos de la bella Fausta. Sus miradas habían molestado mucho al conde M... Esta locura, hija de una refinada vanidad: ¡tener por rival a un príncipe!, divirtió mucho a Fausta, quien se dio el gusto

de confirmar tal sospecha por medio de mil pequeños detalles ingenuamente relatados.

-Su familia de usted -dijo al conde- ¿no es tan antigua como la de los Farnesio, a la que pertenece ese joven?

-¿Qué quiere usted decir? ¿Tan antigua? Yo no tengo bastardos en mi familia⁹.

La casualidad dispuso que el conde M... no pudiera nunca ver a sus anchas a su supuesto rival, lo que le confirmó en la halagüeña idea de que tenía por contrincante a un príncipe. En efecto; cuando los intereses de su asunto no llamaban a Fabricio a Parma, permanecía en los bosques, que se extienden hacia Sacca y en las orillas del Po. El conde M... estaba mucho más orgulloso, pero también usaba de más prudencia, desde que se imaginaba que un príncipe estaba disputándole el corazón de la Fausta. Rogó muy seriamente a su amiga que pusiera en su conducta el mayor recato. Después de echarse a sus pies, como un amante apasionado y celoso, le dijo muy claramente que su honor estaba interesado en que ella no fuera víctima del joven príncipe.

-Permitid; no sería yo una víctima si le amase; nunca he visto un príncipe a mis plantas.

-Si cede usted -replicó él con mirada altanera no podré quizá vengarme del príncipe, pero de seguro que me vengaré y salió dando portazos.

Si en este momento llega a presentarse Fabricio, tenía su pleito ganado.

⁹ Pedro Luis, primer soberano de la familia de Farnesio, tan célebre por sus virtudes, fue, como es sabido, hijo natural del Santo Papa Pablo III.

-Si tiene usted apego a la vida -dijo por la noche al despedirse de Fausta, después del espectáculo-, que no sepa yo nunca que el joven príncipe ha penetrado en su casa. Contra él nada puedo; pero no me haga usted recordar que contra usted lo puedo todo.

-¡Ay, mi Fabricio -exclamó Fausta-, si yo supiera dónde encontrarte!

La vanidad herida puede llevar muy lejos a un joven rico, rodeado desde la cuna de aduladores. La pasión muy cierta que el conde M... había sentido por Fausta, se despertó con furor. No le detuvo la perspectiva peligrosa de luchar con el único hijo del soberano, en cuyos Estados se encontraba. Tampoco, asimismo, tuvo talento de tratar de ver al príncipe o por lo menos de mandar que le siguieran. No pudiendo atacarlo de otro modo, el conde M. . . se atrevió a pensar en ridiculizarlo.

-Seré expulsado para siempre de los Estados de Parma -dijo-; pero ¡qué me importa!

Si hubiera intentado descubrir la posición del enemigo, el conde M... hubiera sabido que el pobre joven príncipe no salía nunca, como no fuera seguido por tres o cuatro ancianos, tristes guardianes de la etiqueta, y que el único placer de que libremente podía gozar era la mineralogía.

De día y de noche el palacete que ocupaba Fausta, y al que acudía en masa la buena sociedad de Parma, estaba rodeado de espías. El conde M... sabía, hora por hora, lo que Fausta hacía, y sobre todo lo que se hacía alrededor de ella. En las precauciones tomadas por este celoso, es de alabar el cuidado que puso en que esta mujer tan caprichosa no tuviera

ra noticia del aumento de vigilancia. Los partes de sus agentes informaban al conde M. . . de que un hombre muy joven, con una peluca de pelo rojo, se presentaba muy a menudo frente a los balcones de Fausta, pero siempre con un nuevo disfraz. Evidentemente es el joven príncipe, decíase M. . . ; pues si no, ¿por qué iba a disfrazarse? Pues, ¡vive Dios!, que un hombre como yo no ha de cederle el paso. Si no fuera por las usurpaciones de la república veneciana, también yo sería príncipe soberano.

El día de San Stefano, los partes de los espías tomaron un color más sombrío; parecían indicar que Fausta empezaba a corresponder a las atenciones del desconocido. Puedo marcharme al instante con esta mujer, pensó el conde M... Pero ¡qué! En Bolonia he huído ante del Dongo. ¿Voy aquí a huir ante el príncipe? ¡Qué diría ese joven! Podría pensar que ha conseguido amedrentarme. Y, ¡por Dios!, que soy de tan buena casa como él. M... estaba furioso, pero para colmo de desgracia no quería por nada del mundo ponerse en ridículo ante Fausta, que conocía burlona. El día de San Stefano, pues, habiendo pasado una hora con ella, tratado con un afecto que le pareció el colmo de la falsedad, la dejó, hacia las once, vistiéndose para ir a misa a la iglesia de San Juan. El conde M... volvió a su casa, se puso el traje negro raído de un estudiante de teología, y corrió a San Juan. Buscó sitio detrás de uno de los sepulcros, que están en la tercera capilla de la derecha; veía cuanto ocurría en la iglesia, mirando por encima del brazo de la estatua de un cardenal arrodillado sobre su tumba; esta estatua daba sombra al fondo de la capilla y lo ocultaba. bastante bien. Pronto vio venir a Fausta,

más hermosa que nunca. Iba ataviada divinamente, y veinte adoradores de la mejor sociedad la acompañaban. La sonrisa y la alegría veíanse en sus labios y en sus ojos. Es evidente, pensó el desgraciado celoso, que espera encontrar aquí al hombre a quien ama, y a quien por mi culpa no ha visto acaso hace mucho tiempo. De pronto, la más viva felicidad pareció brillar en los ojos de Fausta. Ahí está mi rival, pensó M. ..., y su furor de vanidad no conoció límites. ¡Qué papel es el que estoy haciendo, sirviendo de pantalla a un joven príncipe disfrazado! Pero por mucho que inquiría no podía descubrir a ese rival que sus miradas hambrientas buscaban por todas partes.

A cada instante Fausta, después de recorrer con la vista toda la iglesia, acababa por mirar atentamente, con mirada amorosa y feliz, hacia el rincón obscuro en donde M... estaba oculto. En un corazón apasionado el amor suele exagerar los más leves matices y saca de ellos consecuencias a veces muy ridículas. El pobre M... acabó por persuadirse de que Fausta lo había visto, y que habiéndose dado cuenta, a pesar de todo, de sus celos mortales, quería reprochárselos y al mismo tiempo consolarle con tiernas miradas.

El sepulcro del cardenal, detrás del cual M... se había puesto en acecho, se levanta cuatro o cinco pies sobre el pavimento de mármol de San Juan. Terminó hacia la una la misa de moda, 1 la mayor parte de los fieles se marcharon; Fausta despidió a lo elegantes de la ciudad, con el pretexto de que tenía que seguir rezando; se quedó arrodillada en su silla y sus ojos, más tiernos brillantes que nunca, estaban fijos en W... Como ya no había e~ la iglesia sino muy pocas

personas, sus miradas no se tomaban e trabajo de recorrerla toda, antes de detenerse felices en la estatua del cardenal. ¡Qué delicadeza!, pensaba el conde M... creyéndose mirado. Por último Fausta se levantó y salió bruscamente haciendo con las manos unos movimientos extraños.

M. ., ebrio de amor y casi curado de sus locos celos, abandonaba su puesto para volar al palacio de su amada y darle las más efusivas gracias, cuando al pasar delante del sepulcro del cardena vio a un joven vestido de negro: este funesto individuo había esta do todo el tiempo arrodillado junto al epitafio del sepulcro, de suerte que las miradas del celoso amante pasaban por encima de su cabeza y no podían alcanzarle.

El joven se levantó, echó a andar a prisa, y en el mismo instante fue rodeado por siete u ocho personajes bastante mal encara dos que parecían pertenecerle. M . . . echó a correr tras él; pero sin que la cosa fuese demasiado marcada, detuviéronse en la angostura formada por la puerta de madera, a la salida, los hombres que protegían a su rival. Por último, cuando llegó detrás de ellos a la calle, no pudo ver más que una portezuela que se cerraba y un coche de escasa apariencia, que por extraño contraste iba tirado por dos excelentes caballos. En un instante todo desapareció di su vista.

Volvió a su casa jadeante de furor. Pronto llegaron sus espías quienes le informaron fríamente de que aquel día el amante misterioso, disfrazado de sacerdote, se había arrodillado muy devota mente junto a un sepulcro situado a la entrada de una capilla oscura de la iglesia de San Juan. Fausta había permanecido en la iglesia hasta que quedó casi desierta,

y había cambiado entonces algunas señas con el desconocido, haciendo unas cruces con la; manos. M... fue corriendo a casa de la infiel, quien por primer vez no pudo ocultar su turbación y le contó, con la mentida ingenuidad de una mujer apasionada, que había ido a San Juan, como de costumbre, pero que no había visto al hombre que la perseguía. Al oír esto, M..., fuera de sí, la trató como a la última de las mujeres, le dijo todo lo que él mismo había visto, y, como la audacia de las mentiras crecía con la vivacidad de las acusaciones, cogió su puñal y se precipitó sobre ella. Con gran sangre fría dijo entonces Fausta:

-Pues bien; todo eso de que se queja usted es la pura verdad, pero he querido ocultarlo para no lanzar su audacia de usted a proyectos insensatos que nos perderían a ambos. Porque, sépalo de una vez: según mis conjeturas, el hombre que me persigue con sus atenciones es uno que no puede hallar obstáculos a sus voluntades, por lo menos en este país.

Después de recordar muy hábilmente que, en resumidas cuentas, M... no tenía derechos sobre ella, Fausta acabó diciendo que probablemente no iría a la iglesia de San Juan. M... estaba locamente enamorado; un poco de coquetería había podido unirse a la prudencia en el corazón de la joven; sintióse desarmado. Pensó irse de Parma; el joven príncipe por muy poderoso que fuese no podría seguirle, y si lo seguía ya era su igual. Pero el orgullo vino de nuevo a presentarle esa marcha como una fuga, y el conde M... se obstinó en no pensar en ello.

No sospecha la presencia en Parma de mi Fabricio, pensó la cantante con alegría; ahora vamos a poder burlarnos de él preciosamente.

Fabricio no adivinó su ventura; como al día siguiente hallara muy bien cerradas las ventanas de Fausta y no pudiera ver a la joven en ninguna parte, empezó la broma a parecerle larga. Sentía remordimientos. ¡En qué situación estoy dejando al pobre conde Mosca, ministro de Policía! Le crearán cómplice mío. Y resultará que he venido a este país a quebrar su fortuna. Pero si abandono un proyecto tan largo y tan obstinadamente seguido, ¿qué dirá la duquesa de, mis intentos de amor, cuando se los cuente?

Una noche, decidido casi a dejarlo todo, meditaba sobre la moral, paseándose debajo de los grandes árboles que separan el palacio de Fausta de la fortaleza, cuando notó que le seguía un espía de muy pequeña estatura; en vano para despistarle dio vueltas por varias calles, siempre aquel ente microscópico parecía adherido a sus pasos. Harto ya, se metió Fabricio en una calle solitaria situada a lo largo del río Parma y en donde su gente estaba escondida; hizo una señal, y los suyos se echaron sobre el pobre pequeño espía que se precipitó de rodillas; era Bettina, la camarera de Fausta,. Después de tres días de aburrimiento y de reclusión, se había disfrazado de hombre para poder escapar al puñal del conde M..., que tenía atemorizadas a ella y a su ama,, y había decidido ir a decir a Fabricio que su señora le amaba con pasión y ardía en deseos de verle, pero que no podía ir a la misa de San Juan Ya era tiempo, pensó Fabricio. ¡Viva la insistencia!

La camarerita era preciosa; disipáronse los pensamientos morales de Fabricio. Bettina contó que el paseo y todas las calle; por donde había pasado Fabricio aquella noche, estaban cuidadosamente guardadas, sin que lo pareciera, por espías de M... Habían alquilado cuartos en los pisos bajos y principales y oculto detrás de las persianas, guardando un profundo silencio, observaban cuanto ocurría en la calle, solitaria en apariencia, y oía: cuanto se decía.

-Si los espías hubieran reconocido mi voz -dijo Bettina- me apuñalaban sin remedio al volver a casa; y quizá a mi ama también. Este terror le prestaba un encanto que Fabricio supo apreciar.

-El conde M... -siguió diciendo- está furioso, y la señor sabe que es capaz de todo... La señora me ha encargado que le diga que quisiera estar con usted a cien leguas de aquí.

Entonces contó la escena del día de San Stefano y el furor de M , que había visto todas las miradas y las señas de amor que Fausta, loca por Fabricio, le hizo aquel día. El conde había sacad su puñal, había cogido a Fausta por el pelo, y la hubiera matad sin la presencia de ánimo de la señora.

Fabricio hizo subir a la preciosa Bettina a un cuartito que tenía alquilado por allí cerca. Le dijo que era de Turín, hijo de un gran personaje que en ese momento se hallaba en Parma, por lo cual se veía obligado a guardar mucha reserva. Bettina le respondienddo que era mucho más gran señor de lo que quería parecer. Nuestro héroe necesitó algún tiempo para comprender que la encantadora muchacha le tomaba nada menos que por el príncipe heredero. Fausta empezaba

a tener miedo y a amar a Fabricio; había cuidado mucho de no pronunciar este nombre delante de la camarera y en cambio, hablaba del príncipe. Fabricio acabó por confesar a la preciosa niña que había adivinado.

-Pero si mi nombre suena -añadió entonces-, a pesar de pasión grandísima de que tantas pruebas he dado a tu señora, me veré obligado a no volverla a ver; y los ministros de mi padre, esos infames a quienes despediré algún día, le darán la orden de abandonar este país que hasta hoy ha embellecido con su presencia.

Ya de madrugada, Fabricio combinó con la camarerita varios proyectos de entrevista con Fausta; mandó llamar a Ludovico a otro de sus criados, muy diestro y hábil, quienes se entendieron con Bettina, mientras que él escribía a Fausta la carta más extravagante del mundo; la situación entrañaba todas las exageración de la tragedia y Fabricio no dejó de utilizarlas. Separóse de la camarera al rayar el día; ella iba contentísima del joven príncipe.

Habíase dicho y repetido cien veces, durante esta entrevista, que ya que Fausta y su amante estaban de acuerdo, éste no volvería a pasar por delante del palacete hasta que pudiera ser recibido en él; en este caso se le haría una señal convenida. Pero Fabricio, enamorado de Bettina y creyendo que ya era inminente el desenlace con Fausta, no pudo quedarse en su aldea, a dos leguas de Parma. Al día siguiente, a las doce de la noche, vino a caballo y bien acompañado a cantar debajo de la ventana de Fausta una canción de moda, cuya letra varió. ¿No es así como hacen los enamorados?, pensaba.

Habiendo Fausta, manifestado su deseo de conceder una cita, ya esta especie de acecho le parecía larguísimo al impaciente Fabricio. No, no siento amor, pensaba, mientras cantaba bastante mal frente a la ventana del palacete. Bettina me parece cien veces preferible a Fausta y con ella es con quien quisiera estar ahora. Fabricio volvía a su aldea bastante aburrido, cuando a unos quinientos pasos del palacio de Fausta echáronse sobre él quince o veinte hombres; cuatro de ellos cogieron las riendas de su caballo y otros dos le apresaron los brazos. Ludovico y los bravi de Fabricio fueron atacados, pero pudieron escapar, disparando algunos tiros de pistola. Todo eso fue cuestión de un momento: cincuenta antorchas encendidas salieron a la calle en un instante y como por encanto. Todos esos hombres iban bien armados. Fabricio se había tirado del caballo, a pesar de la gente que le tenía cogido; quiso abrirse paso, y hasta hirió a uno de los hombres, que le apretaba el brazo con manos que parecían tenazas; pero se quedó estupefacto al oír a ese hombre que decía:

-Esta herida me valdrá una buena pensión de Vuestra Alteza; más vale eso que cometer el crimen de lesa majestad sacando mi espada contra mi príncipe.

Este es el castigo de mi necedad, pensó Fabricio; me habré condenado por un pecado que en el fondo no me gustaba.

Apenas hubo terminado el pequeño intento de combate, cuando varios lacayos vestidos de librea de gala se acercaron con una silla de mano dorada y pintada de extraña manera: era una de esas sillas grotescas de que las máscaras hacen uso

en carnaval. Seis hombres, con el puñal en la mano, rogaron a Su Alteza que entrara, diciéndole que la frescura de la noche podía ser dañina para su voz; afectaban usar las formas más respetuosas y repetían a cada momento el nombre del príncipe, casi a voces. Comenzó el desfile. Fabricio contó en la calle más de cincuenta hombres con antorchas encendidas. Sería la una de la madrugada; todo el mundo estaba en las ventanas, y la procesión marchaba no sin cierta majestad. Yo tenía miedo, pensó Fabricio, de recibir una puñalada de parte del conde M... y veo que se limita a burlarse de mí. No creía que tuviera tan buen gusto. Pero ¿se figura de verdad que tiene que habérselas con el príncipe? Si llega a saber que de quien se trata es de Fabricio, ¡cuidado con los puñales!

Los cincuenta hombres que llevaban las antorchas y los veinte hombres armados, se detuvieron durante largo rato debajo de las ventanas de Fausta, y luego desfilaron delante de los más hermosos palacios de la ciudad. Unos mayordomos, colocados a ambos lados de la silla de mano, preguntaban de vez en cuando a Su Altezas tenía alguna orden que darles. Fabricio no perdió la cabeza; ayudado por la claridad que las antorchas esparcían, vio que Ludovico y sus hombres andaban lo más cerca posible del desfile. Fabricio pensaba: Ludovico no tiene más que ocho o diez hombres, no se atreve a atacar. Desde el interior de su silla de manos vela muy bien Fabricio que los encargados de dar la broma iban armados hasta los dientes. Afectaba tomarlo a risa y bromeaba con los encargados de servirle. Después de dos horas largas de marcha triunfal, vio que iban a pasar por la extre-

midad de la calle en donde estaba situado el palacio Sanseverina.

A1 doblar la esquina de la calle que conduce al palacio, abrió Fabricio rápidamente la puerta que hay en la parte delantera de la silla, saltó por encima de uno de los palos, derribó de una puñalada a uno de los hombres que le metía la antorcha por la cara, recibió un pinchazo en el hombro; apartó a otro individuo que le quemaba la cara con su antorcha encendida, y por fin llegó adonde estaba Ludovico, gritando:

-Mata, mata a los de las antorchas.

Ludovico empezó entonces a repartir sablazos y lo libró de dos hombres que iban en su persecución. Fabricio llegó corriendo ala puerta del palacio Sanseverina; por casualidad, el portero había abierto el postiguillo de la puerta grande, y miraba con la boca abierta el movimiento de todas aquellas antorchas. Fabricio entra de un salto, cierra el postigo, corre al jardín y se escapa por una puerta trasera que daba a una de la ciudad; al rayar el día pasaba la frontera de los Estados de Módena y se hallaba en seguridad. Por la tarde entró en Bolognia. He aquí una hermosa expedición, pensó; ni siquiera he podido hablar con mi hermosa. Se apresuró a escribir al conde y a la duquesa unas cartas prudentes que, pintandor lo que pasaba en su corazón, no podían dar noticia, alguna a u enemigo. Yo estaba enamorado del amor, decía a la duquesa, y 1 hecho cuanto he podido por conocerlo; pero parece que la naturaleza me ha negado un corazón para amar y estar melancólico no puedo pasar del placer vulgar, etc.

No puede darse idea de lo que esta aventura dio que habla en Parma. El misterio excitaba la curiosidad: una infinidad de gente había visto las antorchas y la silla de manos. Pero ¿quién era ese hombre raptado a quien se tributaba toda suerte de respeto? Al día siguiente ningún personaje conocido faltó en la ciudad.

La gente que vivía en la calle donde el prisionero se había escapado, afirmaba haber visto un cadáver. Pero de día, cuando los habitantes se atrevieron a salir de sus casas, no hallaron más vestigios del combate que mucha sangre derramada por el suelo. Más de veinte mil curiosos vinieron a ver la calle aquel día. Las ciudades italianas están acostumbradas a contemplar espectáculo poco comunes, pero siempre conocen el porqué y el cómo. Lo que en esta ocasión chocó a los parmesanos fue que aún después de pasado un mes, cuando ya la procesión de las antorchas dejó de ser el único tema de conversación, nadie había podido descubrir nombre del rival que quiso robarle Fausta al conde M. . . Ese amante celoso y rencoroso había emprendido la fuga desde el comienzo del famoso paseo. Por orden del conde Mosca, cuya procedencia supo obscurecer el asunto, Fausta fue encerrada en la fortaleza. La duquesa se rió mucho de una pequeña, injusticia que el conde hubo de permitirse para contener por completo la curiosidad del príncipe quien, de otro modo, hubiera quizá llegado hasta con el nombre de Fabricio.

Había venido a Parma un sabio del Norte para escribir una historia de la Edad Media. Buscaba manuscritos en la biblioteca. El conde le había dado todas las autorizaciones necesarias. Pero ese sabio, muy joven aún, mostrábase irasci-

ble y se figuraba, por ejemplo, que todo el mundo en Parma trataba de burlarse de é. Es cierto que los pilluelos de las calles le seguían a veces, atraída por una inmensa cabellera de color rojo claro que el sabio exhibí orgulloso. También se figuraba que en su posada le pedían precio exagerados por todo y no pagaba la menor cosa sin antes busca su precio en la guía de una tal Mme. Starke, que ha llegado a s vigésima edición, porque indica al prudente inglés lo que vale u pavo, unas manzana, un vaso de leche, etc.

La noche misma en que Fabricio dio su paseíto forzado en silla de manos, el sabio de las crines rojas se puso furioso en su posada y sacó unas pistolitas de bolsillo para vengarse de un camariere que le pedía un precio excesivo por un melocotón muy mediocre. El sabio fue detenido, pues llevar pistolas es un gran crimen.

Como el sabio irascible era largo y delgado, el conde concibió la idea, al día siguiente, de hacerlo pasar ante el príncipe por el temerario que, habiendo querido quitar Fausta al conde M . . . fue objeto de la mixtificación. En Parma el uso de las pistolas de bolsillo está castigado con tres años de galera; pero esta pena no sea aplica nunca. Después de quince días de cárcel, durante los cuales el sabio no vio a nadie más que a un abogado que lo amedrentó hablándole de las atroces leyes dictadas por la pusilanimidad del gobierno contra los que llevan armas ocultas, vino a visitarle otro abogado y le contó el paseíto con que el conde M.. había obsequiado a su desconocido rival.

-La policía no quiere confesar al príncipe que no ha podido saber quién sea ese rival; confiese que usted quiso agra-

dar a Fausta, que cincuenta bandidos le cogieron a usted cantando debajo de su ventana, que por más de una hora le pasearon a usted en silla de manos sin decirle, ni hacerle más que cortesías y finezas. Esta confesión no tiene nada de humillante; sólo queremos una palabra. Dicha ésta, sale la policía del paso y usted de la cárcel; se mete usted en una silla de posta y arribará a la frontera en donde un agente le deseará las buenas noches con suma cortesía.

El sabio negó durante un mes; dos o tres veces el príncipe estuvo a punto de mandarlo venir al Ministerio de Gobernación y hallarse presente a su interrogatorio. Pero ya no pensaba en ello, cuando el sabio historiador, aburrido, se decidió a confesar todo y fue conducido a la frontera. El príncipe quedó convencido de que el rival del conde M... tenía una selva de cabellos rojos.

Tres días después del famoso paseíto, estaba Fabricio en Bolonia organizando con el fiel Ludovico los medios para encontrar al conde M..., cuando supo que éste se hallaba escondido en una aldea de la montaña en el camino de Florencia. El conde no tenía a su lado más que a tres de sus buli. Al día siguiente, cuando volvía de paseo, fue cogido por ocho enmascarados que decían ser esbirros de Parma. Fue conducido, con los ojos vendados, a una posada situada dos leguas más allá de la montaña. Allí fue objeto de las mayores atenciones y se le sirvió una cena abundantísima con los mejores vinos de Italia y de España.

-¿Soy, pues, prisionero de Estado? -preguntó el conde.

-Nada de eso -le respondió cortésmente Ludovico enmascarado-. Ha ofendido usted a un simple particular, man-

dando que le den un paseo en silla de manos; este particular quiere batirse en duelo con usted mañana por la mañana. Si usted lo mata, hallará dos buenos caballos, dinero y relevos preparados en el camino de Génova.

-¿Cómo se llama ese fierabrás? -dijo el conde irritado.

-Se llama Bombace. Tendrá usted la elección de las armas y buenos testigos, muy leales, pero uno de los dos tiene que morir.

-¡Es pues, un asesinato! -exclamó el conde M... aterrizado.

-¡No quiera Dios! Es simplemente un duelo a muerte con el joven a quien habéis paseado de noche por las calles de Parma. Ese joven quedará deshonorado si usted sigue vi- viendo. Uno de los dos está de más en el mundo; así, pues, procure usted matarlo; tendrá usted espadas, pistolas, sables, todas las armas que han podido juntarse en pocas horas, pues ha habido que darse prisa. La policía de Bolonia es muy diligente, como usted sabe, y procurará impedir este duelo, tan necesario para la honra del joven de quien usted se ha burlado.

-Pero si ese joven es un príncipe.

-Es un simple particular, como usted y hasta mucho menos rico que usted. Pero quiere un duelo a muerte y le obligará a usted a batirse, se lo advierto.

-¡Nada temo en el mundo! -exclamó M...

-Esto es lo que su adversario desea con ardor -replicó Ludovico-. Mañana por la mañana, muy temprano, prepárese a defender su vida. Será usted atacado por un hombre que tiene motivo para estar muy irritado y que no guardará con-

sideraciones; le repito que tiene usted la elección de las armas; haga usted su testamento.

Hacia las seis de la mañana, le fue servido el desayuno al conde M... Luego se abrió una puerta en el cuarto en donde estaba encerrado y se le invitó a que pasara al patio de la posada. Este patio estaba rodeado de vallas y de muros bastante altos; todas sus puertas estaban cuidadosamente cerradas.

En una esquina, sobre una mesa a la que se le rogó al conde que se acercase, había algunas botellas de vino y de aguardiente, dos pistolas, dos espadas, dos sables, papel y tinta; por las ventanas de la posada que daban al patio estaban mirando unos veinte aldeanos. El conde imploró su conmiseración.

-¡Me quieren asesinar exclamaba, salvadme la vida!

-Usted se engaña o quiere engañar a esas personas -gritó Fabricio, que estaba en la esquina opuesta junto a una mesa; también llena de armas. -Se había quitado la levita y su cara estaba oculta por una de esas máscaras de alambre que se usan en las salas de armas-. Ruego a usted -añadió Fabricio- que se ponga la máscara de alambre que está a su lado y en seguida venga hacia mí con una espada o con las pistolas; puede usted elegir las armas, como se le ha dicho anoche.

El conde M... ponía innumerables dificultades y parecía muy contrariado de tenerse que batir. Por su parte, Fabricio temía la llegada de la policía, aunque estaban en el monte a cinco leguas largas de Bolonia. Acabó por lanzar a su rival las más atroces injurias; por fin tuvo la fortuna de irritar al

conde M... quien cogió una espada y se lanzó contra Fabricio. El combate comenzó, pero poco animado.

Pocos minutos después fue interrumpido por un gran ruido. Nuestro héroe había comprendido muy bien que iba a hacer unas' cosa que durante toda su vida podía ser para él motivo de acusaciones o al menos de imputaciones calumniosas. Había enviado a Ludovico al campo para reclutar testigos. Ludovico repartió dinero a unos extranjeros que trabajaban en un bosque cercano que llegaron dando gritos, creyendo que se trataba de matar a un enemigo del hombre que pagaba. Cuando estuvieron en la posada, Ludovico les rogó que miraran con toda su atención para ver si uno de los dos jóvenes que se batía obraba como traidor y tomaba sobre el otro ilícitas ventajas.

El combate, interrumpido un instante por los gritos de muerte de los aldeanos, tardaba en recomenzar. Fabricio insultó de nueva la fatuidad del conde.

-Señor conde -le dijo-, cuando se es insolente, hay que ser valiente. Ya comprendo que la condición parece dura; prefiere' usted pagar bravos que le defiendan.

El conde, excitado otra vez, empezó a gritar que había frecuentado la sala de armas del famoso Battistino de Nápoles y que iba a castigar su insolencia. Habiendo reaparecido la cólera, el conde M... se batió con no poca firmeza, lo que no fue obstáculo para que Fabricio le diese un buen pinchazo en el pecho que le tuvo en cama varios meses.

Ludovico, mientras daba al herido los primeros cuidados, le dijo al oído:

-Si denuncia usted este duelo le hago apuñalar en su cama.

Fabricio huyó de Florencia; como en Bolonia había permanecido oculto, no recibió hasta llegar a Florencia las cartas de reproche que la condesa le escribió; ésta no podía perdonarle que habiendo venido a su concierto no hubiera intentado siquiera hablarle:

Fabricio quedó encantado de las cartas del conde Mosca que expresaban una franca amistad y los más nobles sentimientos. Compre dió que el conde había escrito a Bolonia, con el fin de disipar las sospechas que pudieran pesar sobre él con respecto al duelo. L policía fue justísima; comprobó que dos extranjeros, uno de los cuales -el herido- era conocido, se habían batido a espada delante de más de treinta aldeanos; entre ellos se hallaba hacia el final de combate el cura de la aldea, que hizo esfuerzos vanos por separa a los adversarios. Como el nombre de José Bossi no había sido pronunciado, Fabricio se atrevió a volver a Bolonia, más convencido que nunca de que su destino le condenaba a no conocer la parte noble e intelectual del amor. Esto es lo que tuvo el gusto de explicar largamente a la duquesa; estaba cansado de su vida solitaria echaba mucho de menos aquellas veladas encantadoras pasadas entre el conde y su tía. Desde entonces no había vuelto a conocer la dulzuras de una buena sociedad.

"Me he aburrido tanto, corriendo en pos del amor y de Fausta -escribía a la duquesa- que aun cuando ahora su capricho m fuese favorable, no haría veinte leguas de camino por verla; n~ temas, pues, como me dices, que vaya a París

LA CARTUJA DE PARMA

en donde veo que h̃ debutado con un éxito loco. Andaría, en cambio, toda la tierra; para pasar una velada contigo y con ese conde tan bueno para sus amigos.”

XIV

Mientras Fabricio corría en pos del amor, en una aldea cerca de Parma, el fiscal general Rassi, seguía tratando su asunto como si hubiera sido un liberal. Fingió que no hallaba testigo; de descargo, o mejor dicho, los intimidó a todos. Por último, después de una sabia labor que duró cerca de un año, a los dos meses de la última estancia de Fabricio en Bolonia, cierto viernes, la marques Raversi, loca de alegría, dijo públicamente en su salón que la sentencia contra el pequeño del Dongo se había dado hacia una hora e iba a ser, al día siguiente, puesta a la firma del príncipe y aprobada por éste. Unos minutos después la duquesa supo estas palabras de su enemiga.

-Mal servido debe de estar el conde por sus agentes - dijo- aún esta mañana no creía que la sentencia pudiera estar lista hasta dentro de ocho días. Quizá no le desagrade mucho alejar de Parma mi joven vicario general; pero -añadió canturreando- lo veremos volver y un día será nuestro arzobispo.

La duquesa llamó.

-Reuní a todos mis criados en la sala de espera -dijo a su ayuda de cámara, incluso a los cocineros-; vaya a buscar a casa de: comandante de la plaza el permiso necesario para tener cuatro caballos de posta, y que antes de media hora estén enganchados mi landó.

Todas las mujeres de la casa fueron ocupadas en hacer los baúles la duquesa se vistió de prisa un traje de viaje. De nada de esto se dio aviso al conde; la idea de burlarse un poco de él la llenaba de alegría.

-Amigos míos -dijo a los criados reunidos-, me entero de que mi sobrino va a ser condenado en rebeldía por haber defendido su vida contra un energúmeno llamado Giletti, que quería matarle Todos conocéis a Fabricio y habéis podido ver cuán dulce e inofensivo es su carácter. Indignada justamente por tan atroz insulto, parte para Florencia; dejo a cada uno de vosotros su sueldo de diez años si alguno de vosotros es desgraciado, que me escriba y mientras tengo yo un escudo algo habrá para él.

La duquesa pensaba exactamente cuanto decía y, al oír sus últimas palabras, los criados empezaron a llorar; también ella tenía los ojos húmedos. Añadió con voz velada por la emoción:

-Rogad a Dios por mí y por monseñor Fabricio del Dongo, primer vicario general de la diócesis, que mañana será condenado ; galeras o quizá a muerte; esto último sería lo menos necio que podrían hacer.

Las lágrimas de los criados aumentaron y poco a poco se cambiaron en gritos casi sediciosos. La duquesa subió a su carroza y se hizo llevar a palacio. A pesar de la hora, pidió

audiencia por medio del general Fontana, ayudante de campo que estaba de servicio. No venía vestida con el traje de corte, cosa que llenó de estupor a ayudante. El príncipe no se sorprendió y menos se enfadó por esta petición de audiencia. Vamos a ver unos hermosos ojos vertiendo lágrimas, se dijo frotándose las manos. Viene a pedir gracia; por fin va a humillarse esta orgullosa beldad. En verdad que estaba insoportable con sus aires de independencia. Esos ojos tan habladores parecían decirme siempre, a la menor cosa que molestaba: Nápoles o Milán son sitios mucho más agradables que vuestra pequeña ciudad de Parma. Ciertamente, yo no reino sobre Nápoles o Milán pero en fin, esta gran señora viene a pedirme algo que depende únicamente de mí y que está deseando obtener; siempre he pensado que la llegada de ese sobrino me proporcionaría alguna ventaja.

Mientras el príncipe sonreía de estos pensamientos y se entregaba a tan agradables previsiones, paseándose por su despacho, el general Montana permanecía delante de la puerta, rígido como un soldado que presenta armas. Al ver los ojos brillantes del príncipe recordó el traje de viaje de la duquesa y creyó que la monarquía estaba disolviéndose. Su estupefacción no conoció límites cuando oyó al príncipe que decía:

-Ruegue usted a la señora duquesa que espere un cuarto de hora.

El general ayudante dio media vuelta como un soldado en la parada y el príncipe volvió a sonreír. Fontana no está acostumbrado, pensó, a ver esperar a la orgullosa duquesa; la cara de estupefacción con que le dirá lo del cuarto de hora

de espera, será una buena preparación para la conmovedora escena de lágrimas que ese gabinete va a presenciar. El cuarto de hora fue una delicia para el príncipe; paseábase con paso firme e igual, en una palabra: reinaba. Aquí se trata de no decir nada que no esté perfectamente en su lugar; sean cualesquiera mis sentimientos para con la duquesa, no hay que olvidar que es una de las más altas damas de mi corte. ¿Cómo hablaba Luis XIV a las princesas, sus hijas, cuando tenía motivos para estar descontento de ellas? La mirada del príncipe se detuvo en el retrato del gran rey.

Lo gracioso del caso es que el príncipe no pensó en preguntarse si concedería o no la gracia de Fabricio y cuál sería ésta. En fin, al cabo de veinte minutos, el fiel Fontana se presentó de nuevo en la puerta, sin decir nada.

-Puede entrar la duquesa Sanseverina -gritó el príncipe con voz teatral.

Van a empezar las lágrimas, pensó, y como para prepararse a ese espectáculo, sacó su pañuelo.

Nunca la duquesa había estado tan ágil y tan bonita; no tenía veinticinco años. Al ver sus pasitos ligeros acariciar apenas el tapiz, el pobre ayudante estuvo a punto de perder la razón.

-Tengo que pedir mil perdones a Vuestra Alteza Serenísimas -dijo la duquesa con su voz ligera y alegre- por haberme tomado la libertad de presentarme con un traje que no es precisamente el conveniente.

La duquesa hablaba bastante despacio para darse tiempo y gozar a sus anchas de la figura del príncipe, que era deliciosa, por la profunda estupefacción y por el resto de majestad

teatral que aún conservaba en la postura de la cabeza y de los brazos. El príncipe se había quedado como herido por el rayo; con su vocecilla agria y turbada exclamaba de vez en cuando, sin poder apenas articular:

-¡Cómo!, ¡cómo!

La duquesa después de haber terminado su cumplido, se detuvo bastante tiempo como para aguardar la respuesta y luego añadió:

-Me atrevo a esperar que Vuestra Alteza Serenísima se dignará perdonarme la incongruencia de mi indumentaria.

Pero mientras así hablaba, sus ojos burlones brillaban con resplandor tan vivo, que el príncipe no pudo soportarlo; miró hacia el techo, lo cual era en él el signo evidente de la mayor turbación.

-¡Cómo!, ¡cómo! -repitió una vez más; tuvo luego la fortuna de encontrar una frase-. Señora duquesa, sentaos.-Él mismo le adelantó un sillón con bastante agrado. La duquesa no fue insensible a esta cortesía y moderó un tanto la petulancia de su mirada-. ¡Cómo!, ¡cómo! -dijo otra vez el príncipe, agitándose en su sillón, como si no pudiera hallar postura favorable.

-Voy a aprovechar la frescura de la noche para correr la posta -replicó la duquesa-, y como mi ausencia puede durar, no he querido salir de los estados de Su Alteza Serenísima, sin darle las gracias por las bondades que, desde hace cinco años, se ha dignad tener para conmigo.

El príncipe, al oír esto, comprendió por fin y se puso pálida sufría extraordinariamente al verse engañado en sus previsiones Compuso luego un ademán majestuoso, digno

enteramente del trato de Luis XIV que tenía ante la vista. Muy bien, pensó la duquesa, he aquí un hombre.

-¿Y cuál es el motivo de esta súbita marcha? -dijo el príncipe en tono bastante firme.

-Tenía ya este proyecto de antiguo -respondió la duquesa- y un pequeño insulto que se ha hecho a monsignore del Dongo, quien mañana se va a condenar a muerte o a galeras, ha aprestado mi partida.

-Y ¿a qué ciudad os vais?

-A Nápoles, creo. -Y añadió levantándose-. No me queda y sino despedirme de Vuestra Alteza Serenísima y darle humilde mente las gracias por sus antiguas bondades.

A su vez hablaba en tono tan firme, que el príncipe comprendí que en dos segundos todo habría terminado. Sabía que una ve dado el escándalo, todo arreglo sería imposible. No era mujer que volvía sobre sus decisiones. Corrió tras ella.

-Bien sabe usted, señora duquesa -le dijo cogiéndola por la mano- que siempre la he amado a usted y con una amistad a la que de quererlo, pudo usted dar otro nombre. Pero se ha cometido u homicidio; no puede negarse. He confiado la instrucción del asunto a mis mejores jueces...

Al oír esto la duquesa se irguió altiva e iracunda; en un momento desapareció todo resto de respeto y aun de urbanidad; dei cubrióse por completo la mujer ultrajada que habla a un hombre a quien conoce como de mala fe. Con la expresión de la más fuerte cólera y hasta del desprecio más profundo, dijo al príncipe, acentuando todas las palabras:

-Me voy para siempre de los Estados de Vuestra Alteza Serenísimas; no quiero oír hablar más del fiscal Rassi y de los demás ase sinos infames que han condenado a mi sobrino y a tantos otros.

Vuestra Alteza Serenísimas no quiere mezclar un sentimiento d amargura a los últimos instantes que paso cerca de un príncipe cortés e ingenioso, cuando no está engañado, le ruego muy humildemente que no evoque la idea de esos jueces infames que se ven den por mil escudos o una cruz.

El acento admirable y sobre todo verdadero con que fueron pronunciadas estas palabras hizo temblar al príncipe; temió un instante ver atacada su dignidad por una acusación aún más directa. Pero en resumidas cuentas su sensación acabó pronto por ser placentera admiraba a la duquesa, cuyo conjunto ascendía, en este momento a una belleza sublime. ¡Dios mío!, ¡qué hermosa es!, pensó el príncipe. Bien puede perdonársele algo a una mujer única, como acaso no hay dos en toda Italia Pues bien; con un poco de destreza no sería quizás imposible hacerla algún día mi querida; ¡qué diferencia entre ella y su muñequita la marquesa Balbi, quien además robó todos los años por lo menos trescientos mil francos a mis pobre; súbditos!... Pero ¿he oído bien?, pensó de pronto; ha dicho "condenado a mi sobrino y a tantos otros". Y entonces en su ánimo ven ció la ira y con altivez digna del puesto supremo, dijo el príncipe tras un silencio:

-Y ¿qué habría que hacer para que la señora no partiese?

-Algo de que es incapaz Vuestra Alteza -replicó la duquesa coa el acento de la más amarga ironía y del desprecio más patente. El príncipe estaba fuera de sí, pero, acostum-

brado a su oficio de soberano absoluto, tuvo fuerzas suficientes para resistir a un primer movimiento. Hay que poseer a esta mujer, pensó; debo este a mi dignidad; luego la mataré a desprecios... Si sale de aquí, n~ la vuelvo a ver más. Pero el príncipe estaba ebrio de ira y de odie y en vano buscaba una palabra que pudiera satisfacer a lo que exigía su persona y al mismo tiempo impedir que la duquesa abandonase su corte al momento. No se puede, pensó, ni repetir, ni ridiculizar un gesto, y fue a colocarse entre la duquesa y la puerta de su despacho. Poco después oyó que llamaban a esta puerta.

-¿Quién es el imbécil -exclamó jurando con todas sus fuerzas-, quién es el imbécil que viene a enseñarme su faz de idiota. El pobre general Fontana mostró su cara pálida y totalmente descompuesta y con la voz de un moribundo articuló malamente estas palabras:

-Su Excelencia el conde Mosca solicita el honor de ser recibido.

-Que entre -dijo el príncipe a gritos. Mosca saludaba ya.

-Pues bien -le dijo-, he aquí a la señora duquesa Sanseverin que quiere irse de Parma al instante, para establecerse en Nápoles y que además me está diciendo impertinencias.

-¡Cómo! dijo Mosca palideciendo.

-¡Qué! ¿Ignoraba usted ese proyecto de marcha?

-No sabía ni una palabra; he dejado a la señora esta tarde ; lis seis, alegre y contenta.

Estas palabras produjeron en el príncipe un efecto increíble Miró primero a Mosca. Su creciente palidez le demostró que dei la verdad y que no era cómplice de la decisión de la duquesa. En este caso, pensó el príncipe, la

pierdo para siempre; placer y venganza todo se va a un tiempo. En Nápoles escribiré sátiras con sobrino Fabricio sobre la ira grande del pequeño príncipe de Parma. Miró luego a la duquesa: el más profundo desprecio y la cólera más violenta se disputaban su corazón; sus ojos estaban fijos en el momento sobre el conde Mosca, y el contorno tan fino de su hermosa boca expresaba el más amargo desdén. Toda su cara de civil cortesano; De modo que, pensó el príncipe examinándola, pidió la manera de volverla a llamar aquí. Si en este momento sale la habitación, está perdida para mí. Sabe Dios lo que dirá en Nápoles de mis jueces. Y con ese ingenio, con esa divina fuerza persuasión que Dios le ha dado, todo el mundo la creerá. Le debela reputación de ridículo tirano, que se levanta de noche para mirar debajo de la cama... Entonces, maniobrando diestramente, como si pasara para disminuir su agitación, el príncipe volvió a colocarse delante de la puerta del gabinete; el conde estaba a su derecha, tres pasos de distancia, pálido, deshecho, y tan tembloroso que no se atrevió a apoyarse en el respaldo del sillón que la duquesa ocupó al principio de la audiencia y que el príncipe, en un momento de ira, había empujado lejos de sí. El conde estaba enamorado. Si la duquesa parte, la sigo, pensaba. Pero ¿querrá que la siga? Esta es cuestión.

A la izquierda del príncipe, la duquesa, de pie, con los brazos cruzados y apretados contra el pecho, le miraba con admirable paciencia: una total y profunda palidez había sustituido los vivos colores que no ha mucho encendían su rostro sublime.

El príncipe, diferenciándose en esto de los otros dos personaje tenía la cara roja y estaba muy inquieto; su mano izquierda jugar convulsa con la cruz que pendía del gran cordón de su orden q llevaba debajo del traje. Con la mano derecha se acariciaba barbilla.

-¿Qué hay que hacer? -preguntó al conde, sin saber demasiado lo que él mismo hacia y arrastrado por la costumbre de consultar en todo.

-No sé, en verdad, Alteza Serenísima -respondió el conde ce la voz de un hombre que está exhalando el último suspiro. Apenas si podía articular las palabras de su respuesta. El tono de esta v fue el primer consuelo que encontró el príncipe en esta audiencia y la pequeña alegría le sugirió una frase feliz para su amor propio.

Pues bien dijo, soy el más razonable de los tres; quiero prescindir por completo de mi posición en el mundo. Voy a hablar como un amigo. Y con una hermosa sonrisa de condescendencia fiel trasunto de las sonrisas de Luis XIV, en los felices tiempos de las monarquías, añadió: eso es, como un amigo que habla a otro: amigos. Señora duquesa, ¿qué hay que hacer para que olvide usted una resolución intempestiva?

-En verdad, no lo sé -respondió la duquesa suspirando honda mente; en verdad, no lo sé, tan odiosa me es Parma.

No había en estas palabras ninguna intención epigramática; velase que la sinceridad misma hablaba por su boca.

El conde se volvió rápidamente de su lado; el alma del cortesano estaba escandalizada; luego lanzó al príncipe una mirada de súplica. Con mucha dignidad y no poca sangre

fría, el príncipe aguardó un momento, y dirigiéndose al conde:

-Vea —dijo— que su encantadora amiga está enteramente fuera de sí; es natural, adora a su sobrino. Y volviéndose hacia la duquesa, añadió con la más galante mirada y dando a su voz el tono que se emplea para citar palabras de una comedia: ¿Qué hay que hacer para agradar a esos bellos ojos?

La duquesa había tenido tiempo de reflexionar; con tono firme y lento, como quien dicta un ultimátum, respondió:

-Su Alteza me escribirá una cartita amable, como sabe escribirlas cuando quiere; me dirá que no estando convencido de la culpabilidad de Fabricio del Dongo, primer gran vicario del arzobispo, no firmará la sentencia cuando vengan a presentársela, y que ese proceso injusto no tendrá consecuencia alguna en el porvenir.

-¡Cómo injusto! —exclamó el príncipe enrojando hasta los ojos y recobrando su cólera.

-No es eso todo —replicó la duquesa con la energía de una matrona—, esta misma noche (y miraba al reloj que señalaba las once y cuarto), esta misma noche Su Alteza Serenísimá mandará decir a la marquesa Raversi que le aconseja vaya al campo a reponerse de las fatigas que le ha causado cierto proceso de que hablaba en su salón al comenzar la velada.

El príncipe se paseaba por su despacho como un hombre furibundo.

-¡Habrás visto mujer!... —exclamó—. Me está faltando el respeto.

La duquesa contestó inclinándose con una elegancia perfecta:

-En mi vida he tenido la idea de faltar al respeto debido a Su Alteza Serenísima; Su Alteza ha tenido la extremada condescendencia de decir que hablaba como un amigo a otros amigos. Por lo di más, no tengo ninguna gana de quedarme en Parma añadió mirando al conde con el mayor desprecio.

Esta mirada decidió al conde, que había vacilado hasta entonces, a pesar de que sus palabras hubieran podido interpretarse como un compromiso; pero se burlaba de las palabras.

Cambiáronse algunas frases más, pero por fin el conde Mosca recibió la orden de escribir la carta amable solicitada por la duquesa. Omite la frase: este proceso injusto no tendrá consecuencia alguna en el porvenir. Basta, pensó el conde, que el príncipe prometa no firmar la sentencia que le será presentada. El príncipe, rubricar la carta le dio las gracias con la mirada.

El conde cometió en esto un grave error; el príncipe estaba cansado y hubiera firmado todo. Creía salir bien de la escena todo el asunto se reducía para él a esto: Si la duquesa se va, m corte estará aburridísima antes de ocho días. El conde notó que e príncipe corregía la fecha y ponía la del día siguiente. Miró al reloj, eran casi las doce. El ministro no consideró esta corrección sin como un deseo pedante de demostrar exactitud y buen gobierno En cuanto al destierro de la marquesa Raversi, no hubo la menos dificultad; el príncipe sentía un gusto especial en desterrar a 1a gente.

-¡General Fontana! -exclamó abriendo la puerta.

El general acudió, con una cara tan estupefacta y tan llena d curiosidad, que entre el conde y la duquesa hubo un cambio d alegres miradas; esas miradas fueron prenda de paz.

-General Fontana -dijo el príncipe-, va usted a subir en m coche, que está esperando bajo la columnata; va usted a ir a casa de la marquesa Raversi y se hará usted anunciar; si está acostada dirá usted que va de mi parte. Una vez en su cuarto, pronunciar; estas palabras precisamente, sin alterarlas: "Señora marquesa Raversi, Su Alteza Serenísima le aconseja que salga mañana, antes d las ocho, para su castillo de Velleja; Su Alteza le avisará cuando podrá volver a Parma."

El príncipe buscó con la mirada los ojos de la duquesa, quien sin darle las gracias, como él esperaba, le hizo una profunda reverencia respetuosa y salió rápidamente.

-¡Qué mujer! -dijo el príncipe volviéndose hacia el conde, Mosca.

Este, encantado del destierro de la marquesa Raversi, que facilitaba sus actos de ministro, habló durante media hora larga come un consumado cortesano; quería consolar el amor propio del soberano y no se retiró hasta dejarlo bien convencido de que la historia anecdótica de Luis XIV no tiene página más hermosa que 1 que él acababa de proporcionar a sus futuros historiadores.

Vuelta a su casa, la condesa cerró su puerta y ordenó que no se dejara entrar a nadie, ni siquiera al conde. Quería estar a sola consigo misma, para ver qué idea debía formar de la escena que acababa de ocurrir. Había obrado al azar,

por darse gusto en e momento. Pero por extraño que fuera el extremo a que se hubiera decidido lo habría mantenido con firmeza; no se hubiera reprochado nada al recobrar su calma y menos aún hubiérase arrepentido. Tal era su carácter; y por eso seguía siendo, a los treinta y seis años, la mujer más hermosa de la corte.

En este momento estaba pensando en los atractivos que Parma podía ofrecerle, como si hubiera regresado de un largo viaje; había creído firmemente, de nueve a once, que se marchaba para siempre! ¡Pobre conde!, qué cara más graciosa puso cuando se entere de mi marcha, en presencia del príncipe! . . . Lo cierto es que e un hombre amable y tiene un corazón raro. Hubiera dejado toda sus ministerios por seguirme... Pero también es cierto que, durarte cinco años enteros, no ha podido reprocharme una distracción. ¿Cuántas mujeres casadas ante el altar podrían decir otro tanto su dueño y señor? Hay que confesar que no se da importancia que no es pedante; no dan ganas de engañarle; delante de mí parece siempre avergonzado de su gran poder... ¡Qué cara ponía en la cámara del príncipe! Si estuviera aquí se lo diría y de segur se turbaba al oírme... Pero por nada del mundo me encargaría yo d divertir a, un ministro que se ha quedado sin cartera; es una enfermedad que sólo cura la muerte..., es una enfermedad que mate ¡Qué desgracia ser ministro joven! Voy a escribirle; esto lo debo saber oficialmente antes de pelearse con su príncipe... Pero se olvidaban mis buenos criados. La duquesa llamó. Sus mujeres seguían haciendo baúles, el coche aguardaba y ya estaban cargándolo. Todos los criados que tenían nada que hacer rodeaban el coche, llorando.

Chekina, que en las grandes ocasiones era la única que entraba en el cuarto de la duquesa, le contó todos esos detalles.

-Que suban -dijo la duquesa.

Un momento después, pasó a la sala de espera.

-Se me ha prometido -les dijo-, que la sentencia contra mi sobrino no será firmada por el soberano; suspendo mi viaje. Veremos si mis enemigos tienen poder para cambiar esa resolución.

Después de un breve silencio, los criados empezaron a gritar ¡Viva la señora duquesa!, y aplaudieron con furor. La duquesa que estaba en la habitación contigua, volvió a presentarse, como una actriz aplaudida, hizo una pequeña reverencia encantadora ;sus criados y les dijo: "Amigos míos, muchas gracias." Con que hubiera pronunciado media palabra, todos en este momento hubieran marchado al ataque contra palacio. Hizo una seña a un postillón, antiguo contrabandista y hombre fiel.

-Vas a vestirte de aldeano acomodado; saldrás de Parma como puedas, alquilarás una sediola e irás, corriendo, a Bolonia. Entrarás, como paseándote, por la puerta de Florencia, y entregarás Fabricio, que está en la posada del Pelegrino, un paquete que Chekina va a darte. Fabricio se esconde allí con el nombre de José Bossi; no vayas a hacerle traición por imprudencia. No parezca conocerle; mis enemigos mandarán quizás espías que te vigilen Fabricio te enviará a Parma otra vez, unas horas o unos días después; sobre todo a la vuelta has de tomar precauciones para no dejarte coger.

-¡Ah! ¡Los criados de la marquesa Raversi! -exclamó el postillón- los aguardamos, y si la señora quisiera, pronto estarían exterminados.

-Algún día; pero guardaos de hacer nada sin órdenes mías.

La duquesa quería enviar a Fabricio una copia de la carta del príncipe; no pudo resistir al placer de divertirse, y quiso añadir palabras contando la escena en la cámara regia; esas dos palabras se convirtieron en una carta de diez páginas. Mandó llamar al postillón.

-No puedes salir hasta las cuatro, cuando abran las puertas de la ciudad dijo ella.

-Pensaba salir por la alcantarilla grande; tendría agua hasta la barba, pero pasaría.

-No -dijo la duquesa-, no quiero exponer a uno de mis más fieles servidores a que coja las fiebres. ¿Conoces tú a alguien en casa de monseñor Landriani, el arzobispo?

-El segundo cochero es amigo mío.

-Aquí tienes una carta para ese santo prelado; entra sin ruido en su palacio, haz que te lleven al cuarto del ayuda de cámara; no quiero que despierten a monseñor. Si ya está encerrado en su cuarto, pasarás la noche en el palacio, y como tiene la costumbre de levantarse antes de ser de día, hazte anunciar de mi parte mañana por la mañana a las cuatro, pídele su bendición, entrégala este paquete y toma las cartas que quizá te dé para Bolonia.

La duquesa mandaba al arzobispo el original de la carta de príncipe. Como esta carta se refería a su primer vicario general le rogaba que la guardara en los archivos de arzobis-

pado, en donde esperaba que los señores vicarios y canónigos tomarían conocimiento de ella. Todo esto, con la condición del secreto más profundo.

La duquesa escribía a monseñor Landriani con una familiaridad que había de encantar a este buen burgués; pero en cambio la firma sola llenaba dos líneas. La carta, muy amistosa, terminaba con estas palabras: Angelina Cornelia I-sota Valserra del Dongo, duquesa Sanseverina.

Nunca he firmado tan largo, se dijo la duquesa, riéndose, desde mi contrato matrimonial con el pobre duque; pero a esa gente se la maneja así, y para los burgueses la caricatura es belleza. No pude terminar la velada sin ceder a la tentación de escribir una carta d, burla al pobre conde. Le anunciaba oficialmente, para su gobierno decía, en sus relaciones con las testas coronadas, que no se sentí; capaz de divertir a un ministro destituido. "El príncipe le tiene ; usted amedrentado; cuando ya no pueda usted verlo, ¿me tocará ; mí amedrentarle a usted?" Hizo llevar esta carta en seguida.

Por su parte, el príncipe mandó llamar al día siguiente, a la siete de la mañana, al conde Zurla, ministro de Gobernación. "Hay que volver a dar, dijo, las más severas órdenes a todos los podestá para que detengan al llamado Fabricio del Dongo. Se nos anuncie que acaso se atreva a presentarse en nuestros Estados. Este fugitivo se halla en Bolonia, donde parece burlarse de nuestro tribunal de justicia. Pónganse esbirros que le conozcan personalmente: en todas las aldeas del camino de Bolonia a Parma; en los alrededores del castillo de la duquesa de Sanseverina, en Sacca, y de su casa de Castelnuovo; alrededor del castillo del conde Mosca Espero

de su gran prudencia, señor conde, que sabrá sustraer el conocimiento de estas órdenes del soberano a la penetración del conde Mosca. Sepa usted que quiero que se detenga al llamado Fabricio del Dongo.”

En cuanto este ministro hubo salido, una puerta secreta dio entrada al fiscal general Rassi, que se adelantó doblando la cintura cada paso. La cara de este bribón era digna de ser pintada; correspondía perfectamente a la infamia de su papel, y mientras que los movimientos rápidos y desordenados de sus ojos delataban e: conocimiento que tenía de sus propios méritos, la seguridad arrogante y gesticulante de su boca mostraba que sabía luchar contra el desprecio.

Como este personaje va a tener bastante influencia sobre el destino de Fabricio, vamos a decir algo acerca de él. Era alto, tenía hermosos ojos muy inteligentes, pero la cara estropeada por la viruela. Tenla, talento y mucho, y de lo más fino. Concedíasele un conocimiento perfecto de la ciencia jurídica; pero brillaba sobretodo por un ingenio fecundo en recursos. Cualquiera que fuese el giro que tomara un asunto, sabía encontrar en un momento la manera, bien fundada en Derecho, de conseguir una condena o un fallo absolutorio. Era, ante todo, el rey de las astucias leguleyescas.

Este hombre, que poderosos monarcas habrían envidiado al príncipe de Parma, no tenía más que una pasión: estar en intimo trato con grandes personajes y agradarles con sus bufonadas. Poco le importaba que el hombre poderoso se riese de lo que decía, o de su persona, o le diese bromas intolerables acerca de la señora Rassi; con tal de verlo alegre y tratarlo con familiaridad, estaba contento. A veces el prínci-

pe, no sabiendo ya cómo abusar de la dignidad de este juez supremo, le lanzaba unos cuantos puntapiés; si los puntapiés le hacían daño, Rassi se echaba a llorar. Pero el instinto de bufón era en él tan poderoso, que se le veía a diario preferir el salón de un ministro que se burlaba de él, que su propio salón en donde reinaba, como un déspota, sobre todos los togados de la nación. Rassi se había colocado, sobre todo, una situación excepcional: era imposible al noble más insolente conseguir humillarle. Su modo de vengarse de las injurias que le decían a diario, era contárselas al príncipe a quien, por especial privilegio, podía decirlo todo. Cierto es que a veces la respuesta era un bofetón bien dado, que le dolía; pero no por eso se alteraba en lo más mínimo. La presencia de su juez supremo distraía al príncipe en sus ratos de mal humor, y entonces se entretenía en ultrajarle. Se ve, pues, que Rassi era poco más o menos el cortesano perfecto: sin pundonor y sin mal humor.

-Necesito discreción, ante todo -le gritó el príncipe sin saludarle y tratándole enteramente como a un faquino, él, que tan cortés era con todo el mundo-. ¿Qué fecha tiene la sentencia?

-Alteza Serenísima, la de ayer por la mañana.

-¿Cuántos jueces la han firmado?

-Los cinco.

-¿Qué pena?

-Veinte años de fortaleza; lo que me había dicho Vuestra Alteza Serenísima.

-La pena de muerte hubiera parecido mal dijo el príncipe hablando consigo mismo-. ¡Es lástima! ¡Qué efecto habría

producido sobre esa mujer! Pero se llama del Dongo, y este nombre es reverenciado en Parma a causa de los tres arzobispos. ¿Decís que veinte años de fortaleza?

-Sí, Alteza Serenísima -respondió el fiscal Rassi, de pie y doblada la cintura-. Primero excusas públicas ante el retrato de Vuestra Alteza Serenísima, luego prisión con ayuno de pan y agua todos los viernes y las vísperas de las principales fiestas, por ser el sujeto de notoria impiedad. Esto para el porvenir y para quebrar en flor su fortuna futura.

-Escribid -dijo el príncipe-: "Su Alteza Serenísima, habiéndose dignado escuchar bondadosamente las muy humildes súplicas de la marquesa del Dongo, madre del culpable, y de la duquesa Sanseverina, su tía, las cuales han manifestado que en la época del crimen, su hijo y sobrino era muy joven y además estaba obcecado por una pasión loca que sentía hacia la mujer del desgraciado Giletti, ha tenido a bien conmutar la pena a que ha sido condenado Fabricio del Dongo, por la de doce años de fortaleza."

El príncipe firmó y fechó con fecha del día anterior; luego devolviendo la sentencia a Rassi, le dijo:

-Escribid debajo de mi firma: "Habiéndose la duquesa Sanseverina prosternado de rodillas ante Su Alteza, el príncipe ha permitido que todos los jueves el culpable tenga una hora de paseo por la plataforma de la torre cuadrada llamada vulgarmente Torre Farnesio."

-Firme eso -dijo el príncipe-, y sobre todo silencio, sea lo que fuera lo que oiga decir más tarde. Al consejero Del Capitán, que ha votado por dos años de fortaleza y hasta ha perorado en favor de esta unión ridícula, dígame que le acon-

sejo vuelva a leer las leyes y los reglamentos. Y chitón. Buenas tardes.

El fiscal Rassi hizo muy lentamente tres profundas reverencias; el príncipe ni siquiera le miró.

Esto ocurría a las siete de la mañana. Algunas horas después la noticia del destierro de la Raversi corría por la ciudad y por los cafés. Todo el mundo hablaba de este gran acontecimiento. El destierro de la marquesa libró a Parma, por algunos días, del aburrimiento, ese implacable enemigo de las pequeñas ciudades y de las pequeñas cortes. El general Fabio Conti, que ya se consideraba ministro, pretextó un ataque de gota y no salió de la fortaleza en varios días. La burguesía y el pueblo sacaron de todo lo que sucedía la conclusión de que estaba claro que el príncipe había resuelto dar al arzobispado de Parma a monsignore del Dongo. Los políticos de café llegaron a afirmar que al arzobispo actual, el padre Landriani, le habían aconsejado que fingiera una enfermedad y presentara su dimisión; se le concedía una gran pensión sobre el arriendo del tabaco; había seguridad de ello. Este rumor llegó hasta el arzobispo, quien se alarmó mucho y por unos días contuvo su celo en favor de nuestro héroe. Dos meses después, leíase en los diarios de París la noticia ligeramente alterada: era el conde Mosca, sobrino de la duquesa Sanseverina, el que iba a ser nombrado arzobispo.

La marquesa Raversi estaba furibunda en su castillo de Felleja. No era una mujercilla de esas que creen vengarse bastante de sus enemigos, injuriándolos. Al día siguiente de su destierro, el caballero Riscara y otros tres de sus amigos presentáronse, por orden suya, al príncipe y le pidieron per-

miso para ir a verla a su castillo. Su Alteza los recibió amabilísimo, y cuando llegaron a Velleja sintió la marquesa un gran consuelo. Antes de terminar la segunda semana de su destierro, había en el castillo más de treinta personas, todas las que en un ministerio liberal habrían ocupado los puestos. Todas las noches la marquesa celebraba Consejo con los mejor informados de sus amigos. Un día, había recibido muchas cartas de Parma y de Florencia, y se retiró muy temprano a sus habitaciones. La doncella introdujo primero al amante, el conde Baldi, joven de admirable figura, pero muy insignificante; luego entró el caballero Riscara, su predecesor; este era un hombrecillo negro, tanto en lo físico como en lo moral, que empezó siendo profesor de geometría en el Colegio de Nobles de Parma, y era ahora consejero de Estado y caballero de varias Ordenes.

-Tengo la buena costumbre -dijo la marquesa a los dos hombres-, de poder destruir nunca los papeles y las cartas que recibo; suelen serme de gran provecho. He aquí nueve cartas que la Sanseverina me ha escrito en distintas ocasiones. Vais a partir para Génova los dos, vais a buscar entre los condenados a galeras a un antiguo notario llamado Burati, como el gran poeta veneciano, o quizá Durati. Conde, siéntese en mi escritorio y escriba lo que voy a dictarle: "Se me ocurre una idea y te escribo dos palabras. Voy a mi cabaña de Castelnovo; si quieres venir a pasar doce horas conmigo, seré muy feliz, no hay, creo yo, gran peligro, después de lo ocurrido; las nubes se alejan. Sin embargo, detente antes de llegar a Castelnovo; en el camino encontrarás a uno de mis criados: todos re adoran. Conservarás, claro está, el nombre

de Bossi para este viajecito. Dicen que tienes barba como el más admirable capuchino, y en Parma nadie te conoce otra cara que la muy respetable de vicario general. ¿Comprendes, Riscara?

-Perfectamente; pero el viaje a Génova es un lujo inútil. Conozco en Parma a uno que si aún no está en galeras, no le falta mucho. Imitará admirablemente la letra de la Sanseverina.

Al oír esto, el conde Baldi abrió enormemente sus hermosos ojos; por fin había comprendido.

-Si conoces a ese digno personaje de Parma, para quien esperas un ascenso -dijo la marquesa a Riscara-, es que él también conoce a ti. Su querida, su confesor, su amigo pueden estar vendidos a la Sanseverina. Prefiero diferir la broma por algunos días y no exponerme a una casualidad desfavorable. Marchaos dentro dos horas, como inocentes corderos, no veais a nadie en Génova y volved pronto.

El caballero Riscara salió riendo y hablando gangoso, con Polichinela: Hay que preparar los baúles, decía, brincando con un bufón. Quería dejar a Baldi ;solo con la dama. Cinco días después, volvieron Riscara y Baldi; éste venía molido, pues para acortar seis leguas habían tenido que atravesar una montaña subidos en mulos. Juraba y perjuraba que no volvería a meterse en hacer largos viajes. Baldi entregó a la marquesa tres ejemplares de la carta que le había dictado y cinco o seis cartas más, de la misma letra, compuestas por Riscara, y de las que acaso pudiera sacarse provecho más adelante. Una de esas cartas contenía delicadas bromas sobre el miedo que el príncipe sentía de noche y sobre la deplora-

ble delgadez de la marquesa Baldi, su querida, la cual, decía la carta, deja sobre los cojines donde se sienta, la diminuta huella un pellizco. Hubiérase jurado que todas esas cartas estaban escrito por la señora Sanseverina.

-Ahora ya sé, sin duda alguna -dijo la marquesa-, que amigo querido, el Fabricio, está en Bolonia o en sus alrededores.

-¡Estoy demasiado enfermo! -exclamó el conde Baldi interrumpiéndole-. Pido la merced de que se me dispense de este nuevo viaje, o al menos de que se me concedan unos días de descanso para reponer mi salud.

-Voy a salir en defensa de usted dijo Riscara. Se levantó habló bajo con la marquesa.

-Bueno, consiento en ello -respondió ésta sonriendo-. Cállese; usted no partirá dijo la marquesa a Baldi con aire desdeñoso.

-Gracias -exclamó éste con un suspiro que salía del corazón.

En efecto, Riscara se metió solo en la silla de posta. No hay dos días que estaba en Bolonia, cuando vio en una calesa a Fabricio con la pequeña Marietta. ¡Demonio!, pensó, parece que nuestro futuro arzobispo no se aburre; habrá que enterar de esto a la duquesa, que se alegrará mucho. Riscara no tuvo más trabajo que seguir a Fabricio, para saber su posada. Al día siguiente éste recibió por un correo la carta fabricada en Génova. La encontró algo corta, pero nada sospechó. La idea de volver a ver a la duquesa y al conde le volvió loco de alegría, y a pesar de las objeciones de Ludovico, tomó un caballo de posta y partió a galope. Sin sospe-

charlo iba seguido a poca distancia por el caballero Riscara, quien al llegar a seis leguas de Parma, en la primera posta antes de llegar a Castelnovo, tuvo el placer de ver un grupo en la plaza, delante de la cárcel del lugar. Dos esbirros elegidos y envía, dos por el conde Zurla acababan de reconocer a nuestro héroe cuando cambiaba de caballo.

Los ojillos del caballero Riscara brillaron de alegría; comprobó minuciosamente todo lo que acababa de ocurrir en la pequeña aldea y envió un correo a la marquesa Raversi. Hecho esto, se puso a pasear por las calles, fue a ver la iglesia, muy curiosa, y luego a buscar un cuadro de Parmesano que le habían dicho que había por allí; encontró por fin al podestá, quien se apresuró a presentar sus respetos al consejero de Estado. Riscara fingió sorprenderse de que el podestá no hubiese enviado en seguida a la fortaleza de Parma al conspirador que había tenido la fortuna de detener.

-Podría temerse -añadió Riscara con mucha frialdad-, que sus numerosos amigos, que le buscaban anteayer para ayudarle a atravesar los Estados de Su Alteza Serenísima, tengan un encuentro con los guardias; esos rebeldes son, por lo menos, diez o doce y van a caballo.

-Intelligenti panca -exclamó el podestá guiñando el ojo astutamente.

XV

Dos horas después el pobre Fabricio, esposado y atado por una larga cadena a la sediola misma en donde la habían instalado; salía para la fortaleza de Parma con una escolta de ocho guardias. Estos tenían orden de ir recogiendo a todos los compañeros que encontraran a su paso por las aldeas. El podestá mismo acompañaba a tan importante preso. Hacia las siete y media, la sediola, seguida por todos los pilluelos de Parma y escoltada por treinta guardias, atravesó el hermoso paseo, delante del palacete donde vivió la Fausta, y se presentó ante la puerta exterior de la fortaleza en el momento en que el general Fabio Conti y su hija iban a salir. El coche del gobernador se detuvo antes de llegar al puente levadizo, para dejar paso a la sediola en donde venía atado Fabricio. El general gritó en seguida que cerrasen las puertas de la fortaleza, y se apresuró a bajar a, la oficina de entrada para ver de qué se trataba. No quedó poco sorprendido al conocer al preso, que venía entumecido por el camino tan largo que había hecho, atado a la sediola. Cuatro guardias lo habían

cogido por el cuerpo y lo llevaban a la oficina. Tengo, pues, en mi poder, pensó el vanidoso gobernador, a ese famoso Fabricio del Dongo, ese joven que, desde hace un año, parece ser el único objeto de la conversación, en la buena sociedad de Parma.

Veinte veces el general lo había visto en la corte, en casa de la duquesa y en otros sitios; pero se guardó muy bien de demostrar que lo conocía. Tenía miedo de las malas consecuencias que esto pudiera acarrearle.

-Que se levante acta muy detallada -dijo al empleado de la prisión- de la entrega que me hace del preso el digno podestá de Castelnovo.

Barbone, el empleado, personaje terrible por el volumen de su barba y por su aspecto marcial, se incorporó con un ademán de gravedad, dándose más importancia que nunca. Hubiérase dicho t; carcelero alemán. Creía saber que la duquesa Sanseverina era que principalmente había impedido que su amo, el gobernador i la fortaleza, consiguiera llegar al Ministerio; fue, pues, de una solencia extraordinaria con el preso. Dirigíale la palabra llamó dole voi, que en Italia es el modo de hablar a los criados.

-Soy prelado de la Santa Iglesia de Roma -dijo Fabricio con firmeza- y vicario general de esta diócesis; mi nacimiento solo n hace acreedor a más consideraciones.

-Yo no sé nada de eso -replicó el empleado con impertinencia-. Enseñe usted las credenciales que demuestran que tiene derecho a esos títulos muy respetables.

Fabricio no tenía credenciales y no contestó. El general Fabio Conti, de pie al lado del empleado, mirábalo escribir

sin alzar la vista sobre el preso, para no tener que decir que era realmente Fabricio del Dongo.

De pronto Clelia Conti, que esperaba en el coche, oyó un ruído terrible en el cuerpo de guardia. El empleado Barbone, haciendo una descripción insolente y muy larga de la persona del preso, había ordenado que desabrochara sus vestidos a fin de poder coa probar el número y el estado de los arañazos recibidos en el combate con Giletti.

-No puedo -dijo Fabricio con amarga sonrisa-; no me hallo en estado de obedecer a las órdenes del señor, porque las esposas me lo impiden.

-¡Cómo! -exclamó el general fingiendo extrañeza-, ¿el preso tiene las esposas puestas?, ¿dentro de la fortaleza? Esto es antirreglamentario; hace falta una orden especial. Quitadle las esposas.

Los guardias le quitaron las esposas. Acababan de saber que Fabricio era sobrino de la duquesa Sanseverina, y se apresuraron tratarle con una melosa cortesía que contrastaba con la grosería del empleado; éste pareció picarse por ello y dijo a Fabricio, que permanecía inmóvil.

-Vamos, vamos, aprisa, enséñenos los arañazos que recibió del pobre Giletti, cuando lo asesinó usted.

Fabricio dio un salto y cayó sobre el empleado, dándole tal bofetada, que Barbone vino con su silla al suelo sobre las piernas d general. Los guardias cogieron por los brazos a Fabricio, que ; guía inmóvil. El mismo general y dos guardias que estaban a lado se apresuraron a levantar al empleado, cuyo rostro estaba lleno de sangre. Dos agentes situados más allá fueron corriendo a cerrar la puerta de la oficina, creyen-

do que el preso intentaba evadir. El brigada que los mandaba pensó que el joven del Dongo no podía intentar en serio la fuga, puesto que estaba dentro de la fortaleza, sin embargo, se acercó a la ventana, para impedir el desorden, por instinto de guardián. Frente a esta ventana abierta, a dos pasos d' ella, estaba parado el coche del general. Clelia se había acurrucaban el fondo, para no ser testigo de la triste escena que ocurría en la oficina. Al oír el ruido miró.

-¿Qué pasa? dijo al brigada.

-Señorita, es el joven Fabricio del Dongo, que acaba de una buena bofetada al insolente Barbone.

-¡Cómo! ¿El señor del Dongo es el preso?

-Sin duda -dijo el brigada-. El alto abolengo de este pobre joven es la causa de que se hagan con él tantas ceremonias; yo creía que la señorita lo sabía.

Clelia ya no se apartó de la portezuela. Cuando los guardia que rodeaban la mesa se retiraban un poco, podía ver al preso ¿Quién me hubiera dicho, pensó, cuando lo encontré en el camino del lago de Como... que lo volvería a ver por vez primera en tac triste situación? Me dio la mano para subir a la carroza de su madre Ya estaba con la duquesa. ¿Habían empezado ya entonces sus amores?

Ha de saber el lector que en el partido liberal, dirigido por la marquesa Raversi y el general Conti, se afectaba no poner en duda la relación amorosa que se decía existir entre Fabricio y la duquesa. El aborrecido conde Mosca era objeto de infinitas burlas.

¡Así, pues, pensó Clelia, ya está preso y en manos de sus enemigos! Porque en el fondo, el conde Mosca, aunque sea un ángel, estará encantado de esta captura.

Una carcajada general sonó en el cuerpo de guardia.

-Jacobó -dijo Clelia al brigada, con voz conmovida-, ¿que pasa?

-El general ha preguntado con energía al preso por qué había golpeado a Barbone, y monsignore Fabricio ha contestado fríamente: me ha llamado asesino, que enseñe las credenciales que le autorizan a darme ese título. Todos se han echado a reír.

Un carcelero que sabía escribir reemplazó a Barbone. Clelia vio salir a este hombre, limpiándose con su pañuelo la sangre que manaba abundante de su horrible rostro. Juraba como un demonio.

-Ese c... de Fabricio -decía en voz muy alta-, morirá a mis manos. Reemplazaré al verdugo , etcétera, etc. Se había detenida entre la ventana de la oficina y el coche del general, para mira a Fabricio. Las blasfemias iban en aumento.

-Largo de aquí -le dijo el brigada-, no se puede hablar delante de la señorita.

Barbone alzó la cabeza para mirar al coche y sus ojos encontraron a los de Clelia, quien lanzó un grito de horror; nunca ha visto de cerca una expresión tan atroz en la cara. ¡Matará a Facio!, pensó. Voy a avisar a don César. Don César era su tío, uno de los sacerdotes más respetables de la ciudad. El general Conti, hermano, le había dado el puesto de ecónomo y capellán primero de la prisión.

El general se acercó a su coche.

-¿Quieres volver a casa -preguntó a su hija-, o venir conmigo al palacio? Pero te advierto que tendrás que esperarme quizá mucho tiempo en el patio, pues voy a dar cuenta de todo esto soberano.

Fabricio salía de la oficina escoltado por tres guardias. Llebanle al cuarto que le estaba destinado. Clelia miraba por la por zuela; el preso estaba muy cerca de ella. En ese momento contesté a la pregunta de su padre con estas palabras. Iré con usted. Facio al oír estas palabras pronunciadas muy cerca de él, alzó la vi y encontró la mirada de la joven. Advirtió sobre todo la expresión de melancolía que había en aquella cara. ¡Cómo ha embellecido pensó, desde nuestro último encuentro en el lago de cómo expresión de profundo pensamiento!... Con razón la comparan con la duquesa; ¡qué fisonomía más angelical! Barbone, el empleado ensangrentado, que no sin intención había permanecido cerca del coche, hizo un ademán para detener a los tres guardias que llevaban a Fabricio, y dando la vuelta por detrás del coche, la portezuela cerca de la cual estaba el general.

-Como el preso ha cometido un acto de violencia, dentro la fortaleza -le dijo-, ¿no sería el caso de ponerle las esposas 1 tres días, en virtud del artículo del reglamento?

-¡Vaya usted al demonio! -exclamó el general, a quien e detención no dejaba de preocupar.

La cuestión era, para él, no irritar demasiado a la duquesa al conde Mosca. Además, ¿cómo iba el conde a tomar este asunto. En el fondo, la muerte de Giletti era una bagatela y sólo la intriga había conseguido sacar de ella algún partido.

Durante este breve diálogo, Fabricio, en medio de los guardias estaba magnífico, presentando la más noble, la más arrogante figura. Sus rasgos finos y delicados, la sonrisa de desprecio que corre por sus labios, hacían un admirable contraste con el aspecto grosero de los guardias que le rodeaban. Mas todo eso no constituía, decirlo así, sino la parte externa de su fisonomía. Contemplaba, conmovido, la celestial belleza de Clelia y su mirada delataba toda su sorpresa. Ella, profundamente pensativa, no había pensado en ocultar la cabeza dentro del coche; él la saludó con una semisonrisa respetuosísima. Luego, después de un momento:

-Paréceme, señorita -le dijo-, que ya otra vez, cerca de un lago he tenido el honor de encontrar a usted; también había acompañamiento de guardias.

Clelia se puso muy colorada, y tanta fue su turbación que no encontró palabras para contestar. ¡Qué nobleza, en medio de esos seres groseros!, pensaba en el momento en que Fabricio le dirigió la palabra. La profunda conmiseración, y hasta diremos casi el enternecimiento que se apoderó de ella, le arrebataron la presencia de ánimo necesaria para hallar una palabra cualquiera. Se dio cuenta de su silencio y se pudo aún más colorada. En este momento, descorrían violentamente los cerrojos de la puerta grande de la fortaleza; el coche de su Excelencia llevaba más de un minuto esperando. El ruido fue tan grande bajo la bóveda, que aunque Clelia hubiera podido decirle algo, Fabricio no hubiera oído sus palabras.

Arrastrada por los caballos que salieron galopando del puente levadizo, Clelia pensaba: ¡Me habrá encontrado ridí-

cula; Y de pronto añadió: No sólo ridícula sino vil y rastrera; habrá pensado que no contestaba a su saludo porque él es un preso y yo la hija del gobernador.

Esta idea desesperó a la joven, que tenía un alma noble. Lo que envilece mi proceder, añadió, es que cuando nos encontramos por vez primera, también con acompañamiento de guardias, como él dice, era yo la que estaba presa y él quien me servía y me sacaba' de apuro Si; convengamos en que me he portado muy mal; mi proceder ha sido a la vez grosero e ingrato. ¡Ay!, ¡pobre joven! Ahora es desgraciado; todo el mundo va a mostrarse ingrato con él. Ya me dijo entonces: ¿Recordará usted mi nombre en Parma? ¡Cuánto me despreciará ahora! ¡Era tan fácil decirle una palabra cortés! Hay que confesarlo, sí, mi conducta con él ha sido atroz. Aquella vez, sin el generoso ofrecimiento del coche de su madre, hubiera tenido que ir a pie por el polvo de la carretera, detrás de los guardias, o lo que es peor aún, montar en la grupa del caballo de uno de ellos. Mi padre era entonces el detenido y yo estaba sin defensa. ¡Sí, sí, bien me he portado! ¡Y cuán vivamente ha debido sentirlo un corazón como el suyo! ¡Qué contraste entre su fisonomía tan noble! ¡Parecía un héroe rodeado de sus viles enemigos! Ahora comprendo la pasión de la duquesa. Si así se porta cuando le ocurre un suceso adverso que puede tener atroces consecuencia ¡qué no será cuando su alma es feliz!

La carroza del gobernador de la fortaleza estuvo más de hora media en el patio de palacio, y, sin embargo, cuando bajó el general, después de haber hablado con el príncipe, Clelia no encontró que hubiera tardado mucho.

-¿Cuál es la voluntad de Su Alteza? -preguntó Clelia.

-Sus palabras han sido: la prisión. Pero su mirada: la muerte ¡La muerte, Dios mío! exclamó Clelia.

-Vamos, cállate -replicó el general malhumorado-, ¡qué necio soy en contestar a una niña!

Mientras tanto, Fabricio subía los trescientos ochenta escalones que conducían a la torre Farnesio, nueva prisión construida soba la plataforma de la torre grande, a una altura prodigiosa. No pensó ni una sola vez, al menos claramente, en el considerable cambio que acababa de ocurrir en su destino. ¡Qué mirada!, pensaba. ¡Cuanta expresión!, ¡qué profunda piedad! Parecía decirme: la vida es un tejido de desgracias, no nos afectemos demasiado por lo que no sucede; ¿no hemos venido al mundo para sufrir el infortunio? ¡Que fijos estaban en mí sus ojos tan bellos! ¡Siguió mirándome cuando los caballos arrancaron estrepitosamente haciendo retumbar la bóveda!

Fabricio se olvidaba por completo de su desgracia.

Clelia estuvo con su padre en varias casas. Al comienzo de la velada, nadie tenía todavía noticia de la detención del gran culpable, nombre que los cortesanos pusieron dos horas después a este pobre joven imprudente.

Aquella noche pudo advertirse algo más de animación en la cara de Clelia. Y precisamente la animación, la participación activen lo que ocurría a su alrededor era lo que solía echarse de menos en el rostro de tan hermosa mujer. Cuando se la comparaba con la duquesa, lo que le perjudicaba era sobre todo esa aparente ausencia de emoción, esa manera de estar como por encima de todo. En Inglaterra o en Francia,

países donde domina la vanidad, probablemente la opinión hubiera sido la contraria. Clelia Conti era una joven demasiado esbelta aún, comparable a las hermosas figuras Guido. No negaremos que según los cánones de la belleza griega pudiera reprocharse a su cabeza algún rasgo excesivamente dura por ejemplo: los labios eran algo gruesos, aunque por lo demás poseían una conmovedora expresión de ternura.

La admirable singularidad de esta figura, en la que sobresalía las ingenuas gracias y la celeste expresión de un alma noble, era que, poseyendo la más extraña y peregrina belleza, no se parecía en nada a las cabezas de las estatuas griegas. La duquesa, por el contrario, tenía una belleza acaso demasiado ideal, demasiado conocida, y su cabeza, realmente lombarda, recordaba la sonrisa voluptuosa y la tierna melancolía de las Herodías de Leonardo de Vinci. Así como la duquesa chispeaba de ingenio y de malicia y se entregaba con pasión, por decirlo así, a todos los temas que el curso de la conversación ofrecía a los ojos de su espíritu. Clelia, en cambio, mostrábase tranquila y tardía en la emoción, sea por desprecio de cuanto la rodeaba, sea por añoranza de alguna ausente y lejana ilusión. Durante mucho tiempo se creyó que acabaría por entrar en la villa religiosa. A los veinte años le repugnaba ir a los bailes, y si acompañaba a su padre, era por obediencia y por no` dañar a los intereses de su ambición.

El general, espíritu vulgar y vanidoso, solía pensar: ¡el cielo me ha dado por hija a la mujer más hermosa y más virtuosa de los estados de nuestro soberano, y sin embargo, va a serme imposible sacar partido de ella para mejorar mi posición! Mi vida es demasiado aislada; no tengo a nadie en

el mundo más que a ella y necesito a toda costa una familia que me sostenga en la sociedad, y me proporcione algunos salones, en donde mis méritos y sobre todo mi actitud para el Ministerio sean sin disputa el punto de partida constante de todo razonamiento político. Pues bien; mi hija tan hermosa, tan buena, tan cuidadosa, se enoja cuando un joven bien establecido en la corte se propone merecer su atención. ¿Es el pretendiente definitivamente rechazado? Su carácter entonces se hace menos sombrío y casi alegre, hasta que otro viene a pretenderla. El hombre más guapo de la corte, el conde Baldi, presentóse y desagradó; el más rico de los estados de Su Alteza, el marqués Crescenzi, le ha sucedido, y ella afirma que hará su desgracia.

Decididamente, pensaba el general otras veces, los ojos de mi hija son más hermosos que los de la duquesa, sobre todo porque en algunas ocasiones son susceptibles de una expresión más honda; pero esta expresión tan magnífica ¿cuándo brilla en sus pupilas? Nunca en los salones en donde se cosecha honor y provecho, sino en el paseo, sola conmigo, o cuando se enternece ante la desventura de algún horrible villano. Conserva un resto siquiera de esa mirada sublime, le digo yo alguna vez, para los salones adonde iremos esta noche. Pues nada; cuando se digna venir conmigo a una reunión, su figura noble y pura ofrece la expresión bastante altanera y poco alentadora de la obediencia pasiva. El general, como se ve, no desperdiciaba ocasión de hallar un yerno conveniente; pero decía la verdad; Clelia no le ayudaba.

Los cortesanos, no teniendo nada que contemplar en sus propias almas, estaban atentos a todo cuanto les rodeaba. Habían notado que en esos días en que Clelia no podía decidirse a abandonar sus queridos sueños y fingir interesarse por algo, en esos días principalmente era cuando la duquesa gustaba de detenerse con ella y de hacerla hablar. Clelia tenía los cabellos rubios, claros, con un matiz de ceniza, que se destacaba en dulcísimo contraste sobre unas mejillas de colorido fino, aunque algo pálidas. Sólo la forma de la frente hubiera demostrado a un atento observador, que ese noble ademán, esa actitud tan por encima de los encantos comunes, provenían de una profunda incapacidad de sentir lo vulgar. Había en aquel rostro ausencia de interés, pero no imposibilidad de interesarse por algo. Desde que su padre era gobernador de la fortaleza, Clelia vivía feliz o por lo menos sin pena, en sus habitaciones altas. El formidable número de escalones que había que subir para llegar a ese palacio del gobernador, situado en la explanada de la torre mayor, evitaba las visitas aburridas, y Clelia por esta razón material gozaba de una libertad conventual; esta libertad era casi todo el ideal de felicidad que, en un tiempo, la atrajo hacia la vida religiosa. Sobrecogíale una especie de terror al pensar en poner su querida soledad y sus pensamientos íntimos a la disposición de un hombre, quien, con el título de marido, adquiriría la facultad de turbar toda su vida interior. Si por medio de la soledad no llegaba a la felicidad, por lo menos había conseguido evitar así las sensaciones demasiado dolorosas.

El día en que Fabricio fue conducido a la fortaleza, encontróse la duquesa con Clelia en la velada del ministro del Interior, conde Zurla. Todo el mundo las rodeaba, y aquella noche la belleza de Clelia superaba a la de la duquesa. Los ojos de la muchacha tenían una expresión tan profunda, tan peregrina, que casi rayaba en indiscreta; había en su mirada conmiseración, había también indignación e ira. La alegría y las brillantes ocurrencias de la duquesa parecían sumir a Clelia en trances de dolor horrible. ¡Cuánto va a llorar y gemir la pobre mujer, pensaba, cuando' sepa que su amante, ese joven de tan gran corazón y de tan noble fisonomía, acaba de ser preso! ¡Y la mirada del soberano lo ha condenado a muerte! ¡Oh poder absoluto! ¿Cuánto acabarás de pesar sobre Italia? ¡Almas viles y venales! ¡Y soy yo la hija del carcelero! ¡Y he demostrado claramente que lo soy, no queriendo contestar a Fabricio, a Fabricío, que antaño fue mi bienhechor! ¿Qué pensará de mí ahora, en su cuarto, a solas con su lamparita? Conmovida por esta idea, Clelia miraba horrorizada la magnífica iluminación de los salones de ministro del Interior.

Los cortesanos que rodeaban a las dos beldades de moda, atentos a mezclarse en su conversación, estaban atónitos. Nunca, decían, se han hablado en tono tan animado y a la vez tan íntimo. ¿Ser que la duquesa, siempre atenta a paliar los odios que provoca e primer ministros habrá pensado en algún gran matrimonio par Clelia? Esta conjetura se apoyaba en una circunstancia que hasta entonces, no se había presentado a la observación de la corte; le ojos de la muchacha tenían más fuego y hasta, por decirlo así, más pasión que los

de la hermosa duquesa. A ésta, por su parte, le extrañaban y, puede decirse en honor suyo, le encantaban las nuevas perfecciones que descubría con un placer que rara vez se siente a ver a una rival. ¿Qué pasará?, preguntábase la duquesa. Nunca Clelia ha estado tan hermosa y tan conmovedora; ¿habrá hablado por fin su corazón?... Pero en este caso, se trata de seguro de un amo desgraciado, porque en el fondo de esta excitación tan nueva ha algo de dolor sombrío... Pero el amor desgraciado guarda silencio ¿Tratará acaso de recobrar el cariño de un inconstante por medio de los éxitos mundanos? Y la duquesa miraba atentamente a los jóvenes que estaban en el salón. No veía en ninguno de ellos nada de singular: sus rostros expresaban la fatuidad más o menos satisfecha. Es milagroso, pensó la duquesa, fastidiada de no poder adivinarlo. ¿Dónde está el conde Mosca, ese hombre tan penetrante? No, no me engaño; Clelia me mira con insistencia y como si yo fuese para ella objeto de un interés nuevo. ¿Será efecto de alguna orden que le haya dado su padre, ese vil cortesano? Yo creía que esta alma noble y joven sería incapaz de rebajarse a intereses pecuniarios. ¿Tendrá el general Fabio Conti que hacer al conde alguna petición decisiva?

Hacia las diez, acercóse un amigo de la duquesa y le dijo palabras en voz baja. La duquesa palideció intensamente; Clelia le tomó la mano y se atrevió a apretarla.

-Gracias, gracias, ahora comprendo...; tiene usted un alma hermosa dijo la duquesa con gran esfuerzo, sin poder apenas pronunciar estas pocas palabras. Dirigió muchas sonrisas a la dueña de la casa, que se levantó para acompañarla hasta la puerta del último salón; este honor no se le tributaba

más que a las princesas, y contrastaba cruelmente con la posición presente de la duquesa. Sonríe mucho a la condesa Zurla; pero a pesar de sus inauditos esfuerzos; no pudo dirigirle una palabra.

Llenáronse de lágrimas los ojos de Clelia, al ver a la duquesa pasar por esos salones donde bullía la más brillante sociedad de Parma. ¿Qué va a ser de esa pobre mujer, pensó, cuando esté sola en su coche? Sería una indiscreción por mi parte ofrecerme a acompañarla; no me atrevo... Y, sin embargo, ¡qué consuelo para ese pobre preso, sentado en alguna horrible celda si supiera hasta que punto es amado! ¡Qué horrible soledad debe de ser la suya! Y nosotros aquí, en estos brillantes salones. ¡Qué horror! ¿Habría algún medio de transmitirle una palabra? ¡Dios mío! Eso sería traiciona a mi padre, cuya situación es tan delicada, entre los dos partidos ¡Qué será de él si excita el odio apasionado de la duquesa, que dispone de la voluntad del primer ministro!. . . ¡Y el conde es e amo en casi todo! Por otra parte, el príncipe se ocupa sin cesa ele lo que sucede en la fortaleza, y sobre este punto no admite bromas; el miedo lo hace cruel... En todo caso, Fabricio (Clelia ya no decía el Sr. del Dongo) es mucho más desgraciado...; ¡pare el se trata de algo mucho más grave que el peligro de perder un puesto!..., ¡y la duquesa!..., ¡qué pasión más terrible es el amor!..., ¡y, sin embargo, todos estos embusteros de la sociedad hablan de él como si fuera una fuente de ventura! Compadecen a las mujeres de edad, porque no pueden ya ni sentir ni inspira amor... Nunca olvidaré lo que acabo de ver; ¡qué cambio tan súbito! ¡Qué tristes y apagados están los ojos de la duquesa siempre tan hermosos,

tan radiantes! ¡Las fatales palabras que el marqués N.... le ha dicho al oído, han sido un golpe terrible!... ¡Preciso es que Fabricio sea bien digno de ser amado!

Sumida Clelia en estas reflexiones tan graves, que ocupaban su alma entera, oía con más desagrado aún que de costumbre las palabras halagadoras que sonaban sin cesar en torno suyo. Para librarse de ellas, acercóse a una ventana abierta y medio oculta por una cortina; esperaba que nadie se atrevería a seguirla en esta especie de retiro. Esta ventana daba a un bosquecillo de naranjos plantados en la tierra, aunque en verdad todos los inviernos había que cubrirlos con un tejadillo. Clelia respiraba con delicia el perfume de sus flores, y este deleite parecía devolver algo de paz a su alma... Fabricio tiene, ciertamente muy noble figura, decía: pero ¡inspirar una pasión tan grande a una mujer tan distinguida! ¡A una mujer! que ha tenido la gloria de negarse a aceptar el amor del príncipe, y que, si hubiera querido, sería la reina de sus estados!. . . Mi padre dice que la pasión del soberano era tan grande, que se hubiera casado con ella, si alguna vez quedaba libre... ¡Y este amor por, Fabricio dura ya tanto tiempo! Hace ya cinco años por lo menos se que nos encontramos cerca del lago de Como Sí, cinco años pensó después de un momento de reflexión. Ya lo noté entonces cuando tantas cosas pasaban inadvertidas a mis ojos de niña. ¡Cómo parecían admirar a Fabricio aquellas dos señoras!

Clelia advirtió con alegría que ninguno de los jóvenes que le hablaban con tanto calor se habían atrevido a acercarse al balcón Uno de ellos, el marqués Crescenzi, anduvo algunos pasos en ese dirección, pero se detuvo cerca de una

mesa de juego. Si al menos pensaba Clelia, pudiera yo ver desde mi ventana del palacio de la fortaleza, la única ventana que tiene sombra, unos preciosos naranjos como éstos, mis ideas serían menos tristes. Pero las piedras enormes de la torre Farnesio son mi única perspectiva... ¡Ah!, exclamó haciendo un movimiento, quizá lo hayan puesto ahí. Qué ganas tengo de hablar con don César; será menos severo que el general. Mi padre no me dirá nada, de seguro, al volver a la fortaleza; pero todo lo sabré por don César... Tengo dinero, podré comprar algunos naranjos y ponerlos debajo de la ventana de mi pajarera; así no tendré siempre ante mi vista el muro de la torre Farnesio, que vas a parecerme mucho más odioso ahora, conociendo a una de las personas encerradas allí. Sí, es la tercera vez que lo he visto; una vez en la corte, en el baile de la princesa; hoy, rodeado de tres guardias, cuando ese horrible Barbone pedía las esposas para él, y por último, cerca del lago de Como... Hace cinco años de esto. ¡Que cara de pilluelo tenía entonces! ¡Cómo miraba a los guardias!, ¡qué miradas tan extrañas le dirigían su madre y su tía! De segur aquel día había algún secreto, algo de particular entre ellos; se me ocurrió entonces la idea de que él también tenía miedo de los guardias Clelia tembló. Pero ¡qué ignorante era yo entonces! Sin duda ya entonces la duquesa sentía interés hacia él ¡Cómo no hizo reír a los pocos momentos, cuando las señoras, a pesar de si evidente preocupación, se hubieron acostumbrado a la presencia de una extraña!... ¡Y esta tarde he podido dejar sin respuesta e saludo que me ha dirigido! ¡Oh ignorancia y timidez, cuántas veces se os puede confundir con los más viles y los más bajos sentimientos! ¡Y

soy así a los veinte años cumplidos!... Mucha razón tenía en pensar en el claustro; realmente estoy hecha para la vida retirada... ¡Digna hija de un carcelero!, habrá pensado. Me desprecia, cuando pueda escribir a la duquesa le hablará de mi falta de consideración, y la duquesa me tomará por una niña falsa e hipócrita porque, en fin, esta noche ha podido creer que sentía su desgracia.

Clelia advirtió que alguien se aproximaba, al parecer con el propósito de colocarse a su lado, en el antepecho de hierro de la ventana. Sintió gran contrariedad; los ensueños en ,que estaba sumida no dejaban de tener cierta dulzura. He aquí a un inoportuno a quien voy a recibir bonitamente, pensó. Volvía la cabeza con mirada altanera, cuando vio la cara tímida del arzobispo, que se acercaba al balcón con pequeños movimientos insensibles. Este santo hombre no tiene modos mundanos, pensó Clelia. ¿Por qué viene a turbar a una muchacha como yo? No tengo más que mi tranquilidad. Clelia lo saludó con respeto, pero también con altanería. El prelado dijo:

-Señorita, ¿sabe usted la horrorosa noticia?

Los ojos de la muchacha habían ya mudado de expresión; pero siguiendo las instrucciones repetidas de su padre, respondió fingiendo una ignorancia que contradecía rotundamente el lenguaje de sus ojos.

-Nada sé, monseñor.

-Mi primer vicario general, el pobre Fabricio del Dongo, que es tan culpable como yo de la muerte de ese bribón de Giletti, ha sido raptado en Bolonia, donde vivía bajo el nombre de José Bossi. Lo han encerrado en la fortaleza. Ha

llegado allí atado al coche mismo que lo traía. Una especie de carcelero llamado Barbone, que hace algún tiempo fue indultado de la pena que se le impuso por haber asesinado a uno de sus hermanos, quiso hacer violencia a la persona misma de Fabricio; pero mi joven amigo no es hombre que aguante un insulto. Ha tirado por el suelo a su infame adversario, por lo cual lo han metido en un calabozo, a veinte pies debajo de tierra, después de colocarse las esposas.

-¡Las esposas, no!...

-¡Ah! Usted sabe algo -exclamó el arzobispo. Y el rostro del anciano se iluminó, perdiendo algo del profundo desaliento que antes expresaba-. Pero, ante todo, alguien puede acercarse al balcón e interrumpirnos: ¿tendría usted la caridad de entregar, usted misma, a don César, mi anillo pastoral?

La joven había tomado el anillo, pero no sabía dónde ponerlo para no perderlo.

-Póngaselo en el pulgar -dijo el arzobispo colocándoselo él mismo-. ¿Puedo contar con que usted entregará este anillo?

-Sí, monseñor.

-¿Quiere usted prometerme que guardará el secreto de lo que voy a decir, aun en el caso de que no crea usted conveniente otorgarme lo que pida?

-Sí, sí, monseñor -contestó la muchacha, toda temblorosa al ver el aire serio y sombrío que el anciano de pronto había tomado. -Nuestro respetable arzobispo -añadió-, no puede darme órdenes que no sean dignas de él y de mí.

-Diga usted a don César que le recomiendo a mi hijo adoptivo sé que los esbirros que lo han cogido no le han dejado tiempo de llevarse su breviario; ruego a don César que le entregue el suyo y si su señor, no quiere mandar a alguien al arzobispado mañana, yo me encargo de darle otro libro en lugar del que él haya dada Fabricio. También ruego a don César que haga llegar hasta ese señor del Dongo el anillo que ahora está en esa linda mano.

El arzobispo fue interrumpido por el general Fabio Conti que venia a buscar a su hija para llevársela. Hubo un momento de conversación, en la que el prelado no dejó de mostrar cierta habilidad. Sin hablar del preso en manera alguna, arreglóselas de suerte que en el curso de sus palabras acudieran ciertas máximas morales políticas, como por ejemplo: hay en la vida de las cortes momento de crisis que deciden de la existencia de los más altos personajes seria notoria imprudencia cambiar en odio personal el estado de alejamiento político que es a menudo el resultado muy sencillo de posiciones opuestas. El arzobispo, dejándose llevar un poco por el profundo dolor que le causaba una detención tan imprevista llegó hasta decir que había que conservar, ciertamente, las posiciones que uno ocupa, pero que sería imprudencia gratuita atraer esa para después odios furibundos, prestándose a ciertas cosas que no se olvidan nunca.

Cuando el general estuvo solo con su hija en su carroza:

-Esto puede muy bien llamarse una amenaza dijo.
¡Amenazas a un hombre como yo!

En veinte minutos el padre y la hija no cambiaron más palabra que éstas.

A1 tomar el anillo pastoral del arzobispo, Clelia había pensado desde luego, hablar a su padre, en el coche, del servicio que el prelado le pedía. Pero después de oír la palabra amenazas dicha por el general, tuvo la certeza de que su padre interceptaría la comisión. Con la mano izquierda ocultaba el anillo y lo oprimí apasionadamente contra su pecho. Durante el tiempo que tardó el coche en ir del Ministerio a la fortaleza, se preguntó si no sería criminal por su parte el no hablar a su padre. Era muy piadosa, muy tímora, y su corazón, tan tranquilo siempre, latía con violencia extraordinaria. Por fin el quién vive del centinela que se paseaba por encima de la puerta, sonó al acercarse el coche, antes de quo Clelia hubiese podido encontrar los términos convenientes para disponer a su padre a no negarse a lo que solicitaba el arzobispo tan grande era el temor que le causaba la idea de una negativa. Al subir los trescientos escalones que conducían al palacio del gobernador, tampoco Clelia pudo articular una palabra.

Se apresuró a hablar a su tío, que le regañó y se negó a prestarse a nada.

XVI

Pues bien exclamó el general al ver a su hermano de César la duquesa va a gastarse cien mil escudos para intenté burlarse de mí y que se escape el preso. Pero, por el momentos vemos obligados a dejar a Fabricio en su cárcel, en lo alto de la fortaleza de Parma. Está bien guardado y volveremos a encontrarla más tarde, acaso un poco cambiado. Vamos a ocuparnos, por ahora de la corte, en donde muy complicadas intrigas y sobre todo la pasión de una mujer desgraciada van a decidir su suerte.

Mientras subía los trescientos noventa escalones que conduce a la prisión de la torre Farnesio, Fabricio que tanto había temido este instante, halló que no tenía tiempo de pensar en su desgracia. Cuando la duquesa volvió a su casa, después de la velada de conde Zurla, despidió a sus criadas y dejándose caer vestida en la cama, exclamó en alta voz: ¡Fabricio está en poder de sus enemiga y van a envenenarlo quizá por culpa mía! ¿Cómo pintar el momento de desesperación que siguió a estas palabras, resumen exacto ch la si-

tuación presente? La duquesa era una mujer poco razón de la sensación presente, y, sin confesárselo, estaba locamente enamorada del joven preso. Fueron gritos inarticulados, arrebatos de rabia, movimientos convulsivos; y ni una lágrima. Había despedido a sus criadas para ocultar el llanto; pensaba que estando sola, se desbordarían las lágrimas; pero este consuelo de los grandes dolores le faltó por completo. La ira, la indignación, el sentimiento de inferioridad con respecto al príncipe dominaban demasiado en su alma altiva.

-¡Qué humillación! -exclamaba a cada instante-; me ultrajan y lo que es peor exponen la vida de Fabricio ¿y no me he devengar? ¡Alto ahí, príncipe! Me matas; bueno, tienes poder para ello pero yo luego te quitaré la vida. ¡Ay, pobre Fabricio! ¿De que servirá? ¡Qué diferencia entre hoy y aquel día en que quise irme Parma! Y, sin embargo, entonces créame muy desgraciada. ¡Que ceguera! Iba a romper con todos los hábitos de una vida placentera. ¡Ay!, sin saberlo estaba próxima a un suceso que iba a decidir mi suerte para siempre. Si por sus infames hábitos de baja cortesanía, el conde no hubiera suprimido la palabra "proceso injusto" en la carta fatal que pude arrancar a la vanidad del príncipe, estábamos salvados. Tuve la fortuna, más que la destreza, es cierto, de excitar su amor propio a propósito de su querida ciudad de Parma. Entonces disponía aún de la amenaza de marcharme..., entonces era libre... ¡Dios mío! Ahora soy esclava. Heme aquí clavada a esta infame cloaca y Fabricio encadenado en la fortaleza, en esa fortaleza que, para tanta gente distinguida, ha sido antecámara de la muerte. ¡Y yo sin,

poder dominar a ese tigre, por el temor de que me vaya de su guarida!

Tiene demasiado talento para no comprender que nunca me alejaré de la infame torre, en donde mi corazón está encerrado. Ahora la vanidad herida de ese hombre puede sugerirle las más extrañas ideas, cuya extravagante crueldad será un acicate más para su inaudita vanidad. Si vuelve a dirigirme sus antiguas frases de trivial galantería, si me dice: O acoge usted benévola los homenajes de este su esclavo o perece Fabricio, entonces, ¡oh!, entonces... la vieja historia de Judit... Sí, pero lo que para mí es un suicidio, es para Fabricio un asesinato, porque el imbécil del sucesor, nuestro príncipe real y el infame verdugo Rassi mandarían ahorcara Fabricio como cómplice mío.

La duquesa empezó a gritar: esta alternativa de la que no veía la manera de salir, torturaba su desgraciado corazón. Su cabeza, turbada, no veía otra probabilidad en el porvenir. Durante diez minutos estuve revolcándose como una insensata, hasta que de puro agotamiento se quedó dormida; su vida se agotaba. Despertóse sobresaltada y se halló sentada en su cama; parecíale que estaba viendo al príncipe cortar la cabeza de Fabricio. Miró en torno con los ojos perdidos. Cuando por fin se convenció de que no tenía ante su vista ni al príncipe ni a Fabricio, volvió a caer sobre el lecho y estuvo a punto de desvanecerse. Su debilidad física era tan grande que no tenía fuerzas para cambiar de postura. ¡Dios mío!, si pudiera morir, pensó... Pero ¡qué cobardía, abandonar yo a Fabricio en la desgracia! No sé lo que digo... Veamos; volvamos a la realidad, consideremos con sangre fría la horrible

situación en que, estoy metida. ¡Qué locura más funesta venir a habitar la corte de un príncipe absoluto, de un tirano que conoce a todas sus víctimas! Una mirada se le antoja un reto. ¡Ay! Esto es lo que ni el conde ni yo vimos cuando abandoné Milán. Yo pensaba en los encantos de una corte amable; algo así como aquellos hermosos día cuando el príncipe Eugenio reinaba en Milán.

De lejos no podíamos figurarnos lo que es la autoridad de un déspota que conoce de vista a todos sus súbditos. La forma externo del despotismo es la misma que la de los otros gobiernos; hay jueces, por ejemplo, pero aquí los jueces son unos Rassi. ¡Qué monstruo! ¡No vacilaría en mandar ahorcar a su padre, si el príncipe se lo ordenase!..., llamaría eso su deber... ¿Y si yo sedujera a Rassi? ¡Desgraciada! ¿Con qué medios? ¿Qué puedo ofrecerle? ¿Cien mil francos? Pero el príncipe le dará más. ¡Se dice que cuando fue herido últimamente de una puñalada de la que se salvó porque la ira del cielo está desencadenada contra este desgraciado país, le mandó el príncipe una cajita con diez mil monedas de oro! Per además, ¿qué cantidad de dinero podría tentarle? Ese alma fangos que nunca ha visto en las miradas de los demás hombres sino e desprecio que por él sienten, se da el gusto aquí de ver pintado en los rostros el temor y hasta el respeto. Puede llegar a ministro d Policía ¿por qué no? Y entonces las tres cuartas partes de los habitantes del país serán sus cortesanos y temblarán ante él como E ante el soberano.

Puesto que no puedo salir de este lugar aborrecido, he de se útil a Fabricio. Si me voy a vivir sola, solitaria, desesperada ¿que hago por Fabricio? Vamos; anda; desgraciada mu-

jer, cumple con tu deber; preséntate en sociedad, finge que no piensas en Fabricio... ¡Fingir que te olvidó!, ¡ángel mío!

En este instante la duquesa rompió a llorar; por fin acudía las lágrimas a sus ojos. Después de haber concedido una hora a la humana debilidad, vio con alguna alegría que sus ideas comenzaban a aclararse. Si tuviera la varita mágica, pensó, y consiguiendo sacar a Fabricio de la fortaleza, nos refugiaríamos en algún par venturoso, en donde no pudieran perseguirnos, en París, por ejemplo. Empezaríamos por vivir con los mil doscientos francos que se apoderado de su padre me entrega con tan puntual exactitud. Y podría reunir cien mil francos con los restos de mi fortuna. La imaginación de la duquesa repasaba con indecible delicia, los detalle todos de la vida que podría hacer a trescientas leguas de Parma. Allí, pensaba, entraría en el ejército con un nombre supuesto..., en un regimiento de esos valientes franceses, el joven Valse-rra pronto ganaría una reputación; sería feliz, en fin.

Estas venturosas imágenes ocasionaron nuevas lágrimas que esta vez fueron lágrimas dulces y tiernas. ¡Aún existía, quizá, la felicidad en alguna parte! Este estado duró mucho tiempo; la pobre mujer se horrorizaba ante la idea de volver a pensar en la acerba realidad.

Por fin, como el alba comenzaba ya a marcar con una línea blanca la cima de los árboles del jardín, violentóse y pensó: dentro de unas horas estaré en el campo de batalla; se tratará de hacer y si lo que me sucede es algo irritante, si al príncipe se le ocurre dirigirme alguna palabra referente a Fabricio, no sé si podré conservar toda mi sangre fría. Hay,

pues, que tomar aquí, sin dilación, las oportunas resoluciones.

Si me declaran criminal de estado, Rassi manda coger todo lo que hay en este palacio. En los primeros días del mes hemos quemado el conde y yo, como de costumbre, todos los papeles de que la policía pudiera abusar; y lo gracioso es que el ministro de Policía es él. Tengo tres diamantes de algún precio. Mañana Fulgencio, mi antiguo barquero de Grianta, marchará a Ginebra y los pondrá a buen recaudo. Si Fabricio se escapa (Dios mío, sedme propicio, suspiró santiguándose), la inconmensurable cobardía del marqués del Dongo considerará pecaminoso enviar pan a un hombre perseguido por un príncipe legítimo: entonces encontrará por lo menos mis diamantes y tendrá pan.

Despedir al conde..., encontrarme sola con él, después de lo sucedido, me es imposible. ¡Pobre hombre! No es malo, no; al contrario. Es débil tan sólo. Esa alma vulgar no está a la altura de las nuestras. ¡Pobre Fabricio! ¡Si pudieras estar aquí conmigo un instante, para deliberar acerca de nuestros peligros!

La prudencia meticulosa del conde estorbaría todos mis proyectos y además no debo arrastrarlo conmigo a la ruina... Pues la vanidad del tirano puede encarcelarme. Habré conspirado..., nada más fácil probarlo. Si me enviase a su fortaleza y pudiera yo, a fuerza de oro, hablar con Fabricio, un solo instante, ¡con qué valor iríamos juntos a la muerte! Pero dejemos estas locuras. Su Rassi le daría buenos consejos y en lugar de pasearme por las calles en una carreta, cosa que podría conmover la sensibilidad de los queridos parmesanos,

le aconsejaría que acabase conmigo por medio del veneno... ¡Pero siempre he de estar forjando novelas! ¡Ay de mí! Perdónense estas locuras a una pobre mujer cuya suerte real y verdadera es muy triste. La vanidad de todo esto es que el príncipe no me hará morir; pero nada más fácil que meterme en prisión y dejarme allí. Mandará que escondan en un rincón de mi palacio toda suerte de papeles sospechosos, como se hizo con ese pobre L... Bastarán entonces tres jueces, no demasiado bribones, y media docena de testigos falsos puesto que habrá lo que llaman documentos de prueba. Puedo, pues, ser condenada a muerte por conspiradora, el príncipe clementísimo, considerando que he tenido antes honor de ser recibida en su corte, conmutará mi pena por diez años de fortaleza. Pero yo, para no desmentir esa violencia de carácter que tantas necedades ha hecho decir a la marquesa Raversi y de más enemigas mías, me habré envenenado valientemente. Por menos, el público tendrá la bondad de creerlo así. Y apuesto a que Rassi se presentará en mi calabozo para traerme, galante, de parte del príncipe, un frasquito de estricnina o de opio de Perusa.

Sí; voy a romper muy ostensiblemente con el conde, pues quiero arrastrarlo en mi ruina, eso sería una infamia; ¡el pobre hombre me ha amado con tanto candor! Mi error ha sido creer que en un verdadero cortesano podía quedar aún alma bastante par ser capaz de amar. Muy probablemente el príncipe hallará algo pretexto para meterme en la cárcel; tendrá miedo de que yo pe vierta la opinión pública en lo referente a Fabricio. El conde hombre de honor; al momento hará lo que los imbéciles de ese corte llamarán una

locura; dejará la corte. Me he rebelado victoriosa contra la autoridad del príncipe, aquella noche de la carta; todo puedo temerlo de su vanidad herida. Un hombre que nació príncipe ¿puede olvidar nunca la sensación que le di aquella noche? Además el conde, separado de mí, estará en mejores condiciones para servir a Fabricio. Pero ¿y si el conde a quien mi resolución va a desesperar, se vengase?... Pero esta idea, desde luego, no se ocurrirá nunca. No tiene el alma esencialmente vil y baja del príncipe. El conde podrá refrendar, gimiendo, un decreto infame, pero tiene honor. Y además, ¿de qué iba a vengarse? ¿De que después de haberle amado cinco años, sin la menor ofensa a su cariño, diga un día: querido conde, tuve la ventura de quererle a usted pues bien, esa llama se apaga; ya no le amo, pero conozco el fondo de su corazón, y conservo por usted una profunda estimación; siempre será usted mi mejor amigo?

¿Qué puede contestar un caballero a tan sincera declaración?

Tomaré un nuevo amante o por lo menos se creará en sociedad que lo he tomado. Diré a ese amante: en el fondo el príncipe tiene razón en castigar la imprudencia de Fabricio; pero sin duda, el de su santo nuestro gracioso soberano le devolverá la libertad. A gano seis meses. El nuevo amante, designado por la prudencia, ese juez vendido, ese infame verdugo, ese Rassi..., se encontrará ennoblecido y, de hecho, le dará entrada en la buena sociedad. Pe dona, querido Fabricio, pero semejante esfuerzo rebasa para mí los límites de lo posible. ¡Cómo! ¡Ese monstruo manchado aún con sangre del conde P. y de D.! Me desmayaría de horror al verle acer-

carse a mí, o más bien cogería el puñal y lo hundiría en su infame corazón. No me pidas cosas imposibles.

¡Sí, sobre todo olvidar a Fabricio! Y ni sombra de ira contra el príncipe. Recobrar mi alegría de siempre, que parecería aún más amable a esas almas fangosas; primero, porque parecerá que me someto de buen grado al soberano; segundo, porque lejos de burlarme de ellos, estaré atenta a realzar sus lindos méritos, por ejemplo, felicitando al conde Zurla por la belleza de la pluma de su sombrero, que acaba de mandar venir de Lyon por un correo especial, y que hace su felicidad.

Buscar un amante en el partido de la Raversi... Si el conde se va, será el partido ministerial, tendrá el poder. Un amigo de la Raversi mandará en la fortaleza, pues el Fabio Conti será ministro. Cómo el príncipe, hombre de sociedad, hombre de talento, acostumbrado al trabajo fácil del conde, va a poder hablar de negocios con ese buey, con ese rey de los necios, que medita gravemente sobre este capital problema: los soldados de Su Alteza ¿deben llevar en la casa, siete o nueve botones? Esos brutos, envidiosos de mí -ahí está el peligro, querido Fabricio-, esos brutos son los que van a decidir mi suerte y la tuya. Así, pues, no consentiré que el conde dimita. Que se quede, aunque tenga que sufrir humillaciones. Se imagina que presentar su dimisión es el mayor sacrificio que" un primer ministro puede hacer y siempre que su espejo le dice que va haciéndose viejo, me ofrece ese sacrificio. Así, pues, ruptura completa, si, y reconciliación sólo en el caso de que tal fuera el único modo de impedir su marcha. Desde luego romperé con él, conservando la mejor

amistad posible; pero después de la omisión de las palabras "proceso injusto" en la carta del príncipe, siendo que para no odiarle necesito pasar unos meses sin verle. En aquella noche decisiva no me hacia falta su ingenio; bastaba que escribiese fielmente lo que yo dictaba, no había más que estampar aquella palabra que yo había obtenido por mi carácter. Pero sus hábitos de cortesano fueron más fuertes. Me decía, al día siguiente, que el príncipe no podía firmar un absurdo, que hubieran sido precisas cartas de indulto. ¡Dios mío! Con hombres como el príncipe, con esos monstruos de vanidad y de rencor llamados Farnesio, se toma la que se puede.

Esta idea reanimó la cólera de la duquesa. Me ha engañado el príncipe, pensaba, y ¡qué cobardemente!. . . No tiene disculpa; tiene talento, es fino de ingenio y sabe razonar; lo rastrero en él son sus pasiones. Veinte veces lo hemos notado el conde y yo. Su espíritu no se torna vulgar sino cuando se figura que han querido ofenderle. Pues bien, el crimen de Fabricio es extraño a la política, es un pequeño asesinato como hay cientos al año en sus felices estados; además, el conde me ha jurado que ha adquirido noticias exactas y que Fabricio es inocente. Ese Giletti no carecía de valor; viéndose a dos pasos de la frontera, tuvo de repente la tentación de deshacerse de un rival que agradaba demasiado a Marietta.

La duquesa estuvo largo rato examinando si era posible creer en la culpabilidad de Fabricio. No es que pensara que un hidalgo como su sobrino, cometiese un grave pecado al deshacerse de la impertinencia de un histrión; pero en su desesperación, empezaba a sentir vagamente que se iba a ver obligada a luchar por probar esta inocencia de Fabricio. No,

pensó al fin; he aquí una prueba decisiva: él es como aquel pobre Pietranera, que llevaba siempre armas en los bolsillos; sin embargo, ese día, no tenía más que una mala escopeta de un cañón, prestada por uno de los obreros.

Odio al príncipe porque me ha engañado del modo más cobarde. Después de su carta de perdón, ha mandado raptar al pobre muchacho en Bolonia, etc. Pero ya arreglaremos cuentas. Hacia las cinco de la mañana, la duquesa, aniquilada por la violencia de su desesperación, llamó a sus doncellas. Estas, al entrar, lanzaron un grito. Al verla en la cama, vestida, con sus joyas, pálida como las sábanas y con los ojos cerrados, les pareció ver un cadáver sobre el lecho fúnebre. Hubieran creído que estaba totalmente desmayada, si no recordaran que acababa de llamar. Algunas lágrimas, muy pocas, resbalaban de vez en cuando sobre sus mejillas insensibles; las doncellas comprendieron por una seña que quería que la metieran en la cama.

Después de la velada del ministro Zurla, habíase presentado el conde dos veces en casa de la duquesa. Como no fue recibido, le escribió que tenía que pedirle un consejo para sí mismo: "¿Debo conservar mi puesto después del insulto que se han atrevido a inferirme?" El conde añadía: "El joven es inocente; pero aunque fuera culpable, ¿debían detenerlo sin avisarme a mí, su protector declarado?" La duquesa no vio esta carta hasta el día siguiente.

El conde no era virtuoso y hasta puede añadirse que lo que los liberales llaman virtud (buscar la felicidad del mayor número), le parecía una candidez; ante todo creíase obligado a buscar la felicidad del conde Mosca della Rovere. Pero

tenía honor y era sincerísimo cuando hablaba de su dimisión. Nunca había mentido a la duquesa. Esta, por lo demás, no prestó la menor atención a carta. á Su resolución penosísima estaba tomada: fingir que olba a Fabricio. Después de este esfuerzo, todo le era indiferente.

A1 día siguiente, hacia las doce del día, el conde que había estado diez veces en el palacio Sanseverina, fue por fin admitido. A1 ver a la duquesa, quedóse atónito... ¡Tiene cuarenta años!, pensó, ¡y estaba ayer tan brillante, tan joven!... Todo el mundo me dijo que durante su larga conversación con Clelia Conti, parecía tan joven como ella y mucho más seductora.

El tono de la voz de la duquesa era tan extraño como el aspecto de su persona. Limpio de toda pasión, de todo humano interés, de toda cólera; ese tono hizo palidecer al conde, recordándole a uno de sus amigos que, pocos meses antes, a punto de morir y habiendo recibido ya los Sacramentos, quiso conversar con él.

A los pocos minutos la duquesa pudo hablarle. Le miró y sus ojos permanecieron apagados.

-Separémonos, querido conde -le dijo con voz débil, pero bien articulada y que ella se esforzaba por hacer amable-. Separémonos, es preciso. Tomo al cielo por testigo de que desde hace cinco años mi conducta para con usted ha sido irreprochable. Me ha proporcionado usted una existencia brillante en lugar del tedio que me aguardaba en el castillo de Grianta. Sin usted hubiera entrado en la vejez unos años antes... Por mi parte la única preocupación ha sido su felici-

dad. Porque le quiero es por lo que le propongo esta separación amistosa, como dicen en Francia.

El conde no comprendía; tuvo ella que repetirlo varias veces. Púsose pálido como un muerto y echándose de rodillas al lado de su cima, le dijo cuanto la estupefacción más profunda y luego la más cruel desesperación pueden inspirar a un hombre de talento, enamorado con pasión. A cada instante le ofrecía presentar su dimisión y partir con ella a un retiro lejos de Parma.

-¡Se atreve usted a hablarme de partir estando aquí Fabricio! -exclamó ella al fin, incorporándose a medias. Pero como advirtió que este nombre de Fabricio producía una impresión penosa, añadió tras un momento de calma, estrechando levemente la mano del conde-. No, querido amigo, no le diré que mi amor por usted haya sido esa arrebatada pasión juvenil que ya no se siente, creo yo, después de los treinta años; y estoy ya lejos de esa edad. Le habrán dicho que amaba a Fabricio; sé que ese rumor ha corrido por esta corte perversa. (Sus ojos brillaron por vez primera, en esta conversación, al pronunciar la palabra perversa.) Y juro ante Dios y por la vida de Fabricio que nunca entre él y yo ha habido la menor cosa que no haya podido ver un tercero. No diré tampoco que le ame exactamente como a un hermano. Le amo de instinto, por decirlo así. Amo en él su valor tan sencillo, tan perfecto que puede decirse que se ignora a, sí mismo. Recuerdo que este género de admiración empecé a sentirlo, a su vuelta de Waterloo. Todavía un niño, a pesar de sus diecisiete años; su gran preocupación entonces era saber si realmente había asistido a la batalla y, en c afir-

mativo, si podía decir que había combatido, a pesar de no haber marchado al ataque de ninguna batería ni de ninguna columna enemiga. Durante las graves discusiones que tuvimos ambos acerca de este importante asunto, fue cuando comencé a percibir en una gracia perfecta. Su alma grande se revelaba a mí. ¡Cuán mentiras habría ensartado en su lugar un joven bien educado! En fin, si él no es feliz, no puedo yo ser feliz. Mire, esas palabras pintan muy bien el estado de mi corazón; si no es la verdad, es al menos todo cuanto veo en mí. El conde, alentado por ese tono de franqueza y de intimidad, quiso besarle la mano; ella la retiró con t; especie de horror. Acabaron los buenos tiempos le dijo; tengo treinta y siete años, estoy en la vejez y siento sus desalientos; acaso no esté lejos la tumba. Ese momento es terrible y sin embargo parece que lo deseo. Siento el peor síntoma de vejez: la llama de corazón se apaga con esta desgracia horrible, ya no puedo amar. No veo en usted, querido conde, sino la sombra de uno a quien quise. Sólo el agradecimiento me hace hablarle así.

-¿Qué va a ser de mí? -repetía el conde-, yo que siento que la quiero a usted con más pasión que los primeros días, cuando veía en la Scala.

-Una cosa le confesaré, querido amigo. Hablar de amor aburre y me parece indecente. ¡Vamos -dijo, tratando en vano sonreír-, valor! Sea usted hombre de talento, hombre juicioso, hombre de recursos en estas circunstancias. Sea usted conmigo lo que realmente es usted para los indiferentes, el hombre más hábil, mayor político que ha producido Italia desde hace siglos.

El conde se levantó y se paseó silencioso unos momentos.

-Es imposible, querida amiga -le dijo-, estoy desgarrado por la más violenta pasión y ¿me pide usted que interroge a mi razón. Ya no hay razón para mí.

-No hablemos de pasión, se lo ruego -dijo secamente, y é; fue la primera vez en dos horas de conversación, que su voz tu expresión. El conde, desesperado, trató de consolarla.

-Me ha engañado -exclamaba sin responder de ningún modo a las esperanzas que el conde le daba-, me ha engañado del modo más cobarde. -Y su palidez mortal la abandonó un instante; pe aún en este momento de violenta excitación, notó el conde que tenía fuerzas para alzar el brazo.

¡Dios mío!, pensó, ¿será posible que esto no sea más que una enfermedad? Pero aun en este caso sería el comienzo de una gravísima. Y entonces, luego de inquietud, propuso que llamara al célebre Razoni, el primer médico del país y de Italia.

-¿Quiere, pues, dar a un extraño el gusto de que sepa cuán grande es mi desesperación? ¿Es consejo de traidor o de amigo? -Y miró al conde con ojos singulares.

Todo está perdido, pensó el conde desesperado, ya no tiene amor hacia mí; es más, ni siquiera me coloca entre los hombres de honor vulgares.

-Le diré a usted -añadió el conde hablando apresuradamente-, que ante todo he querido obtener detalles sobre la detención que nos desespera y, ¡cosa extraña!, nada sé positivamente. He mandado preguntar a los guardias del puesto próximo. Han visto llegar al preso por el camino de Cas-

tel novo y han recibido la orden de seguir la sediola. He mandado en seguida a Bruno, cuyo celo y cuya devoción conoce usted bien; tiene orden de ir de puesto en puesto para saber dónde y cómo Fabricio ha sido detenido.

A1 oír pronunciar el nombre de Fabricio, la duquesa fue presa de una ligera convulsión.

-Perdone, amigo mío -dijo al conde cuando pudo hablar-, esos detalles me interesan mucho; cuéntemelo todo, hágame comprender las más leves circunstancias.

-Pues bien, señora -replicó el conde tratando de distraerla un poco-, me dan ganas de enviar un hombre de confianza a Bruno, para ordenarle que llegue hasta Bolonia. Allí es quizá donde ha sido cogido nuestro joven amigo. ¿Qué fecha tiene su última carta?

-Martes, hace cinco días.

-¿Había sido abierta en el correo?

-Ninguna señal de haberla abierto. He de decir que estaba" escrita en horrible papel y que la dirección, de letra de mujer, es la de una vieja lavandera parienta de mi doncella. La lavandera cree que se trata de amores de mi doncella y Chekina le paga el importe de las cartas sin darle un centavo más.

El conde, que había acabado por adoptar el tono de un hombre de negocios, trató de descubrir, discutiendo con la duquesa, cuál podía haber sido el día del rapto en Bolonia. Y entonces comprendió por fin que ese era el tono que había que tomar. Esos detalles interesaban a la desgraciada mujer y parecían distraerle un poco. Si el conde no hubiese estado enamorado, se le hubiera ocurrido esta idea tan sencilla al

entrar en la habitación. La duquesa lo despidió para que pudiese sin demora enviar nuevas órdenes al fi Bruno. Se habló, de pasada, de la cuestión de saber si había habido sentencia antes del momento en que el príncipe firmó la carta dirigida a la duquesa y ésta aprovechó la ocasión para decir al cono apresuradamente:

-No le reprocharé la omisión de las palabras proceso injusto en la carta que usted escribió y que él firmó; el instinto del cortesano dominaba en usted; sin darse cuenta prefirió usted el interés del amo al de la amiga. Hace ya tiempo que ha puesto usted s voluntad a mis órdenes, querido conde, pero no está en su pode el cambiar de naturaleza; tiene usted talento para el Ministerio pero también el instinto del oficio. La supresión de la palabra injusto me pierde; mas lejos de mí la idea de reprochárselo, la culpa del instinto y no de la voluntad.

-Recuerde usted -añadió variando el tono y con ademán imperioso-, que no estoy demasiado afligida por el rapto de Fabricio que no he pensado en lo más mínimo alejarme de aquí, que profeso el mayor respeto hacia el príncipe. Eso es lo que tiene usted que expresar y he aquí lo que yo tengo que decir a usted. Como de aquí en adelante pienso dirigir yo sola mi conducta, quiero s pararme de usted amigablemente, es decir, como una buena vieja amiga. Figúrese que tengo sesenta años; la mujer joven ha muerto en mí, ya no puedo hacerme ilusiones, ya no puedo amar. Pero ser más desgraciada aún de lo que soy, si por mi culpa peligrase s porvenir de usted. Puede entrar en mis proyectos el aparentar ten un amante joven; no quisiera afligir a usted. Puedo jurar por

vida de Fabricio detúvose medio minuto después de esta palabra, que jamás le he sido a usted infiel en los cinco años que llevaban juntos. ¡Y cinco años son largos! dijo tratando de sonreír. SE pálidas mejillas se agitaron, pero sus labios no pudieron separarse. Juro que nunca he tenido ni el proyecto ni el deseo siquiera c serle infiel. Y ya que esto está claro, déjeme usted.

El conde salió desesperado del palacio Sanseverina. Veía en duquesa la intención decidida de separarse de él, y él nunca había estado tan locamente enamorado de ella como ahora. Esta es una de las cosas que hay que repetir muchas veces, porque son muy ir probables fuera de Italia. Al volver a su casa mandó hasta seis personas diferentes, por el camino de Castelnovo y de Bolonia, encargadas de llevar cartas. Pero no es esto todo, pensó el desgracias conde; puede ocurrírsele al príncipe ordenar la ejecución de es desgraciado niño para vengarse del tono con que habló la duque el día de la fatal carta. Yo veía que la duquesa traspasaba un límite que nunca debe pasarse, y para arreglar las cosas cometí la increíble necesidad de suprimir las palabras proceso injusto, las únicas q obligaban al soberano... Pero ¡bah!, ¿hay algo que obligue a esa gente? Esa es sin duda la mayor falta que he cometido en toda mi vida; he abandonado a la casualidad lo que para mí representa el valor de la vida. Se trata de reparar esa tontería a fuerza de actividad y de destreza. Pero, en fin, si nada puedo obtener, aun sacrificando un poco de mi dignidad, dejo plantado al príncipe. Con sus sueños de alta política, con sus ideas de hacerse rey constitucional de Lombardía, veremos cómo va a sustituirme... Fabio Coa es

un necio, y el talento de Rassi se limita a mandar legalmente la horca a un hombre que desagrada.

Habiendo tomado la resolución de dejar el Ministerio si los rigores contra Fabricio excedían a los de una simple detención! el conde pensó: Si un capricho de la vanidad de ese hombre, imprudentemente herida, me cuesta la felicidad, al menos me quedará el honor... Y, a propósito, ya que me río de la cartera, pues permitirme cien actos que aún esta mañana me habrían parecido insensatos. Por ejemplo: voy a intentar todo lo humanamente posible para favorecer la evasión de Fabricio... ¡Dios mío!, exclamó el conde interrumpiéndose y abriendo los ojos como si estuve percibiendo una imprevista felicidad, la duquesa no me ha habla de evasión; ¿le habrá faltado sinceridad por primera vez en su vida? ¿no será la ruptura el simple deseo de que haga traición al príncipe ¡Pues por mi parte, hechal!

La mirada del conde había recobrado toda su agudeza satírica. Ese amable fiscal Rassi, pagado por su amo para dictar esas sentencias que nos deshonran en Europa, no es hombre que se niegue tomar lo que yo le dé por descubrirme los secretos del amo. E animal tiene una querida y un confesor; pero la querida es de demasiada baja para poder hablar con ella; al día siguiente le costaría la entrevista a todas las fruterías de su calle. El conde, a que la esperanza daba nuevos bríos andaba ya camino de la Catedral. Extrañado de la ligereza de su marcha, sonrió a pesar de su pena ¡Lo que hace no ser ya ministro!, dijo para sí. Esa Catedral, con muchas iglesias italianas, sirve de paso de una calle a otra. El

con vio de lejos a uno de los vicarios generales del arzobispo, atravesando la nave.

-Ya que le encuentro a usted -le dijo-, ¿quiere usted tener bondad de ahorrarme el mortal cansancio de tener que subir has las habitaciones del señor arzobispo? Le agradecería infinito que dignara bajar a la sacristía.

El arzobispo se alegró mucho cuando recibió este aviso; te mil cosas que decirle al ministro acerca de Fabricio. Pero el maestro adivinó que todas esas cosas no eran sino palabras, y no que oír nada.

-¿Qué tal hombre es Dugnani, vicario de San Pablo?

-Pequeño espíritu y gran ambición -respondió el arzobispo- pocos escrúpulos y una pobreza extremada, pues también tener vicios, señor conde.

-¡Caramba, monseñor, pinta usted como Tácito! -Y se despidió riendo. Apenas estuvo de vuelta en el Ministerio, mandó llamar al abate Dugnani.

Usted dirige la conciencia de mi excelente amigo el fiscal general Rassi. ¿No tendrá el señor Rassi nada que decirme?

Y sin más palabras ni más ceremonias, despidió a Dugnani.

XVII

El conde se consideraba como fuera del ministerio. Veamos, pensó, cuántos caballos podremos tener después de mi caída, que así es como se llamará mi retirada. El conde hizo la cuenta de su fortuna: cuando entró en el Ministerio tenía ochenta mil francos; con gran extrañeza halló que, contándolo todo, su haber actual no llegaba a quinientos mil francos. Estos son veinte mil francos, de renta, a lo sumo, dijo. Hay que confesar que soy un gran loco. No hay en Parma un burgués que no crea que tengo ciento cincuenta mil francos de renta, y el príncipe sobre este punto es más burgués que nadie. Cuando me vean en la miseria dirán que sé muy bien ocultar mi fortuna. ¡Vaya!, exclamó, si soy aún tres meses ministro, la veremos doblada esa fortuna. Encontró en esta idea una ocasión para escribir a la duquesa, y la aprovechó con avidez; pero para hacerse perdonar una carta, en la situación en que se hallaban, hubo de llenarla de cifras y de cálculos. "No tendremos más que veinte mil francos de renta para vivir en Nápoles los tres: Fabricio, usted y

yo. Fabricio y yo tendremos un caballo de silla para los dos". Acababa el ministro de enviar su carta, cuando el fiscal general Rassi fue anunciado. El conde lo recibió con una altanería que frisaba casi en impertinencia.

-¡Cómo, señor mío! -le dijo-. ¡Me manda usted raptar en Bolonia a un conspirador que yo protejo, quiere usted además cortarle la cabeza y no me dice usted nada! ¿Sabe usted, al menos, el nombre de mi sucesor? ¿Es el general Fabio Conti, o usted mismo?

Rassi quedó aterrado. No estaba al tanto de las costumbres de la buena sociedad para comprender si el conde hablaba en serio o no. Enrojeció y masculló algunas palabras ininteligibles. El conde le miraba y gozaba de su turbación. De pronto, Rassi hizo un movimiento y exclamó con perfecta naturalidad, con el aire de Fígaro sorprendido " in fraganti' por Almaviva:

-A fe mía, señor conde, no voy a andar con rodeos. ¿Qué me dará Vuestra Excelencia por contestar a todas sus preguntas como lo harta a mi confesor?

-La cruz de San Pablo (es la Orden de Parma) o dinero, si puede usted proporcionarme un pretexto para concedérselo.

-Prefiero la cruz de San Pablo, porque me ennoblece.

¡Cómo, querido fiscal! ¿Todavía le da usted algún valor a vuestra pobre nobleza?

-Si hubiera yo nacido noble -respondió Rassi con todo el impudor de su oficio-, las familias de los que he mandado a la horca me odiarían, pero no me despreciarían.

-Pues bien; yo le salvaré a usted del desprecio -dijo el conde-, cúreme usted a mí de la ignorancia. ¿(qué piensa usted hacer con Fabricio?

-A fe mía, el príncipe está muy indeciso. Teme que seducido por los bellos ojos de Armida (perdone usted este estilo algo vivo, pero son las palabras mismas del soberano), teme que, seducido por unos ojos muy hermosos que le han conmovido a él mismo, no le deje usted plantado, y no hay otro como usted para los negocios de Lombardía. Hasta le diré añadió Rassi bajando la voz que hay en esto para usted una magnífica ocasión que bien vale la cruz de San Pablo. El príncipe le concedería a usted como recompensa nacional una bonita tierra de seiscientos mil francos que saldría de los dominios del principado, si consintiera usted en no ocuparse de la suerte de Fabricio del Dongo, o por lo menos en no hablarle de eso más que en público.

-Esperaba más -dijo el conde-; no ocuparme de Fabricio es romper con la duquesa.

-Pues bien; eso mismo es lo que dice el príncipe. El hecho es que está terriblemente furioso contra la señora duquesa, dicho sea entre nosotros, y teme que, como compensación por la ruptura con esta amable dama, vaya usted a pedirle la mano de su prima, la vieja princesa Isota, que no tiene más que cincuenta años de edad.

-Lo ha adivinado -exclamó el conde-. Nuestro amo es el Hombre más perspicaz de sus estados.

Nunca había tenido el conde la idea extraña de casarse con esa vieja princesa; las ceremonias de la corte le hastiaban hasta la muerte.

Púsose a jugar con su tabaquera sobre el mármol de una mesita próxima a su sillón. Rassi vio en ese gesto de vacilación la posibilidad de un buen negocio y sus ojos brillaron.

-Señor conde –exclamó-, si Vuestra Excelencia quiere aceptar o la gratificación en dinero o la tierra de seiscientos mil francos, ¡268 hágame la merced de no usar otro intermediario que yo. Me comprometería añadió en voz baja a aumentar la gratificación y hasta a añadir un importante bosque a la tierra. Si Vuestra Excelencia quisiera poner algo de dulzura y de consideración en su manera de hablar al príncipe de ese mocoso que hemos apresado, Podría quizá erigirse en Ducado la tierra que el príncipe le ofrecería como expresión del agradecimiento nacional. Le repito a Vuestra Excelencia, que el príncipe por ahora aborrece a la duquesa, pero está muy indeciso, tanto que he creído a veces que había alguna circunstancia secreta que no se atrevía a decirme. En el fondo puede ser esto una mina de oro, vendiendo yo sus más íntimos secretos y muy libremente, pues todo el mundo cree que soy vuestro enemigo. Está furioso contra la duquesa, sí, pero también cree, como nosotros, que usted es el único que puede llevar a bien las gestiones secretas referentes al Milanésado. ¿Me permite Vuestra Excelencia que le repita textualmente las palabras del soberano? -agregó Rassi; hay muchas veces en la posición de las palabras una fisonomía que ninguna traducción puede expresar. Vuestra Excelencia verá en ellas más de lo que yo veo.

-Lo permito todo -dijo el conde, que con gesto distraído seguía golpeando el mármol con su tabaquera de oro-. Lo permito todo y no seré ingrato.

-Deme usted carta de nobleza transmisible, además de la cruz, y estaré más que satisfecho. Cuando le hablo al príncipe de hacerme noble, me contesta: ¡Noble, un bergante como tú! Habría que cerrar la tienda al día siguiente; nadie en Parma querría ya hacerse noble. Pero volviendo al asunto del Milanesado, el príncipe me decía, no hace aún tres días: No hay más que ese bribón para seguir el hilo de nuestras intrigas; si lo echo o si se va con la duquesa, ya puedo renunciar a la esperanza de verme un día jefe liberal y adorado de toda Italia.

A1 oír esto el conde respiró. Fabricio no morirá, pensó.

Jamás había podido Rassi conseguir una conversación íntima con el primer ministro. Estaba fuera de sí de felicidad. Veíase próximo a dejar ese nombre de Rassi, que el país había hecho sinónimo de cuanto hay en el mundo de bajo y de vil. El pueblo daba el nombre de Rassi a los perros rabiosos; no hacía muchos días que unos soldados habían tenido un desafío porque uno había llamado Rassi al otro. Por último, no pasaba semana sin que ese desgraciado nombre no apareciese engarzado en algún soneto atroz. Su hijo, joven inocente, estudiante de dieciséis años era expulsado de los cafés en cuanto decía su nombre.

El recuerdo abrasador de todos esos trances, le hizo cometer una imprudencia.

-Tengo una tierra -dijo al conde, acercando su silla al sillón del ministro-; se llama Riva; yo quisiera ser el barón Riva.

-¿Por qué no? -dijo el ministro.

Rassi estaba fuera de sí.

-Pues bien, señor conde, me permitiré ser indiscreto; me atreveré a adivinar el objeto que usted desea. Aspira usted a obtener la mano de la princesa Isota, y es una noble ambición. Siendo pariente del príncipe, está usted a salvo y tiene usted cogido al hombre. No le ocultaré que ese matrimonio con la princesa Isota le horroriza. Pero si confía usted sus asuntos a un hombre diestro y bien pagado, puede abrigarse alguna esperanza.

Yo, querido barón, no abrigaría esa esperanza; de antemano desmiento cuanto pueda usted decir en mi nombre; pero el día en que esa alianza ilustre vaya por fin a colmar mis deseos y a darme tan elevada posición, yo tendré gusto en ofrecer a usted trescientos mil francos de mi dinero, o bien aconsejar al príncipe que le conceda la merced que usted mismo prefiera.

El lector encuentra esta conversación demasiado larga. Y, sin embargo, le hemos ahorrado más de la mitad. Duró dos horas más. Rassi salió de casa del conde loco de felicidad; el conde quedó lleno de esperanzas de salvar a Fabricio y más decidido que nunca a presentar su dimisión. Pensaba que su privanza necesitaba robustecerse por medio de la presencia en el Ministerio de hombres como Rassi y el general Conti. Gozaba deliciosamente de una posibilidad, que acababa de entrever, de vengarse del príncipe. Que expulse,

si quiere, a la duquesa, exclamó; pero, ¡caramba!, habrá de renunciar a su esperanza de ser rey constitucional de Lombardia. (Esto era una ridícula fantasía, de la que el príncipe, hombre de talento, se había enamorado a fuerza de soñar con ella.)

El conde, lleno de alegría, corrió a casa de la duquesa a darle cuenta de su conversación con el fiscal. Encontró la puerta cerrada para él; el portero casi no se atrevía a confesar esa orden, dada por la misma duquesa. El conde regresó tristemente al palacio del Ministerio. La desgracia que acababa de sufrir, borraba por completo la alegría causada por la conversación con el confidente del príncipe. Sin ánimo para ocuparse de nada, el conde vagaba triste por su galería de cuadros, cuando recibió un billetito que decía:

"Puesto que es cierto, querido y buen amigo, que no somos ya más que amigos, vendrá usted a verme sólo tres veces por semana. Dentro de quince días reduciremos esas visitas, siempre caras a mi alma, a dos por mes. Si quiere usted agradarme, publique esta especie de ruptura. Si quiere usted devolverme casi todo el amor que le he profesado elija una nueva amiga. En cuanto a mí, tengo grandes deseos de divertirme; pienso ir mucho a sociedad, y hasta quizá encuentra un hombre de talento que me haga olvidar mis desgracias. Sin duda, como amigo, siempre tendrá usted el primer puesto en mi corazón; pero no quiero que se diga que mi actitud ha sido aconsejada por la prudencia de usted. Quiero, sobre todo, que se sepa bien que he perdido todo influjo sobre su ánimo. En suma, querido conde, usted ha de ser siempre, créalo mi más querido amigo, pero nunca otra

cosa. No conserve, se lo ruego, ninguna idea de que podamos volver a arreglarnos; todo está terminado. Cuente siempre con mi amistad.”

Este último golpe no pudo aguantarlo el valor del conde. Escribió una hermosa carta al príncipe presentando la dimisión de todos sus empleos, y se la mandó a la duquesa, con el ruego de hacerla llegar a palacio. Un momento después la volvió a recibir, rota en cuatro pedazos; en uno de los claros del papel habíase dignado escribir la duquesa: ¡No, mil veces no!

Difícil sería describir la desesperación del pobre ministro. Tiene razón, convengo en ello, pensaba a cada momento; mi omisión de las palabras proceso injusto es una horrible desgracia que acarreará quizá la muerte de Fabricio, la cual ocasionará la mía. Con el alma traspasada de dolor, el conde, que no podía presentarse en palacio sin ser llamado, escribió de su puño y letra el motu proprio nombrando a Rassi caballero de la Orden de San Pablo y confiriéndole la nobleza transmisible. El conde añadió un dictamen de media página exponiendo al príncipe las razones de estado que aconsejaban ese nombramiento. Halló una especie de melancólica alegría en hacer dos hermosas copias de ambos documentos y mandarlas ala duquesa.

Perdíase en conjeturas; trataba de adivinar cuál iba a ser el plan de conducta de la mujer a quien amaba. No lo sabe ella misma, decía; sólo hay una cosa cierta, y es que por nada del mundo faltará a las resoluciones que ha tomado. Lo que aumentaba su desgracia era que no podía encontrar censurable la conducta de la duquesa.

Me ha favorecido con su amor; cesa de quererme después de una falta, ciertamente involuntaria, pero que puede acarrear una consecuencia horrible; no tengo derecho a quejarme. Al día siguiente por la mañana supo el conde que la duquesa había vuelto a presentarse en sociedad; había estado la noche antes en todas las casas en donde se recibía. ¿Qué habría sucedido si se encuentran en el mismo salón? ¿Cómo hablarle? ¿Con qué tono dirigirle la palabra? Y, por otra parte, ¿cómo no hablarle?

El día siguiente fue un día fúnebre. Corría el rumor de que Fabricio iba a ser ejecutado. La ciudad se conmovió. Decíase además, que el príncipe, por consideración a su alcurnia, se había dignado decidir que le cortarían la cabeza.

-Yo soy quien lo mata -pensó el conde-. Ya no puedo pensar en volver a ver a la duquesa.

A pesar de tan sencillo razonamiento, no pudo por menos de pasar tres veces por su casa; aunque, para no ser visto, fue a pie. En su desesperación tuvo hasta el valor de escribirle. Había mandado llamar a Rassi dos veces; el fiscal no se había presentado. El bribón me traiciona, pensó el conde.

Al día siguiente, tres grandes noticias conmovían la alta sociedad y hasta la burguesía de Parma. La ejecución de Fabricio se afirmaba con más certeza que nunca; y como extraño complemento de esta noticia, la duquesa no parecía demasiado desesperada. Al parecer, la muerte de su joven amante le causaba una pena muy moderada; sin embargo, aprovechaba con arte infinito la palidez que le había dejado una indisposición bastante grave que le sobrevino el mismo

día de la detención de Fabricio. Los burgueses consideraban esos detalles como prueba de la sequedad de corazón de las clamorosas de la corte. Por decencia, sin embargo, y como sacrificio a los manes de Fabricio, había roto con el conde Mosca. ¡Qué inmoralidad!, decían los jansenistas de Parma. Pero ya la duquesa, ¡cosa increíble!, parecía dispuesta a escuchar los halagos de los jóvenes más guapos de la corte. Se notó, entre otras cosas extrañas, que había estado muy alegre en una conversación con el conde Baldi, el actual axtinte de la Raversi; había bromeado sobre los frecuentes viajes de Baldi al castillo de Velleja. La pequeña burguesía y el pueblo se indignaban de la muerte de Fabricio, que esta buena gente achacaba a los celos del conde Mosca. La sociedad cortesana también hablaba mucho del conde, pero para burlarse de él. La tercera gran noticia que hemos anunciado no era, en efecto, otra sino la dimisión del conde; todo el mundo se burlaba de un amante ridículo, que a los cuarenta y seis años sacrificaba una magnífica posición al dolor de verse abandonado por una mujer sin corazón, que desde hacía tiempo prefería a un jovenzuelo. Sólo el arzobispo tuvo el talento, o más bien la elevación de alma de comprender que el honor le impedía al conde seguir siendo primer ministro en un país en donde iba a ejecutarse, sin consultarle, a un joven protegido suyo. La noticia de la dimisión del conde tuvo por efecto curar de la gota al general Fabio Conti, como lo referiremos a se debido tiempo, cuando hablemos de la vida que el pobre Fabricio hacía en la fortaleza, mientras que toda la ciudad preguntaba qué hora iba a ser ejecutado.

A1 día siguiente, el conde vio a Bruno, el fiel agente que había mandado a Bolonia. El conde se enterneció al ver entrar a este hombre en su despacho. Recordó que cuando le mandó a Bolonia era aún casi feliz, porque aún estaba casi de acuerdo con la duques; Bruno volvía de Bolonia sin haber descubierto nada; no había podido encontrar a Ludovico, a quien el podestá de Castelnovo tenía encerrado en la cárcel de su aldea.

-Vuelva usted a Bolonia -dijo el conde a Bruno-; la duques no querrá perder el triste placer de averiguar detalles de la desgracia de Fabricio. Diríjase al sargento de guardias que manda el pueblo de Castelnovo Pero no -exclamó el conde interrumpiéndose-; marche al instante a Lombardia y distribuya dinero, mucho dinero, a todos nuestros corresponsales. Mi objeto es obtener d toda esa gente comunicados alentadores.

Bruno, que había comprendido muy bien la finalidad de s misión, se puso a escribir sus cartas de crédito. Estaba el conde dándole sus últimas instrucciones, cuando recibió una carta muy bien escrita, pero hipócrita y falsa; era el príncipe que le escribí como un amigo que escribe a otro para pedirle un favor. Había oído hablar de ciertos proyectos de retirada y suplicaba a su amigo el conde Mosca que conservase el Ministerio; se lo pedía en nombre de la amistad y de los peligros de la patria y se lo ordenaba como señor. Añadía que el rey de *** acababa de poner a su di posición os cordones de su Orden; que se quedaba con uno par él y enviaba el otro a su querido conde Mosca.

-¡Ese animal hace mi desgracia! -exclamó furioso el conde delante de Bruno, estupefacto-. Cree seducirme con las mismas frases hipócritas que tantas veces hemos arreglado juntos para caza a algún necio.

Rehusó el cordón que le ofrecían, y en su respuesta habló del estado de su salud, que no le dejaba sino muy poca esperanza de poder cumplir por mucho tiempo sus penosos deberes de ministro. Un momento después fue anunciado el fiscal Rassi, a quien trató como a un perro.

-¡Cómo! ¡Porque le he hecho noble empieza usted a insolentarse! ¿Por qué no vino usted ayer a darme las gracias, como era su estricto deber, señor bribón?

Rassi estaba muy por encima de los insultos; a diario los recibía del príncipe, pero como quería ser barón, justificóse con ingenio. Nada era más fácil.

-El príncipe me ha tenido todo el día clavado en la silla, sin poder salir de palacio. Su Alteza me ha mandado copiar con mi mala letra de procurador tantos documentos diplomáticos necios y verbosos, que en verdad creo que su único objeto era tenerme preso. Cuando por fin he podido despedirme, hacia las cinco, muerto de hambre, y de sed, me ha dado la orden de ir directamente a mi casa y de no salir en toda la noche. Y, en efecto, he visto a dos de sus espías particulares, a quienes conozco mucho, pasearse por mi calle hasta las doce de la noche. Esta mañana, en cuanto he podido, he mandado venir un coche, que me ha llevado hasta la puerta de la Catedral. He bajado del coche muy despacio, y luego a todo correr he atravesado la, iglesia, y heme aquí.

Vuestra Excelencia es en este momento el hombre a quien más deseo agradar.

-Y yo, señor bribón, no me dejo engañar por esos cuentos mejor o peor urdidos. Anteayer se ha negado usted a hablarme de Fabricio. He respetado sus escrúpulos y sus juramentos referentes al secreto, aun cuando los juramentos para un ser como usted no son más que maneras de escudarse. Hoy quiero saber la verdad. ¿Qué rumores ridículos son esos que condenan a muerte a ese joven como asesino del comediante Giletti?

-Nadie mejor que yo puede dar cuenta de esos rumores a Vuestra Excelencia, puesto que soy yo quien los ha puesto en circulación por orden del soberano. Y ahora caigo; quizá sea para impedir que viniera a decírselo a usted, por lo que me ha tenido preso todo el día de ayer. El príncipe, que no me tiene por loco, no podía dudar que yo vendría a traerle a usted mi cruz y a rogarle que mela pusiese usted mismo sobre mi pecho.

-A1 grano -exclamó el ministro-, y pocas frases.

-Sin duda alguna, bien quisiera el príncipe tener una sentencia de muerte contra el señor del Dongo; pero, como usted sabe, no tiene más que veinte años de prisión, conmutados por él mismo, al día siguiente de la sentencia, en doce de fortaleza con ayuno de pan y agua todos los viernes y otras prácticas religiosas.

-Porque sabia esta condena, me alarmaron los rumores de próxima ejecución que corrieron por la ciudad; me acuerdo de la muerte del conde Palanza, que usted escamoteó tan lindamente.

¡Entonces es cuando debí ganar la cruz! -exclamó Rassi sin desconcertarse-. Debí apretar el tornillo ya que lo tenía en la mano, y que nuestro hombre deseaba esa muerte a rabiar. Buen tonto fui entonces. Y como recuerdo aquello, me atrevo a aconsejar a Vuestra Excelencia que no me imite hoy. (La comparación le pareció al conde del peor gusto, y hubo de contenerse para no dar de puntapiés a Rassi.)

-En primer lugar -dijo éste con la lógica de un jurisconsulto y la perfecta seguridad de un hombre a quien ningún insulto puede ofender-, en primer lugar no puede de ningún modo ejecutarse a del Dongo; el príncipe no se atrevería; los tiempos han cambiado mucho. Además yo, y esperando que me haga usted barón, no me prestaría a ello. Ahora bien; sólo de mí, como sabe bien Vuestra Excelencia, puede el ejecutor recibir órdenes, y yo le juro a usted que el caballero Rassi no las dará contra del Dongo.

-Y hará usted bien -dijo el conde mirándole de arriba abajo con severidad.

-Distingamos -replicó Rassi sonriendo-. Yo soy partidario de las muertes oficiales; si el señor del Dongo se muriese de un cólico, no vaya usted a atribuirme su muerte. El príncipe está irritadísimo, no sé por qué, contra la Sanseverina (tres días antes Rassi habría dicho la duquesa, pero, como toda la ciudad, sabía la ruptura con el primer ministro).

A1 conde le chocó mucho la supresión del título en aquella boca, y puede figurarse el lector la gracia que le haría; lanzó a Rassi una mirada llena de odio. ¡Ángel mío, pensó, sólo obedeciendo ciegamente a tus órdenes, puedo manifestarte mi amor!

-Le confieso a usted -dijo al fiscal-, que no me tomo un interés muy grande en los diversos caprichos de la señora duquesa; sin embargo, como ella me había presentado a ese pícaro de Fabricio, que hubiera podido quedarse en Nápoles y no venir aquí a enredar nuestras asuntos, tengo empeño en que no muera siendo yo ministro. Le doy a usted mi palabra de honor de que será usted barón en los ocho días que sigan a su salida de la prisión.

-En tal caso, señor conde, no seré barón hasta dentro de doce años, pues el príncipe está furioso y su odio contra la duquesa es tan fuerte que trata de ocultarlo.

-Su Alteza se preocupa demasiado. ¿Qué necesidad tiene de ocultar su odio, puesto que su primer ministro ya no protege a la duquesa? Pero no quiero que puedan acusarme de maldad y sobretodo de celos; yo soy quien ha traído a la duquesa a Parma. Si Fabricio muere en la prisión, no habrá para usted la baronía, pero sí quizá una puñalada. Pero dejemos esa bagatela: el hecho es que he contado mi fortuna y no he encontrado ni siquiera 20.000 francos de renta. Así, pues, tengo el proyecto de presentar humildemente mi dimisión al soberano. Abrigo alguna esperanza de entrar al servicio del rey de Nápoles: esta gran ciudad me proporcionará distracciones, que ahora necesito y que no puedo encontrar en un rincón como Parma. No me quedaré, pues, a no ser que obtenga la mano de la princesa Isota, etc., etc.

La conversación fue larguísima en este sentido. Rassi se levantaba ya y el conde le dijo con tono indiferente:

-Sabe usted que se ha dicho que Fabricio me engañaba, en el sentido de que era uno de los amantes de la duquesa.

No acepto este rumor, y para desmentirlo quiero que procure usted que esta bolsa llegue a manos de Fabricio.

-Pero, señor conde -dijo Rassi aterrado y mirando la bolsa-. Hay aquí una suma enorme, y los reglamentos...

-Para usted, querido, puede ser enorme -replicó el conde en el tono del mayor desprecio-; un burgués como usted, si envía a un amigo que está en prisión diez monedas de oro, cree que se arruina. Yo quiero que Fabricio reciba estos 6.000 francos, y sobre todo que en palacio no se sepa nada de este envío.

Como Rassi, temeroso, quería replicar, el conde le empujó hacia a fuera y cerró la puerta con impaciencia. Esta gente, pensó, ve el poder donde ve la insolencia. Dicho esto, este gran ministro se entregó a una acción tan ridícula que nos cuesta trabajo relatarla. Corrió a su mesa y cogió un retrato en miniatura de la duquesa, cubriéndolo de besos apasionados. ¡Perdón, ángel mío, exclamó; perdón por no haber tirado por la ventana a ese bribón que se atrevió a hablar de ti con un matiz de familiaridad; si obro con este exceso de paciencia es por obedecerte! Pero ya llegará su hora.

Habiendo mantenido una larga conversación con el retrato, el conde sintió su corazón muerto en el pecho; se le ocurrió la idea de una acción ridícula y la realizó en seguida con infantil premura. Se puso un uniforme lleno de cruces y de placas y se fue a hacer una visita a la vieja princesa Isota. Nunca se había presentado a ella más que en la fiesta de primero de año. La encontró vestida con traje de corte, alhajada con todas sus joyas, incluso los diamantes, y rodeada de sus perrillos. El conde manifestó el temor de perturbar

los proyectos de Su Alteza, quien iba sin duda a salir. Pero la Alteza respondió al ministro que una princesa de Parma debía a su alto rango el estar siempre así ataviada. Por vez primera, desde su desgracia, el conde sintió un movimiento de alegría. He hecho bien en presentarme aquí; ahora mismo voy a hacer mi declaración. La princesa estaba encantada de ver en su casa a un hombre de tanto talento y primer ministro; la pobre vieja no estaba muy acostumbrada a tales visitas. El conde empezó con un prólogo hábil referente a la distancia inmensa que siempre separa a un simple hidalgo de los miembros de una familia reinante.

-Hay que hacer una distinción -dijo la princesa-. La hija de un rey de Francia, por ejemplo, no tiene esperanza alguna de llegar a la corona. Pero las cosas no son así en la familia de Parma. Por eso nosotros, los Farnesio, debemos siempre guardar una cierta dignidad exterior. Y yo, pobre princesa, tal como usted me ve, no puedo decir que sea en absoluto imposible que un día sea usted primer ministro mío.

Esta idea, por lo que tenía de extraño y de imprevisto, proporcionó al conde otro momento perfectamente jocoso.

A1 salir de la casa de la princesa Isota, que se había puesto muy colorada al oír la declaración que le hizo el primer ministro, éste se encontró con un mensajero de palacio; el príncipe le mandaba llamar sin demora.

-Estoy enfermo -respondió el ministro, encantado de poder fastidiar a su príncipe.

¡Ah! ¡Me irritas, exclamó furioso, y luego quieres que te sirva! Pues sabed, príncipe mío, que ya en este siglo no basta

haber recibido el poder de la Providencia; se necesita mucho talento y un gran carácter para conseguir ser un déspota.

Habiendo despedido al mensajero de palacio, muy escandalizado de la perfecta salud del enfermo, el conde pensó que sería gracioso ir a ver a los dos hombres que en la corte tenían más influencia y con el general Fabio Conti. Lo que más que nada hacía temblar al ministro y le quitaba todos sus arrestos, era el recuerdo de que al gobernador de la fortaleza le acusaban de haberse librado antaño de un capitán, enemigo personal suyo, por medio de la aguetta de Perusa.

Sabía el conde que la duquesa gastaba cantidades locas para buscarse inteligencias en la fortaleza; pero, a su parecer, había poca esperanza de éxito; todo el mundo tenía todavía los ojos muy abiertos. No relataremos las tentativas de corrupción en que se empeñó esa mujer desgraciada. Estaba desesperada. Agentes de todas clases, perfectamente fieles, la secundaban. Pero en las pequeñas cortes, absolutas sólo una cosa se hace bien: la vigilancia de los presos políticos. El oro de la duquesa no tuvo otro resultado que la expulsión de la fortaleza de ocho o diez hombres de todas las graduaciones.

XVIII

Así, pues, a pesar de su absoluta devoción por el preso, la Duquesa y el primer ministro no habían podido hacer gran cosa e su favor. El príncipe estaba furioso, la corte y el público picado contra Fabricio y encantados de verle desgraciado; había sido demasiado feliz. A pesar de tirar el oro a manos llenas, la duquesa n adelantaba nada en el sitio de la fortaleza. No pasaba día sin que la marquesa Raversi o el caballero Riscara mandasen algún aviso general Fabio Conti para robustecer su vigilancia.

Ya hemos dicho que el día de su detención, Fabricio fue conducido primero al palacio del gobernador. Es ésta una pequeña y preciosa construcción del siglo anterior, hecha según dibujos de Vanvitelli y colocada a ciento ochenta pies de altura sobre la plataforma de la inmensa torre redonda. Desde las ventanas de este palacete, aislado sobre el lomo de la enorme torre como la giba d un camello, veía Fabricio el campo y a lo lejos los Alpes. Podía seguir con la vista, al pie de la fortaleza, el curso del Parma, muy torrencial que hace

un recodo, a cuatro leguas de la ciudad y afluye en el Po. Más allá de la orilla izquierda de este río, que formaba como una serie de numerosas manchas blancas en el campo verde su mirada percibía encantada todas las cimas del muro inmenso que forman los Alpes en el norte de Italia. Estas cimas, cubierta siempre de nieve, aún en el mes de agosto, que era entonces, da a las campiñas ardientes como una especie de frescura imaginad: La mirada puede escrutar hasta los menores detalles de las montañas, que, sin embargo, están a más de treinta leguas de la fortaleza de Parma. La vista tan extensa que se abarca desde el palacio de gobernador, queda interceptada al sur por la torre Farnesio, e donde se estaba preparando apresuradamente una habitación par Fabricio. Esta segunda torre fue levantada, como el lector recordar quizá, sobre la plataforma de la torre mayor, en honor de un príncipe heredero, quien, muy indiferente de Hipólito, hijo de Teseo no supo rechazar las cortesías de una joven madrastra. La princesa murió en pocas horas y el hijo del príncipe recobró su libertad diecisiete años más tarde, subiendo al trono a la muerte de su padre. Esta torre Farnesio, adonde tres cuartos de hora después subió Fabricio, es por fuera muy fea; se eleva unos cincuenta pies sobre la plataforma de la torre grande y está llena de pararrayos. Aquel príncipe, quejoso de su mujer, que construyó esta prisión visibles desde todas partes, tuvo la pretensión extraña de convencer a sus súbditos de que ya existía desde hacía muchos años; por eso le impuso el nombre de Torre Farnesio. Estaba prohibido hablar de esta construcción, aunque desde todos los sitios de la ciudad de Parma y de la llanura véase perfectamente a

los albañiles poner las piedras que componen este edificio pentagonal. Con el fin de demostrar que era vieja, se colocó encima de la puerta, que tenía dos pies de ancho y cuatro de alto, un magnífico bajorrelieve que representa a Alejandro Farnesio, el célebre general, obligando a Enrique IV a alejarse de París. Esta torre Farnesio, colocada en sitio tan visible, se compone de una planta baja larga de noventa pies y ancha en proporción, toda llena de columnas achaparradas; esta pieza de tan desmedida amplitud no tiene, en cambio, más que quince pies de altura. En ella se halla aposentado el cuerpo de guardia y de en medio arranca la escalera dando vueltas alrededor de una columna. La escalera es pequeña, de hierro, muy ligera, tiene unos dos pies de ancho y está construida en filigrana. Por esta escalera, que se cimbreaba con el peso de los carceleros, llegó Fabricio a unas amplias habitaciones de más de veinte pies de altura, que constituían un magnífico primer piso. Antaño estuvieron lujosamente amuebladas para el joven príncipe, que pasó en ellas los mejores años de su vida. A un extremo de este primer piso, enseñáronle al nuevo preso una capilla magnífica, cuyos muros y cuya bóveda estaban por completo revestidos de mármol negro; unas columnas, también negras y de nobles proporciones, están colocadas en fila a lo largo de los muros, sin tocarlos; estos muros adornan los numerosas calaveras de mármol blanco, de proporciones colosales, de elegante talla y puestas sobre dos huesos cruzados. ¡Qué no inventará el odio impotente!, pensó Fabricio. ¡Qué demonio de idea el enseñarme esto!

Otra escalera, también de hierro y ligerísima, dispuesta alrededor de una columna, conduce al segundo piso de la prisión. Hay en él unas habitaciones de unos quince pies de altura, en cuyo arreglo el general Fabio Conti venía dando, desde hacía un año, las mejores pruebas de su ingenio. Lo primero que hizo fue poner fuertes rejas a las ventanas de esas habitaciones, ocupadas antaño por los criados del príncipe; esas ventanas están a más de treinta pies de altura sobre las losas de piedra que forman la plataforma de la torre grande. A esas habitaciones, que tienen cada una dos ventanas, se llega por un corredor muy oscuro, situado en el centro de la construcción. En este corredor muy estrecho, vio Fabricio tres puertas de hierro formadas con barrotes enormes que llegaban hasta la bóveda. Con los planos, cortes y perfiles de estos hermosos inventos, consiguió el general, durante dos años, una audiencia semanal de su señor. Un conspirador recluido en uno de esos cuartos no podría quejarse a la opinión de ser tratado inhumanamente, y sin embargo le sería imposible comunicarse con nadie en el mundo ni hacer el menor movimiento sin ser oído. El general había mandado poner en cada cuarto unas gruesas vigas de roble, que formaban como unos bancos de tres pies de altura. Aquí viene ahora su invento principal, el que le daba derecho al Ministerio de Policía. Sobre esos bancos había establecido una especie de cabaña de tablas, muy sonora, de diez pies de altura y que no tocaba al muro más que por el lado de las ventanas. Por los otros tres lados formaba como un pequeño corredor, ancho de cuatro pies, entre el primitivo muro de la cárcel, hecho de enormes sillares y la pared de madera de la

cabaña. Esta pared componíase de cuatro gruesas tablas de nogal, encina y pino, sólidamente unidas por pernos de hierro y « innumerables clavos.

Fabricio fue introducido en uno de estos cuartos, contruidos el año antes, obra maestra del general Fabio Conti. Ese cuarto había recibido el nombre de Obediencia pasiva. Fabricio corrió a las ventanas. La vista que se abarcaba desde estas ventanas enrejadas era sublime; solo un punto del horizonte quedaba oculto, hacia el noroeste, por el techo del palacete del gobernador. Este palacio no tenía más que dos pisos; en la planta baja estaban las oficinas del Estado Mayor. Los ojos de Fabricio fueron en seguida atraídos hacia una de las ventanas de una habitación del segundo piso, en donde se veían muchos pájaros de todas clases metidos en preciosas jaulas. Divertíase Fabricio oyéndoles cantar su saludo a los últimos rayos del crepúsculo vespertino, mientras que los carceleros iban y venían en su derredor. Esta ventana de la pajarera estaba frente a una de las suyas, a unos veinticinco pies de distancia, y como se hallaba cinco o seis pies más abajo, podía Fabricio dominar la pajarera con su mirada.

Había luna aquella noche, y en el momento en que Fabricio entraba en su prisión, salía majestuosa por el horizonte a la derecha, encima de los Alpes, hacia Treviso. No eran más que las ocho y media de la noche, y en la otra extremidad del horizonte, por i lado de poniente, un brillante crepúsculo anaranjado dibujaba perfectamente el perfil del monte Viso y el de los otros picos de los Alpes que van de Niza al monte Cenis y a Turín. Sin pensar en s desgracia,

Fabricio estaba conmovido y arrebatado por este sublime espectáculo. En este mundo encantador, pensaba, vive Clelia Conte ella, con su alma seria y pensativa debe gozar más que otro de esta vista hermosa. Aquí se está como en un monte solitario, a cien leguas de Parma. Después de pasarse dos horas en la ventana admirando el horizonte que hablaba a su alma, y deteniéndose a menudo también a mirar el palacio del gobernador, Fabricio exclamó de pronto: Pero ¿es esto una prisión? ¿Es esto lo que tanto temía? El lugar de ver a cada paso motivos de desagrado y de pena, nuestro héroe se encantaba considerando las delicias de la prisión.

De pronto su atención fue violentamente traída a la realidad por un ruido formidable; su cuarto de madera, muy parecido a un jaula y muy sonoro, experimentaba violentas sacudidas; oíanse ladridos de perro y unos gritos agudos muy singulares. ¿Qué es esto pensó Fabricio, ¿voy a poder escaparme tan pronto? Un momento después reía como quizá nunca se ha reído nadie en una cárcel. Por orden del general había subido con los carceleros un perro inglés, muy fiero, que servía de guardia a los oficiales importantes; este perro debía pasar la noche en el espacio ingeniosamente preparado alrededor de la jaula de Fabricio. El perro y el carcelero tenían que dormir en el hueco de tres pies de altura que daba entre las losas de piedra del suelo primitivo y la tarima de madera, sobre la cual el preso no podía dar un paso sin ser oído.

Pero, cuando llegó Fabricio, el cuarto de Obediencia pasiva estaba ocupado por un centenar de ratas enormes, que echaron a correr en todas direcciones. El perro, especie de

sabueso cruzado de inglés, no era hermoso, pero en cambio se mostró alerta. Lo había atado sobre el suelo de piedra, debajo de la tarima de madera; pero cuando sintió a las ratas que pasaban a su lado hizo tan extraordinarios esfuerzos, que consiguió sacar la cabeza del collar. Entonces tuvo lugar esa admirable batalla, cuyo estruendo despertó a Fabricio de sus ensueños tan poco tristes. Las ratas que pudieron escapar de la primera dentellada se refugiaron en el cuarto de madera, y el perro corriendo tras ellas subió los seis escalones que iban desde el suelo de piedra a la cabaña de Fabricio. Entonces empezó a sonar un ruido mucho más espantoso; la cabaña se conmovía toda Fabricio reía como un loco y lloraba de risa. El carcelero Grillo que no reía menos, había cerrado la puerta, y el perro corría las ratas sin ningún estorbo, porque en el cuarto no había mueble sólo una estufa de hierro en un rincón podía entorpecer los saltos del perro cazador. Cuando el perro hubo triunfado de todos : enemigos, Fabricio lo llamó, lo acarició y consiguió agradecerle. alguna vez éste me ve saltar un muro, pensó, no ladrará. Pero esa política refinada era una pura bravata; en el estado de ánimo que se hallaba, cifraba su felicidad en jugar con el perro. Por extraño fenómeno del que se daba cuenta, una secreta alegría reinaba en el fondo de su alma.

Cuando se hubo cansado de correr con el perro:

-¿Cómo se llama usted? -dijo Fabricio al carcelero.

-Grillo, para servir a Vuestra Excelencia en todo cuanto el reglamento permita.

-Pues bien, mi querido Grillo, un tal Giletti quiso asesinar en medio de la carretera; me defendí y lo maté; volvería

a mata: si se repitiera el caso. Bueno; pues tengo la intención de pasar alegremente la vida mientras sea su huésped. Pida usted permiso a ; jefes y vaya a traerme ropa blanca del palacio Sanseverina; además compre usted mucho vino de Asti.

Es un vino espumoso, bastante bueno, que se fabrica en P monte, en la patria de Alfieri, y que es muy estimado, sobre todo por la clase de aficionados a que pertenecen los carceleros. Ocho diez de estos señores ocupábanse en trasladar al cuarto de madera de Fabricio algunos muebles antiguos muy dorados, que sacaron primer piso de las habitaciones del príncipe. Todos oyeron y conservaron religiosamente en su memoria las palabras referentes vino de Asti. A pesar de todo cuanto se hizo, la instalación de Fabricio para aquella primera noche fue malísima. Mas nada pare chocarle, como no fuera la falta de una botella de buen vino.

-Éste parece un buen chico -dijeron los carceleros al irse-; hay más que pedir, sino que los señores le dejen tener dinero .

Cuando se quedó solo y se repuso un poco de todo aquel trajín ¿es posible, pensó, que esto sea una cárcel? Y miraba el horizonte inmenso, desde Treviso al monte Viso, las montañas, los picos llenos de nieve, las estrellas, etcétera. ¿Y ésta es una primera noche prisión? Comprendo que Clelia lo pase bien en esta soledad aérea. Aquí está uno a mil leguas por encima de las mezquindades y las maldades de abajo. Si esos pájaros que hay ahí en esa venta son suyos, la veré... ¿Se pondrá colorada al verme? Discutiendo consigo mismo esta grave cuestión durmióse el preso a una hora muy avanzada de la noche.

Al día siguiente, después de esta primera noche, durante la cual Fabricio no sintió ni un momento de impaciencia, nuestro héroe quedó reducido a la sociedad de Fox, el perro inglés, pues aunque Grillo, el carcelero, le ponía buena cara, sin embargo había recibido al orden de no hablar al preso y no traía ni ropa ni vino.

¿Veré a Clelia?, pensó Fabricio al despertarse. ¿Son de ella esos pájaros? Los pájaros empezaban a lanzar sus primeros cantos, y en esta región tan elevada era éste el único ruido que se oía en el aire. El amplio silencio que reinaba en esta altura produjo en Fabricio una sensación llena de novedad y de placer. Escuchaba encantado los pequeños gorjeos interrumpidos y llenos de vida con que sus vecinos los pájaros saludaban el nuevo día. Si le pertenecen, podré verla un momento en esa habitación, debajo de mi ventana. Y mientras examinaba las inmensas sierras alpinas, frente a las cuales la fortaleza de Parma parecía alzarse como una estribación primera, sus miradas bajaban a cada instante hacia las magníficas jaulas de madera de naranjo y de caoba, con alambre dorado, que estaban en medio de la habitación clara y alegre que servía de pajarea. Lo que Fabricio no supo hasta más tarde, es que este cuarto era el único del segundo piso del palacio, que tenía sombra desde las once hasta las cuatro de la tarde; la torre Farnesio se la proporcionaba.

¡Cuál no va a ser mi pena, pensó Fabricio, si en lugar de la fisonomía modesta y pensativa que espero y que acaso se sonroje un poco al advertirme, veo llegar la faz ordinaria y gorda de alguna camarera encargada de cuidar los pájaros! Pero si veo a Clelia, ¿se dignará mirar hacia aquí? Pues bien;

tendré que cometer indiscreciones para ser visto. Mi situación ha de tener algún privilegio, y además aquí estamos solos los dos y ¡tan lejos del mundo! Soy un preso; por lo visto soy lo que el general Conti y otros miserables de esa ralea llaman un subordinado... Pero si ella tiene tanto talento o, mejor dicho, tanta alma como supone el conde, acaso desprecie el oficio de su padre; ésta será quizá la causa de su melancolía. ¡Noble motivo de tristeza! Pero, después de todo, yo no soy para ella lo que se llama un extraño. ¡Con qué gracia llena de modestia ha saludado ayer tarde! Me acuerdo muy bien de que cuando nos encontramos cerca de Como le dije: Un día iré a ver los hermosos cuadros de Parma: ¿se acordará usted del nombre de Fabricio del Dongo? ¿Lo habrá olvidado? ¡Eran tan joven entonces!

Pero, a propósito, dijo Fabricio extraño e interrumpiendo de pronto el hilo de sus pensamientos, no se me ocurre irritarme. ¿Seré de esos grandes corazones de los que sólo la antigüedad ha dado al mundo algunos ejemplos? ¿Seré un héroe sin saberle !Cómo! ¡Yo, que tanto miedo tenía de la cárcel, estoy en ella y n me acuerdo de que debo entristecerme! Es cosa de pensar realmente que el miedo ha sido cien veces mayor que el daño. ¡qué! ¿Necesito razonar para afligirme de estar en esta prisión que, como dice Blanes, lo mismo puede durar diez años que diez meses? ¿No se la novedad de esta situación la que me distrae y me hace estar alegre? ¡Quizá este buen humor, tan poco razonable y tan independiente de mi voluntad, cese de pronto, y acaso en un instante ir hunda en la negra desventura que debiera estar ya atenazando n corazón!

En todo caso, es cosa bien extraña estar en la cárcel y tener que amonestarse para estar triste. A fe mía, vuelvo a mi primera suposición: quizá sea que tengo un gran carácter.

Los sueños de Fabricio fueron interrumpidos por el carpintero de la fortaleza, que venía a tomar medida de unas pantallas par las ventanas. Era la primera vez que esta prisión entraba en use y se habían olvidado de completarla con tan especial artefacto.

¡Así, pues, pensó Fabricio, voy a estar privado de esa vista sublime! Y se esforzaba en sentir pena por esa privación.

-¿Y qué -exclamó de pronto dirigiéndose al carpintero-, y no volveré a ver los preciosos pajaritos?

-¡Ah, los pájaros de la señorita, que ella quiere tanto! -dijo el hombre con aire bondadoso-; desaparecerán, se eclipsarán, como todo lo demás.

Estaba prohibido hablar con el preso, y la prohibición refería al carpintero tan estrictamente como a los carceleros. Pero aquel hombre sentía conmiseración por la juventud del preso. Le explicó que esas enormes pantallas, colocadas en las ventanas, iban apartándose del muro de abajo arriba, de tal suerte que sólo dejaba: a los detenidos la vista del cielo. Hacen esto por la moral, dijo c carpintero, para que aumente la saludable tristeza del detenido sienta en su alma el deseo de corregirse. El general, añadió, ha pensado también que era mejor sustituir los cristales de la ventana por papel untado en aceite.

A Fabricio le gustó mucho el tono epigramático de esta conversación, tono rarísimo en Italia.

-Yo quisiera tener un pájaro para distraerme. Los pájaros m gustan con locura. Compre usted uno para mí a la doncella de 1 señorita Clelia Conti.

-¡Cómo! ¿La conoce usted? -exclamó el carpintero-. Dices usted muy bien su nombre.

-¿Quién no ha oído hablar de esa célebre belleza? He tenido el honor de encontrarla varias veces en la corte.

-La pobre señorita se aburre mucho aquí -añadió el carpintero-; se pasa la vida con sus pájaros. Esta mañana acaba de comprar unos hermosos naranjos que se han puesto por orden suya en la puerta de la torre, debajo de las ventanas de este cuarto. Sino fuera por la cornisa, podría usted verlos.

En esa respuesta había palabras de inestimable valor para Fabricio; encontró un modo delicado de dar algún dinero al carpintero.

-Cometo dos faltas a la vez le dijo ese hombre. Hablo a Vuestra Excelencia y tomo dinero. Pasado mañana, cuando vuelva a poner las pantallas, tendré un pájaro en el bolsillo, y si no estamos solos haré como que se me escapa. Si puedo, le traeré a usted un libro de oraciones. Mucho debe usted sufrir de no poder decirlos oficios divinos.

Así, pues, dijo Fabricio cuando estuvo solo, esos pájaros son de ella, pero dentro de dos días ya no los verá. Mientras así pensaba, su mirada tomó un tinte de aflicción. Pero al fin su alegría fue inexpresable cuando después de esperar y de mirar tanto, vio hacia las doce a Clelia que venía a cuidar sus pájaros. Fabricio se quedó inmóvil, sin respirar; estaba de pie, pegado a los enormes barrotes de la ventana. Notó que Clelia no levantaba la vista hacia él; pero sus movimientos

parecían turbados, indecisos, como los de quien sabe que le están mirando. Aunque ella quisiera, la pobre muchacha no hubiera podido olvidar la sonrisa tan fina que había visto dibujarse en los labios del preso la víspera, en el momento en que los policías lo llevaban del cuerpo de guardia.

Aunque, según toda apariencia, estaba cuidadosamente atenta todos sus actos, púsose colorada muy sensiblemente al acercarse a la ventana de la pajarera. El primer pensamiento de Fabricio, pegado a los barrotes de la ventana, fue entregarse a la puerilidad de golpearlos con la mano, lo cual produciría un leve ruido. Pero la idea de tamaña falta de delicadeza le horrorizó. Merecería, pensó, que durante ocho días enviara a su doncella a cuidar los pájaros. Esta idea delicada no se le hubiera ocurrido a Fabricio en Nápoles o en Novara.

Seguía la con mirada de fuego. De seguro, decía, que va a irse sin dignarse volver los ojos hacia esta pobre ventana, y, sin embargo, está bien enfrente. Pero al volver del fondo del cuarto, que Fabricio por su posición más elevada vela todo, Clelia no pudo dominarse y miró de soslayo, sin detenerse. Fue lo bastante para que Fabricio se creyese autorizado a saludarla. ¿No estamos aquí solos en el mundo?, dijo para sí como alentándose. Al ver este saludo, la joven permaneció inmóvil y bajó la vista. Luego Fabricio vio que alzaba lentamente los ojos, y haciendo un evidente esfuerzo, saludó al preso con un movimiento grave y distante. Pero no pudo imponer silencio a sus ojos, que sin darse ella probablemente cuenta, expresaron en un momento la más viva conmisericordia. Fabricio advirtió que enrojecía, hasta el punto de que el

tinte rosa de la cara se corrió rápidamente hasta los hombros, que llevaba descubiertos por el calor, habiéndose echado atrás el chal de encaje negro que trata. La involuntaria mirada con que Fabricio contestó al saludo, aumentó la turbación de la muchacha. ¡Qué feliz sería la pobre mujer, decía ella para sí, pensando en la duquesa, si tan sólo un instante pudiera verlo como yo lo veo!

Fabricio tuvo alguna esperanza de saludarla otra vez a su salida. Pero para evitar esta nueva cortesía, Clelia hizo una sabia retirada, deteniéndose de jaula en jaula, como si los últimos pájaros que tuviese que cuidar fueran los que estaban más cerca de la puerta. Salió por fin; Fabricio se quedó inmóvil mirando la puerta por donde había desaparecido; era otro hombre.

Desde este momento, el único objeto de sus pensamientos fue discurrir cómo podría seguir viéndola a pesar de la horrible pantalla que se iba a poner en la ventana que daba al palacio del gobernador.

La noche anterior, antes de acostarse, se había impuesto el trabajo fastidioso de esconder la mayor parte del oro que tenía, en varios agujeros, que habían hecho las ratas en su habitación de madera. Esta noche voy a esconder mi reloj. He oído decir que con paciencia, un resorte de reloj mellado puede cortar la madera y aun el hierro. Podré, pues, aserrar la pantalla. La labor de esconder el reloj duró muchas horas, no le pareció larga; pensaba en los diferentes modos de conseguir su propósito y en lo que sabía de carpintería. Si me las arreglo bien, decía, podré cortar en la madera de la pantalla un pedazo cuadrado, hacia la parte más baja; quitaré y pon-

dré el pedazo, según las circunstancias; daré todo lo que tengo a Grillo para que haga como que no advierte esta manobra. Toda la felicidad de Fabricio dependió desde este momento, de la posibilidad de ejecutar ese trabajo y no pensaba en otra cosa. Si consigo sólo verla, soy feliz... No, añadió, hace falta también que ella vea que la veo. Durante toda la noche tuvo llena la cabeza de inventos de carpintería, y no pensó quizá ni una sola vez en la corte de Parma, en la ira del príncipe, etc., etc. Hemos de confesar que tampoco pensó en lo que debía sufrir la duquesa. Esperaba impaciente la llegada del nuevo día. Pero no fue el mismo carpintero el que volvió; por lo visto en la prisión lo tenían por liberal. Mandaron a otro de cara adusta, que contestó con gruñidos de mal agüero a todas las frases que Fabricio inventaba para agradarle. Algunos de los numerosos intentos de la duquesa para traba; correspondencia con Fabricio habían sido descubiertos por los agentes de la marquesa Raversi, que avisaba todos los días al general Fabio Conti y, lo tenía atemorizado y vigilante, picándole el amor propio. Cada ocho horas, seis soldados de guardia se relevaban en la sala de las cien columnas de la planta baja; además, el gobernador puso un carcelero delante de cada una de las tres puertas de hierro que daban al corredor, y el pobre Grillo, el único que veía al prisionero, fue condenado a no salir de la torre Farnesio más que cada ocho días, cosa que le contrarió mucho. Dejó ver su malhumor a Fabricio, quien tuvo el talento de no contestarle más que diciendo:

-Mucho vino de Asti, amigo mío -y le dio dinero.

-Pues bien, incluso ese consuelo de todos los males - exclamó Grillo indignado y en voz tan baja que apenas si el mismo preso podía oírlo-, nos prohíben admitirlo; yo debiera regarme a tomar dinero, pero lo tomo. Pero es en balde para usted, porque no puedo decirle nada de nada. ¡Vaya!, es preciso que sea usted un gran culpable, porque por su causa está la fortaleza toda revuelta. Las cosas de la señora duquesa han servido ya para expulsar a tres de nosotros.

¿Estará lista la pantalla antes de las doce? Esta fue la gran cuestión que preocupó a Fabricio durante toda la larga mañana. Contaba los cuartos de hora en el reloj de la fortaleza. Por fin al darlos tres cuartos para las doce, todavía no había llegado la pantalla. Clelia apareció en la pajarera. La cruel necesidad había aumentado tanto la audacia de Fabricio, y el peligro de no volverla a verle parecía tan sumamente grande, que se atrevió a mirar a Clelia haciendo con la mano el gesto de aserrar la pantalla. Pero en cuanto la joven vio ese gesto tan sedicioso en una cárcel, saludó a medias y se retiró.

¡Cómo!, pensó Fabricio extrañado. ¿Será tan poco razonable que estime como una familiaridad ridícula ese gesto dictado por la más imperiosa necesidad? Yo quería rogarle que, al venir a cuidar sus pájaros, se dignase siempre mirar hacia la ventana de la prisión aun cuando la viera oculta por el enorme paño de madera. Quería indicarle que iba a hacer todo lo posible por conseguir verla. ¡Dios mío! ¿Irá a no venir mañana por causa de mi gesto indiscreto? Est temor que quitó a Fabricio el sueño, se realizó por completo. Al día siguiente, a las tres de la tarde, Clelia no se había presentado, cual do acabaron de poner delante de las ventanas de Fabri-

cio las de enormes pantallas de madera. Las diferentes piezas las habían subido desde la explanada de la torre por medio de cuerdas y de poleas atadas por fuera a los barrotes de las ventanas. Oculta detrás de una persiana de sus habitaciones Clelia había visto acongojado todo lo que hacían los obreros; había comprendido muy bien la inquietud mortal de Fabricio, pero conservó bastante valor para cumplir la promesa que se había hecho a sí misma.

Clelia era una pequeña sectaria, entusiasta del liberalismo; en su juventud primera había tomado en serio todas las conversaciones de liberalismo que oía en la sociedad de su padre, quien sólo pensaba en hacerse una posición. De ahí habían arrancado sus meditaciones y sentía un desprecio profundo, casi horror, hacia el carácter flexible del cortesano; ésta fue la causa de su antipatía por el matrimonio. Desde que había llegado Fabricio sentía gran desremordimiento. ¡He aquí, pensaba, que mi indigno corazón pone de parte de los que quieren hacer traición a mi padre! Es joven se atreve a hacerme el ademán de aserrar una puerta.. ¡Pero, añadió en seguida con el alma traspasada de dolor, toda la ciudad habla de su próxima muerte! Mañana será quizá el día fatal. Con los monstruos que nos gobiernan ¿qué hay en el mundo imposible? ¡Qué dulzura, qué heroica serenidad brilla en esos ojos que acaso se cierran mañana para siempre! ¡Dios mío! ¡Cuál será la congoja de la duquesa! ¡Dicen que está desesperada! Y en su lugar, apuñalaba al príncipe, como la heroica Carlota Corday.

Durante su tercer día de cárcel, Fabricio sintió hervir la cólera en su pecho; pero el motivo de esa cólera no era otro

que no haber visto a Clelia. Así como así, hubiera debido decirle que la amaba; exclamó; pues había llegado a descubrir ese sentimiento. No, no por grandeza de alma por lo que no pienso en la cárcel y desmiente la profecía de Blanes: no merezco tanto honor. Pienso sin cesar, en esa mirada de dulce conmiseración que Clelia dejó caer sobre mí cuando los esbirros me llevaban; esa mirada ha borrado toda n vida pretérita. ¡Quién me había de decir que iba a encontrar ese ojos en este lugar, en el momento mismo en que mi vista se de honraba, al ver la cara de Barbone y del señor gobernador! En m dio de tanta vileza se me apareció el cielo. ¿Y cómo no voy a amar la belleza y a tratar de volverla a ver? No, no es por grandeza d alma por lo que me dejan frío las mil pequeñas vejaciones de la cárcel. La imaginación de Fabricio, que recorría rápida todas las posibilidades, llegó a pensar en la de ser puesto en libertad. Sin duda la amistad de la duquesa hará milagros en mi favor. Pues bien, es lo cierto que si tuviera que darle las gracias por mi libertad, lo haría de labios afuera. Estos lugares no son de los que se vuelven a ver. ¡Si me sacan de la prisión y vuelvo a la sociedad en donde tan separados estamos uno de otro, ya no veré casi nunca a Clelia! Y en realidad, ¿qué daño me hace la prisión? Si Clelia se dignase no extremar conmigo su cólera, ¿qué podría yo pedirle al cielo?

Durante la noche de ese día, transcurrido sin ver a su preciosa vecina, tuvo la idea magnífica de emplear la cruz de hierro del rosario que reparten a los presos al entrar, para intentar, con éxito, agujerear la pantalla. Esto es acaso una imprudencia, dijo antes de empezar, porque los carpinteros

han dicho delante de mí que mañana van a venir los pintores, y ¿qué dirán si se encuentran con que la pantalla está agujereada? Pero si no cometo esta imprudencia no podré verla mañana. Y ¿por culpa mía voy a estarme un día sin verla, cuando además se fue ayer enfadada? La imprudencia de Fabricio obtuvo su recompensa; después de quince horas de trabajo vio a Clelia y para colmo de felicidad, la muchacha no creyendo que podía verla Fabricio, permaneció mucho rato inmóvil, con la mirada fija en la inmensa pantalla. Fabricio tuvo tiempo de sobra para leer en sus ojos la más tierna conmiseración. Hacia el final de su estancia en la pajarera, olvidaba Clelia visiblemente los cuidados que debía a sus pájaros, para estarse minutos enteros contemplando la ventana. Su alma estaba hondamente agitada; pensaba en la duquesa, cuya extremada desgracia le inspiró tanta lástima, y sin embargo empezaba a odiarla. No comprendía la profunda melancolía que iba apoderándose de su carácter y se irritaba contra sí misma. Dos o tres veces, durante esta visita, Fabricio impaciente trató de imprimir algún movimiento a la pantalla; parecíale que no sería feliz hasta que pudiera manifestar a Clelia que la estaba viendo. Sin embargo, pensaba, si supiera que la veo fácilmente, sin duda su timidez y su reserva la obligarán a ocultarse a mis miradas.

Al día siguiente fue mucho más feliz. (¡Con qué nimiedades fórjase el amor una ventura!) Mientras ella estaba tristemente contemplando la pantalla, consiguió Fabricio hacer pasar un alambre por el agujero y le hizo señas, que ella comprendió evidentemente, al menos en el sentido de que significaban: estoy aquí y la estoy viendo.

Fabricio tuvo desgracia los días siguientes. Quería recortar en la colosal pantalla un pedazo de madera del tamaño de la mano, que pudiera volverse a colocar a voluntad, lo que le permitiría ver y ser visto, esto es, hablar por señas al menos de lo que pasaba en su corazón. Pero sucedió que el ruido que hacía la sierra fabricada con el resorte del reloj, mellado contra la cruz, inquietaba a Grillo que se venía al cuarto y se estaba muchas horas en él. Fabricio creyó advertir, en cambio, que la severidad de Clelia disminuía a medida que aumentaban las dificultades materiales que se oponían a toda correspondencia. Fabricio notó muy bien que ya no bajaba los ojos ni miraba a los pájaros, cuando él trataba de dar a conocer su presencia por medio del mísero alambre. Tuvo el placer de comprobar que no dejaba de presentarse nunca en la pajarera en el preciso instante en que daban las once y tres cuartos y casi se figuraba ya, el presumido, que era él la causa de esa puntualidad. ¿Por qué se imaginaba esto? No parece razonable esa idea, pero el amor es capaz de observar matices que para el indiferente son invisibles, y saca de ellos infinitas consecuencias. Por ejemplo, desde que Clelia no veía ya al preso, alzaba la vista hacia la ventana casi inmediatamente al entrar en la pajarera. Eran los fúnebres días en que nadie, en Parma, dudaba de la próxima ejecución de Fabricio. Sólo él ignoraba. Pero esa horrible idea no abandonaba un momento a Clelia y ¿cómo reprocharse el excesivo interés que tomaba por Fabricio? ¡Iba a morir! Y por la causa de la libertad! Porque es absurdo suponer que se condenase a muerte a un del Dongo por haber dado una cuchillada a un histrión. ¡Cierto, que el amable joven estaba

unido a otra mujer! Clelia era profundamente desgraciada y no se confesaba a sí misma con precisión el género de interés que sentía por la suerte del preso. ¡Ciertamente, pensaba, si le dan muerte me meteré en un convento y jamás pondré los pies en esa sociedad cortesana, que me horroriza! ¡Son unos asesinos con buenos modales!

El día, octavo y de la prisión de Fabricio, Clelia hubo de sentir una gran vergüenza. Estaba absorta en sus pensamientos mirando fijamente la pantalla que ocultaba la ventana del preso; ese día todavía Fabricio no había dado señales de presencia, cuando de pronto, un pedazo de madera, mayor que la mano, fue retirado y Fabricio asomó la cara mirándola con expresión jocosa y saludándola con los ojos. La pobre niña no pudo aguantar esta inesperada prueba y se volvió rápida hacia los pájaros, para prodigarles sus cuidados; pero temblaba tanto su mano, que derramaba por el suelo toda el agua que les estaba echando. Fabricio podía ver muy bien su emoción; Clelia no pudo soportar más esta situación y se marchó corriendo.

Este momento fue el más hermoso de la vida de Fabricio, sin comparación. ¡Con qué energía hubiera rechazado su libertad, si en este instante vienen a ofrecérsela!

El día siguiente fue el día de desesperación grande para la duquesa. Todo el mundo en la ciudad tenía por cierto que Fabricio estaba perdido. Clelia no tuvo el triste valor de mostrarle una dureza que su corazón no sentía y se pasó hora y media en la pajarera mirando todas las señales y hasta contestando a veces, al menos con la expresión del más vivo y más sincero interés; íbase por momentos para ocultar sus

lágrimas. Su coquetería de mujer comprendí muy bien la imperfección del lenguaje empleado. Si hubieran podido hablarse ¡cuánto no habría dado por adivinar cuál era exactamente la naturaleza de los sentimientos que Fabricio sentía por la duquesa! Ya Clelia casi no podía hacerse ilusiones: odiaba a la señora Sanseverina.

Una noche, Fabricio se puso a pensar algo seriamente en su tía se quedó muy extrañado, porque apenas pudo hallar su imagen en su memoria; la representación que ahora tenía era totalmente distinta; para él la duquesa era ahora una mujer de cincuenta años

-¡Dios mío! -exclamó entusiasmado-, ¡qué bien inspirado es tuve en no decirle que la amaba!

Fabricio había llegado hasta el punto de no poder casi comprender, cómo la había encontrado tan bonita. En este respecto la pequeña Marietta le daba la impresión de un cambio menos sensible: y es que nunca se había figurado que su alma tuviese parte en su amor por Marietta, mientras que muchas veces había; creído que su alma entera pertenecía a la duquesa. La duquesita de A y Marietta dábanle ahora la impresión de dos palomita cuyo encanto para su debilidad, su inocencia, mientras que la imagen de Clelia Conti se apoderaba de todo su ser y llegaba a infundirle terror. Comprendía demasiado bien que la eterna felicidad de su vida iba a obligarle a contar con la hija del gobernador que en poder de ella estaba el hacerle el más desgraciado de los hombres. Cada día sentía el mortal temor de ver terminarse de repente, por un capricho inapelable de la voluntad de Clelia, esta especie de vida singular y deliciosa que llevaba cerca de ella; sin

embargo ya ella había llenado de ventura los dos primeros mese de su prisión. Era el tiempo en que dos veces por semana decía e: general Fabio Conti al príncipe:

-Puedo dar a Vuestra Alteza mi palabra de honor de que e preso del Dongo no habla con alma viviente y pasa la vida en el abatimiento de la más honda desesperación o en dormir.

Clelia venía dos o tres veces al día a ver ;sus pájaros; a veces por sólo unos instantes. Si Fabricio no la hubiese amado tanto, hubiera visto que ella le amaba; pero sobre ese punto tenía Fabricio mortales dudas. Clelia había mandado poner un piano en la pajarera. Mientras golpeaba las teclas, para que el sonido del instrumento anunciase su presencia y al mismo tiempo entretuviese a los centinelas que se paseaban debajo de las ventanas, respondía con los ojos a las preguntas de Fabricio. Sobre un punto tan sólo no daba contestación y hasta, en algunas ocasiones, se escapaba y desaparecía a veces por todo un día; era cuando las señas de Fabricio indicaban sentimientos cuya confesión era difícilísimo no entender.

Así, aunque recluso en un estrecho cajón, Fabricio llevaba una vida bastante densa. Estaba totalmente entregado a este importante problema. ¿Me ama? El resultado de millares de observaciones, renovadas sin cesar y sin cesar puestas en duda, era éste: todos sus gestos y ademanes voluntarios dicen que no, pero lo que hay de involuntario en el movimiento de sus ojos, parece mostrar que me va tomando cariño.

Clelia esperaba firmemente no llegar nunca a una confesión y para alejar el peligro, había rechazado con excesiva cólera un ruego que Fabricio le había dirigido varias veces. La pobreza de los recursos usados por el infeliz preso hubiera debido, al parecer, inspirar lástima a Clelia. Quería Fabricio entablar correspondencia con ella, por medio de letras trazadas sobre la palma de la mano con un pedazo de., carbón que, por dicha inestimable, había descubierto en la estufa; hubiera formado las palabras letra por letra. Esta invención habría duplicado los medios de conversación facilitando el decirse las cosas con precisión. Su ventana distaba veinticinco pies de la de Clelia. Hubiera sido demasiado arriesgado hablarse a voces por encima de la cabeza de los centinelas que se paseaban delante del palacio del gobernador. Fabricio dudaba de si era amado. De haber tenido alguna experiencia en cosas de amor, no hubiera sentido esa duda. Pero nunca una mujer había ocupado su corazón y además no tenía la menor sospecha de un secreto que la hubiera llevado a la desesperación, si lo supiera: tratábase seriamente de casar a Clelia Conti con el marqués Crescenzi, el hombre más rico de la corte.

XIX

La ambición del general Conti, excitada hasta la locura por las dificultades que entorpecían la carrera del primer ministro Mosca, habíale conducido atener con su hija violentas discusiones en las que el padre le repetía, sin cesar, iracundo, que ella iba a ser causa del fracaso de su vida, si no se decidía por fin a aceptar un partido; a los veinte años cumplidos ya era hora de casarse; ese estado de aislamiento cruel en que su obstinación insensata tenía sumido al general, debía terminar, etc., etc.

Para sustraerse a esos ataques de mal humor constante, Clelia se refugiaba en la pajarera; para llegar a ella había que subir por una escalerita de madera muy incómoda, y la gota era para el gobernador un obstáculo muy serio a esa ascensión.

Desde hacía unas cuantas semanas, estaba tan agitada el alma de Clelia, y sabía tan poco ella misma lo que debía querer, que sin dar precisamente su palabra a su padre, se había casi dejado arrancar una promesa. En uno de los ataques de

ira, el general había jurado mandarla al convento más triste de Parma hasta que se dignase elegir un partido.

-Sabes que nuestra casa, aunque muy antigua, no junta ni seis mil francos de renta, mientras que la fortuna del marqués Crescenzi es de más de cien mil escudos de renta anual. Todo el mundo en la corte está de acuerdo en atribuirle el más suave carácter; nunca ha dado motivo de queja a nadie. Es guapo, joven, bienquisto con el príncipe, y yo digo que hay que estar loca rematada para rechazar sus atenciones. Si esta negativa fuera la primera, bien podría aguantarla; pero ya van cinco o seis partidos, los mejores de la corte que rechazas como una tonta. Y ¿qué sería de nosotros, di, si me dan el pase a la reserva? ¡Qué triunfo para mis enemigos, si me vieran habitar un segundo piso, a mí, de quien tantas veces se ha hablado para el ministerio! No, por Dios; ya llevo bastante tiempo haciendo por bondad el papel de Casandro. Ahora mismo vas a presentarme alguna objeción valedera contra ese pobre marqués; Crescenzi que tiene la bondad de estar enamorado, de querer casarse sin dote, de asignarte una donación de treinta mil francos de renta anual, con los cuales al menos podré alojarme; ahora mismo o me hablas en razón o, por Dios, ¡te casas dentro de dos meses!

De todo este discurso una sola palabra notó bien Clelia, la amenaza de meterla en un convento y por consiguiente de alejarla de la fortaleza, en el momento mismo en que la vida de Fabricio parecía pendiente de un hilo; pues no transcurría un mes sin que el rumor de su próxima muerte no volviera a circular por la corte, y la ciudad. Por mucho que razonó y meditó, no pudo decidirse a correr el riesgo de separarse de

Fabricio en el momento mismo el que temía por su vida. Parecíale el peor de los males; era por lo me nos el más inmediato.

Y no es que el estar cerca de Fabricio diera la felicidad de su corazón; creía que la duquesa lo amaba y su alma estaba desgarrada por celos mortales. Sin cesar pensaba en las cualidades de ese mujer tan universalmente admirada. La reserva extremada que si había impuesto con Fabricio, el lenguaje de signos a que lo tenis; reducido, por miedo de caer en alguna indiscreción, todo parecía juntarse para privarla de los medios de llegar a ver claro en su sentimientos hacia la duquesa. Así, cada día sentía con dolor más cruel la horrible desgracia de tener una rival en el corazón de Fabricio y cada día atreviase menos a exponerse al peligro de darle ocasión de decir la verdad acerca de lo que ocurría en su corazón. Y sin embargo, ¡qué encanto oírle confesar sus verdaderos sentimientos! Con cuánta alegría hubiera Clelia aclarado las sospechas horribles que emponzoñaban su vida!

Fabricio era ligero. En Nápoles tenía la reputación de cambia fácilmente de amiga. A pesar de toda la reserva que se impone una señorita, Clelia, desde que iba a la corte, escuchaba con atención, sin preguntar jamás, y había llegado a conocer la reputación de los jóvenes que habían solicitado su mano. ¡Pues bien! Fabricio comparado con todos ellos, era el que más ligereza había puesto el sus relaciones de corazón. Estaba en prisión, aburrido y hacía el amor a la única mujer a quien podía hablar; ¿qué cosa más sencilla?, ¿qué cosa más común, inclusive? Esto es lo que llenaba de pena a Clelia. Aun cuando, por íntegra revelación, llegara a sabe que ya

Fabricio no quería a la duquesa, ¿qué confianza podía tener en sus palabras? Y aun cuando creyese en la sinceridad de sus palabras, ¿qué confianza tener en la duración de sus sentimientos? por último, para acabar de introducir la desesperación en su alma ¿no estaba ya Fabricio muy adelantado en la carrera eclesiástica ¿No estaba en vísperas de comprometerse en eternos votos? ¿No aguardaban en esa carrera las más altas dignidades? Si me quede la más mínima cantidad de sentido común, decía la desgracia Clelia, ¿no debería huir de aquí? ¿No debería suplicar a mi para que me encerrase en un lejano convento? Y, para colmo de mi ira, precisamente el temor de salir de la fortaleza y meterme en convento es el que dirige mi conducta toda. Ese temor el que obliga a disimular, el que me fuerza a la mentira repugnante y honra de fingir que acepto las atenciones del marqués Crescenzi.

El carácter de Clelia era profundamente razonador y en su vida no había tenido que reprocharse una acción desconsiderada Y, sin embargo, en esta ocasión su conducta era el colmo del absurdo; júzquese cuáles serían sus sufrimientos!... Tanto más cruel eran, cuanto que no se hacía ilusiones. Se enamoraba de un hombre amado locamente por la mujer más hermosa de la corte, una mujer que en muchos sentidos la superaba a ella, a Clelia. ese mismo hombre, aunque estuviera libre, no era capaz de ser un serio y profundo afecto, mientras que ella, lo comprendía bien, no podía ya sentir otro cariño en su vida.

Así, pues, con el corazón agitado por los más horribles remedimientos, llegaba Clelia todos los días a la pajarera. Llevába ese lugar una fuerza ajena a su voluntad; una vez allí,

cambiaba objeto su inquietud y se hacía menos cruel; los remordimientos c aparecían por unos momentos; espiaba con indecibles latidos corazón los instantes en que Fabricio podía abrir la especie postigo que había hecho en la inmensa pantalla. A veces el carcelero Grillo estaba en el cuarto y no podía corresponder Fabricio c su amiga.

Una noche, hacia las once, Fabricio oyó en la fortaleza ruin muy extraños. Solía acostarse en el hueco de la ventana y sacar la cabeza por el postigo, conseguía oír el ruido algo fuerte que hacía en la escalera grande, llamada de los trescientos escalones, cual subía desde el primer patio, por el interior de la torre red da, hasta la terraza de piedra sobre la que se levantaban el pala del gobernador y la torre Farnesio, en donde se encontraba.

Hacia la mitad, a la altura de ciento ochenta escalones, la escalera pasaba al lado sur de un gran patio, al lado norte y allí ha un puentecillo de hierro muy ligero y muy estrecho, en medio cual se sentaba un portero. Cada seis horas relevaban a este hombre quien, cuando alguien venía, tenía que levantarse y aparatr el cuerpo para dar paso por el puente que guardaba. Ese puentecillo era de paso forzoso para ir al palacio del gobernador y a la torre Farnesio. Bastaban dos vueltas a un resorte, cuya llave tenía e gobernador, para precipitar el puente de hierro al patio, desde un, altura de más de cien pies. Una vez tomada esta sencilla precaución, como en la fortaleza no había otra escalera y como todas la tardes un sargento dejaba en casa del gobernador, en una habitación a la que se entraba por su despacho, las cuerdas de todos los pozos, el palacio del gobernador permanecía

inasequible siendo as mismo imposible que nadie penetrase en la torre Farnesio. Esto lo sabía muy bien Fabricio por haberlo notado el día de su llegad; a la fortaleza y porque Grillo, amigo, como todos los carceleros, de ponderar su prisión, se lo había explicado varias veces; así, pues no abrigaba grandes esperanzas de evasión. Sin embargo, recordaba una máxima del abate Blanes: "El amante piensa en acercarse a su amada más que el marido en guardar a su mujer; el preso piensa escaparse más que el carcelero en cerrar la puerta; luego sean cualesquiera los obstáculos, el amante y el preso deben vencer.

Aquella noche oyó Fabricio muy bien que un gran número de hombres pasaban por el puente de hierro, llamado puente de esclavo, porque una vez un esclavo dálmata logró escaparse, tirando al portero del puente al patio.

Vienen a llevarse a alguien; quizá van a ahorcarme; pero puede haber desorden; se trata de aprovecharlo. Fabricio había tomad sus armas y sacaba ya oro de algunos de sus escondrijos, cuando de repente se detuvo.

¡Gracioso animal es el hombre!, se dijo, convengamos en ello ¡Qué diría un invisible espectador que estuviera viendo mis preparativos! ¿Es que por ventura deseo yo escaparme? ¿Qué sería de mí al día siguiente de mi vuelta a Parma? ¿No haría cuanto pudiera por acercarme a Clelia? Si hay desorden, aprovechémoslo para deslizarme en el palacio del gobernador; quizá pueda hablar con Clelia; quizá, autorizado por el escándalo, pueda besarle la mano E1 general Conti, muy desconfiado por naturaleza y no menos vanidoso ponía cinco centinelas de guardia en su palacio, uno en cada esqui-

na de la construcción y otro en la puerta de entrada; pero por fortuna, la noche era oscura. Con sumo cuidado, fue Fabricio a ver lo que hacían el carcelero Grillo y el perro: el carcelero dormía profundamente sobre una piel de vaca colgada de cuatro cuerdas y rodeada de una vasta red; el perro Fox abrió los ojos, se levantó y se acercó despacio a Fabricio para acariciarle.

Nuestro preso subió ligero los seis escalones que conducían a su jaula de madera. El ruido se hacía tan intenso al pie de la torre Farnesio, precisamente delante de la puerta, que empezó a teme que Grillo se despertase. Fabricio, con todas sus armas y dispuesta la acción, creía ya que esta noche le esperaban grande aventura, cuando de pronto oyó tocar la más hermosa sinfonía del mundo; a general o a su hija le estaban dando serenata. Soltó el trapo a reír ¡Y yo que me imaginaba ya dando puñaladas, como si una ser nata no fuese cosa infinitamente más vulgar que un rapto, que requiere la presencia de ochenta personas en una cárcel, o que un revuelta ¡La música era excelente y le pareció deliciosa a Fabricio cuyo espíritu carecía de distracciones desde tantas semanas. Vertió lágrimas de emoción y en su éxtasis, dirigía los más irresistibles di; cursos a la hermosa Clelia. Pero al día siguiente, a mediodía, lo encontró tan melancólica, tan sombría, tan pálida, dirigiéndole m; radas cargadas a veces de tanta ira, que no se creyó autorizado preguntarle nada sobre la serenata; temió ser descortés.

Clelia tenía mucha razón en estar triste. La serenata se la daba e marqués Crescenzi. Un acto tan público era en cierto modo el anuncio oficial del matrimonio. Hasta el día mismo

de la serenta, hasta las nueve de la noche, Clelia había resistido heroicamente, pero ante la amenaza que le hiciera su padre de meterla en seguida en un convento, había tenido la debilidad de ceder.

¡Cómo! ¡No le volveré a ver!, había pensado, anegada en llanto. En vano decíale su razón: No volveré a ver a ese ser que labrará mi desgracia de todas las maneras, no volveré a ver a ese amante de la duquesa, no volveré a ver a ese hombre ligero que ha tenido en Nápoles diez amigas conocidas y a todas ha hecho traición; no volveré a ver a ese joven ambicioso que, si sobrevive a su sentencia entrará en las sagradas órdenes. Sería un crimen mirarlo cuando salga de esta fortaleza, y además su natural inconstancia me libraré de la tentación de mirarlo; pues ¿qué soy yo para él? Un pretexto un juguete con que logra distraer algunas horas de cárcel. Pero en mitad de esos insultos, Clelia recordó la sonrisa con que Fabricio miraba a los guardias cuando salió de la oficina para subir a la torre Farnesio. Las lágrimas inundaron sus mejillas: ¡Querido amigo!, ¿qué no haría yo por ti? Serás mi perdición, lo sé; tal es mi destino; me pierdo yo misma atrozmente asistiendo esta noche la horrible serenata; pero mañana, a las doce, volveré a ver tus ojos. Y precisamente al siguiente día de aquella noche en que Clelia hiciera tan grandes sacrificios al joven preso, a quien amaba con tan pura pasión; precisamente al día siguiente de aquella noche en que, aun viendo todos sus defectos, le había sacrificado su vida, fui cuando Fabricio se desesperó por su frialdad. Si empleando sólo el imperfecto idioma de las señales, hubiera Fabricio hecho la menor violencia al alma de Clelia, habría obtenido al instante

la confesión de cuanto sentía por él. Pero le faltaba audacia, temía demasiado ofender a Clelia, que podía castigarle con severísima pena. Dicho de otro modo, Fabricio no tenía ninguna experiencia de ese género de emoción que produce la mujer amada, era una sensación que nunca había experimentado, ni siquiera en su más flojo matiz. Necesitó ocho días para volver a estar con Clelia en la relación habitual de buena amistad. La pobre niña se armaba de la mayor severidad, porque moría de miedo de entregarse; a Fabricio le parecía que cada día estaba en peor relación con ella.

Una mañana, a los tres meses casi de estar Fabricio encarcelado, sin haber tenido comunicación alguna con el exterior y sin sentirse, no obstante, desgraciado, Grillo se había quedado en la habitación hasta muy tarde, y Fabricio, desesperado, no sabía cómo despedirlo. Ya habían dado las doce y media, cuando por fin pudo abrir los dos postiguillos de un pie de altura que había hecho en la faltal pantalla.

Clelia estaba en la ventana de la pajarera, con los ojos fijos en la de Fabricio. Las líneas de su cara, contraídas, expresaban la más violenta desesperación. Apenas vio a Fabricio, hizo señas de que todo estaba perdido; corrió a sentarse al piano y haciendo como si cantase un recitativo de la ópera de moda, le dijo en frases interrumpidas por la desesperación y el temor de ser entendida por los centinelas que se paseaban debajo de la ventana:

-¡Dios mío!, ¿aún está usted vivo? ¡Cuántas gracias le doy al cielo! Barbone, el carcelero cuya violencia castigó usted el día de su llegada aquí, había desaparecido y no estaba ya en la fortaleza. Pero ha vuelto anteayer y desde ayer tengo

motivos para creer que quiere envenenarle a usted. Anda por la cocina privada del palacio, que es la que le hace a usted la comida. Nada sé con seguridad, pero mi doncella cree que ese monstruo no viene a las cocinas del palacio sino con el propósito de quitar a usted la vida. Me moría de inquietud al ver que no se asomaba usted; me creía que había usted muerto. No coma nada hasta nuevo aviso; voy a hacer lo posible por mandarle algo de chocolate. En todo caso, esta noche a las nueve, si la bondad divina hace que tenga usted un hilo o que pueda formar una cinta con su ropa blanca, déjela bajar por la ventana hasta los naranjos; le ataré una cuerda que usted recogerá y con esta cuerda le daré pan y chocolate.

Fabricio había conservado como un tesoro el trozo de carbón que encontró en la estufa de su cuarto: se dio prisa, para aprovechar la emoción de Clelia y escribió en la palma de su mano un serie de letras cuya sucesiva aparición formaba estas palabras: "Amo a usted, y la vida no tiene para mi valor más que porque la veo envíeme sobre todo papel y lápiz."

Como esperaba Fabricio, el extremado terror que se veía pintado en el rostro de Clelia, fue causa de que la joven no rompen la conversación después de esa audaz palabra: "amo a usted". S limitó a manifestarse malhumorada. Fabricio tuvo el talento d añadir: "Con el viento tan fuerte que hace hoy, he oído muy mal el aviso que se ha dignado usted darme cantando; el sonido de piano cubre la voz. ¿Qué es lo que dice usted de veneno?"

A1 oír esta palabra, el terror de la joven reapareció por entero a toda prisa se puso a trazar grandes letras con tinta en las página de un libro que rompió, y Fabricio saltaba de gozo viendo por fin arreglado, después de tres meses de esfuerzos, el medio de corresponder que tanto y tan en vano había solicitado. Buen cuidado tuvo de no abandonar al astuto ardid que tan bien le había servido como su aspiración era escribir cartas, hacia a cada momento como que no entendía bien las palabras que Clelia iba deletreándole coa letras pintadas.

Tuvo Clelia que irse de la pajarera para acudir a una llamada de su padre. Su mayor temor era que al padre se le ocurriera subí a buscarla, pues el suspicaz ingenio del general no hubiera visto sin desagrado la proximidad de la ventana de esa pajarera con 1 pantalla que tapaba la del preso. La misma Clelia, momentos ante: cuando al ver que Fabricio no salía, se sintió mortalmente inquieta, había, pensado en que no sería difícil tirar una piedrecita envuelta en papel, que entrara por la parte superior de la pantalla Si el azar quería que en este instante no se hallase en la habitación de Fabricio el carcelero encargado de su vigilancia, era ese un me dio seguro de correspondencia.

Nuestro preso se apresuró a fabricar con su ropa blanca un especie de cuerda; y por la noche, poco después de las nueve, oyó muy claramente unos golpecitos dados en los cajones de los naranjos que estaban debajo de su ventana. Dejó caer la cuerda y subido con ella una soguilla muy larga con la que sacó luego una provisión de chocolate y además, con inexpresable satisfacción, un rollo de papel y un lápiz.

En vano siguió echando la cuerda; nada más pudo sacar; por lo visto habíanse acercado los centinelas a los naranjos. Pero estaba loco de alegría. Se puso en seguida a escribir a Clelia una carta infinita. Cuando la hubo terminado, la ató a la cuerda y la echó por la ventana. Estuvo más de tres horas esperando a que viniesen por ella y la recogió varias veces para corregirla. Clelia no ve mi carta esta noche, pensaba, mientras aún está coa movida por ideas de muerte y de veneno, quizá mañana rechace la idea de recibir una epístola.

El hecho es que Clelia tuvo por fuerza que acompañar a su padre a la ciudad. Fabricio lo comprendió así cuando oyó hacia las doce y media de la noche el coche del general que regresaba; conocía el paso de los caballos. Cuál no sería su contento cuando unos minutos después de haber oído al general atravesar la terraza y los centinelas presentar las armas, sintió que se agitaba la cuerda que no había dejado de tener enrollada al brazo. Ataban un pez grande; dos sacudidas sirvieron de señal de que ya podía tirar. Trabajo bastante le costó conseguir que el peso que traía salva una cornisa muy saliente que había debajo de la ventana.

El objeto que tanto trabajo le costó subir era una botella de agua envuelta en un chal. Con delicioso arrebató el pobre joven que vivía desde hacía tanto tiempo en completa soledad, llenó de besos el chal. Pero renunciamos a pintar su emoción cuando por fin después de tantos días de vana esperanza, descubrió un papelito sujeto al chal por medio de un alfiler.

"No beba más que esta agua y no coma más que chocolate. Mañana haré cuanto pueda para mandar pan que se-

ñalaré por todos lados con crucecitas de tinta. Horroroso es decirlo, pero ha de saber usted que acaso tenga Barbone el encargo de envenenarle ¿Cómo no ha comprendido usted que el asunto que trata en carta a lápiz me desagrada muchísimo? No le escribiría sin el extremado peligro que corremos. Acabo de ver a la duquesa; está bien salud, como el conde, pero está muy delgada. No me escriba me sobre ese asunto, ¿querría usted enojarme?”

Clelia tuvo que hacer un gran esfuerzo de virtud para escribir la penúltima línea de esa carta. Todo el mundo, en la sociedad de la corte, afirmaba que la señora Sanseverina iba tomando mucha amistad por el conde Baldi, el hermoso joven, antiguo amigo de la marquesa Raversi. Lo cierto era que Baldi había roto del modo más escandaloso con la marquesa, que durante seis años le había servido de madre y le había dado un puesto en la sociedad.

Clelia tuvo que volver a redactar la cartita escrita a toda gris; porque en su primera forma dejaba traslucir de los nuevos amor que la magnitud pública atribuía a la duquesa.

-¡Qué vileza sería por mi parte —exclamó— hablar mal a Fabricio de la mujer a quien ama!

Al día siguiente por la mañana, mucho antes de nacer el de Grillo entró en el cuarto de Fabricio, dejó un paquete bastante pesado y desapareció sin decir palabra. El paquete contenía un pan bastante grande, lleno de crucecitas trazadas a la pluma. Fabricio lo besó apasionadamente; estaba enamorado. Al lado del pan había un rollo envuelto en papel; contenía seis mil francos en moneó de oro. Por último, Fabricio encontró un hermoso breviario nuevecito; una mano,

cuya letra ya empezaba a conocer, había pues estas palabras en el margen:

“¡El veneno! Cuidado con el agua, con el vino, con todo. Viva de chocolate, no toque las comidas que le den y procure que el perro las devore; no hay que demostrar desconfianza, pues el enemigo buscaría otro medio. ¡Nada de imprudencias, en nombre de Dios! ¡Nada de ligerezas!”

Fabricio se apresuró a borrar esas queridas letras que podía delatar a Clelia y rompió un gran número de hojas del breviario con las que hizo varios alfabetos. Cada letra estaba muy bien trazada con carbón desleído en vino. Los alfabetos estuvieron seca cuando a las once y tres cuartos Clelia se presentó en la pajarera retirándose a dos pasos de la ventana. El gran negocio consiste ahora, pensó Fabricio, en conseguir que consienta en usarlos. Mas, por fortuna, sucedió que Clelia tenía mucho que contar al joven preso acerca del intento de envenenamiento: un perro de las criadas había: muerto por haber comido un plato que le estaba destinado. Clelia lejos de poner objeciones al uso de los alfabetos, había preparado uno magnífico con tinta. La conversación, llevada en esta forma bastante incómoda al principio, duró más de hora y media, es decir, todo el tiempo que Clelia pudo permanecer en la pajarera. Dos o tres veces Fabricio se permitió decir cosas prohibidas; no le coa testó, y fue un momento a dar a sus pájaros los cuidados precisos.

Fabricio había obtenido de ella que, por la noche, al enviarle agua, le mandara también uno de los alfabetos hechos con tinta que se veían mucho mejor. No dejó de escribir una carta muy largo en la que tuvo buen cuidado de no poner

ternezas, al menos c modo que pudiera ofenderle. Este medio le valió que su carta fuer aceptada.

A1 día siguiente, en la conversación por letras, Clelia no lo dirigió ningún reproche. Le hizo saber que el peligro del veneno disminuía. Barbone había sido atacado por los que cortejaban las mozas de cocina del palacio del gobernador, y había quedado medio muerto a palos. Probablemente no se atrevería a volver por allí. Clelia le confesó que se había atrevido a robar a su padre el contraveneno, que le enviaba; lo principal era dejar en seguida todo alimento que tuviera sabor extraño.

Clelia había hecho muchas preguntas a don César, sin poder averiguar de dónde venían los seis mil francos que había recibo Fabricio. En todo caso era una excelente señal; la severidad disminuía.

El episodio del veneno adelantó muchísimo los asuntos de nuestro preso; sin embargo nunca pudo obtener la menor confesión que pareciese de amor. Pero tenía la infame ventura de vivir con Clelia íntimamente. Todas las mañanas, y a veces hasta por la tarde, había una larga conversación por letras. Todas las noche a las nueve, Clelia aceptaba una larga carta y algunas veces contesten pocas palabras; le enviaba el periódico y algunos libros. En el Grillo se dejó ganar hasta el punto de llevar todos los días pan y vino que le entregaba la doncella de Clelia. El carcelero Grillo había sacado la conclusión de que el gobernador no estaba de acudo con los que habían encargado a Barbone, que envenenase al joven a monsignore. Esto le satisfizo mucho, como a todos sus compañeros porque habíase establecido un refrán en la cár-

cel, que decía: “no hay más que mirar de frente a monsignore del Dongo para tener dinero”.

Fabricio se había quedado muy pálido. La absoluta falta de ejercicio dañaba a su salud. Salvo esto, nunca habíase sentido más feliz y contento. El tono de la conversación era muy íntimo y a veces muy alegre entre Clelia y él. Los únicos momentos de la vida de Clelia, no amargados por funestas previsiones y crueles rendimientos, eran los que pasaba conversando con él. Un día tuvo imprudencia de decirle:

-Admiro su delicadeza; como soy la hija del gobernador, nunca me habla usted del deseo de recobrar la libertad.

-Es que me guardo muy bien de tener tan absurdo deseo -le respondió Fabricio-. Si yo volviera a Parma, ¿cómo ver a usted Y la vida sería para mí insoportable si no pudiera decirle a usted todo lo que pienso , no, precisamente todo lo que pienso, que bien se encarga usted de impedírmelo; pero en fin, a pesar de su crueldad, vivir sin verla a diario sería para mi un suplicio mucho más grande que esta prisión. ¡En mi vida he sido tan feliz como ahora! ¿No es gracioso ver que la felicidad me aguardaba la cárcel?

-Mucho hay que decir de todo eso -respondió Clelia con tono que de repente se hizo muy serio Y casi siniestro.

-¡Cómo! -exclamó Fabricio muy alarmado-; ¿estaré acaso expuesto a perder el rinconcillo que he podido ganar en su corazón y que es mi única alegría en este mundo?

-Sí -dijo ella-; tengo motivos para creer a usted falto de sinceridad conmigo, aunque por lo demás se le considera en el mundo como un caballero; pero no quiero hoy hablar de ese asunto.

Este singular argumento produjo muchas veces turbación en ambos y les hizo muchas veces venir las lágrimas a los ojos.

El fiscal general Rassi seguía aspirando a variar de nombre; estaba cansado del que llevaba y quería ser barón de Riva. Por su parte, el conde Mosca trabajaba con toda la habilidad de que era capaz, en robustecer la pasión que ese juez vendido sentía por la baronía y en duplicar en el príncipe la loca esperanza de ser alguna vez rey constitucional de Lombardía. Estos eran los únicos medios que había podido inventar para retrasar la muerte de Fabricio.

El príncipe decía a Rassi:

-Quince días de desesperación y quince de esperanzas. Con este régimen aplicado con paciencia acabaremos por vencer el carácter de esa mujer altiva. Con alternativas de dureza y de dulzura es como se consigue domar a los potros más rebeldes. Aplíquese el cáustico con firmeza.

Y, en efecto, cada quince días renacía en Parma el rumor de la próxima muerte de Fabricio. Esos rumores sumían a la desgraciada condesa en la más profunda desesperación. Fiel a su resolución de no arrastrar al conde en su ruina, no consentía en verle sino dos veces al mes. Pero su crueldad hacia este pobre hombre era castigada por las continuas alternativas de sombría desesperación en que se pasaba la vida. En vano el conde Mosca, sobreponiéndose a los celos que le inspiraban las asiduidades del hermoso conde Baldi, escribía a la duquesa, cuando no podía verla, y le daba noticia de los datos que había obtenido por el celo del futuro barón Riva. Pero la duquesa hubiera necesitado, para resistir al dolor que

le producían los atroces rumores que sin cesar corrían acerca de Fabricio, vivir con un hombre de talento y corazón como Mosca. La nulidad de Baldi la dejaba entregada a sus pensamientos y le proporcionaba una vida horrible, sin que el conde pudiera conseguir comunicarle sus motivos de esperanza.

Por medio de diferentes pretextos ingeniosos, el ministro había conseguido que el príncipe consintiese en depositar en un castillo amigo, en el centro mismo de Lombardía, cerca de Saronó, el archivo de todas las intrigas muy complicadas, merced a las cuales, Ranuncio Ernesto IV alimentaba la esperanza loca de llegar a ser constitucional de ese hermoso país.

Más de veinte de esos documentos, muy comprometedores, estaban escritos o firmados por el propio príncipe y en el caso de que la vida de Fabricio fuese seriamente amenazada, proponíase el conde de anunciar a Su Alteza que iba a entregar esos documentos a una gran potencia que, con un solo gesto, podía aniquilarlo.

El conde Mosca creía contar con el futuro barón Riva. El veneno era su único temor. La intentona de Barbone le había alarmado profundamente, hasta el punto que se decidió a dar un pase aparentemente de una locura insigne. Una mañana se presentó a la puerta de la fortaleza y rogó al general Fabio Conti que baja; a hablar con él. El general y el conde se pasearon amigablemente por el baluarte, encima de la puerta, y el conde, después de un pequeño preámbulo agrídulce, pero conveniente, no vaciló e decirle:

-Si Fabricio perece de modo sospechoso, su muerte me será atribuida; pasaré por un celoso y esto sería un ridículo que no esto dispuesto a aceptar. Así, pues, para lavarme de esa sospecha, si Fabricio muere de enfermedad, usted morirá por mi mano; cuente usted con ello.

El general Fabio Conti dio una contestación magnifica y habla de su valentía. Pero la mirada del conde, no se le borró de la imaginación.

Pocos días después, como si se hubiera concertado con el conde el fiscal Rassi se permitió cometer una imprudencia muy extraño en un hombre como él. El público desprecio que iba unido a su nombre, le era mucho más insoportable desde que tenía la funda de poder vencerlo. Mandó al general Fabio Conti un copia oficial de la sentencia, condenando a Fabricio a doce año de fortaleza. Según la ley, esto debió haberse hecho al día siguiente del ingreso de Fabricio en la cárcel; pero en Parma, país de secretas resoluciones, lo inaudito era que la justicia se permitiese hace algo sin orden expresa del soberano. En efecto, ¿cómo alimentar la esperanza de reanimar cada día el terror de la duquesa y de doma ese carácter altivo, como decía el príncipe, si una copia oficial de la sentencia salía de la cancillería de justicia? La víspera del día e que el general Fabio Conti recibió copia del pliego oficial del fiscal Rassi, supo que Barbone había sido tundido a palos al regresar algo tarde a, la fortaleza. Infirió de esto que ya no se pensaba en cierto lugar en deshacerse de Fabricio, y con una prudencia que salvó Rassi de las consecuencias inmediatas de su locura, no habló el príncipe, en la primera audiencia que obtuvo, de la copia oficial de la sentencia que

había recibido. El conde había descubierto, paz la tranquilidad de la duquesa, que la torpe tentativa de Barbone no había sido más que una veleidad de venganza privada, y había mandado dar a ese empleado el aviso contundente de que hemos hablado.

Fabricio fue agradablemente sorprendido cuando, después de ciento treinta y cinco días de prisión en una jaula no muy ancha el buen capellán don César vino a buscarle un jueves para dar un paseo por la terraza de la torre Farnesio. A los diez minutos de estaba paseando, Fabricio, que no estaba acostumbrado al aire libre, se puso malo.

Don César tomó pretexto de este accidente para concederle un paseo de media hora diaria. Fue una tontería; esos paseos frecuente devolvieron pronto a nuestro héroe fuerzas de que abusó.

Hubo varias serenatas; el puntual gobernador las toleraba porque comprometían a su hija Clelia con el marqués Crescenzi. En carácter de Clelia daba miedo al general; sentía vagamente que entre ella y él no había contacto alguno y siempre estaba temeroso de que fuera a dar algún escándalo. Ella podía huir a un convento, y entonces quedaba él inerme. Además, el general temía que esa música cuyos sonidos podían penetrar hasta los calabozos más profundos reservados a los más negros liberales, no encerrase señales. Los mismos músicos despertaban recelo en su espíritu y les obligaba, una vez terminada la serenata, a pasar la noche encerrados en las grandes salas bajas del palacio del gobernador que servían durante el día de oficinas para el Estado Mayor, y no se les abría la puerta hasta una entrada el día. El gobernador mis-

mo, colocado en el puente dé esclavo, los mandaba registrar en su presencia y no le devolvía la libertad sin repetirle varias veces que mandaría ahorca al instante al que se atreviera a encargarse de la menor cosa para un preso. Y se sabia que por miedo de desagradar era capaz de hacerlo, de suerte que el marqués Crescenzi tenía que pagar triple a los músicos, muy molestos por tener que pasar una noche encerrados.

Todo lo que la duquesa pudo, con sumo trabajo, obtener de la pusilanimidad de uno de esos hombres, fue que se encargase d una carta y la entregase al gobernador. La carta estaba dirigida Fabricio; deplorábase la fatalidad que hacía que en cinco meses de cárcel, sus amigos de fuera no habían podido anudar la menor relación de correspondencia con él.

A1 entrar en la fortaleza, el músico comprado se echó a los pie del general Fabio Conti y le confesó que un sacerdote, que le era desconocido, había insistido tanto en encargarle de una carta para del Dongo, que no se había atrevido a negarse; pero fiel cumplidor de su deber, se apresuraba a entregarla en manos de su Excelencia.

La Excelencia quedó sumamente halagada; conocía los recursos de que disponía la duquesa y tenía mucho miedo de ser burlado. En su alegría, el general fue a enseñarle esa carta al príncipe, quien se mostró contentísimo.

-Así, pues, la firmeza de mi administración ha conseguido vengarme. Esa mujer altiva sufre desde hace cinco meses. Pero uno de estos días vamos a mandar levantar un cadalso, y su imaginación loca creará sin vacilar que está destinado al pequeño del Dongo.

XX

Una noche, hacia la una de la madrugada, Fabricio, acostado en su ventana había sacado la cabeza por el postigo abierto en la pantalla, y contemplaba las estrellas y el horizonte menso que se domina desde lo alto de la torre Farnesio. Sus ojos, recorrían el campo por el lado del bajo Po y de Ferrara, advirtieron por casualidad una luz sumamente pequeña, pero bastante vi que parecía salir de lo alto de una torre. Esta luz no debe pode: ver desde la llanura, pensó Fabricio; el espesor de la torre impidió que perciba desde abajo; será alguna señal hacia un punto lejano. De pronto notó que la luz desaparecía y volvía a aparecer, con intervalos muy breves. Será alguna muchacha que habla con su amante que vive en la aldea próxima. Contó nueve apariciones sucesivas. Es una I, dijo. En efecto, la I es la novena letra del alfabeto. Un descanso; luego vinieron catorce apariciones. Es una N. Luego, después de un silencio, vino una sola aparición. Es una A. La palabra es Ina.

S T E N D H A L

Cuál no fue su alegría y su estupefacción al notar que las apariciones sucesivas, separadas siempre por pequeños descansos, dieron las palabras siguientes:

INA PENSA A TE

Evidentemente, Gina piensa en ti.

Respondió en seguida por medio de sucesivas apariciones de lámpara en el postigo:

FABRICIO TE AMA

La correspondencia se prolongó hasta el día. Esta noche era, a su cautiverio, la que hacía ciento setenta y tres, y supo que llevaban cuatro meses haciendo todas las noches esas mismas señales. Pero como todo el mundo podía verlas y entenderlas empezó en seguida a establecer abreviaturas: tres apariciones sucesivas muy rápidas indicaban la duquesa; cuatro, el príncipe; dos, el conde Mosca; dos apariciones rápidas seguidas de dos lentas significaban evasión. Se convino que en adelante se siguiera el antiguo alfabeto alla monaca, el cual, para no ser descubierto por indiscretos cambia el número ordinario de las letras y les da números arbitrarios: A, por ejemplo, lleva el número 10; el 3, es decir, que tres eclipses sucesivos de la lámpara significan B, diez eclipses sucesivos A, etc.; un momento de obscuridad sirve para separar las palabras. Se tomó cita para la noche siguiente a la una, y para esta cita acudió la duquesa misma a la torre, que estaba a un cuarto de legua de la ciudad. Sus ojos se llenaron

de lágrimas al ver las señales hechas por ese Fabricio, a quien tantas veces creyera difunto. Ella misma le dijo, por medio de las apariciones de la lámpara: Te quiero; valor, salud, esperanza. Ejercita tus fuerzas en tu cuarto; vas a necesitar la fuerza de tus brazos. No lo he visto, pensaba la duquesa, desde el concierto de Fausta, cuando se presentó en la puerta de mi salón vestido de cazador. ¡Quién me hubiera dicho entonces la suerte que nos esperaba!

La duquesa mandó hacer señales que anunciaban a Fabricio que pronto iba a ser libre, gracias a la bondad del príncipe (estas señales podían ser comprendidas). Luego volvió a decirle ternuras. No podía irse de allí. Sólo las advertencias de Ludovico, quien por haber sido útil a Fabricio había llegado a ser el "factotum" de la duquesa, consiguieron decidirla, al despuntar el alba, a dejar las señales, que podían atraer las miradas de algún malvado. El anuncio, repetido varias veces, de una próxima liberación, sumió a Fabricio en una profunda tristeza. Clelia lo notó y cometió la imprudencia de preguntarle la causa.

-Estoy a punto de dar a la duquesa un grave motivo de descontento.

-Y ¿qué es lo que ella puede exigir que usted le niegue?

-Quiere que salga de aquí; y a eso no me avendré nunca.

Clelia no pudo contestar: le miró y se echó a llorar. Si él hubiese podido dirigirle la palabra de cerca, acaso obtuviera la confesión de esos sentimientos cuya incertidumbre lo sumía a veces en profundo desaliento; comprendía muy vivamente que la vida, sin el amor de Clelia, no podía reservarle sino amargas penas o insoportable tedio. Parecíale que no

valía la pena de vivir, para volver a gozar aquellas otras venturas que antes de conocer el amor habíanle interesado, y aunque el suicidio no esté aún de moda en Italia, había pensado en él como un recurso, si el destino le separaba de Clelia.

A1 siguiente día recibió de ella una larga carta.

"Es preciso, amigo mío, ,que usted sepa la verdad. Muchas veces desde que está usted aquí han creído en Parma que había llega su último día. Cierto es que sólo está usted condenado a doce años de fortaleza; pero, por desgracia, es imposible dudar de que odio omnipotente se dedica a perseguirle, y veinte veces he temblado pensando en que el veneno puede darle la muerte: aproveche, pues, todos los medios posibles de salir de aquí. Ya ve q falto por usted a los más sagrados deberes; juzgue la inminencia con peligro por las cosas que me aventuro a decirle y que tan fuera de lugar están en mis labios. Si es absolutamente preciso, si no hay otro medio de salvación, huya usted. Cada instante que pase usted en esta fortaleza puede poner su vida en el mayor peligro. Piense que hay en la corte un partido a quien la perspectiva del crimen no detuvo nunca en sus propósitos. ¿Y no ve que todos los proyectos de ese partido son sin cesar desbaratados por la suprema habilidad del conde Mosca? Pues bien: han encontrado un medio cien de echar de Parma al conde, que consiste en provocar la desesperación de la duquesa; y esta desesperación ¿no la conseguirán seguramente dando muerte al joven preso? Esto sólo puede darle usted idea de cuál es su situación. Dice usted que me profesa amistad; piense primero en qué insuperables obstáculos impiden que

ese sentimiento tome nunca alguna firmeza entre nosotros. Nos habremos encontrado en nuestra juventud, nos habremos alarga la mano caritativamente en un período desgraciado; el destino r había puesto en este lugar de severidad para mitigar sus dolor pero sentiría eternos remordimientos si unas ilusiones que no autoriza ni autorizará nunca, fueran causa de que usted no aprovechase todas las ocasiones posibles para sustraer su vida a un peligro tan horrible. He perdido la paz del alma por la imprudencia cruel que he cometido al hacer a usted algunas señales de buena amistad. Si nuestros juegos de niños con abecedarios son causa que usted se forje ilusiones tan infundadas y que pueden ser fatales, en vano trataría yo de justificarme recordando la tentativa de Barbone; yo misma le habré lanzado a usted a un peligro mucho mayor, mucho más cierto, creyendo sustraerle a la amenaza del momento; mis imprudencias serán por siempre imperdonables si h; provocado en , usted sentimientos que puedan conducirle a resistir al consejo de la duquesa. Vea usted lo que me obliga a repetir escápese, se lo mando...”

Esta carta era muy larga; algunos trozos como el de se lo mando que acabamos de transcribir, dieron al enamorado Fabricio momentos de deliciosa esperanza. Parecíale que el fondo de los sentimientos era bastante tierno, si bien las expresiones eran notable mente prudentes. En otros momentos, en cambio, pagaba cara se ignorancia completa de esta clase de guerra, no viendo sino simple amistad o aun sólo humanidad muy vulgar en la carta de Clelia.

Por lo demás, todo lo que ella le decía fue inútil; no varió se propósito ni por un instante. Aun suponiendo que los peligros que le pintaba fuesen reales, ¿era excesivo pagar con algún peligro momentáneo la felicidad de verla todos los días? ¿Qué vida iba a se la suya, refugiado de nuevo en Bolognia o en Florencia? Pues escapándose de la fortaleza no podía pensar en vivir en Parma. Y aun cuando el príncipe cambiase hasta el punto de ponerle en libertad (cosa muy improbable, ya que él, Fabricio, había llegado a se para un poderoso partido el medio de derribar al conde Mosca) ¿cómo vivir en Parma, separado de Clelia por el odio que dividió; a los dos partidos? Una o dos veces al mes, si acaso, la casualidad los reuniría en un mismo salón; pero aun entonces, ¿qué especie de conversación podría él sostener con ella? ¿Cómo volver a encontrar esa intimidad perfecta de la que todos los días gozaba varias horas? ¿qué sería la conversación de salón comparada con la que hacía por medio de alfabetos? Y ¿qué mal hay en comparar esta vida de delicias, esta suerte única en el mundo, con algún peligro pequeño ¿No será también una ventura tener esta ocasión de darle una prueba de mi amor?

Fabricio no vio en la carta de Clelia más que una favorable coyuntura para pedirle una entrevista, que era el único y constante objeto de sus deseos. No le había hablado más que una vez, un instante, en el momento de entrar en la prisión, y de eso hacía ya más de doscientos días.

Presentábase un medio fácil de hablar con Clelia. El buenísimo de don César concedía a Fabricio media hora de paseo en la terraza de la torre Farnesio, todos los jueves du-

rante el día. Pero los demás días de la semana este paseo, que podía ser notado por los habitantes de Parma y de los alrededores y ser causa de disgustos graves para el gobernador, no se hacía hasta la caída de la tarde. Para subir a la terraza de la torre Farnesio no había otra escalera que la del pequeño campanario, dependiente de la capilla, tan lúgubramente decorada de mármol negro y blanco, que el lector acaso recuerde. Grillo acompañaba a Fabricio hasta la capilla y le abrió la escalinata del campanario. Su deber hubiera sido seguirle. Pero las tardes empezaban a refrescar, el carcelero le dejaba subir so lo encerraba con llave en ese campanario que comunicaba con terraza y volvía a calentarse a su cuarto. Pues bien; una tarde ¿podría Clelia encontrarse con su doncella en la capilla de mármol negro?

La larga carta de contestación que Fabricio envió a Clelia es ha calculada para obtener esta entrevista. Por lo demás, confesaba con perfecta sinceridad, como si se hubiese tratado de otra persona todas las razones que le decidían a no abandonar la fortaleza.

Todos los días me expondría gustoso al peligro de morir veces, por tener la felicidad de hablar a usted con nuestros abecedarios, que ahora ya no nos detienen un momento. ¿Y quiere usted que haga la tontería de desterrarme a Parma o quizá a Bolonia hasta a Florencia? ¿Quiere usted que yo mismo haga por alejar de su presencia? Sépalo: semejante esfuerzo me es imposible; en vano daría mi palabra; no podría cumplirla.

El resultado de esta petición de un encuentro fue una ausencia de Clelia que no duró menos de cinco días. En cin-

co días no vi a la pajarera más que en los momentos en que sabía que Fabricio no podía abrir el postiguillo de la pantalla. Fabricio estaba desesperado. De la ausencia de Clelia sacó la conclusión de que, a pe de ciertas miradas que le habían hecho concebir locas esperan nunca había inspirado a Clelia otro sentimiento que el de u sencilla amistad. En este caso, decía, ¿qué me importa la vida? C me la quite el príncipe; será bienvenido. Otra razón más para salir de la fortaleza. Y con un profundo sentimiento de disgusto respondía por la noche a las señales luminosas. La duquesa creyó que se había vuelto loco, cuando leyó cm el parte de las señales de Ludovico le llevaba todas las mañanas, estas extrañas palabras: *No quiero escaparme, quiero morir aquí.*

Durante esos cinco días tan crueles para Fabricio, Clelia aún más desgraciada que él. Ocurriósele la siguiente idea, la patética para un alma generosa: mi deber es huir a un convento lejos de la fortaleza; cuando Fabricio sepa que ya no estoy aquí y se lo mandaré decir por Grillo y por todos los carceleros, entonces se decidirá a intentar la evasión. Pero ir al convento era reno ciar para siempre a ver a Fabricio. Y ¡cómo renunciar a verle, cuando está dando una prueba evidente de que los sentimientos c pudieran antiguamente unirlo a la duquesa, no existían ya ahora ¿Qué prueba de amor más conmovedora puede dar un joven? Después de siete meses largos de prisión que han estropeado gravemente su salud, se niega a recobrar su libertad. Un ser ligero y superficial como Fabricio, que las conversaciones de los cortesanos pintaban a Clelia, habría sacrificado veinte amores por salir de la cárcel un día antes, y ¡qué no habría hecho por

salir de un sitio en donde a cada momento podía morir envenenado!

Faltóle valor a Clelia. Cometió la falta de no buscar un refugio en un convento, lo cual le habría proporcionado al mismo tiempo el medio de romper con el marqués Crescenzi. Una vez cometida esa falta, ¿cómo resistir a este joven tan amable, tan natural, tan tierno, que exponía su vida a horribles peligros por conseguir la sencilla felicidad de verla desde una ventana? Pasó cinco días e horribles combates internos, mezclados con momentos de desprecio hacia sí misma, y por fin se decidió a contestar a la carta en que Fabricio solicitaba la dicha de hablarle en la capilla de mármol negro. Ciertamente se negó, y en términos duros; pero desde ese instante toda su tranquilidad le abandonó. A cada momento sin imaginación le pintaba a Fabricio sucumbiendo al veneno; venía cinco o seis veces al día a la pajarera, sintiendo una apasionada necesidad de asegurarse, por sus propios ojos, de que Fabricio vivía.

Si está aún en la fortaleza, pensaba, si está expuesto a todos los horrores que la facción Raversi trama quizá contra él, con un único fin de derribar al conde Mosca, es tan sólo porque yo he tenido la cobardía de no marcharme a un convento. ¿Qué pretexto le quedaba para permanecer aquí después de haberme marcha de yo para siempre?

Esta muchacha, tan tímida y a la vez tan altiva, llegó hasta afrontar el riesgo de una negativa en los labios del carcelero Grill. Más aún: expúsose a todos los comentarios que este hombre podía permitirse acerca de su conducta extraña. Se rebajó hasta la humillación de llamarle y de decirle con

voz temblorosa y que delataba su secreto, que dentro de pocos días Fabricio iba a obtener su libertad; que la duquesa Sanseverina hacía, con la esperanza de conseguirlo, las más activas gestiones; que muchas veces era preciso obtener al in; ante la respuesta del preso a ciertas proposiciones, que le hiciera, y que le rogaba permitiese a Fabricio practica una abertura en la pantalla de la ventana para poderle comunica por señas los avisos que ella recibía varias veces al día de la señor Sanseverina.

Grillo sonrió y le dio la seguridad de su respeto y de su obediencia. Clelia le agradeció infinito que no añadiera palabra; evidentemente sabía muy bien cuanto ocurría desde hacía varios meses.

Apenas el carcelero salió de su casa, Clelia, hizo la señal convenida para llamar a Fabricio en las grandes ocasiones, le dije todo lo que acababa de hacer. "Usted quiere morir envenenado añadió, mas yo espero que uno de estos días tendré valor para abandonar a mi padre y marcharme a algún convento lejano. He aquí lo que le deberé a usted. Entonces espero que no opondrá resistencia a los planes que se le propongan para salir de aquí. Mientras permanece usted en la torre, paso yo momentos horribles; en vida he contribuido a la desgracia de nadie, y me parece que la causa de su muerte de usted. Si me ocurriera esta idea a propósito de un desconocido, sería para mí un motivo de desesperación piense usted en lo que siento cuando me figuro que mi amigo, con la insensatez me da graves motivos de queja, pero a quien veo a diario desde hace tanto tiempo, es en este momento

víctima de un veneno. Algunas veces siento la necesidad de saber por su boca misma está usted vivo.

Para sustraerme a este horrible dolor acabo de rebajarme a pedir un favor a un subalterno, que puede negármelo y hasta retarme. Por lo demás, acaso fuera mi felicidad que me denuncia mi padre, porque al instante marcharía a un convento y no soy cómplice, aunque involuntario, de estas crueles locuras. Pero, créeme, esto no puede durar mucho; obedecerá usted a las órdenes de la duquesa. ¿Está usted satisfecho, cruel amigo? Soy yo quien solicita de usted que haga traición a mi padre. Llame a Grillo y regala algo.”

Fabricio estaba tan enamorado, la más sencilla expresión de voluntad con Clelia lo sumía en tal temor, que ni aun esta extracomunicación le dio la certeza de ser amado. Llamó a Grillo; quien pagó generoso las pasadas complacencias, y en cuanto porvenir le dijo que por cada día que le permitiera hacer uso del postiguillo abierto en la pantalla, le daría una moneda de oro. A Grillo le encantaron las condiciones.

-Voy a hablarle con toda sinceridad, monseñor. ¿Quiere resignarse a comer comida fría todos los días? Hay un medio muy sencillo de evitar el veneno. Pero le pido la más profunda discreción. Un carcelero debe verlo todo y no adivinar nada, etc. En lugar un perro tendré varios, y usted mismo les dará de los platos que tenga propósito de comer; en cuanto al vino, beberá del mío y tocará más que las botellas de las que yo haya bebido. Pero Vuestra Excelencia quiere perderme para siempre, basta que hubo confianza de estos detalles aun sólo a la señorita Clelia; las mujeres son siempre mujeres, y si mañana se pelea con usted, pasa para vengarse,

contará esta treta a su padre, cuya más dulce alegría sería tener motivó para ahorcar a un carcelero. Después de Barbone quizá el más malo que hay en la fortaleza; este es el verdadero peligro de la situación de Vuestra Excelencia. El general sabe manejar el veneno, esté usted seguro de ello, y no me perdonaría la idea de tener tres o cuatro perrillos.

Hubo una nueva serenata. Ahora Grillo contestaba a todas las preguntas de Fabricio, cuidando, sin embargo, como había decidido de ser prudente y no hacer traición a la señorita Clelia, quien su opinión, aunque estaba a punto de casarse con el marqués Crencenzi, el hombre más rico de los estados de Parma, no dejaba hacer el amor, hasta donde los muros de la prisión lo permitía con el amable monsignore del Dondo. Contestó a las preguntas éste sobre la serenata, pero tuvo la imprudencia de añadir:

-Se cree que se casarán pronto.

Puede pensarse el efecto que esta sencilla palabra produjo en Fabricio.

Por la noche contestó a las señales de la lámpara, diciendo que estaba malo. Al día siguiente por la mañana, a las diez, Clelia presentó en la pajarera y Fabricio le preguntó con un tono de sermioniosa cortesía, nunca usado entre ellos, por qué no le había dicho sencillamente que amaba al marqués Crescenzi y que estaba a punto de casarse con él.

-Es que nada de eso es verdad -respondió Clelia con impaciencia. Pero es lo cierto que el resto de su contestación fue bien claro. Fabricio se lo hizo notar y aprovechó la ocasión para reproducir su petición de una entrevista. Clelia, que veía puesta en duda su buena fe, la concedió casi en seguida,

no sin hacer observe que se deshonraba para siempre a los ojos de Grillo. Ya entrada la noche vino, acompañada de su doncella, a la capilla de mármol negro; é detuvo en medio, al lado de la lámpara; la doncella Grillo se fueron a treinta pasos, cerca de la puerta. Clelia, temblorosa, había preparado un bello discurso, cuyo objeto era no hasta ninguna confesión comprometedor. Pero la lógica de la pasión apremiante; su profundo interés por saber la verdad no le permitió guardar vanas consideraciones, y al mismo tiempo la extrema devoción que siente hacia el objeto amado le quita todo temor de ofender. Fabricio quedó primero deslumbrado por la hermosura de Clelia; hacía cerca de ocho meses que no había visto de cera más que carceleros. Pero el nombre del marqués Crescenzi le devolvió toda su ira, que aumentó cuando vio que Clelia no le cono taba más que con prudentes precauciones; Clelia misma comprendió que en lugar de disipar las sospechas las aumentaba. Esta sensación fue demasiado cruel para su debilidad.

-¿Será para usted una gran felicidad -le dijo con una especie de cólera y con lágrimas en los ojos-, el haberme obligado a salta. por encima de todo lo que me debo a mí misma? Hasta el 3 de agosto del año pasado no había sentido sino aversión por los hombres que querían agradarme. Tenía un desprecio sin límites, acaso exagerado, por el carácter de los cortesanos, y todos los que en esta corte eran felices me desagradaban. Encontré, en cambio, muy sin guaires ,cualidades en un preso que el 3 de agosto fue traído a esta fortaleza. Sin darme cuenta de ello empecé por sentir los tormentos de los celos. Los encantos de una mujer excep-

cional, que yo bien conocía, eran otras tantas puñaladas para mi corazón, porque creía, y todavía lo creo un poco, que ese preso estaba tiernamente unido a ella. Bien pronto las persecuciones del marqués Crescenzi que había pedido mi mano, se hicieron más insistentes; es muy rico y nosotros carecemos de fortuna. Rechazaba yo esas atenciones con gran libertad de espíritu, pero mi padre pronunció la fatal palabra de convento: Comprendí que si dejaba la fortaleza, ya no podría velar sobre la vida del preso, cuya suerte me interesaba. La obra maestra de mis precauciones había sido que, hasta este momento, no sospechara él de ninguna manera los horrorosos peligro; que acechaban su existencia. Había tomado la firme resolución de no hacer traición ni a mi padre ni a mi secreto. Pero la mujer de admirable actividad, de superior talento, de voluntad terrible que protege al preso le ofreció, según creo, medios para evadirse. Él los rechazó y quiso persuadirme de que se negaba a abandonar la fortaleza por no alejarse de mí. Entonces cometí una falta grande que fue la de luchar durante cinco días; hubiera debido al instante dejar la fortaleza y refugiarme en el convento: esto, además, me proporcionaba un medio muy sencillo de romper con el marqués Crescenzi. Pero no tuve valor para irme de la fortaleza; soy una mujer perdida. He tomado afecto a un hombre ligero; sé cuál ha sido su conducta en Nápoles; ¿qué razones tengo para creer que haya cambiado de carácter? Encerrado en una prisión severa, ha cortejado a la única mujer a quien podía ver y que ha sido una distracción de su tedio. Como no podía hablarle, sino con cierta dificultad, esta diversión ha tomado la falsa apariencia de una pasión.

El tal preso se hizo un nombre en el mundo por su valentía, y se imagina demostrar que su amor es algo más que un capricho pasajero, exponiéndose a peligros bastante graves por ver a la persona a quien cree amar. Pero en cuanto esté en una gran ciudad, nuevamente envuelto en las seducciones del mundo, volverá a ser lo que siempre ha sido: un hombre entregado a la disipación, a la galantería. Y su pobre compañera de prisión acaba sus días en un convento, olvidada por el hombre ligero y con un remordimiento eterno de haberle hecho una confesión.

Este discurso histórico, del que hemos entresacado los hechas principales, fue interrumpido, como el lector lo supondrá, veinte veces por Fabricio. Estaba perdidamente enamorado y perfectamente convencido de que no había amado nunca antes de haber visto a Clelia, y de que el destino de su vida era el de vivir sólo para ella.

El lector se figura sin duda las hermosas cosas que diría, cuando la doncella vino a avisar a su ama de que acababan de dar las once y media y el general podía volver de un momento a otro; la separación fue cruel.

-Le veo quizá por última vez -dijo Clelia al preso-, una decisión que favorece de modo evidente los intereses de la facción Raversi, puede proporcionar a usted un modo cruel de probar que es inconstante.

Clelia dejó a Fabricio, ahogada en llanto y muerta de vergüenza, por no poder ocultarlo enteramente a su doncella y sobre todo al carcelero Grillo. Otra conversación no era posible más que cuando el general anunciase que iba a pasar la velada en la ciudad. Pero como desde la prisión de Fabri-

cio y el interés que inspiraba a la curiosidad de los cortesanos, había pensado el general que era prudente tener casi de continuo ataques de gota, resulta que sus salidas a la ciudad, sometidas a las exigencias de una política sabia, decidíanse muchas veces en el instante mismo de subir al coche.

Desde la entrevista en la capilla de mármol, la vida de Fabricio fue una serie de arrebatos de alegría. Grandes obstáculos, ciertamente, parecían aún oponerse a su felicidad; pero, en fin, tenía suprema dicha, que no se atrevió a esperar, de ser amado por la divinidad que llenaba todo su pensamiento.

A la tercera noche después de la entrevista, las señales de lámpara terminaron temprano, casi a las doce. En el momento en que terminaban, Fabricio sintió en la cabeza un tremendo golpe, era una bala de plomo que, lanzada por la parte superior de la pantalla, vino a romper los papeles untados de aceite que servían los cristales y cayó en el cuarto.

Esta bala, muy gorda, no era tan pesada, ni mucho menos, con se podía suponer por su volumen. Fabricio consiguió fácilmente abrirla y encontró una carta de la duquesa. Ésta, por medio d arzobispo, a quien halagaba cuidadosamente, había conquistado a un soldado de la guarnición de la fortaleza. Este hombre, que manejaba muy bien la honda, tenía orden de engañar a los soldados que estaban de centinela en las esquinas y en la puerta del palacio del gobernador o de arreglarse con ellos.

"Tienes que escaparte con cuerdas; tiemblo al darte este extraño aviso y vacilo en decírtelo desde hace más de dos ,meses; el porvenir oficial se entenebrece por tías y puede

ocurrir lo peor. A propósito, recomienza en seguida tus señales con la lámpara para demostrarnos que has recibido esta carta peligrosa; haz la señal de P, B y C a la monaca; es decir, cuatro, diez y dos. No respiraré hasta que haya visto la señal. Estoy en la torre. Se contestará N y O, siete y cinco. Una vez recibida por tí nuestra respuesta, no hagas más señales y ocúpate sólo de comprender mi carta.”

Fabrizio se apresuró a obedecer; hizo las señales convenidas que fueron seguidas de las respuestas anunciadas; luego continuó la lectura de la carta.

"Puede esperarse que ocurra lo peor; así me lo han declarado los tres hombres en que más confianza tengo, después de haberles hecho jurar sobre el Evangelio decirme la verdad, por cruel que pueda ser para mí. El primero de esos hombres es el que amenazó al cirujano denunciador, en Ferrara, de caer sobre él con una navaja abierta en la mano; el segundo es el que te dijo, a tu vuelta de Belgirate, que lo más estrictamente prudente hubiera sido dar un pistoletazo al criado que venia cantando por el bosque, conduciendo por la brida un hermoso caballo, algo flaco; el tercero no lo conoces, es un bandido amigo mío, hombre de acción, si los hubo, y tan valiente como tú; por eso, sobre todo, le he preguntado lo que debías hacer. Los tres me han dicho, sin saber ninguno que hubiese consultado con los otros, que más vale exponerse a romperse la cabeza que pasar aún once años y cuatro meses en continuo sobresalto por la idea de un veneno muy probable.

"Durante un mes deberás ejercitarte en tu cuarto en subir y bajar por una cuerda de nudos. Luego intentarás la em-

presa grande, un día de fiesta, en que la guarnición de la fortaleza haya recibido gratificación de vino; tendrás tres cuerdas de seda y cáñamo, del grueso de una pluma de cisne. La primera, de ochenta pies, te servirá para bajar los treinta y cinco pies que hay desde la ventana hasta los naranjos. La segunda, de trescientos pies, que es la más difícil de manejar por el peso, te servirá para bajar los ciento ochenta pies que tiene el muro de la torre grande; por último, la tercera, de treinta pies, te servirá para bajar el terraplén. Me paso la vida estudiando el gran muro del lado de levante, es decir, de Ferrara; una grieta que produjo una vez un terremoto, se repara con un contrafuerte que forma plano inclinado. Mi bandido asegura que él se compromete a bajar por ahí sin gran dificultad' sólo con algunos arañazos, dejándose ir por el plano inclinado que forma el contrafuerte. El espacio vertical no tiene más que veintiocho pies, abajo del todo; ese lado es el menos vigilado.

“Sin embargo, mi bandido, que se ha escapado tres veces de` cárcel, y a quien amarías si lo conocieras, aunque aborrece a la gente de tu casta, mi bandido, digo, ágil y dispuesto como tú, bien que preferiría bajar por el lado del poniente, exactamente frente al palacete en donde vivió Fausta, y que conoces bien. Lo que decide a adoptar ese lado es que el muro, aunque cae muy en línea recta, está casi todo cubierto de zarzas; hay briznas de madera un dedo de gordas, que pueden arañar si no se lleva cuidado, peque también pueden sostener. Esta mañana estaba yo mirando el lado de poniente con un excelente antejo; el lugar que hay que elegir está precisamente debajo de una piedra nueva que pusiera

hace dos o tres años en el parapeto. Verticalmente debajo de la piedra encontrarás primero un trecho liso de unos veinte pies; hay que bajar por ahí muy despacio (ya comprenderás cómo mi corazón tiembla al darte estas terribles instrucciones, pero el valor consiste en saber elegir el mal menor, por horrible que sea); después del trozo liso encontrarás ochenta o noventa pies de espesas zarzas, en las que se ven pájaros volar; luego, un espacio de treinta pique no tiene más que hierbas, alelís y parietarias. Después, al acercares al suelo, otros veinte pies de zarzas, y por último veinticinco treinta pies recientemente revocados.

"Lo que me decidiría por este lado es que en el suelo, deba precisamente de la piedra nueva del parapeto de arriba, hay una cabaña de madera construida por un soldado en su jardín, y que capitán de ingenieros de la fortaleza quiere obligarle a derribar tiene unos diez y siete pies de altura, y el tejado, que es de paja toca al muro de la fortaleza. Este tejado me atrae, porque en el caso de un accidente, amortiguaría la caída. Una vez que llegues aquí estarás en el recinto de las fortificaciones, bastante mal guardadas te detienen, dispara la pistola y defiéndete unos minutos. Mi amigo Ferrara y otro hombre de corazón, el que yo llamo mi bandido, tendrán escaleras y no vacilarán en escalar la fortificación, bastante baja, para acudir en tu ayuda.

"La fortificación no tiene más que veintiocho pies de altura y una escarpa muy grande. Yo estaré al pie de este último muro con gente armada.

"Espero que podré conseguir mandarte aún cinco o seis carta por el mismo conducto que ésta. Repetiré sin cesar lo

mismo en otros términos para que estemos bien de acuerdo. Figúrate con que ánimo te digo que el hombre del pistoletazo al criado del caballo flaco, que, después de todo, es el mejor de los hombres y se muerde arrepentimiento, cree que escaparás a lo sumo con un braza roto. Mi bandido, más experimentado en esta clase de expediciones, piensa que si quieres bajar muy despacio y sin apresurarse sobre todo, tu libertad no te costará más que algunos arañazos. La dificultad grande es tener cuerdas. En esto es en lo que pienso continuamente desde hace quince días, que esta idea magna ocupa toda mi imaginación.

"Nada contesto a esa locura, única cosa sin talento que has dicho en tu vida: No quiero escaparme. El hombre del pistoletazo al criado del caballo flaco, exclamó que el tedio te había vuelto loco. No te ocultaré que tememos un peligro inminentísimo, que acaso adelante el día de tu fuga. Para anunciarte ese peligro, la lámpara dirá varias veces consecutivas:

"El fuego ha prendido en el castillo.

"Y tú contestarás:

"¿Han sido quemados mis libros?"

La carta tenía aún cinco o seis páginas de detalles; estaba escrito en caracteres microscópicos sobre papel finísimo.

Todo esto es muy hermoso y está muy bien inventado, pensó Fabricio. Al conde y a la duquesa les debo un agradecimiento eterno; quizá crean que he tenido miedo, pero no me escaparé. ¿guí se escapa de un sitio en donde está en el colmo de la felicidad para ir a meterse en un horrible destierro en donde todo le faltar: hasta el aire para respirar? ¿Qué

haré al mes de estar en Florencia Me disfrazaré para venir a dar vueltas por la puerta de esta fortaleza y espiar una mirada.

A1 día siguiente, Fabricio tuvo miedo. Estaba en su ventana hacia las once, mirando el magnífico paisaje y esperando el feliz momento de ver a Clelia, cuando Grillo entró jadeante en el cuarto.

-Pronto, pronto, monseñor, échese en la cama, finja estar malo tres jueces suben. Vienen a interrogarle; piense bien antes de contestar; vienen para liarle a usted.

A1 decir esto, Grillo se apresuró a cerrar el postiguillo de 1 pantalla, empujó a Fabricio hacia su cama y echó sobre él dos o tres mantas.

-Diga usted que sufre mucho; hable poco. Sobre todo, haga usted que le repitan varias veces la pregunta para tener tiempo de reflexionar.

Los tres jueces entraron. No son jueces, pensó Fabricio al ve esas caras torcidas; no son jueces, son tres que se han fugado de las galeras. Tenían largas togas negras. Saludaron graves y, sin decir palabra, se sentaron en las tres únicas sillas que había en el cuarto.

-Señor Fabricio del Dongo -dijo el de más edad-, mucho no duele la triste misión que hemos de cumplir. Venimos a anunciarle la muerte de Su Excelencia el señor marqués del Dongo, su padre segundo mayordomo mayor del reino lombardoveneto, caballera gran cruz de la Orden de..., etc., etc.

Fabricio rompió a llorar; el juez prosiguió:

-La señora marquesa del Dongo, su madre, le comunica a usted la noticia en una carta; pero como ha añadido al re-

lato del hecho algunas reflexiones inconvenientes, la corte de justicia ha decretado ayer que esa carta le fuera a usted comunicada en extracto, y ese extracto es el que el señor escribano Bona va a leer.

Terminada la lectura, el juez se acercó a Fabricio, que no se había levantado de la cama, y le fue enseñando, en la carta de su madre, los pasajes cuya copia acababa de leerse. Fabricio pudo ver; en la carta las palabras injusta prisión, castigo cruel por un crimen que no es crimen, y comprendió la causa de esta visita de los jueces. En su desprecio por estos magistrados sin probidad, no les dijo exactamente sino las palabras siguientes:

-Estoy enfermo, señores, me muero de languidez y les ruego me dispensen por no levantarme.

Salieron los jueces. Fabricio lloró mucho y de pronto pensó ¿Soy un hipócrita? Me parecía que no le profesaba ningún cariño.

Aquel día y los días siguientes, Clelia estuvo muy triste; llame varias veces a Fabricio, pero apenas tuvo valor para decirle una palabra. Por la mañana del quinto día que siguió a la primer entrevista, le dijo que por la noche iría a la capilla de mármol.

-Poquísimas palabras puedo dirigirle -dijo al entrar. Estaba temblando tanto, que tenía que sostenerse sobre el hombro de su doncella. Le mandó que se situara a la entrada de la capilla: Va usted a darme su palabra de honor -añadió con voz apenas inteligible-, de que obedecerá a la duquesa e intentará escapar el día que ésta lo ordene, y del modo que

indique. Si no, mañana me voy a un convento, y juro aquí que en la vida le dirigiré a usted la palabra.

Fabricio permaneció mudo.

-Prometa usted -dijo Clelia fuera de sí, con las lágrimas en los ojos-, prometa o bien hablamos aquí por última vez. La vida que llevo es horrible: está usted aquí por culpa mía y cada día puede ser el último de su existencia.

En este momento, Clelia estaba tan débil, que tuvo que busca apoyo en un enorme sillón colocado antaño en mitad de la capilla para uso del príncipe preso; estaba a punto de ponerse mala.

-¿Qué hay que prometer? -dijo Fabricio desfalleciendo.

-Ya lo sabe usted.

-Juro, pues, precipitarme a sabiendas en una horrenda desventura y condenarme a vivir lejos de cuanto amo en el mundo.

-Prometa usted cosas concretas.

-Juro obedecer a la duquesa y escaparme el día que quiera como quiera. ¿Y qué será de mí lejos de usted?

-Jure usted que se escapará, suceda lo que suceda.

-¡Cómo! ¿Está usted decidida a casarse con el marqués Crecenzi en cuanto ya no esté yo aquí?

-¡Dios mío! ¿Qué alma cree usted que tengo?... Jure, o ni un momento de paz habrá en mi espíritu.

-Pues bien; juro que me escaparé de aquí el día que lo orden la señora Sanseverina, ocurra lo que ocurra.

Obtenido este juramento, Clelia estaba tan débil que tuvo que retirarse después de dar las gracias a Fabricio.

-Todo estaba preparado para irme al convento mañana por la mañana -le dijo-, si se hubiera empeñado usted en no salir de aquí. Le hubiera visto en este instante por última vez de mi vida había hecho promesa a la Virgen. Ahora, en cuanto pueda salir de mi cuarto, iré a examinar el muro terrible, por debajo de la piedra nueva de parapeto.

A1 día siguiente, Fabricio la encontró tan pálida que el verle le produjo intenso dolor. Ella le dijo desde la ventana de la pajarera. "No nos hagamos ilusión, amigo mío; como en nuestra amistad hay pecado, no dudo de que ocurrirá una desgracia. Será usted cogido durante la evasión y perdido para siempre, o peor aún; no obstante, hay que hacer lo que ordena la prudencia humana e intentarlo todo. Necesita usted para bajar de la torre grande un cuerda sólida de más de doscientos pies de largo. Por mucho que me afano desde que conozco el proyecto de la duquesa, no he podido proporcionarme más que unas cuerdas que, juntas, apenas si llegarán a cincuenta pies. Por orden del gobernador, todas las cuerdas que se encuentran en la fortaleza son quemadas, y toda las noches quitan las cuerdas de los pozos, las cuales son además tan malas que muchas veces se rompen al subir el leve peso del cubo. Pero ruegue a Dios que me perdone; hago traición a mi padre y me ocupo, hija desnaturalizada, en proporcionarle un disgusto mortal. Ruegue a Dios por mí, y si su vida sale salva, haga la promesa de consagrar todos sus días a la gloria de Dios.

Se me ha ocurrido una idea: dentro de ocho días saldré de la fortaleza para asistir a la boda de una hermana del marqués Crescenzi. Volveré por la noche, como es lo conve-

niente, pero haré cuanto pueda por volver muy tarde y quizá Barbone no se atreva a examinarme muy de cerca. A esa boda de la hermana del marqués irán las más grandes damas de la corte y sin duda la señora Sanseverina. ¡En nombre de Dios!, consiga que una de las damas me entregue un paquete de cuerdas bien apretadas, no muy gruesas, y reducidas al más pequeño volumen. Aunque tuviera que exponerme a mil muertes, emplearé los medios más peligrosos para introducir este paquete de cuerdas en la fortaleza, con olvido gravísimo, ¡ay de mí!, de todos mis deberes. Si mi padre lo averigua, no le volveré a ver a usted; pero sea cual sea el porvenir que me espera, me consideraré feliz, dentro de los límites de un cariño de hermana, si puedo contribuir a salvar a usted.”

Aquella misma noche, en la correspondencia nocturna por medio de la lámpara, Fabricio comunicó a la duquesa la ocasión única que había para introducir en la fortaleza una suficiente cantidad de cuerda. Pero le suplicaba que guardase el secreto aun para el conde, cosa que pareció extraña. Está loco, pensó la duquesa. La prisión le ha cambiado y toma las cosas por lo trágico. Al día siguiente, una bala de plomo, lanzada por el hondero, trajo al preso el anuncio del mayor peligro posible; la persona que se encargaba de entrar r las cuerdas, decía 'la carta, le salvaba positivamente la vida. Fabricio se apresuró a dar a Clelia esta noticia. La bala de plomo traía también un dibujo muy exacto del muro de poniente, por el que debía bajar de lo alto de la torre grande en el espacio comprendido entre los baluartes. Desde este lugar era luego bastante fácil escapar, porque la fortificación no tenía, como se ha dicho, más de veintitrés pies de altura.

En la otra cara del plano había escrito con letra muy pequeña un soneto magnífico: un alma generosa alentaba a Fabricio a fugarse y a no dejar que su espíritu se envileciera y su cuerpo se debilitara por once años de cautiverio.

Aquí hemos de interrumpir por un momento el relato de esta audaz empresa para dar cuenta de un detalle necesario, que explica en parte el valor que tuvo la duquesa aconsejando a Fabricio tan peligrosa fuga.

Como todos los partidos que no ocupan el poder, el partido de la Raversi no estaba muy unido. El caballero Riscara aborrecía al fiscal Rassi, a quien acusaba de haberle hecho perder un importante pleito en el que, en verdad, el caballero Riscara no tenía la razón. Por medio de Riscara el príncipe recibió un aviso anónimo diciendo que una copia de la sentencia de Fabricio había sido enviada oficialmente al gobernador de la fortaleza. La marquesa Raversi, hábil jefe de partido, sintió grandísima contrariedad al conocer este paso en falso dado por Riscara, y en seguida se lo hizo saber a su amigo el fiscal general; parecíale muy natural que Rassi quisiera sacar algo del ministro Mosca mientras éste estaba aún en el poder. Rassi se presentó intrépido en palacio, pensando que saldría del paso con algunos puntapiés; el príncipe no podía pasar sin tan hábil jurisconsulto, y Rassi había desterrado por liberales a un juez y a un abogado, únicos hombres del país que habrían podido sustituirle.

El príncipe, fuera de sí, le abrumó a insultos y se fue hacia él para pegarle.

-Pues bien; es una distracción del empleado -respondió Rassi con la mayor sangre fría-. La ley lo prescribe, y debería

haberse hecho al día siguiente de la entrada de del Dongo en la fortaleza. El empleado, celoso de cumplir su obligación, habrá creído que era un olvido y me habrá puesto a la firma la carta de envío, como una formalidad sin trascendencia.

-Y ¿quieres hacerme tragar esas mentiras, mal pergeñadas? -exclamó el príncipe furioso-. Di más bien que estás vendido a ese bribón de Mosca y que por eso te ha dado la cruz. Pero ¡por Dios! que no van a ser golpes esta vez. Te enjuiciaré y te echaré vergonzosamente de tu cargo.

-¡A que no me enjuicia Vuestra Alteza! -respondió Rassi con gran aplomo; sabia que éste era el mejor medio de calmar al príncipe-. La ley está de mi parte y no tiene Vuestra Alteza a un segundo Rassi para saber eludirla. Y tampoco me echará Vuestra Alteza de mi puesto, porque hay momentos en que vuestro carácter es severo; entonces, Señor, tenéis sed de sangre, pero al mismo tiempo empeño en conservar la estimación de los italianos razonables; esa estimación es condición indispensable para vuestras ambiciones. En fin, me volverá a llamar Vuestra Alteza en el primer acto de severidad que le exija su carácter, y, como de costumbre, le proporcionaré una sentencia legal, pronunciada por jueces tímidos y bastante honrados, lo cual satisfará las pasiones de Vuestra Alteza. Encontrad, Señor, en vuestros estados, otro hombre que os sea como yo.

Dicho esto, Rassi echó a correr. Había salido del paso con reglazo en la cabeza y cinco o seis puntapiés. Al salir de palacio fue a sus tierras de Riva; tenia miedo de que el príncipe le mandase dar una puñalada en el primer arrebato de ira; pero no dudaba de que antes de quince días vendría un

correo a llamarlo a capital. El tiempo que pasó en el campo lo empleó en organizar un medio seguro de corresponder con el conde Mosca. Estaba locamente enamorado del título de barón, y pensaba que el príncipe tenía en demasiada estimación esa cosa sublime, que es la nobleza para conferírsele nunca. Mientras que el conde, orgulloso de alcurnia, no estimaba más que la nobleza anterior a 1400.

El fiscal general no se había engañado en sus previsiones. Apenas llevaba ocho días en su casa de campo, cuando llegó por casualidad un amigo del príncipe que le aconsejó volviera a Parma s demora. El príncipe le recibió riendo, púsose luego muy serio le hizo jurar sobre los Evangelios que guardaría el secreto de que iba a decirle. Rassi juró muy grave, y el príncipe, con los ojos inflamados por el odio, exclamó que no sería el amo en sus est dos mientras viviera Fabricio del Dongo.

-No puedo -añadió-, ni echar a la duquesa ni soportar su presencia; sus miradas son un reto y no me dejan vivir.

Después de dejar al príncipe explicarse largamente, Rassi fingiendo una extremada vacilación, exclamó:

-Vuestra Alteza será obedecida, sin duda, pero la cosa es una dificultad tremenda. No se puede condenar a muerte a un d Dongo por el homicidio de un Giletti; ya es un éxito formidable haber podido sacar de eso doce años de fortaleza. Además, sospecha que la duquesa ha descubierto a tres de los aldeanos que trabajaban en las excavaciones de sanguigna, y que estaban fuera del pozo cuando el bribón de Gijetti atacó a del Dongo.

-Y ¿dónde están esos testigos? dijo el príncipe furioso.

-Escondidos en Piamonte, supongo. Haría falta organizar un conspiración contra la vida de Vuestra Alteza...

-No, ese medio tiene su peligro -dijo el príncipe-, hace pensar en la cosa.

-Pues entonces -dijo Rassi con fingida ignorancia-, ese es todo mi arsenal oficial.

-Queda el veneno...

-Pero ¿quién lo administrará? ¿Será ese imbécil de Conti?

-¡Psé! Según se dice, no sería la primera vez.

-Habría que encolerizarlo -replicó Rassi-, y además, cuando mandó al otro mundo al capitán, no tenía treinta años y estaba enamorado y era mucho menos pusilánime que ahora. Sin duda, todo debe ceder ante la razón de Estado; pero así cogido de improviso y a primera vista, no veo para ejecutar las órdenes del soberano más que a un tal Barbone, empleado escribiente en la prisión, a quien del Dongo derribó de una bofetada el día de su entrada en la cárcel.

Ya estaba a gusto el príncipe y la conversación fue infinita; terminó concediendo el príncipe a su fiscal general un plazo de un mes. Rassi quería dos meses. Al día siguiente recibió una gratificación secreta de mil monedas de oro. Durante tres días reflexionó; al cuarto día volvió a su primer razonamiento que le parecía evidente: sólo el conde Mosca tendrá el valor de cumplir su palabra, porque al hacerme barón, no me da una cosa que él estima en mucho; además avisándole, me salvo probablemente de un crimen que ya he cobrado por adelantado y, por último, me vengo de los primeros golpes humillantes que ha recibido el caballero Rassi.

A la noche siguiente comunicó al conde Mosca su conversación con el príncipe.

El conde cortejaba en secreto a la duquesa. A su casa, ciertamente, no iba más de dos veces al mes. Pero casi todas las semanas y además siempre que él sabía provocar ocasiones de hablar de Fabricio, la duquesa acompañada de Chekina, venía por la noche a pasar unos momentos en el jardín del conde. La duquesa sabía engañar a su mismo cochero, que le era devoto y que creía que estaba de visita en una casa próxima.

En cuanto hubo recibido el conde la terrible confidencia del fiscal, hizo a la duquesa la señal convenida. Aunque era muy entrada la noche, la duquesa le rogó por medio de Chekina que viniese al instante a su casa. El conde, encantado como un joven enamorado, de esa apariencia de intimidad, vacilaba sin embargo en decírselo todo a la duquesa. ¡Temía verla loca de dolor! Después de haber buscado medias palabras para mitigar la fatal nueva, acabó sin embargo por decírselo todo. No estaba en su poder el guardar un secreto que ella le exigiera decir. Pero nueve meses de desventura extremada habían tenido una gran influencia en esta alma ardiente, fortificándola, y la duquesa no se deshizo en lágrimas o en quejas. A la noche siguiente, mandó hacer a Fabricio la señal de peligro.

El fuego ha prendido en el castillo.

Y él contestó:

-¿Se han quemado mis libros?

Esa misma noche tuvo la fortuna de hacerle llegar una carta en una bala de plomo. Ocho días después se verificó el

LA CARTUJA DE PARMA

matrimonio de la hermana del marqués Crescenzi, donde la duquesa cometió una enorme imprudencia de la que ya hablaremos.

XXI

En la época de sus desgracias, ya hacia casi un año, la duquesa había conocido a un hombre extraño. Un día, en que tenía la luna, como se dice en aquella tierra, se le ocurrió de pronta por la tarde, irse a su castillo de Sacca, situado más allá de Colorno en la colina que domina al Po. Se divertía embelleciendo esa fina amaba el amplio bosque que corona la colina y toca al castillo mismo y se ocupaba en abrir en él senderos que tuvieran vistas pintorescas.

-El mejor día la raptan a usted los bandidos, hermosa duques -le decía una vez el príncipe-; es imposible que un bosque en donde se sabe que usted se pasea, permanezca desierto.

El príncipe miraba al conde, cuyos celos quería excitar.

-Nada temo, Alteza Serenísima -respondió la duquesa con un ingenuo-, cuando paseo por mis bosques. Tengo un pensamiento que me tranquiliza: no he hecho daño a nadie ¿quién puede odiarme?

Estas palabras fueron consideradas como una audacia; recordaban las injurias que proferían los liberales del país, gente insolentísima.

El día del paseo de que hablamos, las palabras del príncipe volvieron a la memoria de la duquesa, al ver a un hombre muy mal vestido que la seguía de lejos por el bosque. En un recodo imprevisto que hizo la duquesa en su paseo, este desconocido se halló tan cerca de ella, que tuvo miedo. En el primer movimiento, llamó a guarda que había dejado a mil pasos de allí, en la explanada d flores, cerca del castillo. El desconocido tuvo tiempo de acercarse a ella, y se echó a sus plantas. Era joven, hombre guapo, alto, per malísimamente trajeado; sus ropas tenían rotos largos de dos cuantas; pero en sus ojos llameaba un alma ardiente.

-Soy un condenado a muerte, soy el médico Ferrante Palla, m muero de hambre con mis cinco hijos.

La duquesa había notado que estaba horriblemente flaco; pera sus ojos eran tan hermosos, tan llenos de tierna exaltación, que disiparon la idea de crimen. Pallazi, pensó, habría debido pone esos ojos al San Juan en el desierto que acaba de pintar para la catedral. La idea de San Juan le fue sugerida por la increíble delgadez de Ferrante. La duquesa le dio tres monedas de oro de si bolsa, disculpándose de lo poco que era, porque acababa de paga: una cuenta a su jardinero. Ferrante le dio las gracias más efusivas.

-¡Ay! -le dijo-; antes vivía en las ciudades y veía a mujeres elegantes; desde que, cumpliendo mis deberes de ciudadano, me ha hecho condenar a muerte, vivo en los bosques y la seguía a usted no para pedir limosna, ni robar, sino como

un salvaje fascinado por una angelical belleza. ¡Hace tanto tiempo que no he visto dos hermosas manos blancas!

-Levántese -dijo la duquesa; pues Ferrante había permanecido arrodillado.

-Permita usted que siga así -le dijo Ferrante-, esta postura me prueba que no estoy ahora ocupado en robar y me tranquiliza. Pues ha de saber que robo para vivir desde que me impiden ejercer mi profesión. Pero en este momento no soy más que un sencillo mortal que está en adoración ante la belleza sublime.

La duquesa comprendió que Ferrante estaba algo loco, pero no tuvo miedo. Veía en los ojos de este hombre un alma ardiente buena y además no miraba con disgusto las fisonomías extraordinarias.

-Soy médico y en Parma cortejaba a la mujer del boticario Sarasine. Nos sorprendió el marido y la echó de casa con tres niños que, con cazón, sospechaba ser míos y no suyos. Después he tenido otros dos hijos más. La madre y los cinco niños viven en la última miseria, en el fondo de una especie de cabaña que he construido en el bosque con mi propia mano. Pues he de preservarme de los guardias, y la pobre mujer no quiere separarse de mí. Fui condena; do a muerte y muy justamente: conspiraba. Aborrezco al príncipe, que es un tirano. No me escapé por falta de dinero. Mis desgracias son mucho mayores y hubiera debido matarme mil veces. Ya no amo a la desgraciada que me ha dado esos cinco hijos y se ha perdido por mí; amo a otra. Pero si me mato, los cinco hijos y la madre morirán literalmente de hambre.

Este hombre hablaba con el acento de la sinceridad.

-Pero ¿cómo vive usted? -le preguntó la duquesa consternada.

-La madre hila; la hija mayor es alimentada en una granja de liberales en donde guarda los rebaños; yo robo en el camino de Plasencia a Génova.

-¿Cómo concierta usted el robo con sus principios liberales?

Tomo nota de la gente a quien robo y si alguna vez tengo algo, les devolveré las sumas robadas. Estimo que un tribuno del pueblo, como yo, ejecuta un trabajo que, en razón de su peligro, vale cien francos mensuales; así, pues, me guardo muy bien de tomar más de mil doscientos francos al año. Miento: robo algo más de esa suma para hacer frente a los gastos de imprenta de mis obras.

-¿Qué obras?

-*La... ¿tendrá algún día una cámara y un presupuesto?*

-¡Cómo! dijo la duquesa extrañada, usted es, pues, señor, uno de los más grandes poetas del siglo, el famoso Ferrante Palla.

-Famoso, quizá, pero muy desgraciado, de seguro.

-¡Y un hombre de su talento, señor mío, tiene que robar para vivir!

-¡Quizá sea por eso por lo que tengo algún talento! Hasta aquí todos nuestros autores, que se han dado a conocer, eran gente pagada por el gobierno o por el culto que querían minar. Yo, primero, expongo mi vida; además, piense usted, señora, en las reflexiones que me agitan cuando voy a robar. ¿Estoy en lo cierto? me digo. El cargo de tribuno ¿proporciona al bien común servicios que valen realmente

cien francos al mes? Tengo dos camisas, el traje que usted ve, unas armas malas, y estoy seguro de acabar en la horca; me atrevo a creer que soy desinteresado. Sería feliz, sin ese amor fatal que ya no me deja encontrar en la compañía de la madre de mis hijos sino desventura y dolor. La pobreza, por fea, me pesa: gustarme los bellos trajes, las manos blancas. Miraba las de la duquesa de tal suerte que a ésta le entró miedo.

-Adiós, señor -le dijo-, ¿puedo servirle en Parma para alguna cosa?

-Piense alguna vez en esta cuestión: La misión de este hombre es despertar los corazones, impedir que se duerman en la falsa felicidad material que dan las monarquías. El servicio que presta a sus conciudadanos, ¿vale cien francos al mes?... Mi desgracia es amar -dijo con voz muy dulce-, y desde hace dos años, mi alma la llena técnicamente su imagen; pero hasta aquí la he visto a usted sin infundirle miedo.

Y se fue corriendo con prodigiosa rapidez que extrañó a la duquesa la tranquilizó. Trabajo les costaría a los guardias cogerlo, pensó; en efecto, está loco.

-Está loco -le dijeron sus criados-; todos sabemos, desde hace tiempo, que el pobre hombre está enamorado de la señora; cuando la señora está aquí, lo vemos errante en las partes más altas del bosque; y en cuanto la señora se va, viene a sentarse en los mismos sitios en donde la señora se ha parado; recoge cuidadosamente las flores que se han caído del ramillete de la señora y las lleva durante mucho tiempo prendidas en su viejo sombrero.

-¡Y nunca me habéis hablado de esas locuras! -dijo la duquesa casi en tono de amonestación.

-Temíamos que la señora lo dijera al ministro Mosca. ¡El pobre Ferrante es tan bueno! Nunca ha hecho daño a nadie, y porque ama a nuestro Napoleón, le han condenado a muerte.

La duquesa no dijo palabra al ministro de este encuentro y como desde hacia cuatro años era el primer secreto que tenía para él, veinte veces tuvo que pararse en medio de una frase. Volvió a Sacca con oro; Ferrante no se dejó ver. Volvió otra vez, a los quince días; Ferrante después de haberla seguido durante algún tiempo, dando saltos por el bosque a cien pasos de distancia, corrió a ella como una flecha y se prosternó a sus plantas como la vez primera.

-¿Dónde estaba usted hace quince días?

-En el monte, más allá de Novi, robando a unos arrieros que volvían de Milán de vender aceite.

-Tome esta bolsa.

Ferrante abrió la bolsa, cogió una moneda de oro que besó y guardó en su seno; luego devolvió la bolsa.

-¡Me devuelve usted la bolsa y roba!

-Sin duda; lo que yo he estatuido es no tener nunca más de cien francos; pues, bien, ahora la madre de mis hijos tiene ochenta francos y yo tengo veinticinco, luego estoy en deuda de cinco francos. Si ahora me ahorcaran, tendría remordimientos. He tomado esa moneda porque proviene de usted y porque la amo.

El tono de estas sencillas palabras, fue perfecto. Ama realmente, pensó la duquesa.

Aquel día pareció completamente perturbado. Dijo que en Parma le debían seiscientos francos y que con esa suma haría algunas reparaciones en su cabaña en la que sus hijos ahora se resfriaban.

-Pues yo le adelantaré a usted esos seiscientos francos dijo la duquesa conmovida.

-Pero, entonces, ya que soy hombre público, ¿no podría el partido contrario calumniarme y decir que me vendo?

La duquesa enternecida le ofreció un escondrijo en Parma, si juraba que, por el momento no ejercería su magistratura en la ciudad y sobre todo no pondría en ejecución ninguna de las penas de muerte que, según decía, llevaba in petto.

-Y si me cogen por mi imprudencia -dijo gravemente Ferrante-, entonces todos esos bribones tan dañinos para el pueblo, vivirían largos años. ¿De quién será la culpa? ¿Qué me dirá mi padre. al recibirme allí arriba?

La duquesa le habló mucho de sus hijitos a quienes la humedad podía causar enfermedades mortales; acabó Ferrante por aceptar el ofrecimiento de un escondrijo en Parma.

El viejo duque Sanseverina, en el único día que pasó en Parma desde su matrimonio, había enseñado a la duquesa un escondrijo muy extraño que existe en el ángulo meridional de su palacio. El muro de fachada que data de la Edad Media tiene ocho pies de espesor; lo han ahuecado por dentro y hay en él un escondrijo de veinte pies de altura por sólo dos de anchura. Junto a ese muro puede admirarse el depósito de agua, del que hablan todos los viajeros, obra famosa del siglo

XII construida durante el sitio de Parma por el emperador Sigismundo y comprendida más tarde en el recinto del palacio Sanseverina.

Se entra en el escondrijo haciendo girar una enorme piedra, sobre un eje de hierro que pasa por el centro del bloque. La duquesa estaba tan hondamente conmovida por la locura de Ferrante y la suerte de sus hijos, para los cuales negábase éste obstinadamente aceptar todo obsequio de algún valor, que le permitió hacer uso del escondrijo durante bastante tiempo. Lo volvió a ver un mes después, siempre en los bosques de Sacca y como aquel día estaba algo más tranquilo, le recitó uno de sus sonetos que le pareció igual o superior a cuanto se ha escrito de más hermoso en Italia desde hace dos siglos. Ferrante obtuvo varias entrevistas; pero su amor se exaltó, llegó a hacerse importuno, y la duquesa se dio cuenta de que esa pasión seguía el mismo proceso que siguen todos los amores desgraciados, cuando llegan a entrever la posibilidad de concebir alguna esperanza. Le mandó volviera a sus bosques y le prohibió que le dirigiese la palabra: Ferrante obedeció al momento con una sumisión perfecta. Así estaban las cosas, cuando Fabricio fue detenido. Tres días después, a la caída de la tarde, presentóse un capuchino a la puerta del palacio Sanseverina; tenía que comunicar, según decía, un importante secreto a la dueña de casa. La duquesa se sentía tan agobiada, que le mandó entrar: era Ferrante.

-Aquí se está cometiendo una nueva iniquidad, de la que el tribunal del pueblo debe tomar conocimiento -le dijo este hombre loco de amor-. Por otra parte, como simple partícula

-añadió-, no puedo dar a la señora duquesa Sanseverina, más que mi vida; y se la traigo.

Este sincero sacrificio por parte de un ladrón y de un loco, con movió vivamente a la duquesa. Habló largamente con este hombre que pasaba por ser el poeta más grande del norte de Italia, y lloro mucho. He aquí un hombre que comprende mi corazón, pensaba. Al día siguiente volvióse a presentar Ferrante, también a la horade la oración, disfrazado de criado con librea.

-No he salido de Parma: he oído decir una cosa horrenda que mis labios no repetirán. Pero aquí estoy. Piense, señora, en lo que rechaza. El que aquí ve usted no es una muñequita de corte, es un hombre -se había arrodillado al pronunciar estas palabras, con un aire heroico que les daba todo su valor-. Ayer -añadió-, dije para mí: Ha llorado en mi presencia, luego es algo menos desgraciada.

-Pero, señor, piense usted en los peligros que le rodean, le vana detener en esta ciudad.

-El tribuno contestará: Señora, ¿qué es la vida cuando habla el deber? El hombre desgraciado cuyo dolor es sentir que no arde ya en noble pasión por la virtud, desde que se consume de amor, añadirá: Señora duquesa, Fabricio, hombre de corazón, va a perecer quizá; ¡no rechace a otro hombre de corazón que se ofrece! Aquí tiene usted un cuerpo de hierro y un alma que sólo teme en el mundo. desagradar a su ídolo.

-Si me vuelve usted a hablar de sus sentimientos, le cierrro mi puerta para siempre.

La duquesa pensó, esa tarde, en anunciar a Ferrante que iba a dar una pequeña pensión a sus hijos, pero tuvo miedo de que saliera de Vi para matarse.

Apenas hubo salido cuando llena de funestos presentimientos, dijo para sí: Yo también voy a morir, y ojalá fuera pronto; si encontrase un hombre digno de ese nombre a quien recomendar a mi pobre Fabricio.

Una idea se le ocurrió a la duquesa. Cogió un pedazo de papel y reconoció por un escrito en el que mezcló todos los términos jurídicos que sabía, que había recibido de Ferrante Palla la cantidad de veinticinco mil francos, bajo la condición expresa de pagar todos los años una renta vitalicia de mil quinientos francos a la señora Sarasine y a sus cinco hijos. La duquesa añadió: Además dejo una renta vitalicia de trescientos francos a cada uno de esos cinco niños, bajo la condición expresa de que Ferrante Palla prodigaré sus cuidados, como médico, a mi sobrino Fabricio. Se lo ruego. Firmó, puso la fecha del año anterior y guardó el papel.

Dos días después reapareció Ferrante. Era en el momento en que se conmovía la ciudad por los rumores de la próxima ejecución de Fabricio. Esta triste ceremonia ¿iba a tener lugar en la fortaleza o bajo los árboles del paseo? Varios hombres del pueblo fueron a pasearse aquella tarde por el lado de la fortaleza, a ver si estaba ya levantado el cadalso. Este espectáculo había conmovido a Ferrante. Encontró a la duquesa anegada en llanto e incapaz de hablar. Ella le saludó con la mano y le señaló un asiento. Ferrante disfrazado de capuchino estaba soberbio; en lugar de sentarse, se hincó de rodillas y rezó devotamente, a media voz. En un momento

en que la duquesa parecía algo más tranquila, interrumpió un instante su oración y, sin variar de postura, dijo estas palabras:

-Otra vez ofrece su vida.

-Piense usted en lo que dice -exclamó la duquesa con esa mirada turbia que, después del llanto, anuncia que la cólera va a predominar sobre el dolor enternecido.

-Ofrece su vida para ser obstáculo al destino de Fabricio a para vengarlo.

-Hay circunstancias -replicó la duquesa-, en que podría aceptar el sacrificio de su vida.

Ella le miraba con atención severa. Un resplandor de alegría brilló en los ojos de Ferrante; se levantó rápido y alzó los brazos al cielo. La duquesa fue a buscar un papel oculto en el secreto de un armario de nogal.

-Lea -dijo a Ferrante.

Era la donación de que hemos hablado, en favor de sus hijos.

Las lágrimas, los sollozos impedían a Ferrante leer el final; cayó de rodillas.

-Devuélvame ese papel -dijo la duquesa, y delante de él lo quemó en la bujía.

-No debe mi nombre -añadió- pronunciarse si es usted cogido y ejecutado; pues en esto arriesga usted la vida.

-Mi alegría es morir hiriendo al tirano; una alegría mucho mayor es morir por usted. Dicho esto y entendido bien, dígnese no mencionar ese detalle de dinero que me parecerá una duda injuriosa.

-Si es usted cogido y deja usted pruebas, pueden llegar quizá hasta mi -replicó la duquesa-, y a Fabricio detrás de mi. Por eso y no porque dude de su valentía, exijo que el hombre que me parte el corazón muera por el veneno y no por el hierro. Por la misma razón importante para mi, le ordeno a usted que haga cuanto pueda por escapar.

-Ejecutaré fielmente, puntualmente y prudentemente. Preveo señora duquesa, que mi venganza irá mezclada con la vuestra; aun que fuera de otro modo, obedeceré asimismo fielmente, puntualmente y prudentemente. Puedo no conseguirlo; pero emplearé e ello toda mi fuerza de hombre.

-Se trata de envenenar al matador de Fabricio.

-Ya lo había adivinado y desde hace veintisiete meses que lleva esta vida errante y abominable, he pensado mucho, por mi cuenta en un acto semejante.

-Si soy. descubierta y condenada por cómplice - prosiguió la duquesa en tono orgulloso-, no quiero que se me pueda acusar d haberle seducido a usted. Le ordeno que no intente verme hasta la época de nuestra venganza. Se trata de no darle muerte antes de momento en que yo dé la señal. Su muerte ahora, por ejemplo, m seria funesta lejos de serme útil. Probablemente no deberá ocurrir hasta dentro de varios meses, pero ocurrirá. Exijo que muera envenenado y preferiría dejarle vivo que verlo muerto de un tiro. Por intereses que no quiero explicar, exijo que salve usted su vida.

Ferrante oía encantado a la duquesa expresarse en ese ton autoritario. Sus ojos brillaban con profunda alegría. Como ya 1 hemos dicho, Ferrante estaba muy delgado, pero se veía que en s primera juventud había sido muy hermoso y

todavía creía ser que fue. ¿Estoy loco?, pensó, ¿o la duquesa querrá un día, cuan le haya dado esa prueba de devoción, hacerme el hombre más feliz? Y, después de todo, ¿por qué no? ¿No valgo yo tanto como es muñeco de conde Mosca que, en la ocasión presente, nada ha podido hacer por ella, ni siquiera organizar la evasión de monsignor Fabricio?

-Puedo querer su muerte mañana mismo -continuó la duquesa sin abandonar el tono autoritario-. Ya conoce usted ese inmenso depósito de agua que está en la esquina del palacio, muy cerca di escondrijo que alguna vez ha ocupado usted. Pues bien, hay u medio secreto de hacer que el agua toda se vierta en la calle. Es será la señal de mi venganza. Si está usted en Parma lo verá; si e los bosques, oirá decir que el gran depósito del palacio Sanseverin ha reventado. Ejecute en seguida, pero por medio del veneno esponga su vida lo menos posible. Que nadie nunca sepa que y he andado metida en este asunto.

-Las palabras son inútiles -dijo Ferrante con entusiasmo m: reprimido-; ya tengo fijados los medios que emplearé. La vida d ese hombre me es más odiosa aún de lo que me era, puesto que n me atreveré a ver a usted antes de su muerte. Esperaré la señal de depósito reventando en la calle.

Saludó bruscamente, salió. La duquesa le miraba ir.

Cuando estuvo en la otra habitación, le llamó.

-Ferrante -exclamó-, ¡hombre sublime!

Volvió, como impaciente por verse retenido. Su figura, su rostro eran en este momento soberbios.

-¿Y sus hijos?

-Señora, serán más ricos que yo; usted les concederá quizá alguna pequeña pensión.

-Tome -le dijo la duquesa entregándole una especie de estuche de madera de olivo-, ahí van todos los diamantes que me quedan: valen cincuenta mil francos.

-¡Ah, señora!, usted me humilla... -dijo Ferrante con un movimiento de horror. Su rostro se alteró por completo.

-No le volveré a ver antes del acto: tome, lo quiero - añadió la duquesa con un aire tan altivo, que Ferrante quedó aterrado.

Metió el estuche en su bolsillo y salió.

A1 salir, cerró la puerta. La duquesa volvió a llamarle. Entró de nuevo con aire inquieto; la duquesa estaba de pie en medio del salón; se echó en sus brazos. A1 cabo de un momento Ferrante se desvaneció casi de felicidad. La duquesa se desasíó de sus brazos y con los ojos le señaló la puerta.

Éste es el un o hombre que me ha comprendido, pensaba. Así hubiera hecho Fabricio, si hubiera podido oírme.

Los dos rasgos esenciales del carácter de la duquesa eran, primero: que lo que una vez había querido, lo quería siempre y segundo: que nunca volvía a deliberar acerca de lo que había decidido una vez. Sobre esto citaba la frase de su primer marido, el amable general Pietranera: ¡Qué insolencia para conmigo mismo!, decía, ¿porqué he de creer que tenga más talento ahora que cuando tomé aquella decisión?

Desde este momento, una especie de alegría reapareció en el carácter de la duquesa. Antes de la resolución fatal, a cada paso que su espíritu daba, a cada cosa nueva que veía, tenía el sentimiento de su inferioridad con respecto al prin-

cipe, de su debilidad; sentíase vencida y engañada cobardemente; y el conde Mosca, por culpa de su espíritu cortesano, había secundado inocentemente al príncipe. Pero en cuanto hubo resuelto su venganza, sintió su fuerza y a cada paso afianzaba en ella una especie de dicha. Me inclino a creer que la inmortal felicidad que los italianos sienten en la venganza, proviene de la fuerza de imaginación de este pueblo; los hombres de los demás países no perdonan propiamente, sino que olvidan.

La duquesa no volvió a ver a Palla hasta los últimos tiempos de la prisión de Fabricio. El lector habrá, sin duda, adivinado que él fue quien dio la idea de la evasión. Había en los bosques de Sacca, a dos leguas del castillo, una torre medioeval, casi en ruinas que tenía más de cien pies de altura. Antes de hablar por segunda vez de evasión a la duquesa, Ferrante le suplicó que enviase a Ludovico, con hombres seguros, a que colocasen una serie de escalera; al lado de esa torre. En presencia de la duquesa, subió Palla por las escaleras y bajó luego de la torre por una cuerda de nudos; repitió por tres veces el experimento y explicó de nuevo su idea. Ocho días después, quiso Ludovico también bajar de esa vieja torre por la cuerda de nudos. Entonces fue cuando la duquesa comunicó su idea a Fabricio.

En los últimos días que precedieron al intento de evasión, que podía acarrear, de varios modos, la muerte del preso, la duquesa no hallaba un instante de tranquilidad como no estuviese Ferrante a su lado. El valor de este hombre excitaba el suyo. Pero se comprende bien que tenía que ocultar al conde tan extraña vecindad. No temía que se rebelase el con-

de, pero sus objeciones la hubiera afligido mucho y aumentado sus inquietudes. ¡Cómo! ¡Tomar de consejero íntimo a un loco rematado, a un condenado a muerte! además de eso, añadía la duquesa hablando consigo misma, ¡a un hombre que más adelante puede hacer cosas tan extrañas! Ferrante estaba en el salón de la duquesa cuando el conde vino a contarle la conversación. Sin que el príncipe había tenido con Rassi; y cuando el conde hubo salido, la duquesa tuvo que esforzarse muchísimo para impedir que Ferrante fuera sin demora a realizar un horrible designio.

-¡Ahora soy fuerte! -exclamaba el loco-. ¡Ya no tengo dudas acerca de la legitimidad de la acción!

-Pero en el momento de ira, que seguirá inevitablemente, ser Fabricio muerto.

-Así se le ahorra el peligro de ese descenso de la torre. Es posible y hasta fácil -añadió-; pero el joven carece de experiencia.

Celebróse el matrimonio de la hermana del marqués Crescenzi y en la fiesta que se dio, fue donde la duquesa encontró a Clelia pudo hablarle sin despertar las sospechas de los observadores de la buena sociedad. La duquesa misma entregó a Clelia el paquete de cuerdas, en el jardín, adonde las damas habían pasado a refrescarse un poco. Las cuerdas, cuidadosamente fabricadas mitad de seda mitad de cáñamo, con nudos, eran muy menudas y flexibles; Ludovico había probado su solidez y en todos sus trozos podían aguantar sin romperse un peso de ocho quintales. Habíanse comprimido manera que entraban varios paquetes de la forma de un volumen in quarto. Clelia las tomó y prometió a la duquesa que

todo lo humanamente posible se haría para que llegasen los paquetes a la torre Farnesio.

-Pero me inquieta la timidez de su carácter de usted, y además -añadió cortésmente la duquesa-, ¿qué interés puede inspirarle usted, desconocido?

-El señor del Dongo es desgraciado, y yo le prometo que será salvado por mí.

Pero la duquesa, que tenía muy escasa confianza en la presencia de ánimo de una joven de veinte años, había tomado otras precauciones de las que se guardó muy bien de hablar a la hija de gobernador. Como era natural, el gobernador se hallaba en la fiesta dada con ocasión del matrimonio de la hermana del marqués Crecenzi. La duquesa pensó que si el gobernador tomaba un fuerte narcótico, podría creerse, en el primer momento, que se trataba de un ataque de apoplejía, y entonces, en lugar de meterlo en su coche para llevarlo a la fortaleza, podría conseguirse con habilidad que prevaleciera la idea de hacer uso de una litera que se hallaría casualmente en la casa donde se daba la fiesta. También allí estaría unos hombres inteligentes, vestidos de obreros, empleados en la fiesta, los cuales en el desorden general se ofrecerían a transportar al enfermo hasta su palacio. Esos hombres, dirigidos por Ludovico llevaban ocultas en sus ropas una gran cantidad de cuerdas. Se ve cómo la duquesa había realmente perdido la razón desde que pensaba seriamente en la fuga de Fabricio. La idea del peligro que corría este ser querido era demasiado fuerte para su alma y soba todo duraba mucho tiempo. Por exceso de precaución estuvo a punto de echarlo todo a perder, como se verá. Todo

sucedió como lo había proyectado, con esta diferencia, que el narcótico produce un efecto demasiado poderoso; todo el mundo creyó, hasta los mismos médicos, que el general sufría un ataque de apoplejía.

Por fortuna Clelia, desesperada, no sospechó la criminal tentativa de la duquesa. El desorden fue tal, en el momento de entra: en la fortaleza la litera donde el general, medio muerto, iba encerrado, que Ludovico y los suyos pasaron sin objeción. En el puente del Esclavo fueron registrados por fórmula, muy someramente. Cuando hubieron dejado al general en su cama, fueron conducidos a las dependencias de la servidumbre donde los criados les dieron muy bien de cenar. Pero después de la cena, que terminó muy tarde, se les explicó que la costumbre de la prisión exigía que pasaran la noche encerrados en las salas bajas del palacio. Al día siguiente le pondría en libertad el lugarteniente del gobernador.

Los hombres se las arreglaron muy bien para entregar a Ludovico las cuerdas que llevaban, pero a Ludovico le costó mucha trabajo conseguir un instante de atención de Clelia. Por fin, en un momento en que pasaba de un cuarto a otro, le hizo ver que dejaba unos paquetes de cuerdas en el rincón obscuro de uno de los salones del primer piso. A Clelia le chocó muchísimo tan extraña circunstancia; en seguida concibió horribles sospechas.

-¿Quién es usted? -dijo a Ludovico.

Y, al oír la contestación muy ambigua, añadió:

-Debería mandarle detener. ¡Usted y los suyos han envenenado a mi padre!... Confiese al instante la naturaleza del

veneno de que ha hecho uso, para que los médicos de la fortaleza puedan administrar los remedios convenientes; confíeselo al momento, o si no, no salen ni usted ni sus cómplices de esta fortaleza jamás.

-La señorita se alarma sin motivo -respondió Ludovico coa perfecta cortesía-. No se trata de veneno, en manera alguna. S ha cometido la imprudencia de administrar al general una dosj de láudano, y parece ser que el criado encargado de este crimen ha puesto en el vaso algunas gotas de más; tendremos por ello un eterno remordimiento. Pero crea la señorita que, gracias a Dios no hay ningún peligro. Al señor gobernador hay que tratarle, por haber ingerido equivocadamente una dosis demasiado fuerte de láudano. Pero como ya he tenido el honor de decir a la señorita el lacayo, encargado del crimen, no hacía uso de verdaderos venenos como Barbone, cuando quiso envenenar a monseñor Fabricio No se ha pretendido tomar venganza del peligro que corrió monseñor Fabricio; lo que se le entregó al lacayo fue un frasquito d láudano, se lo puedo jurar a la señorita. Pero claro es que si me pregunta oficialmente, lo negaré todo. Además, si la señorita habla a quien quiera que sea, incluso al excelente don César, de láudano y de veneno, Fabricio muere por la mano misma de la señorita. Y la señorita hace imposibles, para siempre, todos los proyectos d fuga; y bien sabe la señorita, lo sabe mejor que yo, que no es coa láudano con lo que se quiere envenenar a monseñor. También sabrá que alguien muy poderoso ha concedido un plazo de un me para la comisión de ese crimen, y que ya hace más de una semana que la orden fatal ha sido dada. Así, pues, si manda

detener o s dice una sola palabra a don César u otro cualquiera, retrasa todo nuestros proyectos por más de un mes; llevo pues razón cuando digo que mata a monseñor Fabricio con su propia mano.

Clelia estaba espantada de la singular tranquilidad de Ludovico.

Así, pues, pensaba, heme aquí conversando con el envenenado de mi padre, que me dirige la palabra con corteses razones. ¡Y es el amor el que me ha llevado a cometer estos crímenes!

El remordimiento le dejaba apenas fuerzas para hablar; dijo Ludovico:

-Voy a encerrarle a usted en este salón con llave. Voy corriendo decirle al médico que se trata sólo de láudano. Pero, ¡Dios mío! ¿cómo le diré que lo sé? Luego vendré a sacar a usted. Pero -dijo Clelia volviéndose corriendo cuando ya estaba cerca de la puerta- ¿sabe Fabricio eso del láudano?

-No, por Dios, señorita. Jamás lo habría consentido. Y además ¿para qué hacer una confidencia inútil? Oramos con la más estricta prudencia. Se trata de salvar la vida de monseñor, que ser; envenenado de aquí a tres semanas. La orden ha sido dada por alguien que no suele hallar obstáculo a sus voluntades, y para decirle todo a la señorita, se asegura que es el terrible fiscal general Rassi quien ha recibido la comisión.

Clelia huyó espantada. Tanto contaba con la probidad perfecta de don César, que con algunas precauciones se atrevió a decirle que al general le habían dado láudano y no otra

cosa. Sin contestar, sin preguntar, don César corrió a ver el médico.

Clelia volvió al salón, donde había encerrado a Ludovico, con la intención de hacerle más preguntas sobre lo del láudano. No lo encontró; había conseguido escaparse. Vio sobre la mesa una bolsa llena de monedas de oro y una cajita que contenía varias clases de venenos. Al verlos se echó a temblar; ¿quién me dice, pensó, que no han dado a mi padre más que láudano y que la duquesa no han querido vengarse de la tentativa de Barbone?

¡Dios mío, exclamó, heme aquí en relación con los envenenadores de mi padre! ¡Y les dejo escapar! ¡Y quizá ese hombre, en el tormento, hubiera confesado algo más que el láudano! Clelia cayó de rodillas deshecha en llanto, y rezó a la Virgen con fervor.

Mientras tanto; el médico de la fortaleza muy extrañado del aviso que le diera don César, según el cual tratábase de una dosis excesiva de láudano, administró los medicamentos convenientes que pronto hicieron desaparecer los síntomas más alarmantes. El general volvió en sí cuando alboreaba. Su primer acto consciente fue llenar de insultos al coronel que mandaba la fortaleza, porque se había ocurrido dar algunas órdenes, las más sencillas del mundo, mientras el general tenía perdido el conocimiento.

El gobernador montó luego en cólera contra una criada que, al traerle caldo, pronunció la palabra apoplejía.

-¿Es que estoy en edad –gritó- de tener ataques de apoplejía? Sólo mis más encarnizados enemigos pueden hacer

correr esos rumores. Y además, ¿he sido acaso sangrado, para que la calumnia misma se atreva a hablar de apoplejía?

Fabricio, ocupado en los preparativos de su fuga, no pudo comprender lo que significaban esos ruidos extraños que llenaron la fortaleza cuando trajeron medio muerto al gobernador. Primero pensó que su sentencia había sido cambiada y venían a ejecutarle. Pero viendo luego que nadie se presentaba en su cuarto, pensó que Clelia había sido sorprendida, que a su regreso a la fortaleza le habían cogido las cuerdas, que probablemente traía, y, en fin, que sus proyectos de fuga eran en adelante imposibles. Al día siguiente, rayando el alba, vio entrar en su cuarto a un hombre que le era desconocido y que, sin decir palabra, dejó un cesto de fruta; debajo de la fruta había la siguiente carta:

"Llena de los más crueles remordimientos por lo que ha ocurrido, no, gracias a Dios, con mi asentimiento, pero sí con ocasión de una idea que yo tuve, he hecho a la santísima Virgen la promesa solemne de que si, por su santa intercesión, mi padre se salva, no opondré la menor negativa a sus órdenes; me casaré con el marqués en cuanto me requiera para ello y nunca le volveré a ver a usted. Sin embargo, creo que es mi deber acabar la obra comenzada. El domingo próximo, al volver de la misa, adonde se le llevará a petición mía (piense usted en preparar su alma, que puede usted morir en la difícil empresa), al volver de misa, digo, retrase usted cuanto pueda el regreso al cuarto. Encontrará usted en él lo que necesita para la acción meditada. Si perece usted, mi alma será traspasada de dolor. ¿Podrá usted acusarme de haber contribuido a su muerte? La duquesa misma, ¿no me

ha dicho en distintas ocasiones que la fracción Raversi está venciendo? Se quiere tener cogido al príncipe por una crueldad que lo separe para siempre del conde Mosca. La duquesa, deshecha en llanto, me ha jurado que no queda más recurso que ése; parece usted si nada intenta. Ya no puedo mirarle a la cara; he hecho esa promesa. Pero si el domingo, hacia la tarde, me ve usted enteramente vestida de negro en la ventana de siempre, ésa será la señal de que por la noche todo estará dispuesto, en lo posible dentro de mis escasos medios. Después de las once; quizás a las doce o a la, una, una lamparita se encenderá en una ventana; ése será el momento decisivo; rece usted una oración a nuestro patrono, tome aprisa los hábitos sacerdotales, y en marcha.

“Adiós, Fabricio, estaré en oración, vertiendo las lágrimas más amargas, puede usted creerlo, mientras usted correrá tantos y tan grandes peligros. Si parece usted, no podré vivir, ¿qué digo, Dios mío? Pero si sale usted bien, no le volveré a ver. El domingo, después de misa, encontrará usted en su cuarto el dinero, los venenos las cuerdas, que le envía esa, mujer terrible que le quiere a usted con delirio y que me ha repetido tres veces que había que tomar esta decisión. ¡Dios le salve y la Santísima Virgen!

Fabio Conti era un carcelero lleno de inquietud y recelo, que veía evasiones de presos hasta en sueños. Era aborrecido por todo el mundo en la fortaleza. Pero la desgracia inspira a todos los hombres las mismas resoluciones, y los pobres presos, los mismos que estaban encadenados en calabozos de tres pies de alto por tres de ancho y ocho de largo, donde no podían estar de pie ni sentados, todos los presos, aun

esos mismos, tuvieron la idea de que se cantase a sus expensas un Te Deum, cuando supieron que su gobernador estaba fuera de peligro. Dos o tres de esos desgraciados escribieron soneto sen honor de Fabio Conti. ¡Oh efecto de la desventura en los hombres! ¡Que quien los censure se vea conducido por el destino a pasar un año en un calabozo de tres pies de altura, con ocho onzas de pan diarias y ayuno los viernes!

Clelia, que no abandonaba la habitación de su padre, sino para ir a rezar a la capilla, dijo que el gobernador había decidido que los regocijos serían el domingo. Por la mañana del domingo, Fabricio estuvo en la misa y en el Te Deum; por la noche hubo fuegos artificiales y en las salas bajas del castillo se distribuyó a los soldados cuatro veces más de vino de lo que el gobernador había concedido. Una mano desconocida había enviado varios toneles de agua ardiente, que los soldados hicieron correr como agua. La generosidad de los soldados, que se emborrachaban, no quiso consentir que los cinco soldados puestos de centinela alrededor del palacio sufrieran privación por estar de guardia. A medida que entraban en sus garitas, un criado apalabrado les daba vino, y, no se sabe cómo, los que entraron de centinela a las doce de la noche y durante el resto de ella, recibieron además un vaso de aguardiente y la botella se quedó olvidada al lado de la garita (como se demostró en el proceso subsiguiente).

El desorden duró más tiempo de lo que había pensado Clelia; y Fabricio, que ya desde hacía ocho días había limado los barrotes de la ventana que no daba a la pajarera, no pudo empezar a desmontar la pantalla hasta la una de la madrugada. Trabajaba casi encima de los centinelas que guardaban el

palacio del gobernador. Pero éstos nada oyeron. Había hecho algunos nudos más en la inmensa cuerda necesaria para bajar de la terrible altura de ciento ochenta pies. Se colgó la cuerda, cruzándola por la espalda, alrededor del cuerpo; le molestaba mucho, pues su volumen era enorme y los nudos le impedían formar una masa compacta. Sobresalía de su cuerpo más de dieciocho pulgadas. Éste es el obstáculo mayor, pensó Fabricio.

Arregló como pudo esta cuerda y tomó luego la que le iba a servir para bajar los treinta y cinco pies que había desde su ventana a la explanada donde se alzaba el palacio del gobernador. Mas, como por muy borrachos que estuvieran los centinelas, no era cosa de bajar exactamente encima de sus cabezas, salió, como hemos dicho, por la otra ventana de su cuarto, la que daba al tejado de una especie de amplio cuerpo de guardia. Por un capricho de enfermo, el general Fabio Conti, en cuanto pudo hablar, mandó subir doscientos soldados a este antiguo cuerpo de guardia abandonado desde hacia más de un siglo. Decía que, después de haberle envenenado, querían matarlo en su cama, y esos doscientos soldados servían para darle guardia. Imagínese el efecto que esta medida imprevista produjo en el corazón de Clelia; esta muchacha piadosa comprendía muy bien hasta qué punto hacía traición a su padre, a un padre que acababa casi de ser envenenado en interés del preso a quien ella amaba. La llegada imprevista de estos doscientos hombres le pareció casi una orden providencial que le prohibía seguir adelante y devolver la libertad a Fabricio.

Pero todo el mundo en Parma hablaba de la próxima muerte del preso. Ese triste tema se había tratado en la fiesta misma que se dio con ocasión del matrimonio de la signora Gudea Crescenzi. Puesto qué por semejante bagatela, un desgraciado pinchazo dado a un cómico, no habían puesto en libertad a un hombre de la alcurnia de Fabricio, a los nueve meses de cárcel y con la protección del primer ministro, es que había alguna cuestión política en el asunto. Y en este caso, inútil seguir ocupándose de él, decíase; si no le convenía al poder, ejecutarlo en la plaza pública, moriría pronto de enfermedad. Un obrero cerrajero, llamado al palacio del general Fabio Conti, habló de Fabricio como de un preso que había muerto ya hacia tiempo y cuya muerte no se divulgaba por razones políticas. Las palabras de este hombre decidieron a Clelia.

XXII

Durante el día, Fabricio fue víctima de algunas reflexiones serias y desagradables. Pero conforme iba oyendo dar las horas que le acercaban al momento de la acción, sentíase más alegre y mejor dispuesto. Habíale escrito la duquesa advirtiéndole que pronto se sentiría como sorprendido por el aire libre y que apenas estuviera afuera de la prisión se encontraría en la imposibilidad de andar. En tal caso más valía exponerse a ser cogido que tirarse por el muro de los ciento ochenta pies. Si esa desgracia me sucede, decía Fabricio, me echaré contra el parapeto, dormiré una hora y volveré a empezar. Ya que se lo he jurado a Clelia, prefiero caer desde alto de un muro que estar siempre meditando acerca del sabor del pan que coma. ¡Qué horribles dolores deben sentirse hacia el fin cuando muere uno envenenado! Fabio Conti no se andará con rodeos; me dará el arsénico con que ha matado las ratas de la fortaleza. Hacia las doce de la noche, una de esas nieblas espesas y blancas que el Po suele despedir a veces en sus orillas, se extendió primero por la ciudad y llegó

hasta la explanada y los baluartes, e medio de los cuales se alza la torre grande de la fortaleza. Fabricio creyó ver que desde el parapeto de la plataforma no se percibía ya las pequeñas acacias que rodeaban a los jardines, hechos por los soldados, al pie del muro de los ciento ochenta pies. Esto viene muy bien, pensó.

Poco después de dar las doce y media, vio Fabricio la señal con la lamparita en la ventana de la pajarera. Estaba dispuesto a la acción; se persignó y ató a su cama la cuerda pequeña, destinada a bajar los treinta pies que hay desde la ventana a la plataforma donde está el palacio. Llegó sin dificultad al tejado del cuerpo c guardia, ocupado desde el día antes por los doscientos hombres c refuerzo, de que hemos hablado. Por desgracia, los soldados, a las doce y tres cuartos que eran entonces, no se habían dormido aún. Mientras andaba muy despacio por el tejado de grandes tejas rojas, Fabricio les ola decir que el diablo iba por el tejado y que había que intentar matarlo a tiros. Algunas voces afirmaban que el intento era de notoria impiedad; otros decían que si se tiró un tiro y no se mataba nada, el gobernador los mandaría a topa la cárcel por haber alarmado inútilmente a la guarnición. En esta discusión fue causa de que Fabricio se apresurase lo más posible al andar por el tejado e hiciese mucho más ruido. El hecho que en el momento en que, colgado de su cuerda, pasó por delante de las ventanas, a cuatro o cinco pies de distancia afortunadamente, por causa del alero del tejado, las ventanas estaban erizadas de bayonetas. Algunos han dicho que Fabricio, loco siempre tuvo la ocurrencia de hacer el papel de diablo y que echó a los soldados un puñado

de monedas. Lo que en esto hay de cierto que había sembrado de monedas el suelo de su habitación y luego también la plataforma, en todo el trayecto desde la torre Farnesio al parapeto, con el fin de darse la probabilidad de distraer a soldados que hubieran podido ir tras él.

Llegó a la plataforma y se encontró rodeado de centinelas quienes ordinariamente gritaban cada cuarto de hora una frase certera: Todo va bien en mi puesto. Se fue hacia el parapeto del teniente y buscó la piedra nueva.

Lo que parece increíble y podría provocar dudas acerca de exactitud del hecho, si del resultado no hubiera sido testigo la edad entera, es que los centinelas, colocados a lo largo del parapeto hayan visto y detenido a Fabricio. Es cierto que la niebla empezaba a subir, y Fabricio ha dicho que cuando se hallaba en plataforma, parecíale que la niebla andaba ya por la mitad de torre Farnesio. Pero esa niebla, no era muy espesa y él veía bien a los centinelas, algunos de los cuales se paseaban. Añade Fabricio que empujado como por una fuerza sobrenatural, fue a colocarse audazmente entre dos centinelas bastante próximos uno otro. Deshizo tranquilamente la cuerda grande, que llevaba enrollada al cuerpo y que se le enredó dos veces; necesitó mucho tiempo para desenredarla y tenderla por encima del parapeto. Oía asoldados hablar por todas partes y estaba resuelto a apuñalarlo primero que se acercase a él. "No estaba turbado, añadía, parecía que realizaba un acto de ceremonia."

La cuerda, desenredada al fin, la ató a un boquete que hay en el parapeto para dejar paso a las aguas, subió al parapeto mis:

y rezó con fervor. Luego, como un héroe de los tiempos de la callejera andante, pensó un instante en Clelia. ¡Qué distinto soy Fabricio ligero y libertino que entró aquí hace nueve meses! Po fin se puso a descender la tremenda altura. Iba mecánicamente según dijo después, como hubiera hecho en pleno día, bajando delante de unos amigos para ganar una apuesta. Hacia la mitad ole trayecto sintió de repente que sus brazos perdían fuerza; hasta cree que un momento soltó la cuerda, pero la cogió en seguida; quizá dice, se agarró a las zarzas sobre las que pasaba arañándose. De ve: en cuando sentía un dolor atroz entre los hombros, que llegaba hasta quitarle la respiración. Un movimiento de ondulación muy incómodo le llevaba sin cesar de la cuerda a las zarzas. Fue golpeado por varios pájaros bastante grandes, que despertaban y se echaban sobre él al emprender el vuelo. Las primeras veces creyó que le cogían soldados que habían bajado por la misma cuerda que é de la fortaleza, y ya se preparaba a defenderse. Por último llegó abajo, sin más inconveniente que tener las manos llenas de sangre Cuenta que desde la mitad del descenso la escarpa que forma k torre le fue muy útil; iba pegado al muro mientras bajaba, y las plantas que crecen entre las piedras le sostenían mucho. Al llegar abajo, a los jardines de los soldados, cayó en una acacia, que vista desde arriba le pareció tener cuatro o cinco pies de altura y quo en realidad tenía quince o veinte. Un borracho que estaba allí dormido lo tomó por un ladrón. Al caer del árbol al suelo, Fabricio casi se dislocó el brazo izquierdo. Echó a correr hacia la fortificación; pero, según dice, las piernas le parecían de algodón y no tenía ninguna fuerza. A pesar del

peligro, se sentó y bebió un poco de aguardiente que le quedaba. Durmió algunos minutos profunda mente, hasta el punto de no saber dónde estaba; al despertarse, no podía comprender cómo, estando en su cuarto, veía árboles. Por fin, la terrible verdad acudió a su memoria. En seguida anduvo hacia la fortificación y subió a ella por una escalera grande. El centinela que estaba al lado de la escalera, roncaba en su garita. Encontró un cañón en la hierba, ató a él su tercera cuerda, que resulté demasiado corta, y cayó en un foso de fango, donde podía haber hasta un pie de agua. Mientras se levantaba y trataba de darse cuenta, sintió que dos hombres le cogían; tuvo un momento de miedo, pero en seguida oyó muy cerca decir en voz muy baja:

-¡Ah, monseñor, monseñor!

Comprendió vagamente que eran hombres de la duquesa y se desmayó. Poco tiempo después sintió que los hombres lo llevaban en silencio y muy de prisa; luego se detuvieron, cosa que le produjo gran inquietud. Pero no tenía fuerzas ni para hablar ni para abrir los ojos. Sintió que le apretaban; de pronto reconoció el perfume de los vestidos de la duquesa. Este perfume le reanimó; abrió los ojos y pudo pronunciar estas palabras:

-¡Ah, querida amiga!

Y se desmayó otra vez profundamente.

El fiel Bruno, con un grupo de policías adictos al conde, estaba de reserva a doscientos pasos de allí. El conde en persona esperaba escondido en una casita muy cerca del sitio en donde la duquesa aguardaba. No hubiera vacilado, de ser preciso, en sacar la espada con algunos oficiales retirados,

sus amigos íntimos. Se consideraba obligado a salvar la vida de Fabricio, que le parecía muy en peligro; además, pensaba, el joven habría conseguido su gracia firmada por el príncipe, si él, Mosca, no hubiera cometido la sandez de querer evitar una tontería escrita al soberano.

Desde las doce, la duquesa, rodeada de hombres armados hasta los dientes, iba y venía en medio de un profundo silencio delante de las fortificaciones. No podía estarse quieta, y pensaba en épicos combates para arrebatar a Fabricio de las manos de los soldados que le perseguían. Esta imaginación ardiente había tomado mil precauciones, que fuera muy largo contar aquí en detalle, y las más de ellas de increíble imprudencia. Se ha calculado que más de ochenta agentes fueron movilizados aquella noche, dispuestos a combatir por algo extraordinario. Por fortuna, Ferrante y Ludovico estaban al frente de ellos y el ministro de la Policía no era hostil; pero el mismo conde observó que la duquesa no fue vendida por nadie y que como ministro nada supo.

La duquesa perdió por completo la cabeza al ver a Fabricio; estrechábalo en sus brazos convulsos y tuvo un ataque de desesperación, viéndose toda llena de sangre; era la sangre de las manos de Fabricio; creyó que su sobrino estaba peligrosamente herido. Ayudada por un criado iba ya a quitarle el traje para vendarle, cuando Ludovico, que por fortuna estaba allí, metió a la duquesa y a Fabricio en uno de los cochecillos escondidos en un jardín cerca de las puertas de la ciudad, y los caballos partieron a todo galope para pasar el Po cerca de Sacca. Ferrante, con veinte hombres bien armados, iba de retaguardia y había prometido sobre su cabeza

detener a los perseguidores. El conde, solo y a pie, no abandonó los alrededores de la fortaleza hasta dos horas después, cuando vio que nada se movía. Heme aquí culpable de alta traición, decía ebrio de alegría.

Ludovico tuvo una excelente idea; metió en un coche a un joven cirujano, adicto a la casa de la duquesa y que se parecía bastante a Fabricio.

-Salga usted por el lado de Bolonia -le dijo-; sea usted m torpe, hágase detener; vacile en las respuestas y confiese, en f que es usted Fabricio del Dongo; gane usted tiempo, cuanto m mejor. Desarrolle toda su habilidad en ser torpe; todo será q esté usted un mes en la cárcel, y la señora le dará cincuenta monedas de oro.

-¿Quién piensa en el dinero cuando se sirve a la señora?

Partió; fue detenido algunas horas después, cosa que produjo una muy graciosa alegría al general Fabio Conti y a Rassi, que con el peligro de Fabricio, veía escapársele su baronía.

La evasión no fue conocida en la fortaleza hasta eso de las s de la mañana, y hasta las diez nadie se atrevió a comunicársela príncipe. La duquesa había sido tan bien servida, que a pesar c profundo sueño de Fabricio, que ella tomaba por un mortal des nacimiento, pasaron el Po a las cuatro de la mañana en una bar En la otra orilla había coche y caballos; anduvieron otras dos grúas rapidísimamente y fueron detenidos más de una hora para comprobación de los pasaportes. La duquesa los tenía de todas cosas para ella y para Fabricio. Pero aquel día estaba loca y se ocurrió dar diez napoleones al empleado de la policía austríaca tomarle una

mano vertiendo copiosas lágrimas. El empleado, asustadísimo, volvió a examinar los pasaportes. Tomaron la posta; duquesa pagaba de tan extravagante manera que en todas pare despertaban sospechas, sobre todo en este país en donde todo extranjero es sospechoso. Ludovico vino esta vez también en su a~ da; dijo que la señora duquesa estaba loca de dolor, a causa de fiebre continua que padecía el joven conde Mosca, hijo del prior ministra, de Parma, a quien llevaba a París para que lo vieran 1 médicos.

Diez leguas más allá del Po, despertóse por completo el preso; tenía una luxación en el hombro y por todo el cuerpo la piel levantada. Todavía la duquesa hacia y decía cosas tan extrañas, que dueño de una posada de aldea, donde comieron, creyó que se t taba de una princesa de sangre imperial, y ya iba a tributarle los honores que creía debidos, cuando Ludovico le dijo que la princesa lo mandaría sin remisión a la cárcel, si se le ocurría echar 1 campanas a vuelo.

En fin, hacia las seis de la tarde, llegaron a territorio piemontés. Allí ya estaba Fabricio plenamente seguro. Fue conducido una pequeña aldea apartada de la carretera; se le hizo una cuna y durmió unas horas.

Fue en esta aldea donde la duquesa cometió una acción, no solo horrible para los moralistas, sino además funesta para la tranquilidad del resto de su vida. Unas semanas antes de la evasión de Fabricio, un día en que todo Parma había ido a la fortaleza para tratar de ver en el patio el cadalso que estaban construyendo para Fabricio, la duquesa había enseñado a Ludovico, convertido "factotum" de la casa, el secreto por medio del cual se sacaba un pequeño marco de

hierro, muy bien oculto, una de las piedras que forman el fondo del depósito de agua del palacio Sanseverina obra del siglo XIII, de la que ya hemos hablado. Mientras Fabricio dormía en la trattoria de la pequeña aldea, la duquesa llamó a Ludovico. Éste creyó que la señora se volvía loca, tan singulares y extrañas eran las miradas que le lanzaba.

-Estás sin duda esperando que te dé unos millares de francos. Pues bien, no; te conozco, eres poeta y pronto habrás gastado dinero. Te regalo la pequeña finca de la Ricciarda, que tengo cerca de Casal-Maggiore.

Ludovico se echó a sus pies, loco de alegría, y afirmando con acento de sinceridad suma, que no era por ganar dinero porque había contribuido a salvar a monseñor Fabricio, a quien había siempre profesado un especial afecto, desde que tuvo una vez que servirle siendo tercer cochero de la señora. Cuando este hombre que realmente tenía buen corazón, creyó que había hablado bastante de su persona a una dama tan elevada, se despidió; pero el brillándole los ojos, le dijo:

-Quédate.

Paseábase sin decir palabra por la habitación de la posada, mirando de vez en cuando a Ludovico con ojos inverosímiles. Por f5 l este hombre, viendo que el extraño paseo no acababa, creyó debe dirigir una palabra a su señora.

-La señora me ha hecho un regalo tan exagerado, tan por encima de lo que un pobre hombre como yo podía figurarse, t;1 superior sobre todo a los servicios que he tenido la honra de prestarle, que creo, en conciencia, no poder aceptar la tierra de Ricciarda. Tengo el honor de devolver esta tierra

a la señora, , le ruego me conceda una pensión de cuatrocientos francos.

-¿Cuántas veces en tu vida le dijo con altivez sombría, cuántas veces has oído decir que yo me vuelva atrás de un proyecto decidido por mí?

Después de esta frase, la duquesa volvió a pasearse aún unos minutos; luego se paró de repente y exclamó:

-Fabricio se ha salvado por una casualidad, porque ha sabido agradar a esa joven Clelia. Si no hubiera sido amable, muere. ¿Podrías negarme esto? -dijo andando hacia Ludovico; y sus ojos lanzaban llamas.

Ludovico retrocedió algunos pasos y la creyó loca, cosa que le produjo no poca inquietud por la propiedad de su tierra de la Ricciarda.

-¡Pues bien! -prosiguió la duquesa cambiando como por encanto el tono en otro más dulce y alegre-, quiero que mis buenos habitantes de Sacca gocen de un día de ventura de que se acuerden toda su vida. Vas a volver a Sacca; ¿tienes algo que objetar? ¿Piensas correr algún peligro?

-Poca cosa, señora. Ninguno de los de Sacca dirá nunca que yo estaba con monseñor Fabricio. Además, si me permite la señor, que se lo diga, ardo en deseos de ver mi tierra de la Ricciarda; ¡me parece tan raro ser yo propietario!

-Me agrada tu alegría. El arrendatario de la Ricciarda me debe, creo yo, tres o cuatro años de renta. Te regalo la mitad de lo que me debe y la otra mitad te la doy también, pero con esta condición: vas a ir a Sacca, dirás que pasado mañana es el día de una de mis santas patronas, y por la tarde después de tu llegada, mandarás iluminar mi castillo de la más

espléndida manera. No ahorre; ni dinero ni trabajo; piensa que se trata de la mayor felicidad de mi vida. Hace tiempo que tengo preparada esta iluminación; desde hace más de tres meses he reunido en los sótanos del castillo lo que hace falta para esta noble fiesta. He dejado en depósito al jardinero todas las piezas necesarias para unos magníficos fuegos artificiales; que mandarás quemar en la terraza que mira hacia el Po. Tengo ochenta y nueve grandes toneles de vino en la cueva; mandarás poner ochenta y nueve fuentes de vino en el parque. Si al día siguiente queda una sola botella sin beber, diré que no amas a Fabricio. Cuando las fuentes estén bien en marcha, te escaparás prudentemente, pues es posible, y así lo espero, que en Parma toda esa hermosura parezca una insolencia.

-No es que sea posible, es seguro, como también es seguro que el fiscal Rassi, que ha firmado la sentencia de monsignore, reventará de rabia. Y hasta... -añadió Ludovico tímidamente- si la señora quisiera dar gusto a su pobre criado, mejor que la mitad de las rentas atrasadas de la Ricciarda, concederíame el permiso de darle una bromita a ese Rassi...

-¡Eres un buen hombre! -exclamó la condesa arrebatada de gozo-. Pero te prohibo en absoluto que le hagas nada a Rassi; tengo el proyecto de ahorcarlo públicamente más tarde. Tú, procura que no te detengan en Sacca; pues todo estaría perdido si te cogieran.

-¡A mí, señora! Cuando haya dicho en Sacca que festejamos a una de las patronas de la señora, si la policía enviara treinta polizontes para estorbar algo, puede estar segura la señora de que antes de llegar a la Cruz Roja, que está en me-

dio de la aldea, no quedaba uno a caballo. No son mancos, no, los de Sacca; todos contrabandistas de lo bueno y todos idólatras de la señora.

-Y además -prosiguió la duquesa con un aire y un tono singularmente desenvueltos, si a mi buena gente de Saca le doy vino, a los habitantes de Parma quiero darles agua. En la noche misma en que mi castillo esté iluminado, toma el mejor caballo de mi cuadra, corre a Parma a mi palacio y abre el depósito.

-¡Ah, qué excelente idea tiene la señora! -exclamó Ludovico, muerto de risa-; vino a la buena gente de Sacca y agua a los burgueses de Parma, que estaban tan seguros, los miserables, de que monsignore Fabricio iba a ser envenenado como el pobre L...

No daban fin las exclamaciones alegres de Ludovico. La duquesa mirábalo, complacida, reírse como un loco y repetir sin cesar:

-¡Vino a los de Sacca y agua a los de Parma! La señora sabe, sin duda mejor que yo, que cuando hace unos veinte años se vació por descuido el depósito, hubo más de un pie de agua en varias calles de Parma.

-Agua a los de Parma -replicó riendo la duquesa-. El paseo delante de la fortaleza se hubiera llenado de gente si llegan a ejecutar a Fabricio... Todo el mundo le llama el gran culpable... Pero, sobre todo, hazlo con habilidad, que nunca alma viviente sepa que esa inundación ha sido hecha por ti ni ordenada por mí. Fabricio, él conde, todo el mundo, debe ignorar esta loca broma... Pero se me olvidaban mis pobres de Sacca; vete a escribir una carta para mi apoderado; yo la

firmaré. Le dirás que por la fiesta de mi patrona, distribuya cien monedas de oro a los pobres de Sacca, y te obedezca puntualmente en lo de la iluminación, los fuegos y el vino; y sobre todo que no quede ni una botella en la bodega.

-El apoderado de la señora no sabrá qué hacer en ese punto, porque desde hace cinco años que la señora tiene el castillo, no ha dejado diez pobres en Sacca.

-Y agua para los de Parma -replicó la duquesa cantando-. ¿Cómo ejecutarás esta broma?

-Mi plan está trazado; salgo de Sacca a eso de las nueve de la noche; a las diez y media, mi caballo está en la posada de los Tres Zotes, en el camino de Casal-Maggiore y de mi tierra de la Ricciarda; a las once estoy en mi habitación del palacio; a las once cuarto, agua para los de Parma, y más de la que quieran, par beber a la salud del gran culpable. Diez minutos después salgo a la ciudad por el camino de Bolonia. Al pasar, saludo cortésmente a la fortaleza, que el valor de monseñor y el talento de la señor acaban de deshorrar; echo por un sendero que conozco muy bien y hago mi entrada en la Ricciarda.

Ludovico levantó la vista hacia la duquesa y sintió miedo: mirada fija, clavada en el muro a seis pasos, tenía un expresión atroz. ¡Ay, pobre tierra mía!, pensó Ludovico. El hecho es que ese loca. La duquesa le miró y advirtió su pensamiento.

-¡Ah!, señor Ludovico, gran poeta, quieres una donación escrita; corre a buscarme una hoja de papel.

Ludovico no esperó a que le repitiera la orden, y la duque; escribió de su puño y letra, un documento que fechó

con fecha de año anterior, en el cual declaraba haber recibido de Ludovico San Micheli la suma de ochenta mil francos y haberle dejado en prenda la tierra de la Ricciarda. Si a los doce meses la duquesa no había devuelto los ochenta mil francos a Ludovico, la tierra de la Ricciarda pasaba a ser propiedad de éste.

Es hermoso, pensaba la duquesa, regalar a un fiel servidor la tercera parte aproximadamente de lo que me queda para mí.

-Bueno -dijo la duquesa a Ludovico-; después de la broma del depósito te doy dos días para que te diviertas en Casal-Maggiore. La venta será valedera, con que tú digas que el asunto se arregla hace ya más de un año. Volverás en seguida a juntarte con no otros en Belgirate, sin la menor demora. Fabricio irá quizá a Inglaterra, adonde tú irás con él.

Al día siguiente, muy temprano, la duquesa y Fabricio llegaba a Belgirate.

Estableciéronse en esta encantadora aldea. Pero una pena mortal aguardaba a la duquesa en el lago Mayor. Fabricio estaba cambiado por completo; desde los primeros momentos, al despertar d su sueño, en cierto modo letárgico, la duquesa había visto bien que en él ocurría algo extraordinario. El sentimiento profundo, que él ocultaba con mucho cuidado, era bastante extraño y singular. Era nada menos que esto: estaba desesperado de hallarse fuera d su cárcel. Se guardaba muy bien de confesar esta causa de tristeza porque hubiera suscitado preguntas a las que no quería contestar.

-Pero ¡bueno! -le decía la duquesa-. Cuando el hambre te forzaba a comer, para no caerte, uno de esos detestables

manjar que te enviaban de la cocina de la cárcel, ¿no te horrorizaba la tremenda sensación de decir: hay aquí un gusto raro? ¿Me estoy envenenando?

-Pensaba en la muerte -respondía Fabricio-, como supongo que piensan en ella los soldados: era una cosa posible que creía evitar con mi destreza.

Así, pues, ¡qué inquietud, qué dolor para la duquesa! Este ser adorado, singular, vivo, original, veíalo en adelante presa siempre de una profunda melancolía; prefería la soledad al placer mismo de hablar de todo, sin traba alguna, con la mejor amiga que tenía en el mundo. Siempre era bueno, atento, agradecido con la duquesa: como antaño, habría dado cien veces su vida por ella; pero su alma estaba ausente. Con frecuencia ocurriales bogar cuatro o cinco leguas sobre ese lago sublime, sin cruzar palabra. La conversación, el cambio de pensamientos fríos, que ahora ya era posible entre ellos, hubiera quizá parecido agradable a otros; pero ellos recordaban aún, sobre 'todo la duquesa, lo que eran sus conversaciones antes de ese fatal encuentro con Giletti, que los había separado. Fabricio estaba con la duquesa en deuda del relato de los nueve meses transcurridos en una horrible prisión, y sucedía que sobre esa estancia no podía decir más que palabras breves e incompletas.

Esto tenía que ocurrir, tarde o temprano, pensaba la duquesa con tristeza sombría. Las penas me han envejecido, o bien realmente ama a otra y yo no ocupo ya en su corazón sino el segundo puesto. Rebajada, aterrada por este dolor, el mayor posible, la duquesa pensaba a veces: ¡Si permitiera el cielo que Ferrante se hubiera vuelto loco del todo o que le

faltase valor, me parece que sería menos desgraciada! Desde este momento, un semirremordimiento emponzoñó la estimación que la duquesa sentía hacia sí misma, hacia su propio carácter. ¡Así, pues, decía con amargura, me arrepiento de una decisión tomada: ya no soy, pues, una del Dongo!

Lo ha dispuesto el cielo, proseguía: Fabricio está enamorado, y ¿con qué derecho iba yo a querer que no lo estuviera? ¿Es que entre nosotros se ha cruzado nunca una sola palabra de amor verdadero?

Esta idea tan razonable le quitó el sueño. En suma, era cien veces más desgraciada en Belgirate que en Parma, lo cual demostraba que la vejez y la debilidad del alma habían llegado para ella al mismo tiempo que se abría la perspectiva de una venganza ilustre. En cuanto a la persona causante de la extraña melancolía de Fabricio, no había modo de tener razonablemente dudas: Clelia Conti, esa joven tan piadosa, había hecho traición a su padre, puesto que había consentido en emborrachar a la guarnición, y sin embargo, nunca Fabricio hablaba de Clelia. Pero, añadía la duquesa golpeándose desesperada el pecho, si la guarnición no hubiese estado borracha, ¡todos mis inventos, todos mis cuidados eras inútiles; ella es, pues, quien lo ha salvado!

Era sumamente difícil para la duquesa obtener que Fabricio le contara detalles acerca de los sucesos de aquella noche que, pensaba la duquesa, habría constituido en otro tiempo el tema de un, charla sin cesar repetida. En aquella otra venturosa época, hubiera estado un día entero hablando, con gracia y facundia inagotable de la menor bagatela que hubiera yo propuesto.

Como había que preverlo todo, la duquesa estableció a Fabricio en el puerto de Locarno, ciudad suiza situada en la extremidad del lago Mayor. Todos los días iba a buscarlo en barca par; dar por el lago grandes paseos. Pues bien; una vez que se le ocurrió subir a su cuarto, lo encontró literalmente empapelado con vista de la ciudad de Parma, que había mandado traer de Milán o de la misma Parma, tierra que hubiera debido aborrecer. Su saloncito convertido en estudio de pintor, estaba lleno de los chismes necesarios para pintar acuarelas, y encontró a Fabricio acabando un tercera vista de la torre Farnesio y del palacio del gobernador.

-Ya no te falta nada -dijo ella picada- que hacer de memoria el retrato de ese amable gobernador que no quería sino envenenarte. Pero ahora caigo -prosiguió la duquesa-, deberías escribirle una carta de excusas por haberte tomado la libertad de poner el ridículo su fortaleza.

La pobre mujer no podía figurarse que estaba diciendo la pura verdad. El primer cuidado de Fabricio, cuando hubo llegado a sitio seguro, fue escribir al general Fabio Conti una carta muy corté y en cierto sentido ridícula. Le pedía mil perdones por haberse escapado, alegando como disculpa que se había figurado que cierta subalterno de la cárcel estaba encargado de darle un veneno. Poco le importaba lo que escribía; Fabricio esperaba que los ojos de Clelia verían la carta; vertió copiosas lágrimas al escribirla. La terminó con una frase graciosísima; se atrevía a manifestar que, aun estando en libertad, le sucedía a menudo echar de menos su cuarta de la torre Farnesio. Éste era el pensamiento capital de la carta que esperaba que Clelia entendería. Siguiendo este

humor de escribir y esperando siempre que alguien leería las cartas, Fabricio dio las gracias a don César, el buen capellán, que le había prestado libros de teología. Unos días después, Fabricio envió a Milán a librero de Locarno, para que este librero, amigo del célebre bibliómano Reina, comprara las más lujosas ediciones que pudiera encontrar de los libros prestados por don César. El buen capellán recibió los libros y una hermosa carta que decía que en algunos momento de impaciencia, disculpables acaso en un pobre preso, había llenado las imágenes de sus libros de notas ridículas. Le suplicaba por tanto, que los reemplazase en su biblioteca por los volúmenes que, con el más vivo agradecimiento, se permitía presentarle.

Fabricio estaba muy lejos de dar el simple nombre de notas los infinitos renglones con que había emborronado las márgenes de un ejemplar en folio de las obras de San Jerónimo. En la cárcel: alimentaba la esperanza de que podría devolver este libro al buen capellán y cambiarlo por otro; había, pues, escrito día por día en las márgenes un diario muy exacto de cuanto le sucedía en la cárcel; estos grandes sucesos no eran sino éxtasis de amor divino (esta palabra divina) estaba en lugar de otra que no se atrevió a escribir) Unas veces este amor divino sumía al preso en una desesperación profunda; otras, una voz que vibraba en los aires devolvía al preso alguna esperanza y le llenaba de ventura. Todo esto, felizmente estaba escrito con tinta de cárcel, hecha con vino, chocolate y hollín don César había pasado la vista por encima, y sin leer nada, había vuelto a poner el San Jerónimo en su biblioteca. Si hubiera leído las márgenes,

habría visto que un día el preso, creyéndose envenenado, se felicitaba por morir a menos de cuarenta pasos de distancia de lo que más había querido en este mundo. Pero otros ojos que no los del buen capellán, habían leído estas páginas, después de la fuga. Esta hermosa idea de morir cerca del objeto amado, expresada en cien modos diferentes, iba seguida de un soneto, en donde se decía que el alma, separada después de horribles tormentos, ore ese cuerpo frágil en que había habitado durante veintitrés años y empujada por el instinto de felicidad natural a todo cuanto existe o ha existido, no subiría al cielo a sumarse a los coros angélicos cuando se viera libre y obtuviera, si lo obtenía, el perdón de sus pecados; sino que, más feliz después de la muerte, de lo que había sido su vida, iría a pocos pasos de la cárcel, donde gimiere tanto tiempo, a reunirse con lo que más había amado en el mundo. Y así, decía el último verso del soneto, habré encontrado mi paraíso en la tierra.

Aunque de Fabricio no se hablaba en la fortaleza de Parma más que para tratarlo de infame traidor que había olvidado sus más sagrados deberes, sin embargo el bueno de don César quedó encantado al ver los hermosos libros que le mandaba un desconocido pues Fabricio había pensado que mejor era no escribir hasta algunos días después del envío, no fuera su nombre a motivar una indignada negativa al recibir el paquete. Don César no habló de esta atención a su hermano, quien se ponía furibundo con sólo oír el nombre de Fabricio; pero desde la fuga de éste, había reanudado su antigua intimidad con su amable sobrina, y como le había enseñado hacía tiempo algunas palabras latinas, le presentó

los hermosos tomos que Fabricio le enviara. Esto era precisamente lo que el fugitivo había esperado. De pronto Clelia enrojeció; acababa de reconocer la letra de Fabricio. Unos pedazos de papel amarillo, largos y estrechos, estaban puestos como señales en diferentes sitios del volumen. Y como es la verdad que en medio de los viles y bajos intereses de dinero, en medio de la frialdad descolorida de los pensamientos vulgares que llenan nuestra existencia, rara vez los actos inspirados por una pasión verdadera fallan su objeto, ocurrió como si una divinidad propicia condujera por la mano y llevara a buen puerto las intenciones de Fabricio; y Clelia, inspirada por un instinto y un pensamiento mismo, rogó a su tío que comparase el antiguo ejemplar de San Jerónimo con el que acababa de recibir. ¡Cómo pintar su delicioso arrebató, en medio de la tristeza sombría en que la ausencia de Fabricio la tenía sumida, cuando leyó en las márgenes del San Jerónimo el soneto de que hemos hablado y las memorias, escritas día por día, hablando del amor que hacia ella sentía!

Desde el primer día supo el soneto de memoria. Cantábalo, apoyada en la ventana, mirando a la otra ventana, solitaria ya, en donde tantas veces había visto abrirse el postiguello en la pantalla. Esta pantalla había sido desmontada para ser guardada en la oficina del Tribunal y servir de pieza de convicción en un sumario ridículo que Rassi instruía contra Fabricio por el delito de haberse escapado, o como decía el fiscal, riéndose él mismo, de haberse sustraído ala clemencia de un príncipe magnánimo.

Clelia sentía vivos remordimientos; rememorábase cada una de sus acciones pasadas, y como era desgraciada, sus remordimientos eran aún más dolorosos. Trataba de calmar un poco los reproches que a sí misma se dirigía, recordando el voto que había hecho de no volver a ver a Fabricio, cuando su padre estuvo medio envenenado. Desde aquel día había renovado mil veces sus promesa.

La evasión de Fabricio hizo enfermar al general, quien además estuvo a punto de perder su cargo, porque el príncipe, loco de ira, destituyó a todos los carceleros de la torre Farnesio y los mandó presos a la cárcel de la ciudad. El general fue salvado, en parte, por la intercesión del conde Mosca, que prefería tenerlo quieto en lo alto de su torre que activo e intrigante en los círculos de la corte. Durante los quince días que duró la incertidumbre relativa a la destitución del general Fabio Conti, realmente enfermo, fue cuando Clelia tuvo el valor de hacer el sacrificio que había anunciado a Fabricio. Había tenido el talento de estar enferma el día de los generales regocijos, que fue el de la fuga del preso, como el lector recordará; también al día siguiente estuvo mala, y en suma supe conducirse tan bien que, con excepción de Grillo, encargado especialmente de la vigilancia de Fabricio, nadie sospechó su complicidad; pero Grillo guardó silencio.

Mas en cuanto ya no tuvo inquietud alguna por ese lado, empezaron a punzarla más crueles sus justos remordimientos; ¿qué razón hay en el mundo, pensaba, capaz de disculpar en algo el crimen de una hija que hace traición a su padre?

Una noche, después de haber pasado casi todo el día llorando en la capilla, rogó a su tío don César que la acompañara a ver a general, cuyos ataques de ira la atemorizaban tanto más, cuanto que a cada paso estallaba en injurias contra Fabricio, el traidor infame.

Llegada a la presencia de su padre, tuvo el valor de decirle que si siempre se había negado a casarse con el marqués Crescenzi, porque no se sentía inclinada hacia él, y estaba segura de no halla la felicidad en su unión. Al oír esto, el general montó en cólera, Clelia estuvo mucho rato sin poder seguir hablando. Añadió luego que si su padre, seducido por la gran fortuna del marqués, creí deber ordenarle terminantemente ese matrimonio, ella estaba dispuesta a obedecerle. El general, muy extrañado de esta conclusión que estaba muy lejos de esperar, acabó por alegrarse.

-Así, pues -dijo a su hermano-, no me veré obligado a vivir en un segundo piso, si ese bribón de Fabricio me hace perder mi cargo por su mala conducta.

El conde Mosca no dejaba de mostrarse profundamente escandalizado de la evasión de esa mala persona de Fabricio, y repetí en ocasiones la frase inventada por Rassi, acerca del bajo procede de ese joven, muy vulgar por lo demás, que se había sustraído a la clemencia del príncipe. Esta frase ingeniosa, adoptada por la buena sociedad, no tuvo arraigo en el pueblo que, en su buen sentido aun creyendo a Fabricio muy culpable, admiraba la valentía que hacía falta para tirarse desde tan alto muro. Nadie en la corte admiró ese valor. En cuanto a la policía, muy humillada por su fracaso, había descubierto oficialmente que una tropa de veinte soldados,

ganados por el dinero de la duquesa, esa mujer atrozmente ingrata, cuyo nombre no se pronunciaba sin un honrado suspiro habían preparado cuatro escalas atadas una a otra y larga cada una de cuarenta y cinco pies; Fabricio echó una cuerda que se ató a 12 primera escala, y no tuvo más que el mérito vulgarismo de tira de la cuerda hacia si y subir las escalas. Algunos liberales, conocí dos por su imprudencia, entre otros el médico C..., agente directamente pagado por el príncipe, añadían, pero al hacerlo corrían peligro, que esta atroz policía había hecho la barbaridad de fusila a ocho de los desgraciados soldados que habían facilitado la fuga del ingrato Fabricio. Entonces Fabricio fue censurado aun por los mismos liberales verdaderos, que le acusaban de haber causado por su imprudencia la muerte de ocho pobres soldados. Así es como lo; pequeños despotismos reducen a nada el valor de la opinión pública.

XXIII

En medio de este odio el general contra Fabricio, sólo el arzobispo Landriani se mostró fiel a la causa de su joven amigo; se atrevía a repetir, aun en la corte de la princesa, la máxima de derecho, según el cual, en todo proceso, hay que conservar un oído puro de prejuicios para escuchar las justificaciones de un ausente. Al día siguiente de la evasión de Fabricio, varias personas habían recibido un soneto bastante mediano que celebraba la fuga como una de las más bellas acciones del siglo y comparaba a Fabricio con un ángel que descende hacia la tierra con las alas extendidas. Dos días después, por la noche, toda Parma repetía un soneto sublime. Era el monólogo de Fabricio bajando por la cuerda juzgando los diversos incidentes de su vida. Este soneto dio a Fabricio una notable fama en la opinión por dos versos magníficos todos los peritos reconocieron el estilo de Ferrante Palla.

Pero al llegar aquí necesitaríamos acudir al estilo épico, pues ¿dónde hallar colores bastantes fuertes para pintar los

torrentes de indignación que sumergieron de pronto a los corazones de toda; las personas de buenas ideas, cuando se supo la tremenda insolencia de esa iluminación en el castillo de Sacca? Contra la duquesa no hubo más que una voz; aun los verdaderos liberales pensaron que eso era poner bárbaramente en peligro a los pobres sospechosos encerrados en diferentes cárceles y exasperar inútilmente el corazón del soberano. El conde Mosca declaró que a los antiguo amigos de la duquesa no les quedaba más recurso que olvidarla. El concierto de imprecaciones fue unánime y a un extranjero, de paso por la ciudad, le hubiera chocado tanta energía y unidad en la opinión pública. Pero en este país, en donde se sabe apreciar el placer de la venganza, la iluminación y la fiesta admirable dada en el parque a más de seis mil aldeanos, tuvo un éxito inmenso. Todo el mundo contaba en Parma que la duquesa había mandado distribuir mil monedas de oro a sus villanos y así se explicaba la acogida algo dura que habían tenido los treinta esbirros, tontamente enviados por la policía a la aldea, treinta y seis horas después d la velada sublime y de la embriaguez general que había sido la consecuencia. Los esbirros, recibidos a pedradas, tuvieron que escapa y dos de ellos, que se cayeron del caballo, fueron arrojados al Po. En cuanto a la ruptura del gran depósito de agua del palacio Sanseverina, pasó casi desapercibida: era de noche y algunas calle fueron más o menos inundadas; al día siguiente, dijérase que haba llovido. Ludovico tuvo buen cuidado de romper los cristales de una ventana del palacio, de suerte que así se explicaba la entrada de ladrones.

Hasta se encontró una escalera de mano. Sólo el conde Mosca conoció el genio de su amiga.

Fabricio estaba completamente decidido a volver a Parma tan pronto como pudiera. Envío a Ludovico para que entregase un larga carta al arzobispo y este fiel servidor volvió luego a la primera aldea piamontesa, Sannazaro, al poniente de Pavía, a echa al correo una carta en latín que el digno prelado enviaba a se joven protegido. Añadiremos un detalle que, como sin duda muchos otros, parecerá ocioso a los lectores de países en donde ya no hace falta tomar precauciones. Nunca se escribía el nombre de Fabricio del Dongo; todas las cartas para él, dirigíanse a Ludovico San Micheli, en Locarno, Suiza, o en Belgirate, Piamonte. El sobre era de papel basto, el lacre estaba mal puesto, las señas casi ilegible y a veces con recomendaciones propias de una cocinera. Todas la cartas iban fechadas en Nápoles, seis días antes de la verdadera fecha.

De la aldea piamontesa de Sannazaro, cerca de Pavia, Ludovico volvió a "Parma en seguida; estaba encargado de una misión a la que Fabricio concedía la mayor importancia; tratábase nada menos que de hacer llegar a manos de Clelia Conti un pañuelo de sed sobre el que estaba impreso un soneto de Petrarca. Pero en el soneto había una palabra cambiada. Clelia encontró el pañuelo sobre su mesa, dos días después de haber recibido las más efusivas gracia del marqués Crescenzi que afirmaba ser el más feliz de los mortales Y no hay que decir la impresión que esta señal de un recuerdo siempre perenne produjo en el corazón de la joven.

Ludovico tenía el encargo de tratar de averiguar con todo detalle, lo que ocurría en la fortaleza. Él fue quien dio a Fabricio la triste noticia de que el matrimonio del marqués Crescenzi pareció ya cosa decidida. No pasaba día sin que el marqués diera un, fiesta a Clelia en el interior de la fortaleza. Una prueba evidente de que estaba decidido el matrimonio es que ese marqués, inmensamente rico y por consiguiente, muy avaro, como es uso entre los opulentos del norte de Italia, hacía preparativos inmensos y, si embargo tomaba una muchacha sin dote. Es cierto que el general Fabio Conti, cuya vanidad hería esa observación, la primera que se presentaba a la mientes de todos sus compatriotas, acababa de comprar una tierra de más de trescientos mil francos, y como no tenía con qué pagarla, y la había pagado al contado, de seguro que había sido con el dinero del marqués. Por eso el general había declarado que regalaba esa tierra a su hija como dote. Pero los gastos de actas notariales y demás, que subían a más de doce mil franco parecieron al marqués Crescenzi, hombre eminentemente logia totalmente ridículos. Por su parte, el marqués mandó fabricar e Lyon unas magníficas colgaduras de colores bien casados y cala lados para el agrado de la vista, bajo la dirección del célebre Pallaggi, pintor de Bolonia. Estas colgaduras, cada una de las cual llevaba una parte del escudo de armas de la familia Crescenzi, que como sabe el universo entero, desciende del famoso Crescenzi cónsul de Roma en 985, debían constituir el adorno de los diecisiete salones situados en el entresuelo del palacio del marqués. Las colgaduras, los relojes de pared, las arañas, costaron más de trescientos cincuenta mil francos; el

precio de los nuevos espejos, añadido al de los antiguos que había en la casa, subió a doscientos mil francos. Salvo dos salones, obras famosas del Parmesano, el gran pintor del país después del divino Corregio, todas las habitaciones del piso primero y del segundo estaban ahora ocupadas por los pintores más célebres de Florencia, de Roma y de Milán, que las decoraban con pinturas al fresco. Fokelberg, el gran escultor sueco; Tenerani del Roma y Marches de Milán, trabajaban desde hacía un año en diez bajorrelieves que representaban otras tantas hazaña de Crescentius, ese verdadero hombre ilustre. La mayor parte de los techos, pintados al fresco, representaban también alguna lesión a su vida. Era objeto de general admiración el techo en donde Hayez, de Milán, había representado a Crescentius entrando en los Campos Elíseos en donde le recibían Francisco Sforza, Lorenzo Magnífico, el rey Roberto, el tribuno Cola di Rienzi, Maquiavelo, Dante y otros hombres ilustres de la Edad Media. La admiración hacia esas almas extraordinarias se considera como una pulla contra los que ocupan el poder.

Todos esos detalles magníficos embargaban por entero la atención de la nobleza y de la burquesía parmesana. Para nuestro héroe cuando los conoció fueron otros tantos puñales que le atravesara el corazón; súpolos por una carta larguísima de más de veinte páginas, llenas de ingenua admiración que Ludovico dictó a un carabinero de Casal-Maggiore.

¡Y yo que soy tan pobre!, pensaba Fabricio. ¡Cuatro mil francos de renta en total! Verdaderamente es una insolencia

por mi parte tener la audacia de estar enamorado de Clelia Conti, para quien se hacen estos milagros.

Sólo una parte de la larga carta de Ludovico estaba escrita con la mala letra que él sabía hacer. Esta parte decía que había encontrado una noche, en la situación de un hombre que se esconde, a Grillo, el antiguo carcelero de Fabricio a quien habían metido en la cárcel y libertado más tarde. Este hombre le había pedido dinero, y Ludovico se lo había dado en nombre de la duquesa. Los antiguos carceleros que acababan de ser puestos en libertad eran doce y se preparaban a dar una fiestecita de puñaladas (un *trattamento di cortellate*) a los nuevos carceleros, sus sucesores, si conseguían encontrarlos fuera de la fortaleza. Grillo le había dicho que casi todos los días había serenata en la fortaleza, que la señorita Clelia Conti estaba muy pálida, enferma y otras cosas por el estilo. Esta palabra ridícula hizo que Ludovico recibiera a vuelta de correo la orden de volver a Locarno. Volvió, y los detalles que dio de vi voz fueron aún más tristes para Fabricio.

Puede juzgarse de la amabilidad con que éste trataba a la duquesa. Habría sufrido mil veces la muerte antes que pronunciar delante de ella el nombre de Clelia Conti. La duquesa aborrecía Parma; y para Fabricio, en cambio, todo lo que le recordaba la ciudad, era a la par sublime y enternecedor.

La duquesa, menos que nunca había olvidado su venganza. ¡Era tan feliz antes del incidente de la muerte de Gilletti! Y ahora ¡cuál era su suerte! Vivía esperando con emoción un suceso horrible, del que se guardaba muy bien de decir una palabra a Fabricio; ¡y pensar que antes, cuando

hizo su arreglo con Ferrante, creía dar a Fabricio una gran alegría asegurándole para algún día una venganza cierta!

Ahora puede el lector tener una idea de lo amenas que podían ser las conversaciones entre Fabricio y la duquesa: un negro silencio casi siempre reinaba entre ambos. Y para dar remate a esta agradable situación, la duquesa había cedido a la tentación de dar una broma pesada a este sobrino demasiado querido.

El conde le escribía casi todos los días; de seguro que, como en tiempos de sus primeros amores, enviaba correos, porque sus cartas traían siempre el sello de alguna ciudad de Suiza. El pobre hombre se estrujaba el cerebro para no hablar demasiado abiertamente con su cariño y para construir cartas divertidas. ¡Apenas si la duque las recorría con mirada distraída! ¿Qué es, ¡ay!, la fidelidad de u amante a quien se estima, cuando se tiene el corazón destrozad por la frialdad del amante a quien se quiere?

En dos meses, la duquesa no le respondió más que una vez, fue para rogarle que tanteara el terreno con la princesa para ve si, a pesar de la insolencia de la iluminación, recibirla aquélla con gusto una carta de la duquesa. La carta que el conde debía presentar, si lo estimaba oportuno, tenia por objeto pedir el puesto de caballero de honor de la princesa, que había quedado vacan) poco tiempo antes, para el marqués Crescenzi, con ocasión de s matrimonio. La carta de la duquesa era un modelo del respeto más tierno y mejor expresado; no se hubiera podido leer en es estilo cortesano la menor palabra cuyas consecuencias, aun las más lejanas, no pidieran ser halagadoras para la princesa. La respuesta de la

princesa expresaba una tierna amistad, dolorida por la ausencia:

"Mi hijo y yo, decía la princesa, no hemos pasado una velada agradable desde vuestra partida, algo brusca. ¿Mi querida duquesa no se acuerda ya de que ella fue la que hizo que se me devolvieron con voz consultiva en el nombramiento de los oficiales de mi casa? ¿Se cree obligada a exponerme motivos para obtener el puesto que solicita el marqués, como si su deseo expreso no fuera para mí el primero de los motivos? El marqués será nombrado, si vale algo mi poder, y en mi corazón habrá siempre un lugar, el primer para mí amable duquesa. Mi hijo hace uso absolutamente de estas mismas las presiones, algo fuertes, sin embargo, en los labios de un chico de veintiún años, y os ruega le mandéis muestras de los minerales del valle de Orta, cerca de Belgirate. Podéis dirigir vuestras cartas, que espero sean frecuentes, al conde, que sigue odiándolos, a quien quiero precisamente por ese sentimiento. También el arzobispo os permanece fiel. Todos esperamos volveros a ver algún día recordad que es preciso. La marquesa Ghisleri, mi camarera mayor se dispone a pasar a mejor vida; la pobre mujer me ha hecho mucho daño, y ahora mismo me desagrade yéndose tan a destiempo. Su enfermedad me hace pensar en el nombre que hubiera puesto con tanto gusto en su lugar, si hubiese podido obtener este sacrificio de la independencia de esa mujer, única en el mundo, quien al marcharse se ha llevado consigo toda la alegría de mi pequeño corte, etc..."

Así, pues, con plena conciencia de haber apresurado, en cuanto de ella dependía, el matrimonio que desesperaba a

Fabricio, la duquesa lo veía a diario. Pasaban a veces cuatro o cinco horas bagando por el lago sin decirse una palabra. Por parte de Fabricio la benevolencia era entera, completa; pero pensaba en otras cosas a su alma ingenua y sencilla no se le ocurría nada que decir. Veía a la duquesa, y esto era su suplicio.

Se nos olvidó contar que la duquesa había tomado una casa en Belgirate, encantadora aldea que cumple la promesa de su nombre (hermoso recodo del lago). De la puerta de su salón la duques; podía poner el pie en su barca. Tomó una muy sencilla para la que cuatro remeros habrían bastado; contrató a doce, y se las arreglo de modo que había un hombre en cada uno de los lugares situado alrededor de Belgirate. La tercera o cuarta vez que se encontró en medio del lago con todos esos hombres bien elegidos, mandó detener los movimientos de los remos, y dijo:

-Os considero a todos como amigos y voy a confiaros un secreto. Mi sobrino Fabricio se ha escapado de prisión; quizá traten d cogerlo a traición, aun cuando está en vuestro lago, país neutra: Mucho cuidado; avisadme de todo cuanto sepáis. Os doy permiso para entrar en mi cuarto de día y de noche.

Los remeros contestaron con entusiasmo; la duquesa sabia hacerse querer. Pero no pensaba que se tratase de recobrar a Fabricio; todas esas precauciones las tomaba por ella misma, y antes d la orden fatal de abrir el depósito de agua del palacio Sanseverina, no habría pensado en tal cosa.

También por prudencia había tomado unas habitaciones par Fabricio en el puerto de Locarno; todos los días venía él

a verlo o iba ella a Suiza. Puede el lector hacerse cargo de lo agradable que eran las horas que pasaban juntos a solas, por el siguiente detalle: la marquesa del Dongo y sus hijas vinieron a verles dos veces y la presencia de esos extraños le produjo un notable placer; pues, pesar de los lazos de familia, puede llamarse extraña a una persona que nada sabe de nuestros más queridos intereses y a quien se v sólo una vez al año.

La duquesa estaba una noche en Locarno en casa de Fabricio con la marquesa y sus dos hijas. El arcipreste y el cura habían ven do a saludar a las señoras. El arcipreste, que tenía intereses en un casa de comercio y solía estar muy al tanto de las noticias, dijo:

-El príncipe de Parma ha muerto.

La duquesa se puso sumamente pálida; apenas tuvo el valor d preguntar:

-¿Hay detalles?

-No -respondió el arcipreste-; la noticia se limita a la muerte, que es cierta.

La duquesa miró a Fabricio. Por él he hecho esto, pensó; mil cosas peores hubiera hecho, y helo ahí delante de mí, indiferente, pensando en otra mujer. Soportar este horrible pensamiento era excesivo para las fuerzas de la duquesa; cayó en un profundo desmayo. Todo el mundo se apresuró a socorrerla; pero al volver en sí, notó que Fabricio se movía menos que el arcipreste y el cura; como de costumbre, soñaba.

Está pensando en volver a Parma, decía para sí la duquesa, y quizá en romper el matrimonio de Clelia con el

marqués. Pero yo sabré impedirlo. Luego, recordando que allí estaban los dos sacerdotes, se apresuró a decir:

-¡Era un gran príncipe, a quien han calumniado mucho!
¡Es una gran pérdida para nosotros!

Los dos sacerdotes se retiraron, y la duquesa, para estar sola, dijo que iba a acostarse.

Sin duda, pensaba, la prudencia me ordena esperar un mes o dos antes de volver a Parma; pero siento que no tendré tanta paciencia; sufro aquí demasiado. Ese continuo ensueño, ese silencio en que vive Fabricio, son para mi corazón un espectáculo intolerable. ¡Quién me dijera que sentiría tedio, paseando con él por este lago encantador, en el momento precisamente en que para su venganza he hecho más de lo que puedo decirle! Después de semejante espectáculo, la muerte no es nada. Ahora es cuando estoy pagando los arrebatos de felicidad y de alegría infantil que sentía por mi palacio de Parma, cuando recibí en él a Fabricio, a su vuelta de Nápoles. Con haber dicho entonces una palabra todo estaba terminado, y quizá entonces, unido a mí, no habría pensado en esa Clelia; sí, pero esa palabra causábame horrible repugnancia. Y ahora, esa niña me vence. Nada más sencillo; tiene veinte años, y yo, alterada por los cuidados, enferma, tengo el doble... ¡Hay que morir, hay que acabar! ¡Una mujer de cuarenta años sólo vale algo para los hombres que la han amado en su juventud! Ya no encontraré otros goces que los de la vanidad. Y esos ¿valen la pena de vivir? Razón de más para volver a Parma y divertirme. Si las cosas se rodean de cierta manera, perderé la vida. Pues bien, ¿qué mal hay en ello? Moriré magníficamente, y antes de terminar,

sólo entonces, diré a Fabricio: ¡Ingrato! ¡Lo hice por tí! ... Eso es, para lo que me queda de vida, no puedo encontrar ocupación más que en Parma, haciendo allí la gran señora. ¡Qué fortuna si ahora pudiera tener sensibilidad para todas esas distracciones, que antes constituían la desgracia de la Raversi! Entonces, para comprender mi felicidad, necesitaba verla reflejada en los ojos de la envidia... Mi vanidad, sin embargo, tiene una dicha: excepto el conde, acaso nadie habrá podido adivinar cuál ha sido el suceso que ha dado fin a la vida de mi corazón... Amaré a Fabricio; me consagraré a su fortuna; pero que no rompa el matrimonio de Clelia, que no acabe por casarse con ella... No, eso no será.

La duquesa había llegado a este punto en su triste monólogo, cuando oyó un gran ruido en la casa.

¡Bueno!, pensó. Vienen a detenerme; Ferrante se habrá dejado coger, habrá hablado. ¡Pues bien, tanto mejor! Voy a tener algo que hacer: voy a defender mi cabeza. Pero lo primero es no dejarse coger.

La duquesa, medio desnuda, huyó al fondo de su jardín y ya pensaba en saltar una pequeña tapia y salir al campo, cuando vio que alguien entraba en su cuarto. Reconoció al fiel Bruno, al hombre de confianza del conde, hablando con su doncella. Se acercó a la ventana. Este hombre hablaba con la doncella de las heridas que había recibido. La duquesa entró. Bruno cayó casi de rodillas a sus pies, suplicándole no dijera al conde la hora ridícula a que había llegado.

-En seguida, después de la muerte del príncipe -añadió-, ordenó el señor conde a todas las postas que no dieran caballos a los súbditos de Parma. Por consiguiente, he llegado

hasta el Po con los caballos de la casa; pero al salir de la barca, mi coche ha volcado, se ha roto, y yo he sufrido tan graves contusiones, que no he podido montar a caballo como era mi deber.

-Bueno -dijo la duquesa-. Son las tres de la mañana. Diré que usted llegó a las doce del día; pero no vaya luego a desmentirme.

-Reconozco bien la bondad de la señora.

La política, en una obra literaria es como un pistoletazo en medio de un concierto, es una grosería a la que, sin embargo, no se puede negar atención.

Vamos a hablar de cosas desagradables, de las que por varios motivos quisiéramos prescindir; pero no tenemos más remedio que relatar sucesos que nos competen, ya que tienen por teatro el corazón de los personajes.

-¡Pero, por Dios! ¿Cómo ha muerto ese gran príncipe? preguntó la duquesa a Bruno.

-Estaba de caza en los pantanos, a orillas del Po, a dos leguas de Sacca. Cayó en un foso oculto por la hierba; estaba sudando y cogió frío. Se lo han llevado a una casa aislada que había por allí y ha muerto en pocas horas. Hay quien afirma que los señores Catena y Borone han muerto también, y que el accidente proviene las cacerolas de cobre del aldeano, en cuya casa entraron, que estaban llenas de cardenillo. Por último, los exaltados, los jacobinos que cuentan lo que desearían que hubiese ocurrido, hablan de veneno. Yo sé que mi amigo Toto, furriel de la corte, habría muerto sin los generosos cuidados de un vagabundo, que parecía saber mucho de medicina y le hizo unas curas muy extrañas. Pero ya

no habla de la muerte del príncipe; en realidad era un hombre crin Cuando yo salía de Parma, el pueblo se juntaba para matar al fiscal general Rassi; también querían ir a prender fuego a las puertas de la fortaleza para dar libertad a los presos. Pero se asegura que Fabio Conti iba a disparar los cañones. Otros afirmaban que los artilleros de la fortaleza habían mojado la pólvora y no querían tirar sobre sus conciudadanos. Pero hay algo mucho más interesante: mientras que el cirujano de Sandolaro me arreglaba el brazo, llegó un hombre de Parma contando que el pueblo había encontrado por la calle a Barbone, el famoso empleado de la fortaleza lo había tundido a palos y se disponía a ahorcarlo en el árbol de paseo que está cerca de la fortaleza. También quería el pueblo roer esa hermosa estatua del príncipe que está en los jardines del palacio. Pero el señor conde ha sacado a un batallón de la guardia lo ha puesto delante de la estatua y ha mandado decir al pueblo que de los jardines no saldría vivo el que entrase. El pueblo tenía miedo. Pero lo más singular, lo que ese hombre que venía de Parma y que es un antiguo policía, me ha repetido varias veces, que el señor conde ha dado de puntapiés al general P..., jefe de la guarnición del príncipe, y lo ha arrojado fuera del jardín entre dos hombres, después de haberle arrancado sus insignias.

-¡En eso reconozco al conde! -exclamó la duquesa con un arrebató de alegría que no hubiera sospechado un minuto antes-. T consentirá nunca un ultraje a nuestra princesa. En cuanto al general P ..., es un hombre que por fidelidad a sus legítimos señor no quiso servir nunca al usurpador, mientras

que el conde, menos delicado, hizo las campañas de España, cosa que muchas veces han reprochado.

La duquesa había abierto la carta del conde, pero interrumpió su lectura para hacer cien preguntas a Bruno.

La carta era graciosísima. El conde usaba los términos más lúgubres, y, sin embargo, la más viva alegría estallaba en cada palabra no daba detalles sobre el género de muerte de que el príncipe falleciera, y terminaba así:

"Sin duda vas a volver, ángel mío, pero te aconsejo que aguardes unos o dos días al correo que la princesa, según yo espero, te mandará hoy o mañana. Tu vuelta debe ser magnífica como tu salida fue audaz. En cuanto al grandísimo criminal que está contigo, estoy decidido a que comparezca ante doce jueces, llamados de todos los rincones de este estado. Pero para poder castigar a ese monstruo como merece, necesito primero hacer con la primera sentencia, si existe, pajaritas de papel."

El conde había abierto la carta y añadido lo que sigue:

"Ahora sobreviene otro asunto. Acabo de mandar distribuir cartuchos a los dos batallones de la guardia. Voy a batirme y a merecer el nombre de Cruel con que los liberales me han bautizado hace ya tiempo. La vieja momia del general P... se ha atrevido a hablar en el cuartel, de entrar en negociaciones con el pueblo, que está medio en revolución. Te escribo en plena calle. Voy a palacio, y no se entrará allí sino pisando mi cadáver. ¡Adiós! Si muero será adorándote, a pesar de todo, como he vivido. No olvides de mandar coger trescientos mil francos que están a nombre tuyo en casa de D ..., en Lyon.

"El pobre diablo de Rassi está pálido como un muerto, sin peluca; no tienes idea de su cara. El pueblo quiere absolutamente ahorcarle, lo cual sería injusto, pues merece ser descuartizado. Venía a mi palacio a buscar refugio, y ha corrido detrás de mi por la calle. No sé qué hacer de él... No quiero llevármelo a palacio, porque sería provocar el estallido de la revuelta por ese lado. F... . verá si le quiero; mi primera palabra a Rassi ha sido: Necesito la sentencia contra el señor del Dongo y todas las copias que pueda haber de ella; y diga usted a todos esos jueces inicuos, que son causa de este levantamiento, que los mandaré a ahorcar a todos, como también a usted, querido amigo, si dicen una palabra de esa sentencia, que no ha existido nunca. En nombre de Fabricio, mando una compañía de granaderos al arzobispo. Adiós, ángel mío, mi palacio va a arder y perderé los encantadores retratos que tengo tuyos. Corro a palacio a destituir a ese infame general P que hace de las suyas; adula vilmente al pueblo, como antes adulaba al difunto príncipe. Todos estos generales tienen un miedo cerval; voy, creo yo, a tenerme que nombrar general en jefe."

La duquesa, maliciosa, no quiso mandar que despertaran a Fabricio; sentía por el conde una admiración que se parecía mucho al amor. En resumidas cuentas, pensó, tengo que casarme con él. Se lo escribió en seguida, y mandó partir a uno de sus criados. Aquella noche, la duquesa no tuvo tiempo para ser desgraciada.

A1 día siguiente, hacia las doce del día, vio venir una bar con diez remeros cortando veloz las aguas del lago. Fabricio y ella reconocieron en seguida a un hombre vestido con la

librea del príncipe de Parma. Era, en efecto, uno de sus correos, quien antes de descender a tierra gritó a la duquesa:

-¡La revuelta está vencida!

El correo le entregó varias cartas del conde, una carta admirable de la princesa y una orden, en pergamino, del príncipe Ranucio-Ernesto V, nombrándola duquesa de San Giovanni y camarero mayor de la princesa madre. El joven príncipe, sabio en mineralogía y a quien ella creía imbécil, había tenido el talento de escribirle un billetito; pero al final hablaba de amor. El billete decía:

"El conde dice, señora duquesa, que está contento de mí; hecho es que he aguantado a su lado algunos tiros y que mi cabal ha sido herido; el ruido que se hace por tan poca cosa me inspira el vivo deseos de asistir a una verdadera batalla, pero que no s contra mis súbditos. Al conde le debo todo; todos mis general que no han estado en la guerra nunca, se han portado como gallinas; creo que dos o tres han corrido hasta Bolonia. Desde que un grande y deplorable suceso me ha concedido el poder, no he formado orden que tanto me haya agradado como la que os nombre camarera mayor de mi madre. Mi madre y yo nos hemos acordar de que un día admirabais la hermosa vista que se contempla des el palazzetto de San Giovanni, que perteneció antaño a Petrarca según se dice al menos. Mi madre ha querido daros ese pedazo de tierra: y yo, no sabiendo qué daros y no atreviéndome a ofrecer todo lo que merecéis, os he hecho duquesa de mi país; no sé si es bastante Cerudita para saber que Sanseverina es título romano. Acabo de conceder el gran cordón de mi Orden a nuestro digno arzobispo, que ha dado prueba

de una firmeza bien rara en los hombres de setenta años. No me guardéis rencor por haber llamado todas las señoras desterradas. Dícenme que ya no debo firmar sino escribiendo primero las palabras: vuestro afectísimo. Duéleme q me obliguen a prodigar una frase que no es enteramente cierta m que cuando os escribo.

"Vuestro afectísimo,

RANUCIO ERNESTO."

¿Quien no dijera, al leer estas cartas, que la duquesa iba a gozar de la mayor privanza? Sin embargo, encontró algo muy extraño i otras cartas del conde que recibió dos horas después. El conde r se explicaba largamente, pero aconsejaba a la duquesa que retrasa algunos días su regreso a Parma y escribiese a la princesa diciendo que estaba muy indispueta. La duquesa y Fabricio, sin embargo partieron para Parma en seguida después de cenar. El propósito de la duquesa, aunque no se lo confesaba a sí misma, era apresurar el matrimonio del marqués Crescenzi; Fabricio, por su parte hizo el camino loco de alegría y dando a su tía espectáculos que ésta le parecieron sumamente ridículos. Tenía la esperanza de volver pronto a ver a Clelia y estaba bien decidido a raptarla, aunque ella se opusiera, si no había otro medio de romper el matrimonio.

El viaje de la duquesa y de su sobrino fue muy alegre. Un posta antes de llegar a Parma, Fabricio se detuvo un instante para ponerse el traje eclesiástico; generalmente iba vestido de luto. Cuando volvió al cuarto de la duquesa, ésta le dijo:

-Encuentro algo turbias e inexplicables las cartas del conde Créme, quédate aquí por unas horas; yo te enviaré un correo E cuanto haya hablado con ese gran ministro.

Costó mucho trabajo convencer a Fabricio. La recepción que conde hizo a la duquesa, a quien llamaba su mujer, fue, por los pueriles arrebatos de alegría, digna de un niño de quince años. Durante largo rato no quiso hablar de política, y cuando por fin llegó la hora del conversar razonable, dijo:

-Has hecho muy bien en impedir la llegada oficial de Fabricio aquí estamos en plena reacción. ¿A que no adivinas el colega que me ha dado el príncipe para el Ministerio de justicia?... Por Rassi, querida, Rassi, a quien he tratado como un miserable que es, el día de nuestros grandes asuntos. A propósito; te advierto que se ha suprimido todo lo sucedido aquí. Si lees nuestra gaceta, ver que un empleado de la fortaleza llamado Barbone, ha muerto c una caída de coche. Y los setenta y tantos bribones que he manda(matar a tiros, cuando atacaban la estatua del príncipe en los jai dines, están todos muy buenos, pero han ido de viaje. El conde Zurla, ministro del Interior, ha ido en persona a las casas de es desgraciados héroes y ha entregado quince monedas de oro a se familias o a sus amigos, con orden de decir que el difunto esta de viaje y con expresiva amenaza de prisión si se les ocurría dar entender que había sido muerto. Un hombre de mi Ministerio, 1 Negocios extranjeros, ha sido enviado en misión a los periódicos Milán y Turín para que no se hable del desgraciado suceso, ésta la palabra consagrada. Ese hombre debe ir hasta París y Londres con el fin de desmentir en todos los periódicos, y casi oficialmente todo lo que pu-

diera decirse de nuestros disturbios. Otro agente ha encaminado hacia Bolonia y Florencia. Me he encogido de hombros. Pero lo más gracioso, a mi edad, es que he tenido un instante de entusiasmo cuando hablaba a los soldados de la guardia y cuando le arranqué las insignias a ese cobarde general P En este instante hubiera dado mi vida, sin vacilar, por el príncipe; confieso ahora que habría sido una bien necia manera de acabar. Hoy, el príncipe, que es un buen muchacho, daría cien escudos porque muriese yo de enfermedad. No se atreve aún a pedirme la dimisión, pero nos hablamos lo menos que podemos y le mando una gran cantidad de partes escritos, como hacia con el difunto príncipe, después de la prisión de Fabricio. Y, a propósito, no he hecho pajaritas de papel con la sentencia, por la razón muy sencilla de que ese bribón de Rassi no me la ha entregado. Has hecho muy bien impedir que Fabricio llegue aquí oficialmente. La sentencia sigue siendo ejecutiva; sin embargo, no creo que Rassi se atreva a mandar detener hoy a tu sobrino, pero puede que se atreva dentro de quince días. Si Fabricio quiere absolutamente entrar en la ciudad, que venga a alojarse a mi casa.

-Pero, ¿cuál es la causa de todo esto? -exclamó la duquesa extrañadísima.

-Le han hecho creer al príncipe que yo me las doy de dictado y de salvador de la patria y que quiero dirigirle como a un niño; es más, que hablando de él he dicho: ese niño. Puede que el hecho sea verdadero, aquel día estaba yo exaltado; considerábalo como un gran hombre, porque no tenía mucho miedo en medio de los primeros tiros que oía en su

vida. No carece de talento y hasta tiene mejor aire que su padre; en fin, no me cansaré de repetir que el fondo del corazón es bueno y honrado. Pero ese corazón sincero y joven se. contrae cuando se le cuenta alguna bribonada y cree que es menester que uno mismo tenga muy negra el alma, para percibir tales cosas. Piensa en la educación que le han dado.

-Vuestra Excelencia debió pensar que ese joven un día sería el amo y poner a su lado a un hombre de talento.

-En primer lugar tenemos el ejemplo del abate de Condillac llamado por el marqués de Felino, mi antecesor; el abate hizo de su alumno el rey de los tontos. Iba a las procesiones, y en 1796 no supo tratar con el general Bonaparte, que hubiera triplicado la extensión de sus Estados. En segundo lugar, nunca he creído ser ministro diez años seguidos. Ahora que ya no tengo ilusiones desde hace un mes, voy a juntar un millón antes de dejar abandonada sí misma esta corte de necios que he salvado. Sin mi, Parma hubiera sido república durante dos meses, con el poeta Ferrante Palla de dictador.

A1 oír estas palabras, la duquesa se puso muy colorada; el conde lo ignoraba todo.

-Vamos a volver a la monarquía ordinaria del siglo XVIII : el confesor y la querida. En el fondo, el príncipe no tiene afición m: que por la mineralogía y quizás por ti también. Pero desde que reina, oye decir a diario a su ayuda de cámara, a cuyo hermano acabo de nombrar capitán a los nueve meses de servicio, le oyó decir, digo, que debe ser más dichoso que los demás mortales, por que su perfil va a estar grabado en las monedas. A consecuencia c esta hermosa

idea, ha venido el tedio. Ahora necesita un ayudante de campo para curar su tedio. Pues bien; aunque me diese ese famoso millón que necesitamos para vivir bien en Nápoles o en París no quisiera yo ser el que distraiga su tedio, estando todos los días, cuatro o cinco horas con Su Alteza. Además, como tengo más ingenio que él, al cabo de un mes me tendría por un monstruo. El difunto príncipe era perverso y envidioso, pero había estado en la guerra y había mandado cuerpos de ejército, cosa que le dio cien buen sentido; había en él madera de un príncipe y yo podía ser ministro, bueno o malo. Pero con este hijo suyo, persona honrada, cándida y realmente buena, tengo que ser un intrigante, el rival de la última mujercilla de palacio, y un rival muy inferior, porque despreciaré cien detalles necesarios. Por ejemplo: hace tres días una de esas mujeres que reparten todas las mañanas toallas blancas por las habitaciones, ha tenido la ocurrencia de perder la llave de uno de los escritorios ingleses del príncipe. Su Alteza se ha negado a ocuparse de todos los negocios, cuyos papeles están en ese escritorio. Por veinte francos, claro está, podían sacarse los papeles levantando la madera o empleando ganzúas. Pero Ranuccio Ernesto V me ha dicho que eso sería acostumbrar mal al cerrajero de palacio. Hasta aquí le ha sido absolutamente imposible conservar tres días seguidos la misma voluntad. Si hubiese nacido marqués, con una buena fortuna, este gran príncipe hubiera sido uno de los hombres más estimables de su corte, una especie de Luis XVI. Pero con su ingenuidad piadosa, ¿cómo va a resistir a las sabias astucias que le rodean? Así, el salón de tu enemiga la Raversi, es hoy más poderoso que nunca; se ha descubierto en él que yo,

que he mandado tirar contra el pueblo y que estaba resuelto a matar a tres mil hombres, si era preciso, antes que permitir un ultraje a la estatua del príncipe, mi señor, soy un rabioso liberal, quise que se firmase una Constitución y cien otras necedades por el estilo. Con tanto hablar de república, los locos nos impedirán gozar de la mejor de las monarquías... En fin, querida mía, en el partido liberal actual, de que mis enemigos me dicen jefe, tú eres la única persona de que el príncipe no haya hablado en términos molestos; el arzobispo que sigue siendo perfectamente honrado, está en desgracia por haber dicho razonables palabras sobre lo que dice el día desgraciadas. Al día siguiente de ese día, que aún no se llamaba desgraciado, cuando aún era verdad que había existido la revuelta, dijo el príncipe al arzobispo que para que al casarte conmigo no tuvieras que tomar un título inferior al que hoy tienes, pensaba hacerme duque. Hoy creo que el que va a ser conde es Rassi, a quien yo hice noble cuando me vendía los secretos del difunto príncipe. Ante semejante ascenso haré yo el papel de un necio.

-Y el pobre príncipe se hundirá en el fango.

-Sin duda; pero en el fondo, es el amo, cualidad que en menos de quince días hace que se desvanezca el ridículo. Así, pues, querida duquesa, digamos como en el juego: paso. Vámonos de aquí.

-Pero no seremos ricos.

-En el fondo, ni tú ni yo necesitamos lujo. Con tener en Nápoles un palco en San Carlos y un caballo, me declaro satisfecha. Nunca será el lujo mayor o menor el que nos dé un rango a tiene a mí; será el mayor o menor placer que la

gente de talento encuentre en venir a nuestra casa a tomar una taza de té.

-Pero -replicó la duquesa-, ¿qué habría sucedido el día desgraciado si te hubieses retirado, como espero que harás en adelante. Pues que las tropas hubieran fraternizado con el pueblo, que hubiéramos tenido tres días de matanza y de incendio (pues ese país necesita aún cien años para que la república no sea un absurdo), y luego quince días de saqueo, hasta que dos o tres regimientos extranjeros hubieran venido a poner coto a los excesos. Ferrante Palla estaba en medio del pueblo, lleno de valor, furibundo como de costumbre; tenía, sin duda, una docena de amigos que trabajaban de acuerdo, cosa de la que Rassi sacará una soberbia conspiración. Lo seguro es que iba malísimamente trajeado y distribuía oro a manos llenas.

La duquesa, maravillada de todas estas novedades, fue corriendo a dar las gracias a la princesa.

A1 entrar en la cámara, la dama de servicio le entregó la llavecita de oro, que, colgada de la cintura, es la señal de la autoridad suprema en la parte del palacio que depende de la princesa. Clara Paolina se apresuró a despedir a todo el mundo, y cuando estuvo sola con su amiga persistió durante unos instantes en no explicar; sino a medias. La duquesa no comprendía bien lo que todo esto significaba y contestaba con la mayor reserva. Por último, la princesa se echó a llorar y abrazando a la duquesa, exclamó:

-Mis tiempos de desgracia van a volver a empezar; mi hijo tratará peor que me trató su padre.

-Eso lo impediré yo -replicó con viveza la duquesa-. Pero primero necesito -prosiguió- que Vuestra Alteza Serenísima se digne aceptar aquí el homenaje de mi agradecimiento y de mi respeto profundo.

-¿Qué quiere usted decir? exclamó la princesa llena de quietud y temiendo que la duquesa presentase su dimisión.

-Que cada vez que Vuestra Alteza Serenísima me permita ver hacia la derecha la barbilla temblorosa de ese monigote que está sobre la chimenea, me permita que llame a las cosas por verdadero nombre.

-¿Nada más que eso, querida duquesa? -exclamó Clara Paolina levantándose y yendo ella misma a volver la barbilla del monigote-. Hablad con toda libertad, señora camarera mayor -dijo con un tono de voz encantador.

-Señora -replicó la duquesa-. Vuestra Alteza ha visto perfectamente la situación. Corremos aquí los mayores peligros. La sentencia contra Fabricio no está revocada, y por consiguiente cuan quieran deshacerse de mí e inferiros un ultraje, volverán a encarcelarlo. Nuestra posición es peor que nunca. En lo que a mí personalmente me toca, me caso con el conde y nos vamos a vivir Nápoles o a París. El último rasgo de ingratitud, de que el conde es víctima en este momento, le ha quitado para siempre el gusto los negocios, y salvo el interés de Vuestra Alteza Serenísima, no aconsejaría yo que continuase en este desorden, si el príncipe le da una enorme suma. Ruego a Vuestra Alteza me permita explicarle que el conde, que poseía ciento treinta mil francos al llegar al Ministerio, posee hoy apenas veinte mil francos de renta. vano le excitaba yo desde hace tiempo en pensar en su for-

tuna. Durante mi ausencia ha despedido a los arrendatarios de los i puestos, que eran unos bribones, y los ha sustituido por otros botones que le han dado ochocientos mil francos.

-¡Cómo! -exclamó la princesa extrañada-. ¡Dios mío, cuánto siento eso!

-Señora -replicó la duquesa con mucha sangre fría-, ¿pon la barbilla del monigote a la izquierda?

-¡Dios mío, no! -exclamó la princesa-; pero me disgusta q un hombre del carácter del conde haya pensado en ese género ganancia:

-Sin ese robo, era despreciado por todas las personas honrada

-¡Dios mío! ¿Es posible?

-Señora -replicó la duquesa-, salvo mi amigo el marqués Crescenzi, que posee tres o cuatrosientos mil francos de renta, todo mundo roba aquí; y ¿cómo no robar en un país donde el agrade cimient por los mayores servicios no duran ni siquiera un me No hay, pues, ninguna realidad que sobreviva a la privanza, como no sea el dinero. Voy a permitirme, señora, decir verdades terrible.

-Yo las permito -dijo la princesa suspirando-, y, sin embargo me son cruelmente desagradables.

-Pues bien, señora, vuestro hijo el príncipe es un hombre honrado que puede haceros mucho más desgraciada que su padre. El difunto príncipe tenía carácter, poco más o menos, como todo el mundo. Nuestro actual soberano no sabe si querrá la misma cosa tres días seguidos, y por consiguiente para estar seguro de él ha que vivir continuamente con él y no dejarle hablar con nadie Como esta verdad no es muy

difícil de adivinar, nuestro partido ultra, dirigido por dos buenas cabezas, Rassi y la marquesa Raversi va a intentar buscarle una querida al príncipe. Esta querida tendrá permiso para enriquecerse y para distribuir algunos puestos subalternos; pero tendrá que responder al partido de la constante voluntad del amo. Yo, para estar bien afianzada en la corte de Vuestra Alteza, necesito que Rassi sea desterrado y abrumado; quiero, además, que Fabricio sea juzgado por los jueces más honrados que puedan encontrarse. Si estos señores reconocen, como espere que es inocente, será natural conceder al señor arzobispo que Fabricio sea su coadjutor con futura sucesión. Si fracasa, el conde y yo nos retiramos, y entonces, antes de partir, dejaré a Vuestra Alteza Serenísima este último consejo: que no perdone nunca a Ras; y que no salga tampoco nunca de los Estados de su hijo. De cero; este buen hijo no le hará ningún daño serio.

-He seguido atentamente sus razonamientos -respondió la princesa sonriendo-; ¿será preciso que me encargue yo misma de buscarle una querida a mi hijo?

-No, señora; pero conseguid primero que vuestro salón sea único en donde se divierta.

La conversación se prolongó mucho en este sentido; la venda cayó de los ojos de la inocente e inteligente princesa.

Un correo de la duquesa fue a decir a Fabricio que podía entrar en la ciudad ocultándose. Apenas se le veía; se pasaba la vida disfrazado de aldeano y oculto en la barraca de un vendedor de castañas, delante de la fortaleza, bajo los árboles del paseo.

XXIV

La duquesa organizó encantadoras veladas en el palacio. Nunca la corte había estado tan alegre, tan amable como este invierno. Y, sin embargo, la duquesa vivía en medio de los mayores peligros. Pero en cambio, durante esta temporada crítica no se le ocurrió ni dos veces pensar con cierta intensidad en el extraño cambio de Fabricio. El joven príncipe llegaba muy temprano a las amables veladas de su madre, quien le decía siempre:

-Váyase Vuestra Alteza a gobernar. Apuesto a que hay sobre vuestra mesa más de veinte dictámenes esperando un sí o un no, y no quiero que Europa me acuse de hacerlos haragán, para reinar yo.

Estas advertencias tenían la desventaja de llegar siempre en los momentos más inoportunos, es decir, cuando Su Alteza, habiendo vencido su timidez, tomaba parte en alguna charada en acción, cosa que le divertía mucho. Dos veces por semana hacíanse gira campestres, en las que con el pretexto de conquistar para el nuevo soberano el afecto de su

pueblo, admitía la princesa a las mujeres más bonitas de la burguesía. La duquesa, alma de esta corte alegre, esperaba que esas burguesas hermosas, que todas veían con mortal envidia la fortuna del burgués Rassi, contarían al príncipe alguna de las innumerables bribonadas de este ministro. Ahora bien; entre otras pueriles ideas, el príncipe pretendía tener un Ministerio moral.

Rassi sentía muy bien que todas esas brillantes veladas de la corte de la princesa, dirigidas por su enemiga, eran peligrosas para él. No había querido entregar al conde Mosca la sentencia legalísima dictada contra Fabricio; era, pues, preciso que la duquesa o él desaparecieran de la corte.

El día de aquel movimiento popular, cuya existencia era de buen tono negar ahora, habíase distribuido dinero entre el pueblo. De aquí partió Rassi. Peor vestido que de costumbre, subió a las más miserables casuchas de la ciudad y se pasó horas enteras de conversación con sus miserables habitantes. Bien le fue; al cabo de quince días tuvo la certeza de que Ferrante Palla había sido el jefe secreto de la insurrección, y más aún, de que este individuo pobre siembre como un gran poeta, había mandado vender ocho o diez diamantes en Génova.

Citábanse, entre otras, cuatro o cinco piedras de alto parecía que realmente valían más de cuarenta mil francos, y que diez días antes de la muerte del príncipe se habían enajenado en treintacinco mil francos, porque según se decía había necesidad de dinero.

¿Cómo pintar la alegría del ministro de justicia cuando hubiese hecho este descubrimiento? Bien veía que todos los

días le ponías en ridículo en la corte de la princesa madre, y varias veces el príncipe, hablando con él de negocios, se había reído en su cara con toda la ingenuidad de la juventud. Hay que confesar que Rassi tenía maneras singularmente plebeyas; por ejemplo, en cuanto una discusión le interesaba, cruzaba las piernas y cogía su zapato corla mano. Si el interés aumentaba, extendía sobre su pierna un pañuelo de algodón rojo, etc., etc. El príncipe rió muchísimo de la broma de una de las mujeres más bonitas de la burguesía, que sabiendo además que tenía una pierna preciosa, se puso a imitar e ademán, poco elegante, del ministro de justicia.

Rassi solicitó una audiencia extraordinaria, y dijo al príncipe:

-¿Querría Vuestra Alteza dar cien mil francos por saber a ciencia cierta cuál ha sido la clase de muerte de su augusto padre? Con esa suma la justicia se pondría en condiciones de coger a los culpables, si los hay.

La respuesta del príncipe no podía ser dudosa.

Algún tiempo después, Chekina avisó a la duquesa de que le habían ofrecido una fuerte suma por que dejara a un joyero examinar los diamantes de la duquesa; la muchacha se negó indignada. La duquesa le regañó por haberse negado y ocho días después Chekina tuvo diamantes para enseñarlos. El día decidido para esta exhibición de los diamantes, el conde Mosca puso dos hombre; seguros detrás de cada uno de los joyeros de Parma, y hacia las doce de la noche vino a decir a la duquesa que el joyero curioso no era otro que el hermano de Rassi. La duquesa, que aquella noche estaba muy alegre (representábase en palacio una comedia dell' arte,

esto es, en donde cada personaje inventa el diálogo conforme lo va diciendo, con sujeción tan sólo a un plan que está entre bastidores) , la duquesa que representaba un papel, tenía en la comedia por galán al antiguo amigo de la marquesa Raversi, que asistía a la velada. El príncipe, el hombre más tímido de sus estados, aunque guapo y dotado de tierno corazón, estudiaba el papel del conde Baldi y quería hacerlo en la segunda representación.

-Poquísimo tiempo tengo dijo la duquesa al conde, salgan la primera escena del segundo acto; vamos a la sala de guardia.

Allí, en medio de veinte guardias de corps, todos muy despiertos y atentos a lo que hablaban el primer ministro y la camarera mayor, la duquesa le dijo riendo a su amigo:

-Siempre me regañas cuando digo secretos inútilmente. Yo fui quien hizo subir al trono a Ernesto V. Tratábase de vengar a Fabricio, a quien amaba entonces mucho más que hoy, aunque siempre muy inocentemente. Yo bien sé que no crees en tal inocencia pero no me importa, puesto que me quieres a pesar de mis crímenes. Pues bien; he aquí un verdadero crimen: he dado todos mis diamantes a una especie de loco muy interesante llamado Ferrante Palla, y es más, le he dado un beso para que matara al hombre que pensaba envenenar a Fabricio. ¿Qué hay en esto de malo?

-¡Ah, entonces, de ahí era de donde Ferrante había sacado dinero para su motín! -dijo el conde algo estupefacto-, ¡y me cuentas todo esto en la sala de los guardias!

-Es que tengo prisa; Rassi está, por lo visto, sobre la pista del crimen. Muy cierto es que nunca hablé de insurrec-

ción, pues aborrezco a los jacobinos. Piensa sobre todo, y dime tu opinión cuando la función termine.

-Te diré, desde luego, que hay que inspirar amor al príncipe... Pero ¡sin pasar de ciertos límites, eh!

Llamaban a escena a la duquesa. Salió corriendo.

Unos días después, la duquesa recibió por correo una larga carta muy ridícula firmada con el nombre de una antigua doncella suya. Esta mujer solicitaba ser empleada en la corte. Desde el primer momento había conocido la duquesa que aquella no era ni su letra ni su estilo. Al abrir la hoja para leer la segunda página, la duquesa vio caer a sus pies una pequeña estampa milagrosa de la Virgen doblada en una hoja impresa de un libro viejo. Dio una mirada a la estampa y leyó algunas líneas de la hoja impresa. Sus ojos brillaron. Halló estas palabras:

"El tribuno ha tomado cien francos al mes, ni uno más. Con el resto quiso reavivar el sagrado fuego de las almas, que se encontraron heladas por el egoísmo. El zorro está sobre la pista; por eso no he tratado de ver por última vez al ser que adoro. Me he dicho: ella no ama la república, y ella me supera en el espíritu como en el encanto y en la belleza. Además, ¿cómo hacer una república sin republicanos? Dentro de seis meses recorreré a pie y con microscopio en la mano las pequeñas ciudades americanas, y veré si aún puedo amar a la única rival que tiene usted en mi corazón. Si usted recibe esta carta, señora baronesa, sin que ningún ojo profano la haya leído antes, mande quebrar uno de los plantones de fresno que están a diez pasos del sitio en donde osé hablarle por vez primera. Entonces haré enterrar debajo del gran boj del

jardín, que le llamó a usted la atención una vez en días felices, una caja donde habrá de esas cosas que se hacen que se calumnian a las gentes de mi opinión. Ciertamente, me habría guardado muy bien de escribir si el zorro no estuviera sobre la pista y no pudiera llegar a mi ángel. Véase el boj dentro de quince días.”

Tiene una imprenta a sus órdenes, pensó la duquesa. Pronto tendremos un tomo de sonetos, y ¡sabe Dios el nombre que me dará!

La coquetería de la duquesa quiso hacer una prueba; durante ocho días estuvo indispuesta y la corte se vio privada de las preciosas veladas. La princesa, muy escandalizada de lo que el miedo, que le tenía su hijo, le obligaba a hacer desde los primeros días de su viudez, fue a pasar esos ocho días al convento donde estaba la iglesia que guardaba los restos mortales de su marido. Esta interrupción de las veladas proporcionó al príncipe una enorme cantidad de ocio y dio al ministro de justicia un rudo golpe en su privanza, pues Ernesto V comprendió cuán grande sería el aburrimiento si la duquesa se iba de la corte o cesaba tan sólo de derramar en ella su alegría. Volvieron a empezar las veladas y el príncipe se mostró cada vez más interesado por las comedias dell'arte. Tenía el proyecto de tomar un papel, pero no se atrevía a manifestar esta ambición. Un día, poniéndose rojo, dijo a la duquesa:

-¿Por qué no he de representar yo también?

-Todos estamos aquí a las órdenes de Vuestra Alteza. Si Vuestra Alteza se digna ordenármelo, arreglaré el plan de una comedia. Todas las escenas brillantes del papel de

Vuestra Alteza serán conmigo, y como en los primeros días todo el mundo vacila y se turba un poco, si Vuestra Alteza quiere mirarme con alguna atención, le diré las respuestas que debe hacerme.

Todo quedó arreglado con infinita destreza. El príncipe, muy tímido, se avergonzaba de ser tímido; los cuidados que tomó la duquesa para no hacerle sufrir esta innata timidez, hicieron una impresión profundísima en el joven soberano.

El día en que debutó el príncipe, comenzó el espectáculo media hora antes que de costumbre, y sólo había en el salón, cuando se pasó a la sala de espectáculo, ocho o diez mujeres de bastante edad. Éstas no intimidaban al príncipe, sin contar con que educadas en Munich en los verdaderos principios monárquicos, aplaudían sien pro. Haciendo uso de su autoridad como camarera mayor, la duquesa cerró con llave la puerta por la que el vulgo de los cortesano entraban en el espectáculo. El príncipe, que tenía ingenio literaria y una hermosa figura, salió muy bien de sus primeras escenas; repetía con inteligencia las frases que leía en los ojos de la duquesa que ésta le indicaba a media voz. En un momento en que los escasos espectadores aplaudían con todas sus fuerzas, la duquesa hizo una señal, abrióse la puerta de honor y la sala del espectáculo fue, ocupada en un instante por todas las mujeres bonitas de la corte quienes viendo la encantadora figura y el aire feliz y contento que tenía el príncipe, empezaron a aplaudir; el príncipe se puso rojo de dicha. Hacía el papel de un enamorado de la duquesa. Lejos de tener que sugerirle palabras, pronto tuvo ella que aconsejarle que abreviara las escenas. El príncipe hablaba de amor con

un entusiasmo, que muchas veces hacía vacilar a la actriz; sus parlamentos duraban cinco minutos. La duquesa ya no era esa belleza deslumbradora del año anterior: la prisión de Fabricio, y más aún la estancia en el lago Mayor con el sobrino triste, melancólico y silencioso, habían dado diez años más a la hermosa Gina. Sus rasgos se habían acentuado; tenían más espíritu, pero menos juventud.

Rara vez su rostro volvía a tomar esa expresión de jocosidad que antes tuviera; pero en las tablas, pintada y ayudada por cuantos recursos el arte proporciona a las actrices, todavía era la mujer más bonita de la corte. La pasión con que el príncipe inventaba, decía los parlamentos amorosos despertaron la sospecha de los cortesanos, quienes decían: He aquí a la Balbi del nuevo reinado. El conde protestó interiormente. Cuando hubo terminado la pieza dijo la duquesa al príncipe, delante de toda la corte:

-Vuestra Alteza representa muy bien; van a decir que está Vuestra Alteza enamorado de una mujer de treinta y ocho años, lo que iba a causar el rompimiento de mi matrimonio con el conde. Así pues, no volveré a representar con Vuestra Alteza, como el príncipe no jure que me dirigirá la palabra como a una persona de edad la marquesa Raversi, por ejemplo.

Se repitió tres veces la misma pieza. El príncipe estaba loco de felicidad. Pero una noche pareció muy preocupado.

-O mucho me equivoco -dijo la camarera mayor a la princesa- o Rassi trata de jugarnos alguna mala pasada; yo aconsejaría; Vuestra Alteza que indique algún espectáculo

para mañana; el príncipe representará mal y, desesperado, le dirá a Vuestra A alguna cosa.

El príncipe, en efecto, estuvo muy mal; apenas se le oía sabia terminar las frases. Al final del primer acto casi se le saltan las lágrimas: la duquesa estaba a su lado, pero fría e inmóvil príncipe, viéndose un momento solo con ella en la salita de los actores, corrió a cerrar la puerta.

-No, nunca podré -dijo- representar el segundo y el acto; no quiero de ningún modo aplausos de cortesía; los aplausos de esta noche me han partido el corazón. Aconséjeme, ¿qué hacer?

-Voy a salir a escena; haré una reverencia profunda a Suiza y otra al público, y diré que el actor que hacia de Lelios encontrado indispuerto de repente y que el espectáculo terminó con algunos trozos musicales. El conde Rusca y la pequeña Ghi estarán encantados de poder hacer oír a tan brillante público voceillas cascadas.

El príncipe tomó la mano de la duquesa y la besó con efusión.

-Si fuera usted un hombre -le dijo- me daría un buen consejo. Rassi acaba de dejar encima de mi mesa ciento ochenta y declaraciones contra los supuestos asesinos de mi padre. Además de las declaraciones hay un acta de acusación que tiene más de doscientas páginas; tengo que leer todo eso, y he dado mi palabra no decir nada de ello al conde. Esto lleva derecho a ejecución suplicios. Ya quiere que mande raptar en Francia, cerca de Antibes, a Ferrante Palla, el gran poeta a quien tanto admiro. Vive allí el nombre de Poncet.

-El día que Vuestra Alteza mande ahorcar a un liberal, estará sujeto al ministerio por cadenas de hierro, y esto es lo que quiere ante todo. Pero entonces Vuestra Alteza no podrá anunciar un paseo con dos horas de anticipación. No hablaré ni a la cesa ni al conde del grito de dolor que acabáis de proferir; como he jurado no tener secretos para la princesa, haríame venturosa Vuestra Alteza, si tuviera a bien decir a su madre las mismas cosas que ha dicho a mi.

Esta idea sirvió de distracción al dolor de haber representado mal.

-Pues bien, vaya a avisar a mi madre que la espero el gabinete.

El príncipe salió de los bastidores, pasó por el salón que c entra al teatro, despidió con duro ademán al gran chambel: al ayudante de servicio que le seguían. La duquesa, por su parte abandonó precipitadamente el espectáculo; cuando hubo llegad el gabinete de la princesa, hizo una reverencia profunda a la madre y al hijo y los dejó solos. Puede pensarse cuál no sería la agitación de la corte; estas son las cosas que la hacen tan divertida. Al cabo de una hora, el príncipe mismo se presentó en la puerta del gabinete y llamó a la duquesa; la princesa lloraba; su hilo tenía la fisonomía alteradísima.

He aquí dos personas débiles y malhumoradas, que buscan u. buen pretexto para enfadarse contra alguien, pensó la camarera mayor. Primero, la madre y el hijo se quitaron uno a otro la palabra para contar detalles a la duquesa, quien en sus contestación tuvo buen cuidado de no adelantar ninguna idea. Durante de horas mortales los tres actores de esta fasti-

diosa escena no se salieron un punto de los papeles que acabamos de indicar. El príncipe mismo fue a buscar las dos enormes carteras que Rassi había deja en su despacho; al salir del gabinete de su madre encontró a toda la corte esperando:

-¡Marchaos, dejadme en paz! -exclamó con un tono muy descortés que nunca se le había conocido.

El príncipe no quería ser visto con las dos carteras; un príncipe no debe ir cargado. Los cortesanos desaparecieron en un momento. Al volver, el príncipe no encontró más que a los criados apagan las bujías; los despidió furioso, como asimismo al pobre Fontana ayudante de servicio, que había cometido, por celo, la tontería de quedarse.

-Todo el mundo parece decidido esta noche a impacientarme -dijo malhumorado a la duquesa, al volver al gabinete.

Tenía a la duquesa por mujer de mucho talento, y estaba furioso porque evidentemente se obstinaba en no opinar. Ella, por su parte, estaba resuelta a no decir nada hasta que le pidieran opinión expresamente. Aún transcurrió media hora larga antes que el príncipe, que tenía el sentimiento de su dignidad, se decidiera a decir:

-Pero, señora, nada dice usted.

-Aquí estoy para servir a la princesa y olvidar en seguida cuanto se dice delante de mí.

-Pues bien, señora -dijo el príncipe poniéndose muy colorido-, ordeno a usted que me diga su opinión.

-Los crímenes se castigan para impedir que se renueven. El difunto príncipe ¿ha sido envenenado? Es muy dudoso. ¿Lo ha sido por los jacobinos? Eso es lo que Rassi quería

demostrar, pues entonces se hace un instrumento necesario para siempre y del que Vuestra Alteza no podrá prescindir. En este caso, Vuestra Alteza, que comienza ahora a reinar, puede prometerse muchas velada como ésta. Vuestros súbditos dicen generalmente, y es enteramente cierto, que Vuestra Alteza tiene un carácter bondadoso. Mientras no haya mandado a la horca a algún liberal, gozará de esa reputación y, ciertamente, nadie pensará en prepararle veneno.

-La conclusión es evidente -exclamó, picada, la princesa-, no quiere usted que se castigue a los asesinos de mi marido.

-Es que, sin duda, señora, estoy unida a ellos por una tierna amistad.

La duquesa veía en los ojos del príncipe que éste la creía di acuerdo con su madre para dictarle un plan de conducta. Hubo entre las dos mujeres una serie de respuestas rápidas y bastante agrías, tras las cuales la duquesa declaró que no diría una sola palabra más, y permaneció fiel a su resolución. Pero el príncipe, después de una larga discusión con su madre, le volvió a ordenar que diese su opinión.

-Juro a Vuestras Altezas que no lo haré.

-Pero es verdaderamente una niñada -exclamó el príncipe.

-Ruego a usted que hable, señora duquesa -dijo la princesa en tono digno.

-Suplico a Vuestras Altezas que me dispensen, señora. Pera Vuestra Alteza -añadió la duquesa dirigiéndose al príncipe- lee perfectamente el francés. Para calmar nuestros agitados espíritus ¿querría tener la bondad de leernos una fábula de La Fontaine?

La princesa encontró ese nos muy insolente, pero pareció a la vez extrañada y divertida, cuando la camarera mayor, que había ido con gran sangre fría a abrir la biblioteca, volvió trayendo un volumen de las Fábulas de La Fontaine, lo hojeó un instante y dije al príncipe, presentándoselo:

-Suplico a Vuestra Alteza que lea toda la fábula.

EL HORTELANO Y SU SEÑOR

*Cierto villano rico, al campo aficionado,
Un jardín en su pueblo tenía.
Adquirid la huerta de al lado
Y la cercó de penca y de zarza bravía
La col y la lechuga en la huerta se daban,
En el jardín las flores no sobraban,
Pero había para regalar
Un ramo de clavel, de jazmín y de rosa
A Teresa, la más hermosa
Moza del lugar.
Mas habiendo esta dicha una liebre turbado,
Al señor de la aldea nuestro hombre se quejó.
"-El maldito animal, dijo, está en el cercado
Y se harta de comer de lo que Dios crió.
Ni trampa, ni palo, ni piedra
Valen con él; nada le arredra.
Es brujo. -¿Brujo? Vamos, que yo le desafío,
Replicóle el señor. Aunque fuera Merlin,
Ten por seguro, amigo mío,
Que mis perros sabrán echar de tu jardín*

LA CARTUJA DE PARMA

*Al voraz animal. -¿Y cuándo? -Sin demora,
Mañana, a la primera hora."*

Llegó el señor con todos sus criados.

-Almorcemos. ¿Están tus pollos bien cebados?

*Tras del almuerzo, alegres empezaron
A preparar la caza, con un tumulto ingente
De tropas y de perros y de gente,
Que a nuestro buen villano atónito dejaron.
Pero fue lo peor; que el barón y sus perros
En lamentable estado pusieron el jardín.*

¡Adiós flores, rosa, jazmín!

¡Adiós coles, lechuga, puerros!

*- Juegos son de señor, suspiraba contrito
El buen hombre, pero la turba cazadora
Destrozó, sin oírle, en menos de una hora
Más que en cien años todas las liebres del distrito.*

*Resolved, principillos, a solas vuestras guerras.
Fuera locura insigne acudir a los reyes,
No permitáis jamás que os impongan sus leyes
Ni le hagáis entrar en vuestras tierras.*

A esta lectura siguió un profundo silencio. El príncipe pas base por el gabinete, después de haber ido en persona a dejar tomo en su sitio.

-¡Bueno!, señora -dijo la princesa-. ¿Se dignará usted hablar? No, ciertamente, señora, mientras Su Alteza no me

haya nombrado ministro. Si hablo aquí, corro el peligro de perder mi puesto de camarera mayor.

Otro silencio que duró un cuarto de hora. Por fin, la princesa recordó la historia de María de Médicis, madre de Luis XIII. Durante todos los días anteriores, la camarera mayor había hecho leer, por la lectora, la excelente Historia de Luis XIII, de M. Bazin. Aunque estaba muy picada, la princesa pensó que la duquesa podía muy bien irse de Parma y entonces Rassi, a quien tenía un miedo atroz, podría quizá imitar a Richelieu y hacerla desterrar por su hijo. En este momento la princesa hubiera dado cualquier cosa por humillar a su camarera mayor; pero no podía. Se levantó y vino con exagerada sonrisa a coger la mano de la duquesa, diciendo:

-Vamos, señora, pruébeme usted que me quiere, hablando.

-Pues bien, dos palabras no más. Quemar, en esa chimenea, todos los papeles reunidos por esa víbora de Rassi y no confesarle nunca que esos papeles han sido quemados.

Y añadió bajito, en tono familiar, al oído de la princesa:

-Rassi puede ser Richelieu.

-Pero, ¡demonio!, esos papeles me cuestan más de ochenta mil francos -exclamó el príncipe con disgusto.

-Príncipe mío -replicó la duquesa con energía-, eso es lo que pasa cuando uno emplea a bribones de baja alcurnia. ¡Ojalá perdiera Vuestra Alteza un millón y no volviera a dar crédito a esos rastrosos bandidos, que no han dejado dormir a vuestro padre en los seis últimos años de su reinado!

Las palabras baja alcurnia agradaron muchísimo a la princesa, que pensaba que el conde y su amiga estimaban con algún excesivo exclusivismo el talento, siempre primo hermano del jacobinismo.

Durante el breve instante de profundo silencio, lleno por las reflexiones de la princesa, el reloj de palacio dio las tres. La princesa se levantó, hizo a su hijo una reverencia y le dijo:

-Mi salud no me permite prolongar por más tiempo esta discusión. ¡Nunca ministros de baja alcurnia! No podréis sacarme de la cabeza que Rassi os ha robado la mitad del dinero que os ha hecho gastar en espionajes- la princesa cogió dos bujías de los candelabros y las colocó en la chimenea de manera que no se apagaran. Luego se acercó a su hijo y añadió:- La fábula de La Fontaine me decide y puede más que mi justo deseo de vengar a mi esposo. ¿Quiere permitirme Vuestra Alteza que quemé todas esas escrituras? -El príncipe permanecía inmóvil.

Su fisonomía es verdaderamente estúpida, pensó la duquesa. El conde tiene razón; el difunto príncipe no nos habría tenido hasta las tres de la mañana para decidirse.

La princesa, de pie, añadió:

-Ese procuradorcillo se sentiría ufano, si supiera que sus papelotes, llenos de mentiras y arreglados para proporcionarle un ascenso, han ocupado toda la noche a los dos más grandes personajes del estado.

El príncipe se precipitó como un furioso sobre una de las carteras, y volcó su contenido en la chimenea. La masa de los papeles estuvo a punto de ahogar a las dos bujías; la ha-

bitación se llenó de humo. La princesa vio en los ojos de su hijo la tentación de coger una botella de agua y salvar esos papeles que le costaban ochenta mil francos.

-Abra la ventana -gritó la princesa vivamente.

La duquesa, rápida, obedeció. Los papeles ardieron todos de un golpe; hubo un gran ruido en la chimenea y pronto fue evidente que se había prendido fuego en ella.

El príncipe tenía un alma mezquina para todas las cosas de dinero; creyó que su palacio ardía y que las riquezas todas contenidas en él iban a ser destruidas. Corrió a la ventana y llamó a la guardia con voz alterada. Los soldados acudieron en tumulto al patio, al oír la voz del príncipe; éste volvió cerca de la chimenea, en donde el tiro producido por la ventana abierta, hacía un ruido realmente tremendo. Se impacientó, gritó, dio dos o tres vueltas por el gabinete, como un hombre fuera de sí, y por fin, salió corriendo.

La princesa y su camarera mayor permanecieron de pie, una frente a otra, guardando un profundo silencio.

¿Va la cólera a volver?, pensó la duquesa. Mi pleito está ganado. Y se disponía a ser impertinente en sus réplicas, cuando un pensamiento se iluminó. Vio intacta la segunda cartera. ¡No, mi pleito está ganado sólo a medias! Dijo entonces a la princesa con un tono bastante frío:

-¿Me ordena la señora que quemé el resto de esos papeles?

-¿Dónde los quemará usted? -dijo la princesa secamente.

-En la chimenea del salón; echándolos uno por uno, no hay peligro.

La duquesa tomó debajo del brazo la cartera llena de papeles, cogió una bujía y pasó al salón próximo. Tuvo tiempo para ver que esta cartera era la que contenía las disposiciones, metió en su chal cinco o seis puñados de papeles, quemó cuidadosamente el resto y desapareció sin despedirse de la princesa.

-Buena impertinencia -dijo riéndose-. Pero ha estado a punto, con su afectación de viuda inconsolable, de hacerme subir al cadalso.

A1 oír el ruido del coche de la duquesa, la princesa se encendió en ira contra su camarera mayor.

A pesar de la hora que era, la duquesa mandó llamar al conde. Había acudido éste al fuego del castillo, pero pronto volvió con la noticia de que todo había terminado.

-El pequeño príncipe ha mostrado realmente mucho valor y le he felicitado con efusión.

-Examina pronto estas disposiciones y a quemarlas cuanto antes.

El conde leyó y palideció.

-Pues andaban muy cerca de la verdad. El sumario estaba admirablemente llevado y están enteramente sobre la pista de Ferrante Palla. Si éste habla, tendremos un papel difícil.

-Pero no, no hablará -exclamó la duquesa-; es un hombre de honor. Quememos, quememos.

-Todavía no; déjame tomar los nombres de doce o quince testigos peligrosos a quienes me permitiré raptar, si Rassi quiere volver a empezar.

-Me permito recordar a Vuestra Excelencia que el príncipe ha dado su palabra de no decir nada a su ministro de justicia de nuestra fogata nocturna.

-La cumpliré por pusilanimidad y por miedo de una disputa.

-Ahora, amigo mío, he aquí una noche que adelanta mucho nuestro matrimonio. No hubiera querido llevarte en dote una causa criminal y por un pecado, además, que me hizo cometer mi cariño hacia otro.

El conde estaba enamorado; cogió la mano de la duquesa; lloraba.

-Antes de irme, dame consejo acerca de la conducta que debo seguir con la princesa; estoy muerta de cansancio. He estado una hora representando la comedia en el teatro y cinco en el gabinete.

-La impertinencia de tu salida es una suficiente venganza de las palabras agrisulces de la princesa, las cuales no eran más que una prueba de debilidad. Adopta con ella mañana el tono con que la tratabas hoy temprano. Rassi aún no está en la cárcel o en el destierro y aún no hemos hecho pedazos la sentencia de Fabricio.

Tú querías que la princesa tomara una decisión, cosa que siempre produce mal humor a los príncipes y aun a los primeros ministros. Además, eres su camarera mayor, es decir, su pequeña sirvienta. En la gente débil es infalible un retorno a la indecisión; dentro de tres días Rassi tendrá más privanza que nunca. Tratará de ahorcar a alguien; mientras no haya conseguido eso, no tiene sujeto al príncipe y carece de toda seguridad.

Ha habido un hombre herido en el incendio de esta noche; es un sastre que se ha portado, a fe mía, como un valiente. Voy mañana a decidir al príncipe a que vaya, apoyado en mi brazo, a hacer una visita al sastre. Estaré armado hasta los dientes y vigilaré con siete ojos; además, el joven príncipe aún no es odiado. Quiero yo acostumbrarle a que se pasee por las calles. Es una jugarreta que le hago a Rassi, quien de seguro será mi sucesor, y podrá permitir esas imprudencias. Al volver de casa del sastre, pasaré con el príncipe por delante de la estatua de su padre. Notará las pedradas que han roto la toga romana que le colgó el necio escultor. En fin, poco talento tendrá el príncipe si no se le ocurrió espontáneamente esta reflexión: ¡Esto es lo que se gana ahorcar a los jacobinos! A lo cual yo contestaré: Hay que ahorcar a c mil o a ninguno: la San Bartolomé ha destruido a los protestar en Francia.

Mañana, querida amiga, antes de mi paseo, hazte anunciar príncipe y dile: Ayer noche he hecho con Vuestra Alteza el oficio de ministro; le he dado consejos y, por vuestras órdenes, he incurrido en el desagrado de la princesa; necesito que Vuestra Alteza me pague. Se figurará que vas a pedirle dinero y arrugará el ceño. Tú lo dejas en esa desdichada idea el mayor tiempo posible y luz le dirás: Ruego a Vuestra Alteza que ordene que Fabricio sea juzgado contradictoriamente (esto significa en su presencia) por doce jueces más respetados que haya. Sin pérdida de tiempo, le p sentarás a la firma una orden escrita de tu hermosa mano, que a dictarte; voy a poner, claro está, la cláusula de que la primera sentencia queda anulada. A esto no cabe más que una objeción pero si

llevas la cosa con calor no se le ocurrirá al príncipe. Puedo decir: Fabricio deberá constituirse preso en la fortaleza. A lo cual tú contestarás: se dará preso en la cárcel de la ciudad (ya sal que mando en ella; todas las noches saldrá a verte). Si el príncipe dice que no, que la fuga ha empañado el honor de su fortaleza que quiere que por fórmula, vuelva al mismo cuarto en donde es ha, entonces le contestarás: No, pues ahí estaría a la disposición mi enemigo Rassi; y, con una de esas frases de mujer que tan bien sabes lanzar, le darás a entender que, para ganar a Rassi podrás muy bien hablarle del auto de fe de esta noche. Si insiste, anuncio que te vas a pasar quince días en tu castillo de Sacca.

Llama a Fabricio y consúltale sobre esta gestión que puede conducirle a la cárcel. Para preverlo todo, si mientras está encerrado Rassi, demasiado impaciente, me envenena, Fabricio puede corer peligro. Mas no es probable; ya sabes que he mandado venir cocinero francés, que es el más alegre de los hombres y hace chistes. Ahora bien; el chiste es incompatible con el asesinato. Ya dicho a nuestro Fabricio que he encontrado a todos los testigos de su acción hermosa y valiente; evidentemente fue Giletti que quiso asesinarle. No te he hablado de esos testigos porque que quería darte una sorpresa; pero mi plan ha fallado porque el príncipe n ha querido firmar. Ya he dicho a Fabricio que con seguridad le proporcionaré un gran puesto en la iglesia, pero me costará mucho trabajo, si sus enemigos pueden objetar, en la corte romana, una acusación de asesinato.

¿No comprendes que si no es solemnemente juzgado, será para él toda su vida desagradable el nombre de Giletti?

Gran pusilanimidad sería no presentarse ante los jueces cuando sabe uno que e inocente. Además, aunque fuera culpable, lo haría yo declarar inocente. Cuando le he hablado, el apasionado joven no me ha dejado acabar; ha cogido el anuncio oficial y hemos elegido juntos los dos jueces más íntegros y sabios. Hecha la lista hemos borrado seis nombres para sustituirlos por seis jurisconsultos enemigos personales míos, y como no hemos podido encontrar más que dos de esos enemigos, hemos puesto cuatro bribones devotos de Rassi.

Esta proposición del conde causó a la duquesa una mortal in quietud, no sin motivo. Por fin se inclinó ante la razón y escribió la orden que le dictó el ministro, nombrando los jueces.

Separáronse el conde y la duquesa a las seis de la mañana. La duquesa trató de dormir, pero no pudo. A las nueve desayunó con Fabricio, a quien encontró deseando ardientemente ser juzgado. A las diez fue a casa de la princesa, la cual no estaba visible. A las once vio al príncipe, que firmó la orden sin la menor objeción. La duquesa envió la orden al conde y se metió en la cama.

Acaso sería divertido contar el furor de Rassi, cuando el conde le obligó a suscribir delante del príncipe, la orden que éste había firmado por la mañana; mas otros sucesos más importantes solicitan nuestra atención.

El conde discutió el mérito de cada juez y ofreció cambiar los nombres. Pero el lector está quizá un poco cansado de todos estos detalles procesales y de todas estas intrigas cortesanas. De aquí puede sacarse una enseñanza y es que el

hombre que se acerca a la corte pone en peligro su dicha, si es feliz; y en todo caso hace depender su porvenir de las intrigas de una doncella.

Por otra parte, en América. en la república, hay que pasarse el día bostezando y haciendo seriamente la corte a los mercaderes de la calle y tornarse tan necio como ellos; en cambio, no hay ópera.

La duquesa, al levantarse, por la tarde, tuvo un momento de vivísima inquietud. Fabricio había desaparecido. Hacia las doce de la noche, durante la función de la corte, recibió por fin una carta de él. En lugar de darse preso en la cárcel de la ciudad, en donde el conde mandaba, había ido a ocupar su antiguo cuarto de la fortaleza, dichoso de poder habitar a pocos pasos de Clelia.

Fue un suceso de consecuencias inmensas. En ese sitio estaba expuesto al veneno más que nunca. Esta locura desesperó a la duquesa; perdonó el motivo, el amor loco hacia Clelia, porque decididamente dentro de unos días iba ésta a casarse con el riquísimo marqués Crescenzi. Esta locura devolvió a Fabricio toda la influencia que antes tuviera sobre el ánimo de la duquesa.

Ese maldito papel que he puesto a la firma del príncipe, le dará la muerte. ¡Qué locos son los hombres, con sus ideas de honor! Como si se pudiera pensar en el honor en los gobiernos absolutos; en los países en donde un Rassi es ministro de justicia. Lo que debió hacerse es aceptar la gracia, que el príncipe habría firmado con igual facilidad que la orden convocando a este tribunal extra ordinario. Y, ¿qué importa, después de todo, que un hombre del nacimiento de Fabricio

sea más o menos acusado de haber matado a un histrión como Giletti?

Apenas leyó el billete de Fabricio, la duquesa corrió a casa del conde, a quien halló sumamente pálido.

-¡Dios mío!, querida amiga, ¡qué mano más mala tengo con este niño! Me vas a guardar rencor otra vez. Puedo demostrarte que he mandado venir ayer noche al carcelero de la cárcel de la ciudad; todos los días tu sobrino habría venido a tomar el té a tu casa. Lo horroroso es que no podemos, ni tú ni yo decirle al príncipe que tenemos miedo al veneno, al veneno administrado por Rassi; esta sospecha le parecería el colmo de la inmoralidad. No obstante, si lo exiges estoy dispuesto a ir a palacio; pero estoy seguro de la contestación. Diré más; te ofrezco un medio que no usaría yo para mí. Desde que tengo el poder en este país no he dado muerte a un solo hombre, y sabes que por ese lado soy tan tonto, que algunas veces, a la caída de la tarde, pienso aún en esos dos espías que mandé fusilar algo ligeramente en España. Pues bien, ¿quieres que te libre de Rassi? El peligro en que pone a Fabricio, no tiene límites; ahí tiene un medio seguro de echarme de Parma.

La proposición agradó extraordinariamente a la duquesa, pero no la aceptó.

-No quiero -dijo el conde-, que en nuestro retiro, bajo el hermoso cielo de Nápoles, tengas pensamientos sombríos por la noche.

-Pero, querida amiga, me parece que no habrá que elegir sino entre ideas sombrías todas. ¿Qué será de ti, de mí mismo, si a Fabricio se lo lleva una súbita enfermedad?

La discusión siguió animada y la duquesa acabó cortándola con esta frase:

-Rassi debe la vida a que te quiero más que a Fabricio. No, no quiero emponzoñar las veladas de nuestra vejez, que hemos de pasar juntos.

La duquesa corrió a la fortaleza. El general Fabio Conti tuvo la alegría de poderle oponer el texto formal de las leyes militares: nadie puede penetrar en una prisión de estado, sin una orden firmada por el príncipe.

-Pero el marqués Crescenzi y sus músicos vienen todos los días a la fortaleza.

-He obtenido para ellos una orden del príncipe.

La pobre duquesa no conocía bien toda su desgracia. El general Fabio Conti se había considerado como personalmente deshonrado por la fuga de Fabricio. Cuando le vio llegar a la fortaleza, no hubiera debido admitirle, pues no tenía orden para ello. Pero, pensó, el cielo me lo envía para reparar mi honor y borrar la ridícula mancha que quedaría en mi carrera militar. Se trata de no perder la ocasión; sin duda lo van a declarar inocente y no me quedan muchos días para vengarme.

XXV

La llegada de nuestro héroe llenó de desesperación el ánimo de Clelia. La pobre niña piadosa y sincera consigo misma, no podía engañarse y sabía que lejos de Fabricio no había para ella dicha posible. Pero había hecho a la Virgen la promesa, cuando se padre fue medio envenenado, de sacrificarse casándose con el marqués Crescenzi. Había hecho asimismo la promesa de no ver más a Fabricio y ya le asaltaban los remordimientos más horribles, por la confesión hecha a Fabricio en la carta que le había escrito el día antes de su fuga. ¿Cómo pintar lo que ocurrió en este corazón tris te, cuando melancólicamente ocupaba en ver volar sus pajaritos alzó la vista por hábito y con ternura hacia la ventana, desde donde Fabricio solfa mirarla y lo vio de nuevo saludándola con sume respeto?

Creyó que era una visión que el cielo, para castigarla, le enviaba. Luego, la realidad atroz acudió a su mente. ¡Lo han cogido pensó; está perdido! Recordaba lo que se dijo en la fortaleza después de la, fuga; los últimos carceleros se consi-

deraban mortalmente ofendidos. Clelia miró a Fabricio, y a pesar suyo esa mirada expresó toda la pasión que la tenía desesperada.

¿Cree usted, parecía decir a Fabricio, que voy a encontrar la dicha en ese suntuoso palacio que preparan para mí? Mi padre no cesa de repetirme que es usted tan pobre como nosotros; pero ¡Dio; mío!, ¡con qué felicidad compartiría yo esa pobreza! Pero, ¡ay!, n debemos volvernos a ver jamás.

Clelia no tuvo la fuerza suficiente para hacer uso de los alfabetos. Al ver a Fabricio, se sintió mala y cayó desvanecida en una silla junto a la ventana. Su cabeza descansaba en el quicio y como había querido verle hasta el último momento, su cara estaba vuelta hacia Fabricio, quien podía contemplarla por entero. Cuando, a los pocos momentos abrió los ojos, su primera mirada fue para Fabricio; vio lágrimas en sus ojos, pero eran causadas por la indecible felicidad de ver que la ausencia no había traído el olvido. Los pobres jóvenes quedaron algún tiempo como encantados, mirando uno a otro. Fabricio se atrevió cantar, como si se acompañara con una guitarra, unas palabras improvisadas, diciendo: Por volverle ver he vuelto ala prisión; voy a ser juzgado.

Estas palabras parecieron despertar de nuevo toda la virtud Clelia; levantóse muy de prisa y se ocultó los ojos con las manos y con los ademanes más vivos trató de explicarle que no debía ve nunca más; se lo había prometido a la Virgen y acababa de mira por olvido. Como Fabricio se atrevía a seguir expresando su ama Clelia huyó indignada, jurándose a sí misma no volverlo a ver m pues tales eran las precisas palabras »de su voto: mis ojos no verán jamás. Las había

escrito en un papelito que su tío don César le permitió quemar ante el altar, en el momento del ofertorio, mientras él decía misa.

Pero a pesar de sus juramentos, la presencia de Fabricio en torre Farnesio había devuelto a Clelia todas sus antiguas costumbres. Generalmente pasaba el día sola en su cuarto. Pero apee repuesta de la imprevista turbación en la que cayó al ver a Fabricio se puso a recorrer el palacio y, por decirlo así, a reanudar el trato con todos sus amigos subalternos. Una vieja habladora, que trabajaba en las cocinas, le dijo con aire misterioso:

-Esta vez el señor Fabricio no sale de la fortaleza.

-No hará la tontería de saltar por encima de los muros - dijo Clelia-. Pero saldrá por la puerta, si los jueces declaran su inocencia.

-Digo y puedo repetirlo a Vuestra Excelencia que saldrá de fortaleza con los pies por delante.

Clelia se puso muy pálida. La vieja lo notó y su elocuencia cesó al instante. Pensó que había cometido una imprudencia, hablan así delante de la hija del gobernador, cuyo deber sería decir a todo el mundo que Fabricio había muerto de enfermedad. Al volver su cuarto, Clelia se encontró con el médico de la prisión, hombre honrado, pero tímido, que le dijo todo aturdido que Fabricio estaba muy malo. Clelia no podía tenerse en pie; sin embargo, bu; por todas partes a su tío, el buen abate don César, a quien encontró por fin en la capilla orando fervorosamente, con la cara al rada. Sonó la campana para la comida. En la mesa, no cambiar una palabra los dos hermanos. Sólo hacia el final, el general d algunas

frases muy agrias a su hermano. Este miró a los criar que salían.

-Mi general -dijo don César al gobernador-. Tengo el honor de prevenirle que voy a dejar la fortaleza; presento mi dimisión.

-¡Bravo, bravísimo! ¡Para hacerme sospechoso!... Y ¿por que razón, quieres decirme?

-Mi conciencia.

-Anda. Eres un curita y no entiendes nada de honor.

Fabricio ha muerto, pensó Clelia; lo han envenenado en la comida y si no, será para mañana. Corrió a la pajarera resuelta a cantar acompañándose en el piano. Me confesaré, decía, y me perdonará Dios el haber roto mi promesa por salvar la vida de un hombre. Cuál no sería su desesperación cuando, al llegar a la pajarera la vio que las pantallas acababan de ser sustituidas por unas planchas unidas a los barrotes de hierro. Loca de dolor, trató de avisa al preso por medio de algunas palabras más bien gritadas que cantadas. No obtuvo respuesta alguna; un silencio de muerte reinaba en la torre Farnesio. Todo ha terminado, pensó. Fuera de sí, baje la escalera, la volvió a subir para tomar el poco dinero que tenía y unos zarcillos de diamantes; también al pasar cogió el pan que quedaba de la comida y que estaba guardado en un aparador. S aún vive, es mi deber salvarle. Avanzó con aire altanero hacia la puertecilla de la torre; esta puerta estaba abierta y acababan de poner ocho soldados en la pieza de las columnas de la planta baja Miró con audacia a los soldados; Clelia pensaba dirigir la palabra al sargento que debía mandarlos; pero este hombre estaba ausente Clelia se lanzó

por la escalerilla de hierro, que subía dando la vuelta en espiral alrededor de una columna; los soldados la miraban atónitos pero no se atrevieron a decirle nada, intimidados sin duda por su chal de encaje y su sombrero. En el primer piso no había nadie pero al llegar al segundo, a la entrada del corredor que, si no lo ha olvidado el lector, estaba cerrado por tres puertas, hechas de barrotes de hierro y que conducía a la habitación de Fabricio, encontró a un empleado a quien no conocía, que le dijo como asustado:

-Todavía no ha comido.

-Ya lo sé -dijo, altiva, Clelia.

Este hombre no se atrevió a detenerla. Veinte pasos más allá Clelia encontró sentado en el primero de los seis escalones que conducían al cuarto de Fabricio, a otro carcelero viejo y muy adulto que le dijo resuelto:

-Señorita, ¿tiene usted orden del gobernador?

-¿Es que no me conoce usted?

A Clelia, en este momento animábala una fuerza sobrenatural; estaba fuera de sí. Voy a salvar a mi marido, pensaba.

Mientras que el viejo carcelero exclamaba:

-Pero mi deber no me permite...

Clelia subía rápidamente los seis escalones. Se precipitó contra la puerta; había en la cerradura una llave enorme; necesitó toda sus fuerzas para darle la vuelta. En este momento el viejo carcelero medio borracho, cogió el filo de su vestido; ella entró muy de prisa en el cuarto, volvió a cerrar la puerta dejando en ella un jirón de la ropa, y como el carcelero la empujase para entrar tras ella, corrió un cerrojo que

halló a mano. Miró en el cuarto y vio a Fabricio sentado de una mesita muy pequeña sobre la que estaba la comida. Se precipitó hacia la mesa y la derribó; cogió el brazo di Fabricio y dijo:

-¿Has comido?

Esta manera de hablarle de tú fue una delicia para Fabricio. En su turbación, Clelia olvidaba por vez primera la reserva femenina y daba a conocer su amor.

Fabricio iba a empezar la fatal comida. Cogió a Clelia en sus brazos y la llenó de besos. La comida estaba envenenada, pensó si le digo que no la he tocado, la religión vuelve a imperar sobre ella y Clelia huye. Si por el contrario me cree moribundo, conseguiré que no me deje. Ella desea encontrar un medio de romper su execrable matrimonio; el azar nos lo proporciona: los carcelero; van a reunirse, echarán la puerta abajo y será un escándalo tal, que quizá el marqués Crescenzi tenga miedo y rompa el trato.

Durante este momento de silencio, ocupado por esas reflexiones, Fabricio sintió que Clelia trataba ya de desasirse de sus brazos. Todavía no siento dolores le dijo; pero pronto me revolcaré por el suelo, a tus pies; ayúdame a morir.

-¡Oh, mi único amigo! —dijo—. Contigo moriré.

Ella le oprimía en sus brazos con un movimiento convulsivo.

Estaba tan hermosa, medio vestida, en ese estado de pasión desordenada, que Fabricio no pudo resistir a un movimiento casi involuntario. No halló resistencia alguna.

En el entusiasmo de pasión y de generosidad, que sigue a una extremada dicha, le dijo, imprudente:

-No debe una indigna mentira venir a macular los primeros instantes de nuestra felicidad. Sin tu valor, yo no sería más que un cadáver o estaría retorciéndome en atroces dolores; pero cuando entraste iba a empezar a comer y no he tocado los platos.

Fabricio insistía largamente sobre esas atroces imágenes, para conjurar la indignación que ya leía en los ojos de Clelia. Ella lo miró algunos momentos, violentamente solicitada por dos sentimientos opuestos, y por fin se echó en sus brazos. Oyóse gran ruido en el corredor, de abrir y cerrar con fuerza las tres puertas de hierro; sonaron voces.

-¡Ay, si tuviera armas! -exclamó Fabricio-; pero he tenido que entregarlas al entrar. Vienen sin duda a rematarme. Adiós, Clelia mía, bendigo mi muerte, ya que ha sido la causa de mi felicidad.

Clelia le abrazó y le dio un puñalito de mango de marfil, cuya hoja no era más larga que la de un cortaplumas.

-No te dejes matar -dijo ella-, defiéndete hasta el último instante. Si mi tío el abate oye el ruido, te salvará; es valeroso y virtuoso. Voy a hablarle -al decir esto se precipitó hacia la puerta-. Si no te matan -dijo con exaltación, teniendo en la mano el cerrojo y volviendo la cabeza hacia Fabricio-, déjate morir de hambre mejor que tocar a ningún alimento. Guarda este pedazo de pan.

El ruido se acerba. Fabricio la cogió por la cintura, ocupó su sitio cerca de la puerta, y abriéndola furioso se precipitó sobre la escalera de los seis escalones de madera. Llevaba en la mano el puñalito de mango de marfil y estuvo a punto de atravesar el chaleco del general Fontana, ayudante

del príncipe, que retrocedió rápido exclamando lleno de miedo:

-Pero si vengo a salvarle, señor del Dongo.

Fabricio subió los seis escalones; dijo a Clelia:

-Fontana viene a salvarme -y volviendo a donde estaba el general, en los escalones de madera, se explicó fríamente con él. Le habló muy largo, rogándole que le perdonase un movimiento de ira.

-Querían envenenarme; esa comida que está ahí, delante de mí, está envenenada; he tenido el buen acuerdo de no tocar nada, pero he de confesar a usted, que el proceder me ha parecido chocante. Al pedirle subir, creí que venían a rematarme a puñaladas... Señor general, le requiero para que dé la orden de que nadie entre en mi cuarto; quitarían el veneno, y nuestro buen príncipe debe saberlo todo.

El general, muy pálido y turbado, transmitió las órdenes indicadas por Fabricio a los carceleros principales que le seguían; éstos, contritos y apenados de ver descubierto el veneno, se apresuraron a bajar. Tomaban la delantera, aparentando no querer estorbar en la escalera, tan estrecha, al ayudante del príncipe, pero en realidad para escapar y desaparecer. Con gran extrañeza del general Fontana, Fabricio se detuvo un buen cuarto de hora en la escalerita de hierro que da vueltas alrededor de la columna de la planta baja; quería dar a Clelia tiempo para esconderse en el primer piso.

Era la duquesa quien, después de varias gestiones insensatas, habla conseguido que el príncipe mandase al general Fontana a la fortaleza; fue una casualidad que lo consiguiera. Al dejar al conde Mosca, tan intranquilo como ella, había ido

corriendo a palacio. La princesa, a quien repugnaba mucho la energía, que consideraba cosa vulgar, la tuvo por loca, y no pareció dispuesta a intentar en favor suyo ninguna gestión insólita. La duquesa, fuera de sí, lloraba a lágrima viva y no hacía más que repetir a cada instante:

-Pero, señora, dentro de un cuarto de hora Fabricio habrá muerto envenenado.

Al ver la perfecta sangre fría de la princesa, la duquesa se volvió loca de dolor. No hizo esta reflexión moral, que no habría dejado de hacer una mujer educada en esas regiones del Norte donde se admite el examen personal: he empleado el veneno la primera, por el veneno muero. En Italia, esta clase de reflexiones, en los momentos de pasión, parecen como una ingeniosidad tonta dicha en pleno dolor, y hacen el efecto que haría en París un chiste en semejante circunstancia.

La duquesa, desesperada, se aventuró a ir al salón en donde el marqués Crescenzi estaba aquel día de servicio. Cuando la duquesa volvió a Parma, el marqués había ido a darle las más efusivas gracias por el puesto de caballero de honor que, sin ella, nunca hubiera podido pretender. Las protestas de una devoción sin límites no fueron escasas por su parte. La duquesa lo abordó con estas palabras:

-Rassi va a envenenar a Fabricio, que está en la fortaleza. Métase usted en el bolsillo chocolate y una botella de agua que le voy a dar a usted. Suba a la fortaleza y devuélvame la vida, diciéndole al general Fabio Conti que rompa usted con su hija, si no le permite entregar a Fabricio esa agua y ese chocolate.

Palideció el marqués, y su fisonomía, lejos de animarse con estas palabras, expresó la turbación más rastrera; no podía creer que se maquinase tan espantoso crimen en una ciudad como Parma, tan moral, donde reinaba tan ilustre príncipe, etc... Y todas estas tonterías las decía lentamente. En dos palabras: la duquesa encontró un hombre honrado, pero sumamente débil, que no podía determinarse a la acción. Después de repetir veinte frases semejantes, interrumpidas por los gritos de impaciencia de la señora Sanseverina, cayó en una idea excelente: el juramento que había prestado como caballero de honor, le impedía mezclarse en intrigas contra el Gobierno.

¿Quién podría figurarse la ansiedad, la desesperación de la duquesa, que sentía volar el tiempo?

-¡Pero, por lo menos, vea usted al gobernador; dígame que pe seguiré hasta el infierno a los asesinos de Fabricio! ..

La desesperación aumentaba la elocuencia natural de la duquesa; pero todo ese fuego servía sólo para asustar aún más al marqués y duplicar su irresolución; al cabo de una hora, estaba menos dispuesto a la acción que en el primer momento.

Esta mujer desgraciada, que tocaba los últimos límites de la desesperación y comprendía que el gobernador no podía negar nada un yerno tan rico, llegó hasta arrodillarse a sus pies. Entonces pusilanimidad del marqués Crescenzi creció más todavía. Ante es extraño espectáculo, temió verse mezclado en el asunto sin saber. Pero sucedió una cosa singular; el marqués, que en el fondo es un buen hombre, se

conmovió de ver llorando a sus pies a una mujer tan hermosa y sobre todo tan poderosa.

Yo mismo, tan noble y tan rico como soy, pensó, quizá un d: tenga que arrodillarme delante de algún republicano. El marqués se echó a llorar, y por fin quedó convenido que la duquesa, en su calidad de camarera mayor; lo presentaría a la princesa, quien daría permiso para entregar a Fabricio un cesto; él declararía que ignoraba el contenido de ese cesto.

La noche antes, ignorando aún la duquesa la locura que Fabricio había hecho, se representó en la corte una comedia dell' arte y el príncipe, que se reservaba siempre los papeles de galán con la duquesa, había estado tan apasionado, hablándole de su amor, que fuera ridículo, sin en Italia pudiera serlo nunca un hombre apasionado o un príncipe.

El príncipe, que era muy tímido, pero que tomaba siempre muy en serio las cosas de amor, se encontró en uno de los corredores del palacio a la duquesa, que arrastraba al marqués Crescenzi, todo tembloroso, a casa de la princesa. Quedó tan deslumbrado por la belleza llena de sentimiento que la desesperación prestaba a la camarera mayor, que por primera vez en su vida demostró tener carácter. Despidió al marqués con un gesto más que imperioso y se puso a hacer una declaración de amor en toda regla a la duquesa: El príncipe la tenía, sin duda, preparada de antemano, porque había en ella cosas bastante razonables.

-Puesto que las conveniencias de mi posición me impiden gozar la suprema dicha de hacerla a usted mi esposa, juraré sobre la santa Hostia consagrada no casarme nunca, sin permiso escrito de su puño y letra. Ya comprendo que pier-

de usted la mano de un primer ministro, hombre de talento y muy amable; pero, en fin, él tiene cincuenta y seis años, yo no tengo aún veintidós. Creería injuriar a usted y merecer su negativa, si le hablase de otras ventajas extraña al amor; pero todos los que en mi corte están afanosos de dinero hablan con admiración de la prueba de amor que le da a usted e conde haciéndola depositaria de cuanto le pertenece. Mi dicha se ría imitarle en este punto. Hará usted de mi fortuna mejor uso que yo, y tendrá a su disposición la suma que mis ministros entregar anualmente al intendente general de la corona; de suerte que ser. usted, señora duquesa, quien decida de lo que yo he de gastar todo los meses.

A la duquesa pereciéronle muy largos estos detalles; el peligro que corría Fabricio le partía el corazón.

-Pero ¿no sabéis, príncipe mío —exclamó—, que en este momento están envenenando a Fabricio en vuestra fortaleza? Salvadle ¡lo creo todo!

El arreglo de esta frase era de una insigne torpeza. Al oír lo del veneno, desapareció todo el abandono, la buena fe que este pobre príncipe, tan moral, ponía en su conversación. La duquesa se dio cuenta de la torpeza cuando ya no era tiempo de remediarla

aumentó su desesperación, cosa que le parecía imposible. ¡Si no hubiese hablado de veneno, pensó, me concedía la libertad de Fabricio!... ¡Oh, querido Fabricio, discurría para sus adentros, esta escrito que soy yo quien he de matarte con mis tonterías)

La duquesa necesitó mucho tiempo y muchas coquetearías para hacer volver al príncipe a sus frases de amor apa-

sionado; pero el príncipe quedó profundamente alterado. Su inteligencia hablaba sola; su alma permanecía helada ante la idea del veneno, primera y además ante esta otra idea tan desagradable como la primera: ¡se da veneno en mis estados, y sin decírmelo!... Rassi quiere, pues deshonrarme ante Europa. ¡Dios sabe lo que leeré el mes que vienen los diarios de París)

El alma de este joven tímido se contrata; su inteligencia concibió una idea.

-¡Querida duquesa! Bien sabe usted cuánto cariño le tengas. Esas atroces ideas de veneno no tienen fundamento, quiero creerlo pero, en fin, me dan qué pensar, me hacen olvidar por un momento la pasión que siento por usted, que es la única que he sentido en mi vida. Ya comprendo que no soy muy amable; no soy más que un niño muy enamorado; pero, en fin, pruébeme.

El príncipe se animó bastante al hablar así.

-Salve Vuestra Alteza a Fabricio, y lo creo todo. Sin duda me arrastran locos temores de mi alma de madre. Pero mande Vuestra Alteza sin demora a buscar a Fabricio a la fortaleza, para que y lo vea. Si aún vive, envíelo a la cárcel de la ciudad, en donde están meses y meses si Vuestra Alteza lo exige, hasta que sea juzgado.

La duquesa advirtió, desesperada, que el príncipe en lugar de conceder con una palabra una cosa tan sencilla, estaba sombrío muy colorado. Miraba a la duquesa, bajaba los ojos y palidecían su mejillas. La idea de veneno, tan torpemente expresada, le había sugerido otra idea digna de su padre o de Felipe II. Pero no se atrevió a decirla.

-Mire usted, señora -le dijo al fin, como violentándose y con un tono poco amable-, me desprecia usted como a un niño y además como a un ente sin encantos; pues bien, voy a decirle una cosa horrible, pero me la ha sugerido la pasión profunda y sincera que siento por usted. Si creyese en eso del veneno, ya habría hecho algo porque era mi deber; pero en lo que me pide usted no veo más que una apasionada fantasía, cuyo alcance, permítame que lo diga; no comprendo completamente. ¡Quiere usted que me mueva sin consultar a mis ministros, yo que reino desde hace unos tres meses Me pide usted que me aparte de un proceder corriente que, además lo confieso, me parece muy razonable. Es usted, señora, la que e~ este momento es el soberano absoluto. Me da usted esperanzas par; el empeño en que cifro todos mis anhelos. Pero dentro de una hora cuando esa imaginación de veneno, cuando esa pesadilla haya des aparecido, mi presencia le será a usted importuna y caeré en des gracia. Pues bien, señora, necesito un juramento; júreme que s Fabricio le es a usted devuelto sano y salvo, obtendré de usted, de aquí a tres meses, todo cuanto mi amor pueda anhelar; asegurar usted la felicidad de mi vida entera, poniendo a mi disposición una hora de la suya, y será usted mía.

En ese instante el reloj de palacio dio las dos. ¡Ah, quizá ya no sea tiempo!, pensó la duquesa.

-¡Lo juro! -exclamó con la vista perdida.

En seguida el príncipe fue otro hombre; corrió al extremo de la galería en donde estaba el salón de los ayudantes.

-General Fontana, corra usted a la fortaleza a galope tendido suba tan de prisa como pueda al cuarto del señor del

Dongo y trágamelo, tengo que hablarle dentro de veinte minutos, dentro de quince, si es posible.

-¡Ah!, general -exclamó la duquesa, que habla ido detrás del príncipe-, un minuto puede decidir mi vida. Una comunicación falsa sin duda, me hace temer que envenenen a Fabricio. Grítele usted en cuanto llegue al alcance de la voz que no coma. Si ha pro tirado su comida, hágale vomitar, dígale que yo lo quiero, use la fuerza si es preciso. Dígale que voy tras usted, y crea que le quedar obligada por siempre.

-Señora duquesa, mi caballo está ensillado. Paso por saber manejarlo, y corro a galope tendido. Estaré en la fortaleza ocho minutos antes que usted.

-Y yo, señora duquesa exclamó el príncipe, le ruego me con ceda cuatro de esos ocho minutos.

El ayudante había desaparecido; era un hombre cuyo único mérito consistía en montar bien a caballo. Apenas hubo cerrado la puerta, cuando el joven príncipe, que parecía haber adquirido más carácter, tomó la mano de la duquesa.

-Dígnese usted, señora -le dijo con pasión-, venir conmigo: a la capilla.

La duquesa, turbada por primera vez en su vida, le siguió sin decir palabra. El príncipe y ella anduvieron corriendo toda la extensión de la galería grande del palacio; la capilla estaba al otro extremo. Entraron en la capilla; el príncipe se arrodilló, casi tanto adelante de la duquesa como delante del altar.

-Repita usted el juramento -dijo con pasión-. Si hubiera sido usted justa, si esta desgraciada cualidad de príncipe no me hubiese perjudicado, me hubiera usted concedido, por

conmiseración hacia mi amor, lo que me debe usted ahora, porque lo ha jurado.

-Si vuelvo a ver sano y salvo a Fabricio, si vive aún dentro de ocho días, si Su Alteza lo nombra coadjutor del arzobispo Landriani, con sucesión futura, mi honor, mi dignidad de mujer, todo lo pisotearé y seré de Vuestra Alteza.

-Pero, querida amiga -dijo el príncipe, con una mezcla de tímida ansiedad y de ternura, bastante graciosa-, temo alguna astucia que m5 comprendo y que podría destruir mi felicidad: me moriría si así fuera. Si el arzobispo me opone alguna de esas razones eclesiásticas, que aplazan los negocios años enteros, ¿qué será de mi? Ya ve usted que obro con entera buena fe. ¿Va usted a portarse conmigo como un pequeño jesuita?

-No; de buena fe; si Fabricio es salvado y si con todo vuestro poder la hacéis. coadjutor y futuro arzobispo, me deshonor y soy vuestra. Vuestra Alteza se compromete a aprobar una petición que monseñor Landriani presentará dentro de ocho días.

-Firmaré un papel en blanco; reine usted sobre mí y sobre mis estados -exclamó el príncipe, rojo de dicha y realmente fuera de sí.

Exigió otro juramento. Estaba tan conmovido, que olvidaba su natural timidez, y dijo en voz baja a la duquesa unas cosas, que si las hubiera dicho tres días antes, habrían cambiado la opinión que ella había formado de él. Pero en el ánimo de la duquesa, la desesperación que le causaba el peligro de Fabricio había sido sustituido por el horror de la promesa que le había arrancado el príncipe.

La duquesa estaba agitadísima por lo que acababa de hacer. no sentía aún toda la amargura horrible de la promesa fatal, porque su atención estaba ocupada en saber si el general Fontana iba a, llegar a tiempo a la fortaleza.

Para librarse de las frases amorosas del príncipe y variar poco la conversación, púsose a ponderar un cuadro famoso Parmesano, que estaba en el altar mayor de la capilla.

-Tenga usted la bondad de permitirme que se lo envíe a casa -dijo el príncipe.

-Acepto -replicó la duquesa-, pero déjeme Vuestra Alteza que corra a la fortaleza.

Mandó al cochero, con la voz entrecortada, que pusiera a galopar los caballos. En el puente del foso halló al general Fontana y Fabricio que salían a pie.

-¿Has comido?

-No, por milagro.

La duquesa se echó al cuello de Fabricio y cayó en un desvanecimiento que duró una hora y causó serios temores, primero por vida, luego por su razón.

El gobernador Fabio Conti palideció de ira al ver llegar general Fontana. Puso tanta lentitud en obedecer a las órdenes del príncipe, que el ayudante, que suponía que la duquesa iba a ocupar el puesto de querida reinante, acabó por enfadarse. El gobernador tenía el propósito de hacer durar dos o tres días la enfermedad de Fabricio, y hete aquí, pensó, que el general, hombre de la corte, a encontrar a ese insolente revolcándose en los dolores que son ~ venganza por su fuga.

Fabio Conti, cabizbajo, permaneció en el cuerpo de guardia la torre Farnesio, de donde se apresuró a expulsar a

los soldados. No quería testigos para la escena que se preparaba. Cinco minutos después se quedó como petrificado al oír hablar a Fabricio y al ver muy animado haciendo al general Fontana la descripción de prisión. Fabio Conti desapareció.

Fabricio, en su entrevista con el príncipe, estuvo hecho un perfecto gentleman. No quiso parecer un niño que se asusta por nada. El príncipe, bondadosamente le preguntó cómo se encontraba.

-Como un hombre, Alteza Serenísima, que se muere de hambre porque no ha almorzado ni comido.

Después de haber tenido el honor de dar las gracias al príncipe solicitó permiso para ver al arzobispo, antes de irse a la cárcel e la ciudad. El príncipe se había puesto blanco como un papel, cuando en su cabecita de niño penetró la idea de que lo del veneno era enteramente una fantasía de la duquesa. Absorto en este pensamiento cruel, no contestó, primero, a la solicitud del permiso que Fabricio le dirigía para visitar al arzobispo. Luego se creyó obligas a enmendar su distracción mostrándose amabilísimo.

-Salga usted solo, caballero, ande usted por las calles de r capital sin guardia alguna. Hacia las diez o las once, vaya a la cárcel, en donde espero no permanecerá mucho tiempo.

Concluyó este día grande, el más notable de la vida del príncipe quien se creía un pequeño Napoleón: había oído decir que es gran hombre no había sido maltratado por las beldades de su corte. Y siendo ya un Napoleón por este lado, recordó que también había sido ante las balas. Su corazón se exaltaba aún, pensando En la firmeza de su conducta

con la duquesa. La conciencia de haber hecho una cosa difícil lo transformó en otro hombre durante quince días; tuvo sensibilidad para los pensamientos generosos; tuvo L poco de carácter.

A1 día siguiente de la escena con la duquesa, empezó por que mar el nombramiento de conde a favor de Rassi, que tenía sobre la mesa desde hacía un mes. Destituyó al general Fabio Conti, preguntó a su sucesor, el coronel Lange, la verdad sobre lo ocurrir en la prisión. Lange, valiente militar polaco, atemorizó a los carceleros y dijo que se había querido envenenar el almuerzo del señor del Dongo; pero hubiera sido preciso poner en el secreto a muchas personas; las medidas se tomaron mejor para la comida, y sin llegada del general Fontana, el señor del Dongo estaba perdido. príncipe al saber esto se horrorizó. Pero como estaba realmente en morado, fue para él un consuelo poder decir: es el caso que he salvado verdaderamente la vida al señor del Dongo, y la duquesa z se atreverá a faltar a su palabra. Además llegó a otra conclusión mi oficio es más difícil de lo que yo creía; todo el mundo conviene aquí en que la duquesa tiene muchísimo talento; la política est pues, de acuerdo con el corazón. Sería divino para mí que quiso ella ser mi primer ministro.

El príncipe estaba tan irritado por los horrores que había de cubierto, que por la noche no quiso actuar en la comedia.

-Sería yo muy feliz -dijo a la duquesa-, si quisiera usted reina sobre mis estados, como sobre mi corazón. Para empezar, voy a decirle lo que he hecho hoy -y entonces le contó

todo muy exactamente: la destrucción del nombramiento de conde a favor de Ras; y el nombramiento de Lange, la investigación de éste acerca del envenenamiento, etc., etc.. Veo que tengo muy poca experiencia para reinar. El conde me humilla con sus bromas; bromea hasta en e: Cortejo; y en sociedad dice de mí cosas que me va usted a negar; dice que soy un niño a quien lleva por donde quiere. Porque se sea príncipe, señora, no deja uno de ser hombre, y esas cosas molestan. Con el fin de hacer inverosímil lo que pueda contar el señor Mosca me han obligado a llamar al Ministerio a ese peligroso bribón de Rassi; y he aquí ahora que el general Conti lo cree aún tan pondeoso, que no se atreve a confesar que es él o la Raversi, quienes le han aconsejado que envenenase a su sobrino de usted. Tengo ganas de enviar simplemente al general Fabio Conti a los Tribunales. Ya verán los jueces si es o no culpable de intento de homicidio por medio del veneno.

-Pero, príncipe mío, ¿tenéis jueces?

-¿Cómo? -dijo el príncipe extrañado.

-Tenéis sabios jurisconsultos que andan por la calle con suma gravedad; pero éstos fallarán siempre a gusto del partido que domine en la corte.

Mientras que el joven príncipe, escandalizado, pronunciaba frases que demostraban su candor mucho más que su sagacidad, pensaba la duquesa: ¿Me conviene acaso dejar que se deshonor Conti? No, por cierto; pues entonces el matrimonio de su hija con ese vulgarote de Crescenzi se hace imposible.

Sobre este punto hubo una larga conversación entre la duquesa y el príncipe. El príncipe quedó deslumbrado de admiración. Perdonó al ex gobernador su tentativa de envenenamiento, pero le declaró, irritado, que lo hacía con la condición expresa de activar el matrimonio de su hija con el marqués Crescenzi. Siguiendo el consejo de la duquesa, lo desterró hasta que se verificase el matrimonio. La duquesa creía no amar ya a Fabricio con el amor de antes, pero, sin embargo, aún anhelaba con vehemencia ese matrimonio de Clelia Conti con el marqués; veía en él una esperanza tenue de que fuera desapareciendo poco a poco la preocupación de Fabricio.

El príncipe, en plena felicidad, quería aquella misma noche destituir escandalosamente a Rassi. La duquesa le dijo riendo:

-¿Sabéis un dicho de Napoleón? Un hombre que está colocado en un sitio alto y a quien todo el mundo mira, no debe permitirse movimientos violentos. Pero . esta noche es ya muy tarde; dejemos los negocios para mañana.

Quería la duquesa tomar tiempo y consultar al conde, a quien contó muy exactamente todo el diálogo, suprimiendo, sin embargo, las frecuentes alusiones que el príncipe hacía a una promesa que tenía emponzoñada la vida de la duquesa. La duquesa pensaba que podría quizá hacerse tan indispensable al príncipe que obtendrá un aplazamiento indefinido de su promesa, diciéndole: Si tener la barbarie de querer someterme a esa humillación, que no os podría perdonar, al día siguiente abandono los estados de Vuestra Alteza.

Consultado por la duquesa sobre la suerte de Rassi, el col se mostró filósofo. El general Fabio Conti y Rassi fueron a vía por Piamonte.

En el proceso de Fabricio hubo una dificultad singular: jueces querían proclamar su inocencia en la primera sesión. Necesitó el conde recurrir a la amenaza, para que la causa durase ocho días, por lo menos, y que los jueces se tomasen el trabajo de oír todos los testigos. ¡Siempre los mismos!, pensó el conde.

Terminada la causa, Fabricio del Dongo tomó posesión puesto de vicario general del bueno de monseñor Landriani. Aquí mismo día firmó el príncipe los despachos necesarios para obtener de Roma que Fabricio fuese nombrado coadjutor con futura si Sión; dos meses después tomó posesión de este cargo.

Todo el mundo felicitaba a la duquesa por el aire de graves que tenía su sobrino. La verdad es que Fabricio estaba desespera Al día siguiente de su salida de la fortaleza, a la que siguieron destitución y el destierro de Fabio Conti y la privanza de la duquesa, Clelia fue a refugiarse a casa de la condesa Cantarini, su riquísima anciana, que se ocupaba exclusivamente de cuidar su salud. Clelia hubiera podido ver a Fabricio; pero quien conociera anteriores promesas y analizara ahora su modo de obrar, creerla c al terminarse los peligros de su amante, habla también termine su amor. No sólo pasaba Fabricio por delante del palacio Cantarini cuantas veces podía, sino que además había conseguido alquilar un cuartito frente a las ventanas del primer piso. Una vez, Clelia salió al balcón imprudentemente, a ver pasar una procesión,

y ha de retirarse al momento como herida por un súbito terror; ha advertido a Fabricio, vestido de negro, como un obrero muy pobre mirándola desde una de las ventanas de ese tugurio, que en luz de cristales tenía papeles untados de aceite como el cuarto de torre Farnesio. Fabricio bien hubiera querido persuadirse que Clelia evitaba su presencia, era por causa de la caída de su padre que la voz pública atribula a la duquesa; pero sabia bien que e alejamiento obedecía a otros motivos, y nada podía distraerle de melancolía.

No había experimentado el menor placer, ni al ver declarada su inocencia, ni al tomar posesión de tan eminente cargo, el primero que desempeñaba en su vida, ni al conocer la hermosa situación que ocupaba en la sociedad, ni al sentirse rodeado de las atenciones y la obsequiosa adulación de todos los sacerdotes y las devotas de la diócesis. Las preciosas habitaciones que habitaba en el palacio Sanseverina no eran ya suficientes. La duquesa tuvo gran placer en cederle todo el segundo piso de su palacio y dos hermosos salones del primero, llenos siempre de graves personajes que esperaban el momento de hacer su corte al joven coadjutor. La cláusula de futura sucesión había producido en el país un sorprendente efecto; tornábanse ahora en virtudes las cualidades de firmeza y de carácter que tanto habían escandalizado antes a los cortesanos pobres y necios.

Fue para Fabricio una gran lección de filosofía el encontrarse perfectamente insensible a todos estos honores y el sentirse mucha más desgraciado en este lujoso alojamiento, con diez lacayos vestidos de librea, que en el cuartito de madera de la torre Farnesio, rodeado de odiosos carceleros y

temiendo el veneno a cada instante. Su madre y su hermana, la duquesa Y', que vinieron a Parma para contemplarlo en su gloria, quedáronse atónitas al ver su profunda tristeza. La marquesa del Dongo, que era ahora la menos novelesca de las mujeres, se alarmó tanto que llegó a creer que en la torre Farnesio le habían dado un veneno lento. A pesar de su extremada discreción, creyó que debía hablar a Fabricio de esta extraordinaria tristeza, y Fabricio contestó echándose a llorar.

La multitud de ventajas, que su brillante posición traían consigo, no producían en su ánimo otro efecto que ponerle de mal humor. Su hermano, alma vanidosa y emponzoñada por el egoísmo más vil, le escribió una carta de felicitación, casi oficial, y en la carta iba un cheque de cincuenta mil francos para que Fabricio pudiese, decía el nuevo marqués, comprar unos caballos y un coche, dignos de su nombre. Fabricio regaló esta suma a su hermana menor, que se había casado mal.

El conde Mosca mandó hacer una traducción italiana de la genealogía de la familia Valserra del Dongo, escrita en latín por aquel famoso arzobispo de Parma, Fabricio del Dongo, tíoabuelo de Fabricio. La traducción se imprimió magníficamente, con el texto latino al lado; los grabados fueron reproducidos por medio de soberbias litografías hechas en París. La duquesa había querido que junto al retrato del antiguo arzobispo se pusiera el de Fabricio. Esta traducción se publicó como hecha por Fabricio durante su primera estancia en la fortaleza. Pero todo sentimiento había muerto en el pecho de nuestro héroe, hasta la vanidad, que tiene tan

hondas raíces en los hombres; no se dignó ni a leer una página de esta obra que le era atribuida. Su posición en el mundo le obligó a presentar un ejemplar, magníficamente encuadernado, al príncipe, quien creyéndose obligado a resarcirle por la muerte cruel de que tan cerca había estado, le concedió la libre entrada en su cámara, merced que lleva anejo el título de Excelencia.

XXVI

Los únicos momentos en que Fabricio conseguía salir de su tristeza profunda, eran los que pasaba oculto detrás de la ventana de la habitación que tenía frente al palacio Cantarini, donde, como es sabido, Clelia se había refugiado. Había mandado poner cristales en la ventana, en lugar del papel untado de aceite. Las pocas veces que había visto a Clelia desde su salida de la fortaleza, advirtió en ella un cambio muy grande que le había afligido muchísimo porque le parecía de muy mal agüero. Desde que cometió la falta, la fisonomía de Clelia había tomado un carácter de nobleza y de seriedad verdaderamente notable; difirióse al verla que tenía treinta años. En tan extraordinario cambio, percibió Fabricio el reflejo de alguna resolución firme. A cada instante, pensaba, se repite, sin duda, a sí misma el juramento de permanecer fiel a su voto y no de verme nunca.

Fabricio no adivinaba sino en parte las desgracias de Clelia. Ésta sabía que su padre, caído en el desagrado del príncipe, no podía volver a Parma y presentarse de nuevo en

la corte (sin lo cual la vida para él era imposible), hasta el día de su matrimonio con el marqués Crescenzi. Escribió, pues, a su padre, diciéndole que deseaba ese matrimonio. El general estaba entonces en Turín, enfermo de dolor. La verdad era que el efecto de todo lo ocurrido había sido echarle a Clelia diez años encima.

La joven había descubierto que Fabricio tenía una ventana frente al palacio Cantarini; pero no tuvo la desgracia de mirarlo más que una vez, y desde entonces siempre que veía un escorzo o una figura de hombre que se le pareciese, cerraba los ojos al momento. Su profunda piedad y su confianza en la ayuda de la Virgen eran sus únicos recursos. Tenía el dolor de no estimar a su padre; el carácter de su futuro marido parecía perfectamente vulgar y adocenado, ni más alto ni más bajo que el modo de sentir común en la buena sociedad; por último, adoraba a un hombre a quien nunca debía ver y quien, sin embargo, tenía derechos sobre ella. Este destino, en su conjunto, le parecía ser el modelo de la perfecta desdicha, y habremos de confesar que tenía razón. Hubiera debido, después de su matrimonio, irse a vivir a doscientas leguas de Parma.

Fabricio conocía la profunda modestia de Clelia; sabía muy bien que toda empresa extraordinaria, que, de ser descubierta, pudiera dar lugar a hablillas, era seguro, que le desagrada. Sin embargo, no pudiendo resistir el exceso de su melancolía, siéndole insoportable ver constantemente a Clelia apartar de él sus miradas, se atrevió a ganar con dinero a dos criados de la condesa Cantarini, la tía de Clelia. Un día, a la caída de la tarde, Fabricio, vestido de aldeano rico, se pre-

sentó en la puerta del palacio, en donde le aguardaba uno de los criados pagados por él. Se anunció como recién llegado de Turín y portador de cartas del padre de Clelia. El criado fue a llevar su mensaje y lo introdujo en una inmensa antecámara del primer piso del palacio. En ese lugar fue donde Fabricio pasó el cuarto de hora de su vida más lleno de ansiedad. Si Clelia lo rechazaba, no quedaba para él esperanza alguna de sosiego. Con el fin de acabar con los importunos cuidados que me da mi nueva dignidad, pensó, libraré a la Iglesia de un mal sacerdote, y con un nombre supuesto iré a encerrarme en alguna cartuja. Vino el criado a decirle que la señorita Clelia Conti estaba dispuesta a recibirlo. El valor faltó completamente a nuestro héroe, y estuvo a punto de desfallecer de miedo, al subir la escalera del segundo piso.

Clelia estaba sentada delante de una mesita, sobre la cual ardía una sola bujía. Apenas reconoció a Fabricio bajo su disfraz, echó a correr a esconderse en el fondo de la sala.

-Así es como se cuida usted de mi salvación -gritó, ocultándose la cara con las manos-. Bien sabe usted, sin embargo, que cuando mi padre estuvo a punto de morir envenenado, prometí a la Virgen no volverle a ver jamás. No he faltado a mi promesa más que aquel día, el más desgraciado de mi vida, en que creí en conciencia que debía salvar a usted de la muerte. Es ya mucho que, por una interpretación forzada y sin duda criminal, consienta en escucharle.

Esta última frase extrañó de tal modo a Fabricio, que necesitó algunos segundos para alegrarse. Esperaba ver a Clelia, irradísima, emprender la fuga. Por fin recobró su presencia de ánimo y apagó la única bujía. Aunque pensaba

haber entendido bien las órdenes de Clelia, iba temblando, al avanzar hacia el fondo del salón, en donde ella se había refugiado detrás de un sofá; no sabía si la ofendería besándole la mano; ella estaba toda temblorosa de amor y se echó en sus brazos.

-Querido Fabricio -le dijo-, cuánto has tardado en venir. No puedo hablarte más que un momento, porque sin duda es un gran pecado; y cuando prometí a la Virgen no volverte a ver más, si duda entendía también no volverte a hablar. Pero ¿cómo has podido castigar tan bárbaramente a mi padre, por la idea de vengara que tuvo?, porque al fin y al cabo él fue primero casi envenenado para facilitar tu fuga. ¿No debías tú hacer algo por mí, que tanto expuse por salvarte? Y además, ya estás enteramente ligado por las órdenes sagradas; ya no podrías casarte conmigo, aun cuando encontrase yo manera de alejar a este odioso marqués. Y luego, ¿cómo te has atrevido, la tarde de la procesión, a mirarme en pleno día violando así, del modo más abierto, la santa promesa que hice a la Virgen?

Fabricio la estrechaba sus brazos, fuera de sí de la dicha de la sorpresa.

Una conversación que empezaba con tantas cosas que decirse no podía terminar pronto. Fabricio le contó toda la verdad sobre el destierro de su padre; la duquesa no había tenido ninguna parte por la razón esencial de que no había creído un solo momento que la idea del veneno fuese del general Conti; había pensado siempre que era una ingeniosidad del partido de la Raversi, que quería derribar al conde Mosca. Esta verdad histórica, desarrollada larga mente, hizo

muy feliz a Clelia, que estaba muy apenada por tener que odiar a alguien de la familia de Fabricio. Ahora ya no miraba a la duquesa con malos ojos.

Pocos días duró la felicidad consiguiente a esta entrevista.

Vino de Turín el excelente don César, y sacando fuerzas de la perfecta honradez de su corazón, se atrevió a presentarse a la duquesa. Después de pedirle su palabra de que no abusaría de la confianza que iba a hacerle, le confesó que su hermano, obcecado por un falso pundonor y creyéndose perdido y burlado por la fuga de Fabricio, había creído que era su deber vengarse.

Don César no llevaba dos minutos hablando, cuando ya su causa estaba ganada: su perfecta virtud había conmovido a la duquesa que no estaba acostumbrada a tales espectáculos. Agradóle como una novedad.

-Apresure el matrimonio de la hija del general con el marqués Crescenzi. Le doy a usted mi palabra de que haré cuanto pueda por que el general sea recibido, como si volviera de un viaje. Le invitaré a comer; ¿está usted contento? Sin duda, al principio, habrá alguna frialdad; el general no deberá apresurarse a pedir su cargo de gobernador de la fortaleza. Pero ya sabe usted que soy amiga del marqués y no guardaré rencor a su suegro.

Fortalecido por estas buenas palabras, don César vino a decir a su sobrina que tenía entre sus manos la vida de su padre, enfermo de desesperación: hacía varios meses que no se había presentado en ninguna corte.

Clelia quería ir a ver a su padre, refugiado, con un nombre supuesto, en un pueblecito cerca de Turín; pues se había figurado que la corte de Parma iba a pedir su extradición a la de Turín, para instruirle un sumario. Clelia encontró a su padre enfermo y medio loco. Aquella misma noche escribió a Fabricio una carta de eterna ruptura. Al recibir esta carta, Fabricio, que iba desarrollando un carácter muy semejante al de su amiga, fue a hacer un retiro al convento de Velleja, en las montañas, a diez leguas de Parma. Clelia le escribió una carta de diez páginas: habíale jurado una vez que no se casaría con el marqués sin su consentimiento; ahora le pedía este consentimiento. Fabricio se lo concedió, desde el fondo de su retiro de Velleja, en una carta llena de la más pura amistad.

Al recibir esta carta, de la cual, hay que confesarlo, enojóse lo de la amistad, Clelia fijó por sí misma el día de su matrimonio, que dio ocasión a unas fiestas brillantes que vinieron a aumentar el resplandor de la corte de Parma durante aquel invierno.

Ranucio-Ernesto V era avaro, en el fondo. Pero estaba perdidamente enamorado de la duquesa, a quien esperaba retener para siempre en su corte. Rogó a su madre que aceptase una muy considerable suma y que diese fiestas. La camarera mayor supo admirablemente sacar partido de este aumento de riqueza, y las fiestas de Parma de aquel invierno recordaron los hermosos días de la corte de Milán, con aquel amable príncipe Eugenio, virrey de Italia, cuya bondad ha dejado tan largos y gratos recuerdos.

Los deberes de coadjutor llamaron a Fabricio a Parma; pero declaró que, por razones piadosas, continuaba su retiro en el pequeño alojamiento que su protector, monseñor Landriani, le habla obligado a tomar m el arzobispado. Encerróse, con sólo un criado. No asistió a ninguna de las brillantes fiestas de la corte, cosa que le valió en Parma y en su diócesis futura, una inmensa reputación de santidad. Un efecto inesperado de este retiro, al que sólo su tristeza profunda y desesperada había decidido a Fabricio, fue que el buen arzobispo Landriani, que le había querido siempre y que en realidad tuvo por sí solo la idea de hacerlo coadjutor, sintió un poco de envidia. El arzobispo creía, con razón, que era su deber asistir a todas las fiestas de la corte, como es costumbre en Italia. En estas grandes ocasiones, llevaba su traje de ceremonia, que e poco más o menos el mismo que el que lucía en el coro de la Catedral. Los centenares de criados, reunidos en la antecámara de palacio no dejaban nunca de levantarse y pedir a monseñor su bendición; el arzobispo condescendía en detenerse para dársela. En un de estos momentos de silencio solemne, oyó monseñor Landriana una voz que decía:

-Nuestro arzobispo va al baile, y monseñor del Dongo no sal de su cuarto.

De este momento, se acabó el inmenso valimiento de Fabricio en el arzobispado. Pero ya podía volar con sus propias alas. Est; conducta suya, inspirada tan sólo por la desesperación en que le sumió el matrimonio de Clelia, pasó por ser el efecto de una piedad sencilla y sublime.

Las devotas leían, como libro de edificación, la traducción de la genealogía de su familia, libro donde campeaba la vanidad más loca. Los libreros hicieron una edición litográfica de su retrato, que se vendió en pocos días, sobre todo entre la gente del pueblo. E grabador, por ignorancia, había reproducido alrededor del retrato de Fabricio algunos atributos que sólo deben llevar los retratos de los arzobispos y a los que un coadjutor no puede pretender. E arzobispo vio uno de esos retratos, y su furor no conoció límites mandó llamar a Fabricio y le dijo mil durezas, en términos que la pasión, a veces, hizo groseros. Ningún trabajo le costó a Fabricio como se supondrá fácilmente, conducirse en esta ocasión como lo hubiera hecho Fenelón; escuchó al arzobispo con la mayor posible humildad, con sumo respeto; y cuando el prelado cesó de hablar le contó la historia toda de la traducción de esta genealogía, hecho por orden del conde Mosca en la época de su primera prisión. Habíase publicado con fines mundanos, que siempre le habían parecido poco convenientes, para un hombre de su estado. En cuanto a retrato, él habla sido totalmente ajeno, tanto a la segunda como la primera edición, y habiéndole enviado el librero, durante su retiro, veinticuatro ejemplares de esta segunda edición, mandó a su criado a comprar un ejemplar más, por donde averiguó que el precio del retrato era de un franco y medio, y envió en seguida al librero cien francos, en pago de los veinticuatro ejemplares.

Todas estas razones expuestas en comedido tono por un hombre que tenía en el corazón muy otros dolores y preocupaciones excitaron más aún la cólera del arzobispo,

quien, en su desvarío llegó hasta a acusar a Fabricio de hipocresía.

¡Así son siempre las gentes de baja clase, pensó Fabricio, aun cuando tengan talento!

Una preocupación importante causó por entonces gran cuidado; escribíale sin cesar su tía exigiendo absolutamente que volviera a su alojamiento del palacio Sanseverina, o por lo menos que viérase a verla a menudo. Fabricio estaba seguro de oír hablar allí de las espléndidas fiestas que daba el marqués Crescenzi con ocasión de su matrimonio, y esto era lo que temía no poder aguantar sin dar un espectáculo.

Monseñor Landriani, sabedor de esta nueva afectación, mande llamar a Fabricio mucho más a menudo que de costumbre y quise mantener con él muy largas conversaciones. Le obligó incluso celebrar frecuentes conferencias con ciertos canónigos rurales, que afirmaban que el arzobispo había ido contra sus privilegios. Fabricio tomó todo eso con la perfecta indiferencia de un hombre, a quien preocupan muy otros cuidados. Más me valdría, pensaba hacerme cartujo; menos sufrirla en las rocas de Velleja.

Fue a ver a su tía, y no pudo contener sus lágrimas al abrazarla. Ella le encontró muy cambiado; sus ojos, que la extremada delgadez del rostro y del cuerpo hacía aún más grandes, parecían salirse de la cabeza; toda su persona presentaba un aspecto tan flacucho y desmedrado, con el trajecillo negro y raído de simple sacerdote que a su llegada la duquesa no pudo tampoco contener las lágrimas. Pero un momento después, cuando reflexionó en que todo ese cam-

bio, en la apariencia del hermoso joven, era debido al matrimonio de Clelia, experimentó sentimientos casi tan vehementes como los del arzobispo, aunque supo hábilmente disimularlos. Tuvo 1; crueldad de hablar largo de ciertos detalles pintorescos que habías llamado la atención en las preciosas fiestas que diera el marqués Crescenzi. Fabricio no contestó; pero sus ojos se cerraron un poco con un movimiento convulsivo de los párpados y se puso aún más pálido de lo que estaba, cosa que hubiera parecido imposible. En esos momentos de dolor agudo, su tez blanca tomaba un matiz verdoso.

Llegó el conde Mosca, y lo que vio, que le pareció increíble borró todo vestigio de los celos que nunca Fabricio había cesado de inspirarle. Este hombre hábil empleó los más delicados, los más ingeniosos giros, para tratar de inspirar a Fabricio algún interés por las cosas de este mundo. El conde habla sentido siempre hacia él mucha estimación y no poca amistad; no siendo esta amistad contenida ya por los celos, tornóse desde este momento casi en devoción. Bien cara ha comprado su hermosa posición, pensaba el conde, recapacitando sus desgracias. Con el pretexto de enseñar el cuadro del Parmesano, que el príncipe había enviado a la duquesa, el conde se llevó a Fabricio aparte.

-¡Vamos, amigo mío, hablemos como hombres! ¿Puedo yo serle útil en algo? No tema usted que le haga preguntas indiscretas; pera en fin, ¿necesita usted dinero?, ¿puede servirle el poder? Hable usted; estoy a sus órdenes. Si prefiere usted escribir, escríbame.

Fabricio le abrazó tiernamente y habló del cuadro.

-La conducta que está usted observando es la obra maestra de la más fina política -le dijo el conde, volviendo a tomar el tono ligero de la conversación-. Se está usted labrando un porvenir muy agradable. El príncipe le respeta a usted, el pueblo le venera, ese trajecillo negro raído le quita el sueño a monseñor Landriani. Tengo alguna experiencia de los negocios, y puedo jurar que no sabría qué consejo dar a usted para perfeccionar lo que estoy viendo. E primer paso que da usted en el mundo, a los veinticinco años, es la perfección completa. Mucho se habla de usted en la corte; ¿y sabe usted a qué se debe esta distinción única, a la edad que usted tiene Pues el trajecillo negro raído. La duquesa y yo disponemos, como usted sabe, de la antigua casa de Petrarca, en esa hermosa colina cerca del bosque, en las cercanías del Po. Si alguna vez está usted cansado de sufrir los alfilerazos de la envidia, he pensado que podría usted ser el sucesor de Petrarca, cuyo renombre aumentará e que usted ya tiene.

El conde se tomaba gran trabajo para conseguir ver dibujarse una sonrisa en aquella faz de anacoreta, pero no lo pudo alcanzar Y lo que hacía más extraño este cambio, es que antes de estos tiempos últimos, si algún defecto tenía la cara de Fabricio era el de presentar, a veces sin motivo, la expresión de la voluptuosidad y de la alegría.

El conde no le dejó marchar sin decirle que, a pesar de su retiro, habría quizá algo de afectación en no ir a la corte el sábado próximo, día del cumpleaños de la princesa. Estas palabras fueron otras tantas puñaladas en el corazón de Fabricio. ¡Dios mío!, pensó ¿qué he venido a hacer a este palacio? Cuando pensaba en el encuentro que podría tener en la

corte, se echaba a temblar. Esta idea absorbió a todas las demás. El único recurso que me queda dijo, es llegar a palacio en el momento mismo de abrirse las puertas de los salones.

Y, en efecto, el nombre de monseñor del Dongo fue uno de los primeros que se anunciaron en la velada. La princesa le recibió con la mayor distinción posible. Los ojos de Fabricio estaban fijos en el reloj, y en el momento mismo en que la aguja marcó veinte minutos transcurridos desde su llegada, levantábase para despedirse, cuando el príncipe entró. Acercóse Fabricio a presentarle sus respetos, y ya iba deslizándose hacia la puerta, ejecutando una maniobra bien calculada, cuando se produjo una de esas pequeñas nimiedades de corte, que la camarera mayor sabía tan bien preparar: el chambelán de servicio corrió tras de él, para decirle que había sido designado para el "whist" del príncipe. En Parma es esto un insigne honor, muy por encima del rango que en el mundo tenía el coadjutor. Sentarse a la mesa de juego del príncipe era un señalado honor, aun para el mismo arzobispo. Al oír al chambelán, Fabricio sintió que el corazón se le abría, y aunque enemigo mortal de las escenas violentas en público, estuvo a punto de ir a decirle que le había tomado de repente un mareo; pero pensó que sería objeto de preguntas y de cumplidos más intolerables aún que el juego misma.. Aquella noche tenía horror de hablar.

Felizmente, el general de los Hermanos Menores estaba en el número de los grandes personajes que habían venido a felicitar a la princesa. Este fraile, sabio y digno émulo de los Fontana y de los Duvoisin, se había colocado en un rincón

lejano del salón. Fabricio se situó de pie delante de él, de manera que no podía ver la puerta de entrada y le habló de teología. Pero no pudo evitar que su oído percibiera el nombre de los señores marqueses Crescenzi, cuando se anunció su llegada. Fabricio, contra lo que esperaba, sintió una violenta cólera.

Si yo fuera Borso Valserra (uno de los generales del primer Sforza), pensó, iría a dar de puñaladas a ese imbécil de marqués, precisamente con el puñalito de mango de marfil que me dio Clelia aquel feliz día, y le haría pagar cara la insolencia de presentarse con la marquesa en un lugar donde yo estoy.

Su fisonomía se alteró de tal suerte que el general de los Hermanos Menores le dijo:

-¿Siéntese Vuestra Excelencia mal?

-Me duele mucho la cabeza..., las luces me marean... y si me quedo es sólo porque he sido designado para el whist del príncipe.

A1 oír esto, el general de los Hermanos Menores, que era burgués, se quedó tan desconcertado sin saber qué hacer, se puso a saludar a Fabricio quien, por su parte, mucho más turbado que el general de los Menores, se puso a hablar con extraña volubilidad; advertía que se iba formando un gran silencio detrás de él y no quería volver la cara. De pronto un arco de violín golpeó un pupitre; oyóse un ritornelío y la célebre señora P ... cantó esa aria de Cimarosa tan celebrada antaño:

¡Quelle pupille tenere!

Fabricio aguantó bien los primeros compases; pero pronto se desvaneció su ira y sintió una irresistible necesidad de llorar. ¡Dios mío, dijo para sí, qué escena más ridícula! ¡Y con este traje, además! Pensó que más valía hablar de sí mismo.

-Estos dolores de cabeza excesivos, cuando los combato, como esta noche -dijo al general de los Menores-, acaban en llanto y como las lágrimas en un hombre de nuestro estado, podrían dar pábulo a los maldicientes, ruego a Vuestra Reverencia Ilustrísima me permita que lllore en su presencia; no se preocupe de ello.

-Nuestro padre provincial de Catanzara sufre de la misma incomodidad -dijo el general de los Menores. Y, en voz baja, empezó a contar una larga historia.

La historia era ridícula y contenta la lista detallada de las comidas de ese padre provincial. Fabricio no pudo por menos de sonreír, cosa que no le había sucedido hacia mucho tiempo; pero pronto dejó de escuchar al general de los Menores. La señora P... cantaba con un divino talento un aria de Pergolese (la princesa gustaba de la música antigua). Se oyó 'un leve ruido a tres pasos de Fabricio; por primera vez desde el comienzo de la velada, volvió la cara. El sillón que había hecho crujir la madera del suelo estaba ocupado por la marquesa Crescenzi, cuyos ojos bañados en lágrimas encontraron je lleno a los de Fabricio que no se hallaban en mucho mejor estado. La marques bajó la cabeza; Fabricio siguió mirándola unos momentos, como si trabara conocimiento con esa cabeza llena de diamantes; pero su mirada expresaba

la cólera y el desdén. Luego dijo para sí: y mis ojos no volverán a verte, y se volvió hacia el padre general, diciendo:

-He aquí que mi afección me ataca con más fuerza que nunca.

Efectivamente, Fabricio lloró a lágrima viva durante más de media hora. Por fortuna, una sinfonía de Mozart, horrorosamente estropeada, como es uso en Italia, vino a ayudarle a enjugar sus lágrimas.

Mantúvose firme y no volvió la cara hacia donde estaba la marquesa Crescenzi. Pero la señora P... volvió a cantar y el alma de Fabricio, consolada por el llanto, se encontró por fin en un estado de paz perfecta. Entonces la vida se le apareció en una nueva perspectiva. ¿Voy a pretender, pensó, olvidarla enteramente desde el primer momento? ¿Es esto posible? Llegó a esta conclusión: ¿Pues ser más desgraciado de lo que soy desde hace dos meses? Y si no consigue ya acrecentar mi pena, ¿por qué he de resistir al placer ~ verla? Ha olvidado sus juramentos; es ligera; ¿no lo son todas las mujeres? Mas ¿quién podrá negarle una belleza celestial? Tiene w mirada que me arrebató en éxtasis, mientras que para mirar a 1 mujeres que pasan por ser las más hermosas, tengo que hacer t verdadero esfuerzo. Pues bien, ¿por qué no he de dejarme arrestar? Será por lo menos un instante de descanso.

Fabricio conocía algo a los hombres, pero no tenía experiencia alguna de las pasiones, pues de tenerla, hubiera comprendido que ese placer de un momento a que iba a entregarse, anulaba cuantos esfuerzos venía realizando desde hacia dos meses por olvidar a Clelia.

Esta pobre mujer había venido a la fiesta, obligada por su marido; quiso al menos retirarse al cabo de media hora, bajo el pretexto de que su salud no era buena. Pero el marqués declaró que mandar que su coche se acercase para marcharse cuando todavía estaban llegando carruajes a la fiesta, era algo totalmente desusado y que podría interpretarse incluso como una crítica indirecta de fiesta que daba la princesa.

-Mi cualidad de caballero de honor -añadió el marqués- me obliga a permanecer en el salón a las órdenes de la princesa, has que todo el mundo haya salido. Puede haber y sin duda habrá que dar órdenes a la servidumbre; ¡son tan negligentes! Y ¿quiere que un simple escudero de la princesa usurpe ese honor?

Clelia se resignó; no habla visto a Fabricio; esperaba aún que no vendría a la fiesta. Pero en el momento en que el concierto iba a empezar, habiendo la princesa permitido a las damas sentarse Clelia, muy poco lista en estos manejos, encontró ocupados los mejores sitios junto a la princesa y tuvo que ir a buscar un sillón con el fondo de la sala, en el lejano rincón donde Fabricio se habrá refugiado. Al llegar aquí, detuvo su mirada en el traje singular de general de los Menores, y al principio no notó al hombre delgado vestido con un sencillo traje negro, que hablaba con el general, sin embargo, un secreto instinto le hizo fijar su mirada sobre ese hombre. Todo el mundo tiene aquí uniformes o casacas con requísimos bordados; ¿quién será ese joven con sencillo traje negro? Faltábale mirando con profunda atención, cuando una señora que venía a colocarse por allí, tropezó con un sillón que hizo crujir el entarimado. Fabricio volvió la cara; Clelia

no lo reconoció, c cambiado que estaba. Primero pensó: he aquí uno que se le parece mucho, será su hermano mayor; pero o creía que no le lleva más que pocos años, y éste es un hombre de más de cuarenta. repente lo reconoció por un movimiento de la boca.

¡Desgraciado! ¡Cómo ha sufrido!, pensó. Y bajó la cabeza, n por la pena que sintió que por cumplir su promesa. Su corazón estaba agitado por la más honda compasión. ¡A los nueve meses cárcel, qué aspecto tan diferente tenía! Ya no le volvió a mirar pero, sin mover la cabeza hacia su lado, atisbaba todos sus movimientos.

Después del concierto, le vio acercarse a la mesa de juego del príncipe, situada a pocos pasos del trono. Respiró al ver que Fabricio iba a colocarse lejos.

Pero el marqués Crescenzi estaba muy molesto porque su mujer se había sentado lejos del trono. Durante toda la velada ocupóse convencer a una señora sentada cerca de la princesa y cuyo marido le debía dinero, de que haría bien en cambiar de sitio con la marquesa. La pobre señora no quería, como es natural; pero el marqués fue en busca del marido deudor, quien hizo entender a mujer la triste voz de la razón. El marqués tuvo el placer de rey zar el ansiado cambio de sitio. Fue a buscar a su esposa.

-Siempre será usted demasiado modesta -le dijo-. ¿Por qué andar así con los ojos bajos? Cualquiera que la vea, la tomará usted por una de esas burguesas que se admiran de verse en el sitio y a quienes todo el mundo ve también con extrañeza aquí. Esa loca de la camarera mayor ¡qué cosas hace! ¡Y luego se ha de retrasar los avances del jacobinismo!

Piense que su marido usted ocupa el primer puesto entre los gentiles hombres de la corte de la princesa; y aun suponiendo que los republicanos consiguieron suprimir la corte y hasta la nobleza, todavía su marido de usted seguiría siendo el hombre más rico de este Estado. Esta es una idea de la que no está usted bastante penetrada.

El sillón en donde el marqués tuvo el gusto de sentar a su esposa, estaba a seis pasos de la mesa de juego del príncipe. Clelia veía a Fabricio de perfil, pero lo encontró tan delgado, y sobre todo tan ajeno a todo lo de este mundo, él, que antes no dejaba pasar menor incidente sin comentarlo, que acabó por llegar a esta conclusión horrible: Fabricio había cambiado por completo, la ha olvidado, y si tan flaco estaba, era por los ayunos severos a que piedad se sometía. Clelia quedó convencida de esta triste idea por la conversación de todas las personas que estaban a su lado. Todo mundo hablaba del coadjutor. Se inquiría la causa de la distinción insignificante de que era objeto; ¡tan joven, ser admitido en el juego con el príncipe! Admirábase la indiferencia cortés y el ademán altivo con que daba las cartas, hasta cuando fallaba a Su Alteza.

-¡Es increíble! -exclamaban los viejos cortesanos-. El valimiento de su tía se le ha subido a la cabeza.. Pero, gracias a Dios, esto no durará mucho; a nuestro soberano no le gusta que tomen con él ese airecillo de superioridad.

La duquesa se acercó al príncipe; los cortesanos, que se mantenían a respetuosa distancia de la mesa de juego, y que no podían oír de la conversación del príncipe más que algunas palabras sueltas, advirtieron que Fabricio se puso muy

rojo. Su tía, dijeron, le habrá dado una lección sobre sus ademanes de indiferencia. Fabricio acababa de oír la voz de Clelia; ésta contestaba a la princesa quien, dando una vuelta por el baile, había visto y hablado a la esposa de su caballero de honor. Llegó el momento en que Fabricio hubo de cambiar de sitio en la mesa de juego; entonces se halló precisamente frente a Clelia y se entregó varias veces a la felicidad de contemplarla. La pobre marquesa, sintiéndose mirada por él, se descomponía por completo. Varias veces olvidó su promesa y en el deseo de adivinar lo que pasaba en el corazón de Fabricio, fijó en él sus ojos.

Terminado que fue el whist del príncipe, las señoras se levantaron para pasar a la sala en donde estaba preparada la cena. Hubo algún desorden. Fabricio se encontró junto a Clelia; y estaba aún muy resuelto y decidido, cuando aspiró un perfume muy suave que ella solía poner en sus vestidos. Esta sensación echó por tierra todas sus resoluciones y acercándose a ella dijo en voz bala, como quien habla consigo mismo, dos versos del soneto de Petrarca que le habla enviado desde el lago Mayor, impreso en un pañuelo de seda:

-“¡Cuan grande era mi dicha cuando el vulgo me creía desgraciado!, y ahora ¡cómo ha cambiado mi suerte!”

No, no me ha olvidado, pensó Clelia en un arrebató de alegría. Su alma tan bella no es inconstante.

No, nunca me veréis cambiar,
Ojos bellos que me enseñasteis a amar.

Clelia osó repetirse a sí misma estos dos versos de Petrarca.

La princesa se retiró después de la cena; el príncipe la acompañó hasta sus habitaciones y no volvió a presentarse en los salones de recepción. Cuando se supo que el príncipe no volvía, todo el mundo quiso marcharse a la vez; hubo mucho desorden en las antecámaras. Clelia se halló otra vez junto a Fabricio; la profunda desventura que expresaba la fisonomía de éste, la conmovió y entonces le dijo:

-Olvidemos el pasado, conserve usted este recuerdo de amistad. -Y colocó su abanico de modo que él pudo cogerlo.

Todo cambió para Fabricio. En un momento se convirtió otro hombre. Al día siguiente declaró que habla terminado retiro y volvió a ocupar su magnífico alojamiento del palacio Sanseverina. El arzobispo dijo, y lo creía sinceramente, que la mes que le hizo el príncipe, admitiéndole en su mesa de juego, ha trastornado la cabeza de este nuevo santo: la duquesa compres que estaba de acuerdo con Clelia. Este pensamiento vino a aumentar la desdicha que le causaba el recuerdo de una fatal proas y acabó de decidirla a ausentarse. Esta locura fue grandemente mirada. ¡Cómo! ¡Alejarse de la corte en el momento en que la privanza de que gozaba, parecía no tener límites! El conde, perfectamente feliz desde que veía que no había amor entre la duquesa y el sobrino, decía a su amiga:

-Este joven príncipe es la virtud misma; pero he dicho de' ese niño. ¿Me lo perdonará algún día? No veo sino un medio volver a estar de buenas con él y es ausentarme. Voy a mostrar perfectamente respetuoso y adicto; pero luego me

pondré mal pediré mi licencia. Me lo permitirás puesto que el porvenir de Fabricio está asegurado ya. Pero ¿hará por mí el sacrificio inmenso de cambiar el titulo sublime de duquesa por otro muy inferior. Para divertirme un poco, dejo los negocios aquí en un horro desorden: tenía cuatro o cinco trabajadores en mis diferentes misterios; les he dado su pensión de retiro hace dos meses so Arete de que leen periódicos franceses y los he sustituido por unos imbéciles de primer orden. Después de nuestra marcha, el príncipe verá en tan apurada situación que a pesar del horror que siente el carácter de Rassi, tendrá por fuerza que llamarle. En cuanto mi, no aguardo sino una orden del tirano que dispone de mi persona, para escribir una carta de tierna amistad a mi amigo Rassi, diciéndole que espero fundadamente que pronto se hará justicia a sus eminentes méritos.

XXVII

Esta conversación grave ocurrió al día siguiente de la vuelta de Fabricio al palacio Sanseverina; la duquesa estaba aún resentida por la alegría que delataban todos los actos de Fabricio. Así, pues, pensaba, esa niña beata me ha engañado. No ha sabido resistir a su amante ni siquiera tres meses.

La certidumbre de un desenlace feliz había dado al joven príncipe, tan pusilánime, el valor de amar. Tuvo alguna noticia de los preparativos de marcha que se hacían en el palacio Sanseverina, y su ayuda de cámara francés, que creía muy poco en la virtud de las grandes damas le dio alientos en el asunto de la duquesa. Ernesto V se permitió dar un paso, que la marquesa y todas las personas sensatas de la corte censuraron con severidad; el pueblo vio en esto el colmo del estupendo valimiento de la duquesa. El príncipe fue a verla a su palacio.

-Se marcha usted -le dijo en un tono serio que le pareció odioso a la duquesa-, se marcha usted. Me engaña usted y falta a la promesa jurada. Y sin embargo, si llego a tardar

diez minutos más en conceder la gracia de Fabricio, estaba muerto. ¡Y me deja usted aquí desgraciado y solo! Sin el juramento que me hizo usted, nunca habría tenido valor para amarla como la amo. ¿No tiene usted honor?

-Reflexione seriamente, príncipe mío. En toda la vida de Vuestra Alteza ¿ha habido época que iguale en dichas y venturas a los cuatro meses que acaban de transcurrir? La gloria de Vuestra Alteza, como soberano, y hasta me atrevo a decir que la felicidad de Vuestra Alteza, como hombre amable, no han llegado jamás a tanto. Propongo a Vuestra Alteza el siguiente pacto; si Vuestra Alteza se digna acceder, no seré su amante por un momento fugitivo y en virtud de un juramento arrancado por el miedo, pero consagraré todos los instantes de mi vida a procurar la felicidad de Vuestra Alteza, seré siempre lo que he sido desde hace cuatro meses y quizá entonces el amor venga a perfeccionar la amistad; no diré que no.

-Pues bien -dijo encantado el príncipe-, ocupe usted otro puesto, sea más aún, reine a un tiempo mismo sobre mí y sobre mi estados, sea usted mi primer ministro: le ofrezco a usted el matrimonio, tal como lo permiten las tristes exigencias de mi cargo. Tenemos un ejemplo no lejano. El rey de Nápoles acaba de casarse con la duquesa de Partana. Le ofrezco a usted cuanto puedo, m matrimonio del mismo género. Voy a añadir una idea de política, triste para mostrar que ya no soy un niño y que he pensado en todo. No haré valer la condición que me impongo de ser el último soberano de mi raza el dolor de ver yo, en vida, cómo las grande potencias disponen de mi sucesión; bendigo esos muy ver-

dadero inconvenientes, puesto que me proporcionan un medio de proba cuánto la estimo a usted, cuán apasionadamente la adoro.

La duquesa no vaciló un momento. El príncipe la fastidiaba el conde le parecía perfectamente amable; no había en el mundo más que un hombre que pudiera serle preferido. Además, reinaba sobre el conde, mientras que el príncipe, dominado por las exigencias de su alto puesto, hubiera reinado más o menos sobre ella Y, por último, el príncipe podía ser inconstante y tomar queridas la diferencia de edad parecía, dentro de pocos años, darle derecho a ello.

Desde el primer momento la perspectiva del aburrimiento cortesano había decidido ya a la duquesa; sin embargo, como quería ser amable, solicitó permiso para reflexionar.

Fuera demasiado largo relatar aquí los giros casi tiernos y lo términos de infinita amabilidad con que la duquesa supo envolver su negativa. El príncipe se encolerizó: veía que su dicha se le escapaba. ¡Qué sería de él cuando la duquesa abandonara la corte Y además, ¡qué humillación la de ser rechazado! Por último, ¿que va a decir mi ayuda de cámara francés, cuando le cuente mi derrota?

La duquesa tuvo el arte de calmar al príncipe y de reducir poca a poco la negociación a sus verdaderos términos.

-Si Vuestra Alteza quiere consentir en no apresurar el cumplimiento de una promesa fatal, horrible para mí y que me llena de vergüenza y de desprecio hacia mí misma, pasaré la vida en su coro y esta corte será siempre lo que ha sido este invierno. Todos mis instantes los consagraré a contribuir

a su felicidad como hombre y a su gloria como soberano. Pero si Vuestra Alteza exige que cumpla mi juramento, habrá marchitado el resto de mi vida y al momento me verá marchar de sus estados para no volver a ellos jamás. El día en que haya perdido la honra, será también el último en que vea a Vuestra Alteza.

Pero el príncipe era obstinado como todos los pusilámines. Además, al ver rechazada su mano, irritóse su orgullo de hombre y soberano: pensó en todas las dificultades que hubiera tenido que vencer, para que se aceptase este matrimonio, dificultades que no obstante estaba dispuesto a arrollar.

Durante tres horas repitiéronse por una y otra parte los mismos argumentos, a veces mezclados con palabras vivas.

-¿Quiere usted hacerme creer, señora, que no tiene usted honor? Si yo hubiera vacilado tanto tiempo el día en que el gene Fabio Conti administraba el veneno a Fabricio, ahora estaría usted ocupada en levantarle un sepulcro en una de las iglesias de Parma.

-No, por cierto; en Parma no, que es país de envenenadores.

-Pues bien, váyase, señora duquesa -replicó el príncipe irritado-; le acompaña a usted mi desprecio.

Ya se iba; la duquesa le dijo en voz baja:

-Bien, preséntese Vuestra Alteza aquí esta noche a las diez el incógnito más estricto. Va a salir Vuestra Alteza engañado en trato; me verá por última vez y yo hubiera consagrado mi vida hacer a Vuestra Alteza tan feliz como puede serlo un príncipe ab: luto, en este siglo de jacobinos. Piensa Vuestra Alteza en lo que a ser su corte, cuando ya no esté yo

aquí para sacarla, a la fuer; de su bajeza y de su maldad natural.

-Usted, por su parte, rechaza la corona de Parma; más aún q la corona, puesto que usted no habría sido nunca una princesa vulgar, casada por conveniencia política, sin amor. Mi corazón es usted y por siempre hubiera usted sido dueña absoluta de mis acta como de mi gobierno.

-Sí, pero la princesa madre tendría el derecho de desprecian como a una vil intrigante.

-Pues bien, yo hubiera desterrado a la princesa, concediéndole una pensión.

Todavía duraron un cuarto de hora las réplicas punzantes. príncipe qué tenia un alma delicada no podía resolverse ni a hacía uso de su derecho, ni a dejar marchar a la duquesa. Habíanle dicho que después de vencido el primer momento, las mujeres vuelven.

Expulsado por la duquesa indignada, se atrevió a presentar a las diez menos tres minutos, tembloroso y muy compungido. A las diez y media, la duquesa subía en su coche y partía para Bolonia. En cuanto estuvo fuera de los Estados de Parma, le escribió conde:

"Está hecho el sacrificio. No me pida usted alegría en un mes. No volveré a ver a Fabricio; le espero a usted en Bolonia y, cuando usted quiera, seré condesa Mosca. Sólo le pido una cosa, que no obligue a volver jamás al país que abandono. Piense usted que lugar de 150.000 francos de renta, vamos a tener treinta o cuan mil a lo sumo. Todos los necios le miraban a usted con la t abierta y ahora ya no será

usted considerado sino en cuanto se di usted rebajarse hasta comprender sus ideas rastreras. ¡Tú lo quisiste Jorge Dandin!

Ocho días después, celebrábase en Perusa el matrimonio, en iglesia donde los antepasados del conde tienen sus sepulcros. príncipe estaba desesperado. La duquesa había recibido de su p tres o cuatro correos y le devolvió sus cartas metidas dentro del sobre, sin abrirlas. Ernesto V había concedido una magnífica pensión al conde y dio el gran cordón de su Orden a Fabricio.

-Eso es sobre todo lo que me ha gustado en su despedida. hemos separado -decía el conde a la nueva condesa Mosca d Rovere-, los mejores amigos del mundo. Me ha dado el gran cordón de una orden española y unos diamantes que valen tanto con el cordón. Me ha dicho que me haría duque, si no quisiera conservar ese recurso para traerte de nuevo a sus estados. Quedé, pues, encargado de decirte -bonito encargo para un marido que si te dignas volver a Parma aunque sea sólo por un mes, me hará dudar con el nombre que quieras, y nos dará una hermosa tierra.

La duquesa lo rechazó todo con una especie de horror.

Después de la escena ocurrida en el baile de la corte, que pareció bastante decisiva, dijiérase que Clelia ya no se acordaba del amor que por un momento habla parecido compartir. Los más lentos "remordimientos habíanse apoderado de su alma virtuoso creyente. Fabricio lo comprendía muy bien y, a pesar de cuan esperanzas trataba de conservar, no por eso dejaba su ánimo de llenarse de una sombría desesperación. Pero esta vez, sin embargo, le empujó su des-

ventura a retirarse del mundo, como en la época del matrimonio de Clelia.

El conde había rogado a su sobrino que le informase con exactitud de todo cuanto ocurriera en la corte, y Fabricio que empezó a comprender lo mucho que le debía, había decidido cumplir i misión como un hombre honrado.

Fabricio, como la ciudad entera y la corte, no dudaba de su amigo tuviera el proyecto de volver al ministerio y más poder que nunca. Las previsiones del conde no tardaron en realiza Menos de seis semanas después de su marcha, Rassi era primer ministro y Fabio Conti ministro de Guerra. Las prisiones que el con casi habla dejado vacías, se llenaron otra vez. El príncipe, al llamar al poder a toda esta gente, creyó vengarse de la duquesa; esta loco de amor y odiaba sobre todo al conde Mosca, como a un rival.

Fabricio tenía mucho que hacer; monseñor Landriani, con setenta y dos años, había caído en una debilidad constante y apenas salía de su palacio. El codjutor tenía que sustituirle en casi todas sus funciones.

La marquesa Crescenzi, torturada por los remordimientos, atemorizada por su director espiritual, había encontrado un excelente medio de evitar las miradas de Fabricio. Tomando pretexto final de su embarazo, se encerró en su propio palacio. Pero e palacio tenía un inmenso jardín. Fabricio supo entrar en él y colocó en la avenida, que Clelia prefería, flores arregladas en ramillete dispuestas en un orden que les daba un sentido, como las que Clelia les enviaba a él todas las noches, en los últimos días de su prisión de la torre Farnesio.

A la marquesa le irritó mucho este intento; los movimientos su alma dirigíalos unas veces el remordimiento, otras la pasión. Desde ese momento, no consintió bajar ni una sola vez al jardín hasta sentía escrúpulos de mirar por la ventana.

Empezaba Fabricio a creer que estaba separado de ella para siempre y ya la desesperación iba enseñoreándose de su alma. La sociedad en que vivía le desagradaba mortalmente y, si no hubiera sido por la convicción de que el conde no podía encontrar la del alma fuera del ministerio, se hubiera vuelto a retirar a su pequeño alojamiento del arzobispado. Hubiérale gustado vivir a solo con sus pensamientos, sin oír más voces humanas que las precisas para el ejercicio de su cargo.

-Pero —decía— en el interés de los condes de Mosca, nadie puede sustituirme.

El príncipe seguía tratándole con una distinción que le colocaba en primera fila en la corte, y esta merced la debía en gran parte a sí mismo. La extremada reserva que, en el ánimo de Fabricio provenía de una indiferencia, casi de un asco profundo por todas las pasiones que llenan la vida de los hombres, habla picado la vanidad del joven príncipe, quien solía decir que Fabricio tenía tanto talento como su tía. El alma cándida del príncipe comprendía medias una verdad: que nadie se acercaba a él con iguales disposiciones de ánimo que Fabricio. Todo el mundo, hasta el vulgo los cortesanos comprendía muy bien que la consideración de que gozaba Fabricio no era la de un simple coadjutor, sino que excedía a las mismas atenciones que el soberano tenía con el arzobis-

po. Fabricio escribía al conde que, si el príncipe tenía alguna vez bastante talento para percatarse del enredo ingente que los ministros Rassi, Fabio Conti, Zurla y otros de la misma calaña habían armado en los negocios, sería él, Fabricio, el conducto natural por donde el príncipe haría una gestión, sin exponer demasiado su amor propio.

Si no fuera por el recuerdo de la fatal palabra: ese niño, decía Fabricio a la condesa Mosca, aplicada por un hombre genial a una augusta persona, esta augusta persona habría ya exclamado: vuelve usted de prisa y écheme a la calle a todos esos miserables. Hoy mismo, si la esposa del hombre genial se dignara a hacer la más mínima gestión, por insignificante que fuera, el conde sería llamado con alegría. Pero entrará por una puerta mucho más grande, quiere aguardar a que el fruto esté maduro. Por lo demás el aburrimiento es mortal en los salones de la princesa; no hay más objeto de diversión que la locura de Rassi, quien, desde que es conde tiene la manía de la nobleza. Acaban de darse órdenes severísimas para que toda persona que no pueda probar ocho cuarteles de nobleza, no se atreva a presentarse en las veladas de la princesa (son las palabras textuales de la orden). Todos los hombres que tengan derecho a entrar por la mañana en la galería grande para salud, al soberano, cuando éste se dirige a la capilla, seguirán gozando el mismo privilegio; pero los que lo soliciten ahora tendrán que probar los ocho cuarteles. Sobre todo esto se hacen chistes y se di que bien se ve que Rassi es duro y sin cuartel.

Como comprenderá el lector, estas cartas no iban por el corre La condesa Mosca contestaba desde Nápoles: “Tene-

mos conciertos los jueves y conversación los domingos; en nuestros salones no puede uno mover, de gente que hay. El conde está encantado con sus excavaciones; se gasta en ellas mil francos mensuales, y acaba de mandar venir unos obreros de los Abruzzos que no le cuesta más que un franco quince por día. Deberías venir a vernos. Es ésa la vigésima vez, señor ingrato, que se lo digo.”

Fabrizio se guardaba muy bien de obedecer. La carta, que escribía todos los días al conde o a la condesa, le parecía un sacrificio casi insoportable. Se le perdonará, cuando se sepa que transcurrió un año entero sin poder hablar una sola vez con la marquesa. Todos sus intentos de establecer una correspondencia fueron rechazados con horror. El habitual silencio que guardaba Fabrizio en todas partes, salvo en la corte y cuando desempeñaba sus funciones, junto con la perfecta dureza de sus costumbres, habíanle hecho objeto de una veneración tan extraordinaria que se decidió por fin obedecer a ciertos consejos de su tía.

“El príncipe tiene por tí tal veneración -escribíale la condesa-, que estás expuesto a una próxima caída; entonces multiplicará las desatenciones y detrás de sus desdenes vendrán los atroces precios de los cortesanos. Estos pequeños déspotas, por muy honrados que sean, son variables como la moda y lo son por el mismo motivo: el aburrimiento. Contra los caprichos del soberano puedes encontrar fuerzas en la predicación. Tú, que tan bien provistas en verso, por qué no te lanzas a hablar media hora acerca de la religión? Al principio dirás herejías, pero paga a un sabio discreto teólogo

que asista a tus sermones y te corrija luego las faltas; al otro día las habrás reparado.”

La especie de desdicha que produce un amor contrariado, hace que todo lo que exige atención y acción parece un trabajo atroz. Pero Fabricio pensó que su ascendiente sobre el pueblo, si lo adquiriría, podría ser útil a su tía y al conde, hacia quien su veneración aumentaba cada día más, conforme iba conociendo mejor la maldad de los hombres. Se decidió, pues, a subir al púlpito, y su éxito, parado ya por su delgadez y su traje raído, fue de los que hacen época. Sentíase en sus sermones un perfume de profunda tristeza que junto con la figura encantadora y con lo que se decía de su valimiento en la corte, arrebató a todos los corazones femeninos. Las mujeres inventaron la especie de que había sido uno de más valientes capitanes del ejército napoleónico. Pronto este he absurdo pasó por indudable. Había que mandar reservar sillas las iglesias, donde predicaba; y los pobres, para sacar dinero, se talabas en ellas desde la cinco de la mañana.

Fue tal el éxito que Fabricio obtuvo, que por fin se le ocurrió una idea que cambió por completo su alma. Pensó que, aun no fuese más que por simple curiosidad, acaso viniera la marqués Crescenzi a oír uno de sus sermones. De pronto el público, entusiasmado, se dio cuenta de que su talento aumentaba; permitíase, cuando se emocionaba, usar imágenes cuya audacia habría hacer temblar a los más expertos oradores. A veces, olvidándose de todo prorrumpía en frases de apasionada inspiración que arrancaban grimas al auditorio. Mas en vano su ojo aggrottato buscaba entre tan-

tos rostros vueltos hacia el púlpito, uno cuya presencia habría sido para él un mágico suceso.

Si alguna vez tengo esa ventura, pensaba, o me pongo mal me quedo parado sin poder seguir hablando. Para evitar este último inconveniente, había compuesto una especie de oración, tierna y apasionada, que colocaba siempre sobre un taburete en el púlpito. Tenla decidido ponerse a leer este trozo, si alguna vez la presencia de la marquesa le causaba tan fuerte emoción que le quitase la palabra.

Supo un día por medio de los criados del marqués, a quienes tenía a sueldo, que se habían dado órdenes para preparar en el gran teatro el palco de la Casa Crescenzi para el día siguiente. Hacía un año que la marquesa no iba a ningún espectáculo, y lo que había alterado sus costumbres era un tenor que tenía entusiasmado a todo Parma y llenaba el teatro cuantas noches cantaba. El primer pensamiento de Fabricio fue de extremada alegría. ¡Por fin podré verla una noche! Dicen que está muy pálida. Y trataba de representarse esa cabeza encantadora con sus mejillas descoloridas por la lucha del espíritu.

Su amigo Ludovico, consternado por lo que él llamaba la locura de su señor, encontró, no sin gran trabajo, un palco de cuarto piso casi frente al de la marquesa. Una idea se le ocurrió a Fabricio: espero inspirarle deseo de venir al sermón; hay que buscar, pensó, una iglesia muy pequeña para poderla ver mejor. Fabricio solía predicar a las tres de la tarde. Por la mañana del día en que Clelia iba a ir al teatro, anunció que las obligaciones de su cargo le retenían en el arzobispado durante todo el día, y que, por excepción, predi-

carla a las ocho y media de la noche en la pequeña iglesia de Santa María de la Visitación, situada precisamente frente a una de las ala, del palacio Crescenzi. Ludovico presentó de su parte una enorme cantidad de cirios a las monjas de la Visitación, rogándoles que iluminaran la iglesia a giorno. Fue una compañía de granaderos de la guardia; se puso un centinela, con bayoneta calada, delante de cada cepilla para impedir los robos.

El sermón estaba anunciado para las ocho y media. A las dos de la tarde la iglesia estaba totalmente llena; figúrese el lector el estruendo que se produjo en la calle desierta donde alza su noble arquitectura el palacio Crescenzi. Fabricio había anunciado que en honor de Nuestra Señora de la Piedad, predicaría sobre la piedad que un alma generosa debe sentir por un desgraciado, aun cuando sea culpable.

Disfrazado con el mayor cuidado posible, Fabricio subió a su palco del teatro en el momento en que se abrían las puertas, cuando aún no habían encendido las luces. El espectáculo empezó hacia las ocho, y pocos minutos después tuvo la alegría, que nadie puede concebir si no la ha sentido, de ver abrirse la puerta del palco Crescenzi. Poco después entró la marquesa. No la había visto tan bien, desde el día en que ella le dio su abanico. Fabricio creyó que la alegría le sofocaba; sentía tan extraordinarias conmociones interiores, que pensó: ¡Quizá voy a morir! ¡Qué divina manera de acaba esta triste vida! ¡Voy a caerme muerto en este palco; los fieles que esperan en la Visitación no me verán llegar, y mañana correrá la noticia de que el futuro arzobispo, olvidándolo todo, se quedó en un palco de la ópera, disfrazado de criado

con librea! ¡Adiós m reputación! Pero ¿qué me importa mi reputación?

Sin embargo, hacia los ocho y tres cuartos Fabricio hizo un es fuerzo supremo; se fue de su palco y con gran dificultad pudo llega a pie hasta el sitio en donde debía desnudarse y volverse a vestir. Hasta las nueve no llegó a la Visitación, y cuando llegó iba tan pálido y desmedrado, que corrió el rumor por la iglesia de que el señor coadjutor no podía predicar aquella noche. Las monjas prodigáronle sus cuidados por la verja del locutorio interior, en donde Fabricio se había refugiado. Estas señoras no cesaban de hablar; Fabricio le rogó que le dejaran solo durante unos minutos y corrió en seguid al púlpito. Uno de sus ayudantes le había anunciado que, desde las tres de la tarde, la iglesia de la Visitación estaba totalmente llena, pero que el público era toda gente baja, atraída sin duda para el espectáculo de la iluminación. Al subir al púlpito, Fabricio tuvo la agradable sorpresa de ver todas las sillas ocupadas por los jovencitos de la aristocracia y por los personajes de mayor distinción.

Comenzó su sermón con algunas frases de disculpa, que fuero y acogidas por gritos contenidos de admiración. En seguida pasó describir apasionadamente al desgraciado, digno de que le compadezcamos, para honrar dignamente a la Virgen de la Piedad, que tanto sufrió también en esta tierra. El orador estaba conmovidísimo; había momentos en que apenas si podía articular las palabra con fuerza bastante para que fuesen oídas en todas las partes de la pequeña iglesia. Para todas las mujeres y para no pocos hombres él mismo parecía ser el desgraciado de quien hay que apiadarse tan

intensa y extremada era su palidez. Algunos minutos después de las frases de disculpa, con que había comenzado su sermón, conoció todo el público que Fabricio no estaba en su ordinario temple; esta noche desprendíase de él una tristeza más profunda y más tierna que de costumbre. Un momento hubo en que se le vio coa las lágrimas en los ojos y al instante una congoja general agitó a auditorio, tan ruidosa, que el sermón fue completamente interrumpido.

Esta primera interrupción fue seguida por diez más; lanzábanse gritos de admiración, prorrumpiáse en llanto; oíanse a cada instante quejidos y súplicas, como ¡Ay Virgen Santísima! ¡Ay Santo Dios! La emoción era tan general, tan invencible en este público selecto, que nadie se avergonzaba de sus exclamaciones, y las personas que se dejaban vencer por el sentimiento no parecían ridículas a las que estaban al lado.

Durante el descanso, que se suele tomar a la mitad del sermón, dijéronle a Fabricio que nadie había quedado en el teatro; sólo una señora estaba aún en su palco, la marquesa Crescenzi. Durante este descanso, oyóse de pronto un ruido grande en la sala: los fieles estaban votando una estatua para el señor coadjutor. El éxito de la segunda parte del sermón fue tan loco, tan mundano, y los arrebatos de cristiana contrición fueron tan patentemente sustituidos por gritos de admiración, que Fabricio creyóse obligado, antes de bajar del púlpito, a dirigir una especie de reprimenda al auditorio. Esto motivó que todo el mundo saliera a la vez con un movimiento que tenia algo de singular y de acompasado; al llegar a la calle, todos empezaron a aplaudir furiosamente y a gritar: *¡Viva del Dongo!*

Fabricio miró su reloj precipitadamente, y corrió a una ventanita que daba luz al pasillo estrecho que conduce del órgano al interior del convento. Desde allí veíase la calle. Por cortesía para que la increíble e insólita multitud que llenaba la calle, el portero del palacio Crescenzi había puesto una docena de antorchas en esos brazos de hierro que suelen estar empotrados en los muros de los palacios medioevales. Unos minutos después y cuando aún no habían cesado los gritos, ocurrió lo que Fabricio esperaba con ansiedad: el coche de la marquesa, de vuelta del teatro, entró por la calle; el cochero tuvo que detenerse e ir avanzando al paso, pidiendo sitio a grandes voces, hasta llegar a la puerta.

La marquesa se había conmovido oyendo una música sublime, como sucede a los corazones desgraciados; pero más aún cuando vio la soledad perfecta del espectáculo, y supo la causa de tal anomalía. A la mitad del segundo acto, estando en escena el admirable tenor, los espectadores del patio de butacas habían abandonado sus asientos para probar fortuna e intentar entrar en la iglesia de la Visitación. La marquesa, al verse detenida por la multitud, delante de su puerta, rompió a llorar. "No había hecho una mala elección", pensó.

Pero precisamente por haberse enternecido así, resistió firme a las instancias del marqués y de todos los amigos de la casa, quienes no concebían que no quisiera ver a un predicador tan extraordinario. Tanto, decían, que vence al mejor tenor de Italia. "Si lo veo, me pierdo", pensaba la marquesa. .

En vano Fabricio, cuyo talento parecía brillar más cada 6' predicó varias veces en esta iglesia, próxima al palacio

Crescenzi nunca vio a Clelia, quien incluso llegó a sentirse molesta por el empeño decidido de venir a turbar la soledad de su calle, después de haberlo expulsado de su jardín.

Cuando recorría con la mirada los rostros femeninos que le escuchaban, Fabricio había notado ya hacía tiempo una carita morena y preciosa cuyos ojos despedían llamas. Estos magníficos ojos solían llenarse de lágrimas no más tarde que en la octava o décima frase del sermón. Cuando Fabricio tenía que desarrollar argumentos largos y fastidiosos, gustaba de posar la mirada en ese rostro cuya juventud le agradaba. Supo que la muchacha se llamaba Anita Marini, hija única y heredera del más rico mercader de paños de Parma, muerto unos meses antes.

Pronto anduvo de boca en boca el nombre de esa Anita Marina hija del pañero; estaba perdidamente enamorada de Fabricio. Cuando empezaron los famosos sermones, su matrimonio con Giacot Rassi, hijo del ministro de justicia, estaba decidido; el muchacho le desagradaba. Pero apenas hubo oído dos veces a monseñor Fabricio, declaró Anita que ya no quería casarse; y como se le preguntase el motivo de tan singular cambio, respondió que era indigno de una mujer honrada dar su mano a un hombre, estando enamorada de otro. Su familia indagó en vano quién pudiera ser este otro.

Pero las lágrimas abrasadoras que vertía Anita en el sermón pusieron a la familia en el camino de la verdad. La madre y tíos le preguntaron si amaba a monseñor Fabricio, y ella responde con audacia que ya que habían descubierto la verdad, no quería ella envilecerse mintiendo. Añadió que aunque no tenía la mera esperanza de unirse al hombre a

quien adoraba, quería por lo menos no lastimarse la vista con la grotesca figura del contino Rassi. Esta noticia lanzada sobre el hijo de un hombre a quien perseguía envidia de la burguesía toda, llegó a ser en pocos días la comidilla de la ciudad. La respuesta de Anita Marini pareció encantadora. Hablóse de ella en el palacio Crescenzi, como en todas partes.

Clelia se guardó muy bien de abrir la boca sobre este asunto en su salón; pero hizo preguntas a su doncella, y al domingo siguiente, después de haber oído misa en la capilla de su palacio mandó a la doncella que subiera con ella en el coche y fue a otra misa a la parroquia de la señorita Marini. Allí estaban reunidos los elegantes de la ciudad a quienes atraía el mismo motivo de curiosidad; estos señores estaban de pie cerca de la puerta. Pronto por el revuelo que hubo entre ellos, comprendió la marquesa que la señorita Marini entraba en la iglesia. Se halló muy bien colocada para verla, y a pesar de su acendrada piedad no prestó ninguna atención a la misa. Clelia encontró en esta belleza burguesa u airecillo decidido que, en su opinión, podría convenir a lo sumo a una mujer casada desde muchos años. Por lo demás, la Marini tenía una talle precioso, aunque era pequeña de estatura, y sus ojos parecían, como dicen en Lombardía, charlar con las cosas que miraban. La marquesa salió antes de que terminase la misa.

A1 día siguiente los amigos de la casa Crescenzi, que venía todas las noche a pasar en ella la velada, contaron un nuevo rasgo ridículo de Anita Marini. Como la madre, temerosa de alguna locura, no le dejaba sino poquísimo dinero,

había ido Anita a ver al célebre pintor Hayez, que estaba entonces en Parma pintando los salones del palacio Crescenzi, y le ofreció una magnífica sortija de diamantes para que hiciera el retrato de monseñor del Dongo; pero quiso que el retrato llevase un sencillo traje negro, y no el traje de sacerdote. La madre de Anita se quedó muy sorprendida, y aún más escandalizada al encontrar en el cuarto de su hija una magnífico retrato de Fabricio, con el marco más hermoso que se había dorado en Parma.

XXVIII

Arrastrados por los acontecimientos, no hemos tenido tiempo de pintar la raza cómica de los cortesanos, que en la corte de Parma hacían comentarios estupendos acerca de los sucesos que hemos contado. En este país, un caballero que tiene tres o cuatro mil francos de renta, ha de llenar varias condiciones para poder asistir, con sus medias negras, a las audiencias matinales que el príncipe da al levantarse. La primera condición es no haber leído nunca a Voltaire y a Rousseau; esta condición es facilísima de cumplir. La segunda es saber enternecerse a punto, al hablar del resfriado del príncipe o de la caja de minerales recién llegada de Sajonia. Con esto y con no dejar de ir a misa un solo día, si además tiene usted por íntimos amigos a dos o tres frailes gordos, el príncipe se dignará dirigirle la palabra una vez al año, quince días ante o quince días después del primero de enero, cosa que le dará a usted singular relieve en su parroquia, y el cobrador de contribuciones no se atreverá a hostigarle si se

retrasa usted algo en el pago de lo cien francos anuales impuestos a su pequeña finca.

El señor Gonzo era un pobre diablo de esta especie; muy noble y propietario de algunas tierras, había obtenido, merced al marqués Crescenzi, un destino magnífico que le daba mil ciento cincuenta francos al año. Este hombre hubiera podido comer en su casa, pero tenía una pasión; no se sentía feliz y tranquilo como no estuviera en el salón de algún gran personaje que le dijese de vez en cuando Cállese, Gonzo, que es usted un necio perfecto. Este juicio era generalmente hijo del mal humor, porque Gonzo tenía casi siempre más ingenio que el gran personaje. Hablaba de todo y no sin gracia; además estaba dispuesto a cambiar de opinión a la mena mueca del dueño de la casa. A decir verdad, a pesar de la destreza profunda con que manejaba sus intereses, carecía de ideas, y cuando el príncipe no estaba resfriado, le sucedía a veces no saber qué decir al entrar en un salón.

Lo que había valido a Gonzo una verdadera fama en Parma era un magnífico sombrero de tres picos, adornado con una pluma negra, algo mustia ya, pero que él se ponía hasta cuando iba frac. Era de ver el modo cómo llevaba la pluma en la cabeza o la mano; en eso resplandecían su talento y su importancia. Preguntaba con verdadera ansiedad por el estado de salud del perrito la marquesa, y hubiera arriesgado su vida por salvar uno de es magníficos sillones de brocato de oro que, desde hacía tantos años rasgaba su calzón de seda negra, cuando, por casualidad, se atrevía a sentarse un instante en ellos.

Siete u ocho personajes de esta calaña acudían todas las tardes a las siete al salón de la marquesa Crescenzi. Apenas se había sentado, llegaba un lacayo vestido magníficamente con una libreta llena de galones de plata y con un chaleco rojo, colmo de magnificencia, y cogía los sombreros y los bastones de los pobres diablo. Detrás de él se presentaba un ayuda de cámara con una taza de café infinitamente pequeña, sostenida en un pie de plata de fi grana; cada media hora, un maitre d'hotel con espada y traje lujoso, a la francesa, venia a ofrecer refrescos.

Media hora después de la llegada de los cortesanos raídos, acudían cinco o seis oficiales, que hablaban recio, se contoneaban muy militarmente y discutían, por lo general, acerca del número y de la clase de los botones que debe tener el uniforme del soldado, para que el general en jefe pueda ganar batallas. Imprudencia notoria hubiera sido citar en este salón un periódico francés, pues aunque la noticia fuera de las más gratas, como por ejemplo, cincuenta liberales fusilados en España, no por eso el narrador dejaría de este convicto y confeso de haber leído un periódico francés. La otra muestra de habilidad de toda esta gente era conseguir cada di. años un aumento de 150 francos en su pensión. Así es como príncipe comparte con su nobleza el gusto de reinar sobre los aldeanos y los burgueses.

El principal personaje, sin disputa, del salón Crescenzi, era caballero Foscarini, hombre perfectamente honrado, que había frecuentado la cárcel durante todos los regímenes. Había sido diputaç en aquella famosa Cámara que, en Milán, rechazó la ley de registro, presentada por Napoleón, rasgo

rarísimo en la historia. El caballero Foscarini, habiendo sido veinte años amigo de la madre del marqués, seguía siendo el hombre influyente de la casa. Nunca faltaba un cuento divertido para contar y nada se escapaba a su penetración inquisitiva; y la joven marquesa, sintiéndose culpable en el fondo de su alma, temblaba ante él.

Gonzo sentía una verdadera pasión por todo gran señor que dijera groserías y le hiciera llorar una o dos veces por año; por su manía consistía en tratar de hacerle pequeños favores, y a ser porque las costumbres de una extrema pobreza lo tenía paralizado, lo hubiera conseguido algunas veces, pues no carecía cierta dosis de viveza y de una mucho mayor de frescura.

Gonzo, tal como le conocemos, despreciaba bastante a la marquesa Crescenzi, porque ésta no le había dirigido nunca una palabra descortés. Pero al fin y al cabo era mujer del famoso marqués Crescenzi, caballero de honor de la princesa, el cual, una o dos veces al mes, le decía:

-Cállate, Gonzo, que eres una bestia.

Gonzo notó que todo lo que decía de Anita Marini tenía la virtud de sacar a la marquesa, por un momento, del estado ensueño y de indiferencia, en que generalmente estaba sumida, hasta que daban las once. A esta hora hacía el té y ofrecía una taza a todos los presentes llamándolos por su nombre. Después de esto, en el momento de retirarse a sus habitaciones, parecía recobrar todo momento de alegría y era este el instante que se elegía para recitar sonetos satíricos.

Se hacen muchos y buenos en Italia: es el único género literario que aún tiene alguna vida. Es cierto que no está so-

metido a la censura, y los cortesanos de la casa Crescenzi anunciaban siempre su soneto con estas palabras:

-¿Quiere permitir la señora marquesa que se recite delante de ella un soneto malísimo?

Y cuando el soneto había hecho reír y se había repetido dos o tres veces, uno de los oficiales decía siempre:

-El señor ministro de Policía debiera ocuparse en ahorcar a los autores de estas infamias.

La sociedad burguesa, por el contrario, acogía a los sonetos de la más franca admiración y los escribientes de procurador vendí las copias.

Por el género de curiosidad que la marquesa mostraba, Gonzo, se figuró que habiéndose ponderado mucho delante de ella la belleza de la pequeña Marini, que además tenía un millón de francos la marquesa sentía envidia. Con su sonrisa invariable y su absoluto desprecio para todo aquel que no fuera noble, Gonzo tenía entrada en todas partes; llegó al día siguiente al salón de la marquesa, manejando un sombrero de plumas con cierto ademán que sólo se le veía usar una o dos veces al año, cuando el príncipe le había dicho: Adiós, Gonzo.

Saludó respetuosamente a la marquesa; pero no se alejó de ella como solía, para tomar asiento en el sillón que acababan de acerarle, sino que de pie, en medio del círculo exclamó brutalmente:

-He visto el retrato de monseñor del Dongo.

Clelia se quedó tan sorprendida que tuvo que apoyarse en los brazos del sillón; trató de aguantar la tormenta, pero no pudo; pronto tuvo que levantarse y salir del salón.

-Hay que confesar, mi pobre Gonzo, que tiene usted una torpeza rara -exclamó altivo uno de los oficiales que estaba acabando de tomar el cuarto refresco-. ¿Cómo no sabe usted que el coadjuto que ha sido uno de los más valientes coroneles del ejército de Napoleón, dio una broma pesada hace tiempo al padre de la marquesa marchándose de la fortaleza, que mandaba el general Conti, como quien se va de la Steccata (la principal iglesia de Parma) ?

-En efecto, ignoro muchas cosas, mi querido capitán, y soy un pobre imbécil que está metiendo la pata todo el día.

Esta réplica, enteramente ajustada al gusto italiano, hizo reír a costa del brillante oficial. La marquesa volvió en seguida; se había armado de valor y alimentaba una vaga esperanza de poder ella misma admirar ese retrato de Fabricio, que todo el mundo calificarse de excelente. Habló con elogio del talento de Hayez, su autor. Sin darse cuenta dirigía encantadoras sonrisas a Gonzo, quien miraba al oficial con aire irónico. Como todos los demás cortesanos de la casa se entregaban al mismo placer que Gonzo, el oficial emprendió la fuga, no sin jurarle odio mortal. Gonzo triunfaba, y al despedirse quedó convidado a comer para el día siguiente.

A1 día siguiente, después de la comida, cuando los criados se hubieron retirado. Gonzo exclamó:

-¡Otra tenemos; figúrense ustedes que nuestro coadjutor se ha enamorado de la Marini!

Puede pensarse cuál no sería la emoción que estas extraordinarias palabras produjeron en el corazón de Clelia. El mismo marqués se alteró.

-¡Pero, hombre, Gonzo, no dice usted más que tontearías, como de costumbre! Más valiera que hablase usted con más comedimiento de un personaje que ha tenido el honor de jugar once veces a "whist" con Su Alteza.

-Bueno, señor marqués -respondió Gonzo, con la ordinaria propia de la gente de su cabaña-, puedo jurarle a usted que e coadjutor bien querría jugar también con la pequeña Marini. Per basta que estos detalles no sean de su gusto de usted, para que y no existan para mi; ante todo quiero agradecer a mi adorable marqués.

Siempre después de comer retirábase el marqués a dormir siesta. Aquel día, como los demás, pensaba hacerlo; pero Gonzo se hubiera cortado la lengua antes que añadir una palabra acerca de la Marini. A cada momento empezaba un discursito arregla de tal manera, que el marqués podía creer que iba a volver por fin a los amores de la burguesía. El Gonzo poseía en sumo gracias ese ingenio italiano que consiste en diferir con deleite el momento de lanzar la palabra deseada. El pobre marqués, muerto de curio; dad, no tuvo más remedio que ser el primero en incitar a Gonzo diciéndole que cuando tenia el gusto de comer con él, comía d veces más. Pero Gonzo no entendió y se puso a hablar de una magnifica galería de cuadros que estaba formando la marques Balbi, la querida del difunto príncipe. Tres o cuatro veces hablo de Hayez con tono lento y lleno de la más profunda admiración. Pensaba el marqués: ¡Bueno, por fin va a llegar al retrato encargado por la Marini! Pero guardábase Gonzo muy bien de hacer tal cosa. Dieron las cinco; el mar-

qués se puso de mal humor porque solía salir en coche a las cinco y media, después de su siesta, par ir al Corso.

-Así es usted, con sus tonterías -dijo groseramente a Gonzo-, va usted a hacer que llegue al Corso después de la princesa, yo que soy un caballero de honor a quien puede tener que dar órdenes. Vamos pronto. Diga usted en pocas palabras, si lo sabe usted, que haya de los supuestos amores de monseñor el coadjutor.

Pero Gonzo quería reservar ese relato para la marquesa, que era quien le había convidado a comer. En pocas palabras despacho la historia que pedía el marqués; éste, medio dormido, se fue acabar su siesta. Gonzo adoptó muy otra actitud con la marques Clelia habla permanecido tan joven, tan ingenua en su nueva fortuna, que creyó deber reparar la grosería con que el marqués acababa de tratar a Gonzo. Este, encantado por un éxito tal, recuperar su elocuencia y tuvo un verdadero placer en cumplir con la que creta su obligación, entrando con la marquesa en detalles infinito.

La pequeña Anita Marini llegaba hasta dar una moneda de oír por cada sitio que le guardaban en el sermón; iba siempre conde de sus tías y el antiguo cajero de su padre. Los sitios que mandar guardar desde el día antes, elegíalos por lo general casi frente al púlpito, pero un poco hacia el lado del altar mayor, pues haba notado que el coadjutor se volvía a menudo hacia el altar. Pero los que también el público había notado, es que los ojos tan expresivos del predicador se detentan no pocas veces en la belleza atrayente de la joven heredera; y, por lo visto, el coadjutor prestaba cierta atención a la muchacha, porque en cuanto ponía sus ojos en

ella el sermón se hacía erudito, abundaban las citas, y ya no se encontraban en él esos movimientos emocionales que partían el corazón. Las señoras, para quienes cesaba el interés en seguida, se ponían a mirar a la Marine hablando mal de ella.

Clelia quiso que Gonzo le repitiera varias veces estos detalles singulares. A la tercera vez, cayó en una profunda meditación. Calculaba que hacía justamente catorce meses que no había visto a Fabricio. ¿Es acaso un acto tan reprehensible, pensaba, el pasar una hora en una iglesia, no para ver a Fabricio, sino para oír a un predicador famoso? Además, me pondré lejos del púlpito y no mirara Fabricio más que una vez al entrar y otra al final del sermón! No, decía para sí Clelia, no es a Fabricio a quien voy a ver; voy a oír al estupendo predicador! Y, sin embargo, a pesar de esos razonamientos no dejaba de remorderle la conciencia. ¡Su conducta habla sido tan hermosa desde hacía catorce meses! En fin, dijo, para encontrar alguna paz interior, si la primera mujer que venga esta noche ha ido a oír predicara monseñor del Don-go, yo también iré si no ha ido, me abstendré de ir.

Una vez decidido esto, la marquesa hizo la felicidad de Gonzo diciéndole:

-Procure usted averiguar qué día predicará el coadjutor y en qué iglesia. Esta noche, antes de irse usted, quizá tenga que dar un encargo.

Apenas Gonzo se marchó al Corso, Clelia bajó a tomar el fresco al jardín de su palacio. No se le ocurrió pensar que hacía diez meses que no ponía los pies en el jardín. Estaba llena de vivacidad de animación; tenía hermosos colores en

las mejillas. Por la noche cada vez que uno de los soporíferos amigos de la casa entraba en el salón, su corazón palpitaba de emoción. Por fin fue anunciado Gonzo, quien desde el primer momento vio que iba a ser el indispensable durante ocho días. "La marquesa tiene envidia de la pequeña Martini, y será una comedia estupenda, pensó, aquella de donde la marquesa haga de dama joven, la Anita de doncella cofidenta y monseñor del Dongo de galán. A fe mía, podrían darse dos francos por una entrada." La alegría de Gonzo no tenía límite toda la noche se la pasó interrumpiendo a unos y a otros con tantas anécdotas más picantes (por ejemplo, la de la célebre actriz y el marqués de Péquigny, que le había contado el día antes un viajero francés) . La marquesa, por su parte, no podía estarse quieta, paseábase por el salón, íbase a una galería próxima, en la que el marqués no había admitido cuadros que costaran menos de veinte mil francos. Esos cuadros hablaban esta noche un idioma tan claro que llegaron a cansar el corazón de la marquesa a fuerza de emociones. Por fin oyó que se abrían las dos hojas de la puerta y corrió al salón: jera la marquesa Raversi! Pero al dirigirle los habituales cumplidos, Clelia sintió que la voz le faltaba. Tuvo que repetir dos veces la pregunta:

-¿Qué me dice usted del predicador de moda? -porque la marquesa no la oyó la primera vez.

-Considerábalo como un intrigante, muy digno sobrino de ilustre condesa Mosca; pero la última vez que ha predicado, cierto ahí enfrente, en la Visitación, ha estado tan sublime, que, de imponer silencio a mi odio, y declaro que lo tengo por el hombre más elocuente que he oído en mi vida.

-Así, pues, ¿ha oído usted sus sermones? -dijo Clelia temblando de felicidad.

-Pero, ¡cómo! -dijo la marquesa riéndose-, ¿no estaba usted escuchándome? No faltaría a un sermón por nada del mundo. Esta enfermo del pecho y pronto ya no predicará.

Apenas salió la marquesa, Clelia llamó a Gonzo a la galería.

-Estoy casi resuelta -le dijo- a oír a ese predicador tan celebrado. ¿Cuándo predicará?

-El lunes próximo, es decir, dentro de tres días; y díriase que ha adivinado el proyecto de Vuestra Excelencia, porque viene a predicar a la iglesia de la Visitación.

Aún no había dicho todo Clelia; pero faltábale la voz; dio cinco o seis vueltas por la galería sin añadir palabra. Gonzo pensaba: aquí la venganza que hierve en su pecho. ¿Cómo puede ser hombre lo bastante insolente para escaparse de una prisión, so todo cuando se tiene el honor de ser guardado por un héroe como el general Fabio Conti?

-Por lo demás, hay que darse prisa -añadió con fina ironía-. Está malo del pecho. He oído decir al doctor Rambo que no ti un año de vida. Dios le castiga por haberse escapado traidoramente de la fortaleza.

La marquesa se sentó en el sofá de la galería e hizo una s a Gonzo para que la imitase. A los pocos momentos le entregó una bolsita en la que había algunas monedas de oro.

-Guárdeme usted cuatro sitios.

-¿Le será permitido al pobre Gonzo deslizarse entre los acompañen a Vuestra Excelencia?

-Sin duda; guarde cinco sitios... No tengo empeño en estar cerca del púlpito; pero me gustarla ver a la señorita Marini, que dicen que es preciosa.

La marquesa no vivió durante los tres días que faltaban para el lunes, día del famoso sermón. Gonzo, para quien era un honor insigne ser visto en público acompañando a tan ilustre señora, se habla puesto su traje a la francesa, con la espada; y no fue esto todo, sino que aprovechando la proximidad del palacio, mandó llevar a la iglesia un sillón dorado magnifico para la marquesa, cosa que los burgueses consideraron como el colmo de la insolencia. Puede pensarse lo que serla de la pobre marquesa al ver ese sillón colocado exactamente frente al púlpito. Clelia estaba tan azorada, con los ojos bajos, encogida en un rincón del inmenso sillón, que no tuvo valor ni siquiera para mirar a la pequeña Marini, a quien señalaba Gonzo con la mano, con una frescura indecible. Para este cortesano, los que no eran nobles no existían.

Subió Fabricio al púlpito; estaba tan delgado, tan pálido, tan consumido, que los ojos de Clelia se llenaron de lágrimas en un momento. Fabricio dijo algunas palabras y se detuvo, como si la voz le faltase: en vano trató de empezar otra frase. Volvióse y cogió un papel.

-Hermanos míos -dijo-, un alma desgraciada y digna de vuestra conmiseración, solicita que roguéis conmigo por que vea terminados sus dolores, que no cesarán sino con su vida.

Fabricio leyó muy despacio lo que tenia escrito en el papel, pero era la expresión de su voz, que, antes de llegar a la mitad de la oración, todo el mundo lloraba, incluso Gonzo.

Así no llamaré la atención, pensaba la marquesa sollozando.

Mientras Jefa el papel escrito, Fabricio encontró dos o tres ideas acerca del estado del hombre desgraciado, para quien acababa de solicitar las oraciones de los fieles. Bien pronto acudieronle los pensamientos en tropel. Haciendo como que se dirigía al público, no hablaba más que para la marquesa. Terminó su sermón algo antes que de costumbre, porque, por muchos esfuerzos que hiciera, las lágrimas le atenazaban la garganta hasta el punto de no poder pronunciar de modo inteligible. Los entendidos dijeron que este sermón era bastante singular, pero que igualaba, si no superaba, en lo patético, al famoso sermón que predicó de noche con las luces encendidas. En cuanto a Clelia, apenas oyó las diez primeras líneas de la oración leída por Fabricio, consideró un gran crimen haber podido estar catorce meses sin verlo. Al volver a su casa se metió en la cama, para poder pensar en Fabricio con libertad. Al día guiente por la mañana recibió Fabricio el siguiente billete:

“Se confía en su honor. Busque a cuatro bravos de cuya discreción esté usted seguro, y mañana, en el momento en que den las doce de la noche en la Steccata, esté usted junto a una puertecilla que lleva el número 19 de la calle de San Pablo. Piense en q! puede usted ser atacado. No venga solo.”

Al reconocer la mano divina que había escrito esta carta, Fabricio cayó de rodillas y prorrumpió en llanto. ¡Por fin, se dijo, los catorce meses y ocho días! Adiós los sermones.

Fuera muy largo contar las locuras que pasaron aquel día f las imaginaciones de Clelia y de Fabricio. La puertecilla

de q hablaba la carta era la del patio de naranjos del palacio Crescen Durante el día, Fabricio encontró manera de pasar diez veces F delante de esa puerta. Cogió armas, y volvió solo, con paso fin y rápido, algo antes de las doce de la noche, delante de la puertecilla; cuál no sería su alegría, al oír una voz bien conocida que decía muy bajito:

-Entra por aquí, amigo de mi corazón.

Fabricio entró con precaución y se encontró en el patio de naranjos, pero frente a una ventana provista de una fuerte reja situada a dos o tres pies del suelo. La obscuridad era profundísima. Fabricio había oído ruido en esa ventana, y estaba palpando la reja con las manos, cuando sintió que una mano, saliendo por entre los barrotes, cogía la suya y la llevaba a unos labios que la besaron.

Soy yo le dijo una voz amada, yo que he venido aquí para decirte que te amo y preguntarte si quieres obedecerme.

Puede el lector figurarse cuál sería la respuesta, cual la alegría y la estupefacción de Fabricio; pasados los primeros arrebatos, Clelia dijo:

-He prometido a la Virgen, como tú sabes, no volverte a v jamás; por eso te recibo en esta obscuridad. Y quiero que sepas bien que si me obligas alguna vez a que te mire en pleno día, todo había terminado entre nosotros. Además, no quiero que prediques delante de Anita Marini, y no vayas a creer que fui yo quien tuvo la idea de mandar un sillón a la casa de Dios.

-Angel mío, no predicaré ya delante de nadie; no predicó más que por la esperanza de que un día podría verte.

-No hables así; piensa que a mí no me es permitido verte.

Llegados aquí, pedimos permiso al lector para saltar un espacio de tres años, sin decir palabra de él.

En la época en que recogemos nuestro relato, ya hacia tiempo que el conde Mosca estaba de vuelta en Parma, de primer ministro y más poderoso que nunca.

A los tres años de divina dicha, el alma de Fabricio tuvo un capricho de ternura que vino a alterar por completo la situación. La marquesa tenía un precioso niño de dos años, Sandrino, delicia de su madre. Siempre estaba con ella o sobre las rodillas del marqués Crescenzi; Fabricio, en cambio, no lo veía casi nunca y no quiso que se acostumbrara a querer a otro padre. Concibió el propósito de raptar al niño antes de que sus recuerdos fueran bien claros.

Durante las largas horas del día, en que la marquesa no podía ver a su amigo, la presencia de Sandrino la consolaba. Pues hemos de decir algo que parecerá extraño allende los Alpes: la marquesa, a pesar de sus errores, había permanecido fiel a su promesa; había prometido a la Virgen no ver nunca más a Fabricio, y cumplía con sus palabras, pues no lo recibía hasta las doce de la noche y nunca había luz en la habitación.

Pero recibíalo todas las noches, -y cosa admirable en esta corte devorada por la curiosidad y el tedio- fueron tan hábilmente calculadas las precauciones de Fabricio, que nadie sospechó siquiera esa amistad, como dicen en Lombardía. El amor que los unía era demasiado fuerte para que no hubiese entre ellos disgustos; Clelia era muy celosa, pero casi

siempre los disgustos tenían otra causa. Fabricio había abusado de alguna ceremonia pública para hallarse junto a la marquesa y mirarla; ella entonces buscaba un pretexto para salir en seguida, y por varios días tenía desterrado a su amigo.

En la corte, todo el mundo se extrañaba de no saber de ninguna intriga atribuible a una mujer tan noble por su belleza y por la elevación de su talento. Dio origen a muchas pasiones, que inspiraron no pocas locuras, y muchas veces era Fabricio el que sentía celos.

El bueno de monseñor Landriani había muerto hacía ya tiempo. La piedad, las ejemplares costumbres, la elocuencia de Fabricio habían hecho olvidar al anterior arzobispo. Murió el hermano de Fabricio, que heredó todos los bienes de la familia. A partir de esta época, distribuía todo los años a los vicarios y a los curas de su diócesis los cien mil y pico de francos que rentaba el arzobispado de Parma.

Difícil hubiera sido soñar una vida más honorable y más honrada y útil que la que Fabricio se había arreglado. Pero todo lo deshizo ese desgraciado capricho de ternura.

-En virtud de esa promesa, que respeto aunque constituye la desgracia de mi vida, puesto que no quieres verme de día dij una vez a Clelia-, me veo obligado a vivir siempre solo, sin m: distracción que mi trabajo, y aun el trabajo suele faltarme. En medio de esta tristeza y severidad en que paso los días, se me ha ocurrido una idea que es mi tormento, y contra la que en vano vengo luchando desde hace seis meses: mi hijo no me querrá, nunca oyó mi nombre. Educado en el lujo amable del palacio Crescenzi, apenas si me conoce. Las

pocas veces que lo veo, pienso en su madre cuya celestial belleza me recuerda, sin que pueda contemplar jamás; el niño debe encontrar en mí una cara seria, que para lo niños significa triste.

-Bueno -dijo la marquesa-, ¿adónde va a parar este discurso que me da miedo?

-Pues va a parar a que quiero tener conmigo a mi hijo; quiero que viva conmigo, quiero verle todos los días, quiero quererlo y mismo a mis anchas. Puesto que una fatalidad única en el mundo se opone a que yo goce de esa ventura, de que gozan tantas alma tiernas, y a que yo pase mi vida con aquellos a quienes adoro quiero por lo menos tener a mi lado un ser que te reemplace en mi corazón, de alguna manera. Los negocios y los hombres son para mí una carga pesadísima en mi forzosa soledad. Ya sabes que la ambición ha sido siempre para mí una palabra sin sentido desde el momento en que tuve la dicha de ser encarcelado por Barbone. En la melancolía que me domina, cuando estoy lejos de ti, paréceme ridículo todo lo que no sea sensación del alma.

Fácilmente se comprenderá el vivísimo dolor que produjo, en la pobre alma de Clelia, la pena de su amigo. La tristeza de la marquesa fue tanto más honda, cuanto que sentía que Fabricio tenía cierta razón. Llegó hasta dudar de si no debería romper su promesa. Entonces hubiera recibido a Fabricio de día, como a cualquier otro personaje de la sociedad, y como la reputación del arzobispo estaba demasiado bien cimentada, nadie habría pensado mal. Gastando mucho dinero, acaso pudiera redimirse de su promesa. Pero también comprendía que este arreglo, totalmente mundano, no se ría

bastante para apaciguar su conciencia, y quizá el cielo irritado la castigase por este nuevo crimen.

Por otra parte, si consentía y se plegaba al deseo natural de Fabricio, si intentaba mitigar la desventura de esta alma tierna, que conocía muy bien y cuya paz interior estaba tan extrañamente turbada por su singular promesa, ¿cómo pensar en raptar al hijo único de uno de los más grandes señores italianos, sin que el fraude fuer descubierto? El marqués Crescenzi se gastaría enormes sumas, se pondría él mismo a dirigir las indagaciones, y tarde o temprano el rapto sería conocido. No había más que un modo de evitar este peligro: era mandar al niño lejos, a Edimburgo, por ejemplo, o a París; pero a esto no podía decidirse la ternura de una madre. El otro medio que proponía Fabricio era, en efecto, más razonable, pero tenía algo de mal agüero, que resultaba aún más horrible para la pobre madre, transida de dolor. Decía Fabricio que había que simular una enfermedad; el niño iría empeorando poco a poco y acabaría por morir, durante una ausencia del marqués Crescenzi.

Pero este plan causaba a Clelia una repugnancia que llegaba hasta el horror; hubo una ruptura entre los dos amantes; pero no pudo durar mucho tiempo.

Decía Clelia que no había que tentar a Dios, que ese hijo tan querido era fruto de un crimen, y que si excitaban aún más la cólera divina, Dios los castigarla llamando al niño a su seno celestial. Fabricio contestaba hablando de su extraño destino. El estado que el azar me ha dado, decía a Clelia, y mi amor me imponen la necesidad de vivir en una eterna soledad. No puedo, como la mayor parte de mis colegas,

gustar la dulzura de una sociedad íntima, puesto que no quieres recibirme más que en la obscuridad, lo cual reduce a unos instantes, por decirlo así, la parte de mi vida que puedo pasar contigo.

Muchas lágrimas fueron vertidas. Clelia cayó enferma; pero amaba demasiado a Fabricio para negarse al sacrificio terrible que pedía. Sandrino cayó aparentemente enfermo; el marqués se apresuró a llamar a los más famosos médicos, y Clelia tropezó en este momento con una dificultad que no habla previsto; era preciso evitar que el niño tomase los medicamentos prescritos por los médicos. Y no era esto pequeña dificultad.

El niño, que pasó en cama mucho más tiempo de lo que su salud permitía, cayó realmente enfermo. ¿Cómo decir al médico la verdadera causa de la enfermedad? Destrozada por dos intereses contrarios, ambos tan queridos, Clelia estuvo a punto de perder la razón. ¿Consentirla en una aparente curación, perdiendo así el fruto de un fingimiento tan largo y tan penoso? Fabricio, por su parte, no podía perdonarse la violencia que hacía al corazón de su amiga, ni renunciar a su proyecto. Había encontrado la manera de introducirse todas las noches en la habitación del niño enfermo, lo cual trajo otra complicación. La marquesa venía a cuidar a su hijo y algunas veces Fabricio tenía forzosamente que verla, a la luz de las bujías, cosa que le parecía a la pobre Clelia, cuyo corazón sana graba, un horrible pecado, presagio cierto de la muerte de Sandrino. En vano los más famosos casuístas, consultados sobre la obediencia a un voto, en el caso de que su cumplimiento fuera evidentemente perjudi-

cial, habían contestado que no podía considerarse que el voto fuera roto de un modo criminal, cuando la persona ligada por la promesa se abstenía de cumplirla, no por un vano placer de lo; sentidos, sino para no ocasionar un evidente daño. No por eso la marquesa dejaba de sufrir los más agudos dolores de desesperación y Fabricio vio el momento en que su extraña idea iba a causar la muerte de Clelia y la de su hijo.

Recurrió a su íntimo amigo, el conde Mosca; quien, a pesar de ser un ministro viejo, se conmovió al oír esta historia de amor que en gran parte ignoraba.

-Le proporcionaré a usted la ausencia del marqués durante cinco o seis días por lo menos: ¿cuándo la necesita usted?

Pocos días después vino Fabricio a decirle al conde que todo estaba preparado para poder aprovechar la ausencia del marqués.

Dos días después, volviendo el marqués a caballo de una de sus fincas de Mantua, unos bandidos, pagados sin duda para ejecuta una venganza privada, lo cogieron sin maltratarle en modo alguno y lo metieron en una barca, que tardó tres días en descender el Po y en hacer el mismo viaje que Fabricio había hecho antaño, después de la famosa pelea con Giletti. Al cuarto día, los bandidos, abandonaron al marqués en una isla desierta del Po, habiéndole robado cuanto llevaba, sin dejarle ni dinero ni objeto alguno de valor. Tardó el marqués dos días en volver a su palacio de Parma; aquí lo encontró todo de luto y a todo el mundo sumido en la aflicción.

El rapto del niño, ejecutado con gran destreza, tuvo un funestísimo resultado: Sandrino, instalado en secreto en una casa grande y hermosa, adonde la marquesa venia a verle todos los días, murió al cabo de unos meses. Clelia se figuró que era éste un castigo del cielo, por haber faltado a su promesa a la Virgen: ¡había visto tantas veces a Fabricio con luz y hasta dos veces en pleno día, durante la enfermedad de Sandrino! La pobre mujer no pudo sobrevivir a este hijo querido y murió meses después; pero tuvo el consuelo de morir en los brazos de su amante.

Fabricio estaba demasiado enamorado y era demasiado creyente para recurrir al suicidio; esperaba ver a Clelia en otro mundo mejor, pero comprendía bien que tenía mucho que purgar.

Pocos días después de la muerte de Clelia, firmó varios documentos, en los cuales daba una pensión de mil francos a cada uno de sus criados y se reservaba para sí mismo una pensión igual. Sus tierras, que valían unos cien mil francos de renta, se las daba a condesa Mosca; una suma semejante, a su madre, la marquesa del Dongo, y el resto de la fortuna paterna, a una de sus hermanas pobremente casada. Al día siguiente, habiendo enviado su dimisión del arzobispado y de los cargos todos con que le habían favorecí su privanza con Ernesto V y su amistad con el primer ministro, retiró a la Cartuja de Parma, situada en los bosques próximos Po, a dos leguas de Sacca.

La condesa Mosca había aprobado, alguna vez, que su marido volviese al Ministerio, pero nunca quiso consentir en pisar el territorio de Ernesto V. Se estableció en Vignano, a

un cuarto de legua de Casal-Maggiore, en la orilla izquierda del Po, y por consiguieron en los estados de Austria. En este magnífico palacio de Vignano, que el conde mandó construir para ella, recibía los jueves a la a sociedad de Parma y todos los días a sus numerosos amigos. Fabricio no había dejado un solo día de venir a Vignano. La condesa, suma, reunía todas las apariencias de la felicidad; pero sobrevivió poco tiempo a Fabricio, a quien adoraba. Éste no pasó más que un año en su Cartuja.

Las prisiones de Parma estaban vacías; el conde era imenmensamente rico. A Ernesto V le adoraban sus súbditos; que comparaban su gobierno con el de los grandes duques de Toscana.

TO THE HAPPY FEW